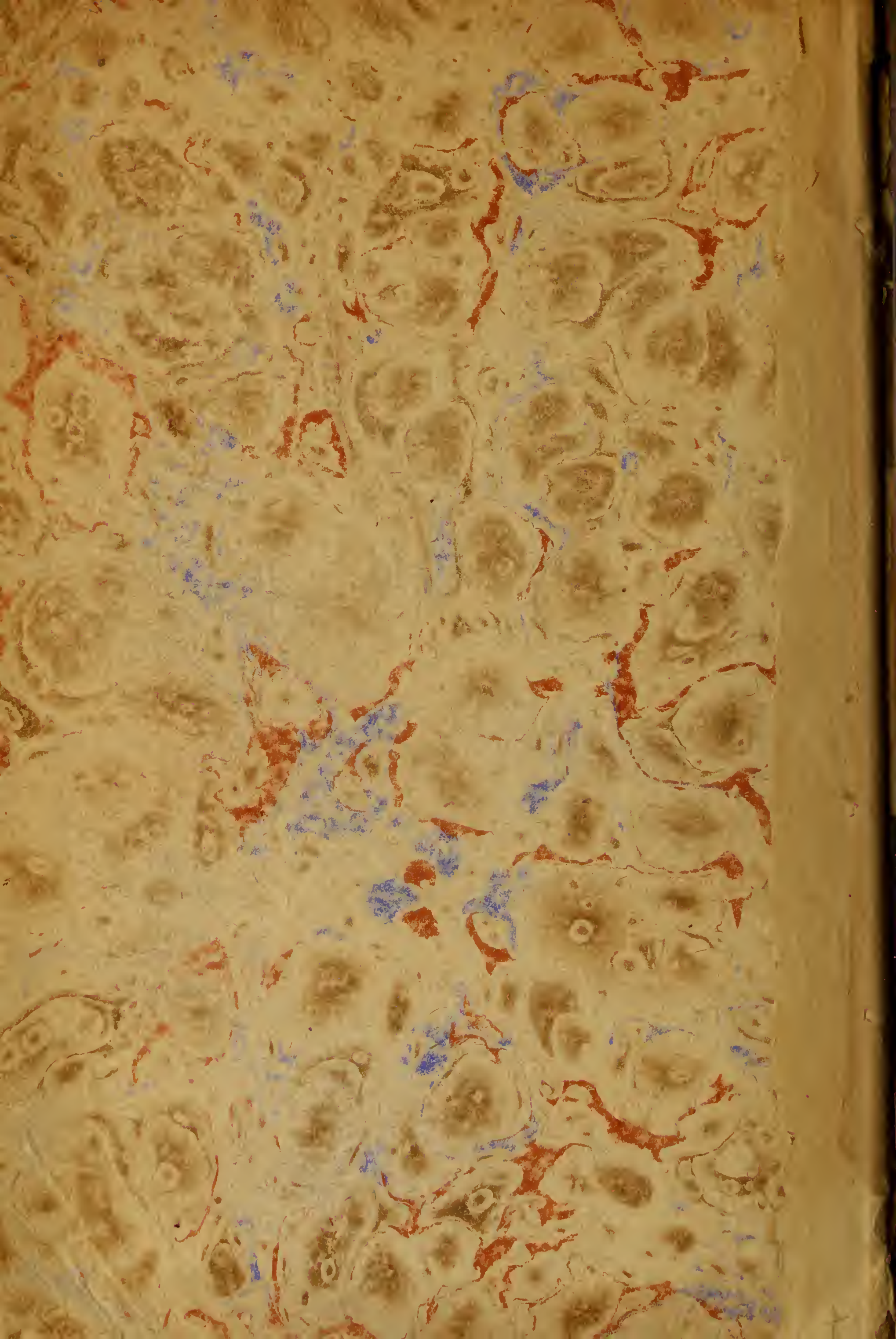
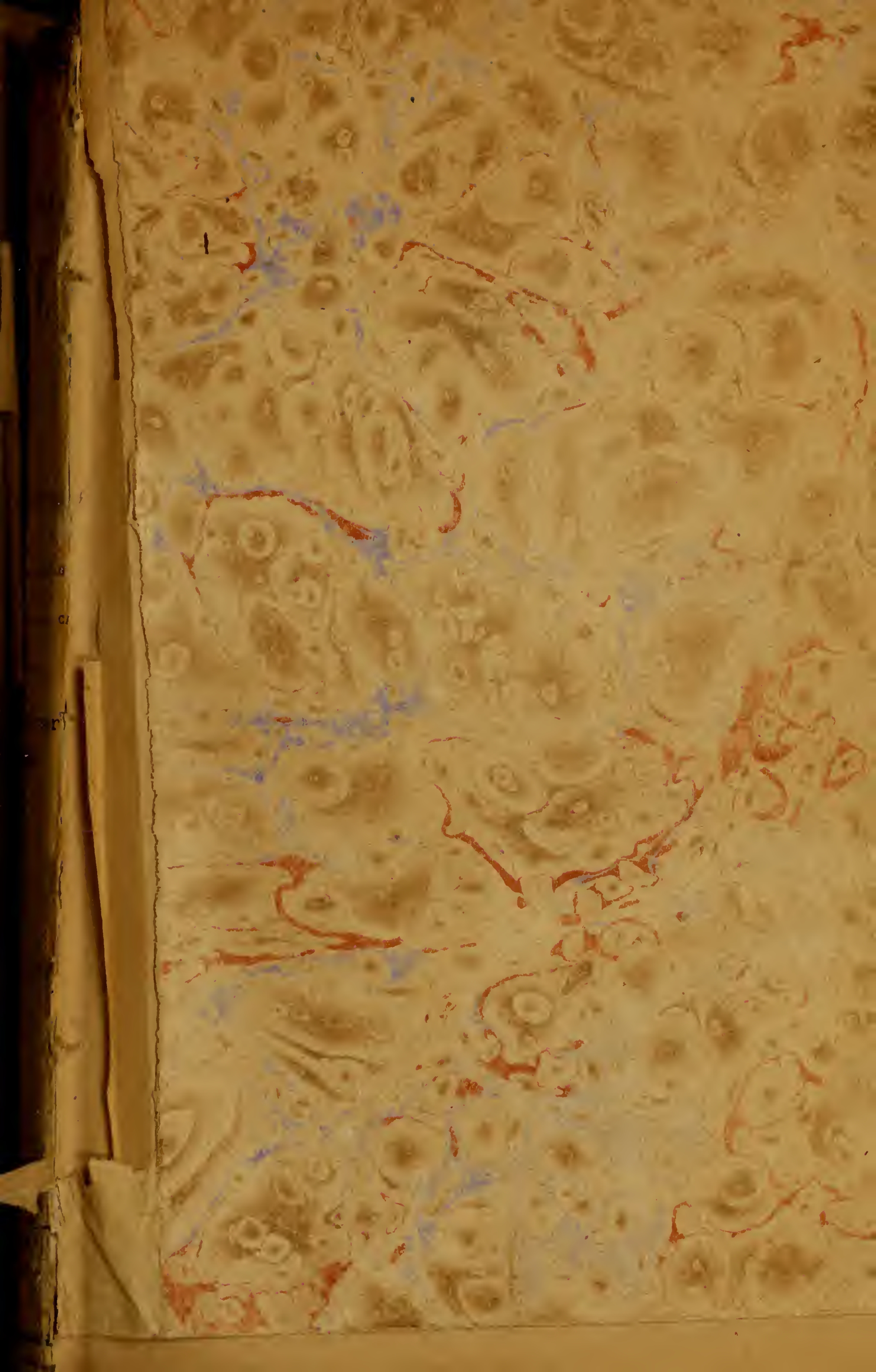

3 1761 09546489 7





LAS

REDES DEL AMOR.

LAS

REDES DEL AMOR

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR
calle de Preciados, número 5

LIBRO X.

EXPOSICIÓN DE CUADROS

CAPITULO PRIMERO.

El abuelo y la nieta.

Gabriela había necesitado hacer un esfuerzo heróico para concluir la representación de *La Africana* sin que el público se apercibiera del estado de su espíritu.

Estas son amarguras de telón adentro que sufren con frecuencia los artistas. Un profano no las comprende, y sentado desde su butaca, ni siquiera se ocupa de ellas.

El éxito de Gabriela fué grande aquella noche; las llamadas á escena muchas. Abundantes lágrimas corrían por las frescas mejillas de la *diva,* y el público que veía aquellas lágrimas, creyéndolas hijas de la gratitud, aplaudía con más frenesí.

Pero aquellas lágrimas tenían otra causa: las derramaba por Alejandro, que iba á batirse al día siguiente. Lágrimas contenidas desde el primer acto, y que al terminar la ópera encontraban una ocasión propicia para salir á borbotones por los ojos.

Cuando los admiradores de Gabriela abandonaron su cuarto, cuando el maestro Ferrán la condujo del brazo al carruaje que la esperaba para conducirla á su casa, le dijo:

—Hija mía, muchos son los triunfos que has alcanzado en tu corta vida artística, pero en ninguno te he visto tan conmovida como esta noche. En Londres, en Florencia, en París, en Viena, un gran éxito te arrancaba sonrisas. ¿Por qué en Madrid un éxito te hace llorar hasta el punto que el público se aperciba de tus lágrimas?

—No lo sé, padre mío, pero he sentido grandes ganas de llorar y he llorado. Yo no puedo contener las lágrimas cuando se agolpan á mis ojos... las dejo salir, porque si no, me ahogarían.

—Haces bien, hija mía, las lágrimas desahogan el pecho.

Desde el teatro Real á su casa, el maestro Ferrán no cambió una palabra con su discípula.

Antes de acostarse Gabriela tenía la costumbre de tomar una taza de té con leche y unas pastas inglesas.

Entraron en el comedor: Ferrán quitó el abrigo á Gabriela, y luego se sentaron junto á la mesa.

El abuelito don Agustín se acostaba á las diez. Gabriela tenía la costumbre de entrar en el dormitorio de su abuelito cuando venía del teatro á darle un beso y las buenas noches.

Don Agustín, que se acostaba á las diez y se dormía, se despertaba infaliblemente á las doce, como si su corazón fuese un despertador que le avisaba la hora en que debía entrar Gabriela.

Gabriela apenas tomó algunos sorbos de té. El maestro

Ferrán, que se hallaba sentado delante de ella, la miraba en silencio.

—¿Canto mañana?—preguntó Gabriela después de una pausa.

—No, hija mía; he creído notar que estabas algo desazonada, y le he dicho al empresario que necesitabas descansar. El empresario quería dar mañana la segunda representación de *La Africana,* pero ya lo hemos arreglado, y cantará *El Trovador* el otro cuarteto.

Gabriela fijó sus grandes y hermosos ojos en el maestro Ferrán con una expresión de cariñoso agradecimiento.

—Padre mío,—le dijo,—es usted el hombre mejor del mundo. Muchas veces creo que tiene usted el privilegio de leer en lo más oculto de mi corazón.

—Tal vez sea cierto lo que dices,—contestó Ferrán sonriéndose bondadosamente.—Pero ¿sabes tú en qué consiste eso que á tí te admira? Pues consiste en que te amo con toda mi alma y procuro adivinar tus deseos para satisfacerlos. Sin embargo, confieso que esta noche me has dado motivos para reprenderte y enfadarme.

—¡Yo!... ¿Es posible eso?

—Sí, pues no has cantado *La Africana* como tú sabes cantarla, como la cantaste en París y en Viena. El público de Madrid te ha aplaudido mucho, pero yo confío que te aplaudirá mucho más cuando la vuelvas á cantar con el espíritu tranquilo, porque, hija mía, cuando el espíritu no está tranquilo, lo primero que se resiente es la voz.

Gabriela miró á Ferrán, como deseando adivinar el doble sentido de aquellas palabras.

El maestro volvió á decir:

—Esta noche me has dado muchos sustos; estabas inquieta, sobresaltada; algunas veces creí que te ponías mala; pero luego comprendí que era el espíritu y no el cuerpo el que padecía.

Gabriela se llevó el pañuelo á los ojos para enjugarse las lágrimas.

El maestro Ferrán guardó silencio, esperando sin duda que Gabriela le revelara la causa de sus lágrimas, que él había adivinado.

Como la pausa se prolongaba mucho, Carlos se levantó y dijo:

—Puesto quo no te inspiro confianza para que me reveles la causa de esas lágrimas, vamos, hija mía, vamos á descansar, porque esta noche han trabajado mucho tu garganta y tu espíritu.

Era tan profunda la expresión de tristeza con que el maestro Ferrán había pronunciado sus últimas palabras, que Gabriela estuvo á punto de revelarle su secreto; pero sin duda le faltó valor, se levantó de la mesa y acercó la frente para que la besara su padre adoptivo.

—¿Supongo que entrarás á darle las buenas noches á tu abuelito?—añadió Ferrán.

—Sí, padre mío.

—Entonces, hasta mañana, Gabriela.

Gabriela cogió la palmatoria y salió del comedor.

Cuando llegó al dormitorio de su abuelito, entró de puntillas para no hacer ruído.

En la alcoba, sobre una mesa, había una lamparilla en-

cendida que extendía una tenue claridad por los ámbitos del dormitorio.

Apenas Gabriela había dado los primeros pasos por el gabinete, se oyó la voz del anciano que decía:

—Estoy despierto; no te molestes en andar de puntillas, te estaba esperando.

—Buenas noches, abuelito,—dijo Gabriela entrando en la alcoba.

—Vamos á ver... ¿Qué tal se ha portado el público contigo?—preguntó don Agustín.

—Muy bien, como siempre.

—¿Cuántas veces te ha llamado á escena?

—He perdido la cuenta; pero han sido muchas.

—Veo que los madrileños—añadió don Agustín acariciando una mano de su nieta que había cogido entre las suyas—siguen siendo tan inteligentes como siempre. Estarás cansada, ¿no es verdad, hija mía?

—Un poco, abuelito.

—*La Africana* de Meyerbeer tiene muchas notas, y para cantarla con perfección se necesita una garganta privilegiada como la tuya. Anda, hija mía, anda á dormir, que buena falta te hace. Mañana me contarás los detalles de la representación.

Gabriela besó la frente de su abuelito, y dándole las buenas noches, salió de su alcoba.

Poco después la *diva* despedía á su doncella y se quedaba sola en su dormitorio.

Gabriela, como la mayoría de las actrices españolas, tenía su virgen favorita.

Todas las noches antes de acostarse le dirigía sus oraciones arrodillada ante su imagen, y jamás salía á la escena sin persignarse y pedirle su amparo y protección desde el fondo de su alma.

Tenía gran fe en aquella pequeña escultura con corona de plata y manto de brocado de oro, que, encerrada en su urna de cristal, la había acompañado por todas partes.

La noche que nos ocupa, Gabriela se arrodilló ante su Virgen y comenzó á rezar; pero aquellos rezos, aquellas oraciones que agitaban imperceptiblemente sus purísimos labios sin producir el menor ruído, iban acompañados de abundantes lágrimas, que resbalaban como trasparentes perlas por sus mejillas.

Le pedía á su Virgen que amparara y protegiera á Alejandro, porque es costumbre inveterada en las mujeres cristianas poner la vida del sér que aman bajo la protección de la santa imagen que veneran, y aun hay Vírgenes que tienen gran fama de ser protectoras de los enamorados.

Los rezos diarios de Gabriela á su Virgen, generalmente duraban diez minutos, pero la noche que nos ocupa se prolongaron una hora.

Durante sesenta minutos Gabriela permaneció arrodillada al pié de la Virgen, luego se acostó y continuó rezando.

¿Qué otra cosa podía hacer aquella noche?... ¿No le había ofrecido á Alejandro rezar por él? Pues rezaba, porque tenía gran fe en su Virgencita.

Algunos ratos dejaba de rezar para discutir consigo misma la causa del purísimo amor que le había inspirado Alejandro.

Vamos nosotros á sorprender las reflexiones que aquel ángel de la tierra se hacía en el purísimo santuario de su alma.

—Él nada me ha dicho, pero yo sé que me ama, como él sabe que yo le amo... ¿Por qué le amo?... ¿Es, por ventura, más hermoso, más elegante, más distinguido que esos jóvenes que en Londres, en Viena, en París y en otras grandes capitales de Europa me han rodeado tributándome sus galanterías? No, no, si le amo es porque precisamente no se parece á ellos. En el amor que me profesa hay algo más que amor, hay adoración. Siendo joven, hermoso, inmensamente rico, se ha creído pequeño para merecerme, y ha guardado su amor en el fondo de su alma, temeroso de profanarle al asomar á sus labios. Me ha seguido por toda Europa, adorándome como se adora á un sér sobrenatural que nos fascina, que nos deslumbra. Los ramos de camelias blancas que me arrojaba sobre la escena eran menos puros que el amor que por mí sentía, y luego su infancia y mi infancia puede decirse que son gemelas, que son hermanas; su madre y la mía lloraron idénticas lágrimas; las dos fueron víctimas de la perfidia y de la traición. Alejandro, á los cuatro años de edad, pobre náufrago abandonado sobre la costa de Africa, era recogido por un pastor protestante que se compadecía de su desgracia. Yo, á los cuatro años de edad, era recogida también por el maestro Ferrán, mi segundo padre, qué digo mi segundo, mi verdadero padre. Dios nos ha colocado á Alejandro y á mí frente á frente, y es indudable que Dios nos manda que nos amemos, porque por algo nos ha unido desde climas tan lejanos.

Después de estas consideraciones, basadas en esa lógica de los enamorados, Gabriela recordaba de pronto que Alejandro debía batirse al día siguiente, que estaba en peligro su vida, y entonces tornaba á sus rezos, pidiéndole á su Virgencita que le salvara de todo peligro.

Así pasó la noche y así llegó el día, sin que Gabriela pudiera dormirse.

El sueño es un tirano despótico y grosero que nos domina, pero á su vez tiene también un tirano: la intranquilidad del espíritu.

Gabriela llamó á su doncella á las ocho de la mañana.

—Emilia,—le dijo,—abre el balcón, que entre la luz del sol.

—Hoy hace un día hermoso, no hay una nube en el cielo,—dijo la doncella abriendo las maderas del balcón.

—Supongo que no se habrán levantado ni mi abuelito ni mi padre.

Gabriela llamaba siempre padre al maestro Ferrán.

—Don Agustín está aún en su cama, pero el señor don Carlos ha salido de casa hace media hora, encargando que si usted preguntaba por él le dijeran que había ido á dar un paseo y que volvería pronto.

—Pasear tan temprano en el mes de Diciembre... es extraño.

Gabriela se levantó, se puso una bata, y pasó á su tocador, seguida de la doncella.

Emilia notó que su señorita estaba más pálida que de costumbre, que tenía los ojos enrojecidos como si hubiese llorado. Además, Gabriela tenía la costumbre de levantarse ale-

gre como los pájaros, y aquel día estaba, al parecer, muy triste.

Cuando Gabriela entró en el comedor, su abuelito acababa de arreglar los dos canarios, que cantaban por todo lo alto ahuecando sus plumas y haciendo todos esos movimientos nerviosos de los pájaros cuando reciben la influencia de un benéfico rayo del sol de invierno.

—Querida Gabriela, aquí tienes dos tenores de *primo cartello* que cantan todo el día que se las pelan sin otro sueldo que un puñado de alpiste, un terroncito de azúcar y una hoja de escarola.

Gabriela besó la frente de su abuelito.

—Sí,—dijo,—son dos tenores de garganta privilegiada que no tienen pretensiones y cantan á todas horas.

—Lo cual no sucede nunca entre los tenores de la ópera italiana,—añadió el viejo riéndose.—Qué ganga para los empresarios si pudieran enseñarles á los pájaros á cantar en italiano; pero eso es muy difícil, tan difícil, que el hombre, que todo le intenta, no lo ha intentado todavía.

Y don Agustín, haciendo un cambio brusco de entonación, y siempre con su proverbial buen humor, añadió:

—Pero dime, hija mía, ¿sabés tú adónde ha ido tan temprano Carlos?

—Lo ignoro; sólo sé que ha dejado dicho que volvería pronto.

—Es muy extraño, porque Carlos no tiene la buena costumbre de madrugar, sobre todo en invierno. En fin, le esperaremos hasta las nueve y media, y si no viene, tomaremos nuestro desayuno, porque yo tengo apetito. ¿Y tú?

—Yo no tengo ninguno.

—¡Cómo!... ¿No tienes gana de comer?... ¿Estás mala?... Efectivamente, te encuentro muy pálida, no veo en tus frescas mejillas ese color sonrosado que envidian las rosas.

—Pues estoy buena,—añadió Gabriela sonriéndose.

—Habrás dormido mal.

—No he dormido muy bien.

—Es claro, lo mismo quita el sueño un gran éxito que una gran silba, porque las dos cosas afectan de un modo poderoso á los nervios y á la imaginación, pero de distinto modo,—añadió riéndose el viejo.—Ahora que estamos solos cuéntame tu triunfo de anoche.

—Pues bien, abuelito, fué un triunfo como todos los triunfos que se alcanzan en el teatro: mucho ruído, muchos aplausos, muchas flores, y luego, aquel templo del arte y de la gloria, tan lleno de luz, de animación y de riqueza, poco á poco se fué quedando solo y á oscuras, con gran contento de los ratones del foso.

—Es verdad, hija mía, la gloria no es otra cosa que un poco de ruído y otro poco de humo que se desvanecen al menor soplo del tiempo y del olvido; pero preciso es confesar que ese ruído suena muy gratamente en nuestros corazones. La pobre criatura, olvidándose de su pequeñez, corre tras de esa gloria, muriendo muchas veces por ella antes de conseguirla.

Gabriela tenía la imaginación tan lejos de aquel sitio, que apenas se fijaba en lo que le decía su abuelo.

—El teatro,—añadió don Agustín,—eso que llaman el templo del arte y de la gloria, cuántas amarguras, cuántas

lágrimas, cuántas decepciones cuesta á los pobres artistas! Yo creo que en vez de llamarse templo de la gloria debería llamarse la calle de la Amargura, porque son muchos los artistas que mueren crucificados en ese Gólgota de bastidores. El público sólo ve la parte bella, el foco de luz brillante que despiden el talco, las lentejuelas, los bordados de oro falso y las luces de bengala, envidia en las noches de éxito á los que logran alcanzarlo; pero si conociera las amarguras de telón adentro, ¡oh! entonces pensaría de un modo muy distinto.

Gabriela continuaba con la imaginación preocupada en Alejandro.

—El hombre,—repuso don Agustín, que aquella mañana estaba muy hablador,—el hombre pocas veces consigue lo que desea, y es porque allá en el fondo de su alma resuena una voz que le repite sin cesar: «Más, más, más,» y corre ciego y dando tumbos buscando ese «más» que nunca logra conseguir su insaciable deseo. Yo, por ejemplo, cuando pedía limosna rascando mi violín, cuando te llevaba á tí, pobrecita niña de mi corazón, cogida de la mano, muerta de frío y de hambre por las calles de Madrid; cuando en aquellas noches largas, interminables, llorábamos los dos en nuestro miserable cuarto bajo, si entonces me hubieran dicho: «Eh, buen hombre, no se aflija usted tanto, no dude usted de la Providencia, porque andando el tiempo vivirá usted en una habitación alfombrada, con buenos muebles, cómodas butacas y reanimadora chimenea; tendrá usted una cama digna de un canónigo y se sentará usted á una mesa abundante como la que formaba las delicias de los reverendos padres Jeróni-

mos; y en cuanto á esa rapazuela, que usted tanto quiere, esa nietecita, ese pedazo de su corazón, tendrá trajes de terciopelo, de gro, diamantes, y se paseará por las grandes ciudades de Europa en lujosos carruajes, siendo la admiración de todo el mundo, etc., etc., etc.» Si me hubieran dicho todo esto, me hubiera quedado con la boca abierta y me hubiera dicho para mi capote: Este hombre sueña y quiere hacerme soñar á mí; se lo perdono porque la intención es buena.

Aquí hizo el viejo una pausa para tomar aliento, y repuso:

—Pues bien, hija mía, hoy que tengo todo eso, hoy que el cuerno de la abundancia no deja de derramar sus dones sobre mí, ¿sabes lo que ambiciono, sabes lo que deseo? Pues un jardincito con una docena de árboles de sombra y algunas flores para pasar el verano y un rayo de sol en el invierno, y sobre todo verte siempre con la sonrisa en los labios y sin los afanes y sobresaltos que proporciona el teatro. Yo bien comprendo que esto que quiero es un egoismo de viejo, pero quien dice hombre dice *deseo,* y lo mismo le pasa al emperador del celeste imperio que al pobre mendigo que no tiene más cama que el duro suelo ni más techo que lo que llamaban los antiguos la bóveda celeste y aún siguen llamándolo algunos modernos.

Gabriela había dejado caer la frente sobre el pecho, preocupada en Alejandro, cuya vida tal vez en aquel momento se hallaba amenazada de muerte.

—Yo ya sé—volvió á decir don Agustín—que sería un absurdo, una aberración que tú, hija mía, siendo la reina de la ópera italiana, te retiraras del teatro á los veinticuatro

años de edad para venirte á vivir á un rincón del mundo con tu abuelito y sufrir las impertinencias y los achaques de la vejez. También sé que Carlos, que es más bueno que el pan, si le indicara mis deseos me compraría una casita de campo; pero ¿qué me voy á hacer allí solo, aunque tenga árboles, flores, gallinas y un perro? Aburrirme... No, no, bien está San Pedro en Roma, yo no me separo de vosotros, y asunto concluído.

En aquel momento don Agustín observó que Gabriela tenía los ojos llenos de lágrimas y que sus labios se agitaban como si rezara.

Gabriela era generalmente una muchacha alegre, risueña, y al pobre viejo le parecieron muy extrañas aquellas lágrimas.

Se quedó mirándola temeroso de preguntarle la causa, y después de un rato, dijo:

—¿Te entristece lo que te estoy diciendo?

—¡Ah! No, abuelito, no; prosiga usted, le oigo con mucho gusto.

—Me parece, Gabriela, que no me dices la verdad,—contestó el viejo moviendo con triste expresión la cabeza.—A tí te pasa algo, porque las lágrimas no se derraman nunca sin algún motivo, por pequeño que sea.

—Juro á usted que lloro sin saber por qué.

—No jures, hija mía, porque como yo te miro siempre con los ojos del alma, mi alma me dice que tienes alguna pena y que no te inspira bastante confianza tu abuelito para contársela.

De los ojos del pobre anciano se desprendieron también dos lágrimas.

—¡Ah!—exclamó Gabriela, haciendo un esfuerzo para sonreirse.—Usted también llora.

—Sí, lloro, pero mis lágrimas tienen una causa, un motivo.

—¿Y qué causa es ésa?

—Tus lágrimas.

En aquellas palabras había tanta ternura, tanto amor, que Gabriela se levantó, y rodeando con sus brazos el cuello del anciano, le besó repetidas veces en la frente.

Durante algunos instantes el abuelito y la nieta permanecieron dulcemente abrazados y llorando.

Así les sorprendió el maestro Carlos Ferrán, presentándose en la puerta del comedor.

CAPITULO II.

Una mentira inocente.

—¿Qué es esto?—exclamó Ferrán en tono alegre.—¿Se desayunan el abuelo y la nieta con una ración de lágrimas al día siguiente de un gran éxito? Pues les prevengo que yo necesito otra cosa más sólida, porque me he dado un gran paseo y tengo hambre.

Y Ferrán, tirando del llamador de la campanilla, le dijo á un criado:

—Que nos sirvan el almuerzo.

Gabriela se enjugó los ojos, besó en la frente á su padre adoptivo, y se sentó á su lado.

Ferrán no ignoraba la causa de aquellas lágrimas; pero como Gabriela guardaba lo que ella creía un secreto, Carlos callaba también.

El desayuno en casa del maestro Ferrán se reducía á un *boll* de café con leche y tostadas con manteca á las nueve de la mañana, se almorzaba luego á las once y media, y se comía á las cinco de la tarde.

Comenzó el desayuno en el mayor silencio, un silencio impropio, porque generalmente reinaba buen humor en la mesa del maestro Ferrán.

De pronto Carlos dijo:

—¡Ah! Me había olvidado de decir á ustedes que esta noche tendremos una pequeña velada musical.

Gabriela levantó la cabeza y miró con cierta curiosidad extraña á su maestro.

—He terminado una sinfonía, que ustedes no conocen,—añadió Carlos,—y antes de instrumentarla quiero tocarla al piano para que ustedes me den su parecer. Seremos muy poca gente: nosotros, y dos ó tres amigos más; entre ellos vendrá don Alejandro de Robledano.

Gabriela abrió inmensamente los ojos.

El maestro Ferrán saboreaba su café con leche con la mayor indiferencia.

—Robledano,—añadió,—según me han dicho, toca de una manera notable el piano, y por lo que hemos hablado los dos de música he deducido que es persona competente en el arte. De modo que esta noche que estamos libres someteré á vuestro juicio mi última obra, y discutiremos su mérito y el título que he de ponerle.

El maestro Ferrán hablaba con gran naturalidad, sin la menor alteración ni en la voz ni en el semblante.

—Pues en esa velada musical yo soy el que va ganando,—dijo á su vez don Agustín,—porque siempre es más grato pasar la noche en vuestra compañía que solo; de manera que acepto la proposición, y prometo ser severo con el maestro Ferrán y con ese profesor de piano, á quien apenas

conozco, pero cuya historia, que he leído en los periódicos, me ha interesado mucho.

—¿Y qué opinas tú de mi plan?—le preguntó á Gabriela el maestro.

—Me parece bien, y lo acepto de todo corazón; pero...

Gabriela se detuvo, como si temiera cometer alguna imprudencia que revelara su secreto.

—Pero ¿qué? Vamos, acaba,—añadió el maestro riéndose.

—¿Podrá venir Alejandro á tomar parte en nuestra velada musical?

—¿Y por qué no? Vendrá, y muy á gusto; yo te lo aseguro,—repuso Ferrán.

—¿Y si le sucediera alguna desgracia?—preguntó Gabriela con acento trémulo.—He oído decir anoche que se batía hoy.

—Pues á pesar de eso, yo te aseguro que vendrá.

—Pero ¿en qué funda usted esa seguridad?—preguntó Gabriela con vivo interés.—¿Es que ya no se baten? Sólo así se comprende que no corra peligro, porque si se bate es difícil asegurar que pueda asistir á una velada musical.

Ferrán, que deseaba tranquilizar el sobresaltado espíritu de su discípula, juzgó que no estaría demás una de esas mentirillas pródigas é inocentes que producen el consolador efecto de un bálsamo.

—Pues sí, hija mía, ya no se baten,—añadió el maestro;—los padrinos parece ser que han encontrado el modo de arreglar el asunto de una manera satisfactoria y honrosa para los dos.

En el semblante de Gabriela brilló un resplandor de ale-

gría, que reanimó su hermoso semblante, y no pudiendo contener los impulsos de su alma, exclamó juntando las manos:

—¡Ah! ¡Me alegro, me alegro, padre mío!

Ferrán contempló un instante con tierna expresión á su discípula, y se dijo, hablando consigo mismo:

—Le ama con todo su corazón. Es preciso hacer su felicidad.

Desde aquel momento Gabriela sufrió un cambio notable, una metamorfosis completa: se puso alegre y renacieron los hermosos colores de sus mejillas.

—¿Cómo es eso?—dijo don Agustín, tomando parte en el diálogo.—¿Iba á batirse ese joven tan simpático?

—Sí, abuelito; iba á batirse, á arriesgar su vida. ¡Qué locura!—contestó Gabriela.

—Yo, sin duda porque he sido siempre un hombre inofensivo y poco pendenciero, no he estado nunca conforme con eso que llaman lances de honor. Pero sabido es que la gente joven arriesga la vida por un *quita allá esas pajas*... ¡Absurdo semejante!... ¡La vida!... ¿Hay algo más precioso que la vida? Además, un desafío casi nunca resuelve la cuestión en justicia, ni dos hombres se baten jamás en iguales circunstancias.

—Dice bien mi abuelito,—añadió Gabriela;—los desafíos son una barbaridad, y deberían prohibirse rigurosamente.

—Y están prohibidos,—repuso Ferrán riéndose;—pero como los jueces son hombres, tienen cierta tolerancia...

—Sí, buena prohibición te dé Dios; todos los días se baten descaradamente, y los periódicos relatan los desafíos con sus pelos y señales sin que las autoridades lo impidan.

—¿De manera que ni tú ni tu abuelito sois partidarios de resolver las cuestiones con las armas en la mano?—preguntó Ferrán, procurando establecer el buen humor en derredor de la mesa.

—De ningún modo,—contestó Gabriela, que iba reanimándose por momentos;—las cuestiones deben resolverse con la razón, con la lógica y con la justicia, y no con una pistola ó con una espada.

—Dice bien Gabriela: los duelos son barbaridades que no resuelven nada en justicia. ¡Ah! Me acuerdo que cuando yo era mozo, un pobre amigo mío, un verdadero hombre de bien, primer violín del teatro de la Cruz, al regresar una noche á su casa se encontró que su pícara mujer se había marchado con su amante. El golpe fué terrible: pasó la noche en la mayor desesperación, porque amaba á su esposa. Al día siguiente buscó al seductor, al falso amigo que le había arrebatado toda su dicha, y al reprenderle por su incalificable conducta, ¿saben ustedes le que hizo el seductor? Pues le abofeteó, y naturalmente, después de este segundo atropello fué preciso batirse. Mi amigo no había tocado nunca un arma con sus manos, y los padrinos le aconsejaron que se batiera á pistola. Llegaron al decantado campo del honor, los colocaron frente á frente el uno del otro á veinticinco pasos de distancia, hicieron fuego á la vez: mi pobre amigo cayó muerto con el pecho atravesado por una bala, y el seductor quedó ileso. Luego se supo que aquel hombre infame era un gran tirador de pistola, pues partía las balas poniendo por blanco el filo de un cuchillo. Esto fué un asesinato, sí, un horrible asesinato, nadie me convencerá de lo contrario; en justicia

debieron haberle dado garrote y mandar á presidio á los padrinos.

Ferrán, que se había batido, y sin ser maestro en armas había matado á un hombre, no estaba conforme con las apreciaciones exageradas del abuelito, y después de rechazarlas, añadió:

—Mi querido viejo, el hombre tiene dos épocas en su vida, y la misma cosa que ve blanca en una de estas épocas la ve negra en la otra; es decir, totalmente al revés. Aunque la civilización llegue á un grado superlativo y las leyes se acaten y veneren de rodillas, aunque andando el tiempo las lavanderas y los barrenderos sepan tanto como sabía Aristóteles, los desafíos existirán siempre, porque nacen de la pasión y no de la razón, y el hombre esclavo de sus pasiones vivió, vive y vivirá dominado por ellas.

Gabriela había recobrado toda la calma de su espíritu, y sonreía dulcemente oyendo el debate de su abuelo y de su padre adoptivo.

Ferrán, mientras hablaban, tenía los ojos clavados en su discípula, admirándose del buen efecto que había producido su mentira y no sin sentir algún remordimiento en el fondo de su conciencia.

Terminado el desayuno y puesto fin á la discusión sobre los desafíos, Ferrán se encerró en su despacho, Gabriela se dirigió á su cuarto de estudio, y don Agustín, aprovechando el hermoso sol y la temperatura primaveral del día, salió con un criado á dar un paseo por la Plaza de Oriente.

Ferrán había encargado que cuando se presentara el extenor Faustino le hicieran entrar en el despacho inmediata-

mente, porque á Faustino era á quien había ido á buscar tan temprano.

Las almas nobles hacen el bien siempre que pueden, sin esperar otra recompensa que el placer que ese mismo bien les produce.

Ferrán amaba á su discípula con el cariño verdadero de un padre.

Sólo deseaba su felicidad, su engrandecimiento. Si hubiera podido á costa de su sangre darle una corona, lo hubiera hecho sin vacilar y hubiera muerto después orgulloso de sí mismo, murmurando estas palabras:

—Esa obra es mía, yo la he elevado hasta un trono, en donde todos la admiran.

Desde el momento que Ferrán adivinó las simpatías que Gabriela sentía por Alejandro y Alejandro por Gabriela, se propuso; si llegaban á amarse con verdadera pasión, contribuir á su felicidad.

Carlos desconocía el egoismo y conocía perfectamente lo que se debe conceder á la juventud.

Aquella niña, que él había recogido; aquella niña, que él había educado con tanto esmero conduciéndola poco á poco por el difícil camino del arte, hasta colocarla en uno de los primeros puestos de la escena lírica, era su orgullo, su obra maestra, su alegría, la mitad de su alma.

Otro menos generoso, menos perfecto que Ferrán, hubiera sentido cierto odio hacia aquel joven africano, que desde lejanas tierras venía á arrebatarle su más cara prenda. Pero Ferrán no se había propuesto mas que una cosa: la felicidad de Gabriela, y en la mujer no hay felicidad sin amor.

Carlos esperaba este amor: de modo que al presentarse no le causó la más pequeña extrañeza, lo aceptó con prudencia, es decir, indagando si Alejandro era digno de Gabriela; y persuadido de que sería difícil encontrar un hombre que pudiera igualársele, se resolvió á ser el protector de aquellos amores.

Ferrán, con una escrupulosidad digna de elogio, convertía casi la totalidad de lo que ganaba Gabriela en acciones del Banco de París.

La joven *prima donna* iba reuniendo, sin saberlo ella misma, una modesta fortuna que, con el tiempo, podía ser considerable.

Los artistas de teatro sufren grandes y funestas alternativas que les conducen desde la opulencia á la escasez. Ahorrar durante la juventud cuando se goza de todas las facultades, cuando las contratas abundan, los sueldos son crecidos y el público aplaude con frenesí, es una medida prudente que no debe olvidarse.

Ferrán había pensado todas estas cosas como hombre precavido, y estaba dispuesto á asegurar el porvenir de su discípula.

Pero dejando estas reflexiones, que no creemos demás para delinear el carácter de Carlos, reanudemos nuestro relato.

A la una menos cuarto se presentó el ex-tenor Faustino en el despacho del maestro Ferrán á darle cuenta del encargo que por la mañana le había hecho.

Faustino entró con la sonrisa en los labios, sonrisa de buen agüero que indica á la vez buenas noticias.

—Victoria en toda la línea,—exclamó;—acabo de verle en su casa sano y bueno; el que parece que no está muy sano es el pobre Esteban Terreño.

Ferrán no pudo contener una exclamación de alegría.

—¿Y vendrá esta noche?—preguntó.

—¡Ya lo creo! Aunque caigan capuchinos de bronce,—repuso Faustino riéndose;—está enamorado hasta la médula de los huesos, y tan pronto como le hice la proposición de una velada musical me abrazó hasta el punto de que por poco me ahoga.

—¿Y tú sabes los detalles del lance?

—Todos, desde el principio hasta el fin.

—Cuenta, querido Faustino, cuenta.

Y Ferrán y el ex-tenor se sentaron en un sofá.

CAPITULO III.

Pronóstico reservado.

Traslademonos por breves instantes á la quinta de Carabanchel.

Esteban, sin conocimiento, fué colocado sobre una cama en la misma habitación de Teresa.

Los médicos mandaron abrir las ventanas que daban al jardín para que entrara mucha luz y se pudiera reconocer la herida con gran detenimiento.

El ojo derecho estaba fuera de la órbita y completamente destrozado.

—El nervio óptico está roto y el globo del ojo sólo se halla sujeto por algunos músculos. La punta del florete se ha roto y se ha quedado clavada en la pared de la órbita; es preciso cortar los músculos del ojo y extraer la punta del florete en el acto.

Esto dijo el médico español después de examinar con detenimiento la herida y mirando á sir Copper, que aproba-

ba con pausados movimientos de cabeza lo que decía su colega.

—Con el permiso de usted voy á hacer estas dos operaciones,—añadió el médico español, que se llamaba de apellido Carranza.—La primera es fácil, porque el florete al destrozar el ojo y arrancarle de cuajo lo ha hecho todo; la segunda es más difícil y más dolorosa. Es indudable que al arrancar con las pinzas de dientes la punta de hierro clavada en la órbita, sufrirá el herido un espasmo nervioso, tal vez una congestión si recobra el conocimiento. Convendría por lo tanto cloroformizarle.

Sir Copper volvió á aprobar con movimientos de cabeza lo que proponía su compañero.

Los dos médicos dispusieron todo lo necesario para practicar la operación. Sacaron del estuche unas pinzas de dientes y un par de tijeras de punta roma y curvas sobre su plano.

Luego el herido quedó inmóvil bajo la influencia de un anastésico que le suministró el médico inglés.

El ojo quedó pronto fuera de la órbita, fué cuestión de algunos segundos; pero la punta del florete estaba tan fuertemente adherida, que se necesitaron algunos esfuerzos para arrancarla con las pinzas de dientes.

Durante esta penosísima operación el enfermo se estremeció varias veces, á pesar de la poderosa influencia del anastésico.

Luego se colocó un pedazo de esponja en la hueca órbita y se le vendó.

Apenas se habían hablado otras palabras que las precisas en derredor de la cama del paciente.

Los dos testigos de Esteban y sir Arturo Pik ayudaban á los médicos sin despegar los labios.

Cuando terminó la operación, el médico Carranza dijo:

—Cuando cese la influencia del anastésico es indudable que el paciente sufrirá grandes dolores, inflamación acompañada de delirios y fiebre alta. Según mi opinión, el tratamiento que debe emplearse es el siguiente: calmar el dolor con un preparado de opio por el interior y fomentos de adormideras aplicadas á la parte afecta; seis sanguijuelas á las sienes. Como el enfermo es joven y fuerte, deben emplearse los laxantes y una absoluta dieta, mucha quietud y mucha oscuridad en la habitación. Probablemente el ojo bueno será atacado de una oftalmía simpática que puede ser de funestos resultados; pero eso ya veremos de combatirlo cuando llegue. ¿Quién se queda á cuidar del enfermo? Porque creo, señores, que es una locura trasladarle á Madrid en el estado en que se halla.

—Mi amigo el señor don Alejandro de Robledano—dijo sir Pik—ha puesto esta casa á disposición del herido, añadiendo que mandará en el acto de Madrid personas de su confianza para que le asistan. Mientras tanto, el jardinero y su mujer cuidarán al enfermo, y se echará mano del médico del pueblo si ocurre algo de pronto.

—Mientras llegan las personas que han de encargarse de nuestro desgraciado amigo,—dijo el vizconde Justa,—mi compañero Mollet y yo nos quedaremos á asistirle, cumpliendo con nuestro deber.

—Yo, señores, volveré esta tarde á ver al herido y tendré una conferencia con el médico del pueblo, porque la cu-

ración temo que sea larga y penosa,—dijo Carranza.—Si se hubiera tratado sólo de la extirpación del globo ocular, con tres ó cuatro semanas de asistencia médica y un ojo de cristal bien colocado terminaba todo; pero esa punta del florete que ha herido el centro de la órbita temo que nos dé algún trabajo. En fin, por ahora se ha hecho todo lo que puede hacerse, salvo el parecer de mi digno compañero el señor Copper.

El inglés volvió á inclinarse en señal de aprobación.

El médico Carranza, que era el que llevaba la iniciativa por ser el médico del herido, escribió sobre un papel el tratamiento que debía seguirse, y se lo entregó al vizconde Justa.

Sir Pik encargó al jardinero que obedeciera en todo á aquellos señores que se quedaban á cuidar del enfermo, y que se les dispusiera un almuerzo, suplicándoles que le dispensaran si no les servían mejor por la premura del tiempo.

Luego los dos médicos y sir Pik se dirigieron á Madrid en sus carruajes.

Inmediatamente la mujer del jardinero se puso á disponer el almuerzo, y su marido abrió los balcones del comedor y preparó la mesa.

En los aparadores había algunas botellas de Burdeos, de Jerez y de coñac.

Mientras tanto, el enfermo permanecía aletargado, y sus dos padrinos, sentados junto á una ventana y envueltos en las sombras, mantenían en voz baja el siguiente diálogo:

—Yo creo que no debemos insistir en llevarnos á Madrid á Esteban. Aquí se le asistirá bien,—dijo el vizconde.

—Parece ser que el señor de Robledano es hombre generoso,—añadió Mollet.

—Se asegura que tiene ochenta millones de reales.

—Buena fortuna; con cuatro millones de duros se puede hacer mucho fuego.

—¿Sabes que maneja el florete como pocos?

—Y tiene una mirada que fascina.

—El pobre Esteban debió pasar un mal rato: ni un solo instante se descubrió.

—Qué firmeza en las paradas, qué seguridad.

—Sí, sí, es un hombre de mármol; te digo que ese mocito puede batirse á florete con cualquiera.

—Cuando el pobre Esteban recobre el conocimiento su desesperación va á ser grande... ¡Quedarse tuerto!... Él, que la echa de buen mozo.

—Tuerto ó ciego, aún no sabemos.

—¡Ciego!... Sería horrible, porque un hombre ciego es hombre al agua.

—La estocada fué dirigida con tal fuerza, que si en vez de darle en el ojo le da en el pecho, le pasa de parte á parte.

—¿Crees tú que le dirigió efectivamente la estocada al ojo?

—Creo que sí, porque yo sospecho que ese Alejandro es de los maestros que desabrochan al contrario los botones del chaleco con la punta del florete sin hacerle daño.

Aquí el herido exhaló un lamento.

El vizconde y Mollet corrieron hacia la alcoba y le dieron á Esteban una cucharada del compuesto de opio que había preparado el médico Carranza.

Esteban exhaló un segundo suspiro y se quedó inmóvil.

Aquel medicamento le adormilaba, mitigando mucho sus dolores.

El vizconde y Mollet, como el enfermo no se movía, volvieron á sentarse junto á la ventana.

—La verdad es, amigo Mollet,—dijo el vizconde,—que si Esteban se queda ciego su porvenir va á ser desastroso, porque, según creo y se dice, de la fortuna que le dejaron sus honrados padres hace tiempo que no le queda ni una peseta, y por consiguiente vive como nosotros, *á salto de mata,* y unas veces bebiendo Champagne y otras peleón.

—Esas alternativas forman los encantos de la vida,—añadió sonriéndose Mollet,—porque nada causa más placer que quitarse unas botas nuevas que nos molestan y ponerse unas zapatillas viejas. A pesar de estas alternativas, cuyas excelencias enaltezco, creo firmemente que si Esteban es hombre de corazón, cuando se quede ciego se saltará la tapa de los sesos.

—Ese es el punto final que debe poner á su vida toda persona decente antes de pedir limosna.

—Pero no todos tienen valor para hacerlo, querido vizconde.

—Pues yo te juro que no vacilaré un momento cuando pierda las esperanzas de recuperar mi opulencia perdida.

—Pues yo ya las he perdido, porque éste és un país donde no sucede nada; los pronunciamientos de día en día son más escasos, de modo que un comandante de reemplazo como yo, difícilmente pasa el Rubicón, y se queda estancado en esa penumbra del *quiero y no puedo* del pobre de levita.

—¿Quién está ahí?—preguntó Esteban con apagada voz.—Me muero de sed... Mi cabeza estalla!... ¡Agua... agua por caridad!...

Los dos amigos corrieron hacia la alcoba del enfermo.

—Somos nosotros, querido Esteban, tus amigos Justa y Mollet,—dijo el comandante.

—¡Qué oscuridad tan profunda!... Os suplico que no me ocultéis nada,—repuso Terreño.—¿Qué significa esta noche oscura que se extiende ante mis ojos?... ¿Estoy ciego?

—¡Toma!—replicó el vizconde, afectando buen humor,—esa oscuridad en que te hallas envuelto significa que llevas una venda sobre los ojos para que no te moleste la luz.

—Pero ¿no estoy ciego?

—No, afortunadamente.

—¡Ah! Me engañáis, estoy ciego... Yo sentí penetrar la punta del florete dentro de mi ojo, y vi reflejar un sol lleno de rojos rayos que me deslumbró... Luego perdí el conocimiento. ¿Dónde estoy?

—Pues estamos en Carabanchel, en la quinta de don Alejandro de Robledano.

—¡En su casa!...—exclamó Esteban, haciendo un movimiento como para levantarse.—¡Yo en su casa!... ¿Por qué no me habéis llevado á la mía?

—Porque así lo han dispuesto los médicos, que son los que mandan en estas ocasiones,—contestó el vizconde.

Esteban exhaló un profundo suspiro como si protestara de aquella disposición facultativa, y luego dijo:

—Cuánto sufro... Parece que tengo fuego por las venas; me laten las sienes, me zumban los oídos y siento dentro del

cráneo un dolor agudo como si removiera mi cerebro la punta acerada de un puñal... Debo estar muy grave.

—No fatigues tu espíritu; tu herida es más de paciencia y de sufrimiento que de gravedad, y los médicos recomiendan la quietud.

—No debísteis aceptar nunca la hospitalidad de mi enemigo irreconciliable,—añadió Esteban con voz bronca.—Prefiero un hospital á vivir en la casa de un hombre á quien aborrezco.

—El señor de Robledano puso su casa á tu disposición por todo el tiempo que fuera necesario. Su ofrecimiento fué franco y sincero, y nosotros aceptamos en la imposibilidad de trasladarte á Madrid, porque de ninguna manera lo permitía tu estado sin cometer una imprudencia. Así pues, querido Esteban, es preciso resignarse y ser agradecido, porque cuando dos hombres se baten y se precian de caballeros, ni se odian ni se aborrecen, porque el lance de honor purifica todos los agravios.

Esteban guardó silencio; para aborrecer á Alejandro, para desear su muerte, tenía otras razones que ignoraban sus padrinos, y por eso no quería deberle aquella hospitalidad, por no verse obligado á ser agradecido.

De vez en cuándo Esteban pronunciaba algunas palabras incoherentes, ininteligibles.

Era indudable que la fiebre se presentaba, como había pronosticado el doctor Carranza.

El delirio no debía tardar.

El vizconde y Mollet, viendo tranquilo al enfermo, salieron de la alcoba para ir á ocupar sus asientos junto á la ven-

tana, cuando un hombre se presentó en la puerta de la habitación.

Aquel hombre no era otro que el jardinero. Saludó respetuosamente, y dijo:

—Cuando los señores quieran: el almuerzo está ya servido.

Los dos amigos se miraron, comunicándose su sorpresa, porque, en verdad, no carecían de apetito, y más de una vez habían pensado en sus estómagos.

Aceptaron la invitación, como personas distinguidas que no se asombran de que se les invite á almorzar, pero el vizconde dijo:

—El enfermo no puede quedarse solo. ¿Quién le cuidará mientras nosotros almorzamos?

—Yo me quedaré aquí,—contestó el jardinero.—Mi mujer está esperando á los señores en el comedor para servirles el almuerzo.

—Perfectamente,—añadió Mollet, á quien había parecido una gran idea la del almuerzo.—Pero ¿en dónde está el comedor?

—En este mismo piso, una puerta grande que se halla al final del pasillo.

El vizconde y Mollet se dirigieron al comedor, y al entrar se quedaron agradablemente sorprendidos viendo el buen aspecto de la mesa y la amable sonrisa de la jardinera, mujer frescachona y maciza, de cuarenta años, que esperaba de pié junto á la puerta, y que para honrar á su amo se había puesto el traje *dominguero*.

—Los señores dispensarán si no se les sirve un almuerzo

digno de ellos; mañana ya será otra cosa,—dijo la jardinera.

Sobre la mesa, donde se extendía un blanquísimo mantel y una buena vajilla con servicio de plata, se veían los fiambres y los postres siguientes: una lata de sardinas de Nantes, un pollo asado, jamón en dulce, pavo trufado, un melón, dulces, pastas, almendras, queso de Gruyer y cuatro botellas de vino, dos de Chateau-Lafitte y dos de Jerez.

El restaurant de Carabanchel había surtido aquella mesa.

El sol entraba por las ventanas que daban al jardín, iluminándolo y embelleciéndolo todo.

Como el vizconde y Mollet sólo tenían en el estómago una taza de café y una copa de coñac que habían tomado antes de salir de Madrid en casa de Esteban, sintieron desarrollarse el apetito á la vista de aquellos apetitosos manjares que se extendían ante sus ojos.

—¿Sirvo el almuerzo?—preguntó la jardinera.

—Cuando usted guste,—contestaron sentándose uno enfrente del otro los dos amigos.

—Voy entonces á traer el primer plato.

—La jardinera salió precipitadamente del comedor.

—Según parece, hay algo más que lo que tenemos delante,—dijo Mollet.

—Me parece que sí; será algo caliente,—repuso el vizconde.

—Yo, por mi parte, estoy dispuesto á no poner el menor impedimento, aunque nos sirvan un almuerzo á lo Lúculo.

La jardinera volvió á entrar á los pocos minutos con una fuente de huevos fritos.

Los padrinos de Esteban comenzaron á almorzar con buen apetito y sin el menor cumplido.

Después de los huevos, la jardinera les sirvió otra fuente de *bisteffs* con patatas.

—Pues, señor,—pensaban para su capote el vizconde y Mollet,—puesto que, según parece, nos hallamos en la casa de la abundancia, saquemos el cuerpo de mal año, y siga su curso la procesión.

El vizconde y el comandante almorzaron como dos jerónimos.

Una buena taza de café y una copa de ron verde de Jamaica fueron el complemento de aquel almuerzo improvisado, que tanto honor hacía á la casa, pues si allí se improvisaba de aquella manera, qué sería cuando se preparara con tiempo para obsequiar á los convidados.

Mientras tomaban café y saboreaban á pequeños sorbos el ron, la jardinera puso sobre la mesa una bandejita de plata llena de cigarrillos de papel de Canet y una caja de vegueros fabricados en Matanzas, en la acreditada casa de don Isidoro Ojeda, que olían á gloria.

El vizconde y el comandante iban de sorpresa en sorpresa, y á fuer de agradecidos resolvieron, si se les presentaba ocasión, hacerse buenos amigos de Alejandro, que si daba buenas estocadas, daba en cambio buenos almuerzos.

Cuando entraron en la habitación del herido, encontraron en ella á Salvador Verdemar, á quien conocían de muy antiguo, y á dos jóvenes desconocidos: eran dos practicantes del hospital que enviaba Alejandro para asistir al enfermo.

Además, con Salvador habían llegado á Carabanchel una

cocinera y dos criados; es decir, todo el servicio necesario para la perfecta asistencia de un enfermo.

El vizconde y Mollet hicieron mil elogios del comportamiento de Robledano, y como los practicantes les relevaban de sus servicios, resolvieron marchar á Madrid después de las cuatro de la tarde, hora en que debían celebrar la consulta el doctor Carranza y el médico de Carabanchel, cuya opinión deseaban conocer.

Salvador tenía que regresar á Madrid, pues le había ofrecido á Alejandro comer con él y darle cuenta del estado del herido.

El enfermo, mientras tanto, seguía aletargado y la fiebre iba en aumento.

A las cuatro de la tarde se presentó el doctor Carranza y poco después el médico del pueblo, á quien indudablemente recordarán nuestros lectores por haberle visto junto al lecho de muerte de don Mateo de Robledano.

Terminada la consulta y acordado el tratamiento que debía seguirse en presencia de Salvador, el vizconde y Mollet, el médico del pueblo se encargó del enfermo, ofreciendo visitarle tres veces todos los días y avisando al médico de Madrid en el acto que notara alteración grave en el curso de la enfermedad.

Salvador estaba inquieto porque Esteban no le reconoció ni le contestó á ninguna de las preguntas que le hizo; pero en cambio deliraba, y temía que revelara en estos delirios algo de sus secretos.

Todo dispuesto así, regresaron á Madrid el médico Carranza, el vizconde, Mollet y Salvador.

La asistencia del herido había quedado á cargo de los dos practicantes, de la mujer del jardinero y de los dos criados de Madrid.

De seguro que Esteban Terreño no hubiera estado mejor asistido en su casa; pero para él iban á comenzar esos días de fiebre, de delirio, en que el paciente ignora si vive.

CAPITULO IV.

Un marido que engaña á su mujer.

Volvamos á encontrar á la baronesa de Morgal desmayada en su cama y al barón sentado junto á su cabecera.

Aquel desmayo había sido una revelación para don Andrés, porque no le quedaba la menor duda de que Isabel amaba á Alejandro. Pero Alejandro ¿amaba también á Isabel?... ¿Era aquello un amor adúltero consumado ó solamente un deseo femenino no satisfecho?

El barón se hallaba sobre la pista de este importante descubrimiento que afectaba su honra; pero de todos modos, no le quedaba la menor duda de que su mujer, si no había pecado, estaba dispuesta á pecar.

Esto era grave, porque del deseo de una mujer á la falta que la conduce este deseo, hay una distancia tan pequeña, que no hay necesidad de atravesarla para ofender el honor de un marido.

El barón se propuso por lo tanto disimular, fingir, repre-

sentar el papel de un esposo confiado, seguro de que, atendido el carácter caprichoso y violento de la baronesa, no tardaría en cometer alguna imprudencia que le revelara la verdad.

Tratándose de una mujer como Isabel de Romelia, cuya resplandeciente hermosura admiraban todos cuantos la conocían, no era posible que amase á un hombre sin que este hombre le correspondiera.

La lógica, la razón y las costumbres rechazaban como un absurdo el que no se deseara poseer el amor de la baronesa de Morgal, cuyas miradas enloquecían, cuyas sonrisas fascinaban, porque en la sociedad moderna los castos Josés son escasos, y cuando por rara casualidad se tropieza con alguno, en vez de admirarle inspira risa y lástima.

Una mujer hermosa, de esas que van por el mundo pidiendo *guerra*, tiene sobrados recursos, sin emplear la lengua, para decirle á un hombre: «Me gusta usted mucho, pero no es decente que yo se lo diga á usted en voz alta, porque me lo prohibe el decoro de mi sexo, y como supongo que usted será un caballero, confío que me pondrá usted en el caso de otorgarle como un favor lo que le estoy pidiendo á usted con los ojos hace tiempo».

El barón temía que su esposa hubiera faltado á sus deberes, en cuyo caso estaba resuelto á vengarse, porque el bueno del barón sólo se había fijado en el joven africano, sin apercibirse de otras cosas de alguna gravedad acontecidas en derredor suyo antes de presentarse en Madrid Alejandro de Robledano.

Pero dejando las deducciones y los comentarios, continuemos nuestra narración.

Cuando la baronesa, después de algunos minutos de desvanecimiento retornó á la vida exhalando un profundo suspiro, al abrir las ojos con esa vaguedad trémula de los desmayos, lo primero que vió fué á su marido.

Al pronto, como sucede siempre en tales casos, no se explicaba su situación. ¿Por qué estaba en la cama? ¿Por qué su marido se hallaba sentado junto á la cabecera mirándola de aquel modo?

La mujer, por muy bonachón y confiado que juzgue á su marido, cuando trata de engañarle ó le ha engañado ya, procura siempre cubrir las apariencias y alejar las sospechas. Bien es verdad que muchas veces este trabajo artificioso suele ser improductivo, aunque por regla general, desgraciadamente, da buenos resultados.

La baronesa recordó al momento todo lo que había sucedido, y comprendió su situación.

El desmayo había sido una gran imprudencia; era preciso enmendarla.

—Gracias á Dios,—exclamó el barón con acento conmovido.—Me has dado un susto... ¿Cómo te sientes? ¿Quieres que se mande á por el médico?

Isabel se sonrió, y separando con su hermosa y pequeña mano los cabellos que desordenadamente caían sobre su rostro, dijo:

—No, Andrés, no; la cosa no tiene importancia; un desmayo, eso me sucede muchas mañanas al levantarme... Estoy tan castigada por esta pícara jaqueca... sólo siento el susto que te he dado.

—Francamente, confieso que me he asustado un poquillo,

porque si no estoy tan á punto para cogerte... Pero no, no es de mí de quien debemos ocuparnos, sino de tí; yo estoy bueno, gracias á Dios, y tú, aunque para tranquilizarme dices que te sientes bien, el color de tu cara afirma lo contrario.

Don Andrés pronunció estas palabras con esa calma cariñosa propia de un espíritu sereno, de una conciencia tranquila. No era posible que aquel hombre sintiera en el corazón la torcedora desconfianza de los celos; su mirada serena, su bondadosa sonrisa, eran signos de paz y no de guerra.

—El caso es que, bien mirado, me parece que yo he tenido la culpa de tu desmayo, ó por mejor decir, la hemos tenido los dos, yo por no explicarme, y tú por no enterarte.

Y el barón se rió como en sus días más plácidos y serenos.

—Tú, naturalmente, tenías deseos de saber el resultado de ese lance de honor que los deberes de caballero me han obligado á apadrinar; me viste, me preguntaste, porque al fin y al cabo se trataba de un amigo, de un hombre simpático y generoso á quien todos admiramos y queremos, y yo te dije: ha recibido una herida tan grave, que si no muere se quedará ciego.

El barón soltó una ruidosa carcajada tan bonachona, tan franca, que ella sola bastaría para disipar la desconfianza de la mujer más astuta.

Isabel miraba á su marido con gran fijeza y sin atreverse á dirigirle la palabra, temiendo, sin duda, cometer otra imprudencia.

—Pues sí, querida,—añadió don Andrés con alegre entonación,—la equivocación, que ha sido garrafal, consiste en

que tú creiste que el herido era Alejandro de Robledano...

—¡Ah! ¿Luego no es él?...—preguntó la baronesa sin poderse contener.

Aquel grito salía de su alma, reanimando sus pálidas facciones.

Don Andrés, aunque sintió aquel grito retumbar de un modo sombrío en su corazón, permaneció impasible, y dijo:

—No, hija mía, no, el herido es ese canalla de Esteban Terreño; Alejandro está sano y bueno en su casa, después de haberse portado como un valiente, como un cumplido caballero, y dándole su merecido á ese pillete que se permitió estrechar nuestra mano y visitar nuestra casa, cuando la suya debería ser un presidio.

Del pecho de Isabel se escapó uno de esos suspiros que desahogan por completo el corazón.

Aquel suspiro era una nueva imprudencia que denunciaba á la mujer pecadora ó dispuesta á pecar.

El barón añadió bostezando:

—Nuestro joven héroe es todo un hombre, se bate con la misma serenidad que si estuviera en una sala de armas con la careta de alambre, los floretes con botón y el peto de gamuza colchado. Yo he pasado un buen rato viéndole firme como una roca, sin perder una línea de su terreno, y eso que Esteban Terreño era un mal enemigo, se tiraba á fondo con intenciones de pasarle de parte á parte, y simulaba estocadas para que su enemigo cayera en el engaño; jamás he visto un empeño más decidido en matar á un hombre que el que demostraba Esteban; pero que si quieres, Alejandro, con una serenidad y una prontitud admirables, iba desviando la pun-

ta del florete de su contrario, como el que espanta las moscas que pretenden picarle con un abanico.

—¿De modo que el joven africano ha estado admirable?—preguntó Isabel, en cuyo rostro brillaba la alegría.

—Ha estado sublime, y bien merece que se le dé la enhorabuena cuando venga á vernos. Yo supongo que será antes del jueves, porque es costumbre visitar á los padrinos para darles las gracias.

Y el barón, que iba leyendo en el rostro de su mujer como en un libro, se levantó, y dijo:

—Me estoy muriendo de sueño, y con tu permiso voy á tenderme un rato en el cómodo diván de mi despacho. No me guardes rencor por esta grosería, pues como he madrugado más que de costumbre, estoy sufriendo las consecuencias.

—Pero ¿no almuerzas hoy?—le preguntó cariñosamente la baronesa.

—He almorzado en casa de Alejandro; te ruego que me dispenses si no te acompaño.

El barón se dirigió bostezando hacia la puerta.

Isabel se alegró mucho de que su marido la dejara sola, porque así podía entregarse libremente á sus reflexiones; es decir, pensar en Alejandro.

Cuando don Andrés llegó á su despacho cerró la puerta, y dejando asomar una sonrisa maliciosa á sus labios, se dijo:

—Me parece que he representado con bastante limpieza mi papel; ya veo yo que es muy fácil hacer comedias en el escenario del mundo. Ella nada ha sospechado, me cree un marido papanatas, un sér linfático dominado por el estómago

y por las digestiones. ¡Ah! Su sorpresa será grande cuando me presente ante ella con mi verdadera fisonomía.

Cuando la baronesa se quedó sola, una exclamación de alegría se escapó de su pecho.

—Cuánta imprudencia he cometido,—se dijo;—yo me creía tener más dominio sobre mí misma; soy una aturdida que piensa á voces, que revela les secretos más íntimos de su corazón. Afortunadamente, Andrés es unhombre de buena pasta, desconoce la malicia, es confiado; pero de hoy en adelante debo ser más precavida.

Y dejando caer la frente sobre el pecho como si le asaltara un triste pensamiento, añadió:

—Jamás, ni en sueños, se me ha ocurrido que podría encontrarme en la situación en que me hallo. Yo amo á un hombre con verdadera pasión, con locura; pero este hombre ó no ha comprendido mis miradas ó no me ama, porque ama á otra; tengo, pues, una rival, Gabriela de los Angeles. ¿Quién se apoderará verdaderamente del corazón de Alejandro, ella ó yo?... Lucharé, pondré en juego todas las seducciones que poseo, llegaré si es necesario hasta la imprudencia; porque es preciso que ese hombre me ame. Sé que en esta empresa me juego mi felicidad, tal vez la vida, pero no retrocedo.

Así continuó la baronesa por espacio de una hora hablando consigo misma, y sentada en un sofá.

Su exaltada imaginación tan pronto veía abismos insondables como hermosos horizontes llenos de luz y de poesía.

Aquellas alternativas, propias de la incertidumbre y de la lucha de su espíritu, la mortificaban de un modo cruel.

De pronto le asaltó este pensamiento:

—¿Vendrá Alejandro esta tarde á visitar al barón?

Entonces corrió hacia un espejo y se estuvo contemplando en él durante algunos segundos.

—Estoy horriblemente pálida, ojerosa; la noche de insomnio, las angustias que he sufrido han dejado profundas huellas en mi rostro.

Entonces tiró del llamador de la campanilla y se presentó Micaela su doncella.

—¿Qué hora es?—le preguntó.

—La una y media, y la señorita no ha almorzado todavía.

—Es verdad; que me sirvan cualquier cosa aquí mismo; un par de huevos pasados por agua, un poco de carne asada; tengo poco apetito, y luego de almorzar me peinarás y me vestirás.

—¿Supongo que la señora baronesa está mejor?

—Estoy perfectamente bien.

Y la baronesa, mientras esperaba el almuerzo, se recostó en una butaca y volvió á pensar en Alejandro.

CAPITULO V.

Velada musical.

Jamás Gabriela se había vestido con tanta sencillez y con tanto gusto.

Cuando entró en el comedor, en donde se hallaban reunidos el maestro Ferrán, don Agustín y Faustino, su presencia produjo gran efecto.

—¿Es un ángel ó una mujer eso que entra por la puerta?—preguntó Faustino.

—Es mi nieta,—contestó don Agustín, como si con eso lo hubiera dicho todo.

—Prevengo á ustedes—añadió Gabriela sonriéndose de un modo encantador—que tengo muy buen apetito, y como esta noche no canto, espero que mi abuelo y que mi padre me dejarán comer todo cuanto quiera sin mortificarme con las prohibiciones de ordenanza.

—¿Cómo, cómo? ¿Qué es eso de que no cantas?—repuso don Agustín.

—Esta noche no tengo teatro; no canto, soy libre.

—Sí, ya lo sé; te quedas en casa, como se dice ahora, y por lo tanto, me perteneces; de modo que no cantarás para el público, pero cantarás para tu abuelito, y cuenta con uno de tus mejores éxitos.

—¡Ah! Eso es distinto; cantaré todo lo que usted quiera.

El maestro Ferrán no había pronunciado una sola palabra, pero no cesaba de mirar á su discípula con esa expresión de dulce arrobamiento tan propia en los padres enamorados de sus hijos.

—¿Qué tal, cómo me encuentra usted?—le preguntó Gabriela al maestro, colocándose delante de él y poniéndole las manos sobre los hombros.

—Yo siempre te he encontrado hoy más hermosa que ayer, y mañana de seguro te encontraré más encantadora que hoy.

—Pues entonces, ya que soy tan bonita,—añadió Gabriela con picaresca entonación,—le permito á usted que me dé un beso en la mejilla y otro en la frente.

Carlos obedeció el encantador mandato de su discípula.

—Veo que te has peinado con mucho gusto,—repuso Ferrán,—y por cierto que no he visto nunca ese peinado que llevas. ¿Es una invención tuya? ¿Tendremos aquí aquel peinado á lo Tito del célebre Talma que tanto éxito alcanzó en París?

—Este peinado—contestó Gabriela—es efectivamente un capricho mío que me servirá la noche que estrene la ópera *Cleopatra,* producción que tiene en cartera mi querido maestro, mi segundo padre, y escribe expresamente para mí,

para que tenga algo más que deberle sobre lo mucho que le debo.

—¡Ah! Efectivamente, ahora recuerdo que tengo en mi despacho un busto de bronce de Corinto de Cleopatra que está peinado del mismo modo que tú.

—De ese busto precisamente lo he tomado yo para solemnizar dignamente esta noche la audición de la sinfonía de *Cleopatra* de mi querido maestro.

Ferrán abrazó á su hija por aquella ocurrencia llena de delicadeza.

—¡Ah! Maestro, ¿con que esta noche oiremos algo nuevo tuyo?—preguntó Faustino.

—Sí, oiréis la sinfonía de la ópera que tengo en el telar,—repuso Carlos riéndose;—el público será reducido, pero inteligente, y espero que me digáis con franqueza vuestro parecer.

—La noche que se estrene en el teatro de la Scala de Milán la ópera de mi querido maestro—añadió Gabriela—va á ser terrible para mí, porque tendré dos grandes cuidados sobre mi espíritu: el cuidado de mi parte de tiple y la inquietud propia del interés que me inspira el autor. Creo que es una gran crueldad obligarme á que estrene yo la *Cleopatra,* porque aquella noche de seguro voy á tener mucho miedo.

—La escribo para tí, y justo es que tú la estrenes; además, el estreno ha de ser en el teatro de la Scala de Milán, porque las óperas que allí se estrenan llevan un sello artístico de gran valía para el mundo musical.

Se sirvió la sopa, y como en derredor de la mesa se re-

unían cuatro adoradores de la ritmopea, naturalmente, se habló mucho de música.

Faustino recordó los buenos tiempos en que él tenía una garganta privilegiada; Ferrán habló de todos los grandes cantantes del mundo, y don Agustín de los célebres concertistas que habían trabajado en los teatros de Madrid.

Así terminó la comida en buena armonía, y luego pasaron al salón á esperar á sir Pik y Alejandro, que eran los dos únicos invitados para la velada musical.

El salón de la casa del maestro Ferrán no era grande, pero en cambio estaba deçorado con mucho gusto y no carecía de obras de arte de mucho mérito.

Colocados en uno de los testeros se veían un piano norteamericano de Stembay y un órgano de trece registros, de Aléxandre, de París; sobre un sofá se veía un violonchelo y dos violines.

A las nueve y media se presentaron Alejandro y Pik.

—Ya tenemos aquí á todo nuestro público,—exclamó Ferrán con franca y alegre entonación,—y voy á exponer á ustedes el programa de la función de esta noche.

Cambiáronse los saludos de ordenanza. Alejandro estrechó la mano de Gabriela, que se estremeció dulcemente al contacto de la suya.

A aquellos dos jóvenes les bastó una mirada para comunicarse la gran alegría de sus almas.

A sir Pik le llamó la atención el precioso piano Stembay, y mientras Ferrán le daba algunas explicaciones de su maravillosa construcción, Alejandro y Gabriela pudieron cambiar en voz baja estas palabras:

—He rezado toda la noche á mi Virgencita, y ella ha oído mis oraciones, puesto que está usted aquí.

—Me hizo tan feliz el saber que usted se interesaba por mí, que he defendido mi vida para ponerla como tributo á los piés del ángel á quien adoro con toda el alma.

Gabriela bajó los ojos ruborizándose. Aquella declaración que brotaba de un alma ingenua, inundó de felicidad su corazón.

Faustino, comprendiendo que algo debía hacer por su bienhechor, se puso á hablar con don Agustín de los célebres constructores de violines, Stradivarius y Antonio Amati.

Este era precisamente el flaco del viejo profesor de música.

—¿Por qué arriesga usted así su vida, Alejandro?—preguntó Gabriela sin levantar los ojos.

—Porque, muerta mi madre, mi vida no interesaba á nadie en el mundo; pero desde hoy seré más cuidadoso y más avaro de mi existencia, si usted me promete seguir interesándose por mí.

—Una prueba de que me intereso vivamente es que no he podido cerrar los ojos en toda la noche, y al abrir el balcón de mi dormitorio me pareció triste como nunca la hermosa luz del sol; pero en cambio, cuando mi maestro me dijo que había pasado todo peligro y que vendría usted esta noche, sentí una alegría tan grande que no recuerdo haberla sentido nunca mayor.

—¡Ah! Si supiera usted qué dulcemente resuenan esas palabras en mi oído... Jamás olvidaré este instante.

—Por Dios, Alejandro, pueden oirnos.

—Es que hace un año que admiro, que callo y que amo, y si ese amor no tuviera recompensa...

—¡Oh! En cuanto á eso, casi estoy segura que la tendrá.

Y Gabriela, levantando poco á poco la cabeza, fijó una mirada tímida en Alejandro, mientras que en sus frescos labios se dibujaba una encantadora sonrisa.

—Señores, dijo Ferrán en alta voz,—voy á exponer á ustedes el programa del concierto de esta noche. En primer lugar, rindiendo tributo á las canas, mi respetable maestro don Agustín abrirá la marcha de la velada tocando un dúo de violines acompañado por su nieta Gabriela. Este dúo se llamará *Los dos crepúsculos.*

—Aprobado, aprobado,—exclamó don Agustín.

—Segundo: don Alejandro de Robledano tocará lo que guste al piano.

Alejandro hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Tercero,—añadió Ferrán:—como se asegura que sir Pik es un profesor acabado de violonchelo, tocarán del modo siguiente: el *Ave María* de Gunod, sin permitirles más que un ligero repaso, como buenos profesores, sir Pik el violonchelo, Gabriela el órgano, Alejandro el piano, don Agustín y yo los dos violines, y Faustino cantará el *Ave María*, pues yo recuerdo habérsela oído cantar muchas veces, con gran aplauso, en los conciertos del teatro Real.

Esta proposición hizo reir á todos, porque el pobre Faustino había perdido por completo la voz y no podía cantar ni una mala copla.

—¡Ah! Maestro, maestro,—exclamó el ex-tenor,—quién pudiera cogerte la palabra; pero desgraciadamente yo sólo

sirvo para aplaudir y para volver las hojas de una pieza musical.

—Cuarto y último,—añadió Ferrán:—un servidor de ustedes tocará al piano la sinfonía de la ópera *Cleopatra*, que aún no está instrumentada.

El programa fué aceptado con gran entusiasmo y no poca algazara.

Comenzaba la fiesta musical con muy buen humor.

Don Agustín y Gabriela cogieron los violines, y el maestro Ferrán les puso un precioso atril de palosanto en medio del salón.

Luego se sentó al lado de Pik y de Alejandro, que estaban en el sofá.

Faustino era el encargado de volver las hojas del papel de música.

Gabriela se hallaba colocada frente á frente de Alejandro.

No podía darse una figura más poética, más interesante que aquella joven con su encantadora cabeza inclinada sobre el violín y sonriéndose.

—Una palabra,—dijo el viejo profesor:—para que ustedes se aburran menos y no padezcan tanto los tímpanos, yo llevaré el acompañamiento y Gabriela la voz cantante, porque confío poco en la seguridad de mi vista y de mi mano. Vamos, hija mía, cuando gustes, y procura librarme de todas las barbaridades que cometa.

La pieza que tocaron fué *La Caridad* de Rossini. Faustino, mientras volvía las hojas, no cesaba de decir en voz baja:

—¡Bravo, hija mía, bravísimo, monina!... ¡Incomparable!... Esto es un Paganini del género femenino.

Estos elogios hacían reir á Gabriela, que movía de vez en cuándo la cabeza como si se las jurara. Una vez le dió un golpe con el arco del violín en la punta de la nariz, y el gesto y la exclamación de Faustino arrancaron una carcajada al auditorio, con detrimento de la armonía de la preciosa pieza musical que estaban ejecutando.

Cuando terminaron, y después de recibir y agradecer las felicitaciones, Alejandro ocupó la banqueta del piano.

Tan pronto como dejó caer las manos sobre el teclado comprendieron todos que era un gran profesor.

Alejandro tocó con admirable firmeza, claridad y precisión la sinfonía de *Semiramis*, que jamás se cansará el público de oir.

Al terminar resonó un aplauso nutrido, y Ferrán, abrazando al pianista, le dijo:

—Amigo mío, es usted un maestro, pertenece usted á la raza de los músicos, y me felicito de tener un compañero más á quien admirar.

—Toco más bien de afición que otra cosa; mi único maestro ha sido mi madre, y allá en la costa de Guinea no teníamos gran repertorio para estudiar, y el piano que teníamos en la escuela era una verdadera ruína. Bien es verdad que en la Habana estudié algún tiempo con un buen profesor y un buen piano.

—Pues, amigo mío,—repuso don Agustin,—ha aprovechado usted el tiempo.

Se pasó al tercer número, es decir, al quinteto de piano, órgano, violonchelo y dos violines, que debían ejecutar el *Ave María* de Gunod.

Se colocó un atril para el violonchelo, otro para los dos violines. El piano y el órgano estaban juntos, y se sentaron en las banquetas Alejandro y Gabriela.

Comenzó la famosa *Ave María* del célebre autor del *Fausto*.

Como todos eran repentistas, bastó leerla ligeramente una vez para ejecutarla al momento con admirable precisión; pero Gabriela, no pudiendo resistir al atractivo de aquellas notas inspiradas, de aquellos torrentes de armonía, que parecían elevarse al cielo lleno de unción religiosa, comenzó á cantar el *Ave María* con ese dulce y apasionado arrobamiento de una alma llena de fe, de un corazón enamorado.

Alejandro, al oir las primeras notas que brotaron de la privilegiada garganta de Gabriela, volvió la cabeza como atraído por un imán irresistible.

Gabriela le envió una sonrisa envuelta con un suspiro.

Antes de pronunciar la palabra *gratia plena,* dos lágrimas asomaron á los ojos de Gabriela. Aquellas dos perlas vacilantes que oscilaban y que por fin rodaron por sus mejillas, le dieron á su encantadora cabeza una expresión seráfica.

Las notas cadenciosas y sonoras del órgano eran menos puras, menos limpias que las que elevaba al cielo la voz sin rival de la tiple.

Nadie dijo una palabra por no interrumpirla: todos siguieron acompañándola verdaderamente extasiados, y Faustino, que se hallaba en el último término, juntó las manos con expresión de asombro y de adoración, y estuvo á punto de arrodillarse como ante una imagen.

Cuando terminó el *Ave María*, todos felicitaron á Gabriela, y el que con más entusiasmo lo hizo fué don Agustín, que la tuvo abrazada y dándole besos un largo rato con ese egoismo exuberante de cariño tan propio de los abuelos.

—Nos has conmovido,—exclamó don Agustín.—Algunos momentos yo he creído oir en tu voz algo que no era de la tierra, que pertenecía al cielo, y he tenido intenciones de arrodillarme y adorarte como á una santa; pero me he detenido por no causaros una perturbación.

—Es que yo, querido abuelito, cuando me dirijo á mi Virgencita,—contestó Gabriela fijando una mirada en Alejandro,—siempre lo hago con el alma, porque le debo muchos favores y me precio de agradecida.

—¿Ha cantado usted el *Ave María* de Gunod en el teatro?

—Nunca, ni creo que la haya cantado ninguna tiple, porque está escrita para tenor.

—Pues la noche que usted, faltando á la tradición y á lo escrito por su autor, la cante, sucederá un acontecimiento musical en el teatro, que formará época entre los buenos aficionados.

Alejandro, tan vivamente impresionado se encontraba, que no dirigió el menor elogio á la cantante. Pero ¿qué importaba aquel silencio de su lengua ante la elocuencia de sus miradas?

Faltaba del programa expuesto por Carlos, la última parte, la sinfonía de *Cleopatra,* y el maestro se sentó al piano, y su auditorio tomó asiento también en derredor suyo.

Faustino se quedó de pié junto al sostenedor, para volver las hojas.

La sinfonía del maestro Ferrán era una obra llena de vigor, de brillantez y de genio. Ella sola bastaba para demostrar que su autor dominaba el arte musical.

Aquellos torrentes de notas, aquellos cambios magistrales, aquellas arrobadoras melodías abrillantadas por la inspiración y ejecutadas por una buena orquesta dirigida por Ferrán debían arrebatar al público.

Todos celebraron con gran entusiasmo la sinfonía de *Cleopatra*.

Terminado el programa que constituía la velada musical, comenzaron esas *añadiduras* de última hora que constituyen el verdadero encanto de las reuniones íntimas.

Alejandro cantó dos ó tres nocturnos africanos tan melodiosos como originales, que produjeron un gran efecto en el auditorio.

Gabriela cantó también algunas canciones españolas acompañadas al piano por el maestro Ferrán, y hasta el complaciente Faustino cantó unos *couplets* franceses de una opereta cómica en que el tenor se lamentada de haberse quedado sin voz.

Faustino expresó tan admirablemente con la fisonomía y los ademanes la cómica situación del personaje que representaba, que demostró que era un gran actor.

Estos *couplets* merecieron la honra de la repetición, y se celebraron y rieron mucho.

No se libró de pagar su contribución, como todos los demás, sir Arturo Pik, que cantó una canción inglesa, en la cual se lamentaba el boxeador del desperfecto que habían sufrido sus narices.

A las doce y media de la noche se dió por terminada aquella fiesta musical, que había pasado para todos con la rapidez de un relámpago.

Quedó acordado que se repetiría en alguna de las noches que Gabriela no cantara en el teatro Real.

Cuando Alejandro y Pik se despidieron, al estrecharse las manos, Alejandro dijo:

—Esta noche he disfrutado el grado sumo de felicidad que puede la Providencia conceder á la pobre criatura en este valle de miserias y penalidades.

—Aún le queda á usted una felicidad mayor,—contestó Arturo.

—¿Cuál?

—Poseer en propiedad absoluta al ángel que ha proporcionado á usted esta noche tanta dicha.

—Pues, amigo Arturo, abrigo en el corazón la esperanza de conseguir esa propiedad.

Mientras tanto, el maestro Ferrán, cuando se quedó solo en su dormitorio, se dijo:

—Yo he escrito mi *Cleopatra* para Gabriela, es decir, para la única tiple que probablemente no la cantará jamás en el teatro. Se aman, sí, se aman con toda la vehemencia del primer amor, y Gabriela no envejecerá sobre los escenarios de los teatros. Es una verdadera pérdida para el arte...

Y como si en estas reflexiones encontrara algo de egoismo, añadió:

—Decididamente harán una pareja encantadora, serán felices y yo habré contribuído á esa felicidad; ésa será mi mejor obra.

Al mismo tiempo, Gabriela, cuyo hermoso corazón rebosaba felicidad, al entrar en su dormitorio, se arrodilló ante la Virgen, y le dijo:

—Te doy las gracias con toda mi alma, Virgen mía; sigue protegiéndome, porque nada malo puede sucederme mientras tú me protejas.

CAPITULO VI.

El enfermo y la enfermera.

Al día siguiente, á eso de las diez de la mañana, un coche se detuvo delante de la verja de la quinta de Carabanchel.

El jardinero, que le había visto acercarse por el camino de árboles que conducía á la quinta, abrió la puerta de hierro.

Dos mujeres bajaron del carruaje: Teresa y una hermana de la Caridad.

El jardinero las recibió con el sombrero en la mano y prodigándoles saludos respetuosos, porque Teresa era prima hermana de su amo y se le tenían grandes consideraciones en la casa; y en cuanto á la hermana de la Caridad, de sobra adivinaba el jardinero su piadosa misión en la quinta.

—¿Cómo sigue el herido?—preguntó Teresa.

—Lo mismo, señorita; la calentura le tiene aplanado y no cesa de delirar.



Lit.ª Palacios — Arenal, 27 - Madrid

El jardinero las recibió con el sombrero en la mano ......

—¿Quién le ha asistido esta noche?

—Trajo ayer tarde don Salvador Verdemar dos practicantes del hospital, y se relevan cada ocho horas,—contestó el jardinero.

—Supongo que no faltará nada á los enfermeros ni á la demás gente que se ha mandado de Madrid.

—Nada, señorita; don Salvador lo dejó arreglado todo ayer tarde.

—Está bien. Vamos, sor Andrea, vamos á cumplir nuestra caritativa misión,—añadió Teresa.

El jardinero las acompañó con grandes muestras de respeto hasta el pié de la escalinata de mármol que daba paso al hotel.

—Me han dicho—volvió á preguntar Teresa—que el enfermo está alojado en mi habitación.

—Sí señora; como era la más cercana al jardín y los médicos tenían gran prisa en hacerle la primera cura, don Alejandro dispuso que se le condujera á esa habitación; pero si la señorita quiere, se le puede trasladar con gran cuidado á otra.

—No, no, dejarlo ahí; afortunadamente la casa es grande y no han de faltarnos habitaciones para que sor Andrea y yo nos instalemos cómodamente. Cierre usted ahora la verja y dígale al cochero que puede regresar á Madrid, pues por lo que pueda ocurrir tenemos aquí otro carruaje.

—Tenemos dos, señorita, una berlina y una victoria.

—Pues nos basta y nos sobra,—repuso Teresa.—Tenga usted la bondad de decir á toda la servidumbre que venga á recibir mis órdenes.

Después de esto, Teresa y sor Andrea entraron en el hotel.

Al pasar por delante de la puerta de la habitación del herido, Teresa se detuvo y le dijo en voz baja á la hermana de la Caridad:

—Aquí está el enfermo.

En aquel momento oyóse una voz que gritaba con acento irritado:

—¡Necesito dinero!... ¡Dadme dinero!... ¡Pero mucho! ¿lo oís? ¡mucho!... ¡Dadme montes de oro para que yo pueda vivir como un príncipe, y os ofrezco matar á todo el que os estorbe!...

Teresa se estremeció: aquellas palabras producían una gran inquietud á su espíritu; pero como su rostro era una fría máscara de hielo, dejó asomar á sus descoloridos labios una sonrisa que no carecía de bondad, y dijo:

—Sin duda es el enfermo que delira.

—Sí, él debe ser,—contestó sor Andrea.

—Entremos á verle, cumplamos esta obra de misericordia, hermana mía,—dijo Teresa.

La habitación estaba casi á oscuras. Las maderas de la ventana, un poco entreabiertas, dejaban paso á un rayo de luz, que se desvanecía antes de llegar á la alcoba.

Un joven de diez y nueve á veinte años de edad, que vestía una blusa de percal negro, se hallaba leyendo en un libro junto al rayo de luz que penetraba por la entreabierta ventana.

Aquel joven era uno de los practicantes encargados de la asistencia de Esteban Terreño.

Al ver entrar á Teresa y á la hermana de la Caridad, el practicante se levantó.

—¿Está delirando, no es verdad?—preguntó Teresa.

—Sí señora, así ha pasado toda la noche; tiene una fiebre muy alta.

—Tal vez le moleste nuestra conversación.

—No oye nada; se halla bajo la influencia de la calentura.

Teresa, que deseaba saber si el enfermo había pronunciado algún nombre durante sus delirios, preguntó:

—¿Y siempre que delira prorrumpe en amenazas de muerte, como lo hacía cuando nosotras llegamos?

—Según parece, habla de dinero y de matar á todo el mundo; es su tema favorito,—respondió el practicante;—y el pobre, en vez de matar, por poco le matan á él.

—¿De modo que la herida es muy grave?

—Tiene una gravedad relativa. Si no vienen complicaciones funestas que afecten al cerebro, se salvará. Pudiera sobrevenir, y esto es lo que temen los médicos, una oftalmía simpática, en cuyo caso corre peligro de quedarse ciego.

—¡Oh! Eso sería una horrible desgracia,—contestó Teresa con afectada ternura.

—Sí señora, una gran desgracia,—repuso el practicante,—sobre todo para un hombre joven.

—¿Y no tiene momentos de lucidez?

—Desde que nosotros nos hemos encargado de su asistencia, ó duerme amodorrado bajo los efectos del opio, ó delira.

—En fin, haremos todo cuanto esté de nuestra parte para salvarle. Vamos arriba, hermana Andrea.

Teresa y la hermana de la Caridad salieron de la habitación.

El practicante, al verse solo, volvió á coger su libro y se puso á leer.

Teresa dió las disposiciones necesarias para la buena marcha del servicio.

Tenía amplios poderes de su primo hermano para disponer todo lo que creyera necesario.

Dispuso que de los dos practicantes, uno hiciese la guardia de día y otro de noche en una habitación inmediata á la alcoba del enfermo, y que ella y la hermana de la Caridad se encargarían de la asistencia del herido.

Teresa quería alejar testigos importunos del lado de Esteban, temerosa de que en sus delirios la comprometiera á ella ó á Salvador.

Suponiendo con fundado motivo que tendría que conferenciar muchas veces en secreto con Verdemar, mandó que le dispusieran una habitación en el piso bajo y en la parte opuesta que ocupaba el herido.

La hermana de la Caridad tenía su dormitorio en el piso principal.

Dadas estas órdenes, como dueña de la casa, se enteró con detención del tratamiento indicado por los médicos.

Todas las tardes debía ir á Carabanchel Salvador Verdemar á enterarse de parte de Alejandro del estado del pobre herido.

Estas visitas debían ser de la mayor importancia para los dos amantes, porque ellas les pondrían al corriente de lo que pasaba en Madrid y en Carabanchel.

Los practicantes se alegraron mucho de aquel refuerzo que les enviaban, porque la asistencia de la señorita Teresa y de la hermana de la Caridad les descargaba de mucho trabajo, y sabido es que el hombre, casi siempre, se inclina hacia el lado de la pereza.

Teresa dispuso asimismo que ella y sor Andrea comerían en un pequeño gabinete del piso bajo y los practicantes en el comedor.

Aquella señorita, tan grave, tan severa y tan pálida, inspiraba respeto, y todos elogiaron su conducta cuando supieron que voluntariamente, y obedeciendo á un impulso caritativo de su corazón, se había ofrecido á asistir al enfermo, á quien no conocía.

Como Teresa era tan hipócrita como reservada, pensó que no estaría de más, por lo que pudiera suceder, captarse las simpatías de los practicantes; así es que desde el primer momento les demostró una afabilidad respetuosa, y encargó que no les faltara nada.

Después de almorzar, á eso de las doce de la mañana, Teresa entró en la habitación del herido.

Su modesto traje de merino negro cerrado hasta el cuello hacía resaltar más la palidez y la gravedad de su triste semblante.

Teresa llevaba un pequeño libro en la mano: era el *Kempis,* la Imitación de Jesucristo, lectura piadosa, cuyas dulces y santas máximas no penetraban nunca en el corazón de aquella mujer; pero aquel sagrado libro en sus manos le daba cierta respetabilidad, era un arma de su hipocresía.

El practicante, al verla, se levantó con respeto, porque

el semblante de aquella mujer tomaba muchas veces la fría inmovilidad de la estatua.

—¿Cómo sigue el enfermo?—preguntó Teresa.

—Duerme bajo el influjo del opio, y mientras tanto, descansa sin sentir los dolores que tanto le mortifican.

—Puede usted retirarse,—dijo Teresa con gravedad.—Hasta las diez de la noche estaré yo aquí para asistirle. A las diez me relevará la hermana Andrea. Usted y su compañero estarán de guardia en su habitación, turnando según ustedes convengan. Si ocurre algo llamaré, pues hay campanilla de comunicación. ¿Qué ha de tomar el enfermo?

—Aquí en este papel está consignado el tratamiento hora por hora.

Y el practicante indicó una mesa en donde se hallaban un pliego de papel manuscrito y los medicamentos recetados por los médicos.

Teresa leyó con detenimiento el papel.

—Está bien; puede usted retirarse.

Había tal severidad en la voz y en la fisonomía de aquella mujer, que el practicante, saludando, salió de la habitación.

Teresa, al verse sola, dejó el libro sobre una silla y entró en la alcoba.

La oscuridad era casi completa. Al principio Teresa no distinguía al enfermo, cuya cabeza se hallaba cubierta en la parte superior por un ancho vendaje blanco que le cubría la frente y los ojos.

Esteban permaneció inmóvil.

—Duerme,—se dijo Teresa, hablando consigo misma.—

Según parece, hasta ahora no ha pronunciado en sus delirios ni el nombre de Salvador ni el mío, pero... ¿y si los pronuncia? ¿Y si comete esa imprudencia?... ¿Y si revela lo que á todos nos conviene ocultar?... ¡Oh! Entonces será preciso que tomemos otro camino.

Durante algunos minutos Teresa no se movió del mismo sitio ni dejó de mirar al herido, que continuaba inmóvil.

Cuando se cansó de aquella muda contemplación fué á sentarse junto á la ventana.

La vida de aquella mujer era una reconcentración continuada; para ella no habían existido nunca las encantadoras expansiones de la juventud que brotan del alma y lo embellecen todo.

Su existencia estaba reducida á estos dos torcedores de la felicidad: odiar y desear; pero como el deseo no quedaba nunca satisfecho y el odio no se extinguía nunca, su vida era un tormento.

Teresa, sentada junto á la ventana, abrió el libro que llevaba en la mano y se puso á leer.

Aquel libro era el *Kempis,* Imitación de Jesucristo, y lo abrió precisamente por el capítulo XII, que trata de las consideraciones de la miseria humana, que dice: «Miserable serás donde quiera que fueres. ¿Por qué te turbas si no te sucede lo que deseas? ¿Quién es el que tiene todas las cosas á su voluntad?

»No hay hombre en el mundo sin tribulación ó angustia, aunque sea rey ó papa.

»Dicen muchos flacos: Mirad qué buena vida tiene aquel hombre, cuán rico, cuán poderoso, cuán gran señor es; mas

tú levanta la atención á los bienes del cielo, y verás que todas esas cosas temporales no son nada.

»No está la felicidad en tener abundancia de lo temporal, bástale una vida mediana. Verdadera miseria es vivir en la tierra.

»¡Oh! ¡Cuánta es la flaqueza humana, que siempre está inclinada á los vicios! ¡Ay de nosotros si así queremos ir al descanso!»

Teresa arrojó el libro sobre una silla.

Aquel pequeño volumen, que su hipocresía paseaba por todas partes, le había causado muchas mortificaciones, era su acusador; por cualquier parte que lo abría no le hablaba de otra cosa que de la caridad, de la mansedumbre, del desprecio de las riquezas, de la humildad, de huir de las vanas esperanzas, de la pureza del corazón, del amor de Dios y de otras muchas virtudes que ella desconocía.

¿Por qué, pues, leía el *Kempis,* que era para ella una verdadera mortificación? Precisamente porque el carácter de Teresa estaba definido con este adjetivo: hipócrita; es decir, el que finge lo que no es ó lo que no siente, aparentando virtudes y ocultando la depravación que le domina.

Teresa, inmóvil como una estatua, con la mirada fija en el suelo y las manos plegadas sobre las rodillas, pensaba en su situación, que de día en día iba empeorando.

La alianza funesta con Esteban le había costado algunos miles de duros, reunidos poco á poco durante los últimos años de la vida de su tío Mateo.

¿Qué beneficios le había producido aquella alianza? Ninguno, ó por mejor decir, le había sido funesta, porque si

aquel hombre hablaba, si aconsejado por el despecho ó la desesperación decía toda la verdad, podía hacerle perder la confianza que en ella había depositado su primo Alejandro de Robledano.

¿Hablaría aquel hombre, acusándose á sí mismo? Esa era la duda que atormentaba á Teresa.

Todo podía temerse; Esteban era un hombre funesto para ellos, porque ¿qué exigencias no serían las suyas si desgraciadamente quedaba ciego?

Todo esto pensaba Teresa, diciéndose al mismo tiempo:

—Los muertos no hablan; es preciso que este hombre muera.

De estas meditaciones la distrajo la voz del enfermo, que decía:

—Tengo sed... Dadme agua... ¿Quién me asiste?

Teresa entró en la alcoba.

—Es preciso tener un poco de paciencia,—dijo, procurando endulzar el timbre áspero de su voz.—Se halla usted bajo la influencia de la calentura y no conviene ahora beber agua; así lo han dispuesto los médicos.

—¡Los médicos!... ¿Qué me importan á mí los médicos?... Me estoy abrasando, y cuando tengo sed bebo agua.

—Es imposible... Pídale usted á Dios un poco de paciencia.

—¡Dios!... Hace tiempo que Dios me tiene abandonado... Es inútil que le pida nada. Pero ¿quién es usted? Antes me asistía un hombre y usted es una mujer.

—Sí, soy una mujer.

Y Teresa, como si temiera decir su nombre, añadió:

—Soy una hermana de la Caridad que don Alejandro le envía á usted para que le asista.

—Ese es un favor que yo no le he pedido á don Alejandro.

—Dios manda que los hombres sean agradecidos.

—Dios manda muchas cosas quo los hombres nos olvida mos de cumplir.

—Pero llega un día en que el hombre se arrepiente de ese olvido.

—Tal vez, pero para mí no ha llegado aún ese día,—añadió Esteban con acento bronco;—pero vuelvo á decir á usted que protesto de esa protección que me dispensan sin pedirla. Además, aquí no estoy tranquilo; no todos los que me rodean me inspiran confianza... Prefiero que me lleven á un hospital ó á mi casa de Madrid.

Teresa creyó adivinar la intención de aquellas palabras, y se propuso salir de dudas.

—¿Por qué no está usted aquí tranquilo?—le preguntó.—La asistencia que se le da no puede ser más esmerada; somos cuatro personas dedicadas exclusivamente á cuidar de usted.

—¿Cuatro personas?—repuso Esteban con entonación sombría.—Es decir, usted y los dos practicantes del hospital. ¿Quién es la otra?

Teresa vaciló un instante antes de contestar, pero luego dijo con resolución:

—La otra es una buena y caritativa señorita que al saber la desgracia de usted se ha brindado á ser su enfermera.

—¿Y cómo se llama esa caritativa señorita?

—Se llama Teresa Sánchez de Robledano, es prima hermana del dueño de esta casa.

Al oir este nombre el enfermo se estremeció en su lecho.

—¡Ah! La señorita Teresa...—exclamó Esteban.—Sí, efectivamente, ese es un rasgo caritativo que la honra mucho. Yo no conozco de trato á esa señorita, pero me ha hablado varias veces de ella un amigo que lo es suyo. Debe ser muy buena cuando sin conocerme se mortifica por mí; le daré las gracias cuando se me presente la ocasión.

Teresa comprendió que había algo de sarcasmo en aquellas palabras, pero guardó silencio.

Aquí hubo una ligera pausa; luego añadió Esteban, bajando la voz:

—¿Diga usted, hermana, conoce usted á todos los que vienen á visitarme?

—Sí señor.

—Entonces podrá decirme usted, ó por mejor decir, sacarme de una duda. ¿Ha venido á verme uno que se llama Salvador Verdemar?

—Sí señor, viene todos los días,—contestó Teresa, á quien aquel diálogo interesaba vivamente.

—¡Ah! ¿Viene todos los días? Yo lo ignoraba.

—Eso no tiene nada de extraño, pues padece usted frecuentes delirios y no puede darse cuenta de lo que sucede á su alrededor. Hasta este instante, en que gracias á Dios se halla usted más despejado, siempre ha estado usted bajo la adormecedora y pesada influencia de la calentura.

—Eso será; porque me extrañaba mucho que Salvador Verdemar no hubiera venido á verme y á dirigirme esas

palabras de consuelo, propias de una buena amistad. Le ruego á usted, hermana, que le diga cuando venga que deseo hablarle, y ahora por caridad le suplico que me dé un poco de agua.

—Está prohibido, y yo no puedo faltar á lo que mandan los médicos.

—El agua no debe prohibirse nunca cuando el cuerpo se abrasa y la pide, es una crueldad; además, yo creo que ahora estoy limpio de calentura... Agua, agua, hermana, por ese Dios á quien acaba usted de recordarme.

Teresa, que deseaba la muerte de aquel hombre, porque le temía y le estorbaba, se hizo estas reflexiones:

—Los médicos han prohibido que se le dé agua, luego sospechan ó tienen la evidencia de que el agua es perjudicial á su salud. ¿Por qué no he de darle yo agua cuando deseo precisamente lo contrario que los médicos?

Teresa fijó una mirada en la mesa en donde se hallaban los medicamentos; allí había una botella grande de agua. Extendió la mano y cogió la botella, y dejando asomar una sonrisa reveladora de la perversidad de su alma, murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Qué fortuna tan grande para mí si esta botella encerrara la muerte!

Desde aquel momento Teresa era moralmente criminal; se decidía por el asesinato de un prójimo, y ya iba á concederle el vaso de agua que con tan ferviente entonación le pedía el enfermo, cuando se presentó en la puerta del gabinete el médico del pueblo y los dos practicantes.

Teresa les salió al encuentro, y colocándose un dedo so-

bre la boca indicó que callaran, y luego hizo una seña al doctor para que la siguiera.

El médico la siguió sin comprender aquella mímica.

Los dos practicantes se quedaron junto á la puerta.

Cuando Teresa llegó al corredor, se detuvo y dijo sonriéndose:

—El enfermo parece que está ahora un poco despejado; cambió conmigo algunas palabras y me tomó por la hermana de la Caridad, sor Andrea; mostró gran empeño en que le sacaran de esta casa; yo comprendí que si le decía mi nombre le iba á causar alguna mortificación; así es que le dejé en su error. Indudablemente el pobre se cree que molesta, y como hombre delicado quiere evitarnos esa molestia. Le suplico á usted, querido doctor, que no le diga que la persona con quien ha estado hablando es la prima hermana del dueño de esta casa.

—¡Bah! Quién hace caso de las susceptibilidades y de los caprichos de un enfermo,—dijo el doctor con la habitual franqueza de un médico de pueblo.—Aquí lo importante es curarle; pero pierda usted cuidado, le dejaré en su error. Eso no cuesta nada.

—¿Y cree usted que le curaremos?

—Tengo al menos alguna esperanza, atendida su robustez y su juventud. Es decir, entendámonos, creo que salvaremos su cuerpo, pero en cuanto á los ojos, ya es distinto.

—¡Ciego!...

—Será lo más probable, porque ya anoche comenzaron á presentarse algunos síntomas, que si continúan desarrollándose, pueden tener un resultado fatal.

El médico entró en la habitación del enfermo seguido de los dos practicantes.

Teresa, como se aproximaba la hora en que debía llegar Salvador, salió al jardín y se puso á pasear por la ancha calle de tilos que conducía desde las gradas del hotel á la puerta de hierro.

CAPITULO VII.

Nuevos temores.

Era un día hermoso de invierno lleno de luz y de serenidad; el cielo, sin una nube, extendía ese manto de purísimo azul que alegra el espíritu.

Teresa paseaba con la frente un tanto inclinada sobre el pecho, actitud propia del que se halla bajo la influencia de algún pensamiento que le domina; y en verdad que no le faltaban motivos, atendido su carácter reconcentrado y receloso, para estar pensativa.

Las pocas palabras que había cambiado con Esteban le demostraban que no debía confiar mucho en la prudencia y lealtad de aquel aliado.

Teresa esperaba con ansia la llegada de Salvador.

Trascurrió una hora. El médico del pueblo se había marchado, diciéndole al paso que el enfermo seguía su curso natural.

Teresa, un tanto fatigada de cuerpo y de espíritu, se sen-

tó en un banco, precisamente en la plazoleta en donde había tenido lugar el desafío.

Desde allí veía perfectamente la puerta de entrada del jardín.

Trascurrieron algunos minutos, cuando se detuvo un carruaje y bajó de él Salvador Verdemar.

Teresa se levantó y le salió al encuentro.

El sitio era á propósito para hablar; nadie podía oirles. El jardinero se hallaba trabajando en la parte opuesta del jardín.

—Gracias á Dios,—dijo Teresa en voz baja.

—¿Pues qué ocurre?—preguntó en el mismo tono Salvador.

—Esteban desconfía de nosotros y quiere que se le traslade á un hospital de Madrid.

—¿Quién te ha dicho eso?—preguntó Verdemar frunciendo el ceño.

—Esteban mismo, que me ha tomado equivocadamente por la hermana de la Caridad.

Teresa explicó á Salvador lo que había ocurrido.

—Después de todo,—añadió Verdemar sonriéndose de un modo intencionado,—no le falta razón para desconfiar, y nos paga en la misma moneda, porque nosotros no confiamos tampoco en él.

—Yo estoy inquieta,—repuso Teresa,—pues si viene Alejandro á verle temo que cometa alguna imprudencia.

—Por esa parte puedes estar tranquila, porque Alejandro no vendrá.

—¡Que no vendrá! ¿Cómo puedes asegurar eso conociendo el carácter de mi primo?

—He almorzado hoy con Alejandro y con sir Pik, y como me creen un amigo leal, han hablado delante de mí sin recelo. Tu primo desprecia á Esteban, sabe que es un malvado dispuesto á todo lo malo, y una cosa es que le favorezca en su desgracia y le dé hospitalidad en esta casa, y otra que venga á verle como se visita á un adversario digno.

Y como el que recela nunca está tranquilo, Verdemar dirigió una mirada en derredor suyo, añadiendo:

—El asunto se complica; tengo una mala noticia que darte: tu primo está perdidamente enamorado, y es posible que se case antes de mucho.

La palidez natural de Teresa se volvió lívida.

—¡Casarse!... ¿Y con quién?

—Con esa encantadora tiple del teatro Real, con Gabriela de los Angeles.

—¡Oh! ¡Imposible!...—exclamó Teresa haciendo rechinar los dientes.

—¿Imposible? Pues á mí me parece que la cosa no puede ser más natural.

—Pero si mi primo se casa, nuestros planes se derrumban.

—En cuanto á eso, acabas de decir una gran verdad.

—Es preciso evitar ese matrimonio,—exclamó Teresa con acento trémulo.

—Opino lo mismo, y aun abrigo la esperanza de conseguirlo.

Teresa miró con asombro á Salvador.

El agente de negocios se sonrió, como el que tiene de reserva una buena noticia que dar.

—¿Y en qué fundas esa esperanza?—preguntó Teresa.

—En una mujer que está locamente enamorada de tu primo hermano, y que puede ser para nosotros una poderosa aliada.

—Pero ¿esa mujer es joven, es hermosa?—preguntó con ansiedad Teresa.

—Tan joven y tan hermosa como Gabriela de los Angeles.

—Dime su nombre.

—Para tí no tengo secretos; se llama la baronesa de Morgal.

—¡La baronesa!... ¡La baronesa de Morgal!... Pero esa mujer es casada.

—Tanto mejor, porque así el escándalo será más grande, y puede desbaratar el proyectado matrimonio de tu primo el africano y la encantadora *diva*.

—¿Llegará esa mujer hasta el escándalo?

—La baronesa tiene un carácter que no retrocede fácilmente ante los obstáculos cuando se propone una cosa. Su voluntad se halla virgen; desde muy pequeña tiene la mala costumbre de realizar hasta los más extravagantes caprichos que ha creado su imaginación; todo ante ella se ha doblegado, y estoy seguro que cometerá alguna imprudencia grave.

Teresa, que había quedado absorta ante la inesperada noticia que acababa de darle Salvador, dijo, como si hablara consigo misma:

—Pero si Alejandro se casa con Gabriela, todos nuestros planes se derrumban.

—Por completo, hija mía,—añadió Verdemar exhalando

un suspiro,—y por lo mismo debemos evitar á todo trance ese casamiento.

—Pero ellos son libres, y si se aman, como dices, será imposible evitarlo.

—Imposible no, difícil tal vez; pero las cosas difíciles se intentan, y á veces se consiguen; y entonces estas victorias le satisfacen á uno mucho más que las fáciles.

—¡Ah! Si tú tuvieras valor...—añadió Teresa mirando de un modo sombrío á su amante.

Una sonrisa de desdén asomó á los labios del agente de negocios, y dijo:

—Siempre estás echándome en cara lo mismo. Que no tengo valor... ¿Y para qué necesito yo ese valor? ¿para cometer una imprudencia que nos pierda? ¿para cometer una brutalidad impropia de un hombre civilizado? Un poco de calma, Teresa, un poco de calma, que ya llegaremos al fin por los caminos que nos sugiera la inteligencia; eso es más seguro que lo que tú quieres. La baronesa es bastante hermosa para trastornar con sus encantos y sus gracias á un hombre como Alejandro, que puede decirse se halla en estado salvaje. Por ahora, Isabel de Romelia es nuestra aliada sin saberlo. Nosotros debemos allanarle las dificultades para que consiga su objeto, es decir, para que Alejandro se comprometa; eso corre de mi cuenta, seré el Mercurio de esos amores, procuraré que se aproximen, que se encuentren; la baronesa es una mujer irresistible, Alejandro un muchacho joven y lleno de vida; la naturaleza hará lo demás, y luego no faltará quien le dé al barón de Morgal la voz de alarma. Así pues, no desalientes, no te aflijas, porque no se ha perdido todo.

—Pero ¿si el plan que te propones se realiza, si la baronesa de Morgal llega á ser la querida de Alejandro, crees tú que Gabriela romperá sus relaciones?

—Lo creo sin la menor duda; además, el barón de Morgal es un enemigo temible.

—¿Temible un hombre que, según se dice, está siempre durmiendo?

—Amiga mía, no conoces al barón,—añadió Salvador sonriéndose;—si llega á persuadirse de que su mujer le pone en ridículo, yo te aseguro que no habrá tenido nunca Alejandro un enemigo más temible que el pacífico don Andrés de Morgal.

Teresa dejó caer la frente sobre el pecho, quedándose en actitud reflexiva.

—Lo que en este momento me inquieta, no son los amores de Alejandro y la *prima donna* del teatro Real,—añadió Verdemar;—pueden suceder muchas cosas antes que la bendición de un sacerdote les una para siempre. Hoy más que nunca necesitamos poseer la confianza de Alejandro. Esteban es un temible aliado que queda inútil, que de nada puede servirnos; pero puede desenmascararnos, y entonces todo se ha perdido. Es preciso, por lo tanto, engañarle, ofrecerle todo cuanto pida, tenerle de nuestra parte, hasta que resolvamos en favor nuestro el difícil problema que nos ocupa.

—Indudablemente algún ángel malo se interpone en nuestro camino,—añadió Teresa;—medita todo lo que nos ha sucedido desde que pensamos apoderarnos de los millones de mi tío.

—Sí, sí, ya lo sé,—repuso Salvador encogiéndose de

hombros;—pero el pasado ya no existe, el presente es un breve instante; nosotros no debemos ocuparnos más que del porvenir.

—¡Ah! Se me olvidaba decirte que Esteban me encargó que cuando vinieras entraras á verle.

—No lo deseo yo menos que él; pero hasta ahora, los fuertes delirios que trastornaban su cabeza me lo han impedido; mas ya que me dices que hoy se halla bastante despejado, le hablaré; es preciso que nos expliquemos, que nos pongamos de acuerdo, porque así conviene á todos; procura, por lo tanto, que nos quedemos solos y que nadie nos interrumpa. Ya conoces que es de la mayor importancia que yo sondee el espíritu de ese aliado temible.

La hermana sor Andrea debe estar ahora de guardia en la habitación del herido, la haré salir con cualquier pretexto, y me quedaré yo en su lugar.

—¿Y vas tú á oir lo que hablemos?—preguntó Salvador.

—¿Qué importa?... ¿Tienes acaso secretos para mí?

—No, pero pudiera decir algo Esteban inconveniente que te mortificara.

—No temas; me importa poco lo que piense de mí un miserable como Esteban, un hombre que vende su brazo y su conciencia por un puñado de oro..

—¡Bah! No hablemos de conciencias, y puesto que lo deseas, vamos, y procura que nadie oiga lo que hablamos Esteban y yo, porque de seguro será edificante para los tres.

—¡Ah! Salvador, tú te resistes á emplear medidas violentas, y por el camino que llevamos no llegaremos nunca.

—Te lo he dicho mil veces, Teresa,—añadió Verdemar

frunciendo el entrecejo:—yo no emplearé nunca el puñal ó el veneno, sería una estupidez; sigue mis consejos y ten confianza.

Teresa exhaló un suspiro, y dijo:

—Tendré confianza; pero ya sabes que están casi agotados todos mis fondos.

—Sí, ese canalla de Esteban tiene una sed hidrópica de oro.

—Pero esa sed, desgraciadamente, no se aplaca nunca, y no cesa de pedir más, más oro, arrastrándonos á la ruína.

—Allá veremos; estoy resuelto á ofrecerle todo cuanto me pida y á darle lo menos posible. Vamos á verle.

Cuando Salvador y Teresa llegaron á la puerta de la habitación del herido, sor Andrea estaba sentada junto á la ventana, leyendo en su libro de oraciones.

Teresa la llamó desde la puerta, y le dijo en voz baja:

—¿Cómo sigue?

—Duerme, según creo, porque hace media hora que estoy aquí y no le oigo ni respirar.

—Hermana,—añadió Teresa,—este caballero es amigo íntimo del herido, y tiene que hablar con él de un asunto reservado. Ruego á usted que me espere arriba en mi habitación. Yo la avisaré á usted cuando concluya el señor de hablar con el enfermo.

—Está bien, señorita; pero si usted me lo permite, en vez de subir arriba, bajaré al jardín á pasear un rato; el día está hermoso.

—Perfectamente,—repuso Teresa;—iré al jardín á buscarla á usted para que continúe la guardia.

Sor Andrea salió de la habitación.

Teresa fué á sentarse junto á la ventana, en un sitio desde donde podía ver la alcoba del herido y la puerta del gabinete.

Salvador, cambiando una mirada y un movimiento de cabeza con su prometida, entró en la alcoba del herido.

CAPITULO VIII.

Temores.

Terreño dormía, al parecer. Su respiración tenía algo de fatigosa.

Salvador le estuvo contemplando un breve momento, y por fin, inclinando su cuerpo sobre el lecho, dijo al oído del enfermo:

—¿Duermes, Esteban?

El enfermo se estremeció, como si el eco de aquella voz hubiera vibrado en su cerebro.

—¿Eres Salvador Verdemar?—preguntó el herido.

—Sí, soy Salvador, y me complazco viendo que me reconoces.

—¡Ah! ¡Por fin vienes á verme! Ya era hora.

—He venido á verte todos los días, pero desgraciadamente, el estado de tu cerebro no era el más á propósito para reconocer á tus amigos. Delirabas, te hallabas bajo la influencia de la calentura, y no merezco por lo tanto que me reconvengas.

—Sí, he sufrido y sufro mucho, Salvador,—añadió Esteban suspirando;—pero ya parece que me voy dando cuenta de mi triste y desesperada situación.

—¡Desesperada!... ¿Y por qué?

—¿Tú me lo preguntas?...

—Pues es claro. Confieso que lo que te sucede es una desgracia que lamento; pero es preciso tener un poco de filosofía para vivir en este mundo. Peor hubiera sido recibir la estocada en el corazón.

—No, peor no; la muerte es preferible á quedar ciego. ¿Qué porvenir será el mío? Tan sólo el pensarlo me espanta.

—¿Y quién dice que te quedarás ciego?

—Esta espantosa oscuridad en que me hallo sumido. Los terribles dolores, la inflamación del ojo sano; todo, todo me lo dice.

—¡Bah! Yo te creía hombre más fuerte.

—Quisiera verte en mi lugar.

—Yo en tu lugar pensaría con más serenidad que tú, y eso que no me precio de valiente. Todo lo más que puede sucederte es que pierdas un ojo. Pues bien, iremos á París, te pondrán un ojo de cristal exactamente igual al sano y asunto concluído. ¿No has conocido tú nunca á ningún tuerto?

—¡Ah! ¿Crees tú eso?—preguntó Esteban reanimándose.

—Estoy seguro de ello.

—Oye, Salvador: ¿estamos solos?

—Solos completamente.

—¿Y la hermana de la Caridad que poco antes me asistía?

—La he dicho que tenía que hablar contigo en secreto, y se está paseando por el jardín.

—¿De modo que podemos hablar con entera confianza?

—Con entera confianza, pues suponiendo que si el estado de la fiebre te lo permitía nos ocuparíamos un poco de nuestros asuntos, no solamente he procurado alejar oídos importunos, sino que he cerrado la puerta para mayor seguridad, pues ni á tí ni á mí nos conviene que nos oigan.

—Dices bien.

—Así pues, me tienes á tus órdenes; pero te prohibo de hoy en adelante que vuelvas á dudar de mi amistad, porque es una ofensa que no merezco.

—Mi espíritu se encuentra en un estado que todo me sobresalta, de todo desconfío. Voy á hablarte con entera franqueza, pienso mucho en mi triste situación. En los pocos momentos que me deja libre la calentura, me aterra la idea del porvenir que me espera. Yo sé que tú eres un hombre que se afana por hacerse rico, sé que no te remuerde la conciencia cuando le sacas á tu dinero el trescientos por ciento, pero sé también que eres incapaz de echar unas cuantas gotas de veneno en la taza de tisana ó en la medicina que le suministres á un pobre enfermo como yo. No, eso no lo haces tú nunca; te temblaría la mano y derramarías el veneno antes de aplicarlo á los labios, porque una cosa es aceptar negocios no muy limpios, y otra es ser asesino. Pero...

Esteban se detuvo, como si le violentara continuar explanando su pensamiento.

Salvador dirigió una mirada hacia la ventana, donde se hallaba Teresa sentada en una butaca, con los codos apoyados sobre las rodillas, la barba en las palmas de las manos é inmóvil como una estatua.

—Hace poco,—añadió Esteban después de una pausa,—hablando con la hermana de la Caridad que ha venido desde Madrid á asistirme, me dijo que se hallaba aquí Teresa.

—Efectivamente,—repuso Salvador mirando á su prometida,—Teresa, al saber tu desgracia, se brindó á ser tu enfermera.

—Pues eso precisamente es lo que me inquieta, porque lo confieso, Salvador, tengo miedo á esa mujer.

—¿Miedo?... Lo que deberías tenerle es agradecimiento, pues ha venido para que nada te faltara.

—¡Ah! Si te vieras como yo en esta profunda noche sin ver á las personas que me rodean... Esa mujer es mala, sí, más mala que tú y más mala que yo, y repito que me da miedo que esté á mi lado.

Y Esteban, cogiendo á Salvador por un brazo, añadió estremeciéndose:

—Temo que me envenene.

—Eres injusto, Esteban; ofendes á Teresa de un modo inmerecido. Sólo un hombre que vive bajo la influencia de la fiebre puede pensar y decir semejante monstruosidad.

Salvador no cesaba de mirar á Teresa, que le miraba á su vez sin inmutarse y sonriéndose de un modo frío.

—Tengo esa idea encarnada en el cerebro, y me atormenta mucho. Seré injusto, pero te digo que es preciso que me saquéis de esta casa; prefiero un hospital; allí estaré más tranquilo.

—Eso es una locura.

—Te digo que lo quiero,—repitió Esteban con acento sombrío.

—Pues yo te digo que eso es imposible.

—¿Ah! ¿Luego tú quieres que me envenenen?

—¡Estás loco!

—No, no estoy loco; esa mujer es capaz de todo, y tú lo sabes muy bien. Yo soy su cómplice, un cómplice que ha quedado inútil y que no sirve para otra cosa que para estorbaros, para perderos, para arrancaros la máscara el día que se le antoje, y naturalmente ha de desear librarse de mí como se libró de Diego de Robledano, como ha querido librarse de Alejandro.

Esteban iba poco á poco excitándose, levantando la voz y apretando el brazo de Salvador, que tenía cogido con sus manos.

—No hables tan fuerte,—añadió Verdemar con inquietud.—Tus temores son absurdos y voy á probártelo. ¿Qué provecho sacaríamos suministrándote un veneno? Perdernos irremisiblemente, porque todos los venenos dejan rastro en el cuerpo humano, y la ciencia descubre este rastro; busca á su autor, lo encuentra y lo entrega luego á la justicia para que le aplique el Código y vengue á su víctima. Ni Teresa ni yo queremos tu muerte, sería una estupidez. Por el contrario, deseamos que vivas, que seas nuestro aliado. Si Teresa ha venido aquí, si se ha encargado de asistirte y pasa las horas junto á tu lecho, es porque en tus delirios has dicho muchas inconveniencias, y más vale que las oiga ella ó yo que otra persona extraña, porque para todos sería funesto que Alejandro descubriese la verdad.

Salvador se detuvo un momento. Esteban callaba, Teresa permanecía como una estatua en la misma postura.

—Mientras Teresa no pierda la confianza de su primo, mientras sea yo su agente de negocios,—repuso Salvador,—tendremos dinero en abundancia y esperanzas de conseguir lo que nos hemos propuesto. A tí te interesa más que á nadie que no perdamos esa confianza; te suplico que medites con calma tu situación y la nuestra, y te aconsejo que rechaces de tu cerebro ese temor estúpido del envenenamiento, que nos perdería á todos.

Y bajando la voz, añadió:

—Oye, Esteban, Alejandro no tiene más heredero que á Teresa; ya comprendes que si tratáramos de envenenar á alguno, no sería á tí, sino á él. Esta sola idea debe tranquilizarte y procurar no cometer ninguna imprudencia, que vuelvo á repetirte, nos perdería á todos.

—Pero yo no respondo de lo que diga en esos momentos de fiebre y de delirio que me acometen con frecuencia,—añadió Esteban.

—He ahí la razón por lo que Teresa ha venido á asistirte, y si yo pudiera no me movería de tu lado; pero ya sabes que tengo muchas ocupaciones en Madrid, y ahora más que nunca.

Esteban no se acababa de convencer, porque verdaderamente el miedo se había apoderado de su espíritu, y por si sus temores tenían algún asomo de verdad, se propuso parar el golpe empleando la amenaza.

—En fin,—dijo,—yo estoy en vuestras manos indefenso, podéis envenenarme cuando se os antoje, libraros de mí; pero os prevengo que no gozaréis impunemente de vuestro crimen, porque he tomado mis medidas.

—¿Y qué medidas son esas?—preguntó con recelosa entonación Salvador.

—Una carta que he entregado á un amigo con encargo de que la abra después de mi muerte, y esa carta puede seros funesta á tí y á Teresa.

—¿Has hecho eso?—preguntó palideciendo Salvador.

—Sí, lo he hecho; pero nada podéis temer si os portáis con lealtad.

—Esa es una imprudencia de la que puedes arrepentirte, y si quieres que sigamos siendo buenos amigos como hasta aquí, es preciso que recojas esa carta, que la inutilices.

—¡Ah! ¿Tienes miedo? Eso me prueba que vuestras intenciones para conmigo no son muy sanas... Pero tranquilízate; esa carta sólo podrá tener funestas consecuencias cuando dejéis de ser amigos leales míos.

Mientras tanto, Teresa había escrito algunas palabras en una hoja de papel, y acercándose á la alcoba andando de puntillas, se la entregó á Salvador, volviéndose luego á su butaca.

Salvador leyó para sí lo que sigue:

«No creas en la existencia de esa carta. ¿Cuándo puede haberla escrito?... ¿Antes del desafío?... No es lógico, porque confiaba salir vencedor. ¿Después del desafío? Imposible, pues no ha podido valerse ni de su vista ni de su mano para escribirla. Convendría que sondearas sus pretensiones para en el caso que se quede ciego.»

Salvador se guardó el papel en un bolsillo, y cambiando una mirada de aprobación con Teresa, añadió:

—Mira, Esteban, puesto que nos hallamos en el terreno

de las confianzas mutuas, voy á decirte lo que Teresa y yo pensábamos hacer por tí en el caso de quedarte ciego.

—¡Ciego!—repitió Terreño estremeciéndose.

—Sí, ciego, porque pudiera sucederte esa desgracia.

—Entonces no tendríais bastante dinero entre los dos para pagarme esa desgracia. Pero no, no quiero quedarme ciego,—exclamó levantando la voz;—prefiero la muerte, matadme antes... ¡Oh! Si me quedara ciego, pobres de vosotros.

Y Esteban, sacando los brazos y levantando los cerrados puños en ademán amenazador, comenzó á blasfemar como un condenado.

Desde aquel momento empezó de nuevo el delirio, con palabras incoherentes; al principio apenas se le entendía, pero poco á poco se aclaró su voz, y se le oyó decir:

—Mi brazo se vende... Tuyo es, porque lo compras... Dame dinero y pídeme sangre.

Teresa se levantó de su butaca, y acercándose á su amigo Verdemar, le dijo en voz baja:

—Persuádete que es un enemigo temible, lo mismo cuando delira, que cuando está en el uso de su razón; y todo lo que estorba aconseja la prudencia que se quite de delante.

Verdemar nada contestó.

El delirio fué cediendo poco á poco, y Esteban, bajo el pesado influjo de la calentura y del opio, se quedó dormido.

CAPITULO IX.

Reflexiones.

Existen mujeres que no retroceden ante nada, cuyo valor temerario asusta y oprime el corazón á los hombres más valientes, más serenos, sobre todo cuando estas mujeres tienen un editor responsable que se llama marido, y este marido no siente la desconfianza en el corazón.

Esta raza de adúlteras, que todos conocemos y señalamos con el dedo, va por el mundo lo mismo á pié que en carruaje, y envolviendo el *saco de sus pecados* unas veces con el modesto traje de percal, y otras con el rico gro de París, el raso, las blondas y los costosos diamantes.

Se la conoce y se la comenta en todas las clases sociales, y sus *comentadores* no se explican cómo *Fulano no sabe lo que todo el mundo sabe.*

La ignorancia del marido se pone en tela de juicio, porque la maledicencia, que es excesivamente susceptible, no se la explica; y sin embargo, en la vida real esa ignorancia, desgraciadamente, es cierta.

¿Quién no ha conocido en la esfera de sus relaciones á un marido confiado, á uno de esos hombres que según la expresión vulgar, *se caen á pedazos de hombres de bien?* ¿Quién no ha conocido á uno de esos mártires del hogar doméstico, de dulce carácter, de tolerancia perfecta, amante de su familia, á quien su mujer le engaña, le pone en ridículo de una manera tan descarada como incalificable?

¿Es que á este hombre le falta valor para vengar los agravios que le hace su esposa? ¿Es que se resigna con su *suerte*, temeroso del escándalo? No: es que real y efectivamente lo ignora, porque la nobleza de su corazón no concibe semejante perfidia, porque vive con una venda en los ojos que le impide ver la verdad; y hasta tal punto llega su excesiva confianza, que muchas veces entrega con su propia mano á un falso amigo las llaves de su honra, abriéndole de par en par las puertas de su hogar doméstico.

Pero ¿cómo dudar de una mujer que se presenta con la frente serena y la sonrisa en los labios, y que acaricia con sus pérfidos besos al mismo hombre que deshonra?

A las almas generosas les es muy difícil creer en tan negra perfidia, y por eso suele decirse que al que más le importa es el último que lo sabe.

¡Ah! Miles de dramas han tenido por base el adulterio; arroyos de sangre ha dejado en pos de sus huellas; de grandes ruínas ha sido causa, porque nada hay tan terrible como el despertar de un hombre honrado que, creyendo vivír en un paraíso, ve de pronto, sin la menor duda, la realidad de su vergüenza, de su oprobio, de su desgracia.

El adulterio no es un pecado moderno; tiene su origen en

la mujer, y se viene perpetrando desde los tiempos más remotos hasta la mitología; esa poética farsa religiosa que vivió en un mentido paraíso, soñado por los poetas, nos presenta sus ejemplos.

Desgraciadamente, los progresos de la civilización, los adelantos de la ciencia no extinguirán ese cáncer social causa de tan terribles catástrofes.

El barón de Morgal, aquel hombre confiado y pacífico, aquella naturaleza adormecida é inofensiva al parecer, había sentido la dolorosa mordedura del áspid de los celos en el corazón.

Esta mordedura no se cicatriza nunca, deja una gota de veneno en la herida, y este virus sólo pierde su influencia cuando el hombre ó la mujer dejan de existir.

Los celos son la pasión más terrible, más dominadora, más grande de todas las pasiones que avasallan á las criaturas.

Contraste horrible: un celoso, que sufre los tormentos del infierno en el corazón, hace reir á los indiferentes hasta el momento en que este celoso se convierte en Otelo.

El barón de Morgal no tenía ya la menor duda de que Isabel amaba á Alejandro, y que sólo esperaba una ocasión para que este amor adúltero fuese un hecho consumado.

Nadie de cuantos le conocían hubiera creído que el barón estaba celoso de su mujer; sólo un hombre comenzaba á concebir algunos recelos, ese hombre era Amadeo Nasón, el amigo íntimo de la casa.

La dulce y soñolienta existencia, la tranquila calma, el sosiego conventual del barón, se habían convertido en un in-

fierno, tanto más doloroso, porque tenía que fingir la misma tranquilidad que antes, la misma pesadez de su sueño, los mismos prosaicos bostezos que unas veces hacían reir y otras irritaban á la baronesa.

El barón aceptaba este sacrificio, este fingimiento, porque un cambio repentino de modo de ser, llamaría la atención de su esposa, y era preciso que Isabel viviese confiada.

Y efectivamente, la baronesa ni siquiera se ocupaba de su marido.

¿Cómo era posible que aquella naturaleza linfática y adormecida sintiera la ardiente y tempestuosa pasión de los celos?

Imposible. Andrés era un hombre pacífico, un predestinado.

Según la baronesa, su marido no se ocupaba de ella, la miraba con indiferencia; podía, por lo tanto, impunemente amar á otro hombre.

Para Isabel de Romelia, lo difícil no era el marido, sino el amante.

Se encontraba en una situación especial; amaba á Alejandro con delirio, hubiera arriesgado la vida por ver satisfecho aquel amor culpable, pero Alejandro amaba á otra, y terribles y angustiosas dudas agitaban el espíritu de la baronesa.

El amor que Alejandro sentía por Gabriela ¿era efectivamente una de esas pasiones grandes, avasalladoras, que lo absorben todo? ¿Uno de esos dulcísimos afectos del alma que conducen á la inmortalidad á Abelardo y á Diego Marsilla?

En este caso, todos los sacrificios que la baronesa hiciera

serían inútiles. Pero ¿no podía ser ese amor hijo de esas pasiones tan vehementes como pasajeras que inspiran á los hombres las mujeres de teatro? Además, ¿era posible que existieran esos amores purísimos, esos amantes con la fe inquebrantable en la segunda mitad del siglo diez y nueve?

¿No sería ridículo un Abelardo de frac y un Diego Marsilla de corbata blanca?

¿Era posible encontrar á un hombre moderno que tuviera el mal gusto y el corazón tan frío que se resistiera al *yo te amo* de una mujer como la baronesa de Morgal?

Isabel no podía creer semejante cosa, le parecía un absurdo reñido con la naturaleza.

Pero la baronesa, mujer acostumbrada á ver ante sí una corte de adoradores suplicándole una sonrisa, nna mirada, no podía concebir la fidelidad de Alejandro.

Era imposible que el joven africano no hubiera comprendido que ella le amaba.

¿A quién había mirado Isabel como miraba á Alejandro? Sí, sí, él sabía que era amado, y después de hecha esta revelación, era preciso obligarle á que amara.

Era, por decirlo así, una cuestión de amor propio vencer aquella naturaleza salvaje, verla arrodillada á sus piés, aunque para conseguirlo se viera en la violenta y humillante situación de decirle: «yo te amo».

Resuelta á este último extremo, comprendió que necesitaba un intermediario, una persona de su confianza entre ella y Alejandro, y nadie mejor para el caso que el agente de negocios Salvador Verdemar, hombre dispuesto á todo, y cuya conciencia no era de las más escrupulosas.

Isabel sondeó á Salvador, y vió que era el hombre que necesitaba. Salvador comprendió al instante que la baronesa amaba á Alejandro, y se puso incondicionalmente á su lado, porque aquellos amores podían favorecer sus planes.

Después de estos antecedentes, volvamos á las reuniones de confianza de los barones de Morgal.

Era el jueves siguiente de aquel en que Alejandro había arrancado la máscara de persona decente á Esteban Terreño, provocando el desafío cuyo desenlace conocen nuestros lectores.

Serían las diez y media de la noche.

La baronesa dirigía con frecuencia la mirada hacia la puerta del salón, esperando á Alejandro.

Cada minuto que trascurría aumentaba su impaciencia, pero no era fácil adivinar en su sonriente fisonomía el estado de su espíritu.

Aquella mujer tenía un gran dominio sobre sí misma, estaba acostumbrada á fingir con gran maestría.

—¿Vendrá?...—se preguntaba en el fondo de su alma la baronesa.—¡Ah! Tal vez no venga, porque esta noche canta Gabriela *La Africana*, y él irá al teatro á aplaudirla y á arrojarle un ramo de flores. Cómo envidio á esa mujer; ella es el único obstáculo que se opone á mi felicidad; pero yo le disputaré el corazón de Alejandro, y veremos quién vence de las dos. Yo creo que si pudiera, la mataría con una mirada. ¿Por qué las mujeres no se han de batir como se baten los hombres? ¡Ah! Verdaderamente es una desgracia nacer mujer, vivir fingiendo y ahogando en el fondo del pecho todos los impulsos del alma.

Esto pensaba Isabel sonriéndose y hablando con las personas que la rodeaban.

A las once menos cuarto se presentó en la puerta del salón el agente de negocios Salvador Verdemar.

Isabel, al verle solo, se estremeció ligeramente sin que nadie lo advirtiera.

Salvador se acercó adonde estaba la baronesa, saludándola como á todos los que la rodeaban.

El primer impulso de Isabel de Romelia fué levantarse, cogerse del brazo de Salvador y preguntarle por Alejandro; pero se contuvo, y cambiando con el agente una mirada de inteligencia, le dijo sonriéndose:

—Yo creía que los hombres de negocios, que tanto cacarean su formalidad, no faltaban nunca á su palabra.

—Yo no falto nunca á la mía, señora baronesa, pero muchas veces mis clientes me obligan á ello, bien á pesar mío.

—Sí, sí, ésas son excusas de mal pagador; usted me ofreció un ramo de camelias, y el ramo de camelias blancas no ha venido esta noche.

Salvador comprendió la indirecta, y repuso:

—Si el jardinero me cumple la palabra, vendrá aún esta noche.

—Mucho lo dudo, porque va siendo tarde; pero en fin, esperaremos, con tal de que llegue á tiempo de obsequiar á mis amigas con esas camelias blancas que usted tanto me ha ponderado, y que se crían en la estufa de una quinta de Carabanchel. Y á propósito, ¿cómo sigue el pobre herido?

—¡Ah! ¿Se trata de Esteban Terreño?—preguntó un caballero.

—Del mismo,—añadió la baronesa.

—¿Y es cierto que Alejandro de Robledano ha dado hospitalidad en su misma casa al herido?

—Cierto, y una hospitalidad verdaderamente regia,—añadió Salvador.—El pobre Esteban Terreño no estaría mejor asistido en su propia casa que se encuentra en la quinta de Carabanchel. Le asisten dos médicos, dos practicantes del hospital, una hermana de la Caridad y cuatro ó cinco personas más de la casa. Además, el señor de Robledano me ha encargado que visite yo todas las tardes al herido para que nada le falte.

—¿Y cómo sigue el herido?—preguntó la baronesa.

—Desgraciadamente, mal; pues se ha presentado la oftalmía simpática con tanta fuerza y con una inflamación tan alta, que hace temer á los médicos que el pobre Esteban pierda el ojo sano, y por consiguiente, que se quede ciego.

—¡Qué desgracia tan grande!... ¡Quedarse ciego!... ¡Oh, eso es horrible!—añadió la baronesa.

—Hasta tal punto preocupa esa idea á Esteban, que repite con frecuencia que prefiere la muerte á la ceguera.

En aquel momento, Alejandro y sir Pik, cuya amistad se iba estrechando de día en día, se presentaron en el salón.

—Ruego á ustedes—añadió Salvador—que no hablen del herido de Carabanchel; está ahí Alejandro de Robledano.

CAPITULO X.

Donde la baronesa encuentra lo que le faltaba.

Alejandro se acercó á saludar á la baronesa, y al estrecharle la mano, notó que se estremecía vivamente.

El barón, que desde la hora que había concebido la primera sospecha, era su vida un perpetuo espionaje, doblemente difícil de ejercer por la indiferencia y la calma que se veía obligado á fingir, vió entrar á Alejandro y á Pik, y permaneció inmóvil en el sillón que ocupaba medio oculto por los anchos pliegues de una cortina de terciopelo.

Desde allí podía ver perfectamente á Isabel, y como nadie de los amigos de la casa extrañaba el pertinaz sueño del barón, permaneció con la cabeza un tanto inclinada hacia atrás y los ojos dulcemente entornados.

Pero ¿qué importa que el barón durmiera? El alma de aquella reunión íntima, la alegría, la vida, era la baronesa de Morgal, y la baronesa estaba siempre dispuesta, decidora y risueña con sus amigos.

Sólo un hombre no veía con tranquilidad el sueño del barón: este hombre era el poeta Amadeo.

Mientras tanto, la baronesa, radiante de hermosura y gozosa viendo en su casa á Alejandro, le dirigió sus más seductoras miradas, procurando hacerle comprender toda la pasión que por él sentía.

¡Ah! Si hubiera podido quedarse sola con Alejandro, despedir á todos aquellos adoradores que la rodeaban, á todas aquellas mujeres importunas que la envidiaban... pero esto no era posible. La sociedad tiene deberes que nunca olvida una dama como la baronesa de Morgal, si bien algunas veces comete imprudencias de las que tarde ó temprano se arrepiente.

Era preciso hablar en voz alta con todos, sin darle la preferencia á nadie. Pero ¿quién sujeta los impulsos del alma á los veintiocho años de edad?

El alma, pues, se escapaba muchas veces por los hermosos ojos de la baronesa, y esta alma fugitiva hacía heróicos esfuerzos para penetrar en el corazón de Alejandro.

—¿Supongo que habrán ustedes estado esta noche en el teatro Real?—preguntó Isabel, dirigiéndose á Alejandro y á sir Pik.

—Sí, durante el segundo acto de *La Africana,*—contestó Alejandro.

—¿Estaría lleno el teatro?

—Completamente lleno.

—Confesemos que la amistad tiene exigencias terribles,—repuso Isabel;—yo he privado á ustedes oir esta noche á esa mujer que canta como un ángel.

—¡Bah! La oiremos mañana,—dijo un caballero indiferente á los encantos de la melodía.

—¡Ah, marqués! De seguro que no opinan todos como usted,—repuso la baronesa dirigiendo una sonrisa á Alejandro,

—Yo, por ejemplo,—añadió con ingenuidad Robledano,—porque me he convencido que Gabriela canta siempre mejor la última noche que se la oye.

—Ese es privilegio exclusivo del verdadero mérito,—volvió á decir la baronesa.

—Gabriela canta como los pájaros, sin sentirse orgullosa de los tesoros que la naturaleza ha concedido á su garganta privilegiada,—continuó Alejandro.—Yo creo que sería difícil encontrar una artista tan modesta como la que en la actualidad aplaudimos y admiramos todos en Madrid. En las reuniones, en su vida privada, nunca se muestra avara de su voz, como hacen casi todas las *divas* del mundo musical. Gabriela canta á la primera invitación de un amigo, lo mismo un trozo de *Los Hugonotes*, que una canción popular. No le da la menor importancia á su mérito, y por eso sin duda va por el mundo robando corazones.

—¡Ah! Perfectamente, amigo Robledano,—exclamó la baronesa disimulando el disgusto que aquellos elogios le causaban.—Ha hecho usted un hermoso retrato de las bellezas morales de Gabriela.

—¡Un retrato!... Nada de eso, señora; me falta talento para semejante obra. Lo que yo he hecho es un mal boceto pálido y desabrido.

La baronesa no conocía personalmente al maestro Carlos

Ferrán, pero le odiaba con todo su corazón. Este odio era lógico, natural, puesto que Ferrán había muerto en desafío á su padre. ¿Por qué? Lo ignoraba, ó al menos ella no sabía la verdadera causa de aquel duelo que la había dejado huérfana de padre.

Por eso nunca nombraba á aquel hombre para ella funesto; pero la noche que nos ocupa, aunque con alguna violencia, le fué preciso hablar del protector de Gabriela, y había concebido un pensamiento, que le prometía alguna esperanza para conseguir sus vehementes deseos y conquistar el corazón de Alejandro.

Este pensamiento no tenía nada de noble, era indigno de una mujer honrada; pero ya lo hemos dicho, la baronesa estaba ciega y resuelta á arrostrar por todo.

—Mucho debe amar Gabriela á su maestro, á su protector. Le debe tanto...—dijo Isabel marcando las palabras.

—Le ama como á un padre,—contestó Robledano sin sospechar las pérfidas intenciones de la baronesa.

—¿Y es cierto que el maestro Ferrán ha hecho tanto por esa muchacha como se dice? Porque francamente, amigo Alejandro, entrando un poquito en el campo de la murmuración, yo no creo en ciertas generosidades de los hombres; sobre todo cuando el protector es joven y la protegida hermosa.

Alejandro miró á la baronesa fijamente, pero como se sonreía de un modo bondadoso, no le dió importancia á la duda que acababa de manifestar, y dijo:

—El maestro Ferrán ha hecho tanto por Gabriela, que bien puede llamarse padre, si no del cuerpo, por lo menos del alma de su ahijada. A él se lo debe todo; sin él, esa encanta-

dora criatura tal vez se encontraría perdida en el fango del mundo. Con tanta delicadeza y honradez se ha portado y hasta tal punto quiere llevar adelante su protección desinteresada, que todo cuanto gana su discípula lo convierte en acciones de los bancos de París ó Londres para reunirle una bonita fortuna; porque Ferrán, señora baronesa, es un hombre tan perfecto como los hombres pueden serlo en la tierra.

—¡Ah! Es asombroso,—añadió Isabel coqueteando con su abanico y recurriendo á sus más seductoras miradas.—Siendo eso así, debe amar mucho á su protector.

—No amarle sería una ingratitud, y Gabriela no conoce ese defecto asqueroso de algunas criaturas.

—Verdaderamente, señores,—continuó la baronesa dando á su hermoso semblante un tinte de melancolía,—la suerte de una mujer ó de un hombre consiste á veces en bien poca cosa, y todos los afanes de la vida suelen ser impotentes para conseguir la felicidad que se sueña, la fortuna que se codicia.

—Sí, la suerte es una casualidad, una verdadera chiripa,—repuso el marqués que poco antes se había mostrado indiferente á la música.—Y donde se ve más marcadamente esa casualidad, esa chiripa, es en la inmensa familia que se llama pueblo.

—Sí, entre los desheredados,—añadió Alejandro sonriéndose;—pero ese pueblo generalmente nace pobre y muere pobre; la casualidad le encumbra pocas veces. Pero, señores, seamos francos; ¿no es una verdadera casualidad el nacimiento, que proporciona á muchos un título y una fortuna?

—¡Oh! Cuidado, cuidado, amigo Robledano,—repuso

sonriéndose la baronesa,—pues le veo á usted en el camino del socialismo, á usted que acaba de heredar una inmensa fortuna.

—Es que esa inmensa fortuna, señora, no me envanece lo más mínimo; pero confieso que estaría orgulloso si en vez de heredarla la hubiera ganado con méritos propios.

—¿Es usted político?—preguntó el marqués.

—Jamás he tenido semejante vicio; la política es hoy un negocio que ni siento ni comprendo.

—A mí me pasa lo mismo,—repuso el marqués,—pero no estoy conforme con las apreciaciones del señor de Robledano, porque una fortuna y un título adquiridos en buena herencia paterna, honran también al heredero.

La baronesa temió que alguna imprudencia del marqués obligara á Alejandro á contestarle de un modo duro é inconveniente, y dijo:

—Señores, se prohibe la política.

Alejandro, á quien le era antipático sin conocerle aquel señor, indudablemente le hubiera contestado de una manera dura y propia de su carácter independiente á no presentarse con oportunidad el barón de Morgal, interrumpiendo la conversación.

El barón y Robledano se abrazaron como dos buenos amigos, y nadie hubiera podido adivinar en el bondadoso y soñoliento semblante de Morgal que el áspiz de los celos le había hecho presa en el corazón y que aquel á quien estrechaba entre sus brazos era la causa, aunque inocente, de sus inquietudes.

El barón, después de estrechar cariñosamente contra su

pecho á Alejandro, se cogió de su brazo y comenzó á dar paseos por la sala.

La baronesa disimuló el mal efecto que la fuga de Alejandro le había causado, pero continuó hablando con sus amigos y siendo como siempre el alma de aquellas reuniones de confianza.

Isabel de Romelia, conocedora del corazón humano, no ignoraba que un joven de las condiciones de Alejandro, que se halla en los vehementes preludios de su primer amor, es bastante difícil hacerle volver los ojos hacia otra parte. Era preciso para conseguirlo sembrar la desconfianza en aquella alma impetuosa y noble, hacerle sospechar que la protección de Ferrán hacia Gabriela era interesada.

Pero esto tenía también sus inconvenientes, sus riesgos; en primer lugar se necesitaba un cómplice, un aliado bastante amigo de la casa de Gabriela y de Alejandro, que con cierta maña sembrara la desconfianza en el vehemente corazón del joven africano, cuyos celos deberían ser terribles, atendidas las condiciones de su carácter.

Pero ¿dónde encontrar á ese cómplice, á ese hombre poco escrupuloso para llevar á cabo una comedia infame, y bastantante prudente para guardar el secreto?

La baronesa pensó en Salvador Verdemar, en el agente de negocios, á quien creía dispuesto á aceptarlos todos con tal de que fueran productivos.

Desde el momento que creyó encontrar al hombre que necesitaba, se propuso sondearle, saber lo que podía esperar de aquel aliado. Así es que aquella misma noche, aprovechando una ocasión oportuna, le dijo:

—Amigo Verdemar, déme usted el brazo, daremos un paseo por el salón, y le hablaré á usted de una pobre amiga mía y compañera de colegio que tiene un negocio de la mayor importancia, y necesita un agente que se encargue de él; yo me he permitido recomendarle á usted, y mi amiga está dispuesta á entregarle sus poderes.

—Doy á usted las gracias, señora, por ese nuevo cliente que me proporciona, y procuraré merecer su confianza.

Como don Salvador Verdemar era un hombre puramente de negocios para todos, nadie sospechó la verdadera causa de las palabras que la baronesa acababa de pronunciar en voz alta. Isabel de Romelia se cogió del brazo de Salvador como pudiera haberse cogido del brazo de un viejo de ochenta años.

Como la cuestión era para la baronesa altamente importante, creyó prudente por entonces hablarle á Verdemar de una tercera persona, ocultando á la interesada.

Esto le abría un ancho campo para poderse explicar con más claridad.

—Amigo Verdemar,—dijo Isabel,—tengo una amiga á quien quiero como á una hermana. Es viuda, rica, joven y hermosa.

—Con esas cuatro cualidades,—añadió Salvador sonriéndose,—una mujer puede convertir la tierra que pise en un paraíso.

—Y, sin embargo, vea usted lo que son las anomalías de la vida, mi amiga es desgraciada; tiene dos defectos: es impresionable y se enamora con facilidad.

Salvador, que sospechaba las intenciones de la baronesa, repuso:

—Dispénseme usted, señora, si no estamos conformes; una mujer que siendo joven, rica, viuda y hermosa no se impresiona nunca ni se enamora jamás. es digna de lástima. El amor y la sensibilidad son bellezas y no defectos en la mujer. Una mujer de mármol es una desgraciada.

—¡Oh! Me alegro de encontrarle á usted en tan buenas disposiciones, porque mi amiga ha concebido un pensamiento y necesita un auxiliar para realizarle, y ese auxiliar puede serlo usted, ya que le veo dispuesto á defender lo que yo llamo locuras de mi amiga. Me felicito por haberle recomendado á usted.

—Yo no puedo negar nada á mi ilustre amiga la baronesa de Morgal, y la persona que ella me recomiende puede contar con un amigo leal, con un servidor decidido.

—¿De veras?...—añadió Isabel, mirando de un modo provocativo al agente.—Cuidado con lo que se ofrece, amigo Verdemar, porque mi amiga es una loquilla encantadora.

—Pues repito que me tendrá á su lado siempre que me necesite para llevar á cabo una de esas locuras encantadoras.

El agente no tuvo ya la menor duda de que la amiga de la baronesa era la misma baronesa, y que la locura de que se trataba era la conquista del corazón de Alejandro. Como esta conquista era sumamente útil para los planes de Teresa y Salvador, naturalmente, Verdemar se dispuso á ponerse al lado de aquella aliada tan encantadora como aturdida que su buena suerte le colocaba delante.

—¿Y si hubiera algún peligro en la alianza con mi amiga?—preguntó la baronesa.

—Peligros los hay en todas partes, señora, persiguen á la

criatura desde que nace hasta que muere. Una gota de agua, una partícula de alimento, un soplo de aire, encierran un peligro de muerte; pero, entendámonos,—objetó sonriéndose Salvador:—¿qué clase de peligros pueden ser esos? Porque si se trata de batirse con un hombre, yo soy un ciudadano pacífico que no he cogido jamás un arma en mis manos, y por consiguiente, de poco ó de nada podría servir mi alianza á esa señora; pero si se trata de tener un consejero leal, un amigo dispuesto á quitar los obstáculos que se opongan á sus deseos, etc., etc., etc., entonces casi casi, y sin modestia, puedo asegurar á usted que seré un aliado útil.

—Precisamente de eso se trata; veo que ha adivinado usted el pensamiento de mi amiga.

—Me felicito por ello; y ahora, como no es posible que ningún negocio marche bien y en línea recta hacia su realización sin que reine la confianza y la franqueza entre los socios que lo han concebido, sepamos de lo que se trata, pues la señora baronesa sabe que soy hombre prudente y sé callar lo que se me confía.

—Sí, entremos en materia, y puesto que usted es un hombre de negocios y posee toda mi confianza, comenzaré por decirle que mi amiga está enamorada.

—Eso me parece lo más natural del mundo siendo joven y hermosa.

—Pero á pesar de su hermosura, su juventud y sus naturales seducciones no ha logrado que el hombre á quien ama fije en ella su atención.

—Pues bien, se buscan los medios para que ese hombre de hielo se convierta en hombre de carne.

La baronesa dejó de sonreirse un breve instante y miró á Salvador.

Luego dijo:

—Esa es precisamente la gran dificultad que encuentra mi amiga.

—Pues yo no veo esa dificultad, baronesa.

—¡Cómo!... ¿No ve usted una gran dificultad en esa indiferencia? Lo es, y muy grande, sobre todo para una mujer hermosa que está acostumbrada á que los hombres le pidan de rodillas una mirada, una sonrisa.

—Efectivamente, es un poco violento trocar los papeles, porque la costumbre forma una segunda naturaleza; pero hay momentos en la vida en que á la mujer le es permitido violentar la costumbre de ser adorada, y entonces debe convertirse en adoradora, si esto puede conducirla á la realización de sus deseos. La historia nos presenta muchos ejemplos de esas grandes violencias. Se han visto reyes destronados carecer de pan con que matar el hambre, y mujeres hermosísimas caer de rodillas á los piés de hombres despreciables, diciéndoles: Yo te amo. No hay nada nuevo en el mundo, señora, pero hay una cosa positiva que viene practicándose desde los tiempos más remotos: llegar al fin que nos proponemos sin reparar en los medios.

Salvador se detuvo como el que cree que ha dicho demasiado.

La baronesa guardó silencio, comprendiendo que había encontrado al hombre que necesitaba.

Pero este hombre, que vivía de los negocios; este hombre que tenía fama de ser un guarismo humano, un adorador del

tanto por ciento; este hombre, que iba por la tierra afanándose por ser rico, ¿con qué condiciones aceptaría su alianza? Era preciso saberlo, y así es que se propuso seguir adelante.

Continuaron paseando. A un extremo de la sala se hallaban sentados y hablando el barón, sir Pik, Alejandro y Amadeo.

Aquí y allá se veían otros grupos de tertulianos, porque aún no había llegado la hora del *buffet*.

Algunos envidiaban al agente de negocios, que llevaba colgada de su brazo á la mujer más seductora de Madrid; pero nosotros por ahora no debemos ocuparnos mas que de Isabel de Romelia y de Salvador Verdemar.

—Puesto que nos hallamos en tan buen terreno, voy á dirigirle á usted una pregunta en nombre de mi amiga.

—Escucho á usted con la mayor atención.

—¿Qué haría usted para que ese hombre que se muestra indiferente se aproximara hacia la mujer que le ama?

—Pues sencillamente, me aproximaría yo hacia él.

—¡Ah! Eso es lógico... pero es tan violento...

—Hemos convenido que la historia nos presenta muchos ejemplos de esas violencias.

—Pero ¿cómo se aproxima una mujer á un hombre sin rebajar su dignidad?—preguntó la baronesa con impaciencia.

—Pero, señora, aquí no se trata de la dignidad, se trata de llamar la atención de un hombre indiferente, de hacerle comprender su inexplicable conducta; en una palabra: de aprisionarle con las redes del amor, que siendo la pescadora hermosa, de seguro le pedirá luego perdón mil veces arrodillado de su pasada conducta.

—¡Ah! Si eso fuera cierto...

—¿Y por qué no ha de serlo?...

—¿De modo que usted comenzaría esta aventura amorosa...

—Por darle una cita, sobre todo cuando el tiempo es tan á propósito como el presente, época de las aventuras galantes, de las conquistas inverosímiles; en una palabra, tiempo de bailes de máscaras. Una careta puesta centuplica el valor de la mujer más tímida, y después de una hora de amena conversación mantenida en la agradable temperatura de un salón de baile, cuando esta careta cae y deja ver un rostro de ángel embellecido por las emociones y una sonrisa trémula por el deseo, ¡oh! entonces, señora baronesa, yo le aseguro á usted que no hay hombres de hielo, todos son de carne.

Salvador observaba atentamente que el brazo de Isabel se estremecía con violencia, y la baronesa, por su parte, pensaba que había encontrado al hombre que le hacía falta.

LIBRO XI.

UNA AVENTURA DE CARNAVAL.

CAPITULO PRIMERO.

El pro y el contra.

Basta para ahuyentar el sueño de un enamorado una frase pronunciada sin intención ó una sonrisa que juguetea maliciosa en los labios de una mujer, pronunciando al mismo tiempo el nombre de aquella á quien se ama.

Muchas veces una frase sin terminar, unos puntos suspensivos, alejan el sueño de nuestros ojos durante toda una larga noche de invierno, y entonces se puebla de sombríos fantasmas la imaginación, divagando por los áridos campos de la desconfianza.

Alejandro se retiró temprano de casa de los barones de Morgal, y como el carruaje le esperaba á la puerta, se hizo conducir al teatro Real con la esperanza de ver aún á Gabriela aunque no fuese más que un instante.

Las dudas, los recelos que había demostrado la baronesa sobre la desinteresada protección que el maestro Ferrán dispensaba á Gabriela le habían impresionado, porque él también más de una vez había pensado lo mismo.

Era tan hermosa Gabriela, tan seductora, que Alejandro no concebía vivir á su lado, hacer lo que se llama esa vida íntima del hogar y de los viajes sin amarla, sin sentir por ella una de esas pasiones que lo avasallan, que lo dominan todo.

El maestro Carlos Ferrán era joven, porque joven puede llamarse un hombre á los cuarenta y ocho años de edad cuando es robusto y sano, cuando no le atormenta ninguno de esos achaques que preludian y anticipan la vejez; además, el maestro Ferrán era uno de esos hombres distinguidos, de talento, que van por el mundo conquistando simpatías.

No era, pues, un absurdo que Gabriela, aconsejada por el agradecimiento, amara á su maestro.

Este pensamiento, que solía atormentar á Alejandro, se disipaba cuando sus ojos se fijaban en los de Gabriela, cuando sus manos se estrechaban, cuando sus sonrisas se confundían.

Eran tan puras aquellas miradas, tan inocentes, tan bondadosas aquellas sonrisas y tan tierna la emoción que le trasmitía su mano al estrecharla, que dudar de su candor, de su virtud, hubiera sido ofenderla.

Pero ¿por ventura no es la mujer susceptible de fingir? ¿No se han visto sobre la tierra muchas mujeres perversas con rostro de ángel? ¿Qué historia era la de Gabriela? La historia de una pobre niña abandonada, de una desgraciada hija del amor que vivía bajo el amparo y la protección de un hombre que no era su padre.

Motivo daban todas estas cosas á que la maledicencia formulara sus poco ventajosas deducciones.

Alejandro llegó al teatro y entró por la puerta de bastidores.

Acababa de terminar la ópera; el público llamaba con verdadero frenesí á la escena á la *prima donna.*

Alejandro se quedó en el último bastidor del foro esperando que terminara aquella ruidosa ovación.

Al caer el telón la última vez, precisamente cuando Alejandro iba á salir al encuentro de Gabriela, vió á Carlos Ferrán, que adelantándose á todos, le dió el brazo á su discípula y la condujo hasta su cuarto-vestuario.

Alejandro caminaba detrás á algunos pasos de distancia, pero su elevada estatura le permitía verla marchar delante, y observó que Gabriela apoyaba con encantadora languidez su hermosa cabeza en el hombro del maestro Ferrán.

Cuando llegaron al cuarto, Gabriela, sin importarle la gente que se quedaba en la puerta, es decir, esa turba de coristas, comparsas y admiradores que invaden el escenario las noches de éxito, se abrazó al cuello de su maestro y le dijo en voz baja, mientras Ferrán la besaba enternecido la frente:

—¡Ah! Cuánto siento que no esté aquí Alejandro.

—Indudablemente hubiera pasado una buena noche, hija mía, porque el éxito ha sido completo.

—¿Por qué no ha venido?

—Ya nos lo ha dicho á primera hora: tenía el compromiso de saludar á los barones de Morgal.

—Las noches que yo canto me gusta mucho verle en su palco.

—Sí, pero conviene no ser exigente con las personas que amamos,—añadió sonriéndose el maestro.

Durante este corto diálogo, Gabriela permaneció siempre abrazada al cuello de Ferrán.

Alejandro no oyó lo que hablaban, pero vió perfectamente aquel grupo, y la indolente y apasionada actitud de Gabriela le hizo daño.

Aquel beso, aquellos brazos hechiceros que rodeaban el cuello de Ferrán, hicieron latir precipitadamente su corazón y le recordaron estas palabras de la baronesa: «No creo en la protección desinteresada de los hombres cuando son jóvenes y la mujer que protegen es hermosa.»

Alejandro vaciló un momento. Su primera idea fué retirarse á su casa sin saludar á Gabriela, pero ella volvió la cabeza, le vió, y exhaló un grito.

¿Qué significación tenía aquel grito? ¿Era de vergüenza, era de temor, por haberla visto abrazada al cuello de su maestro?

No, no, aquel grito era de alegría, aquel grito podía traducirse de este modo: «Gracias á Dios que vienes; te esperaba con tal ansia... ¡Ah! ¡Si vieras cuánto me ha aplaudido el público y cuánto me he acordado de tí!»

Pero los enamorados no siempre traducen las miradas, las sonrisas y las exclamaciones de la señora de sus pensamientos con perfecta corrección, y muchas veces los celos les hacen caer en el error.

Como Gabriela le había visto y le miraba sonriéndose, Alejandro entró en el cuarto, la saludó con frialdad y la estrechó la mano, le dió la enhorabuena con la fórmula rutinaria de la buena educación, y cambió con el maestro Ferrán algunas palabras.

El cuarto comenzó á llenarse de admiradores. Alejandro apenas permaneció algunos minutos y ni siquiera advirtió que Gabriela no tenía ni miradas ni sonrisas mas que para él; pero Alejandro no veía nada, deseaba respirar otra atmósfera, verse en la calle; le molestaban todos aquellos admiradores de la *prima donna* con frac negro y corbata blanca, y salió por fin bruscamente y sin despedirse, echando de menos las costumbres de los bosques de Guinea, en donde un hombre de corazón puede decir con la frente levantada á otro hombre: me molestas, vete, quiero estar solo con esa mujer.

Alejandro regresó á su casa disgustado; hubiera deseado tener aquella noche una entrevista sin testigos con Gabriela, pero aquello era imposible atendidas las exigencias sociales, porque un artista no puede despedir groseramente de su cuarto á los que acuden entusiasmados á darle la enhorabuena.

Alejandro se encerró en su dormitorio y se acostó.

Pasó la noche bastante inquieto, durmió mal y se despertó varias veces, porque aquella primera chispa de celos que brotaba en su alma le hizo sufrir inquietudes desconocidas.

Todos los razonamientos que mantuvo consigo mismo durante las largas horas de aquella noche se basaron en estos dos puntos capitales: era imposible que Gabriela no fuera un verdadero ángel, pues todo en ella revelaba la virginidad de su corazón y la pureza de sus pensamientos, pero era difícil también que Ferrán fuese un santo. Tenía, pues, para atormentarse el pro y el contra batallando de un modo rudo dentro de su cráneo, y por eso más de una vez durante aquella noche se dijo:

—Si Gabriela me engaña, ¿en quién podrá creerse sobre

la tierra? ¿Es posible que aquella sonrisa sea falsa y aquella mirada hipócrita? ¿Por qué dudo de su amor? ¿Qué base tienen estas inquietudes que ahuyentan el sueño de mis ojos y hacen latir precipitadamente mi corazón? ¡Oh! No es posible que su mirada serena, que su sonrisa de ángel oculten la perfidia y la traición. ¡Ferrán! ¡Ferrán! ¿Será verdaderamente su conducta la de un padre desinteresado y cariñoso, ó la de un amante que cubre las apariencias y se cobra en la sombra los beneficios y la protección que presta á su discípula?... He creído advertir esta noche en las miradas y en las sonrisas de la baronesa de Morgal y en las fisonomías de las personas que la rodeaban algo inexplicable que me hacía daño cuando se hablaba de Gabriela y de su maestro... Por lo menos se duda de esa desinteresada protección de Ferrán, y esa duda es una nube que empaña la pureza de Gabriela. Verdaderamente es muy difícil vivir siempre á su lado y no amarla con locura. ¿Y por qué no ha de amarla como un padre? ¿Por qué no ha de existir un hombre que se levante algunos codos sobre la flaqueza humana, que desconozca el egoismo, que se proponga llevar á cabo una obra digna de elogio, de respeto y de admiración, y por qué ese hombre no ha de ser el maestro Carlos Ferrán?

Estas razones apenas empezaban á convencerle, cuando otras nuevas asaltaban de repente su imaginación para atormentarle.

Alejandro sentía en su cerebro una tempestad, se golpeaba la frente sin aceptar con resolución ni el pro ni el contra que tan terriblemente batallaban dentro de su sér.

¡Ah! La baronesa de Morgal, preludiando sus dudas, ha-

bía hecho mucho daño á Alejandro, porque aquellas dudas tenían por base la protección de un hombre ó un joven galante y distinguido á una mujer que pertenecía al teatro, es decir, á ese campo del arte del fingimiento, á ese palenque donde se ríe y se llora con gran facilidad, y en donde se representa con todos los colores de la verdad las terribles pasiones de Lucrecia, de Ana Bolena, y la dulce resignación de Rut y de Esther.

¿Fingirían ante la sociedad una farsa Gabriela y su maestro? Esta terrible duda batallaba en la impresionable alma de Alejandro, de aquel hombre de la naturaleza criado en los bosques de Africa.

Así pasó la noche y así llegó el día.

CAPITULO II.

Donde se verá que el padre Marcelo no era partidario del teatro.

Alejandro se levantó temprano como tenía por costumbre, y al salir de su dormitorio para dirigirse á su despacho con el objeto de matar el tiempo leyendo ó escribiendo, se vió al padre Marcelo que se paseaba por un corredor con su libro de oraciones en la mano.

Muchas veces el buen sacerdote había abordado la cuestión de su regreso á América, pero las súplicas de Alejandro le detenían en Madrid, bien á pesar suyo.

Sabido es el mal concepto que tienen formado la mayoría de los sacerdotes de las mujeres de teatro y la lucha que hace siglos vienen manteniendo contra esos espectáculos teatrales, que según ellos son focos de vicio que desmoralizan las buenas costumbres, sin querer conocer que el teatro ha sido siempre, aun en sus épocas de decadencia, el barómetro regulador de la cultura y la ilustración de los pueblos.

El padre Marcelo era un verdadero evangelista, un sa-

cerdote lleno de fe, de abnegación, de tolerancia; un misionero que había expuesto su vida muchas veces por catequizar á un infiel, por conducir, como él decía y creía, un alma descarriada al paraíso.

Pero á pesar de su tolerancia, de su dulzura, de su carácter, no transigía con los teatros, y miraba con marcada precaución á las cómicas y á los cómicos, como él los llamaba.

De modo que, á pesar de su amor al prójimo, hubiera firmado sin el menor escrúpulo la célebre relación de los no menos célebres teólogos, remitida al rey Felipe IV por el Consejo de Estado el año 1644, cuyo texto recopilado creemos conveniente consignar aquí, no solamente como un dato curioso, sino para que se comprenda con claridad la escena que á continuación verán nuestros lectores.

El dictamen de los teólogos decía así:

«Que las comedias se redujesen á materias de buen ejemplo, formándose de vidas y muertes ejemplares, y todo esto fuese *sin mezcla de amores:* que para conseguirlo se prohibiesen casi todas las que hasta entonces se habían representado, especialmente *las de Lope de Vega,* que *tanto daño habían hecho en las costumbres.*

»Que se moderasen los trajes de los comediantes, reformándose los guarda-infantes de las mujeres, el degollado de la garganta y espalda, y que en las cabezas no sacasen nuevos usos ó modas, sino la compostura del pelo que se usase.

»Que ningún hombre ni mujer sacasen más de un vestido en una comedia ni las mujeres se vistiesen de hombre y que sacasen las basquiñas hasta los piés.

»Que no se cantasen jácaras, ni sátiras, ni seguidillas, ni

otro ningún cantar, ni baile antiguo, ni moderno, ni nuevamente inventado, sino que usasen de la música grave y de los bailes de modestia con la mesura que en teatro tan público se requería, y todo esto no se pudiese decir ni hacer sin que estuviesen pasados y revisados por el Comisario del Consejo.

»Que ninguna mujer, aunque fuese muchacha, bailase sola en el teatro, sino en compañía de otras, y si el baile fuese de calidad que se hubiesen de poner cara á cara hombres y mujeres, fuese con acción y modo muy recatado.

»Que no pudiese bailar, ni cantar, ni representar mujer ninguna que no fuese casada, como se había mandado.

»Que los vestuarios estuviesen sin gente ni entrasen en ellos más que los comediantes y sus ayudantes, y que la comedia se empezase á las dos en el invierno y á las tres en el verano, porque no se saliese tarde.

»Que la justicia contuviese los desórdenes de los representantes visitando sus casas, rondando sus calles y procurando desterrar de ellas la gente ociosa que las frecuenta, *no con poco escándalo de la corte.*

»Que no se podrán representar comedias de aquí en adelante de inventiva propia de los que las hacen, sino de historias ó vidas de santos; que farsantes ni farsantas no pudieran salir al teatro con vestidos de oro ni de telas; que no puedan representar soltera, viuda ni doncella, sino que todas sean casadas; que los señores no puedan visitar comedianta ninguna arriba de dos veces, etc., etc., etc.»

Estas y otras más absurdas eran las providencias que los teólogos aconsejaron al rey en 1.° de Marzo de 1644.

Indudablemente al leerlas, una sonrisa de desdén asomaría á los labios del gran Lope de Vega, y allá en el fondo de su alma, formularía este versículo de Jesucristo: «Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen.»

¡Ah! Si aquellos sabios teólogos que á tan estrechos como ridículos límites reducían el teatro levantaran hoy la cabeza, de seguro que volverían á morirse si presenciaban la representación de algunas de las obrillas que hoy alcanzan gran éxito en los teatros de España.

Pero volvamos á nuestra narración.

El padre Marcelo era de buena fe un enemigo del teatro, y sobre todo de las cómicas, y sin embargo no había visto en su vida ninguna comedia. Era, pues, una enemistad de rutina, propia de su clase.

El padre Marcelo no ignoraba que su hijo adoptivo Alejandro había seguido á una cantante, á quien amaba con toda su alma, y por lo tanto le creía en camino de perdición, y se propuso apartarle de aquel abismo que, según él, tarde ó temprano le devoraría.

Varias veces había querido abordar esta cuestión formalmente, pero Alejandro la esquivaba con palabras cariñosas.

La mañana que nos ocupa, entraron Alejandro y el padre Marcelo en el despacho y se sentaron en un sofá.

—Hijo mío,—le dijo el padre Marcelo,—muy pronto hará dos años que salí de América para cumplir la sagrada misión que me confió tu madre.

—Por Dios, padre Marcelo, ¿va usted á hablarme de su regreso á América?—añadió Alejandro.—¿Piensa usted aún á su edad cruzar de nuevo los bosques de Africa, exponiendo

su existencia entre aquellas hordas salvajes? ¿No ha catequizado usted bastantes infieles para el reino de Dios? ¿No ha hecho usted ya por la religión cristiana lo que han hecho muy pocos?... No, no; yo necesito que usted viva conmigo, á mi lado, que me preste su protección, que administre mis bienes, que disponga de ellos á su antojo, que no me abandone.

El padre Marcelo, que amaba á Alejandro con toda su alma, fijó en él una mirada llena de ternura, y añadió:

—Hijo mío, yo soy un peregrino infatigable, que ofreció hace muchos años su vida á Dios en expiación del pecado ajeno. Me he impuesto un deber y quiero cumplirle: predicar el Evangelio entre esas hordas desgraciadas que viven en las tinieblas, enseñarles la luz y el camino del cielo, gravar en sus corazones la fe cristiana y el amor á sus semejantes, ilustrar sus inteligencias y hacerlos comprender las dulzuras de la familia.

—Ó lo que es lo mismo, padre mío,—repuso Alejandro sonriéndose,—morir martirizado por una tribu salvaje, peligro al que tantas veces ha estado usted expuesto. Bastantes cicatrices lleva usted en el cuerpo para acreditar su fe cristiana. Vamos, eso ya es una monomanía, un deseo de morir, y si no temiera ofender á usted, diría que es un suicidio. Repito que bastante ha hecho usted por la religión: ahora, que continúen las piadosas huellas de usted los misioneros jóvenes, y usted, que ya es viejo, á descansar á mi lado.

—Nunca un buen sacerdote, un misionero esclavo de su deber, hace bastante por la religión que profesa. Me falta aún mucho para llegar al fin que me he propuesto.

—Sí, sí; le falta á usted dar la vida, morir, verse crucificado, devorado por los antropófagos; pero repito que no lo consiento.

El padre Marcelo cogió una de las manos de Alejandro, y mirándole con fijeza, añadió:

—En Madrid, en cualquiera otra gran ciudad de Europa y de América, en esos populosos centros creados por la civilización, un misionero como yo es una planta exótica que nada produce, que se agosta, que se seca; y el hombre, hijo mío, nace para ser útil, para servir de algo. Dios así lo ha dispuesto.

—Pero, padre, ¿no hay sacerdotes en las grandes ciudades? ¿No hay templos en donde adorar á Dios? ¿No hay púlpitos desde donde predicar esa sublime ley del Crucificado? ¿No hay pobres con quienes ejercer la caridad?

—Sí, hijo mío,—añadió sonriéndose con triste expresión el misionero,—hay todo eso que tú dices, y hay además canónigos, obispos y arzobispos para el brillo y la grandeza del culto; pero ellos tienen una misión sobre la tierra y yo tengo otra; la suya es vivir como potentados, la mía morir como mártir; yo busco el cielo, ellos la tierra.

Y como Alejandro hizo un gesto de disgusto, continuó:

—Además, hijo mío, el encargo que tu madre me hizo al morir queda hecho y terminado; tienes un apellido, una gran fortuna. ¿Para qué me necesitas?

—Para que usted, á quien tanto debo, sea mi guía, mi consejero, mi amparo.

—¡Ah! ¡Tu guía, tu consejero, tu amparo!—murmuró el padre Marcelo.—¿Y de qué servirían mis consejos?... La ju-

ventud se halla muy pocas veces dispuesta á seguir los consejos de la ancianidad.

—Siempre los he seguido, y no comprendo...

—Es que hay consejos que se siguen fácilmente y otros que se oyen como un ruído molesto y no se siguen nunca; sobre todo cuando el que los da es un pobre anciano y el que los escucha un joven lleno de vida, de fuerza y halagado por la fortuna y la adulación.

—Padre, no sé qué consejos puedan ser ésos que, viniendo de usted, á quien tanto debo y tanto respeto, me atreva yo á rechazar.

—¿Quieres oirlos?

—¡Oh, sí! Tengo verdadera impaciencia.

—Pues bien, escucha: Tú eres bueno, hijo mío; tu alma hermosa tiene la trasparencia del cristal, tu corazón noble es incapaz de albergar ninguna de esas malas pasiones que combaten y degradan á los hombres. La Providencia, que así lo dispuso, hizo que tu educación fuese distinta de la que se recibe en las grandes poblaciones de Europa. Jamás conturbó la tranquilidad de tu conciencia el más pequeño grito de los remordimientos. Desconoces la falsedad, la mentira, la hipocresía; vas por el mundo con el corazón en la mano enseñándolo á todos y sin sospechar que alguno puede hacerle pedazos. En una palabra: tú, como yo, eres aquí una planta exótica, destinada á sucumbir víctima de la traición, de la falsedad y de los desengaños.

—Pues bien,—le interrumpió Alejandro,—esas traiciones, esas perfidias, esos desengaños que me amenazan, son un doble motivo para que usted no me abandone, para que

usted permanezca á mi lado, para que usted me defienda cuando llegue la ocasión.

El padre Marcelo, que continuaba mirando á Alejandro con dulce y bondadosa expresión, añadió:

—Nuestra diferencia de edades nos hace ver las cosas bajo distintos prismas; por eso, sin duda, hace algunos días, hijo mío, te batiste con un hombre, desoyendo mis súplicas, cerrando los oídos á mis ruegos.

—Aquel hombre me había provocado delante de gente; era imposible retroceder.

—Imposible para tí, que, como la mayoría de los hombres, no sabéis dominar vuestras pasiones, reprimir vuestra vanidad, ahogar vuestro orgullo. Tú eres rico, eres joven, te llaman valiente, porque has hecho alarde muchas veces de exponer la vida. Eso que para algunos es valor, para mí es solo vanidad. El mundo te ofrece admirado el espléndido festín de los elegidos. Pues bien, Alejandro, sobre la tierra existen hombres mucho más valientes que tú, hombres que al recibir un agravio en la mejilla derecha, presentan la izquierda con humildad por única venganza. Esos hombres, generalmente devorados por las calenturas, débiles por la escasez de alimento, sin otras armas que su palabra y un crucifijo en la mano, se baten diariamente con la muerte y se conquistan el martirio. Tú en cambio, aconsejado por eso que llamáis el honor, la dignidad y el decoro, al menor agravio que recibes arrojas tu guante sobre el rostro de tu contrario, empuñas un arma y te colocas delante de él dispuesto á matar ó á morir. Créeme, Alejandro, el hombre no puede llamarse valiente hasta que sabe dominar sus pasiones y vencerse á sí

mismo, hasta el día que, sentado á la sombra del árbol de la razón, le dice al corazón «calla», y el corazón le obedece. Para tí aún no ha llegado ese día, pero llegará, no lo dudes, porque el tiempo sigue su marcha, sin detenerse por nada ni por nadie.

El padre Marcelo, como si temiera disgustar á Alejandro con lo que aún pensaba decirle, inclinó la frente sobre el pecho y guardó silencio.

—Padre,—dijo con humildad Robledano,—soy aún muy joven para tener ese valor y ese dominio sobre mis pasiones que usted acaba de indicarme; confieso asimismo que me sería difícil soportar con resignación el agravio que á mi persona le hiciera un hombre. Sentir la vergüenza de un bofetón en la mejilla y presentar la otra con humildad es un heroismo propio de los mártires, y yo confieso quo no tengo vocación para el martirio.

—Sí, hijo mío, sí; tú lo has dicho. Te hallas en la edad en que el corazón domina á la cabeza, el cerebro es espuma y la sangre fuego; en esa edad dichosa, en esa primavera de la vida en que todo se ve poetizado por las ilusiones y las esperanzas, y sería inútil proponerte un plan de nueva conducta y aconsejarte que abandonaras á Madrid.

Alejandro miró con marcada expresión de asombro al sacerdote, y exclamó:

—¡Abandonar á Madrid!... ¿Y por qué, padre mío?

—Porque aquí te amenazan grandes peligros, que tú no ves y á mí me aterran.

—¡Peligros!... En verdad que no veo ninguno,—añadió sonriéndose Alejandro,—sino que por el contrario, no puede

ser más halagüeño ni más agradable para mí el recibimiento que en la capital de España se me ha hecho. Todo el mundo me abre las puertas de su casa y me invita con la sonrisa en los labios á que pase; la prensa ha cacareado mi nombre colmándome de elogios, que confieso sin modestia, me han ruborizado más de una vez, y bien puede decirse que desde que pisé las calles de la coronada villa voy caminando por una senda sembrada de flores.

—Esas flores—añadió el sacerdote moviendo la cabeza con triste expresión—tienen sus espinas, y llegará un día que te ensangrienten los piés.

—El cariño que usted me profesa le hace ver peligros por todas partes.

—Sí, nuestros horizontes son distintos; el tuyo es poético como una alborada del mes de Mayo, el mío negro como una noche de tempestad. Así Dios haga que me equivoque, porque sólo deseo tu dicha; pero yo leo en tu semblante, y observo que, á pesar de tu juventud, de tu gran fortuna y de esas flores que alfombran tu camino, no eres feliz. ¡Ah! Yo lo leo en tu rostro como pudiera leerlo en las páginas de un libro; y algunas veces echas de menos los bosques de Guinea, recordando aquella época que podías considerarte como un desheredado de la fortuna.

Alejandro se quedó mirando al sacerdote con triste expresión.

—¿Y quieres que te diga—repuso el padre Marcelo—por qué no eres feliz? Pues bien, oye: No eres feliz porque amas á una mujer con toda tu alma, porque sientes por ella una de esas pasiones que sólo se conciben en la grandiosa

soledad de los bosques, y al lado de ese amor que te domina, que te subyuga, que te esclaviza, se alberga la desconfianza, la duda que te atormenta.

Alejandro se estremeció, porque aquel venerable sacerdote acababa de poner el dedo sobre la llaga de su corazón, porque el padre Marcelo leía en su alma.

—Pues bien, padre, no sé mentir,—añadió Alejandro;—amo á una mujer, pero esa mujer es un ángel, y sólo felicidades y bienandanzas puede proporcionarme su amor.

—¡Ah, querido Alejandro! Los ángeles no bajan ahora tan fácilmente á la tierra como en los patriarcales tiempos de Abrahám.

—Si usted conociera á Gabriela, tendría de ella mejor concepto formado,—repuso Alejandro con disgusto.

—Sí, hijo mío, la conozco,—continuó sonriéndose el sacerdote;—la he visto en los escaparates de un almacén de música retratada en varias actitudes y diferentes trajes; es muy hermosa. No sería posible elegir una cabeza más á propósito para que sirviera de modelo á un buen pintor para trasladar al lienzo la imagen de una Virgen. Yo te ruego, hijo mío, que me dispenses si me permito decirte que las mujeres de teatro no me inspiran la mayor confianza. Su vida es un continuo fingimiento que á fuerza de practicarlo llega á la perfección; fingimiento que paga el público con su dinero y con sus aplausos, y sabido es que las mujeres de teatro son maestras en el arte de fingir, y con la misma verdad expresan la dulce y tímida expresión de una virgen que el cinismo y la desenvoltura de Mesalina, el rubor de Rebeca que la mirada lasciva y provocativa de Cleopatra.

—¿Duda usted que en el teatro existan mujeres virtuosas?—preguntó Alejandro, fijando con severidad su mirada en el padre Marcelo.

—No dudo de nada, porque la virtud puede existir en medio del fango, en el asqueroso lodazal de un lupanar; pero es más fácil encontrarla envuelta en la purísima y blanca piel del armiño, en el santo hogar de una familia honrada, que no entre bastidores. Repito que no dudo de esa mujer á quien amas, pero repito también que desconfío de las mujeres de teatro.

—Por Dios, padre Marcelo, me está usted haciendo mucho daño.

El sacerdote cogió de nuevo una mano de Alejandro, y le dijo con sentida y dulce expresión:

—El que duda, el que desconfía de esa mujer, el que padece, eres tú, pobre hijo mío. Esta noche has dormido muy mal; tu sueño se ha interrumpido muchas veces, y cuando lograbas dormirte, pagando ese tributo diario á la naturaleza, entonces era para soñar en voz alta. Ya sabes que mi dormitorio se halla cerca del tuyo; te oí, me sobresalté y entré en tu alcoba... Vamos, Alejandro, un poco de valor, de ese valor de que hace poco hablábamos; resuélvete á abandonar por algún tiempo esta gran ciudad, en donde no eres feliz, á pesar de tu juventud y de tus millones. Mira, nos iremos desde aquí á la Habana, visitaremos el sepulcro de tu buena y querida madre, le mandaremos hacer un mausoleo digno del inmenso amor que te profesaba, de ese amor de madre, inmenso, puro, desinteresado, santo; luego, si quieres, haremos un viaje á las costas de Guinea á dar un abra-

zo á tus buenos amigos, á tus nobles bienhechores el pastor Dikson y el general Samuel Hustton. Ellos son protestantes, yo soy católico, pero eso no importa; te acompañaré y estrecharé sus manos con satisfacción, pues llevaron á cabo una obra meritoria y civilizadora.

Alejandro había inclinado la frente sobre el pecho y callaba.

El sacerdote, creyéndole predispuesto para seguir sus consejos, añadió:

—Tú eres rico, inmensamente rico, lo bastante para que te muestres generoso con aquellos hombres á quien tanto debes y les dejes un recuerdo de tu gratitud. En los bosques de Guinea, entre las dilatadas orillas del río Sestor y el río Pisso, existe un pequeño pueblo que lleva el nombre de tu madre; es preciso que los habitantes de ese pueblo adoren á Cora y bendigan á su hijo Alejandro. ¡Es tan hermosa la caridad, tan grato sembrar el bien! Para que el viaje sea más ameno y más independiente, lo haremos á bordo de la fragata *Cora,* que manda el nieto del capitán Tordera. El viejo marino también nos acompañará. ¡Oh! Será un viaje delicioso. El viento de los mares y el cariño de tus buenos amigos de Monrovia te harán olvidar á una mujer que te hace desgraciado y que por ella arriesgaste tu vida; porque ella, ella sola fué la causa de tu desafío con Esteban.

—¡Imposible! ¡imposible!—exclamó Alejandro levantándose y como si temiera que la dulce y cariñosa voz del misionero le convenciera por fin.

Robledano, pálido y trémulo, se puso á dar paseos por la habitación.

El sacerdote le contempló en silencio un breve momento.

Si la baronesa de Morgal hubiera oído al padre Marcelo, indudablemente su alegría hubiera sido inmensa, porque aquel hombre, que por rutina atacaba á las mujeres de teatro, le estaba prestando en aquellos momentos un gran servicio; era su cómplice sin saberlo.

CAPITULO III.

Palabras que hieren.

Trascurrieron algunos minutos sin que ninguno de los dos tomara la palabra.

Alejandro paseaba con la mirada fija en el suelo y dominado por sus pensamientos. La tempestad rugía dentro de su sér.

El sacerdote no cesaba de mirarle.

Por fin el padre Marcelo rompió aquel silencio, diciendo:

—Vamos, Alejandro, vuelve á sentarte á mi lado y ten en mí alguna confianza. En vano sería que procuraras ocultarme lo que sufres, y que esa Gabriela, á quien no conozco personalmente, y á quien bien sabe Dios que no trato de ofender, es la única causa de tu sufrimiento.

—No, no es Gabriela, soy yo mismo... Yo que dudo, yo que...

Alejandro se detuvo.

—Sí, tú que estás celoso, hijo mío, tú que sufres esa en-

fermedad del alma, más terrible que todas las enfermedades que combaten el cuerpo humano. Pero aún es tiempo, contra el mal que padeces hay un remedio: la ausencia.

—Imposible, imposible, padre mío; si yo me ausentara sin esclarecer las dudas que me atormentan sería muy desgraciado, porque no se arranca tan fácilmente del corazón el amor cuando echa en él profundas raíces.

—¿Y es la misma mujer á quien amas la que ha de revelarte esa verdad, la que ha de arrancarse la careta para que puedas contemplar á tu satisfacción su verdadera fisonomía?

—Lo ignoro, pero yo sabré esa verdad, y mis dudas se disiparán; cuando caiga la venda de mis ojos, entonces partiremos adonde usted quiera.

—Tiempo perdido,—añadió el sacerdote moviendo con triste expresión la cabeza,—porque es muy difícil saber la verdad cuando una mujer de talento se propone ocultarla, sobre todo si esa mujer vive de representar farsas ante el público sobre el escenario de un teatro.

—Pero ¿la cree usted tan infame para fingir de ese modo... para engañarme, para pisotear mi corazón?...—exclamó Alejandro con acento desesperado.

—¡Pobre niño!...—repuso con sentido acento el padre Marcelo.—Pobre niño que se cree aún vivir en los bosques de Africa, en donde la verdad tiene aún su residencia y en donde era amado de todos cuantos le conocían por su valor, por su generosidad, por su noble comportamiento. Pobre niño que ignora que en las grandes ciudades, que en esos centros populosos de la cultura y de la civilización se pone precio á todo, porque todo se vende; pobre niño que no ha sospecha-

do de lo que es capaz una mujer cuando el hombre que la mira con apasionados ojos tiene una fortuna de ochenta millones de reales.

Alejandro exhaló un rugido: las últimas palabras del padre Marcelo le habían abierto una dolorosa herida en el corazón, porque aquellas palabras tenían un fondo de verdad universalmente reconocido, porque el afán de oro conduce muchas veces hasta el crimen.

—Desgraciadamente,—añadió el sacerdote,—en el mundo, lo mismo las mujeres que los hombres, rinden ferviente adoración al becerro de oro. El que posee, como tú, una gran fortuna, debe desconfiar del amor que inspira á las mujeres. Ana Bolena, desde la clase más ínfima de la sociedad, subió á un trono fingiendo amor y modestia, y luego se arrojó en los brazos de un músico vulgar, manchando con el adulterio el tálamo real. Yo sé que mis palabras te afligen, que te hacen mucho daño, pero sé también que te amo con toda mi alma y que deseo tu felicidad con más ansia que la mía. Soy un sacerdote, un hombre que desprecia los bienes terrenales, que no ha manchado nunca sus labios con una mentira y que no trocaría la paz de su conciencia por todos los tesoros del universo; tú lo sabes, yo cumplo siempre con mi deber, rindo adoración á mi conciencia, y ella me dice que advierta los peligros que te amenazan.

—¡Ah! Usted sin duda ignora que Gabriela para nada necesita de mis millones; ella es rica, tiene un tesoro en su garganta,—exclamó Alejandro.

—Es tan deleznable, tan frágil el barro que encierra nuestra alma, que un débil soplo de aire, impotente para apa-

gar una luz, puede arrebatarle esa fortuna que según tú dices atesora en su garganta. Un ejemplo tienes á la vista, ese pobre Faustino á quien proteges, ese tenor que perdió la voz, pasando rápidamente de la opulencia á la miseria. Pero aunque así no suceda, aunque conserve muchos años ese tesoro en su garganta, no debes olvidar que la imperfecta criatura, aconsejada siempre por el demonio de la ambición, vive en perpetuo deseo y repitiendo sin cesar: más, más, más.

—Pero usted no conoce á Gabriela, padre mío, y la está usted juzgando con una severidad...

—Líbreme Dios de la asquerosa calumnia, que siempre he rechazado con indignación. Yo no he dicho que Gabriela sea ambiciosa, que finge lo que no siente, que sólo te ama por tus millones; sólo cumpliendo con mi deber te aconsejo, te advierto para que vivas prevenido.

Y el padre Marcelo, conociendo que aquella conversación mortificaba á Alejandro, añadió:

—Medita lo que te he dicho, hijo mío, antes de entregar tu corazón, tu voluntad y tu fortuna á una mujer que apenas conoces. Y con tu permiso, voy á retirarme, porque el día está hermoso y pienso dar un paseo hasta tu quinta de Carabanchel á enterarme de cómo sigue el pobre herido, que de seguro necesita de algún consuelo.

El sacerdote abrazó á Alejandro.

Luego añadió:

—La vida, hijo mío, no es otra cosa durante el período de la juventud que una tempestad que de vez en cuándo se disipa para mostrarnos el hermoso sol y extender ante nosotros poéticos horizontes. Un poco de valor y otro poco de

confianza en Dios, que Él te guiará en el proceloso golfo donde te hallas, conduciéndote á seguro puerto.

El padre Marcelo salió de la habitación.

Alejandro, preocupado, continuó sus paseos.

Desde la primera noche que Robledano vió á Gabriela sobre el escenario de un teatro, sintió por ella un afecto desconocido, y no tardó mucho este afecto en ser una verdadera pasión.

Desde entonces la siguió por todas partes como atraído por una fuerza superior á su voluntad, procuró averiguar quién era aquella mujer encantadora que le fascinaba, y supo por fin su interesante historia, porque la artista que brilla en el teatro, el poeta, el pintor, el músico y el hombre político, que se elevan por sus méritos y por su genio sobre el nivel vulgar de la sociedad, no pueden ocultar fácilmente su pasado, su vida privada, como si el público que les admira y les aplaude tuviera derecho á saberlo todo.

Desde el momento que Alejandro supo la historia de Gabriela de los Angeles, historia que tenía algunos puntos de contacto con la suya, concibió la duda si la protección del maestro Ferrán sería verdaderamente desinteresada.

Los rasgos de grande abnegación, la pureza de los pensamientos, la perfecta honradez y el sentido moral es tan difícil encontrarlos reunidos sobre la tierra en un individuo, que la maledicencia está siempre dispuesta á dudar de ellos.

Cuando Alejandro contemplaba á Gabriela con su sonrisa pura como la de un niño dormido en su cuna; cuando oía su voz dulce y armoniosa; cuando fijaba sus ojos en aquella frente casta, entonces la creía un ángel, y hubiera estrangu-

lado entre sus manos al que hubiese afirmado lo contrario.

En estos momentos se disipaban todas sus dudas, y la adoraba como á un sér superior; pero al quedarse solo, al pensar lo que Gabriela debía á su maestro, á aquel hombre que la había recogido de niña, que la había educado, que se lo debía todo, que vivía con ella, que viajaba con ella; cuando pensaba que Carlos Ferrán era aún un hombre bastante joven para sentir en su corazón el fuego de las pasiones, ¡oh! entonces volvía la duda á atormentarle sin piedad, porque muchas veces el amor de las mujeres tiene por base la gratitud.

La perversidad de los hombres está tan acreditada sobre este globo terráqueo, la perfidia de las mujeres ha dejado tan sangrientos rastros en el mundo, que la experiencia nos aconseja la duda y la meditación antes de romper lanzas en pro de un hombre ó de una mujer á quien sólo conocemos superficialmente por haberle visto en sociedad, no por lo que es, sino por lo que ha querido enseñarnos.

Conocidas son las alternativas de un alma enamorada; Alejandro, con su carácter impresionable, con la nobleza de sus sentimientos, con su corazón generoso, solía pasar con frecuencia del entusiasmo al desaliento, de la fe á la duda; toda palabra que tuviera relación con Gabriela levantaba un eco en su pecho.

Las dudas de la baronesa de Morgal, la escena tierna y apasionada que había sorprendido en el cuarto del teatro Real entre Gabriela y su maestro, las apreciaciones sobre las mujeres de teatro que acababa de oir de los labios de un hombre tan justo como el padre Marcelo, todo le atormentaba á

la vez, y aunque lo pretendía, le era imposible tranquilizar su espíritu, porque Alejandro comenzaba á estar verdaderamente celoso de Ferrán.

¿Fingiría amarle por sus millones?... ¿Sería todo un plan maquiavélico fraguado entre Gabriela y su maestro?... ¡Oh! ¡Qué horrible duda para un hombre de las condiciones de Alejandro!

A manera que el tiempo avanzaba, iba creciendo su agitación. Robledano, verdaderamente celoso y seguro de la perfidia de la mujer que amaba, debía ser un hombre temible, porque cuanto más grande, cuanto más hermoso es el corazón, cuanta más nobleza se siente en el alma, más espantosos, más temibles son los efectos que producen las falsedades de la mujer que se ama, las ingratitudes del amigo á quien se estima.

Aquella inquietud, aquel malestar que experimentaba Robledano, no tenían una verdadera causa, una prueba plena. y sin embargo sufría mucho, y si alguno le hubiera visto le hubiera tomado por un pobre loco.

Desgraciadamente, el celoso no necesita una prueba plena y clara como la luz del sol para dudar y mortificarse, y muchas veces, antes de esclarecer la verdad, se llega hasta la bárbara tragedia, dejando consignado en la historia del crimen un nombre que inspira horror á las generaciones venideras.

Mientras tanto, Pancho el mulato se paseaba por delante de la puerta del despacho de su amo con una carta en la mano.

Tres ó cuatro veces se había asomado por una de las aber-

turas de la cortina, y viendo con asombro que su amo gesticulaba y se daba puñetazos en la frente, retrocedía sin atreverse á entrar, porque todo aquello le parecía muy extraño.

Sin embargo, era preciso decidirse, porque en el sobre de aquella carta que tenía en la mano venía escrita en gruesos y torcidos caracteres esta palabra para llamar la atención: «urgente.»

Por fin, aprovechando un momento en que Robledano se sentó en una butaca y que parecía más tranquilo, Pancho llamó en la madera de la puerta para anunciar su entrada, y luego levantó el portier.

Alejandro alzó la cabeza, que tenía inclinada sobre el pecho, y dijo:

—¿Qué quieres, Pancho?

—Señor, han traído esta carta para usted.

—¿Quién?

—Un hombre la dejó en la portería hace poco, y como en el sobre dice «urgente», me he permitido...

—Dame.

Alejandro rompió el sobre con indiferencia y se puso á leer para sí.

Pancho volvió á salir del despacho, pensando que si su amo le necesitaba ya le llamaría.

Antes de terminar la lectura de la primer línea, se notó en el semblante de Alejandro uno de esos movimientos que marcan el interés que inspira lo que se lee.

Veamos nosotros lo que decía la carta urgente.

«Si el señor don Alejandro de Robledano es un caballero,

como supone todo el mundo y lo demuestran su valor, su generosidad y la nobleza de su alma, acudirá esta noche al baile de máscaras del teatro Real y esperará en su palco á una señora que tiene necesidad de hablarle sin testigos.

»Esta señora irá disfrazada con un dominó de raso negro y tres lazos blancos, uno en la capucha y dos en los hombros.

»Como la señora que le pide y suplica esta cita perdería mucho si se supiera que va al baile de esta noche, para que no se cometa ninguna imprudencia que afecte á su decoro y á su honra, suplica al señor don Alejandro de Robledano estas dos cosas: que permanezca oculto en el fondo de su palco para que nadie le vea, y que cuando se presente la máscara del dominó no hable hasta que ella le diga estas palabras: la africana.

»Sigilo y prudencia. A la una en punto de la madrugada, la máscara del dominó negro con lazos blancos llamará en la puerta del palco de don Alejandro de Robledano, cuyo palco, para evitar el peligro de que lo tome otro, se ha tomado en la contaduría del teatro Real á nombre del señor de Robledano, y lo recibirá esta tarde bajo sobre.

»Si usted no acude á la cita, tal vez suceda una desgracia á una dama que usted conoce y que estima en mucho.»

Alejandro, al terminar la lectura de la carta, creyó que era Gabriela la que le escribía.

Ante esta creencia se reanimó inmediatamente, como si hubieran desaparecido todas sus dudas; efectos rápidos producidos por la febril inquietud de los celos.

—Sí, sí, es ella,—se dijo hablando consigo mismo,—ella que me ama, ella que anoche adivinó en mi semblante el te-

rrible efecto que me hizo aquel abrazo y aquel beso dado á Carlos Ferrán. Soy verdaderamente un loco; ¿por qué no ha de besarle, cuando ha sido para ella verdaderamente un padre?...

Pero inmediatamente, cambiando de pensamiento, añadió:

—Pero ¿se atreverá á acudir sola á un baile de máscaras?... ¿Tanta confianza le inspiro para pedirme una cita sin testigos, para encerrarse conmigo en un palco del teatro Real?... En verdad que se necesita mucho atrevimiento tratándose de una joven que apenas ha cumplido veinte años. Difícilmente cree nadie en la inocencia de una cita dada por una mujer á un hombre en un baile de máscaras...

Y Alejandro, abriendo de nuevo la carta y fijando en ella sus ojos con triste expresión, añadió:

—Debo esperarla solo, en el fondo oscuro del palco, detrás de las cortinas para que nadie me vea; aquí lo dice. Qué valor se necesita para todo esto. ¡Ah! Dios mío, ¿no será Gabriela el ángel de pureza que he soñado?... ¿Tendrá razón el padre Marcelo con todo lo que me ha dicho de las mujeres de teatro?

Alejandro se cubrió el rostro con las manos: le latían las sienes, tenía fiebre.

Aquel batallar continuo le postraba, se sentía fatigado.

Así trascurrió más de una hora; unas veces permanecía inmóvil en la butaca, con la mirada fija en el suelo, en esa actitud de la estatua de la reflexión, y otras veces se paseaba precipitadamente por el despacho gesticulando como un loco.

A las once entró Pancho el mulato á decirle que el señor Faustino esperaba en el comedor, y que el almuerzo estaba dispuesto.

A Faustino se le trataba en la casa con mucha franqueza, y almorzaba la mayor parte de los días con Alejandro.

Al oir el nombre del ex-tenor, Robledano se alegró un poco, porque Faustino siempre le traía noticias de Gabriela, y además, como antiguo amigo del maestro Ferrán, le conocía mucho y sabía con todos sus detalles su vida privada.

Alejandro procuró serenarse, y se dirigió al comedor

CAPITULO IV.

Un buen amigo.

Faustino había encendido un cigarrillo de papel de los que tenía Alejandro sobre el mármol de la chimenea en una canastilla de plata, y mataba el tiempo y entretenía el hambre leyendo en un periódico la crítica musical de la última representación de *La Africana.*

Al ver á Alejandro, le salió al encuentro y le estrechó la mano, diciendo:

—¡Ah, mi querido Mecenas, qué triunfo se perdió usted anoche!

—Sí, llegué á última hora,—contestó Alejandro,—cuando el público la llamaba á la escena.

—Este periódico que estoy leyendo se ha equivocado; dice que el público la llamó seis veces y fueron nueve, sí, nueve; las conté con mucho cuidado desde la butaca de orquesta que me regaló mi amigo el maestro Ferrán, porque yo, señor Robledano, para matar el tiempo estoy escribiendo

en mis ratos de ocio una historia del teatro de la ópera italiana, y por nada del mundo faltaría á la verdad y á la exactitud de mis apreciaciones. Pero ¿cómo diablos se le ocurrió á usted anoche marcharse tan pronto y volver tan tarde?

—Tenía compromiso de visitar á los barones de Morgal.

—¡Bah! Me cargan esas reuniones en donde se pasa la velada despellejando á los ausentes y haciendo sangre con la palabra. Me gusta más oir buena música, y sobre todo cuando la canta Gabriela con su voz de ángel, que no tiene rival en la historia del teatro lírico.

Y Faustino, dando una chupada á su cigarrillo, añadió:

—Por cierto que anoche me preguntó cuatro veces por usted.

Alejandro, á pesar de sus dudas y del estado de su espíritu, oía con gusto á Faustino, cuya conversación, siempre viva y amena y su carácter condescendiente, le colocaba en la categoría de los pobres simpáticos, porque sabido es que un pobre llorón y taciturno obliga á los ricos á cerrarle las puertas de su casa, temeroso de que sus lamentaciones les quiten el apetito.

Comenzaron á almorzar. Faustino con bastante gana y dispuesto á reponer su estómago, y Alejandro con esa distracción propia de la inapetencia.

Como el ex-tenor había logrado vencer una de las dificultades más grandes en las funciones necesarias de la vida; es decir, que había conseguido hablar y comer á un tiempo, cosa que pueden hacer muy pocos sin pasar grandes apuros y verse comprometidos ante las leyes de la urbanidad y la buena educación.

Faustino, pues, continuaba hablando con la boca llena, sin sentir la menor molestia ni el más pequeño entorpecimiento, demostrando la gran práctica en estos dos ejercicios, el de la palabra y el de la masticación, no se cansaba ni de comer ni de elogiar á Gabriela, que según él, era uno de esos portentos que de tarde en tarde aparecen en el teatro, soles resplandecientes que marcan una época famosa y memorable en los fastos teatrales.

Alejandro le escuchaba sin interrumpirle y aprobando con frecuencia con una sonrisa ó con un movimiento afirmativo de cabeza lo que decía su interlocutor.

De pronto Faustino soltó una carcajada, y dijo:

—¡Ah! Mi querido Mecenas, ruego á usted me perdone por haber monopolizado la palabra desde que nos sentamos á la mesa, y confieso como hombre justo, que soy un hablador de los de primera fila.

—Nada de eso, querido Faustino,—repuso Alejandro;—estoy escuchando á usted con el mayor gusto. ¿Qué otra cosa podría yo oir que fuese más agradable á mis oídos y á mi corazón que los justos elogios que usted dedica á Gabriela y al maestro Ferrán, á quienes tanto aprecio y con cuya buena amistad me honro?

Y Alejandro, mirando á Faustino y sonriéndose, añadió:

—Y á propósito del maestro Ferrán; he oído decir que allá en sus mocedades fué hombre muy galante con las mujeres y no le faltaron aventuras amorosas. Usted, mi querido Faustino, debe saber algo de eso.

—Efectivamente,—añadió el ex-tenor con cierta petulancia.—En aquella época famosa y feliz que yo *estaba en*

voz, como decimos en el lenguaje particular de bastidores, en aquellos memorables tiempos que yo tenía en la garganta un tesoro, es decir, hace veintitantos años, Carlos Ferrán era el músico de moda en Madrid, el niño mimado de las damas; le llovían las invitaciones para los conciertos aristocráticos y á mí me asediaban por todas partes las contratas. Todo el mundo solicitaba nuestra amistad, y tan pronto comíamos en la mesa de un príncipe, como de un embajador, como de un duque; éramos los elegidos, los Benjamines del arte musical.

Foustino hizo un gesto verdaderamente cómico, y volvió á decir:

—¡Ah! Qué tiempos aquéllos, ya no volverán, como dice Becquer en sus *Golondrinas*. Entonces no nos faltaban aventuras galantes ni á Carlos ni á mí, porque, hablando en confianza y sin modestia, las mujeres son unas volubles y encantadoras mariposas que revolotean siempre en derredor de la luz que más brilla, y con la misma facilidad se enamoran de una corbata bien puesta ó un ceñido chaleco de vistosos colores, que de un buen mozo; porque la mujer no es otra cosa que un conjunto de nervios impresionables.

Faustino se limpió con cierta coquetería los labios con una punta de la servilleta, y volvió á decir:

—Recuerdo que la primera vez que yo canté en Madrid *La Favorita* se enamoraron de mí media docena de damas de la aristocracia, y todas ellas querían que fuese á verlas con el hábito blanco, la cruz roja en el pecho y cantando el famoso *spiritu gentil.*

Faustino, hablando de sí mismo, se olvidaba de Ferrán. Alejandro guardó silencio.

—¡Oh! ¡Qué gran época aquélla!—añadió el ex-tenor poniendo los ojos en blanco y deshaciendo al mismo tiempo entre la lengua y el paladar una cocreta de picadillo de jamón con trufas que tenía en la boca.—Recuerdo que una duquesa, mujer encantadora y despreocupada, que ponía con alguna frecuencia en ridículo á su marido, me escribió tres cartas, llamándome ingrato y mal caballero; yo le envié mi traje de *La Favorita,* el hábito blanco para que me representara, puesto que aquella buena señora no se había enamorado de mí, sino de los atavíos teatrales con que me había visto y admirado desde su palco.

Faustino se reía con la buena fe del hombre que tiene el mal gusto de reirse de sus propias gracias.

Alejandro esperaba en silencio que le llegara el turno al maestro Ferrán.

—No puedo pasar en olvido á cierta condesita que la primera vez que fuí á verla,—añadió el ex-tenor,—al despedirse colgada de mi cuello, con las lágrimas en los ojos y con la voz más dulce de su *repertorio,* me pidió que le regalara las sandalias de mi traje de Polión en *Norma.* ¡Ah! Aquella encantadora mujer se había enamorado de mí por los piés.

Alejandro se sonrió.

—Pues bien,—volvió á decir el infatigable Faustino,—al maestro Carlos Ferrán le sucedía, poco más poco menos, lo mismo que á mí; sólo que á él en las cartas de invitación se le ponía aquella célebre posdata del músico alemán: «Venga usted á verme esta noche, pero no se olvide usted de traer el violín». ¡Oh! ¡Cuántas conquistas le proporcionó á Carlos su violín! Porque el maestro Ferrán era un verdadero prodigio,

un Paganini; hacía hablar, reir, llorar á su violín. Aquel arco, aquellas tres cuerdas, lo expresaban todo, no necesitaba para nada la lengua; cuando quería una cosa, tocaba el violín y su criado se la presentaba. Una noche que estábamos de buen humor entramos en un café. Carlos colocó en facha su violín y le hizo que pidiera dos *bisteffs* con patatas, y efectivamente, el camarero nos sirvió los dos *bisteffs*.

Alejandro acentuó un poco más la sonrisa ante las exageraciones de Faustino.

—Naturalmente,—repuso el ex-tenor,—un violín de semejante potencia debía tener perturbado y loco al bello sexo. Por aquel tiempo fué cuando Carlos tuvo el desgraciado desafío que costó la existencia á su contrario, á un marqués famoso, impertinente y *perdonavidas*.

—¿Sería por cuestión de amores?—preguntó Alejandro.

—Sí; amaban los dos á una misma mujer, una muchacha muy modesta y muy hermosa; era hija de un músico, de un profesor de violín del teatro Real. Carlos tuvo que emprender un viaje á Italia, y permaneció en aquel país más de lo que él pensaba. A la vuelta se encontró que, el marqués, empleando el engaño y la perfidia, le había violado la novia. Esto naturalmente no le hizo gracia al maestro Ferrán, pero como en todas las acciones de su vida tenía por norte la nobleza y la justicia, buscó al marqués, y sin andarse con repulgos de empanada, le dijo: «Amigo mío, usted ha seducido á Fulanita, dándole palabra de casamiento. Fulanita ha sido bastante tonta para creer en los ofrecimientos de usted, y usted bastante infame para abusar de su inocencia; y como de esos abusos y de esa confianza ha resultado una hija, yo

vengo para que usted se case con la madre y reconozca á esa hija». El marqués se rió de las exigencias del músico, porque aquel aristócrata, esclavo de sus vicios, tenía la costumbre de reirse de todo.

—¿Quién es usted—le preguntó el marqués—para venir á exigirme semejante absurdo?

—Yo soy—contestó Ferrán dominando el enojo que hervía en su pecho—un hermano adoptivo de la víctima de usted.

—¿Y cree usted que un hombre como yo—añadió el marqués—se casa sin más ni más, sólo porque usted lo desea, con la hija de un rascador de violines? Eso sería un absurdo.

—Un marqués puede seducir, deshonrar y abandonar luego á la hija de un pobre músico,—repuso Carlos;—puede también abandonar el fruto de aquella seducción, que lleva en las venas su misma sangre. Todo esto puede hacerlo un marqués como puede hacerlo un zapatero remendón; pero si lo hacen, lo mismo el marqués que el zapatero, serán unos canallas.

Naturalmente,—prosiguió Faustino,—después de estos piropos, sucedió lo que tenía que suceder: Carlos y el marqués se batieron á pistola, y el músico, que no había cogido nunca un arma en sus manos, mató al aristócrata, al duelista famoso, metiéndole una bala en el corazón.

Después de este lance desgraciado, Ferrán emprendió un nuevo viaje; recorrió algunas capitales de Europa dando conciertos, y volvió á Madrid, después de dos años de ausencia.

Entonces fué, como usted no ignora, cuando tuvo la fortuna una noche, al retirarse á su casa, de encontrarse en el

quicio de una puerta á ese ángel que todos admiramos y que se llama Gabriela.

Aquí Faustino hizo una ligera pausa, cogió de un centro de mesa de cristal de roca fileteado con plata con unas tenacitas del mismo metal una yema de coco, se la llevó á la boca, se la tragó de un solo bocado, y dijo, dándole á su voz y á su fisonomía cierta expresión de misterio:

—Pero lo que usted no sabe, mi querido bienhechor, y lo que no sabe tampoco Gabriela, es que aquella niña abandonada y la hija del difunto marqués, son una misma persona.

—¡Cómo!...—exclamó Alejandro sin poderse contener.—¿Gabriela es la hija del marqués muerto en desafío?

Faustino dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—¿La hija de la mujer á quien amaba el maestro Ferrán?

El ex-tenor hizo otro movimiento afirmativo.

—Qué cosa tan inverosimil,—añadió Alejandro como si hablara consigo mismo.

—Sí, casualidades providenciales de la vida real.

—¿Y usted cree que el maestro Ferrán,—exclamó sin poderse contener Alejandro,—que ese famoso músico adorado por las mujeres y herido en el corazón tal vez por la única que amó en su vida, es un verdadero padre para Gabriela?

—¡Quién lo duda!... Él la ama como un padre y ella le ama como una hija.

—¡Ah! Si eso fuera cierto...

Alejandro no pudo contener esta exclamación de su alma, y Faustino, al oirla, se quedó mirándole.

—¡Cierto!... Pues ya lo creo que lo es... ¿Qué más pue-

de hacer un padre por su hija? Absolutamente nada. Carlos recogió á esa preciosa criatura de en medio del arroyo y la ha conducido cariñosamente hasta el templo de la gloria, y sentándola en la cúspide, le ha dicho: «Ahora inunda de luz con los rayos de tu genio el teatro lírico, brilla y sé feliz; mi obra se ha terminado.»

—Amigo Faustino,—añadió Alejandro,—negar lo que se ve sería un absurdo, un contrasentido en guerra abierta con la lógica. Gabriela le debe á Ferrán su educación musical, su bienestar, su fortuna, la consideración y el aplauso que le tributa toda Europa; eso es innegable. Pero ¿no puede haber algo que no esté al alcance de nuestras miradas detrás de esa generosa protección que todos admiramos y aplaudimos?

—No comprendo,—repuso Faustino haciendo un movimiento con los hombros y la fisonomía.

—Tratándose de un hombre galante, de un hombre acostumbrado á las aventuras amorosas, no creo que deba confiarse mucho en su sentido moral, y tanto es así, que no falta quien dude de esa noble y desinteresada protección que Fer rán presta á su discípula.

—Podrán dudar los que no le conozcan,—continuó el ex-tenor, adivinando lo que quería decirle Robledano,—los que se permiten juzgar por las apariencias y sin fundamento alguno; en una palabra, los que son incapaces de sentir y pensar como siente y piensa mi amigo Carlos Ferrán. Pero á esa gente se la debe despreciar, su pequeñez no me produce otro efecto que la lástima.

—Despreciarles... En efecto, sería lo más cuerdo, lo más

natural; pero desgraciadamente, en la sociedad donde vivimos no basta eso. Usted, amigo Faustino, sabe que yo no dudo ni de la virtud de Gabriela, ni de la pureza de las intenciones del maestro Ferrán. Usted sabe que no hace mucho me he batido con un hombre porque se atrevió á poner en duda la honradez de Gabriela, pronunciando algunas palabras inconvenientes. Pero ¿de qué me ha servido ese duelo? de nada. Anoche una señora, que por serlo es sagrada para mí, manifestaba á sus amigos las mismas dudas que Esteban Terreño al tratar de la protección que Carlos dispensaba á Gabriela; es decir, no creía en la generosidad de los hombres que protegen á las muchachas bonitas sin exigirles otra recompensa que la gratitud. Creo inútil decir á usted que oí con disgusto ciertas frases que se pronunciaron.

—¡Ah! Las mujeres de teatro cuanto más se elevan sobre el nivel vulgar, cuanto más brillan, más perseguidas son por la envidia y por la calumnia,—añadió Faustino con sentida expresión.—Gabriela se ha presentado en el escenario del teatro Real con su genio, con su hermosura, con su juventud, llena de gracias, de encantos, rodeada de esa aureola de luz que ciega, que fascina. Los hombres al verla se han preguntado: ¿Quién es ese prodigio? ¿Quién posee ese tesoro? Y las mujeres se han dicho allá en el fondo de su corazón: No hay duda, tendrá un amante, porque no es posible que una hermosura tan maravillosa deje de amar y ser amada. Entonces se ha procurado buscar, inquirir, y se ha sabido fácilmente, pues no era un secreto impenetrable que Gabriela tuvo un protector y un maestro desde la edad de cuatro años, y qué á el se lo debe todo. De esto han deducido, con la lógi-

ca infame de la maledicencia, que puesto que el protector era aún bastante joven, bien pudiera ser el amante de la protegida. Concebida esta sospecha, la calumnia la ha convertido en realidad, en un hecho positivo.

Y Faustino, sonriéndose con triste expresión, añadió:

—¡Pobre Gabriela, pobre Ferrán! Perdonad á los que no os conocen y os calumnian, á los que no saben lo que valéis y os miden por su pequeñez; ellos valen indudablemente mucho menos que vosotros, porque al juzgaros de un modo desfavorable, demuestran que no tienen sentido moral.

Alejandro hubiera abrazado de buena gana á Faustino; tan grata fué la impresión que le produjo la noble y sentida defensa de Gabriela.

—¿De modo que usted rechaza esas apreciaciones, esas dudas?—preguntó Robledano.

—En absoluto, mi querido protector, en absoluto,—exclamó Faustino.—Gabriela es una joven tan virtuosa, tan sencilla, tan franca, que si amara á Ferrán de otro modo que como una hija agradecida y respetuosa, lo diría á todo el mundo; y en cuanto á Carlos, si amara á Gabriela con intenciones interesadas, le conozco muy bien, se hubiera casado con ella, puesto que no tenía que pedir permiso á nadie.

—¿Ni á Gabriela?—dijo con inquietud Alejandro.

—Sí, ni á Gabriela, que hasta hace pocos días no ha tenido más voluntad que la de su maestro y bienhechor, á quien le hubiera entregado su mano y su corazón contenta y gozosa, porque así le pagaba lo mucho que le debía.

—¿Y cree usted que hoy pensará Gabriela de otro modo?—repuso Alejandro con acento conmovido.

—Amigo Alejandro,—continuó con marcado interés Faustino,—las mujeres, lo mismo que los hombres, tienen una pequeña puerta en el corazón que permanece cerrada más ó menos tiempo, según las circunstancias de la vida. No hay en el mundo un cerrajero bastante hábil que se atreva á construir una llave que abra esa puerta. Si el célebre *Gamain* y Luis XVI vivieran, no conseguirían abrir esa puerta; y ¡cosa rara! se abre al sentir sobre ella el dulce y suave soplo del amor, y entonces penetra un perfumado filtro en el corazón y escribe en él un nombre con indelebles caracteres. Pues bien, esa puerta ha permanecido cerrada en el corazón de Gabriela hasta hace poco que la abrió el cefirillo del amor, dejando escrito este nombre: Alejandro.

—¡Ah! ¿Cree usted eso?—exclamó Robledano sin poder dominar su alegría.

—Sin el menor género de duda. En el mundo existen muchas mujeres, unas casadas, otras con amante, pero la mayor parte de ellas no aman á los hombres que acarician, porque las puertas de sus corazones permanecen cerradas, y ese órgano importante y sensible del cuerpo humano no toma la menor parte en ese poema armonioso de la vida llamado amor. Aman con la cabeza, amor frío, egoista, que calcula, que hace números, que prefiere el gro al percal, el terciopelo á la estameña; pero si se abre esa puerta, si el amor penetra en el corazón y graba un nombre, ¡oh! entonces, la mujer arroja su fortuna al mar como la hermosa griega que siguió al filósofo Crates sin importarle un rábano que fuera viejo, feo y pobre.

Alejandro se levantó y abrazó á Faustino, diciéndole:

—No puede usted pensar el bien que me ha hecho.

—Entonces me felicito por ello, porque empiezo á pagarle algo de lo mucho que le debo.

Poco después el ex-tenor Faustino salía de casa de su Mecenas, llevando algunos billetes del Banco de España en la cartera, regalo de su generoso protector.

—Me parece que Alejandro tiene celos del maestro Ferrán,—se dijo Faustino para su capote,—celos infundados, porque ó yo no entiendo una palabra de *inflar perros,* ó Gabriela ama á Robledano un poquito más que al hombre que la elevó á la altura que hoy se encuentra. La verdad es que harán una encantadora pareja, y por cariño á la estética estoy resuelto á proteger sus amores.

CAPITULO V.

Donde el barón conquista una aliada.

Aquella misma noche el barón de Morgal se hallaba dormitando en una butaca, cuando oyó una voz femenina que decía desde la puerta:

—¿Duerme usted, señor barón?

Don Andrés se incorporó un poco y contestó:

—No, Juliana, entra.

Juliana era la segunda doncella de la baronesa de Morgal, y como la preferida, la favorita, la que poseía toda la confianza de la señora era Micaela, Juliana se sentía humillada, celosa, y sabido es adónde conduce la bastarda pasión de los celos.

El barón de Morgal había adivinado estos celos, y creyó prudente aprovecharse de ellos.

Para llevar á cabo su plan necesitaba una persona que espiase á Isabel, y nadie mejor que Juliana.

En estos casos, la generosidad del amo se conquista pron-

to los buenos servicios de los criados, porque el dinero tiene en todos los países una gran elocuencia y es la llave maestra para conquistar voluntades.

Juliana aceptó el espionaje que le proponía el barón, y no tuvo inconveniente asimismo en aceptar algunos billetes de Banco en pago de sus buenos servicios.

De modo qúe pronto quedaron de acuerdo el barón y la doncella de su mujer.

Después de esto, continuemos.

Cuando Juliana entró en el gabinete del barón acababan de dar las doce de la noche en el reloj del comedor.

Don Andrés había convenido con Juliana que la esperaría sin acostarse hasta la una de la madrugada en su dormitorio, porque Juliana le había indicado ciertos temores de que la baronesa saldría aquella noche de casa.

—¿Qué ocurre?—preguntó el barón con apariencia tranquila, aunque en realidad no lo estaba mucho.

—Pues ocurre, señor, que creo que mis temores se han realizado y la señora baronesa ha salido de casa.

—¡Ah! ¿Estás segura de ello?—preguntó don Andrés levantándose de la butaca sin que él mismo se apercibiera.

—Creo estarlo, señor barón,—añadió Juliana.

—No es posible que se atreva á tanto,—repuso el barón.—Pero ¿tú la has visto bien?... ¿Tienes una completa seguridad?... Porque eso es muy grave.

—Yo vi salir á Micaela con otra mujer, llevaban dominós negros con lazos blancos en la capucha y en los hombros y las caretas puestas, y eran también de raso blanco guarnecidas de encajes.

Juliana hablaba muy despacio. Don Andrés la escuchaba inmóvil y con la mirada fija en el suelo.

—Micaela me dijo, señalándome á su compañera: «Es mi prima». Pero yo conozco á su prima, una muchacha bajita y regordeta, y la que iba á su lado era mucho más alta, y me pareció que tenía la misma estatura que la baronesa.

El barón guardaba silencio sin cambiar de actitud, le parecía increible la audacia de su mujer, dudaba de la verdad.

Juliana volvió á decir:

—Micaela me dijo esta tarde que la señora le había dado permiso para ir á un baile de máscaras esta noche, y que la acompañaría su prima, que es casada, con su marido; pero al ver los dos dominós y las caretas de raso blanco en el dormitorio de la señora baronesa, y al oir ciertas palabras, sospeché que con quien iba Micaela al baile era con la señora, y entonces, cumpliendo con mi deber, vine á decírselo al señor barón.

—Sí, Juliana, sí, te has portado bien y sabré recompensarte; pero temo que te hayas equivocado, no es posible que la baronesa cometa una locura semejante. ¿Qué iba á hacer en un baile de máscaras público donde pueden conocerla y comprometer su reputación?

Y don Andrés, como si quisiera tranquilizarse á sí mismo, añadió:

—Repito, Juliana, que de seguro te has equivocado.

—Eso nadie como el señor puede salir de dudas, porque el señor tiene la entrada franca á todas horas en el dormitorio de la baronesa.

El barón sintió una llamarada de vergüenza que le subía

al rostro. Hacía mucho tiempo que no abría la puerta de comunicación que daba paso desde su dormitorio al de la baronesa; pero aquella noche iba á abrirla, no como un marido enamorado que olvida los disgustos que le proporcionan sus negocios en brazos de una esposa honrada y cariñosa, sino como un marido celoso que ve pisoteada su dignidad, manchado su honor.

El barón de Morgal aquella noche no era Romeo escalando la ventana de Julieta, discutiendo con su amada sobre si aquel pajarillo que mezclaba sus gorjeos con los dulces besos de los amantes era el ruiseñor, cantor de la noche, ó la alondra, precursora del día. El barón de Morgal tenía más contacto y más parecido á otro héroe del inmortal Shakspeare, al sombrío Otelo.

—Dime, Juliana, ¿quién está encargado de abrir la puerta á Micaela cuando regrese?—preguntó el barón después de una corta pausa.

—Micaela me dijo que por no molestar á nadie se llevaba el llavín.

—Está bien, puedes retirarte; sin embargo, no te acuestes, porque si te necesito iré á buscarte á tu cuarto.

Juliana salió del gabinete de su amo.

El barón permaneció inmóvil como si estuviera enclavado en el suelo.

Por fin, exhalando un suspiro, se dijo:

—Yo creía que me era indiferente mi mujer... que sus encantos no eran bastante poderosos para conmoverme. Conozco que me he engañado... ¿Será esto que siento amor?... ¿Serán celos?... ¡Oh! No, no, es el orgullo, es la honra que

se subleva, que piden venganza... Pero tal vez Juliana se ha equivocado, y es preciso saber la verdad, por mucho que me violente.

El barón sacó un pequeño llavín del cajón de la mesa de noche, cogió luego una bujía, la encendió, y salió por la puerta de escape de su alcoba, cruzó un pasillo y abrió una pequeña puerta que se hallaba al extremo.

Se encontró en la alcoba de la baronesa.

La luz de una lámpara de cristal de Bolonia, que colgaba del artesonado techo iluminaba con tenue y dulce claridad la vacía cama de la baronesa.

El barón dejó la palmatoria sobre un velador, descorrió las pesadas cortinas de terciopelo de la alcoba, y recorrió con los ojos detenidamente los ángulos del gabinete, casi perdidos en la sombra.

—Juliana tenía razón,—se dijo hablando consigo mismo.—No está, ha salido, ha ido á un baile de máscaras, á un baile público sola con su doncella... He aquí una imprudencia que de seguro va á causar su desgracia y la mía.

El barón, como si aún dudara de la triste realidad que le rodeaba, cogió la bujía y registró todo el gabinete, luego pasó al tocador de la baronesa, situado en la habitación inmediata.

El ambiente de aquel pequeño templo de la coquetería estaba impregnado de exquisitos perfumes; fragancia embriagadora que más de una vez había aspirado con delicia el barón al acercarse á su mujer; pero aquella noche, todas las esencias delicadas con que había perfumado su cuerpo la baronesa no eran para su esposo, eran para un amante.

Esta idea horrible le produjo un estremecimiento general al barón.

Con la bujía en la mano se vió de pronto el rostro en el espejo del tocador de Isabel, y notó que estaba extremadamente pálido.

Durante algunos segundos permaneció contemplándose en el espejo y sonriéndose, pero en aquella sonrisa había algo terrible y amenazador.

Desde el tocador volvió de nuevo á la alcoba de la baronesa, y dejando la palmatoria sobre la mesa de noche, se quedó inmóvil y de pié junto al lecho.

—El disfraz puede ser un pretexto,—pensaba el barón.—Esta noche hay baile de máscaras en el teatro Real y en el de la Zarzuela... Ignoro adónde habrá ido, y aun sabiéndolo sería difícil encontrarla, porque á ella y á su amante les importa mucho ocultarse de mí. Encontrarles... ¿Y para qué necesito encontrarles? Mi deshonra es cierta, mi venganza será terrible. Evitemos el escándalo, es preciso no dar pretexto á los amigos de que se rían y me señalen con el dedo. Para que una mujer ofenda y despedace el honor de su marido basta con lo que ha hecho la baronesa esta noche, porque una mujer como ella no se arriesga á ir con el candor de la inocencia á un baile de máscaras. El amante que dura una hora y el que dura diez años es lo mismo para el esposo ofendido.

El barón se sentó en una pequeña butaca tapizada de raso de color de oro que había junto á la cama, y apoyando los codos en las rodillas, dejó caer la frente en las palmas de las manos.

—Parece increible el valor que tienen algunas mujeres,—volvió á decirse.—¡Oh! Si yo supiera encontrarla... pero no, no, lo más probable es que su amante le haya esperado en un coche en las inmediaciones de esta casa; el dominó es un pretexto para cubrirse el rostro y ocultar su personalidad. Dios sólo sabe en dónde estará... Su amante... En cuanto á eso no me cabe la menor duda, es Alejandro de Robledano... Yo he visto cómo le devoraba con sus miradas, yo he visto cómo se le oprimió su corazón hasta perder el conocimiento cuando le creyó herido de muerte. Amante solicitado, perseguido por la adúltera, para mayor vergüenza mía. ¡Ah! En verdad que Alejandro no tiene la culpa, ella es la sola culpable; pero me cree un imbécil, una naturaleza muerta, un sér adormecido bajo el pesado soplo de una indolencia crónica, y se ha dicho: «Con un marido como Andrés, una mujer como yo puede permitírselo todo.» Este sufrimiento que martiriza mi pecho, esta rabia que destroza mi corazón, tendrán su recompensa: la venganza; y entonces el despertar de Isabel será espantoso.

El barón levantó la frente: estaba densamente pálido y tenía los ojos inyectados en sangre; dirigió una mirada en derredor suyo, y respirando con fuerza, como si sus pulmones carecieran de aire, repuso:

—De seguro que ella ni remotamente sospecha que yo me hallo á estas horas contemplando su vacío lecho y respirando el delicioso perfume de su dormitorio y apretándome el corazón con las manos para contener sus dolorosos latidos. Ella ni aun en sueños ha concebido jamás la idea de que yo pudiera estar celoso. «Mi marido no sirve para otra cosa que para dormir», se ha dicho muchas veces; pero yo me encargo

de sacarla de ese error en que vive desde el día que terminó nuestra luna de miel.

El barón volvió á sentarse en la misma butaca. Sentía en la sangre esa impaciente inquietud de los celos, pasión devoradora que necesita el movimiento, pues hay celoso que sin saberlo anda tres horas dando vueltas en derredor de su cuarto como el león en su jaula durante la calentura.

—Es preciso sufrir, mortificarse y no adelantar los sucesos,—volvió á decir.—Conozco que si al regresar de ese baile de máscaras me encuentra aquí, la voy á producir un gran efecto; pero la satisfacción de este efecto, de esta pequeña debilidad del alma, destruiría en parte la venganza que imagino. Conozco que se necesita mucho valor para esperar y mucho más para fingir. ¿Tendré yo ese valor?... Sí, es preciso tenerlo, y sobre todo, evitar el escándalo.

El barón se puso á dar paseos desde la alcoba al gabinete y dirigiendo inquietas miradas en derredor suyo.

Algunas veces suspiraba de un modo ruidoso, otras se sonreía con expresión siniestra.

—¡Ah! Qué satisfacción tan grande—exclamaba golpeándose la frente—debe ser para un marido ultrajado sorprender á la adúltera en los brazos de su amante. Qué gozo tan inmenso será el estrangularlos á los dos y escupirles y abofetearles el rostro en el instante angustioso de su agonía... Pero ese inmenso placer se goza pocas veces en la vida... Yo, sin embargo, cuando llegue la hora de la venganza, porque esa hora llegará, me gozaré en su espanto y me reiré de sus súplicas y de sus lágrimas, y allí, en mi poética y desierta finca de Aragón, en uno de aquellos solitarios y agrestes ba-

rrancos, le haré ver que no se mancilla impunemente ni se cubre de lodo la honra de los barones de Morgal.

En aquel momento el reloj de sobremesa del gabinete dió las dos de la madrugada.

Don Andrés hacía siete cuartos de hora que se hallaba en el dormitorio de su mujer hablando solo y sintiendo el devorador infierno de los celos rugir dentro de su pecho.

—No debe encontrarme aquí,—se dijo,—conviene que viva confiada, y puesto que mi desgracia y la suya son ciertas y nadie puede ya evitarlas, tengamos prudencia y no malogremos la venganza anticipando el escándalo.

Don Andrés cogió la bujía y salió del dormitorio de la baronesa, dirigiéndose al cuarto de las doncellas.

Juliana, sentada junto á una mesa, leía una novela del folletín de *La Correspondencia*.

Al oir ruído levantó la cabeza, y viendo al barón, se puso de pié.

—Efectivamente,—dijo don Andrés con fingida tranquilidad,—la baronesa ha salido de casa y según parece no tiene mucha prisa en volver, puesto que son las dos de la madrugada y no se halla en su dormitorio. Yo voy á acostarme, pero vengo antes á pedirte un favor.

—El señor barón sabe que estoy á sus órdenes,—contestó Juliana.

—Pues bien, cuando venga la baronesa, llégate á mi dormitorio y da á mi puerta tres golpecitos con los nudillos de la mano para que yo sepa á la hora que vuelve. Nada más por hoy: buenas noches.

Y don Andrés salió del dormitorio de la doncella con la

misma calma y tranquilidad que si se tratara de un asunto indiferente para él.

En los labios de Juliana asomó una sonrisa maliciosa, y se dijo para su capote:

—Un marido como el barón no tiene precio para una mujer como la baronesa. Ya veo yo que todo esto no será otra cosa que una nube de verano.

Y Juliana continuó leyendo el folletín de *La Correspondencia*.

CAPITULO VI.

En el antepalco.

La baronesa de Morgal y la doncella Micaela regresaron á su casa á las cuatro de la madrugada.

Cuando Isabel de Romelia se halló en su dormitorio, exhaló uno de esos ruidosos suspiros que parecen descargar al corazón y á la conciencia de los sobresaltos, de las inquietudes y de los temores que poco antes les agobiaban.

Aquella alcoba tranquila, aquel ambiente perfumado, aquella tenue y dulce luz de la lámpara eran, por decirlo así, el puerto seguro después de la borrasca, el bálsamo consolador que apaga los dolores.

Toda mujer que falta á su marido experimenta estas emociones al regresar á su casa después de una cita amorosa, y por muy pervertida que sea esta esposa culpable, al penetrar en su hogar doméstico siente grandes emociones que conturban su espíritu y su conciencia.

La baronesa se quitó el dominó y la careta, lo hizo un lío

y lo tiró sobre una silla, dejándose caer en la butaca en donde poco antes había saboreado el barón sus proyectos de venganza.

—¡Ah! Gracias á Dios,—exclamó la baronesa;—parece que por aquí no ha pasado nada, todo está tranquilo.

Y luego, cubriéndose el rostro con las manos, añadió:

—¡Qué locura tan grande!

—Vaya, señorita, no hay que pensar en lo pasado,—dijo Micaela.

Y sonriéndose con malicia, añadió:

—Ya lo ve usted, es una balsa de aceite.

—Sí, todo está tranquilo, todo menos mi conciencia,—añadió Isabel exhalando un suspiro.

—¡Bah! No parece sino que ha cometido usted un crimen,—añadió la doncella.

—Micaela, confío en que serás una mujer prudente.

—La señora baronesa sabe que puede contar con mi discreción.

—Sí, sí, lo sé, y por eso no tengo secretos para tí; pero ahora que ya es tarde conozco que he cometido una locura.

Y la baronesa, como si pretendiera engañar á su misma doncella, á su cómplice, á la que la había acompañado al baile, añadió:

—Porque después de todo, no valía la pena por darle una broma á una amiga arriesgarse á que al barón se le hubiera ocurrido esta noche entrar en mi dormitorio.

—El barón... Pobre señor, estará tan tranquilamente durmiendo...

—Pero ¿y si se le hubiera ocurrido venir á saludarme?

¿Qué excusa, qué pretexto hubiera bastado para disculpar mi ausencia?

—¡Bah! ¿No dice la señorita—añadió Micaela haciendo una mueca picaresca con los labios—que hace mucho tiempo que no se le ocurre al barón venir por las noches á saludar á su esposa?

La baronesa se sonrió también, y dijo:

—Sí, pero lo que no sucede en un año sucede en un minuto.

—¡Bah! ¡bah! Para ciertos maridos no llega nunca ese minuto, se cansan pronto de sus mujeres, y en verdad, señorita, que no concibo que un marido se canse de una mujer como usted; así es que les está bien empleado todo lo que les sucede muchas veces.

La baronesa, que tenía menos ganas de hablar que su doncella, comenzó á desnudarse.

Micaela la ayudaba, y al notar ciertos estremecimientos nerviosos en su ama, le dijo:

—Está usted temblando como una colegiala, y no hay motivo para tanto. ¿Qué ha sido todo ello? Una broma de carnaval y nada más. Yo, mientras la señora se quedó en el palco, me divertí grandemente bailando y bromeando con algunas personas conocidas que encontré ante mi paso. El baile estaba animadísimo; lástima grande fué abandonarle tan pronto.

—¡Ah! Si tú supieras...—murmuró en voz baja Isabel.

—No lo sé, pero lo supongo,—repuso con malicia Micaela;—todo ello, repito, que se reduce á bromas de carnaval, la época más divertida del año.

La baronesa se acostó: estaba muy pálida y tenía los ojos humedecidos como si hubiera llorado.

—Vete á descansar, Micaela. No entres mañana hasta que yo te llame.

—Buenas noches, señorita.

—Supongo que Juliana ni nadie en casa sospecharán mi ausencia de esta noche.

—Juliana ha tomado á la señora baronesa por mi prima y nada sospecha. Animo, y á dormir bien.

Micaela salió del dormitorio de su ama.

Isabel de Romelia se quedó sola. Su hermosa cabeza se destacaba sobre las blancas almohadas, y en sus grandes y expresivos ojos asomaban dos lágrimas.

La baronesa tenía muchas ganas de llorar, porque aquella noche su conciencia le acusaba de haber cometido una gran infamia.

Veamos nosotros lo que había sucedido en el teatro Real.

Alejandro fué exacto á la cita; á las doce y media se hallaba esperando en el antepalco á la máscara del dominó negro con lazos blancos que debia acudir á la una en punto.

A prevención, y por lo que pudiera suceder, Robledano había tomado del guardarropa del teatro un dominó negro y una careta.

Le había llevado al teatro una sospecha, que tan pronto rechazaba como acariciaba, que al mismo tiempo le causaba un profundo dolor y una gran alegría, es decir, sospechaba que la carta anónima fuese de Gabriela, y en ese caso iba á verla, á hablarla sin testigos, á decirle: «Te amo con toda mi alma y tengo celos de tu maestro Ferrán».

Pero ¿cómo debía juzgar á aquella joven de diez y nueve años que le pedía una cita, que tenía valor para salir de casa á medianoche con el objeto de verle solo, sin testigos, en el oscuro antepalco del teatro Real?

¿No era aquello un atrevimiento impropio de una joven pudorosa?... ¿No afectaba aquella conducta la honra y el decoro de una doncella?... ¿Qué confianza podía inspirarle una mujer que á tanto se atrevía?

Alejandro tuvo momentos de verdadera desesperación. Todos sus hermosos sueños de color de rosa se disipaban, y entonces creyó que efectivamente Gabriela era una mujer de teatro de esas que le había hablado el padre Marcelo, y que las sospechas de la baronesa de Morgal y de sus amigos podían ser fundadas.

Allí, en aquel oscuro antepalco, sentado en uno de sus divanes de terciopelo, esperó con impaciencia la hora de la cita, y cosa extraña, al mismo tiempo que le devoraba la impaciencia deseaba en el fondo de su alma que Gabriela no acudiese.

Porque ¿qué otra mujer podía citarle adoptando el seudónimo de *La Africana* sino ella?

Por fin oyó unos golpecitos en la puerta del palco. Alejandro sintió aquellos golpes resonar en su corazón, y corrió á abrir la puerta.

Una máscara con dominó negro y lazos blancos entró precipitadamente en el palco y fué á sentarse en uno de los ángulos de un diván en donde la oscuridad era más profunda.

Alejandro vió que otra máscara con dominó negro y lazos blancos se alejaba por el corredor.

Robledano cerró la puerta del palco.

Durante algunos segundos ni la máscara ni Alejandro hablaron. El principio de aquella cita era triste, embarazoso, como si les reuniera allí no el amor, sino el remordimiento, como si temieran oirse mutuamente.

Por fin la mujer del dominó negro dijo, con trémulo acento:

—¡Oh! ¡Qué angustias he pasado!... ¡Qué locura, Dios mío!

El eco de aquella voz causó un vivo estremecimiento á Robledano; era una voz conocida, y como para él no existía en el mundo más que una voz que pudiera conmover su alma, exclamó con vehemencia:

—¡Gabriela, usted aquí!...

Entonces se estremeció á su vez la máscara del dominó negro, y este estremecimiento no pasó desapercibido para Alejandro.

La baronesa, herida en su amor propio al verse confundida con Gabriela, tuvo un pensamiento satánico, uno de esos pensamientos á los que ciertas mujeres dan el nombre de bromas ó aventuras de carnaval y que el Código debería castigar con mano fuerte, porque muchas veces traen consecuencias tan funestas como trágicas.

Isabel de Romelia se había propuesto conquistar el corazón de Alejandro, y no era mujer que retrocedía ante sus caprichos; se fingió Gabriela de los Angeles, dejó al joven africano en su error, y con acento conmovido y juntando las manos en ademán suplicante, cayó de rodillas, diciendo:

—¡Oh! ¡Qué vergüenza, Dios mío!

Alejandro era poco ducho en aventuras galantes, y la baronesa tenía grandes ventajas y grandes recursos para vencer á aquel hombre noble y generoso que desconocía las perfidias del corazón humano.

Robledano la levantó del suelo y la sentó á su lado.

—Ruego á usted que se tranquilice, esa puerta está cerrada y yo estoy aquí para defender á usted, que no he de permitir que nadie, absolútamente nadie, la ofenda en lo más mínimo.

La baronesa, fingiendo uno de esos aturdimientos, una de esas debilidades tan propias en la mujer que acude por la vez primera á una cita amorosa, apoyó lánguidamente la cabeza sobre el pecho de Alejandro, como si buscara un refugio ó pretendiera ocultar el rubor, la vergüenza que la poseía.

Robledano, que al sentir el contacto de aquella cabeza sintió asimismo que se enardecía su sangre, rodeó con su brazo la cintura de la máscara, y con la mano derecha hizo el ademán de quitarle la careta.

Isabel detuvo aquella mano, diciendo al mismo tiempo:

—No, eso no; la máscara que cubre mi rostro me da un poco de valor para permanecer aquí... Si me quitara usted la careta me moriría de vergüenza.

—Está bien, dejemos que la careta cubra ese rostro de ángel, puesto que usted así lo quiere.

—Gracias, Alejandro,—añadió Isabel exhalando un suspiro;—yo sé que usted es noble, que usted es generoso, y sólo esa seguridad me ha prestado valor para acudir á esta cita. ¡Oh! Ni yo misma me explico cómo me he atrevido á tanto.

—Yo bendigo ese atrevimiento que me proporciona la inmensa dicha de tenerla á usted á mi lado sin testigos importunos.

—¡Ah! Esa dicha, Alejandro, durará poco, porque yo no puedo permanecer aquí mucho tiempo.

—¿Es tal vez el maestro Ferrán el que lo impide?

—Por Dios, por Dios, Alejandro, no hablemos más que de nosotros.

Y la baronesa estrechó con dulces estremecimientos la mano de Alejandro.

—¡Ah! Si yo fuese libre...—murmuró con trémulo acento Isabel.

—¿Y quién le impide á usted no serlo?

—La gratitud.

Esta palabra intencionada que pronunció la baronesa era una infamia, y produjo todo el efecto que esperaba.

Desde este momento comenzó un tristísimo diálogo entre Alejandro y la baronesa.

Robledano, como hemos dicho, creía tener á su lado á Gabriela, y la baronesa nada decía para desvanecer su error.

La oscuridad del antepalco era grande, y la baronesa, cuyas contestaciones á las preguntas que le dirigía el joven africano tenían una languidez arrobadora, iban poco á poco enloqueciendo de amor á aquel hombre de corazón sencillo, lleno de vida, de juventud, de pasión.

Dos ó tres veces Alejandro le había hablado del maestro Ferrán, pero la baronesa contestaba siempre con un suspiro y estrechándole la mano, como si aquel nombre le causara un estremecimiento.

Una hora permanecieron juntos, y al abandonar el palco la máscara del dominó negro, Alejandro, embriagado de amor y felicidad, no podía explicarse todo lo que allí había sucedido.

Antes de separarse, Alejandro, extrechando las dos manos de su amada, le preguntó:

—¿Cuándo volveremos á vernos?

—Yo te avisaré por el mismo conducto que te dí esta cita; pero si me amas, te encargo mucha prudencia, mucha reserva, porque no nos faltan enemigos que se opongan á nuestra felicidad.

La baronesa salió precipitadamente del palco; se habían realizado sus impúdicos deseos á costa de una gran infamia.

Alejandro se quedó solo en el palco.

Lo que había sucedido le parecía un sueño, y poco á poco fué entrando en esa reacción que permite ver las cosas con perfecta claridad.

Se dejó caer en uno de los divanes y comenzó á pensar en el abandono de aquella mujer, á quien él creía Gabriela, y entonces se dijo, allá en el fondo de su alma:

—¡Ah! ¡Qué horrible desengaño!... ¿Dónde está la pureza?... ¿Dónde está el candor de esa mujer, á quien yo creía un ángel?... No, no hay duda, la que así se porta, la que se entrega á un hombre á quien apenas conoce, ¿qué extraño es que tenga un amante, y que ese amante sea el maestro Ferrán?

Y Alejandro, golpeándose la frente con desesperación, porque amaba á Gabriela con toda su alma, añadió:

—Es preciso olvidar á esa mujer, no es ella la que yo había soñado; todos sus juramentos, todas sus lágrimas, no

arrancarían esta terrible duda que se ha infiltrado en mi corazón. Es preciso tener valor, es preciso borrar su recuerdo de la memoria, es preciso llenar este vacío de mi alma con otro amor, y yo espero tener fuerza de voluntad para dominarme y vencerme á mí mismo.

Alejandro se puso su gabán de abrigo y salió precipitadamente del palco, llevando un infierno en el pecho.

. . . .

. . . .

La baronesa de Morgal se durmió por fin, pensando en la infamia que había cometido aquella noche.

A los ojos de Alejandro Gabriela estaba deshonrada y el maestro Ferrán era su amante.

Mientras la verdad no se aclarara podía conceptuarse libre de aquella rival temible y abrigar la esperanza de conquistar el amor de Alejandro.

Para la baronesa toda aquella aventura no era otra cosa que una broma de carnaval, porque la importancia de un acontecimiento de la vida siempre se juzga bajo el punto de vista de la conciencia.

Pero ¿y si Alejandro llegaba á saber que la máscara del dominó negro era la baronesa de Morgal? ¿Por dónde? Nadie la había visto, y la única persona que sabía la verdad era su doncella Micaela, en la que tenía una completa confianza.

Isabel de Romelia se durmió entre las reconvenciones de su conciencia y las dulces caricias de su esperanza, pues sólo colocando á Gabriela en la situación de una mujer vulgar y fácil, que se entrega á un hombre en la primera cita, podía abrigar la esperanza de que Alejandro la amara.

El terreno, según la baronesa, quedaba bien preparado y podía tender las redes de su amor con la confianza de no perder el tiempo.

En todas estas combinaciones maquiavélicas ni una sola vez se había acordado la baronesa de su marido; sér inofensivo, según ella, que no merecía otra cosa que el desprecio.

Pero sin duda para hacer menos angustiosa la vida, la Providencia ha dispuesto que ignoremos la mayor parte de las veces por dónde viene la muerte, y esta ignorancia nos permite muchas veces sonreir cuando deberíamos llorar.

La baronesa se durmió, como hemos dicho, pensando en todo menos en su marido; sér inofensivo y resignado, que abandonaba el lecho para sentarse en una butaca y la butaca para tenderse en su lecho.

Pero continuemos.

Serían las cuatro de la madrugada, cuando la puerta del dormítorio de la baronesa se abrió poco á poco y sin el menor ruído.

El barón de Morgal se presentó en la alcoba y dió algunos pasos, acercándose al lecho en donde dormía su mujer.

La luz de la lámpara del gabinete inmediato extendía una débil y dulce claridad, que permitía ver el hermoso rostro de Isabel de Romelia.

El barón, de pié, inmóvil, la estuvo contemplando algunos minutos.

El desorden del lecho añadía nuevos encantos á la baronesa.

Era indudable que una terrible tempestad de celos y de rabia bataliaba en el corazón de aquel marido, que nunca ha-

bía encontrado tan hermosa á su mujer como en aquel instante.

Tal vez en aquel momento cruzó por la mente del barón la misma idea que causó la desgracia de Otelo y la muerte de Desdémona.

Pero el barón de Morgal era un hombre moderno, temía el escándalo y su carácter era muy distinto del célebre personaje que inmortalizó Shakespeare.

Cuando se cansó de contemplar á su esposa, retrocedió sin hacer ruído hasta la puerta de escape.

Entonces sintió que sus piés tropezaban con un objeto, miró al suelo y vió la careta de raso blanco que había servido á la baronesa para ocultar su rostro y deshonrar á Gabriela á los ojos de Alejandro.

El barón cogió la careta y estuvo á punto de lanzar un grito.

Miró en derredor suyo, vió el dominó negro sobre una silla, fué á cogerlo y se detuvo, diciendo para sí:

—Con la careta me basta, porque una careta puede perderse sin inspirar recelo, y si no encontraran el dominó, sería para ella un grito de alarma.

Y sonriéndose de un modo extraño, añadió:

—Es preciso que no desconfíe, que siga creyéndome un marido dormilón y apático. La careta me basta.

Y salió de la alcoba de la baronesa, cerrando la puerta de escape.

LIBRO XII.

TENDER LAS REDES.

CAPITULO PRIMERO.

Proposición aceptada.

La baronesa de Morgal se despertó á las diez de la mañana. Durante algunos minutos permaneció disfrutando de esa dulce indolencia matinal que nos trae á la memoria de un modo borroso el último pensamiento que cortó el soplo del sueño; pensó, pues, en Alejandro y en algunos detalles ocurridos en el antepalco del teatro Real, luego extendió el brazo y tiró del llamador de la campanilla.

Micaela, que hacía dos horas estaba esperando que su ama la llamara, se presentó en la alcoba, risueña y complaciente como siempre, dió los buenos días á su ama y comenzó á vestirla.

Entonces Isabel vió el dominó negro sobre una silla, y dijo:

—Qué imprudencia...

—¿El qué, señorita?—preguntó Micaela.

—Que te has dejado el dominó sobre una silla.

—¡Ah! Es verdad.

—Afortunadamente,—añadió sonriéndose la baronesa,—á mi señor esposo no se le ha ocurrido visitarme; recoge ese traje y guárdale en tu cómoda por si nos hace falta otra noche.

Micaela dobló el dominó, y dijo:

—No encuentro la careta.

—Por ahí debe estar.

Micaela buscó de nuevo inútilmente, porque la careta no parecía, y entonces el ama y la doncella lo registraron todo, sin conseguir su objeto.

—Es extraño; yo creo que entré en casa con la careta puesta.

—Yo también; pero ya lo ve usted, no parece.

—¿Te acuerdas tú—añadió la baronesa—si me la quité en el coche de alquiler que nos condujo desde el teatro á casa?

—Sí, sí, indudablemente se cayó en el coche, porque aquí no ha entrado nadie.

—Eso será,—añadió la baronesa, sin darle importancia á la pérdida de la careta.

La baronesa, desde la alcoba, pasó al tocador, en donde permaneció más de una hora ocupada en su tocado matinal y hablando con su doncella de la aventura de la noche anterior.

Bien es verdad que en aquella conversación íntima entre ama y doncella, el ama sólo dijo lo que le convenía, y la doncella dió crédito á unas cosas y dejó en tela de juicio otras, porque de sobra conocía Micaela á su señora.

Mientras tanto, el barón estaba en el comedor leyendo los periódicos, tranquilamente tumbado en una butaca junto á la chimenea, con esa tranquilidad que le había conquistado el apodo entre sus criados de padre Jerónimo.

A las once y cuarto se presentó el poeta Nasón en el comedor.

—¿Vienes á almorzar con nosotros?—le preguntó el barón bostezando.

—Sí,—contestó Amadeo.

—Te lo agradezco, porque se me ha ocurrido una idea higiénica, y necesito que me apoyes para realizarla.

—¡Hola! ¿Me eliges por médico? Pues te prevengo que no entiendo una palabra de medicina.

—No te elijo por médico, sino para que me ayudes á convencer á Isabel.

—Sepamos de qué se trata.

—Ya lo sabrás cuando esté ella aquí; pero veamos antes si quiere almorzar con nosotros.

El barón tocó un timbre, y dijo á un criado:

—Avise usted á la baronesa que vamos á almorzar, y que está aquí don Amadeo.

—Mientras viene Isabel, si quieres que te ayude, pongámonos de acuerdo.

—El papel que te destino es muy fácil,—añadió el barón riéndose;—se reduce á que apoyes todo lo que yo proponga.

—Pero ¿y si propones un absurdo?

—En ese caso, no me apoyas.

—Eres tan terco como el sueño que hace algunos años se ha apoderado de tus párpados,—añadió riéndose el poeta.

El barón se encogió de hombros, y repuso:

—Pues mira, alguna parte toma la pesadez de mi sueño en el asunto que nos ocupa, porque ya me va disgustando dormir tantas horas, y empiezo á tener aprensión.

—¿Y qué piensas hacer para dormir menos?

—Cambiar de vida, arrancarme de los brazos de la pereza, y entregarme á las violentas corrientes de la actividad.

—Permíteme que te diga que eso es bastante difícil, sobre todo tratándose de tí.

—Pues allá lo veremos, querido Amadeo.

—El barón hablaba con tanta tranquilidad, que Amadeo, á quien las imprudencias de la baronesa tenían siempre inquieto, no sospechó ni remotamente el estado del espíritu de su amigo.

La baronesa entró en el comedor alegre, risueña y seductora como siempre.

—Hoy hace un hambre atroz,—dijo Isabel, estrechando las manos de su marido y de Amadeo.

—Efectivamente, yo también tengo buen apetito,—añadió el barón;—vaya, á la mesa, y que nos sirvan el almuerzo.

Los tres se sentaron, y comenzó el almuerzo con la paz y agradable concordia de una familia feliz.

—Querida Isabel,—dijo el barón cambiando una mirada de inteligencia con Amadeo, como si quisiera decirle: voy á empezar, prepárate para ayudarme.—Querida Isabel, te sobra la razón por encima de la cabeza cuando me reprendes viéndome pasar horas y horas dormido en una butaca.

El barón miraba á su mujer con un rostro tan bondadoso

y con los ojos medio entornados, que la baronesa no pudo contener una carcajada.

—Ríete todo cuanto quieras, pero ayer he tenido una consulta con mi médico, y me ha dicho que la pesadez de mi sueño no indica nada bueno, y que es preciso corregirlo.

—¿Supongo que el médico te habrá indicado el modo de corregir ese sueño?—preguntó la baronesa.

—Naturalmente; me ha encargado hacer una vida activa, dedicándome al higiénico ejercicio de la caza.

—¿Tú cazador?

—¡Oh, diantre! Sería capaz de hacerme hasta gimnasta con tal de no perder la salud.

—Pero para ser cazador se necesita una actividad que tú no tienes,—añadió Isabel.

—Soy indolente, lo conozco y lo confieso; pero desde el momento que esa indolencia afecta á mi salud, preciso será trocarla por la actividad que me aconseja el doctor, porque, hija mía, no estoy tan aburrido de la vida que me sea indiferente la muerte: quiero vivir el mayor tiempo posible, y soy muy capaz de cavar la tierra, si el oficio de cavador me alarga unos días la vida.

—Veo, querido Andrés, que hoy te has levantado de buen humor, y me felicito por ello,—añadió la baronesa;—pero sepamos qué opina nuestro querido poeta del notable cambio que nos anuncia el barón de Morgal.

Amadeo, que hasta entonces sólo había escuchado el diálogo de los barones, contestó:

—Mi opinión es que se cansará pronto de la vida de cazador, y que volverá á entregarse con más perseverancia que

nunca á su regalada pereza, porque la pereza, cuando coge á un prójimo por el cogote, tiene unas garras tan fuertes, que generalmente no le abandona hasta dejarle al borde de la tumba.

—Tal vez tengas razón, querido Amadeo,—añadió don Andrés;—Dios me libre de querer adivinar lo que sucederá mañana; pero lo que sí puedo asegurarte es que estoy resuelto á marcharme muy pronto á mi monte de la Alcarria.

—¿Marcharte en lo mejor del invierno, cuando Madrid tiene tantos atractivos?—preguntó la baronesa.

—La salud es lo primero, y confío que tú me acompañes, querida Isabel.

—Vamos, repito que hoy te has levantado de buen humor.

—¡Cómo! ¿Me dejarás partir solo?—preguntó el barón sin alterar su pacífico semblante.

—No lo creo yo eso; Isabel te acompañará; estoy seguro de ello,—objetó Amadeo, á quien no le disgustaba que la baronesa hiciera un viaje, evitando los peligros que la amenazaban en Madrid.

—¡Ah! ¿Usted también se pone de su parte?—exclamó Isabel.

—Y me comprometo á acompañaros, porque, después de todo, no me vendría mal respirar el aire puro del monte impregnado con el perfume de la salvia, el tomillo y el romero.

—Pero esto es una conspiración... ¿Se han propuesto ustedes enterrarme en vida? Pues no lo conseguirán... ¿Qué iba á hacer yo en el monte?... ¿en aquel caserón inmenso como un convento y abierto á todos los vientos como un palomar viejo?

—Poco á poco, querida; mi castillo alcarreño no carece de comodidades; lo construyeron mis abuelos, que sabían disfrutar de la vida.

—Pero si hace lo menos diez años, según me has dicho, que están cerradas sus habitaciones. Aquello será horrible, con ese olor á húmedo insoportable de las casas inhabitadas.

—En un día se ventilan las habitaciones con el balsámico aire de los montes,—añadió Amadeo.

—Además, mandaremos delante á nuestro apoderado para que vea lo que hace falta, y cuando él nos escriba que las habitaciones están *confortables*...

—Pues bien, querido, á pesar de todo eso, me parece absurdo tu proyecto.

—Bien, bien; no es mi ánimo violentarte; te quedarás en Madrid si así lo quieres,—añadió el barón con mucha calma;—pero yo creo que me permitirás que cuide de mi salud, y que una vez instalado en el monte, procure aburrirme lo menos posible invitando á los amigos para que vengan á pasar conmigo algunas temporadas, puesto que, según entendido, el monte es abundante en caza, y no ha de faltar diversión á los aficionados. Por ejemplo, sir Pik y Alejandro de Robledano estoy seguro que aceptan el convite en cuanto abra la boca.

Y dirigiéndole la palabra á Amadeo, añadió:

—¿Supongo, mi querido poeta, que tú formarás parte de la partida?

—No sólo tomaré parte en la expedición, sino que espero convencer á Isabel para que nos acompañe.

La baronesa guardó silencio.

—Me parece que perderás el pleito,—añadió riéndose el barón;—pero anda, que cuando le contemos nuestras expediciones campestres por la Alcarria se va á morir de envidia.

La baronesa, que desde el momento que su marido había indicado la idea de invitar á Alejandro y á algunos amigos, ya no le pareció tan descabellada la expedición, añadió algo más humana:

—Pero ¿es de veras todo eso? ¿Piensas efectivamente irte al monte, dedicarte á la caza?

—Tan cierto como tú eres mi mujer; y, querida Isabel, repito que estoy malo y que quiero curarme.

—En ese caso, y puesto que se trata de tu salud, preciso será que te acompañe.

—Ya lo ves, ella misma se entrega,—añadió Amadeo;—la resistencia ha sido corta.

—Sólo te pido—añadió Isabel—que me concedas un plazo de quince días para arreglar mi equipaje.

—¿Equipaje para ir á pasar una temporada en un monte, en un desierto, en donde sólo se verán pastores y guardas?

—Poco á poco, querido poeta,—añadió la baronesa;—mi marido acaba de indicarme que piensa convidar á algunos de sus amigos: yo, por mi parte, me reservo el derecho de invitar también á algunas de mis amigas.

—En cuanto á eso, dueña eres de disponer á tu antojo,—repuso el barón,—como dueña y ama de mi castillo alcarreño.

—¡Ah! ¡Qué amables son los maridos cuando las mujeres hacen todo lo que ellos quieren!

—Querida, todo el mundo es amable cuando consigue lo que desea, cuando realiza sus caprichos; pero permíteme que

te deje hablando con Amadeo; quiero que salga esta misma tarde mi apoderado en el tren de Guadalajara para no perder tiempo.

El barón salió del comedor, dejando á su esposa y á Amadeo hablando del viaje á la Alcarria.

CAPITULO II.

Preparativos.

El barón entró en su despacho y se puso á dar paseos.

—¡Ah!—se dijo sonriéndose de un modo sarcástico.—Por muy hipócrita que sea, yo lo soy más en esta ocasión, porque no le inspiro desconfianza.¡Apenas he nombrado á Alejandro, he leído lo que pasaba en su alma. ¡Con qué facilidad se vende una mujer culpable!... Desde el momento que dije que invitaría á ese joven africano que le trastorna el cerebro, se convirtió en un paraíso el desierto castillo alcarreño... Sí, sí; vendrá también... me vengaré de los dos; pero no, no; él no es culpable, ella sola merece el terrible castigo que le preparo. No perdamos tiempo.

El barón puso el dedo sobre el botón de un timbre, y poco después se presentó un criado.

—Dígale usted á mi apoderado que venga en el acto.

Algunos momentos después entraba en el despacho un señor vestido de negro, y cuyos cabellos canos demostraban que tenía más de cincuenta años de edad.

—¿Me llamaba el señor barón?—dijo desde la puerta.

—Sí, don Ignacio; necesito que me haga usted un favor. Es un poco molesto lo que voy á encargarle, pero sólo usted me inspira confianza,—añadió el barón.

—El señor puede mandarme lo que tenga por conveniente, pues sabe que estoy siempre á sus órdenes,—repuso don Ignacio, inclinando ligeramente la cabeza.

—Usted sabe que tengo un monte de caza y un caserón, especie de castillo feudal, en la Alcarria,—continuó don Andrés.

—Bien á disgusto mío, señor barón,—contestó don Ignacio sonriéndose,—porque no nos produce mas que gastos; cuando si el señor quisiera arrendarlo para caza y pastos y hacer una quema de algunos miles de quintales de carbón al año produciría mucho más, porque el monte tiene una cabida de tres mil quinientas fanegas de terreno.

—Sí, sí; ya sé yo que mi monte alcarreño es un censo, una finca que en vez de producir cuesta dinero; pero qué quiere usted, amigo don Ignacio, cuando uno desciende de padres ricos y nobles, hereda con la fortuna ciertos vicios de raza. Mis antepasados tenían ese monte para cazar; y mi abuelo, furibundo cazador, decía siempre: «Ó caza ó pastos»; y por eso no arrendaba el monte á los ganaderos, por más que se lo solicitaban, ni á los carboneros; y yo he seguido la misma marcha que mi abuelo, si bien no soy tan cazador como él; pero vamos á mi asunto.

El barón, que se había sentado en un sofá, viendo á don Ignacio de pié, hizo que se sentara á su lado, y añadió:

—Yo no me encuentro bien, amigo don Ignacio.

—¿Cómo es eso? ¿Está el señor malo?—preguntó con el interés de un leal servidor el apoderado.

—No, no hay motivo para sobresaltarse aún,—contestó el barón sonriéndose;—pero los médicos me han aconsejado que haga ejercicio, que emprenda una vida más activa; en una palabra, que me dedique á la caza, porque permaneciendo en Madrid y durmiendo diez y ocho horas diarias como hago ahora, corro peligro de contraer una enfermedad grave.

—Sí, efectivamente, no es muy higiénica la vida que hace el señor barón.

—Por lo mismo me propongo variarla, y he pensado pasar una temporada en mi monte de la Alcarria dedicándome á la caza; pero como hace lo menos diez años que no he puesto los piés en mi castillo alcarreño, temo que le halle en un estado deplorable, lo mismo el mobiliario que el edificio, acribillado de goteras y oliendo á húmedo de un modo insoportable. Así pues, he dispuesto que vaya usted á verle lo más pronto posible.

—Iré cuando el señor disponga.

—Esta misma tarde, si usted puede.

—El tren sale á las cuatro y media; tengo tiempo de sobra para disponer mi maleta, puesto que aún no son las dos.

—¿De modo que saldrá usted esta tarde?

—Sin falta.

—Doy á usted las gracias por su amabilidad.

—Sólo quisiera que el señor me explicara qué es lo que debo hacer.

—Pues sencillamente todo lo que haga falta; tiene usted amplios poderes para gastar el dinero que sea necesario,

hasta que el castillo sea una mansión confortable; y como vendrá probablemente la señora baronesa y no faltarán amigos que nos visiten, no quiero carecer de nada. De modo que es preciso que el castillo sufra una restauración general, desde las bóvedas de la cueva hasta la despensa, desde las cuadras y los patios hasta el regio salón en donde están los retratos de familia, es decir, todos nuestros antepasados.

—¿Y cuánto tiempo quiere el señor que se emplee en esa restauración general?

—A lo más quince días.

—Pero eso es muy poco, señor barón.

—Cuando escasea el dinero no digo que no; pero cuando está abundante, el oro es una varita mágica que hace milagros.

—Eso dependerá del estado en que se encuentre la finca.

—¡Bah! Allí hay un administrador, y supongo que no habrá dejado que las goteras hundan los techos. Pero en fin, haga usted un milagro si es necesario. En Guadalajara tiene usted tapiceros, albañiles, pintores, y si falta algo, lo pide usted por telégrafo y se le remitirá en gran velocidad.

—Está bien; ahora sólo me falta saber qué cantidad ha pensado el señor dedicar para la restauración del castillo.

—Yo no he pensado nada, lo dejo á la discreción de usted; pero he dicho y repito que quiero que no falte nada para las comodidades de la vida. Usted sabe que la baronesa no transige con los criados mal vestidos. Mande usted á un sastre de Guadalajara que haga uniformes nuevos á los cuatro guardas. En fin, no creo que hay necesidad de decirle á usted nada más.

—Está bien; procuraré complacer al señor barón.

—¿Partirá usted esta tarde?

—Sí señor.

—De modo que á lo más tardar mañana al mediodía podré tener un parte de usted diciéndome cómo se encuentra el mobiliario y el edificio.

—Pondré el parte tan pronto como me entere del estado de la finca.

—Quedamos conformes.

—¿Tiene el señor que mandarme algo?

—Nada por ahora, amigo don Ignacio.

El administrador salió del despacho, pensando que los ricos eran verdaderamente felices, pues podían realizar hasta los caprichos más absurdos; pero al mismo tiempo pensaba también que un amo sin caprichos, económico y aficionado á la aritmética era una verdadera calamidad para sus administradores.

El barón de Morgal, al quedarse solo en su despacho, se puso de nuevo á pensar en su desgracia, es decir, en la perfidia de su mujer.

De pronto pensó hacer una visita á Alejandro y estudiar el efecto que su presencia le hacía.

Todo hombre celoso, cuando descubre algo que cree que puede darle un nuevo dato, lo ejecuta, por absurdo que sea.

Mandar que engancharan un carruaje era perder mucho tiempo.

El barón se puso un gabán y salió de su casa, tomando el primer coche de punto que encontró á su paso.

Alejandro y sir Arturo Pik, que se habían hecho amigos

inseparables, se hallaban fumando en el despacho cuando entró el barón con su bondadosa sonrisa y su fisonomía de hombre pacífico.

—¡Ah! Me alegro de encontrar á ustedes reunidos,—dijo el barón.

—¿Pues qué ocurre?—contestó Pik.

—No se trata de ningún lance de honor,—añadió el barón riéndose;—hace mucho tiempo que disfruto de una paz octaviana.

Don Andrés, mientras hablaba, miraba con fijeza á Alejandro, encontrando al joven africano más pálido y más grave que de costumbre.

—Pues sí, me alegro encontrar á ustedes reunidos, porque necesito, como he dicho, de ustedes.

—Sepamos de qué se trata, querido barón.

—Sencillamente de mi salud.

Como no era posible encontrar un hombre de rostro y cuerpo más recio que el barón de Morgal, porque era uno de esos tipos que respiran por todos los poros exuberancia de vida, Pik se rió mucho, y Alejandro, que verdaderamente estaba triste, se sonrió.

—Sí, sí, ríanse ustedes cuanto quieran,—repuso el barón;—lo mismo acaba de hacer mi mujer, reirse de mí; pero Dios quiera que esas risas no acaben en lágrimas.

El barón pronunció estas palabras mirando á Alejandro, que al oirlas, dejó de reirse.

—Perdone usted, querido barón,—añadió sir Arturo;—pero nadie al verle le supondrá á usted enfermo.

—Esa es otra de mis desgracias, porque lo estoy efecti-

vamente, y los médicos que lo saben, me han aconsejado que cambie de método de vida, es decir, que me dedique á la caza, y como ustedes son grandes cazadores, vengo á suplicarles que me tomen por discípulo.

El barón concluyó su relato riéndose con su acostumbrada buena fe.

—¿De modo que quiere usted entrar en la cofradía de San Humberto?—le preguntó Pik.

—Sí, pero no para matar leones y panteras como ustedes, sino conejos, liebres y perdices, es decir, un asesino de seres inofensivos que nunca se rebelan contra sus matadores.

—Cazador de caza menuda,—añadió Alejandro.

—La cuestión para mí—dijo el barón—se reduce á hacer mucho ejercicio. ¿Conque me aceptan ustedes por discípulo?

—Y nos honraremos con ello, querido barón,—añadió Arturo.

—Pues entonces, les invito á ustedes á comer esta noche conmigo.

Alejandro hizo un movimiento de disgusto, que no pasó desapercibido para el barón, que continuó diciendo:

—Yo tengo algunas escopetas y pertrechos de caza, porque allá en mis mocedades fuí cazador una corta temporada. Quiero que ustedes vean mis armas y me aconsejen si sirven ó si hemos de comprar otras. En fin, me pongo bajo la dirección de ustedes en este asunto. Ustedes mandan, yo obedezco, como discípulo dócil y sumiso.

Y el barón, frotándose las manos como el hombre satisfecho, añadió:

—Tengo un buen monte de caza situado en la Alcarria;

mide una extensión de tres mil quinientas fanegas de terreno; es abundantísimo en liebres, perdices y chochas. Dice el administrador que allí tengo que es un hervidero de caza. Con que en mi monte alcarreño comenzaré mi aprendizaje; monte que desde este momento pongo á disposición de ustedes, es decir, de mis maestros.

—¡Oh, querido barón!—repuso Pik.—El ofrecimiento de un monte abundante en caza se acepta siempre tratándose de buenos cazadores; ¿no es verdad, Alejandro?

—¡Quién lo duda! Acepto por mi parte el ofrecimiento, señor barón. Cazaremos juntos y procuraremos hacer de usted un discípulo que nos honre.

—Perfectamente. La baronesa se alegrará mucho cuando le diga que ustedes pasarán con nosotros algunas temporadas; y qué diablo, tal vez me aficione á la caza hasta el punto de irme á Africa con ustedes á cazar leones y panteras, aunque eso me parece un poco difícil.

—Pero ¿la señora baronesa va á tomar parte en la expedición venatoria?—preguntó Alejandro.

—Mi mujer prefiere indudablemente la vida del gran mundo á la vida de mi monte de la Alcárria; pero si ese monte lo convertimos en otro Trianón, vendrá muy á gusto.

—He conocido en Inglaterra y Escocia muchas señoras cazadoras,—dijo sir Arturo.

—También las hay en España,—repuso el barón,—y algunas tan diestras tiradoras, que han adquirido fama entre los buenos cazadores. Pero volviendo á mi asunto, ¿puedo contar con que ustedes vengan de vez en cuándo á aburrirse con nosotros?

—Iremos, querido barón,—continuó Alejandro,—y yo por mi parte le agradezco la invitación, porque hace mucho tiempo que no cazo, y la caza ha sido siempre para mí una segunda naturaleza.

—¡Oh! Estoy seguro que la baronesa se alegrará mucho de tenerles á ustedes de huéspedes en su castillo alcarreño.

El barón, que no cesaba de mirar á Alejandro, no descubrió en su semblante la menor emoción.

No se explicaba aquella indiferencia tratándose de un hombre poco avezado al fingimiento.

Como los celos no aconsejan nada razonable al infeliz que los padece, el barón se propuso ahondar un poco más en sus averiguaciones, y dijo:

—Ustedes conocen á la baronesa; es una mujer todo nervios, todo impresión. Yo le tengo todas las consideraciones que se pueden tener á una niña mimada á quien se quiere mucho. Cuando le hablé de trasladarnos al monte por una larga temporada, se echó á reir. Como yo insistí, pues se trataba de mi salud, se puso seria y tuve miedo que me sacara los ojos; pero cuando le dije que invitaríamos á los amigos y que convertiríamos el castillo en una mansión encantadora, como la qne nos describe Boccacio en su *Decamerón*, si bien un poco más ajustada al sentido moral, entonces cambió de parecer, y por ella hubiéramos emprendido el viaje en el acto. Así es que mi apoderado sale esta tarde para la Alcarria á arreglarlo todo. ¡Oh! Si Isabel llegara al castillo y no lo hallara confortable y perfumado, sería capaz de volverse á Madrid á pié si no encontraba un carruaje á punto. Es una locuela encantadora; ella manda y yo obedezco.

Alejandro continuaba sin conmoverse, pero encontrando algo insustancial todo lo que los decía el barón.

—Quedamos, pues, conformes, queridos maestros,—añadió don Andrés riéndose,—que esta noche comerán ustedes conmigo.

Fué preciso aceptar el convite, y Alejandro, aunque con algún disgusto, ofreció no faltar.

El barón permaneció algunos minutos más, y luego se despidió de los que él llamaba sus maestros.

Al salir se dijo:

—¡Es extraño! Ni una sola vez se ha conmovido al hablarle de la baronesa. ¡Ah! No le creí yo capaz de fingir con tanta maestría... Pero ¿qué me importa el fingimiento cuando tengo la seguridad de mi desgracia?

Y el barón salió á la calle preocupado con sus sombrías cavilaciones.

CAPITULO III.

Deducciones.

Pasó el primer entreacto, el segundo, el tercero, terminó la representación de *Los Hugonotes,* y Gabriela no vió á Alejandro ni en su palco, ni en su cuarto del teatro.

Aquella ausencia le parecía muy extraña, y Gabriela se preguntó:

—¿Estará enfermo?

De todos modos, enfermo ó sano, el alma sensible de Gabriela tuvo motivo para estar inquieta, y esta inquietud hizo palidecer su rostro y apagó la encantadora sonrisa de sus labios.

Trascurrieron otras veinticuatro horas sin ver á Alejandro, y el caso comenzaba á ser inexplicable para la *diva,* y por consiguiente, aumentó su palidez, su inquietud, su tristeza hasta el punto de que el maestro Ferrán se apercibió de ello, y una mañana entró en su cuarto de estudio, y le dijo:

—Hija mía, tú, aunque perteneces al teatro y sabes ex-

presar á la perfección sobre el escenario todas las pasiones, desconoces el fingimiento en la vida real. Yo leo en tu rostro como en un libro los efectos de tu alma, y como me amas lo bastante para no tener secretos para mí, espero que me confies la causa de esa palidez y esa tristeza que hace tres días noto en tu semblante.

Gabriela se arrojó en los brazos de su segundo padre, y se echó á llorar.

—Vamos, no me había engañado,—añadió Ferrán con dulzura.

Y sentando á Gabriela en un sofá, repuso:

—Hija mía, tu espíritu sufre, tu alma comienza á padecer el principio de una enfermedad que, si no se combate á tiempo, suele traer funestas consecuencias. En esta ocasión voy á ser á la vez para tí tu padre y tu médico. No creo que abrigues la menor duda del amor desinteresado que te profeso. Tu felicidad la tengo en más que la mía. Así pues, voy á ahorrarte mortificaciones, y espero que tú me concedas toda tu confianza.

Gabriela continuaba vertiendo esas dulces lágrimas que arranca al corazón una voz amiga y cariñosa que nos consuela.

Ferrán volvió á decir:

—Todo lo que tú tienes consiste en la inexplicable ausencia de Alejandro. ¿No es verdad, Gabriela?

—Sí, padre mío, sí,—exclamó la *diva;*—porque como usted ha dicho, esa ausencia es inexplicable... ¿Qué he hecho yo para que se porte de ese modo?... Mi conciencia está tran quila, sigo amándole con toda mi alma, pues desde el día que

le conocí, le juzgué un sér superior á todos esos hombres superficiales que acuden á tributar elogios rutinarios á las mujeres de teatro que alcanzan el aplauso del público.

—Y efectivamente, hija mía, Alejandro es un hombre superior.

—Entonces, ¿cómo se explica su conducta? ¿Por qué huye de mí?... ¿Por qué no viene á verme?... ¡Oh! Es incomprensible su proceder. Me ha seguido por Europa durante un año arrojándome á la escena aquellos preciosos ramos de camelias que tanto llamaban nuestra atención. No era amor, era una especie de culto, de adoración lo que yo le inspiraba; él me lo ha dicho con ese lenguaje franco y expansivo propio de su carácter... y al día siguiente de aceptar su amor, al día siguiente de decirle: te amo, porque te juzgo digno de ser amado; te amo porque te admiro; te amo porque tu historia y la mía tienen muchos puntos de contacto; te amo porque mi alma me dice que Dios nos ha formado el uno para el otro; al día siguiente de todo esto, cuando no cabía la felicidad en mi pecho, cuando más risueño era el porvenir, cuando más dichosa me creía, Alejandro desaparece, huye, no viene á verme.

Gabriela volvió á ocultar su hermoso rostro en el pecho de Ferrán, y continuó llorando.

Aquí hubo una pausa. El maestro se sintió verdaderamente conmovido, porque aquellos gritos de dolor que brotaban del alma de su hija adoptiva le hacían mucho daño.

—Vamos,—le dijo,—serénate un poco, y dejando los arranques del alma, por muy justos que sean en esta ocasión, vamos á hablar razonablemente y á deducir con lógica, á ver

si encontramos la verdadera causa de la inexplicable conducta de Alejandro. Primero, puede estar enfermo.

—En ese caso lo hubiera dicho Faustino, que le ve todos los días.

—Es verdad,—contestó Ferrán.

—Lo que hay de verdad en todo esto es que ama á otra mujer.

—Eso es un absurdo.

—¿Por qué? No hay nada en la vida tan real, tan lógico, como el amor; para amar basta la instantánea rapidez de un relámpago; se ve y se ama sin buscar la causa, sin pedir explicaciones, porque el amor no obedece, manda, porque como el relámpago, es una luz que nos ciega.

—Todo eso es verdad, querida Gabriela, pero en el caso en que nos encontramos no es lógico, y voy á probártelo: Alejandro, criado en los bosques de Guinea, llega á España con un corazón noble y un alma virgen; desconoce por completo todas las perfidias, todas las maldades de esos hombres sin conciencia que con tanta frecuencia encontramos en estos centros de civilización europea. Para Alejandro el amor no es la satisfacción de un deseo, de un capricho, de un alarde de vanidad; es otra cosa más grande, es una necesidad del alma, una segunda vida que completa la obra de la naturaleza; le levanta un santuario en el pecho y le adora. Te ve en Londres, sobre el escenario de un teatro, y siente por tí efectos desconocidos; te ama sin decírselo ni á él mismo; te sigue por todas partes; llegamos á Madrid, y él llega al mismo tiempo que nosotros; su instinto le dice, sin conocerte, que eres digna de él. Un hombre se atreve á poner en duda la

virtud y la honradez de las mujeres de teatro; Alejandro aún no te ha dicho que te ama, ni sabe si será correspondido; pero provoca á ese hombre buscando un pretexto para que no suene tu nombre, y se bate con él. Todo esto es delicado, todo esto es noble, se aparta de la vulgaridad. Llega, por fin, el momento en que la casualidad os aproxima, y os confesáis vuestras simpatías, vuestro amor; y al día siguiente de este gran acontecimiento de vuestras almas, en el instante más feliz de vuestra vida, cuando sólo habéis escrito el primer verso del poema de vuestro amor, cuando sólo os habéis concedido el permiso para amar y ser amados, ¿quieres tú que una mujer que no es Gabriela de los Angeles cruce por delante de los ojos de Alejandro como un relámpago y le fascine y lo seduzca y te robe su amor hasta el punto de olvidar que existes en el mundo?... No, no, hija mía, no es ésa la causa que motiva la inexplicable ausencia de Alejandro.

—Entonces... ¿qué otra causa puede ser?...

—Lo ignoro, hija mía; pero procuraremos averiguarlo, y para eso se necesita tiempo y prudencia.

—¡Ah! Tal vez me crea indigna de él.

—¡Imposible!... Tu reputación como mujer está más alta que tu reputación como artista, y Alejandro lo sabe

—Pero ¿no pueden haberme calumniado?

—¿Quién?—preguntó el maestro palideciendo.

—Qué sé yo, un enemigo oculto.

—Pero ¿tienes tú enemigos, ángel mío?—exclamó Ferrán, abrazando la hermosa cabeza de su hija adoptiva.—No, no los tienes; la envidia sería impotente para herir tu honra inmaculada.

—Entonces, ¿por qué no viene á verme?—exclamó Gabriela con una entonación que brotaba del alma.

—Mientras yo lo averiguo, te recomiendo la calma; confía en mí.

En aquel momento sonó un golpecito en la puerta, y se oyó una voz que decía:

—¿Se puede entrar en el templo del arte?

—¡Ah! Es Faustino,—exclamó Gabriela;—tal vez habrá visto hoy á Alejandro.

—Adelante, adelante, querido Faustino,—dijo Ferrán;—supongo que vienes á almorzar con nosotros.

—Yo acepto siempre un almuerzo, sobre todo en los días que no he almorzado,—dijo Faustino, entrando en el gabinete.

El ex-tenor estrechó la mano de Gabriela y de Carlos.

—Desde que vivo sin cocinero,—añadió Faustino riéndose,—que he dejado de comer y de almorzar á una hora fija; por lo tanto, mi estómago sufre las caprichosas variaciones de las veletas durante el voluble mes de Marzo. Dichosos los ricos que pueden tener puntualidad, formalidad y exactitud en las comidas. Hoy, por ejemplo, pensaba yo almorzar en casa de mi generoso protector Alejandro de Robledano, y almorzaré, según parece, en casa del mejor de los maestros y de la mejor cantante del mundo. Cuando uno es pobre, le sucede muchas veces que sale de casa con deseos de tomar una taza de café y una copa de coñac, y toma un refresco de zarzaparrilla.

Mientras hablaba el ex-tenor, Carlos y Gabriela no cesaban de mirarse.

—¿Y á qué causa obedece el no almorzar hoy con Alejandro?—preguntó Ferrán.—¿Está enfermo?

—No, afortunadamente; pero al llegar á su casa lo encontré dispuesto para salir; iba á almorzar con el barón de Morgal y sir Arturo Pik; parece que se trata de una expedición de caza á los montes de la Alcarria, en donde tiene un castillo semi-feudal el barón. Permanecerán allí dos ó tres semanas. La baronesa y algunas damas de la aristocracia madrileña formarán parte de esta expedición venatoria. En fin, una fiesta régia... ¡Dichosos los ricos!...

Ferrán observó que Gabriela se había puesto muy pálida.

—Yo ignoraba que el barón de Morgal fuese aficionado á la caza; un hombre tan pacífico, tan amante de la quietud y de las comodidades,—añadió Ferrán preocupado.

—Dicen que los médicos le han aconsejado la caza como precepto higiénico,—repuso Faustino..

Y observando la tristeza de sus interlocutores, comprendió que allí pasaba algo, y dijo:

—Pero ¿ignoraban ustedes estos proyectos cinogéticos?...

—Completamente, amigo Faustino,—contestó Ferrán sonriéndose con cierta melancolía.

—¿Cómo?... ¿No lo ha dicho Alejandro?

—Alejandro hace tres días que no lo hemos visto ni aquí ni en el teatro,—repuso Gabriela con una entonación tan sentida, que Faustino dejó de sonreirse, pues como hombre de mundo y bien educado, temió haber cometido alguna imprudencia.

—Es muy extraño lo que ustedes me dicen,—repuso el ex-tenor.—¡Tres días sin dejarse ver Alejandro!...

—Sí, tres días; pero no es extraño si se halla ocupado en arreglar esa aristocrática expedición de caza,—añadió Gabriela.

—Querido Carlos, amiga Gabriela,—repuso Faustino,—ustedes dirán lo que quieran, pero á mí sigue pareciéndome muy extraño que Alejandro esté tres días sin saludar á ustedes... Le conozco mucho, y me atrevo á decir que aquí pasa algo...

—Pero bien, ¿qué supones tú que puede ser ese algo?—preguntó el maestro.—¿No es bastante motivo esa cacería que acabas de anunciarnos?...

—No, de ninguna manera, no es la cacería la causa de su ausencia, de su retraimiento; es otra cosa que ignoro, porque si lo supiera os lo diría; primero, dispensadme la franqueza, porque sé que Alejandro ama á Gabriela con toda su alma, y Gabriela ama á Alejandro con todo su corazón; y digo eso, porque vosotros sabéis que para mí no es un secreto ese amor; amor que indudablemente tiene algún enemigo que trata de desunirle, de matarle; y segundo, por un deber de gratitud.

—¿Enemigos Gabriela?—añadió Ferrán.

—¿Y qué importa que Gabriela no los tenga, si los tiene Alejandro?... Cuando dos se aman con ese primer amor puro y grande, herir á uno es herir á los dos.

—¡Ah! Sí, sí,—exclamó Gabriela,—Faustino tiene razón, algún enemigo nos quiere mal.

Y como las lágrimas asomaron atropelladamente en los hermosos ojos de la *prima donna,* Faustino añadió:

—Vamos, Gabriela, no hay que desesperarse, ésta es una ligera nube de verano que se desvanecerá, y entonces el cielo

volverá á aparecer azul y sereno. Alejandro no es un hombre vulgar, un sér voluble y superficial; yo me honro siendo su confidente: sé que tiene enemigos... ¡Qué diantre! no se llega impunemente á Madrid y se coge una herencia de cuatro millones de duros sin experimentar algún disgustillo.

—¡Ah! ¿Luego tú crees que sus parientes pueden ser causa de su extraña conducta?—preguntó Ferrán.

—Yo no creo nada, querido Carlos, ni dudo nada, pero os ofrezco saber la verdad, y entonces vendré á deciros si debéis abrir ó cerrar la puerta de vuestra casa á Alejandro de Robledano.

—Pero ¿con qué medios cuentas para saber esa verdad?—le preguntó Carlos.

—Con mi gratitud: porque os debo mucho á vosotros, porque debo mucho á Alejandro, y un hombre agradecido es capaz de todo.

El semblante de Faustino tomó una gravedad impropia de su carácter, y dijo con reposado acento:

—Yo he tenido épocas muy tristes, muy aciagas; épocas de escasez, de miseria, de hambre, en que la necesidad me obligaba á visitar á ciertas gentes en busca de un pedazo de pan; pero no me remuerde la conciencia de haber cometido una infamia jamás. Sin embargo, he conocido y tratado con mucha intimidad á hombres, que en vez de ir sueltos y libres por las calles, deberían estar en presidio; uno de estos hombres, por las preguntas que me dirigió, sospecho que odia á Alejandro; ignoro la causa, pero le odia. ¿Quién sabe si ese hombre podrá derramar alguna luz que pueda conducirnos al esclarecimiento de la verdad? Eso corre de mi cargo. Así

pues, no hay que ofuscarse ni entristecerse, porque yo sé que Alejandro en estos momentos estará padeciendo más que ustedes. ¡Oh! De eso estoy seguro.

Los ofrecimientos de Faustino tranquilizaron algo á Gabriela.

Desde el gabinete de estudio pasaron al comedor, donde continuaron hablando sobre el mismo tema; pero como nada nuevo podríamos decirles á nuestros lectores, les abandonaremos para acudir á otra parte, en donde hace falta nuestra presencia.

CAPITULO IV.

Donde Pik sospecha la verdad.

Los proyectos de la expedición de caza de los señores barones de Morgal metieron en Madrid, como vulgarmente se dice, mucho ruído.

A este ruído, á esta publicidad, contribuyeron no poco la baronesa y el agente de negocios Salvador Verdemar. La baronesa escribiendo algunas gacetillas, y Salvador llevando esas gacetillas á las redacciones de los periódicos más populares y más leídos de la corte.

Decían los periódicos que algunas señoras invitadas para la expedición venatoria á los montes de la Alcarria se estaban haciendo trajes caprichosos. Añadían que los barones de Morgal habían embellecido el viejo castillo, mandando una numerosa servidumbre. De modo que esa familia feliz que se levanta todas las mañanas sin otra ocupación que pensar en dónde se divertirán más, buscaban influencias y empeños para tener la honra de ser invitados.

Pero estas invitaciones tan solicitadas iban siendo difíciles, porque los barones de Morgal sólo se habían propuesto llevar á su castillo una docena de amigos de confianza, y ese número estaba cubierto.

Para esparcir todas estas seductoras noticias, Isabel de Romelia tenía una poderosa razón: destruir el naciente amor de Alejandro y Gabriela.

Como con motivo de los preparativos Alejandro frecuentaba más la casa de los barones, Isabel estaba muy contenta, y aun creyó notar que Alejandro se mostraba más cariñoso y galante con ella.

Imposible sería describir el coquetismo, las seducciones que la baronesa empleaba para atraer á aquel hombre que la enloquecía. Muchas veces llegaba á cometer imprudencias, que no pasaban desapercibidas para el poeta Amadeo, y que el barón afectaba no advertir, fingiendo con admirable naturalidad.

Una noche, al retirarse sir Arturo Pik y Alejandro de casa de los barones de Morgal, Pik le dijo á su amigo:

—Querido Alejandro, ¿qué opinión tiene usted formada de la baronesa?

—Que es una coqueta.

—¿Y nada más?

—La conozco hace muy poco tiempo para profundizar en mis apreciaciones.

—¿Y no ha notado usted en ella una inclinación marcada hacia uno de los hombres que visitan su casa?—preguntó sir Arturo sonriéndose maliciosamente.

—Querido Pik, usted que me conoce sabe que no soy fa-

tuo ni vano, y por consiguiente puedo hablarle con franqueza. He notado efectivamente que la señora baronesa me distingue entre todos sus amigos, y algunas veces con tan marcada expresión, que me parece una imprudencia.

—Pues á mí me parece que la baronesa está enamoroda de usted.

—¡Enamorada!... ¿Aman en esta tierra las mujeres coquetas?

—Bien, démosle otro nombre: llamémosle capricho, si usted quiere.

Alejandro hizo un movimiento de hombros para demostrar su indiferencia.

—Poco á poco; la baronesa es la mujer más hermosa, más seductora de Madrid.

—No romperé yo lanzas para defender lo contrario; pero usted convendrá conmigo que la hermosura es relativa.

—La de la baronesa es positiva. ¿Dónde ha visto usted unos ojos más bellos, una sonrisa más seductora, una figura más elegante?

—Sí, efectivamente. La baronesa es una preciosidad femenina, de esas que incitan al deseo, es decir á la carne; yo prefiero las mujeres que conmueven el alma.

—¡Diantre! Yo también. Si algún día me decido á casarme buscaré una mujer de esas que conmueven el alma. Pero aquí, amigo Alejandro, no se trata de casarse, porque la baronesa es casada.

Y sir Pik se sonrió de un modo malicioso.

—Sí, ya lo comprendo; se trata del amor pasajero que proporciona una querida,—repuso Alejandro;—de ese amor

tan corriente en el mundo civilizado y tan reñido con la moral. Pero aunque usted se ría de mí y me tenga por un verdadero salvaje, yo no gusto de compartir con otro á la mujer que amo.

—¿Aunque sea tan hermosa como la baronesa de Morgal?

—Aunque sea una Venus y reuna todas las bellezas de las tres Gracias de la mitología griega.

—Entonces, amigo mío, voy á darle á usted un consejo: que no acepte la invitación de caza que le han hecho los barones de Morgal.

—¿Qué peligro puedo correr?

—Muchos, porque ¿quién puede librarse de caer en las redes del amor cuando las tiende una mujer como la baronesa de Morgal?

—¿Luego usted teme que me declare su amor á la sombra de una encina?—preguntó riéndose Alejandro.

—Ignoro el sitio, amigo mío; pero si va usted á la cacería corre usted ese peligro, que en honor de la verdad, envidiaríamos muchos.

—¡Ah, no! No puedo creer que la baronesa olvide lo que se debe á sí misma.

—Esos olvidos los padecen con frecuencia muchas mujeres casadas.

—Hablemos de otra cosa, amigo Pik.

—Hablemos de lo que usted quiera; no tengo ningún interés en mantener esta conversación.

—Hablemos de los bosques de Guinea, de aquel tiempo feliz en que nos conocimos. ¡Oh! ¡En verdad que tengo muchos deseos de volver por aquellas tierras!...

Sir Pik observó marcada tristeza en el semblante de su amigo.

—También visitaría yo con placer las orillas del rio Pisso,—contestó Arturo;—sobre todo, acompañado por usted, que tanto conoce aquellos bosques.

—Tarde ó temprano es en mí un deber visitar la colonia de Liberia; he dejado allí muy buenos amigos que me apreciaron y protegieron cuando era pobre; justo es que yo les demuestre mi gratitud hoy que soy rico.

—¿Y cuándo piensa usted emprender la expedición?—preguntó Pik.

—Nada he resuelto aún, pero quién sabe; tal vez sea muy pronto.

—¿Tiene usted interés en visitar solo aquellas tierras?

—¿Piensa usted acompañarme?

—Si usted me admite en el número de los expedicionarios, le pediré una licencia á mi tío el embajador. Tengo grandes deseos de matar un león.

—Le cojo á usted la palabra y le aconsejo que le pida la licencia á su tío por si se me ocurre emprender el viaje más pronto de lo que usted imagina.

Sir Arturo creyó notar que Alejandro pronunciaba aquellas palabras con tristeza, y mirándole fijamente, le dijo:

—Querido Alejandro, yo creo que no tendrá usted la menor duda que desde el día que me salvó la vida le profeso á usted una amistad fraternal.

—Estoy tan seguro de ello, que es usted el primero en la corta lista de mis amigos, y tendría una verdadera satisfacción en que me acompañara usted en mi viaje á Africa.

—Acepto la invitación; pero amigo, la amistad tiene fueros, que resultan unas veces tiránicos y otras exigentes.

—Pues desde este momento quedan aceptadas todas esas exigencias.

—¿De veras?

—Mi palabra de honor.

—Perfectamente, y puesto que nos hallamos en tan buen terreno, comienzo mis exigencias,—añadió sir Arturo riéndose.

—Me tiene usted dispuesto á tolerarlas y satisfacerlas todas,—repuso Alejandro en la misma entonación.

—Comienzo, pues: entre dos amigos que se aman fraternalmente debe reinar una completa franqueza.

—Quién lo duda.

—No deben existir secretos entre ellos. ¿Estamos conformes?

—De todo punto.

—Pues bien, amigo mío, hace algunos días que á usted le sucede algo que le preocupa, que le atormenta, y el amigo, el hermano del corazón, necesita saber lo que usted le oculta; no por pura curiosidad, sino para colocarse á su lado y compartir con usted ese malestar, ese disgusto, porque la buena amistad debe compartir siempre las penas y las alegrías.

—Amigo Arturo, no sé mentir; hace tres días que me hallo verdaderamente preocupado, pero esta preocupación que me domina es un secreto que afecta á una tercera persona, que no me pertenece á mí solo, y por eso lo guardo en el fondo de mi corazón.

—Pues bien, cuénteme usted el pecado y ocúlteme el pecador.

—Eso es bastante difícil, porque por el pecado podría usted descubrir al pecador.

—En ese caso mi corazón sabe guardar también los secretos que se le confían.

Alejandro miró con fijeza á sir Arturo, y dijo con pausado acento:

—Si algún hombre me inspira confianza sobre la tierra es usted, amigo Pik, y por lo tanto, voy á dirigirle una pregunta.

Alejandro pareció vacilar, y luego añadió:

—¿Qué opinión le merecería á usted una mujer que le pidiera una cita para un baile de máscaras, y aquella misma noche le entregara á usted todo lo que una mujer puede entregar á un hombre?

—Tomaría aquella cita y aquellas condescendencias por un capricho femenino, sin darle la menor importancia.

—¿Y si usted amara á esa mujer con toda su alma y hubiera pensado darle su apellido? Y si usted la hubiera creído un ángel rodeada de esa purísima aureola de la virtud, el candor y la inocencia, ¿cómo se explicaría usted esa cita, ese abandono tan reñido con la castidad de una joven?

—¡Diantre! Amigo mío, veo que va siendo difícil contestar á las preguntas, y antes de hacerlo de un modo definitivo necesito á mi vez preguntar también algunas cosas: ¿Quién pidió la cita?

—Ella.

—¿Sin hacerle usted la menor indicación?

—Jamás me hubiera atrevido á tanto; de ella sólo partió; en su carta, que me llenó de asombro, me indicaba dónde podríamos vernos y lo que tenía que hacer para que nadie nos molestara. Efectivamente, la esperé en donde me dijo, y acudió á la cita cubierto el rostro con un antifaz.

—¿Y no se quitó la careta?

—No, aunque se lo supliqué repetidas veces.

—Pero á pesar de no verla el rostro, ¿está usted seguro de que la mujer que le pidió la cita es la misma á quien usted ama?

—Sí, la reconocí por la voz.

—Querido Alejandro, en todo esto veo un misterio y conviene no precipitarse ni formar comentarios adelantados. Demos tiempo al tiempo, pero mientras tanto, procuremos averiguar la verdad.

—No deseo otra cosa.

LIBRO XIII.

TRAMPA ADELANTE.

CAPITULO PRIMERO.

Ciego.

La calentura, los delirios habían cesado; pero la venda que cubría sus ojos, la eterna noche que le rodeaba, la casa en donde vivía, la gente que cuidaba de él, sumía á Esteban Terreño en un mundo sombrío de recelos espantosos.

Siempre que Teresa ó Salvador Verdemar se acercaban á su cama, temía que le envenenaran en los alimentos que le daban.

Habían trascurrido nueve días desde aquel en que tuvo lugar el desafío; Esteban se levantaba ya algunas horas, dando algunos paseos por su habitación, apoyado en el brazo de alguno que le hacía la caridad de servirle de guía.

Una profunda tristeza se había apoderado de su espíritu, esa tristeza del miedo. Su carácter había sufrido un cambio completo; todo le aterraba, y muchas veces pasaba largas horas con la frente inclinada sobre el pecho y exhalando suspiros.

Aquel hombre, valiente hasta la temeridad; aquel hombre, que iba por el mundo jugándose la vida á cada paso, sintió desarrollarse en su corazón un miedo espantoso á la muerte.

En nadie tenía confianza, de todos recelaba.

El padre Marcelo le visitaba con frecuencia y le dirigía dulces y consoladoras palabras viéndole triste; pero Esteban no conocía al padre Marcelo, y le creía un enemigo como todos los que le rodeaban.

Una mañana que se hallaba sentado en una butaca junto á la ventana, sintió de pronto gran molestia en el ojo sano. Esta molestia fué aumentando hasta convertirse en un dolor que crecía poco á poco en intensidad.

Esteban se agitaba en la butaca exhalando suspiros, y de pronto dijo:

—Es preciso quitarme este vendaje y examinar lo que tengo en el ojo sano; me duele de un modo horrible.

—Un poco de paciencia, señor Terreño,—contestó la voz chillona y desagradable de Teresa.

—¡Ah! ¿Está usted ahí?—añadió Esteban, haciendo un gesto de disgusto.

—Sí señor.

—Pues bien, que llamen á uno de los practicantes para que me quite la venda. Debe habérseme introducido algún cuerpo extraño en el ojo, que me está martirizando.

—Los médicos tienen mandado que no se toque al vendaje; además, no tardarán en venir.

Esteban, como si la voz de aquella mujer le hiciera daño, guardó silencio.

Trascurrió un cuarto de hora. Esteban de vez en cuándo exhalaba un profundo suspiro, porque los dolores que sentía en el ojo iban en aumento.

A las tres de la tarde llegó el médico del pueblo, y al oir su voz, Esteban se levantó, y extendiendo los brazos hacia adelante, exclamó:

—Doctor, ¡por caridad! Estoy sufriendo de un modo horrible.

El médico le cogió las manos y volvió á sentarle en la butaca, diciéndole al mismo tiempo:

—Sepamos lo que sucede, amigo don Esteban.

—Indudablemente,—contestó Esteban,—se ha introducido algún cuerpo extraño en el ojo sano, pues desde esta mañana me duele de un modo insoportable.

El médico dirigió una mirada á Teresa, é hizo un gesto de disgusto.

—Vamos á ver, vamos á ver. Eso no será nada, porque en los ojos cualquier cosilla molesta lo que no es decible,—repuso el médico.—Cuénteme usted cómo han empezado esos dolores.

—Al principio, como una ligera molestia que poco á poco ha ido creciendo y convirtiéndose en horribles dolores.

El doctor movió la cabeza con marcadas muestras de disgusto.

—Vamos á quitar el vendaje y á examinar el ojo; tal vez no sea nada; incline usted la cabeza sobre el respaldo de la butaca, y usted, señorita Teresa, corra un poco la cortina para que la luz no sea tan viva.

—¿Quiere usted que se llame al practicante?—dijo Teresa.

—No, no hay necesidad.

El médico le quitó el vendaje. Esteban debía sufrir mucho, á juzgar por los profundos suspiros que exhalaba.

El doctor separó con extrema delicadeza los párpados del ojo sano, y lo estuvo examinando con gran detención durante dos minutos.

La clara trasparencia de aquel ojo, la enorme dilatación de aquella pupila que miraba sin ver, arrancaron al médico un gesto de disgusto, que no pasó desapercibido para Teresa.

—No veo nada, doctor,—exclamó Esteban, sufriendo al mismo tiempo un estremecimiento nervioso.—¡Ah, Dios mío!... ¿Estaré ciego?

—Ahora indudablemente,—contestó el médico, procurando darle á su voz una entonación alegre,—hay tres razones para que usted no vea; primera, un poquillo de inflamación que queda en el ojo; segunda, la debilidad del nervio oblicuo herido, y tercera, el estado de sobrexcitación nerviosa que usted padece en este instante.

El médico empapó con un colirio unas hilas y las aplicó sobre los párpados del ojo sano, sin duda para calmar los dolores del enfermo; luego le puso el vendaje, y dijo:

—Recomiendo á usted mucha paciencia y mucha resignación.

—Sí, mucha resignación para ser ciego... ¿No es verdad?

—Pero, amigo Terreño, usted todo lo mira por la parte más sombría,—añadió el médico.

—Es por la única parte que puede verlo todo un pobre ciego.

Y Esteban, al decir esto, dejó caer la frente sobre el pecho.

El médico dirigió algunas palabras de consuelo al enfermo, y encargó que continuara lo mismo.

Luego se despidió, haciendo una seña á Teresa para que le siguiera.

Cuando se hallaron en el jardín, el médico se detuvo, y mirando á Teresa, dijo:

—Ha sucedido lo que temía; la herida del nervio oblicuo ha producido la atrofia de la pupila, y por consiguiente, la ceguera.

—¡Ciego!—exclamó Teresa.

—Sí, hija mía,—prosiguió el médico,—desgraciadamente está ciego, y es preciso ir preparándole poco á poco para darle tan terrible noticia. Es una lástima, porque no hay nada tan precioso como la vista.

—Pero ¿no hay ninguna esperanza?—interrogó Teresa conmovida.

—Yo no veo ninguna; sin embargo, es preciso avisar lo que sucede al médico de Madrid. Voy á mi casa á escribirle una carta dándole cuenta de lo que he observado. Mande usted luego por ella para que se la lleven á mi colega.

El médico salió del hotel y Teresa se quedó paseando por el jardín.

Estaba inquieta; temía la explosión que tan infausta noticia iba á causarle á Esteban, á aquel hombre temible, que al saber que estaba ciego podía revelar todos sus planes y perderles.

Como todos los días, á las cuatro de la tarde se detuvo el coche de Salvador Verdemar junto á la verja del jardín.

Teresa corrió á su encuentro.

—¿Qué sucede?—le preguntó Salvador, observando que estaba inmensamente pálida.

—Esteban se ha quedado ciego,—contestó Teresa.

—¡Ciego!—repitió Salvador estremeciéndose.

—Sí; pero él aún no lo sabe. El médico acaba de decírmelo. Cuando lo sepa, la explosión de su rabia será terrible, y puede perdernos.

Salvador guardaba silencio.

—Es preciso, por lo tanto, terminar de una vez.

Teresa pronunció estas palabras de un modo tan nervioso, que Salvador se estremeció.

—¡Ah! Tienes la idea del asesinato encarnada en el cerebro, y repito que eso nos perderá.

—Escucha, Salvador. Si Esteban acaba por revelarlo todo á Alejandro, Alejandro nos arrojará de su casa y estamos perdidos, yo al menos; y no te quepa duda, que Esteban hablará, aunque no sea mas que por vengarse de nosotros. Es preciso que calle, que enmudezca, y eso sólo puede conseguirse de un modo: ya lo sabes.

—No, no, y mil veces no, Teresa. Estás loca; te has propuesto perderte y perderme; todos los venenos dejan rastro en el cuerpo humano, los médicos lo conocerían, y entonces, pobres de nosotros.

Una sonrisa fría, insoportable, asomó á los delgados y descoloridos labios de Teresa, que dijo con calma:

—¿Y por qué razón al encontrar en el cuerpo de Esteban los rastros del veneno habían de acusarnos á nosotros de sus envenenadores? Oye, Salvador: yo he meditado mucho, algo más que tú sobre nuestra difícil situación. Un hombre de los

antecedentes de Esteban Terreño, que se queda ciego, lo lógico es que se suicide; ¿qué porvenir le espera á un hombre que ha derrochado en pocos años una gran fortuna al verse privado de la vista y en la mayor miseria? Pedir limosna, ó vivir sujeto á la modesta pensión que le señale un amigo caritativo. No, los hombres de los antecedentes de Terreño, ni piden limosna ni se avienen á vivir en una miserable buhardilla; y si se suicida, todo el mundo creerá lógico el que se tome un veneno ó se levante la tapa de los sesos. Además, ¿qué motivos tiene nadie para creer que tú y yo somos los autores de su muerte? Nadie sabe nuestro secreto, y por consiguiente, su muerte no puede atribuírsenos, porque de nada nos sirve; ni somos sus herederos ni sus enemigos reconocidos.

—Pero ¿y si él ha escrito esa carta con que nos amenaza?—preguntó Salvador.

—Ya te he dicho que es imposible.

—¿Y si le ha contado nuestra complicidad á alguno de los amigos que vienen á verle?

—¿A quién?

—Por ejemplo, al vizconde Justa ó al comandante Mollet. ¡Ah! Si mis temores fueran ciertos, esos hombres que acabo de nombrar, te prevengo que son tan temibles ó más que Esteban. Déjame, por lo tanto, llevar este asunto desagradable, y guárdate mucho de cometer la menor imprudencia.

—Bien, continuaré aún esperando; pero te prevengo que estamos perdiendo un tiempo precioso, y que tal vez mañana sea tarde.

—Vamos á ver á Esteban,—dijo Verdemar.

—Yo me quedo aquí, pues ya sabes que siempre le inspiro desconfianza.

—Como quieras.

Y Salvador se dirigió al hotel, verdaderamente disgustado con la escena que acababa de tener con Teresa.

CAPITULO II.

Dios los cria y ellos se juntan.

Cuando Salvador entró en la habitación de Esteban, éste se hallaba sentado en la butaca y con la frente inclinada sobre el pecho, y tan abismado en sus tristes reflexiones, que ni siquiera oyó los pasos de su amigo que se acercaba.

La voz de Verdemar dándole las buenas tardes le produjo el efecto de una descarga eléctrica, y levantando la cabeza, exclamó:

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Sí, yo. Parece que te extraña de verme á tu lado, como si no viniera todos los días.

—¿Sabes lo que ocurre?—añadió Esteban suspirando.

—Acabo de llegar: no he visto á nadie. ¿Qué ocurre?

—Una gran desgracia, al menos para mí; y aun creo que para tí y para Teresa.

—¿Cómo?

—Todos los días el médico me quita el vendaje para cu-

rarme. Durante la operación yo veía siempre una tenue claridad, que era una esperanza que alegraba mi espíritu; pero hoy... hoy sólo he visto extenderse delante de mis ojos profundas tinieblas, porque estoy ciego, Salvador, ciego; y repito que será una desgracia para todos.

—Te creía más valiente.

Esteban extendió las manos y cogió á Salvador por un brazo, y apretándole con fuerza, exclamó:

—¡Valiente!... ¿A qué llamas tú valiente? ¿A un hombre que estrangula á otro con sus manos?... Pues bien, voy á estrangularte para convencerte de que soy valiente.

—Suelta, y evitemos un escándalo en esta casa, que á ninguno de los dos sería provechoso,—exclamó Salvador, haciendo esfuerzos para desprenderse de las manos de Esteban.

Terreño soltó el brazo de su amigo, y dijo:

—Tienes razón, no conviene un escándalo; siéntate y hablemos; por lo demás, de sobra sabes que soy valiente; pero el hombre de más corazón, cuando se queda ciego, tiembla y se acobarda.

—Pero tú no estás ciego.

—¡Ah! Si eso fuera verdad... Pero desgraciadamente mis temores se han realizado: estoy ciego.

Salvador se sentó en una silla junto á la butaca de Esteban, que después de un breve momento de silencio, dijo:

—Supongo que nadie nos escuchará, porque á tí te interesa más que á nadie el que no se oiga lo que voy á decirte.

—Estamos solos, puedes hablar; pero por precaución no levantes mucho la voz,—añadió Salvador, limpiándose el sudor que brotaba de su frente.

—Empiezo por decirte que no quiero permanecer en esta casa ni un solo día más.

—Piensa que los médicos no te han dado aún de alta.

—¿Y qué me importa? Aquí todos me inspiran desconfianza, hasta los médicos.

—¿Estás loco?

—Tal vez; y te aconsejo que no des lugar á que cometa una locura que pueda arrancarte la máscara y comprometerte.

—Querido Esteban, de algún tiempo á esta parte tienes siempre la amenaza colgada de los labios, y ése es mal camino. A los dos nos conviene ser buenos amigos, porque nada ganaremos ni tú ni yo con un rompimiento.

—Pues bien, vuelvo á repetirte que quiero abandonar esta casa.

—Esta misma noche le manifestaré á Alejandro tus deseos, y mañana saldrás de aquí.

—Quiero ir á mi casa: me asistirá mi criado. Veamos ahora qué pensáis hacer de mí.

—Pasarte una pensión, si desgraciadamente te quedas ciego.

—¿Y qué cantidad me señalaréis mensualmente?

—Dos mil reales.

—Es decir, la miseria.

—No debe ni puede conceptuarse pobre el que disfruta una renta de veinticuatro mil reales al año.

—Para mí es una miseria, pues tú sabes que estoy acostumbrado á gastar mucho más.

—Es preciso amoldarse á las circunstancias, Esteban; to-

dos nuestros planes han fracasado; Teresa y yo estamos casi arruinados.

—Pero yo estoy ciego por vosotros, que es la mayor desgracia que puede suceder á un hombre.

—Vaya, vaya, querido Esteban, todos hemos perdido; pero ¿quién puede oponerse, no siendo un insensato, á lo que decreta la fatalidad? Es preciso resignarse.

—Yo necesito más dinero para vivir; necesito lo menos cinco mil reales al mes.

—¡Tres mil duros al año!...—exclamó con disgusto Salvador.—Esa es una exigencia ridícula que nosotros no podemos aceptar.

—Piénsalo bien; te doy de tiempo de aquí á mañana.

—No necesito pensarlo: es imposible.

—Entonces, me creo libre de todo compromiso con vosotros y buscaré otra persona que no me regatee los alimentos.

—¿Y qué persona es ésa?

—Ya lo sabrás.

—Eres incorregible.

Esteban hizo un movimiento con los hombros.

—Mira, Esteban, por tu bien te diré que estás en un error si confías que otro te pague mejor que yo tu silencio y tu prudencia. Tan pronto como le revelaras nuestro secreto á Alejandro, te miraría con desprecio y te haría arrojar de su casa por sus criados, dándote, á lo más, una limosna. Ese paso te empequeñecería á sus ojos, porque un hombre de sus condiciones no comprende á dos hombres como tú y como yo. Ya ves que no trato de disculparme. Acepta, por lo tanto, los dos mil reales mensuales que te ofrezco por ahora, y si mis

asuntos marchan bien, si á pesar de tu desgracia consigo mi objeto, entonces será otra cosa. ¿Quién sabe lo que puede suceder en lo porvenir? Confía y espera.

Esteban continuaba callado y con la frente caída sobre el pecho.

Salvador esperó un momento, y luego volvió á decir:

—¿Quedamos amigos ó enemigos? ¿Aceptas ó no aceptas mis proposiciones?

—Quiero, como te he dicho, salir de esta casa; lo más tarde, mañana.

—Bien, mañana saldrás; yo mismo te conduciré á tu casa.

—¡Tú! No, no,—exclamó Esteban estremeciéndose, como si aquella proposición le diera miedo.—Quiero que me lleven á mi casa, ó Pepe mi criado ó el vizconde Justa.

—¡Cómo! ¿No tienes confianza en mí?

Esteban guardó silencio.

—Está bien, se hará como tú quieres; avisaré á tu criado.

—Mi criado está aquí; le mandé á llamar por el vizconde, y ha llegado esta mañana.

—Aunque la desconfianza que acabas de manifestarme infiere un agravio á nuestra antigua amistad, me resigno y me retiro; pero antes me voy á permitir darte un consejo: Alejandro te desprecia, y no aceptará nunca ninguna alianza que le propongas; podrás perdernos, pero al mismo tiempo te perderás á tí mismo. Nuestra alianza aún puede serte provechosa; medítalo bien. Ahora, para demostrarte que á pesar de las amenazas que acabas de arrojarme al rostro no te guardo ningún rencor, toma: aquí tienes cuatro mil reales, pues comprendo que no estarás sobrado de fondos. Estos

doscientos duros nada tienen que ver con la pensión que te he indicado.

Salvador cogió una mano de su amigo y depositó en ella los cuatro mil reales en billetes.

Esteban continuaba callado. Verdemar sólo le dijo:

—Medita bien tu situación; yo te ofrezco mi amistad; creo que te conviene aceptarla: hasta mañana.

Y salió de la habitación.

Terreño nada dijo para detenerle. Durante algunos minutos permaneció inmóvil con los billetes del Banco de España en las manos; luego los guardó en el bolsillo de pecho de la levita, y exhalando un profundo suspiro, dejó caer la frente.

Salvador le contemplaba desde la puerta: una sonrisa de satisfacción asomó á sus labios, y este pensamiento cruzó por su mente:

—Puesto que ha aceptado los billetes, aún no se ha perdido la esperanza. Después de todo, mejor estará en su casa que aquí, porque Teresa sería muy capaz de envenenarle. Sí, sí, que se marche, él estará más tranquilo y yo también.

CAPITULO III.

Donde Esteban encuentra un amigo.

Esteban Terreño se encontraba en la situación más terrible que puede encontrarse un hombre. Se había apoderado de él ese terror espantoso que no pocas veces ha martirizado la vida de los reyes y los papas.

Siempre que Teresa ó cualquiera otra persona de los que le asistían le presentaba alguna medicina ó alimento, Esteban pensaba en la muerte.

—¿Estará envenenado?—se decía.

Y desde este momento un temblor nervioso agitaba su cuerpo y le parecía sentir en el paladar el amargo sabor de los venenos.

Algunas veces, después de oir á Salvador, parecía tranquilizarse, porque efectivamente, quedándole un ojo sano aún podía serles útil en la alianza que habían hecho contra Alejandro.

Verdemar, al participarle sus temores de que Teresa le envenenara, le había dicho:

—Eso sería una estupidez por nuestra parte; todos los venenos dejan rastro en el cuerpo que matan, y los médicos buscarían ese rastro hasta encontrar al culpable, y entonces estábamos perdidos. Lo que nosotros deseamos es verte restablecido pronto para empezar de nuevo otra campaña contra los millones de Alejandro. Eres un aliado importante para nosotros, y nunca hemos pensado suprimirte.

Estas razones le tranquilizaban, dejándole tranquilo algunas horas; pero desde aquella tarde que al quitarle el médico la venda se había convencido de que estaba ciego, volvieron los temores con más fuerza á apoderarse de su espíritu.

¿De qué podía servir quedándose ciego á sus aliados? De nada absolutamente... de estorbo; y se dijo:

—Ahora de seguro me envenenan... No debo permanecer ni un solo día más en esta casa.

Desde este instante formó la resolución de no tomar nada de cuanto le dieran, ni medicinas ni alimentos, y aun así temía que le clavaran un puñal en el corazón, que le asesinaran al verle ciego é indefenso.

Se quedó solo, como hemos dicho, y éstas y otras tétricas ideas asaltaron su imaginación, desarrollando hasta tal punto el sistema nervioso, que de pronto comenzó á dar grandes gritos llamando á José su criado.

José, que se hallaba en la habitación inmediata hablando con los practicantes, al oir los gritos de su amo corrió á su encuentro, seguido de los practicantes.

—Aquí estoy, señor, aquí estoy,—dijo José acercándose á Esteban, que se había levantado de la butaca y tenía los brazos extendidos como el que pide auxilio.

—Ven, José, ven, pero tú solo, ¿lo oyes? tú solo; cierra esa puerta,—añadió Esteban.

José cambió una mirada con los practicantes, que hicieron un movimiento de hombros, teniendo aquella orden por una rareza del enfermo.

José cerró la puerta haciendo ruído para que lo oyera su amo, y cogiéndole de una mano le sentó en la butaca.

—Háblame para que yo conozca que tú eres José,—repuso Esteban sin soltar la mano de su criado.

—Sí, yo soy José, señorito; pero está usted temblando,—exclamó el criado.

—Sí, tiemblo porque tengo mucho miedo,—continuó en voz baja Esteban.

—¿Miedo usted? ¡Es extraño!

—Siéntate á mi lado y no te separes de mí, porque tú eres el único hombre que me inspiras confianza.

Esteban tenía cogida una de las manos de José entre las dos suyas.

José miraba á su amo con asombro. Había cambiado de un modo notable; estaba flaco, demacrado, muy pálido, y tenía la cabeza llena de canas.

Aquel hombre en doce días había envejecido veinte años.

—Soy muy desgraciado, José, mucho,—exclamó Esteban.—Me he quedado ciego.

—¡Ciego!—repitió José.

—Sí; mi destino es vivir rodeado de tinieblas sin ver nunca la hermosa luz del día. No hay desgracia mayor; pero tú no me abandonarás, ¿no es verdad, José? Tú te compadecerás de tu pobre amo, velando siempre por su vida.

—Señor, yo soy un hombre agradecido, y puede usted contar conmigo para todo.

Esteban, que no había soltado la mano de José, añadió en voz muy baja:

—Escucha, y no olvides lo que voy á decirte. Hay personas interesadas en que yo muera, porque poseo secretos que pueden perderles. Antes me tenían miedo y se guardaban mucho de mirarme frente á frente; pero ahora ya es distinto: un pobre ciego no puede defenderse; yo sé que se aprovecharán de mi triste situación. Te suplico que me hables con franqueza: ¿estás dispuesto á defenderme de mis enemigos?

—Hasta perder la vida, señor.

—Gracias, José. Desde hoy no serás mi criado, serás mi amigo, y yo viviré más tranquilo seguro de tu protección.

Y Esteban, sacando el fajo de billetes que poco antes le había dado Salvador, añadió:

—Toma, guarda estos billetes, porque desde hoy serás el depositario de todo cuanto posea; en nuestra casa de Madrid debo tener también algún dinero. Ahora busca por la alcoba mi gabán de abrigo y mi sombrero, dame el brazo y sácame de esta casa, porque aquí todo me da miedo.

—Pero el señor se encuentra aún muy débil; según tengo entendido, los médicos no le han dado aún de alta.

—No importa; quiero salir de esta casa, quiero vivir en la mía solo contigo; y cuando estemos en Madrid te indicaré á los amigos á quien debes abrir la puerta de nuestra casa.

—Como el señor quiera, pero me parece una imprudencia. Madrid está bastante lejos de Carabanchel.

—Ya encontraremos por el camino algún coche. Repito que tengo miedo de permanecer aquí.

José, sin acabar de comprender los temores de su amo, buscó el gabán y el sombrero y se lo puso.

—Dame el brazo,—añadió Esteban,—y si alguno se opone á mi partida de esta casa, no cedas, porque estoy resuelto á abandonarla.

Y cambiando de entonación, repuso:

—No quiero agradecer más favores al mismo que me ha dejado ciego.

José se encogió de hombros, comprendiendo que su misión era obedecer á su amo, que si había sido generoso con él cuando estaba bueno y sano, lógicamente debía serlo más al verse ciego y enfermo.

Cuando llegaron á la escalinata que daba paso al jardín, los dos practicantes, que se hallaban allí fumando, asombrados de que el enfermo saliera de su cuarto sin orden del médico, preguntaron:

—¿Adónde va usted, señor don Esteban?

—A mi casa,—contestó Terreño;—bastantes molestias he causado.

—Pero nosotros no podemos permitir que usted se marche de ese modo sin una orden del médico de cabecera.

—No necesito para nada á los médicos,—exclamó con acento sombrío Esteban;—me ha sucedido lo peor que podía sucederme: estoy ciego... ¿Pueden darme la vista? No; pues entonces, para convalecer, mejor estaré en mi casa que en ésta. Ruego á ustedes les den en mi nombre las gracias á los médicos y á los dueños de esta casa. Vamos, José.

Los practicantes se miraron preguntándose qué debían hacer en aquel lance, cuando Teresa, que había oído este corto diálogo oculta detrás de un grupo de árboles, se presentó, y con voz serena, dijo:

—Hace mal el señor don Esteban Terreño en abandonarnos de este modo.

El ciego se estremeció al oir esta voz, y se apoyó más fuertemente en el brazo de José.

—Marcharse así envuelve alguna ingratitud que no merecemos—volvió á decir Teresa—los que le hemos asistido; yo le suplico que se quede hasta mañana, y que no salga de aquí sin la autorización de los médicos.

—No, no; quiero salir ahora mismo; vamos, José.

—Está bien, no seré yo la que me oponga,—repuso Teresa.

Y dirigiéndose á los practicantes, añadió:

—Ustedes son testigos de que le he suplicado que se quede. Ahora ruego al señor Terreño que espere unos instantes hasta que enganchen un carruaje que le conduzca á Madrid.

Como el pánico se había apoderado de Esteban, desconfiaba de todo.

—No hay necesidad de que se moleste á nadie,—dijo;—José me da el brazo, y en el camino de Carabanchel á Madrid, no faltan carruajes. Vamos.

—No es mi ánimo retener á la fuerza á nadie,—objetó Teresa;—puede usted marcharse cuando quiera.

Y levantando la voz, añadió:

—Ambrosio, abra usted la puerta de hierro.

Esteban y José se dirigieron hacia la puerta.

Terreño estaba muy débil, é indudablemente sin el apoyo del brazo de su criado no hubiera podido dar cincuenta pasos sin caerse.

Caminaban despacio. Al cruzar la puerta, cuando estuvieron fuera del hotel, tomaron el camino que conducía al pueblo.

—¿Nos sigue alguno?—preguntó Esteban.

José volvió la cabeza, y dijo:

—Nadie, señor.

—¡Ah! Por fin salgo de esa casa en donde tanto he sufrido... Por fin podré dormir tranquilamente, y comer sin miedo los manjares que tú me sirvas.

José sintió que el cuerpo de su amo se estremecía, pero nada dijo.

CAPITULO IV.

Temores fundados.

Aquella misma tarde, Teresa, comprendiendo que nada le quedaba que hacer en la quinta de Carabanchel desde el instante que Esteban se había marchado, dió una gratificación á los practicantes y mandó enganchar un carruaje para que la condujera á Madrid con la hermana de la Caridad.

Teresa dejó primero á sor Inés en su convento, dando una buena limosna en pago de los servicios que le había prestado la hermana, y luego se dirigió á su casa, llegando á tiempo de que Alejandro se disponía á salir, pues aquella noche comía en casa de los barones de Morgal, para tratar de la expedición venatoria á los montes de la Alcarria.

—¡Cómo! ¿Tú aquí?—le preguntó Alejandro, con marcadas muestras de extrañeza.

—Sí, yo,—contestó su prima sonriéndose.

—¿Supongo que el herido seguirá mejor?

—Pues supones mal, querido Alejandro. Además, Esteban

Terreño no se halla en tu quinta de Carabanchel: la abandonó esta tarde, sin que lograran detenerle ni mis súplicas, ni su triste situación, porque el pobre se ha quedado ciego.

—¡Ciego!... Pero ¿es cierto eso?

Esta pregunta fué dirigida con una entonación tan sentida, que descubría la hermosa alma de Alejandro.

—Aquí tienes una carta,—añadió Teresa,—que te escribe el médico de Carabanchel para enterarte de lo que ha ocurrido.

Alejandro cogió la carta y leyó lo siguiente en voz baja:

«Señor don Alejandro de Robledano.

»Muy señor mío y distinguido amigo: Desgraciadamente ha sucedido lo que temíamos. Esta tarde, cuando fuí á visitar al enfermo, me dijo que sentía grandes dolores en el ojo sano; le quité el vendaje y no me quedó la menor duda de que la herida del nervio óptico había producido una neuritis y la atrofia de la pupila.

»Le confieso á usted que me causó gran pena al observar los funestos síntomas, aunque los esperábamos con alguna inquietud.

»En fin, señor de Robledano, el pobre don Esteban se ha quedado ciego, y desgraciadamente la ciencia nada puede hacer en estos casos desesperados.

»Mañana tendré el gusto de ver á usted y darle más detalles. Es siempre de usted seguro servidor y amigo,—*Sánchez.*»

—¡Ciego!... exclamó Alejandro—Es una gran desgracia para ese infeliz y aun para mí, que después de todo, no le guardo ningún rencor. Será preciso hacer algo pór él, olvidar el pasado, pensar solo en su presente, en su porve-

nir, porque el quedarse ciego es el mayor infortunio que podía sucederle; yo en su lugar hubiera preferido la muerte. Es preciso que don Salvador se entere de dónde vive Terreño; quiero visitarle; suplícale cuando venga que me preste ese servicio.

Teresa, que vivía siempre en perpetuo recelo, comprendiendo las generosas intenciones de su primo, dijo:

—Creo que haces mal en tomarte tanto interés por un hombre ingrato.

—Sin embargo...

—¡Oh! Estoy segura—añadió Teresa interrumpiéndole—que si Esteban Terreño te hubiera pasado el corazón de parte á parte, á estas horas no se acordaría del santo de tu nombre.

Y Teresa, formulando en sus delgados labios una sonrisa de hielo, añadió:

—Por lo que yo he podido apreciar en los días que he pasado asistiendo al herido, creo que Esteban Terreño es un hombre tan orgulloso como soberbio, y no es fácil que acepte nada de la misma mano que tuvo la habilidad de dejarle ciego.

—En ese caso yo habré cumplido con mi deber, al que no falto nunca,—repuso Alejandro con severidad.—Ruégale en mi nombre á don Salvador que indague el paradero de ese desgraciado. Adiós, Teresa; hoy no cómo en casa.

Y Alejandro se despidió de su prima, dirigiéndose á casa de los barones de Morgal.

Teresa entró en su gabinete, pensando que ni á ella ni á Verdemar les convenía que Alejandro tuviera una entrevista con Esteban Terreño.

Volvamos á reunirnos con Esteban y su criado José, que afortunadamente encontraron un coche de alquiler que regresaba de Carabanchel Alto desalquilado y les condujo á Madrid.

Una vez en su entresuelo de la calle de Bordadores, Esteban, aunque se sentía muy débil, pues su espíritu había sufrido tanto como su cuerpo, respiró con gozo como el hombre que se ve libre de graves peligros de muerte.

Sentóse en una butaca, y durante algunos minutos permaneció inmóvil con la cabeza inclinada sobre el pecho y repitiendo de vez en cuándo estas palabras en voz baja:

—Ciego... ciego...

—Vamos, señorito, es preciso no desanimarse,—dijo José, á quien real y efectivamente afligía la triste situación de su amo.—Tal vez quede alguna esperanza de que recobre usted la vista.

—¡Oh! No, no queda ninguna,—exclamó Esteban apretándose las sienes con las manos.—¡Estoy ciego!... Ante mí no existe otra cosa que una noche eterna... Mi porvenir es espantoso.

—De todos modos sería conveniente llamar á un médico.

—¡Y para qué! Mi desgracia es cierta.

—¡Bah! El hombre no debe perder nunca la esperanza,—añadió José, que deseaba reanimar el decaído espíritu de su amo.—¿Por qué supone usted que se ha quedado ciego?

—Porque lo estoy real y efectivamente, José. Hasta hoy siempre que se me quitaba el vendaje para curarme veía algo, ciertos resplandores y los objetos velados por las sombras; pero hoy no he visto nada: profunda oscuridad se extendía

ante mis ojos, terribles dolores me taladraban las sienes, y allá en el fondo de mi alma sentí un gran desconsuelo y una voz que me decía: «Pobre ciego, para tí el día no tiene luz ni el sol resplandores.» Pero comprendo, querido José, que me hace falta un médico para que cure mi herida, te autorizo para que busques al que tú quieras, pero hoy no, mañana, porque hoy ya me ha curado el médico de Carabanchel. Ahora siéntate y escucha lo que voy á decirte.

—Como usted quiera,—añadió José, colocando una silla junto á la butaca de su amo.

—Yo tengo enemigos que desean mi muerte,—repuso Esteban después de una corta pausa.—Ya comprendes que un ciego no puede defenderse. Ayer me temían, hoy me desprecian; pero como mientras yo viva seré un peligro inminente para ellos, procurarán deshacerse de mí por cualquier medio. Una puñalada, algunas gotas de veneno bastan para borrar un hombre del libro de los vivos; pero tú me defenderás, ¿no es verdad, José? Me defenderás, y yo recompensaré con largueza todos los buenos servicios que me prestas.

—Le he dicho al señor y le repito ahora que puede contar conmigo, que soy suyo en cuerpo y alma; pero bueno sería que me revelara el nombre de esos enemigos para conocerles y estar prevenido.

Esteban pareció vacilar un momento, y luego dijo:

—Oye, José: ten entendido que si eres prudente te doy mi palabra de honor de que tu porvenir está asegurado. Existen dos personas, que son mis enemigos mortales; mi muerte les interesa sobremanera, porque les ahorraría muchos miles de duros. Tú conoces á esas dos personas, y cuan-

do vengan á verme es preciso que no las pierdas de vista, que espíes hasta el menor de sus movimientos. Tal vez intenten ganarte ofreciéndote montes de oro para que les sirvas, pero no les creas, porque te perderían. Esas personas son Salvador Verdemar y Teresa, la joven que me asistía en la quinta de Carabanchel.

José escuchaba con gran interés á su amo, pero sin comprender ni una sola palabra de cuanto le decía; sin embargo, adivinaba que todo aquel misterio podía serle provechoso, y estaba resuelto á servirle con lealtad.

—Antes de quedarme ciego,—añadió Esteban exhalando un suspiro,—yo era una necesidad para las personas que acabo de indicarte. Me temían; yo mandaba y ellos acataban mis órdenes, porque se trataba de un asunto de muchos millones; pero ahora es muy distinto; me juzgan un hombre inútil, y les estorbo; soy para ellos un verdadero peligro, porque si yo hablara, si yo revelara á cierta persona sus planes, les perdería irremisiblemente. Tú sabes que no soy medroso, pero yo no ignoro que tratarán de deshacerse de mí por cualquier medio; les importa mucho que no hable; debes, por lo tanto, tener mucho cuidado cuando vengan á visitarme, porque harán hasta los imposibles por envenenar alguno de los líquidos ó manjares destinados á mi persona. Si esto sucediera, si yo muriese envenenado ó asesinado, las primeras sospechas de la justicia recaerían sobre tí, que eres el que me cuida. Por interés propio te conviene estar siempre alerta, porque ellos son bastante astutos y bastante ricos para envolverte en una causa criminal. No olvides mi consejo; tú puedes serme útil; yo puedo asegurar tu porvenir.

—Doy á usted las gracias, señorito, por la confianza que le inspiro,—añadió José;—y siendo tan temibles como usted asegura esas personas, la prudencia nos aconseja que no les abramos nunca la puerta de nuestra casa, y así no corre usted el peligro de ser envenenado ni asesinado.

—Pero eso es imposible: ellos son ricos y yo pobre, y es preciso que me paguen muy caro mi silencio, y me lo pagarán; te lo aseguro.

José continuaba sin comprender una palabra de aquel misterio, y no le faltaban ganas de saber por qué odiaban á su amo de muerte aquellas dos personas que él tenía por honradas é inofensivas.

—Probablemente, cuando Salvador y Teresa se persuadan de que yo no me resigno con la modesta pensión con que quieren pagar mi silencio y mi ceguera, recurrirán á tí y te harán proposiciones deslumbradoras para que seas su cómplice. Te propondrán, por ejemplo, que viertas algunas gotas en el vino ó en el café del veneno que ellos te proporcionen. Créeme, José, si aceptas su alianza estás perdido, porque esos seres queman todo lo que tocan; á ellos les debo la triste situación en que me encuentro; ellos son causa de esta noche eterna que me rodea; pero vuelvo á repetírtelo, si me sirves con lealtad serás rico, y los hombres honrados te respetarán, dándote el nombre de criado modelo; piensa bien lo que te digo, y elige entre el presidio ó el patíbulo, que tu complicidad con ellos podría merecer, ó una vida tranquila con una renta que te permita vivir sin depender de nadie.

José, á quien las últimas palabras de su amo habían impresionado vivamente, contestó:

—¡Caramba! Señorito, la elección no es difícil para un hombre de bien, y repito que puede usted contar conmigo hasta la pared de enfrente, como vulgarmente se dice.

—Gracias, José; te creo y confío en tu promesa,—repuso Esteban tendiendo una mano, que estrechó su criado.—Mira, desde hoy te señalo quinientos reales al mes, comido y vestido, y cuando se arreglen mis negocios, cuando me paguen Salvador y Teresa lo que me deben, entonces te entregaré una cantidad que no bajará de cuatro mil duros para que te busques un modo de vivir independiente, si es que no quieres permanecer á mi lado.

—Señorito,—exclamó José, verdaderamente conmovido ante la generosidad de su amo,—sería yo el más miserable de los hombres si no correspondiera como se merece á un amo tan bueno como usted.

—Sírveme bien, José, que no te pesará; porque tú sabes que nunca he sido tacaño ni miserable. Ahora voy á indicarte el método de vida que vamos á llevar. Como no quiero tener en mi casa más criados que tú, todas las mañanas me servirás una taza de café con leche y unas pastas inglesas; á las once irás á cualquier *restaurant* por un almuerzo y á las seis de la tarde por una comida; cada ocho ó diez días cambiarás de *restaurant,* sin que nadie sepa nunca que las viandas que compras son para mí. No te admires de las precauciones que tomo, porque ya te he dicho que mis enemigos son bastante cobardes para envenenarme. Ahora vete á buscar el médico que quieras para que se encargue de mi curación. Llévate la llave, pues yo no abriré aunque llamen.

Poco después José salía de casa de su amo en busca del

médico, y pensando que era preciso vivir muy alerta para burlar los maquiavélicos planes de tan temibles enemigos.

Mientras tanto, Esteban, al quedarse solo, llegó á tientas hasta su mesa-escritorio, abrió uno de los cajones y sacó un pequeño puñal florentino de afilada punta y estrecha hoja, guardó aquella arma en el bolsillo de pecho de su levita y volvió á sentarse en su butaca, dejando caer la frente sobre el pecho.

CAPITULO V.

Preparativos.

Jamás se había mostrado ante sus amigos la baronesa de Morgal más contenta ni su marido más satisfecho; desde el comedor pasaron al salón, y allí don Andrés, acomodándose lo mejor que pudo en una butaca, dijo con dulce y adormecido acento:

—Señores, es preciso querer y tolerar á los amigos con todos sus defectos. Mientras yo descabezo el sueño en este rinconcito, la baronesa, que tiene facultades omnímodas, se encargará de explicar á ustedes á qué altura se hallan los preparativos de nuestra espedición venatoria.

Y diciendo esto, entre las sonrisas maliciosas que le rodeaban, el barón cerró los ojos como el que se dispone á dormir.

—Respetemos el sueño del justo,—contestó Isabel de Romelia haciendo un gesto picaresco con la fisonomía;—pero para no interrumpirle, vámonos al extremo opuesto del salón.

La baronesa se cogió del brazo de Alejandro, y todos les siguieron.

El barón los vió alejarse, formulando una imperceptible sonrisa.

Isabel de Romelia se sentó en un sillón, como asimismo las tres ó cuatro señoras; los hombres hicieron un corro en derredor de ellas.

—La partida será dentro de cuatro días en el tren mixto que sale de Madrid á las siete de la mañana,—dijo la baronesa:—hemos pedido un coche-salón, y de ese modo haremos el viaje juntos. En Guadalajara nos esperan tres ómnibus que nos conducirán con toda la comodidad posible hasta el monte. ¡Ah! Estoy segura que será una expedición deliciosa.

Y la baronesa, antes de que nadie tomara la palabra, añadió sonriéndose y mirando á Alejandro:

—Debo advertirles á ustedes que mi esposo y yo hemos nombrado monteros mayores y jefes absolutos de la expedición cinegética á los señores Robledano y Pik.

—Esa confianza nos honra en extremo,—añadió sir Arturo;—pero pocas proezas pueden realizar dos monteros que no conocen el monte.

—Tiene razón mi amigo Pik,—añadió Alejandro,—y ruego á los señores barones de Morgal que nos releven de ese compromiso, pues estoy seguro que el guarda mayor del monte dirigirá los ojeos y colocará mejor las escopetas que nosotros.

—Bien, bien; eso allá lo veremos,—repuso Isabel:—ustedes son dos famosos cazadores de panteras y leones. Ya que

tanto les hemos admirado, es preciso que nos demuestren su habilidad.

—¡Ah! Señora baronesa,—añadió Pik,—desde el momento que emprendamos la expedición de caza estoy persuadido que no reinará otra voluntad que la de nuestros ilustres anfitriones; pero de seguro que si nosotros nos encargamos de dirigir la batida, puede darse la enhorabuena á los conejos, á las perdices y á las liebres.

—Bien, bien; allá veremos lo que se hace cuando nos encontremos en el monte,—repuso Isabel, envolviendo con una mirada á Alejandro.

—¿Con que dice usted, baronesa,—preguntó una señora de treinta años, pero perfectamente conservada, á quien conoceremos desde ahòra con el nombre de la vizcondesa Irene,—que la partida será dentro de cuatro días?

—Sin falta, porque según nos escribe el administrador, hay en los arroyos de la umbría del monte una gran cantidad de chochas; y según parece, esas señoras abandonan cuando se les antoja el terreno que pisan y se marchan á otra parte.

—Entonces, mañana temprano mandaré recado á mi sastre, pues aun no me ha concluído el traje.

—Sí, sí, vizcondesa, active usted todo cuanto pueda los preparativos, porque sería una lástima que nos priváramos de su amable compañía.

—¿Y somos muchos los expedicionarios?—preguntó Irene.

—De señoras solamente vamos tres, pero de caballeros creo que lo menos se reunirán doce.

—¡Ah! ¿Estamos en minoría?—añadió la vizcondesa.

—¡Y qué importa!... Desgraciado de aquel que se atreva á oponerse á nuestra voluntad,—repuso la baronesa.

Durante este diálogo, Isabel de Romelia no cesaba de mirar á Alejandro, cuya gravedad contrastaba de un modo notable con la alegría de la baronesa.

Esta frialdad irritaba á la baronesa, pero hacía heróicos esfuerzos por disimular su despecho.

La vizcondesa Irene, que á pesar de sus treinta años no representaba veinticinco, pues era uno de esos tipos de dama joven *perpetua*, delgada de cuerpo y con una carita de niña, le dedicaba sus más expresivas miradas y sus más encantadoras sonrisas á sir Pik, y decían malas lenguas que reinaba entre el inglés y la española ciertas simpatías íntimas.

Como acontece siempre en las reuniones de confianza, la conversación, que al principio era general, se convirtió en secciones, y mientras unos formaban dos mesas de tresillo, otros se paseaban por el salón, la baronesa y Alejandro comenzaron á hablar en voz baja, y la vizcondesa Irene y Pik se dirigieron al piano á recordar algunas baladas alemanas.

Mientras tanto, el barón de Morgal no perdía de vista á su mujer, y sólo Dios sabe los terribles tormentos que sufrió aquel celoso *indiferente* mientras, olvidado de todos, fingía dormir con la tranquilidad del justo.

Oigamos nosotros el diálogo mantenido en voz baja junto al piano por Irene y Pik.

—Amigo Arturo, ¿se ha fijado usted esta noche en los ojos de la baronesa?—dijo Irene.

—Son dos hermosos ojos negros, expresivos y grandes; dos ojos de verdadera raza española,—contestó sir Pik.

—¡Bah! No quiero decir eso.

—Entonces...

—Quiero decir, si ha notado usted cómo miran esos ojos, que usted encuentra tan hermosos, á su íntimo amigo Alejandro de Robledano.

—Amiga mía,—añadió el inglés con su calmosa gràvedad,—unos ojos que despiden fuego, amenazan siempre, queman á aquel á quien miran.

—Esta noche—añadió la vizcondesa algo picada—parece que se complace usted en no entenderme.

Sir Pik hacía tiempo que había observado que la baronesa de Morgal se fijaba con demasiada atención en su amigo Alejandro; pero tratándose de una mujer casada, era cauto y precavido; por eso, sin duda, no quería entender lo que le decía la vizcondesa.

—Pues bien,—añadió Irene,—ó yo soy una paleta sin trato de gente, ó Isabel ama á Alejandro.

—¡Bah! La baronesa es una señora afable que tiene siempre sonrisas y miradas bondadosas para sus buenos amigos.

—¿Y nada más?—preguntó Irene, inclinando la cabeza con picaresca gracia sobre el hombro izquierdo y mirando á Pik.

—Nada más, señora.

—Pues bien, yo le aseguro á usted que entre Isabel y Alejandro hay algo más que buena amistad.

—Alejandro no tiene secretos para mí; y además, es demasiado frànco, desconoce el fingimiento, y si se amaran, ó él me lo hubiera dicho, ó yo lo hubiera adivinado.

—Amigo mío, bueno es ser reservado, pero no tanto.

En fin, allá se las entiendan, ya que el marido duerme tranquilamente sin preocuparle nada de este mundo.

—¡Ah! Vizcondesa, no tiene usted compasión ni de sus amigas íntimas.

—¿Cree usted que ellas la tienen de mí? Desde que me quedé viuda, lo menos me ha colgado la baronesa cinco amantes, y eso que apenas hace cuatro años que perdí á mi esposo; pero, en fin, lo que sea sonará, porque, después de todo, yo no soy el editor responsable; ése sigue siempre durmiendo, lo cual es una ventaja para él. Hablemos de nosotros, amigo Arturo.

—Sí, sí; eso es mejor, vizcondesa.

—¿Por qué no me llama usted Irene, al menos cuando estamos solos? En los labios de un amigo, suena mejor en nuestros oídos el nombre de pila que el título que heredamos de nuestros mayores.

—Pues bien, la llamaré á usted Irene cuando estemos solos.

—¿Queda convenido?—añadió la vizcondesa sonriéndose.

—Convenido,—contestó Pik.

Y poniéndose una mano sobre el pecho, añadió:

—Palabra de caballero inglés.

—Ahora, amigo mío, voy á pedir á usted un favor.

—Espero las órdenes de usted.

—Desde que hemos aceptado la expedición de caza de los barones de Morgal, que no pienso en otra cosa; pero como yo no he cazado nunca, necesito un maestro que me enseñe á disparar tiros y el manejo de la escopeta, y le elijo á usted, Arturo.

—Poco tiempo queda para sacar una discípula aventajada.

—¡Oh! Nos quedan cuatro días, y con buena voluntad se adelanta mucho camino.

—Entonces ganemos tiempo,—añadió Arturo riéndose.—¿Tiene usted todos los pertrechos de cazadora?

—Tengo una escopeta central de un cañón, que según me han dicho es del calibre veinte, una canana para los cartuchos, y un cuerno de caza para llamar á mis compañeros si me pierdo en el monte.

—En ese caso, puede decirse que está usted pertrechada de lo principal.

—Cuando encargué el traje al sastre, le encargué al mismo tiempo á mi mayordomo que me comprara la escopeta; pero todo eso no basta: mi mayordomo no es cazador ni ha tenido nunca un arma en la mano, y por consiguiente, necesito que usted vea mi escopeta y me enseñe á tirar tiros: ya sabe usted que yo vivo en un hotel de la Castellana; de modo que en el jardín podemos hacer ejercicios de fuego.

—Mañana iré á ver á usted.

—¿A qué hora?

—Lo dejo á la elección de usted.

—Pues bien, le espero á usted á las diez.

—No faltaré.

Mientras duró este diálogo, Irene dejaba correr los dedos por el teclado del piano sin saber lo que tocaba; pero nadie se apercibió de los bruscos cambios de aquella profesora distraída.

En cuanto á sir Pik, pensaba para su capote que en el mundo era una gran ventaja ser viuda, ser bonita, ser rica

y ser despreocupada, y que él sería un tonto si no se aprovechaba de las circunstancias que le presentaba su amable discípula en el arte venatorio.

No menos animado había sido el diálogo de la baronesa de Morgal y Alejandro de Robledano, si bien algo más sentimental, porque de vez en cuándo Isabel se lamentaba del eterno sueño y la insufrible indiferencia de su marido, que se pasaba la vida durmiendo.

Algunas veces la baronesa avanzaba hasta la imprudencia en su conversación con Alejandro; pero éste, como si fuera un hombre de hielo insensible á las seducciones de aquella mujer encantadora, la mantenía con su frialdad respetuosa, irritándola más y más.

Más de una vez estuvo á punto Isabel de decirle toda la verdad del baile de la Ópera, pero amaba con tal vehemencia á Alejandro, que temió la despreciara por su atrevimiento.

Su última esperanza para conquistar á aquel hombre era la partida á los montes de la Alcarria, y sufría horriblemente ante la insensibilidad del que tanto amaba.

Aquella mujer apasionada, aquella mujer para quien los caprichos eran ley, hubiera dado diez años de su vida por ver al que amaba arrodillado á sus piés y diciéndole: «Yo te amo.»

Así pasó aquella noche. Cuando sonó la hora, cuando terminó la reunión de confianza de los barones de Morgal, Amadeo Nasón, el amigo leal de la casa, al estrechar la mano de Isabel, le dijo en voz baja:

—Hija mía, tú sufres y dejas asomar á tu hermoso ros-

tro las impresiones dolorosas de tus sufrimientos. Cometes imprudencias que pueden serte funestas... Vive alerta, y procura si es posible que no se realice la proyectada cacería.

—Pero, Dios mío, ¿está usted loco?—exclamó Isabel.

—No, estoy cuerdo... muy cuerdo.

—¡Bah!

Isabel iba á dirigirse á su dormitorio, cuando se acordó que no se había despedido de su esposo.

Entonces retrocedió, dirigió una mirada por el salón, en donde sólo quedaba el barón de Morgal durmiendo en una butaca.

Isabel soltó una carcajada, y sin despedirse de su marido, se encerró en su dormitorio.

CAPITULO VI.

Celos.

El barón de Morgal se quedó solo, con la cabeza dulcemente reclinada sobre el respaldo de la butaca y los ojos cerrados; pero poco á poco fué incorporándose y abriendo los ojos.

Una sonrisa satánica se dibujó en sus labios, y sus ojos, generalmente apagados y amortecidos, brillaron como los del lince que acecha su presa oculto entre las marañas del monte.

Si en aquel momento le hubiera visto la baronesa, indudablemente no hubiera conocido á su esposo, y á conocerle, le hubiera dado miedo.

No era el mismo hombre: había sufrido una transformación completa. De su bondadoso semblante habían desaparecido esas suaves y dulces líneas que pregonan la bondad de un corazón confiado.

Horribles habían sido para el barón aquellas cuatro ho-

ras pasadas en una butaca fingiendo que dormía con la tranquilidad del justo y sintiendo en el pecho hervir el fuego del infierno.

Don Andrés estaba pálido como un muerto, su cuerpo se estremecía de un modo nervioso, y ese sudor que tiene algo de la agonía del moribundo brotaba en pequeñas gotas por los poros de su frente.

Al verse solo exhaló un prolongado suspiro.

—¡Qué mujer tan infame!—se dijo hablando consigo mismo.—¡Y yo qué hombre tan ciego!... ¡Tan crédulo!... ¡Tan confiado!...

Don Andrés se llevó una mano al pecho como si quisiera contener los latidos de su corazón.

—Sí, sí, ella le ama... le ama con locura; sus miradas, sus sonrisas la venden... Me cree un imbécil y no se contiene... Pero él... ¿él la ama? ¿Corresponde á esa pasión que ha sabido inspirarle? He aquí mi duda... ¡Pero qué importa eso para llevar á cabo mi venganza!... Isabel es demasiado seductora para que un hombre joven y lleno de vida cierre sus brazos y la rechace... Sea amor ó sea capricho pasajero, mi honra está hecha pedazos y merecen la muerte. Sin embargo, en todo esto creo que existe un misterio que yo necesito descubrir.

El barón, viendo á unos criados que comenzaban á apagar las luces, se dirigió á su dormitorio.

Su ayuda de cámara le salió al encuentro con una bujía encendida en la mano.

Don Andrés cogió la palmatoria, y le dijo:

—Puedes acostarte, no te necesito.

El barón entró en su dormitorio, cerró la puerta con llave y dejó la palmatoria sobre la mesa de noche.

Durante algunos minutos permaneció inmóvil, como si estuviera enclavado en la alfombra y con la mirada fija en el suelo.

¡Quién es capaz de describir la espantosa tempestad que batalla dentro del cráneo de un hombre celoso! El barón, sin apercibirse él mismo, apretaba los puños y rechinaba los dientes.

De pronto sus labios se contrajeron como si quisieran formular una sonrisa. Entonces se sentó en una butaca, y obedeciendo sin duda á alguna idea que le había asaltado, se quitó las botas y se dijo:

—¡Quién sabe!... Tal vez oiré algo... Probemos.

La alcoba del barón, como recordarán nuestros lectores, tenía una puerta que daba á un pasillo, y este pasillo terminaba con otra puerta del dormitorio de la baronesa.

Por este pasillo le vimos cruzar la noche que la baronesa fué al teatro Real.

El barón, descalzo y deslizándose sobre la alfombra sin hacer el menor ruído, llegó á tientas hasta la puerta de la alcoba de Isabel.

Una vez allí, aplicó el oído á la cerradura, mientras que con las manos se apretaba el corazón, temeroso de que se oyeran sus latidos.

Creyó percibir el murmullo vago de dos voces femeninas que hablaban.

Aquellas voces eran indudablemente las de la baronesa y de Micaela la doncella de su confianza, la que la había acom-

pañado al baile, la que era depositaria de todos sus secretos.

¿Qué hablaban? Era imposible oirlo.

El barón, en aquella actitud de celoso, se rasgaba la ropa sin saberlo con las uñas. Hubiera dado diez años de vida por oir la conversación que mantenía su mujer con la doncella; pero cuanto más reconcentraba su atención más bajo hablaban. Aquello era horrible.

Le asaltaban impulsos de derribar aquella puerta, que insensible se oponía á sus deseos.

Sentía una gran angustia, llamaradas de fuego que le subían desde el pecho á la cabeza, y luego un gran frío en todo el cuerpo.

Aquellas alternativas violentas le hacían sufrir mucho.

Una vez creyó oir que pronunciaban un nombre: Alejandro, y sintió al mismo tiempo un dolor agudo en el corazón.

Por último, dejó de oirse el murmullo de las dos voces.

El silencio era profundo. A pesar de esto, permaneció media hora inmóvil y con el oído pegado á la puerta.

Convencido de que no conseguiría su intento, se separó de aquel sitio, en donde tan horrible martirio había sufrido, entró en su alcoba, se desnudó y se acostó.

Entonces nuevas cavilaciones asaltaron su mente: algunas horas de sueño le hubieran sido provechosas; pero ¡ay! los celosos descansan poco, y cuando lo consiguen se ven atormentados por horribles pesadillas, que les presenta con todos los colores de la verdad la causa de sus celos.

Dormir es imposible á un celoso en los momentos de exaltación mental que le perturban con frecuencia.

—¡Ah! ¡Si Micaela quisiera revelarme la verdad!—exclamaba.—Ella lo sabe todo, ella es la confidente de su ama. Si yo pudiera comprarla... pero ¿y si se niega y da el grito de alarma á la baronesa?... Entonces todos mis planes de venganza, de esa venganza que sueño, que me alienta, se derrumbarían. No, no, es preciso sufrir, es preciso representar el papel que me he impuesto, aunque se rompa en pedazos mi corazón.

Así pasó la noche el barón de Morgal; así le sorprendió el día, sin que sus ojos se cerraran al sueño reparador, sin que su agitado espíritu encontrara un momento de reposo.

Don Andrés abandonó su lecho, en donde aquella noche se había retorcido como un condenado durante algunas horas, y pidió que le ensillaran un caballo: tenía necesidad de respirar el aire libre, de agitarse.

Salió de su casa á las ocho de la mañana. Aquella noche había helado mucho y la escarcha blanqueaba el suelo.

Maquinalmente hirió los ijares del fogoso animal con las espuelas, que dió un salto, poniendo en grave peligro al jinete; pero el barón era un buen caballista, aflojó las riendas, y el caballo partió al galope. ¿Adónde iba?.. Ni lo sabía ni le importaba; correr, agitarse, olvidar es lo que deseaba.

Pronto se encontró en el campo. La mano del jinete no imprimía ninguna dirección al caballo, que galopaba á su antojo, cubierto de sudor y espuma.

Después de cruzar varios campos, llegaron á una ancha carretera festoneada por seculares álamos negros, cuyos rugosos troncos y retorcidas ramas, despobladas del adorno de las hojas, tenían ese aspecto triste del invierno.

El barón no se había apercibido de nada; dejaba correr siempre á su caballo, mientras él permanecía abismado en sus pensamientos.

De pronto levantó la cabeza, que llevaba inclinada sobre el pecho, y maquinalmente recogió las riendas.

El caballo, que era blando de boca, hizo un ainque con las patas traseras, y se quedó parado.

Entonces el barón dirigió una mirada en derredor suyo como si buscara algo, porque le había parecido oir un grito desgarrador y voces desfallecidas pidiendo socorro.

Como á unas cincuenta varas de la cuneta del camino se veía una casa de pobre aspecto; de aquella casa salían indudablemente los lamentos.

El barón olvidó por un instante las ideas que batallaban en su mente, fijando su atención en las desgarradoras voces de la casa.

—Indudablemente,—se dijo,—allí pasa algo grave.

Entonces revolvió su caballo: ya se disponía á hacerle saltar la cuneta del camino, cuando vió asomar en el alto de la cuesta que formaba la carretera á una pareja de guardias civiles.

La presencia de aquellos guardadores del orden público le detuvo, y en vez de saltar la zanja, siguió camino adelante.

En aquel momento un hombre apareció en la puerta de la solitaria casa. Aquel hombre, con el traje roto, ensangrentado, el cabello en desorden, se reía á carcajadas y llevaba en la mano una enorme faca.

El barón oyó decir á uno de los guardias:

—Parece Nicasio el loco.

—Pero ¿cómo está ahí?—añadió el otro.

—Se habrá escapado de Leganés.

Y los dos guardias echaron á correr en dirección de la casa.

El hombre continuaba riéndose y agitando con nerviosas convulsiones su terrible cuchillo.

Al parecer no tenía el menor miedo á la Guardia Civil.

El barón creyó que iba á presenciar alguna escena sangrienta entre el hombre del cuchillo y los guardias, y saltó la cuneta, dirigiéndose hacia la casa.

—¡Venid! ¡venid!...—gritaba el hombre del cuchillo. Me decíais que no, pues bien, yo los he cogido... Ahora estoy seguro de que no se reirán más del pobre Nicasio.

Y tirando el cuchillo por el aire, se puso á batir las palmas, dar saltos, con tal fuerza y desconcierto, que se cayó por el suelo, levantándose y riéndose como un insensato.

Aquel espectáculo era verdaderamente espantoso para el barón, que se atrevió á preguntar á los guardias:

—¿Qué ocurre?

—Lo ignoramos, caballero... pero vamos á verlo,—contestó uno de los guardias, mientras el otro cogía por el brazo al hombre que bailaba.

Apenas uno de los guardias había asomado la cabeza por la puerta de la casa, retrocedió dos pasos, dando un grito de horror.

—Ese miserable loco ha muerto á su mujer y á su hija,—gritó el guardia, cogiendo por el otro brazo al hombre, que no cesaba de reirse.

Mientras los civiles ataban fuertemente codo con codo al asesino, el barón desmontó, ató el caballo de uno de los hierros de la ventana, y se asomó lleno de curiosidad á la puerta.

Se quedó aterrado. El cuadro que tenía ante sus ojos era espantoso. Tendida sobre un charco de sangre se hallaba una mujer joven, no mal parecida, con la cabeza casi separada del tronco. A dos pasos de distancia una niña de siete á ocho años de edad muerta también, con una terrible puñalada en el pecho.

—Pero ¿están verdaderamente muertas? ¿No se les puede prestar ningún auxilio?—preguntó el barón, que permanecía como enclavado en el dintel de la puerta.

Mientras tanto, el asesino se dejaba atar sin oponer la menor violencia y riéndose.

Después de atarle, uno de los guardias y el barón entraron en la casa. Aquella mujer y su hija estaban muertas; no quedaba ni una gota de sangre en sus rígidos cuerpos.

Salieron de nuevo. El asesino continuaba riendo. Aquella risa era horrible, hacía daño, oprimía el corazón.

—¡Qué has hecho, infame, qué has hecho!—le dijo uno de los guardias, cogiéndole por la pechera de la camisa y sacudiéndole con violencia.

—¡Toma!—respondió con naturalidad el asesino.—Cumplir lo que le ofrecí á ella y á él. Los dos han caído.

—Pero, infame, ¿á quién crees tú que has muerto?

—A mi mujer y á su querido.

—No, no; á quien has asesinado ha sido á tu mujer y á tu hija.

El asesino soltó una ruidosa carcajada.

—Pero ¿ese hombre debe estar loco?...—preguntó el barón.

—Sí señor, está loco,—contestó uno de los guardias.

—¿Y cómo se le permitía andar suelto?

—No andaba suelto, caballero. Hace tres meses comenzó á demostrar que su juicio no estaba sano: tenía celos de su mujer, que era una buena esposa, y dos veces estuvo á punto de matarla. Entonces le llevamos á Leganés por consejo del médico y para evitar lo qué hoy ha sucedido; pero sin duda se ha escapado del hospital de Leganés, y como su monomanía era que su mujer tenía un querido y que quería matar á los dos...

—¿Y dice usted que la mujer era honrada... era buena?

—Como pocas, caballero. Era una lavandera que todos respetaban y querían en el río; un modelo de esposas y de madres. Los domingos iba á Leganés con su hija á llevarle la ropa limpia y tabaco á su marido, y el miserable, ya ve usted, las ha asesinado... Bien es verdad que el desdichado está loco; ha sido una gran desgracia; pero con el permiso de usted voy á escribir el parte para el juez municipal de Carabanchel Alto para que venga á levantar los cadáveres. La justicia tiene que hacer poco en este caso, porque el asesino es un loco fugado del manicomio de Leganés. Eso lo sabe todo el mundo.

—Una pregunta, guardia: Esa infeliz mujer, ¿tiene algún otro hijo?—preguntó el barón.

—No señor, vivía sola con su hija.

—Entonces, sólo se puede hacer por ellas pagarles el entierro.

Y el barón, sacando una tarjeta de la cartera, se la entregó al guardia, añadiendo:

—Tenga usted la bondad de entregarle esta tarjeta al juez y decirle que ya que la casualidad me ha conducido hasta este sitio y he visto ese espantoso drama, desearía pagar los gastos del entierro de esa infeliz madre y de su hija. Si acepta mi ofrecimiento, ahí van las señas de mi domicilio en Madrid. Soy persona bastante conocida.

—Se lo haré presente al señor juez.

El barón desató el caballo, montó, y se dirigió hacia Madrid al galope.

El guardia civil miró la tarjeta, y dijo:

—¡Calla! Es el señor barón de Morgal... ¡Qué casualidad! Mi hermano está de guarda mayor en su monte de la Alcarria.

Y guardando la tarjeta, se puso á escribir el parte, mientras su compañero cuidaba del infeliz loco.

CAPITULO VII.

Narración de dos crímenes.

El barón, después de galopar algunos minutos, puso su caballo al paso.

—¿Será la casualidad, la fatalidad ó la Providencia la que me ha conducido sin saberlo á la puerta de esa casa donde tan sangriento crimen se ha cometido?... Ese infeliz que ha matado á su mujer... ese padre desgraciado que ha hundido un cuchillo en el pecho de su hija, era un pobre demente escapado de Leganés... ¿Seré yo también un loco?... No, no; es verdad que el áspid de los celos me muerde el corazón, que padezco horriblemente viendo pisoteado mi decoro, mi honra... pero no estoy loco... mi mujer me engaña, se ríe de mí en los brazos de un amante; pero esas risas concluirán con sangre... mucha sangre, como han concluído las carcajadas de ese miserable.

El caballo continuaba caminando al paso hacia Madrid, que se distinguía á lo lejos. El barón, con la frente inclinada

sobre el pecho, proseguía su sombrío monólogo de esta manera:

—Es indudable que desde el momento en que brotó en el cerebro de ese infeliz la primera sospecha de los celos, nació también la primera idea del crimen que hoy ha cometido. Los celos y la locura tienen cierto atractivo que acaban por fundirse de un modo indisoluble; pero ese infeliz no ha podido gozarse en su venganza: ha creído que mataba al amante de su mujer, y ha muerto á su propia hija, á la que indudablemente querría con toda su alma antes de perder el juicio... Pero yo no estoy loco; yo saborearé con delicia el drama que medito. ¡Ah! Será el momento más feliz de mi vida.

Una sonrisa fría dilató sus labios, y repuso, hablando siempre consigo mismo:

—¡Cuán lejos se halla la pérfida de sospechar lo que le espera en esa fiesta venatoria que con tanta actividad dispone!... ¡Qué sorpresa va á ser la suya cuando, en medio del religioso silencio del monte, el marido confiado, el paciente Job, el eterno dormilón le diga: «Eres una adúltera, y ha sonado para tí la última hora!...

De pronto se apagó la sonrisa en los labios del barón, se fruncieron sus cejas como si un nuevo orden de ideas le asaltaran la mente, y dijo:

—¿Debo conceptuar como verdadero culpable á su amante? ¿No es ella la que le persigue?... ¡Y qué importa! Es su amante, me deshonra, y debe morir como ella.

Cuando el barón de Morgal llegó á su casa eran las doce de la mañana.

La baronesa le esperaba en el comedor, pero sin impaciencia, pues había pasado la mañana entretenida en probarse el traje caprichoso de cazadora, que, según la modista y la doncella Micaela, le sentaba de un modo maravilloso.

Isabel se había mirado muchas veces al espejo, y estaba satisfecha.

Cuando el barón entró en el comedor con la bondadosa sonrisa en los labios y la mirada bonachona del hombre confiado en los ojos, la baronesa le dijo:

—Hoy has madrugado mucho, Andrés.

—Sí; me desperté á las siete, mandé que ensillaran un caballo y he dado un gran paseo,—contestó con naturalidad el barón, sentándose en la mesa.

—Persuádete, Andrés; duermes mucho, y eso no es sano.

—Voy creyendo que tienes razón, y me propongo hacer más ejercicio. El paseo de hoy me ha probado; tengo apetito, y si quieres almorzaremos.

—Te estaba esperando,—añadió la baronesa, tirando del llamador de la campanilla.

Un criado se presentó en la puerta del comedor.

—Que nos sirvan el almuerzo,—añadió Isabel, sentándose enfrente de su marido.

Comenzó el almuerzo; el barón comía y callaba. La baronesa, que se encontraba de muy buen humor, era la que hacía el gasto de la conversación.

—¡Si vieras qué traje tan elegante y tan caprichoso me ha hecho la modista!—dijo Isabel.

—Tengo la seguridad de que tú serás la amazona más elegante de la expedición.

—¡Oh! La vizcondesa Irene es mujer de buen gusto.

—Pero tú lo tienes mejor que ella.

—Me extraña verte tan galante.

—¡Bah! Lo soy siempre, sino que sólo lo demuestro cuando llega una ocasión oportuna.

Isabel miró á su marido, y creyó notar cierta tristeza en su semblante; y como la tristeza era una condición tan extraña en Morgal, le dijo:

—No sé qué noto en tu semblante.

Don Andrés levantó la frente, se quedó mirando con fijeza á su mujer, y dijo con gran naturalidad:

—Veo, querida, que es muy difícil ocultar á tu penetración ni aun los más recónditos pensamientos é impresiones de mi alma, porque efectivamente estoy preocupado, y confieso que no me falta razón para ello.

—¿Pues qué ocurre?—preguntó la baronesa, mirando á la vez á su marido.

—Pensaba ocultártelo, pero veo que es imposible.

—¡Por Dios, Andrés! Me tienes impaciente y sobresaltada; di lo que ocurre, pero pronto.

—Tranquilízate, Isabel; lo que ocurre, esa sombra de tristeza que has sorprendido en mi semblante, no afecta en modo alguno ni á tí ni á mí, gracias á Dios.

—Tal vez alguno de nuestros amigos...

—Tampoco: es á una pobre familia desconocida y por la que me intereso mucho, aunque desgraciadamente no puedo hacer nada.

La baronesa, á quien las últimas palabras de su marido habían tranquilizado un poco, añadió:

—En fin, cuéntame lo que te ha ocurrido, si no es una indiscreción.

—Ninguna; sólo temo afectarte con mi relato, porque, á la verdad, es sumamente dramático. Pero ya que te empeñas, oye el terrible y sangriento drama que he tenido la desgracia de presenciar.

El barón fijó con gran tranquilidad su mirada en su mujer, y añadió:

—La pasión de los celos es la más terrible de todas las pasiones que combaten y despedazan el corazón humano; un celoso, si no es un loco, le falta poco, y te confieso, querida Isabel, que un celoso me inspira verdadera lástima; pues, gracias á Dios, jamás me ha atormentado esa debilidad del espíritu, ese recelo, esa desconfianza que tantas víctimas causa.

El barón hablaba y comía con gran calma. Nadie hubiera adivinado en él á un celoso en grado superlativo. La baronesa le miraba con marcadas muestras de curiosidad.

—Es incalculable—añadió con pausado acento el barón—el número de víctimas que causan los celos anualmente; es una pasión cosmopolita: no se libran de ella ni las naciones civilizadas ni los pueblos salvajes. En los estepos de la Siberia, en los feraces bosques del África Central, imperan los celos, y son causa de terribles dramas en todo el globo terráqueo. Un celoso es un loco á quien no convence ni la verdad ni las razones en que se apoya: su idea fija consiste en exterminar á aquellos que le han ofendido. Muchas veces estas ofensas son imaginarias, pero él las toma como realidades, y mata alucinado por el vértigo que se apodera de su cerebro,

y generalmente después de vengarse acaba por matarse él mismo, porque la vida le es odiosa y el remordimiento le anonada.

El barón parecía gozarse en su relato. La baronesa le escuchaba con gran interés y sin interrumpirle.

—Pues sí, querida Isabel; esta mañana, sin buscarlo, he sido testigo de un sangriento drama,—añadió don Andrés.—Figúrate que me paseaba yo á caballo por los altos de San Isidro, cuando de pronto oí voces desfallecidas que pedían socorro. Estas voces salían de una casa de pobre y miserable aspecto situada en mitad de un campo. Ya me disponía yo á saltar la zanja de la carretera para dirigirme al sitio en donde la angustiada voz pedía socorro, cuando vi salir de la solitaria casa á un hombre con un enorme cuchillo en la mano, el traje roto en girones y ensangrentado. Este hombre se reía á carcajada tendida, formando un contraste espantoso su risa y su aspecto repugnante.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la baronesa, que con aquel grito desahogó un poco su oprimido corazón.—¿Luego has corrido, según sospecho, un grave peligro?

—No, querida,—añadió don Andrés sonriéndose,—porque en aquel momento apareció en la carretera una pareja de guardias civiles que, como yo, habían oído los gritos y acudían á prestar socorro.

—¡Ah! Respiro.

—Además, yo iba montado en un buen caballo, y si al hombre del puñal se le hubiera ocurrido atacarme, le hubiera sido difícil alcanzarme, porque ya supondrás que no iba yo á hacerle cara á un loco que llevaba en la mano derecha una faca ensangrentada.

—¿Luego aquel hombre era un loco?—preguntó la baronesa, vivamente interesada en el relato.

—Sí, querida; un pobre loco escapado del manicomio de Leganés, adonde le habían conducido los celos; un pobre loco, casado y con una preciosa niña de ocho años, que acababa de degollar á la mujer y partir el corazón de su hija de una terrible puñalada.

—¡Oh, qué horror! ¿Y tú viste esa espantosa escena?

—Llegué en el mismo momento en que acababa de cometerse el doble asesinato; como que oí los últimos gritos de las víctimas pidiendo socorro.

La baronesa estaba extremadamente pálida, y no comía, porque el sangriento relato le oprimía el corazón, inquietando su conciencia.

Don Andrés, sonriéndose con bondad, añadió:

—Mientras la Guardia Civil sujetaba y ataba codo con codo al asesino, que no hizo la menor resistencia y que continuaba riéndose á carcajada tendida, yo eché pié á tierra y me asomé á la puerta de la casa. Imposible sería, querida Isabel, describirte el cuadro que se presentó ante mis espantados ojos. Sobre el duro pavimento, tendidas en medio de un charco de sangre, se hallaban una mujer, joven aún y bien parecida, y una niña de siete á ocho años. La mujer tenía casi separada la cabeza del tronco, y la niña una enorme puñalada en el pecho.

La baronesa se llevó una mano á la frente, como si se le desvaneciera la cabeza, y dijo:

—Es espantoso lo que me cuentas.

—Ya lo creo, hija mía; y más espantoso te parecerá al

saber que aquella pobre esposa degollada era inocente de toda culpa.

—¿Era inocente?...

—Sí; pero ¿quién convence á un celoso que se ha vuelto loco y que se escapa del manicomio con la idea del crimen aferrada en el cerebro? Nadie. Sería una empresa irrealizable.

—Y esa mujer, y esa pobre víctima ¿no tiene más hijos?...—preguntó temblando la baronesa.

—Esa fué la primera pregunta que yo dirigí á la Guardia Civil, y me contestaron que no. Entonces les entregué una tarjeta mía, diciéndoles que los gastos del entierro de la madre y de la hija corrían de mi cuenta.

—Has hecho bien, Andrés; has hecho bien.

—He hecho lo último que podía hacerse por esas desgraciadas, ya que la casualidad me condujo hasta la puerta de su casa en un momento tan dramático. Luego supe por la Guardia Civil que la mujer del loco era una pobre lavandera que todos los domingos iba á Leganés á llevarle á su marido ropa limpia y tabaco, y que tenía fama de honrada y mujer hacendosa.

—¿Y sin embargo, su marido la asesinó?

—¡Qué quieres! Se había vuelto loco de celos, y desde el momento en que perdió la razón la idea de un crimen germinaba en su trastornado cerebro. Encontró una ocasión, se escapó del manicomio, llegó á su casa, y la fatalidad hizo lo demás. Pero veo que te ha entristecido mi relato, y lo siento.

—Sí; ¿para qué negarlo? me siento afectada. Los nervios me están dando un mal rato.

—Como que he sido un imprudente relatándote ese espantoso crimen á la hora del almuerzo.

—No, no, esto no es nada; una taza de flor de tila bastará para tranquilizar mis nervios.

El barón tiró del llamador de la campanilla, y dijo al criado:

—Que venga una de las doncellas de la señora baronesa.

Poco después se presentó Micaela.

La baronesa pidió permiso á su esposo para retirarse, y cogiéndose del brazo de Micaela, salió del comedor.

Don Andrés continuó sentado en el mismo sitio y tomando café.

De vez en cuándo sus labios se dilataban formulando una sonrisa, mientras que por su imaginación cruzaban estas ideas:

—Parece que el relato le ha producido gran efecto; pero Isabel es una mujer perseverante en la culpa, y además me cree á mí á cien mil leguas de volverme loco y doscientas mil de tener celos. ¡Ah! Grande va á ser su sorpresa cuando, enseñándole la careta de raso blanco que ella indudablemente ha olvidado, le dé el calificativo que merece. Calma por ahora, Andrés, y demos tiempo al tiempo.

CAPITULO VIII.

La casa de los locos.

A la mañana del día siguiente el barón de Morgal salió á paseo á caballo.

Durante la noche le había asaltado la idea de visitar al pobre demente en su encierro del manicomio de Leganés.

A pesar del espantoso crimen que había cometido aquel hombre, le interesaba. Había entre ellos ciertos puntos de contacto, porque á un hombre celoso que llega hasta el extremo de volverse loco, podrá acusársele de todo menos de falto de decoro, porque los celos no son otra cosa que la dignidad desarrollada en un grado superlativo.

Salió, pues, el barón de su casa antes de las ocho de la mañana, y tomó el camino de los Carabancheles ensimismado en sus cavilaciones.

Como el caballo tenía esa sangre árabe inquieta, que tanto regocija á los aficionados á la equitación, tomó el trote al salir de la cuadra y no lo dejó hasta llegar á Leganés;

bien es verdad que su amo no se había apercibido del paso que llevaba su caballo.

Al entrar en el pueblo, en donde el barón no había estado nunca, preguntó á una mujer por el establecimiento de locos.

—Pues á la vuelta de esa esquina verá usted una casa muy grande, y allí es.

El barón llegó al manicomio, echó pié á tierra y preguntó al portero por el señor director del establecimiento.

El portero, al ver un señor tan bien portado y que tan hermoso caballo montaba, le saludó con afabilidad, y le dijo que el señor director estaba en su despacho.

—¿Dónde podría dejar mi caballo mientras hablo con el director?—preguntó el barón.

—Pues en la cuadra de la casa,—contestó el portero.

Don Andrés entregó las bridas del caballo al portero, dándole al mismo tiempo un duro, y entró en el despacho del director, que se hallaba escribiendo; y al oir ruído de pasos, levantó la cabeza, saludando al recién venido.

—Ruego á usted me dispense si vengo á importunarle,—dijo el barón.

—En estos establecimientos, caballero,—contestó el médico ofreciéndole una butaca,—es un deber recibir á cualquiera hora del día ó de la noche á las visitas que nos favorecen: estoy por lo tanto á sus órdenes.

Don Andrés saludó con un ligero movimiento de cabeza, y dijo:

—Por fortuna, no tengo en este piadoso asilo á ningún pariente ni persona allegada, pero me intereso por un des-

graciado á quien apenas conozco; y como soy rico, vengo á ver si es posible aliviar su triste suerte.

—Usted dirá quién es ese desgraciado, y haremos todo cuanto se pueda por complacer á usted,—añadió el médico.

—En este momento no recuerdo su nombre; pero usted sabrá quién es tan pronto como le diga una terrible y sangrienta circunstancia. Es un pobre loco que asesinó ayer á su mujer y á su hija.

—¡Ah! Entonces es Nicasio de quien usted me está hablando. En buen lío nos ha metido: por lo pronto, están en la cárcel dos de los enfermeros encargados de la custodia del patio donde estaba Nicasio; yo también me veré envuelto en la causa si Dios no lo remedia. Afortunadamente, y cuando Nicasio se escapó sin saber cómo, me hallaba yo en Madrid, adonde me había llamado el director del ramo para consultarme unas reparaciones que se van á hacer en este establecimiento. Eso me libra en parte de responsabilidad; pero crea usted que el tal Nicasio nos dió el día, y hoy vienen los periódicos tronando contra mí y los demás dependientes del manicomio.

El barón dejó que el médico desahogara todo el mal humor que la fuga de Nicasio le había causado, y cuando le supuso más tranquilo, añadió:

—Comprendo que para usted ha sido un gran disgusto, pues ese espantoso crimen tendrá dolorosa resonancia en toda España.

—Además del gran disgusto, es probable que me vea precisado á hacer dimisión de director del manicomio.

—Usted está libre de toda culpa.

—No me remuerde la conciencia, aunque deploro lo que ha sucedido. Pero ¿usted conocía á Nicasio?

—No señor.

Aquí el barón contó cómo la casualidad le había conducido hasta las puertas de la casa en donde el celoso loco cometió el doble crimen que ya hemos relatado, y terminó añadiendo:

—La curiosidad y el interés que me inspira ese desgraciado, y al mismo tiempo el deseo de aliviar si es posible su tristísima suerte, me han conducido hasta aquí, y quisiera verle, si no hay inconveniente alguno.

—Absolutamente ninguno; su locura está tan probada, que lo trajeron ayer mismo sin orden de incomunicarle, porque sería inútil. Por precaución se le ha puesto la camisa de fuerza y se le ha encerrado en una jaula-calabozo, y allí está tan indiferente como si nada hubiera hecho.

—¿Y es verdad que su mujer era tan honrada y tan buena como me aseguró la Guardia Civil?—preguntó el barón.

—Sí señor, una buena mujer á toda prueba. Aquí, caballero, conocemos á los parientes buenos y á los parientes malos de los enfermos. La Bernarda era una santa; trabajaba toda la semana lavando ropa en el río, y los domingos á las dos de la tarde se presentaba aquí con su hija, aunque cayeran rayos, á traerle á su infeliz marido ropa limpia y tabaco. Además, me dejaba á mí alguna pesetilla para que le compráramos tabaco si se le concluía durante la semana, porque los locos fuman mucho como gente distraída. Era de ver la santa paciencia de la infeliz Bernarda. Algunas veces su marido, aprovechando alguna distracción de los empleados,

la golpeaba; pero ella decía con los ojos llenos de lágrimas: «Pobrecito, no sabe lo que se hace; no le castiguen ustedes, apenas me ha hecho daño.»

—Oí decir que los celos eran la causa de su locura,—preguntó el barón.

—Sí señor; pero unos celos infundados, irreflexivos,—repuso el doctor;—la gente de los lavaderos y de los ventorrillos conocían el flaco de Nicasio, y de broma requebraban á su mujer. Por divertirse le levantaban de cascos, y poco á poco fueron con sus bromas groseras extraviando la razón del pobre celoso, hasta que al fin un día estuvo en poco que no matara á su mujer y á un hombre que se hallaba hablando con ella. Los tiró á los dos al río y se metió él luego, dispuesto á ahogarles. Entonces, como medida de precaución y temiendo que el día menos pensado sucediera una catástrofe, lo trajeron aquí, loco rematado. ¡Ah! Los que han puesto al pobre Nicasio en la situación en que se encuentra, si son hombres de conciencia, deben tener remordimientos.

En la entonación del médico se comprendía el vivo interés que le inspiraba Nicasio.

—Lo demás que ha sucedido ya lo sabe usted mejor que yo, caballero, y crea usted que lo lamentaré toda mi vida.

—Sí, sí, ha sido una desgracia. ¿Y dice usted que no se muestra arrepentido de lo que ha hecho?—añadió el barón.

—No señor; está tan tranquilo, y me atrevería á decir que está contento, porque se cree el infeliz que ha muerto al amante de su mujer. Su alegría hace daño.

—¿Podría yo verle? No sabe usted el interés que me inspira ese desgraciado.

—Le acompañará á usted un empleado, y cuando termine el parte que estoy escribiendo iré á reunirme con usted.

El doctor tocó un timbre, y poco después apareció un hombre alto, fornido, vestido de negro, y con una gorra con galón de oro.

—Rodríguez,—le dijo el médico,—el señor desea conocer al pobre Nicasio; acompáñele usted y estése allí hasta que yo vaya.

—¿No entraremos en su calabozo?—preguntó Rodríguez.

—No; desde la parte de afuera de la reja se le ve y se le puede hablar perfectamente.

—Entonces, cuando usted guste, caballero.

El barón y el capataz salieron del despacho, y después de atravesar un patio bastante grande, en donde se hallaban tomando el sol pacíficamente algunos enfermos, entraron en un corredor.

—¿Y son locos todos esos que hemos visto?—preguntó el barón, dándole á Rodríguez un tabaco.

—Todos, menos los tres ó cuatro que llevan gorra con galón de oro y blusa de percalina negra, que son empleados.

—Parece gente inofensiva; nos han saludado con cierta humildad.

—Sí señor; son locos pacíficos, cuya monomanía no hace daño á nadie,—contestó Rodríguez encendiendo el cigarro.—No sucede lo mismo en este corredor, porque aquí es el departamento de los furiosos. Le prevengo á usted que si alguno saca la mano por entre los hierros de su reja no le dé usted la suya, aunque le salude á usted sonriéndose. No conviene fiarse de esta gente.

—No olvidaré la advertencia,—contestó el barón.

En la primera jaula había un hombre con los cabellos blancos, el rostro demacrado y lívido, los ojos hundidos y brillantes, que se movían con una rapidez increible dentro de sus órbitas.

Aquel pobre viejo llevaba un traje tan roto, que hubiera sido imposible definirlo.

Con sus secas y arrugadas manos se hallaba cogido á uno de los hierros de la reja, y agitaba de un modo tan violento todo su cuerpo, que por su frente lívida caía gota á gota el sudor.

—¡Infeliz!—dijo el barón, deteniéndose involuntariamente delante de la reja.

El loco hablaba en voz baja, pero con un acento tan bronco, que demostraba el mal estado de su garganta. Las palabras que pronunciaba iban ligadas las unas á las otras de tal modo, que apenas se le entendía, formando un murmullo cavernoso que daba lástima. No hacía caso de los que le miraban.

—¿Quién es este infeliz?—preguntó Morgal.

—Un sabio que á fuerza de investigar las cosas de tejas arriba se olvidó que vivía en la tierra y perdió la razón. Es un loco originalísimo; en este departamento hay dos á cual más notable.

—¿Y está siempre dando ese movimiento á su cuerpo?

—Siempre, exceptuando el poco tiempo que emplea en comer y en dormir.

—¡Qué estado tan deplorable!

—Pues esa ropa que usted ve hecha girones hace cuatro

días que se la pusieron nueva, porque es rico y su familia no le abandona..

—De modo que se la rompe adrede.

—Lo primero que rompe son las mangas.

—¿Y qué locura es la suya?

—De las más originales: dice que es el encargado por Dios de mantener el equilibrio de los mundos, y que le da vueltas á la tierra para sostenerla en el vacío, pues de lo contrario, caería sobre otro planeta, aplastándose como una tortilla. Verá usted.

Y Rodríguez, acercándose á la reja, dijo:

—¡Hola, don Aureliano! ¿Quiere usted un cigarrillo?

—No tengo tiempo para fumar... ¡Pobre de tí y de todos los habitantes de la tierra si yo soltara este eje y me pusiera á fumar! Al momento quedaríais aplastados; pero yo no trabajo por vosotros, raza de estúpidos, sino por mí, que no quiero morirme. ¡Ah! Bien podéis dar gracias á Dios, porque el día que yo me canse y abandone este eje, la tierra se convertirá en polvo y sus habitantes en líquido.

Verdaderamente causaba fatiga oir y ver á aquel pobre anciano: su movimiento incesante producía mareos.

El barón, afectado, continuó la marcha por el corredor. Una voz le llamó la atención: esta voz decía.

—Cuarenta grados bajo cero... pleno estío... ¿qué sería del mundo si hubiera dos inviernos seguidos sin verano?.. Su muerte: afortunadamente, mi barómetro es infalible.

El barón volvió la cabeza y vió á un hombre de cuarenta años sentado en el suelo de su jaula, con el brazo derecho arremangado y mirándoselo con gran fijeza.

—¿Quién es este infeliz?—preguntó el barón.

—Un mecánico; asegura que tiene el brazo derecho lleno de azogue, y que es un termómetro que marca los grados de calor y de frío. Se pasa la vida mirándose el brazo y hablando solo; es incurable, tiene accesos terribles, y por eso no se le permite pasear por los jardines.

Siguieron adelante.

CAPITULO IX.

Continuación del anterior.

Tres jaulas más allá estaba la de Nicasio.

—Aquí es,—dijo Rodríguez deteniéndose.

Nicasio, envuelto en una manta, se paseaba tranquilamente por su jaula.

Al oir la voz del capataz se detuvo, y dijo con tranquila entonación:

—¿Sabe usted, amigo Rodríguez, que ya lo escabeché?

—¿A quién, amigo Nicasio?—le preguntó el capataz.

—Pues nada; al querido de mi mujer. Ahora ya no se reirá de mí; porque los muertos no se ríen. ¿No es verdad?

—¡Qué se han de reir! No están para esas cosas.

—¡Valiente *puñalá!* Una sola... Tengo yo buena mano. ¡Qué par de besugos! Ella y él... los dos juntos.

Nicasio soltó una ruidosa carcajada; pero de pronto se contrajo su semblante de un modo espantoso, y mirando al barón con fijeza, preguntó con seca entonación:



Lit. de Palacios. Arenal, 27. Madrid

—Un amigo!... Yo no tengo amigos!

—¿Quién es ése?

—Un amigo que viene á verte,—le contestó Rodríguez.

—¡Un amigo!... Yo no tengo amigos, porque los que tuve se reían de mí. Será un amigo de mi mujer.

Y al decir esto, se abalanzó sobre la reja con tal furia, que el barón instintivamente retrocedió dos pasos.

—No, hombre, no,—repuso el capataz.—El señor no conocía á tu mujer; pero ha sabido tu proeza y viene á darte un cigarro.

Nicasio fué desarrugando poco á poco el ceño, y acabó por sonreir, diciendo:

—Eso es otra cosa: venga el cigarro.

El barón sacó cuatro ó cinco cigarros de la petaca y se los dió.

—Buenos parecen,—repuso el loco.

—Pocos habrás fumado como esos en tu vida,—añadió Rodríguez encendiendo un fósforo para que Nicasio encendiera su tabaco.

Durante un momento Nicasio no se ocupó de otra cosa que de chupar con delicia el cigarro.

Mientras tanto, el barón le miraba con fijeza.

Nicasio era un hombre de treinta años; alto, bien formado, de facciones varoniles y enérgicas. El color de su rostro era moreno; su barba y su cabello, negros. Aquel hombre, bien vestido y bien alimentado, hubiera pasado en el mundo por un buen mozo.

Nicasio miró el cigarro por todas partes riéndose, y por fin dijo:

—¿Dónde compras estos cigarros tan buenos?

—Si le gustan á usted, yo procuraré enviarle una caja,—dijo el barón, que comenzaba á sentirse afectado.

—¡Una caja!—repitió el loco.—¿Y por qué quieres darme una caja de cigarros?

Y Nicasio, moviendo la cabeza, volvió á decir:

—Un hombre casado con una mujer bonita como Bernarda, no debe admitir cigarros de nadie, porque el que toma á dar se obliga.

Y Nicasio tiró el cigarro contra la reja, y se puso á dar paseos y á hablar en voz baja y á hacer gestos.

—No he visto un loco más tenaz en su monomanía; todos los obsequios que se le hacen cree que son de amantes de su mujer,—dijo Rodríguez.

—Se conoce que ese infeliz quería mucho á su esposa,—añadió el barón.

—Con delirio; pues los celos le han conducido á la locura.

—Celos infundados, según se asegura.

—Es de suponer; porque la pobre Bernarda era muy buena.

—¿Y se tiene esperanza de que cure de su locura?—preguntó el barón.

—Esperanza siempre se tiene, ó por lo menos se debe tener, porque en estas casas se ven cosas muy raras. Recuerdo un pobre loco, que después de pasar muchos años en el manicomio de San Baudilio del Llobregat sin que los médicos tuvieran ya esperanza de curarle, un día se cayó por las escaleras y se hizo una gran herida en la frente. Se llamó por telégrafo á su madre, que estaba en Barcelona; vino la pobre mujer y se sentó á la cabecera de la cama de su hijo, á quien

todos creíamos muerto; pero por fin cedió su desmayo, y al abrir los ojos conoció á su madre y le dijo: «¡Ay, madre mía, qué sueño he tenido tan malo; he soñado que me había vuelto loco!»

—¿Y ese hombre se curó?

—Sí señor, radicalmente, después de ocho años de enfermedad y una demacración que daba lástima. Su madre se lo llevó á Barcelona bueno y sano.

El director del establecimiento apareció al extremo del pasillo.

Nicasio continuaba paseando, haciendo gestos y hablando en voz baja.

Cuando el médico llegó delante de la reja, dijo, mirando al loco:

—Me parece que comienza el acceso, y en tal caso será inútil preguntarle nada, pues jamás contesta.

Y luego, dirigiéndose al barón, añadió:

—¿Le habrá tomado á usted por uno de los queridos de su mujer?

—Sí; ese desgraciado no piensa más que en sus celos.

—Son su idea fija.

—Señor director, me he interesado por ese infeliz, y quisiera aliviar su triste suerte.

Y el barón, sacando una tarjeta, se la presentó al médico, añadiendo:

—Autorizo á usted para que le suministre al pobre Nicasio todo cuanto necesite. Con un recibo de usted pagaré la cantidad que en él se me consigne.

—Doy á usted las gracias, señor barón, en nombre de ese

infeliz; y procuraré complacerle á usted en todo aquello que yo pueda; aunque si recobra la razón, temo que más tarde ó más temprano, al saber el crimen que ha cometido, se suicide, porque amaba á su mujer y á su hija con delirio.

El médico dió un golpe en los hierros de la reja como para llamar la atención al loco, y dijo:

—Nicasio, da las gracias á este caballero, que se interesa por tu suerte.

El loco siguió refunfuñando en voz baja y paseándose.

—Es inútil; lo menos en tres horas no contestará á nadie.

El barón y el médico volvieron al despacho, y allí se despidieron.

Poco después Morgal se dirigía al trote de su caballo hacia Madrid, preocupado con las escenas que había presenciado en el manicomio de Leganés.

Cuando llegó á su casa, bajo la impresión de la triste y desgarradora historia de Nicasio, se encerró en su gabinete para pensar de nuevo en sus celos.

—¿Seré un hombre tan obcecado como ese infeliz loco?—se preguntaba dejándose caer en una butaca.—No, no; Isabel me engaña, me vende. Yo me vengaré.

Y dejando asomar á sus labios una sonrisa fría, añadió:

—Sólo que yo, gracias á Dios, no estoy loco como Nicasio, y haré las cosas de otro modo. Su crimen ha sido brutal, espantoso. Mi venganza será justa.

Aquí llegaba en sus meditaciones el barón, cuando oyó unos golpecitos en la puerta del gabinete.

—Adelante,—dijo don Andrés.

La puerta se abrió y se presentó Micaela, la doncella de confianza de la baronesa.

Micaela se quedó parada delante de su amo, y sonriéndose.

El barón la miró también, y una idea cruzó por su cerebro: comprar á aquella mujer.

—¿Qué ocurre?—le dijo el barón.

—La señora baronesa me manda á preguntar á vuecencia si almuerza con ella, porque después de almorzar tiene que salir á hacer algunas compras.

—Dile que voy al momento al comedor,—contestó don Andrés sin atreverse á abordar la cuestión.

Micaela saludó y salió del comedor sonriéndose.

—Esa sonrisa parece una burla dedicada á un esposo confiado,—se dijo el barón;—pero ¡ay de ellos el día que el barón de Morgal se despierte y extienda las manos sobre su presa!

El barón se levantó de la butaca, procuró serenarse, y luego, con tranquilo paso y el semblante risueño, entró en el comedor, en donde le esperaba su esposa.

Don Andrés sabía fingir tan perfectamente, que Isabel nada observó que pudiera llamar su atención.

Durante el almuerzo, sólo se habló de la expedición de caza. La baronesa había colocado sobre un sofá del comedor su elegante y caprichoso traje de cazadora, sus botas de charol, y su airoso sombrero de fieltro adornado con dos plumas de faisán.

Tenía también allí una preciosa escopeta austriaca fabricada por *Levedam,* de un cañón, cuya caja y llaves se

veían incrustadas con cabecitas de perro, de jabalí, de venado y otros adornos de oro.

El barón lo había examinado todo con detenida complacencia, y encontrado de muy buen gusto el traje y el sombrero.

En cuanto á la escopeta, después de *piñonear* la llave como hombre práctico en armas, dijo:

—Buena llave; pero te prevengo que está *al pelo,* y si no tienes cuidado, puede escaparse algún tiro.

—Si tú fueras un esposo galante,—añadió Isabel apoyando uno de sus brazos en el hombro derecho de su marido,—me enseñarías el manejo de la escopeta, como hizo ayer sir Arturo Pik con la vizcondesa Irene, que se pasaron toda la mañana haciendo ejercicios de fuego en el jardín; porque te prevengo que yo quiero ir á los ojeos, y tiraré á todo lo que se presente delante de mí.

—Pues entonces, pobres ojeadores; no será difícil que les rocíes el cuerpo con los perdigones de tu escopeta.

—¿Tan torpe me juzgas que confunda á un ojeador con una liebre?

—Torpe no, hija mía; ya sé yo que no lo eres; pero sí un poco aturdida; y cuando el ojeo se halla en sus postrimerías y los conejos acobardados se agarban entre las matas, si el cazador no es muy sereno, corren peligro los pobres hombres que por cinco reales y un rancho de arroz con bacalao están de sol á sol corriendo el monte para que se diviertan los señoritos que les pagan.

—Pues bien, ya que tú eres cazador viejo, dime lo que he de hacer.

—No tengo inconveniente, aunque de eso deberían haberse encargado los monteros mayores de nuestra expedición Alejandro de Robledano y Arturo Pik.

—Pik ya tiene una discípula,—añadió Isabel riéndose.

—Queda Alejandro,—repuso el barón.

Por confiado que sea un marido, cuando su mujer le engaña, procura ahuyentar de él toda sospecha, todo recelo; por eso sin duda al oir el nombre del que tanto amaba, hizo una mueca de indiferencia, y dijo:

—No tengo pretensiones de adquirir fama de cazadora, como Diana; por consiguiente, me basta con que tú me des algunas lecciones que me sirvan para matar algunas piezas en la expedición que proyectamos, porque luego quién sabe si volveré á cazar nunca.

—Hay muchas damas cazadoras en todos los países.

—Sí, las que empezaron á cazar desde niñas. No temas que se desarrolle en mí esa afición.

—Pues bien, esta tarde si quieres iremos al campo á probar tu escopeta y ver qué blancos haces,—añadió el barón.

—Aceptado: te cojo la palabra, y esta tarde eres mío.

—Lo soy siempre,—contestó Andrés.

LIBRO XIV.

EN BUSCA DE LA VERDAD.

CAPITULO PRIMERO.

Desventajas del bello sexo.

Todas las noches, cuando Gabriela se retiraba á su dormitorio, al verse sola exhalaba un suspiro, y se decía:

—¡Hoy tampoco!

Esta exclamación, que brotaba de su alma, era seguida de multitud de comentarios que apartaban el sueño de sus ojos.

Gabriela no podía explicarse la conducta de Alejandro, de aquel hombre á quien tanto amaba, y á quien ella creía cien codos más alto que el nivel vulgar de los hombres.

Buscaba en las horas de soledad y retraimiento la causa de aquella ausencia; le parecía inexplicable la conducta de Alejandro.

Preguntándole á su conciencia, nada le decía que pudiera obligarla á inclinar la frente, porque nada había hecho indigno de ella. No encontraba en su conducta el acto más inocente que echarse en cara; pero al mismo tiempo com-

prendía que había una causa poderosa, la cual obligaba á Alejandro á huir de ella.

Una joven honrada y virtuosa, de esas que no traspasan nunca la línea que les impone su decoro y su buena reputación, sufre lo que no es decible si llega á encontrarse en la situación que se encontraba Gabriela.

¿Cómo desvanecer aquella nube que empañaba el sol de su felicidad?.. ¿Cómo disipar aquellas dudas que la atormentaban?.. ¿Era posible que ella fuera á buscar á Alejandro para decirle: por qué no vienes á visitarme como antes? ¿por qué huyes de mí?.. ¿qué te he hecho yo que pueda motivar tu extraña conducta?..

¡Ah! Eso no lo hace nunca una joven honrada que estima su dignidad y su decoro. En semejantes casos, se calla, se llora, se sufre, se muere.

Al hombre, por el contrario, se le permite todo para conseguir el descubrimiento de la verdad, sin que padezca su honra; grandes ventajas del sexo fuerte sobre el sexo débil.

Los israelitas dicen en una parte de sus oraciones: «Bendito seas, Dios, que me has concedido el privilegio de nacer hombre librándome de la vergüenza de nacer mujer.» Esto tiene algo de exàgeración, pero tiene también un fondo de amarga verdad.

En los países civilizados, la mujer tiene los mismos derechos y prerrogativas que el hombre; pero la educación le impone otros deberes, á los que no puede faltar sin menoscabo de su decoro, y con esa pérdida de decoro no transige jamás el hombre.

Para el hombre todo es tolerancia, para la mujer rigor.

Las culpas que el hombre comete se comentan la mayor parte de las veces con una sonrisa de satisfacción en los labios, las que comete la mujer con un gesto de disgusto, que envuelve una amenaza.

La mayor parte de los hombres que viven en sociedad, que frecuentan los centros donde reina la animación y el bullicio se hallan fuera de la ley, si se cumpliera el Código.

¿Qué hombre joven, robusto, que siente hervir la sangre dentro de sus venas, no ha deseado la mujer de su prójimo y ha hecho todo cuanto ha podido por conseguirlo?.. Pues bien, á ese hombre le impone el Código tres años de presidio; y sin embargo, la sociedad, en vez de mandarle á una casa de corrección para que expíe su delito, le envidia, le admira y le aplaude, llamándole don Juan Tenorio; tipo legendario de la depravación y el escándalo.

El hombre, la mayor parte de las veces, desconociendo que falta á su decoro, se alaba entre sus amigos, y dice: yo he sido el amante de esa mujer.

La mujer jamás pregona sus debilidades en voz alta, porque en ella, por más que lo duden sus detractores, reside dentro de su alma un sentido moral más firme que el del hombre.

Sólo una ramera, una mujer pública que vende sus cariños por una moneda de plata ó de oro, hace alarde de sus vicios.

La joven virtuosa que ama á un hombre, que le ha visto pasar por delante de ella fascinándola, enloqueciéndola, muere antes de decirle: yo te amo.

Se dice que las mujeres tienen mil recursos para demos-

trar la pasión que les domina sin emplear la palabra. ¡Ah! Es cierto, tratándose de algunas mujeres; pero las jóvenes castas y pudorosas no tienen ninguna.

Por eso Gabriela pasaba las noches sin sueño y los días sin alegría; por eso sus sufrimientos aumentaban á manera que trascurría el tiempo, sin saber la causa de la inexplicable conducta de Alejandro.

La mañana que nos ocupa, Gabriela, más pálida que de costumbre, se encaminó desde su dormitorio al comedor.

La mesa estaba puesta, pero no había nadie.

Gabriela se sentó en una butaca junto á la chimenea, y maquinalmente cogió un periódico para matar el tiempo hasta que llegaran su maestro y su abuelito.

Gabriela, como la mayor parte de las mujeres, no leía de los periódicos más que la sección de noticias y de espectáculos.

Se puso, pues, á leer con la indiferencia del que no espera encontrar distracción en la lectura, pero de pronto sus finas cejas se arquearon y un estremecimiento general agitó su cuerpo.

Siguió leyendo, y al terminar el suelto que indudablemente le inspiraba un gran interés, se sonrió de un modo triste, y se dijo.

—Sí, ésta es la causa; debía haberlo sospechado antes.

Gabriela dobló el periódico y se lo guardó en el bolsillo de la bata.

En aquel momento el maestro Ferrán entró en el comedor.

—¿Por que no me has avisado?—dijo, dándole un beso en la frente á su discípula.

—Acabo de llegar en este momento.

—El abuelito dice que se encuentra tan bien en la cama que no piensa levantarse, y que almorzará allí.

—¿Está malo?—preguntó Gabriela.

—No, hija; está como siempre, debilitado por el enorme peso de sus setenta y ocho años; luego de almorzar debes ir á verle; tu presencia le reanima siempre.

Ferrán se había fijado en la extremada palidez de su ahijada; pero se sentó á la mesa, afectando un buen humor que no sentía.

Gabriela se sentó enfrente de su maestro.

—¿Cómo estamos de apetito?—le preguntó Ferrán, haciendo seña á un criado para que les sirvieran el almuerzo.

—Poco, como siempre.

—No, como siempre no, di como de algún tiempo á esta parte,—añadió el maestro, esforzándose por sonreirse.

—Es verdad, antes comía mejor; voy creyendo que no me prueban las aguas y los aires de Madrid,—repuso Gabriela.

—Pues, hija mía, para cantar es preciso comer bien y comer carne.

—Precisamente es lo que menos me apetece.

Comenzaron á almorzar, y durante algunos minutos reinó profundo silencio en derredor de la mesa.

Gabriela apenas comía: destrozaba los manjares con el tenedor y el cuchillo.

Ferrán la miraba á hurtadillas.

De pronto el maestro levantó la cabeza, y dijo:

—Pero no comes nada, Gabriela, y no es posible conti-

nuar así. Recuerda que esta noche has de cantar *Los Hugonotes*, y no es posible cantar una ópera de esas condiciones con el cuerpo débil y el estómago desfallecido.

Gabriela dejó caer el tenedor que tenía en la mano, y dos lágrimas se desprendieron de sus ojos, rodando por las mejillas.

Ferrán se quedó mirándola con una expresión de profunda ternura; en aquella mirada se revelaba el inmenso amor que su alma sentía por aquella pobre niña, á quien llamaba y quería como á una hija.

El maestro dejó también el tenedor y la servilleta sobre la mesa, y dijo con sentido acento:

—Está bien. Esta misma tarde procuraré romper el contrato con la empresa del teatro Real, pues continuando así, ni tú puedes cantar, ni yo debo consentir que cantes.

Gabriela se cubrió el rostro con las manos, y prorrumpió en un amargo lloro.

—¿Tanto le amas, Gabriela, que no sabes dominarte y despreciarle?

—¡Ah, padre mío!... Le amo con toda mi alma... y quisiera aborrecerle, pero no puedo.

Este grito que se escapó del corazón de Gabriela, causó un terrible efecto á su padre adoptivo.

—¡Pero, desgraciada!..—le dijo levantándose.—¿Qué piensas hacer, si él huye de tí?.. ¿vas á ir tú á buscarle? ¿á decirle que le amas, que no puedes vivir sin su amor? ¡Ah! No, no y mil veces no; antes de consentirte semejante bajeza, tal vergüenza, le buscaré y le mataré.

Y Ferrán, desde la silla que ocupaba en la mesa, fué á

sentarse en una de las butacas que se hallaban junto á la chimenea.

Gabriela se levantó también de su silla, fué adonde estaba su maestro, y arrodillándose, le cogió una mano y se la besó, diciendo en voz baja.

—¡Perdón, padre mío!

Ferrán la miró un momento con ternura, luego la levantó del suelo, la condujo hasta la mesa cogida de una mano, la sentó en una silla, y él ocupó la suya, diciendo:

—Vamos, no ha pasado nada; almuerza hija mía... come algo, por Dios, pues temo que esta noche no tengas fuerzas para cantar *Los Hugonotes*.

Pero ¡ay! cuando la inapetencia se apodera de una criatura, ¡de qué sirven los esfuerzos! es imposible comer. El paladar encuentra amargos los manjares más exquisitos, y el estómago rechaza los alimentos más sanos.

Continuaron almorzando en la apariencia, y no hablaban, porque Ferrán, que era muy cuidadoso de las buenas formas, no quería que sus criados se enteraran de aquel disgusto de familia, que le había hecho por un momento olvidarse de sí mismo.

Una vez terminado el almuerzo, Ferrán ofreció el brazo á su discípula, y le dijo en voz baja:

—Vamos á mi sala de estudio; tenemos que hablar.

Gabriela siguió á su maestro.

CAPITULO II.

El suelto de un periódico.

Ferrán cerró la puerta de su sala de estudio, condujo á Gabriela hasta un sofá, y se sentó á su lado.

—Aquí nadie puede oirnos, y vamos á hablar con el corazón, porque ya comprenderás, hija mía, que no es posible seguir mucho tiempo del modo que nos encontramos... La salud, ese don precioso de la criatura, se pierde fácilmente haciendo lo que tú haces; el que no duerme, el que no come, el que tiene siempre un pensamiento fijo y nada le distrae, acaba por enfermar. Háblame, pues, con el alma; pon en mí tu confianza, porque te amo tanto, que estoy dispuesto á sacrificarte hasta mi dignidad, con tal de verte feliz.

Los ojos del maestro Ferrán se habían llenado de lágrimas, porque amaba á su discípula como á una hija.

Gabriela rodeó con sus brazos el cuello de su maestro, porque para ella Ferrán era un padre cariñoso y condescendiente, y dijo con sentido acento:

—No, padre mío, no perderá usted su dignidad por mí, ni permitiré que haga el menor sacrificio; la causa de la ausencia de Alejandro sé yo cuál es, y Dios querrá darme fuerza y resignación para olvidarle. Alejandro ama á otra mujer: preciso es que yo borre su nombre de mi corazón y de mi memoria.

—A otra mujer... ¿Y quién es esa mujer?

—La baronesa de Morgal.

Al oir este nombre, Ferrán se estremeció, porque sólo él sabía que Gabriela y la baronesa de Morgal eran hermanas.

—¡Imposible!—dijo Ferrán maquinalmente.

Gabriela se sonrió con tristeza, y sacando el periódico del bolsillo y poniendo el dedo sobre el suelto que poco antes había leído, añadió:

—Lea usted aquí, padre mío; pero lea usted en voz alta.

Ferrán cogió el periódico, y leyó lo que á continuación copiamos:

«Pasado mañana en el tren mixto de Zaragoza, saldrán para la expedición venatoria de que tanto se habla en los círculos aristocráticos estos días los señores barones de Morgal y algunos amigos que les acompañan.

»Los barones de Morgal han hecho en su palacio del monte de la Alcarria grandes reformas, en particular en el mobiliario, para hospedar dignamente á las personas que les acompañan.

»La fiesta cinegética promete ser digna de príncipes, y la matanza de caza fabulosa por la abundancia de liebres, perdices y conejos que en aquel monte se crían.

»La baronesa, reina de la fiesta, ha nombrado su monte-

ro mayor al célebre cazador de leones y panteras don Alejandro de Robledano, y segundo montero á sir Arturo Pik, secretario de la embajada inglesa.

»Les deseamos buen tiempo, buen humor y buena puntería.»

Ferrán dejó el periódico sobre una silla, y dijo procurando serenarse:

—En este suelto no encuentro el motivo para creer que Alejandro sea el amante de la baronesa de Morgal.

—Es que usted sin duda ignora que desde que Alejandro ha dejado de venir á mi cuarto, siempre que salgo á la escena le veo en el palco de la baronesa.

Y Gabriela, dirigiendo una mirada recelosa en derredor suyo como si temiera ser oída, añadió bajando la voz:

—Además, he recibido una carta.

—¿De Alejandro?

—No; es una carta-anónimo. De una persona que indudablemente me quiere y me compadece, y á quien debo estar muy agradecida, aunque no la conozco.

—Los anónimos, hija mía, no deben nunca agradecerse; el amigo leal da los consejos ó hace las advertencias frente á frente y de palabra, sin ocultar ni el rostro ni el nombre. Pero en fin, ¿quieres enseñarme ese anónimo? ¿Supongo que no tendrás inconveniente?

Gabriela, por única respuesta, sacó de su casto seno un papel doblado y se lo entregó á Ferrán, que se puso á leer lo que sigue:

«A la señorita doña Gabriela de los Angeles.

»Pobre niña, todo corazón, todo ternura y todo inocen-

cia; que no ve, porque está ciega, que Alejandro de Robledano la engaña.

»Sí, pobre Gabriela, no esperes que aquel á quien amas con todo tu corazón vuelva arrepentido y te pida perdón. No, no lo esperes, porque una mujer seductora lo ha envuelto en las redes de su amor, porque una mujer cuya mirada fascina y cuya sonrisa enloquece á los hombres, te lo ha arrebatado para siempre; y esta mujer se llama Isabel de Romelia; esta mujer es la baronesa de Morgal.

»Pobre Gabriela, olvida á Alejandro, porque él no te ha amado nunca, porque él sólo ama á la baronesa de Morgal, que se lo lleva á su monte sólo por separarle de tí.»

Ferrán terminó la lectura de la carta y la estrujó con su mano.

—¡Ah!—exclamó.—¿Dices que esta carta está escrita por un amigo?... Pues bien, Gabriela, yo te aseguro que esta carta está escrita por una mujer que te odia de muerte.

Gabriela miró con asombro á su maestro.

—Pero ¿qué sabes tú de perfidias y de traiciones? Tu alma inmaculada lo ve todo á través de ese cristal en donde sólo refleja la pureza.

Y cambiando de entonación, añadió:

—¿Tienes interés en conservar este anónimo?

—Ninguno.

—Pues entonces, lo guardo yo, y quién sabe si algún día descubriremos al autor ó á la autora de él, y así podré probarte que los amigos leales y verdaderos escriben de otro modo.

Y Ferrán, doblando cuidadosamente la carta y guardándosela en el bolsillo de pecho de la levita, añadió:

—Vamos, hija mía, no te desalientes, no te desesperes. ¡Quién sabe si todo esto no será otra cosa que una ligera nube de verano! Yo, á pesar de lo que tú me has dicho, y sobre todo desde que he leído el anónimo, voy creyendo que Alejandro no es tan culpable como tú lo supones; en sus ojos hay tal serenidad, en su frente tanta nobleza y tal generosidad en su conducta, que me cuesta mucho trabajo creer que es un infame.

Aquella defensa de Alejandro reanimaba el decaído espíritu de Gabriela.

—Pero ¿qué piensa usted hacer?—le preguntó.

—Lo que hacen siempre los hombres honrados: ir por el camino derecho, con la frente levantada y la verdad en los labios. Yo veré á Alejandro.

Gabriela exhaló un grito, cogió una de las manos de su maestro y se la besó.

—Ahora, hija mía, vete á pasar un rato con tu abuelito, que te estará esperando. Yo, mientras tanto, iré al teatro Real á ver si es posible cambiar la función de esta noche, pues no te hallas tú para cantar *Los Hugonotes;* luego veré á Alejandro, y confío que sabremos la verdad.

Gabriela se arrojó al cuello de su maestro, exclamando:

—¡Es usted el mejor de los hombres!

—Sí, sí; pero enjuga esas lágrimas, porque el pobre abuelito necesita poco para sobresaltarse.

Un momento después, el maestro Ferrán salió de su casa, dispuesto á llevar á cabo las dos comisiones poco gratas para él.

Todo empresario de compañías de ópera está acostumbra-

do á cambiar las funciones por repentinas indisposiciones de los cantantes, y aunque estos cambios mortifican en gran manera su formalidad y sus intereses, no le queda otro remedio que inclinar la cabeza y aceptarlos.

¿Quién obliga á un tenor ó á una *prima donna* á que cante por fuerza cuando se sienten un poco destemplados y se les empaña la voz? Eso es imposible: se rabia un poco y se cambia el título del cartel ó se suspende la función.

Durante la temporada sucede esto veinte veces lo menos, de modo que ni para el público ni para la empresa es una novedad que una tiple ó un tenor digan á las dos de la tarde, y á veces á las seis: «Hoy no puedo cantar, me siento malo, estoy ronco; que se cambie la función».

Esto sucedió aquel día. El maestro Ferrán en persona fué á decirle al empresario que Gabriela no podía cantar, y aunque cambiar *Los Hugonotes* por otra obra de *remedión* suponía para el empresario algunos miles de pesetas menos en su caja, fué preciso ceder y confesar que Gabriela de los Angeles era la tiple que menos indisposiciones sufría de todo el *repertorio* de tiples de ópera.

Desde el teatro el maestro Ferrán se dirigió á casa de Alejandro, y esta segunda comisión era para el célebre músico más desagradable y más difícil que la que acababa de desempeñar.

El criado que le abrió la puerta le dijo que don Alejandro no estaba en casa.

—¿Y no sabe usted si tardará mucho en volver?

—Lo ignoro; pero si es cosa que urge, llamaré al ayuda de cámara, y tal vez él lo sepa.

En aquella casa no había la costumbre de negar nunca al amo; así es que los criados eran afables y guardaban grandes miramientos á todo el que iba á preguntar por don Alejandro.

Ferrán tuvo que esperar escasamente un minuto: salió Pancho el mulato, que conocía al maestro, y le dijo:

—¡Ah! ¿Es usted, señor Ferrán? Mi amo sentirá mucho no haberse encontrado en casa cuando le diga que usted ha venido á verle.

—Volveré, si usted me indica la hora en que podré encontrarle,—añadió Ferrán.

—Eso es bastante difícil, por lo menos hoy,—contestó Pancho sonriéndose;—porque á estas horas no se halla en Madrid, y esta noche no come en casa.

—Entonces, ¿han adelantado esa expedición de caza que anunciaban los periódicos?

—No señor; pero según parece, ayer se improvisó una expedición campestre en casa de los señores barones de Morgal, y esta mañana á las ocho han salido para el Pardo, en donde pasarán el día, y á la vuelta comerán en casa de los barones. De modo que, aunque lo sienta mucho, no puedo decirle á usted con precisión á qué hora podrá usted verle.

—Volveré mañana,—añadió Ferrán contrariado;—tenga usted la bondad de decirle que he venido á verle.

Cuando Ferrán se halló en la calle, se dijo:

—¡Pobre Gabriela! Creo que ella y yo nos hemos precipitado un poco al creer que Alejandro era un hombre perfecto. ¡Si tendrá razón el anónimo!... En este mundo, por cada individuo que ama con el alma, hay un millón que aman con la materia. La baronesa de Morgal es una mujer hermosa,

provocativa, deslumbradora; lleva, pues, grandes ventajas para aturdir y fascinar á ese joven que, después de todo, sólo es un salvaje civilizado, un hombre de la naturaleza criado en las selvas de Africa.

Y Ferrán, exhalando un profundo suspiro, volvió á decirse:

—Es preciso que Gabriela le olvide; esto será bastante difícil, pero es preciso conseguirlo. Afortunadamente, el número de funciones por que nos hemos comprometido con la empresa del teatro Real terminará pronto, y desde Madrid iremos á San Petersburgo. Sí, sí, la ausencia, la separación en estos casos, es lo mejor. Dios quiera que Gabriela le olvide, aunque temo que eso sea muy difícil, porque es su primer amor, y le ama, según sospecho, con toda el alma.

Ferrán llegó á su casa, y se encerró preocupado en su gabinete.

CAPITULO III.

Una mujer más valiente que su amante.

Teresa esperaba con verdadera impaciencia á su amante Salvador Verdemar.

La inquietud de Teresa era lógica y fundada: su primo le había dicho: «Es preciso que Verdemar averigüe el paradero de Esteban Terreño; tengo necesidad de verle.»

Esta entrevista, si se realizaba, era una amenaza, ó por mejor decir, un gran peligro para Teresa y Salvador. Era preciso evitar que se vieran, que hablaran. ¿Pero cómo?

Esto era motivo de gran inquietud para Teresa, que, como hemos dicho, esperaba con impaciencia á Salvador.

Era de suponer que Esteban Terreño, que siempre lo conceptuaba como un aliado temible, se convirtiera en un enemigo irreconciliable al verse ciego.

¡Qué exigencias no serían las suyas para callar su secreto! Pondría un precio crecido, imposible, y lo vendería al que más pronto satisficiera sus exigencias.

En medio de esta lucha, de esta tempestad que batallaba en el cerebro de Teresa, flotaba una idea terrible: librarse por el veneno ó el hierro de semejante enemigo.

—Salvador ha sido un cobarde, rechaza mis consejos, tiene miedo. Hemos perdido la ocasión; cuando estaba en la casa de campo de Carabanchel; cuando la fiebre ponía en peligro su vida, entonces, entonces hubiéramos podido con gran facilidad deshacernos de él; pero ahora que se halla en su casa, ahora que está ciego, y por consiguiente vivirá más receloso, para conseguir mi pensamiento se presentarán grandes dificultades.

De estas sombrías ideas la distrajo una voz que dijo desde la puerta:

—¿Da usted permiso, señorita Teresa?

Teresa estuvo á punto de exhalar un grito, volvió la cabeza y se sonrió, pero de ese modo que indica el sobresalto.

—Adelante,—dijo,—señor Verdemar.

Salvador entró en el gabinete y dirigió una mirada recelosa en derredor suyo.

—Estoy sola,—añadió Teresa en voz baja;—cierra la puerta.

Salvador obedeció, y acercando una silla á la butaca que ocupaba Teresa, se sentó.

—¿Qué ocurre? Noto en tu semblante que estás sobresaltada,—le dijo.

—Y no me falta motivo. ¿Sabes lo que me ha encargado mi querido primo Alejandro?

Salvador hizo un movimiento con los hombros.

—Pues bien, me ha dicho al saber que Esteban había

abandonado la quinta de Carabanchel y que se había quedado ciego, que es preciso que tú indagues, averigües su paradero, porque quiere hablarle.

—¡Hablarle! ¿Y para qué?

—Ya supondrás que nada bueno puede resultar para nosotros de esa entrevista, y por consiguiente es preciso evitarla, porque si Alejandro y Esteban se hablan, estamos perdidos.

—¿Crees tú que Esteban venderá nuestro secreto? Eso sería un absurdo.

—Yo le creo capaz de todo, porque Esteban no ignora que más partido puede sacar de Alejandro, que es rico, que de nosotros,que somos pobres, ó casi pobres, porque hace tiempo que vivimos de esperanzas, que no se realizan, que se alejan á manera que el tiempo trascurre, que se van colocando más lejos de nuestras manos; ¿y sabes por qué, Salvador? Porque á tí te falta corazón.

—Veo que la idea del crimen se ha aferrado en tu cerebro, sin meditar las funestas consecuencias que puede traernos,—contestó Verdemar.

—Cuando en una noche oscura de terrible tempestad no se ve mas que un camino, por áspero, por penoso que sea, se sigue por él.

Salvador fijó una mirada amenazadora en Teresa, y le dijo:

—¿Y sabes tú adónde conduce ese camino? Pues yo te lo diré: á la deshonra, á la vergüenza, al patíbulo.

—Entonces, según tú, es preferible esperar el rayo que nos amenaza.

—Sí, porque ese rayo aún no ha estallado sobre nuestras cabezas y podemos librarnos de él.

—Para tranquilizarme me gustaría que me explicaras de qué modo podemos encontrar la salvación.

—Evitando que Alejandro y Esteban se hallen frente á frente.

—Eso es imposible; para conseguirlo, sería preciso más dinero que el que nosotros tenemos. Esteban es ambicioso, sabe que puede perdernos, y tendrá exigencias imposibles de realizar. Recuerda el dinero que nos ha sacado en poco tiempo, casi todas mis economías, más de diez mil duros; ese miserable que ni siquiera ha tenido la habilidad de matar á su enemigo. Si habla con Alejandro, si le cuenta toda la verdad, estamos perdidos, yo al menos, porque me arrojará de su casa con razón sobrada. Es preciso, es indispensable que no se vean, que no se hablen.

Teresa, aunque en voz baja, pronunciaba las palabras con una entonación nerviosa, vibrante, que tenía algo del estridente silbido de la culebra.

Mientras tanto, Salvador, con la mirada fija en el fuego de la chimenea, parecía una estatua por su inmovilidad.

Hubo una ligera pausa: luego prosiguió Teresa de este modo:

—Tu silencio me indica que no estás conforme con mis apreciaciones.

—Mi silencio no indica otra cosa sino que medito sobre nuestra situación,—contestó Salvador.

—No basta meditar, es preciso obrar, hacer algo que despeje las nubes que se amontonan sobre nuestras cabe-

zas. ¡Ah! Si tú me hubieras creído tal vez á estas horas poseeríamos una fortuna de cuarenta millones.

—Sí, pasando por encima de tres cadáveres, inmolados por nuestra ambición,—contestó Salvador, sonriéndose de un modo amargo.—¿Y crees tú, Teresa, que es tan fácil pasar sobre tres cadáveres sin tropezar, sin que la pesada mano de la justicia caiga sobre el asesino? Confieso y conozco que nuestra situación se agrava de día en día, que nuestro negocio no ha salido á gusto de nuestro deseo... Pero aún no se ha perdido todo, yo continúo cargando la mina de dinamita, y estallará, te respondo de ello.

—Cuando esa mina estalle será tarde para nosotros.

Y Teresa, formulando una sonrisa amarga, añadió:

—Tú no me amas, Salvador, porque si me amaras procurarías salvarme del gran peligro que me amenaza.

—¡Pues qué! ¿No es igual el que me amenaza á mí?—exclamó Verdemar.

—No.

—Explícate.

—Temo que mis explicaciones te mortifiquen.

—Yo te lo ruego.

—Pues entonces, te diré que tú y yo nos encontramos en distinta situación. Si nuestro plan se descubre, yo soy la que pierde más, pues desde el momento que Alejandro sepa todo lo que hemos hecho por apoderarnos de su fortuna, yo no puedo permanecer un momento más en su casa, y entonces ¿qué porvenir es el mío? Pobre... sola, abandonada. Tú eres hombre, tienes vida propia, no necesitas como yo á Alejandro. Calcula, pues, la distancia de nuestra posición.

Aquí hubo una pausa; luego dijo Salvador:

—Yo no te abandonaré nunca.

Teresa volvió á sonreirse de un modo frío, y murmuró en voz baja:

—Dios lo quiera.

—¿Dudas?

Teresa se encogió de hombros, como si quisiera evitarse una respuesta.

—Eso no es contestar.

—Pues bien, Salvador,—añadió,—creo firmemente que estoy perdida, porque ya sabes que ese miserable de Terreño ha devorado todas mis economías; porque no dudes que Esteban se lo revelará todo á Alejandro tan pronto como le vea. Pero si tú quisieras, aún podrían renacer para nosotros las esperanzas.

—¿Cometiendo un crimen?

—Es indispensable.

—Esteban vive muy prevenido.

—¿Y qué importa, si está ciego?

—He querido verle tres veces y su criado me negó la entrada en su casa.

—Se compra ese criado.

—Eso no es fácil.

—¡Ah! ¿Crees invulnerable, incorruptible á ese criado? Ofrécele mil duros, y te abrirás paso hasta su amo.

—No lo creo; sería tirar á la calle otras cinco mil pesetas.

—Entonces, cuando te convenzas de que ningún partido se puede sacar de ese criado, se busca otro camino.

—No veo ese camino.

—Yo, que no pienso otra cosa; yo, que hasta sueño con la manera de librarme de ese aliado funesto que á tan poca costa hemos podido convertir en un cadáver en la quinta de Carabanchel, he pensado una cosa.

—En fin, habla,—añadió Salvador exhalando un suspiro.

—Esteban, según me has dicho, vive en su antigua casa de la calle Mayor.

—Sí.

—¿Y vive solo con su criado?

—Sí, solo.

—Pues bien, es preciso espiar á ese criado, que indudablemente saldrá de su casa todos los dias, y aprovechándose de su ausencia, sacar un molde del llavín con cera virgen. Conseguido esto, no faltará un cerrajero que haga la llave, con la que podremos entrar en la casa cuando nos convenga.

Teresa hablaba en voz muy baja y con una naturalidad, que Salvador sentía frío en la sangre.

—Ya ves que todo eso es muy fácil,—añadió.

Y luego se levantó, se fué á su alcoba, abrió un cajón de una cómoda, sacó un pequeño volúmen en 16.°, y volvió á sentarse, diciendo:

—Toma este libro y estúdialo con detenimiento. Es un tratado de envenenamientos y asfixias muy curioso; su lectura es amena. Ahí verás venenos que no dejan el menor rastro en el cuerpo humano, produciendo la muerte por un derrame seroso ó ataque cerebral.

Y Teresa, acentuando más su fría sonrisa, añadió, mirando con fijeza á Salvador:

—Una mañana pueden encontrarse muerto á Terreño,

¿y quién va á pensar ni remotamente que somos nosotros los autores de su muerte? Nadie.

Salvador sintió que por su frente corrían algunas gotas de sudor. Aquella mujer le daba miedo y repugnancia á la vez; pero no queriendo demostrarlo, procuró serenarse, y dijo, guardando el libro, cuyo contacto le quemaba, en el bolsillo de pecho de su gabán:

—Está bien; yo leeré con detenimiento este libro, y si puedo proporcionarme sin que nos comprometamos un veneno, hablaremos.

—¿De modo que accedes?—preguntó con alegría Teresa, cuyo semblante había tomado un tinte verdoso que repugnaba.

—Forzoso será al fin hacer lo que tú quieras.

Y Salvador, como si se ahogara en aquella casa, se levantó.

—¿Te marchas?

—Sí, tengo que ir á la Bolsa; no puedo abandonar mis negocios; quiero también ver si me es posible ver á Esteban. Vendré esta noche si puedo.

—No olvides, querido Salvador, que te espero siempre con impaciencia.

—Ya lo sé, Teresa; y Dios querrá que lleguen para nosotros días más prósperos y felices que los presentes.

—¿Dios?—añadió Teresa mirando á su amante y sonriendo.

—¡Ó el diablo!—contestó Verdemar, riéndose con gran violencia.

—Sí; es más fácil que sea el diablo.

Salvador Verdemar salió de aquel gabinete ahogándose, como el hombre que desea respirar el aire puro.

Cuando se halló en la calle, respiró con fuerza, y dijo:

—Esa mujer se ha empeñado en que me den garrote, y lo conseguirá. ¡Ah! Tiene razón Benita cuando me dice que Teresa me perderá.

Y Salvador, exhalando un suspiro, tomó calle adelan te.

CAPITULO IV.

La lógica de Salvador Verdemar.

A la caída de la tarde del mismo día que nos ocupa, Salvador Verdemar, que no había podido ver á su amigo Terreño desde que abandonó precipitadamente la quinta de Carabanchel, volvió á su casa con la esperanza de tener con su cómplice una entrevista que aclarara un poco la situación, que ya comenzaba á tenerle inquieto.

Llamó á la puerta, y asomó por el ventanillo la cara de José, el criado de Esteban.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Verdemar?—le dijo.

—Sí, abre,—contestó Salvador.

—Espere usted un poco; voy á ver si mi amo quiere recibirle á usted.

—Abre, que ya sé yo que me recibe.

—Usted me dispensará, pero como el amo tiene un mal humor insufrible y me tiene dadas órdenes terminantes, no abro la puerta á nadie más que al doctor, y eso no siempre.

El criado desapareció del ventanillo, y Salvador no tuvo otro remedio que revestirse de paciencia y esperar la respuesta de su amigo.

Trascurrieron algunos minutos y se oyó el ruído del cerrojo, lo cual le indicaba que por fin Esteban Terreño le recibía.

—Pase usted, pase usted, don Salvador,—dijo José con la amabilidad de un criado ducho en el oficio,—y le ruego que me perdone si cumplo con lealtad las órdenes que recibo de mi amo.

El criado introdujo al agente de negocios á un gabinete, en donde se hallaba Esteban Terreño sentado en una butaca junto á la chimenea y con una venda en los ojos.

—¡Ah! Por fin consigo verte, amigo Terreño,—exclamó Salvador.

—No tengo yo esa dicha,—añadió Esteban.—Ya lo ves, estoy ciego.

Y al decir esto, exhaló un triste suspiro.

—¡Qué diantre! Yo creo que aún no debes perder las esperanzas.

—Tan perdidas las tengo, que ya no volveré á ver la hermosa luz del día. Calcula, pues, las profundas tinieblas de mi alma.

Esteban hablaba con una entonación triste que oprimía el espíritu.

—Pero ¿quién te ha asegurado que estás ciego?

—Primero el médico de Carabanchel, luego el que me asiste en Madrid, y por último, yo que lo sé; y si llevo este vendaje puesto, no es por la esperanza de recobrar la vista,

sino por curarme la irritación que me molesta en el ojo que parecía hallarse bueno.

—¿De modo que no tienes la menor duda de tu ceguera?—preguntó Salvador, como el que pregunta algo por llenar la fórmula.

—Ninguna; y puedes pensar tú que me conoces lo que estaré sufriendo.

—¡Pobre amigo mío!

—Sí, muy pobre, aunque confío en mis buenos amigos, que espero que no me abandonarán en esta triste situación en que me encuentro.

—Yo no te abandonaré nunca.

—Así lo espero.

—Ya te habrá dicho tu criado que he venido á verte muchas veces.

—Sí, me lo ha dicho.

Esteban parecía encontrarse muy abatido, lo cual no disgustaba á Salvador, concibiendo la esperanza de dominar á aquel enemigo temible, sin necesidad de recurrir á los violentos extremos indicados por Teresa.

—Pero debo decirte que me ha extrañado mucho el que no me recibieras,—añadió Salvador.

—Tenía necesidad de estar solo para pensar en mi desgracia, que es de las mayores que pueden afligir á un hombre.

—Sin embargo, nunca es más útil un buen amigo que en los días de desgracia.

—Es verdad.

—Pero por fin hoy me has permitido entrar.

—Sí, porque supongo que tendrás algo que decirme.

—Tengo que decirte que tu desgraciada situación me inspira un vivo interés.

—Lo supongo.

Y Esteban, que hasta entonces había tenido la cabeza inclinada sobre el pecho, como si se cansara de tanta humildad, levantó poco á poco la frente, y añadió:

—Tú sabes, Salvador, que si estoy ciego es por haber querido engrandecerte á tí y á Teresa, y forzoso es que no me olvidéis en mi triste situación.

—Prueba de que no te olvido es que he venido á verte muchas veces, y que en la quinta de Carabanchel te dí el dinero que necesitabas.

—Sí, me diste un puñado de plata,—añadió Terreño sonriéndose con amargura;—pero ya supondrás que con aquella plata no tengo bastante, y que necesito normalizar mi situación.

—Estamos conformes: y puesto que nos hallamos solos, vamos á hablar como dos buenos amigos.

Y como Terreño guardaba silencio, añadió Salvador algo inquieto, pues sin conocerlas, le asustaban las exigencias de su amigo:

—¿Qué planes son los tuyos? Háblame con entera franqueza.

—¡Mis planes! ¡Ah! ¡Qué planes quieres que tenga un ciego!... Negros y oscuros como las tinieblas que le rodean; pero ya que mi mal no tiene remedio y que tú y yo hemos tenido la desgracia de que Alejandro, en vez de atravesarme el corazón me saltara un ojo, comenzaré por decirte eso que tú llamas mi plan.

—Perfectamente. Hablemos de tu plan, porque en las situaciones graves de la vida el hombre piensa lo que le conviene hacer, y tú habrás pensado algo. Eso es lógico, habla.

—Pues bien, oye,—repuso Esteban con acento sosegado, que tranquilizó un poco á Salvador.—En un pueblo de Andalucía, en Andújar, vive aún una hermana de mi madre, sujeta á una modesta viudedad. Hace muchos años que no la he visto; pero ella, que me quiere como á un hijo, me escribe, si bien yo siempre he sido bastante ingrato con ella, pues por cada seis veces que me ha escrito le he contestado yo una. Quiero, pues, amigo Salvador, ir á Andújar á reunirme con mi tía, comprar un cortijo y vivir en el campo, pensando en mis desgracias y arrepintiéndome de mis culpas. Confieso que he sido muy malo, pero aún puedo arrepentirme. Cuando se pierde la hermosa luz de los ojos, el pensamiento se reconcentra y el alma piensa en Dios.

Esteban exhaló un suspiro.

Salvador le había escuchado con gran asombro. ¿Sería verdad aquel arrepentimiento? ¿Pensaría efectivamente en Dios aquel hombre lleno de vicios y de crímenes? ¿Sería toda aquella humildad una comedia?

Salvador era astuto y desconfiado, y se propuso averiguar la verdad.

—¿Sabes, Esteban, que me asombra lo que me estás diciendo y que tu plan me parece el más á propósito, dada tu triste situación?

—Creo también que es el que más me conviene seguir; pero para realizarlo necesito lo que no tengo: dinero.

Salvador se sonrió; comenzaba á adivinar la idea verdadera de su amigo Terreño.

—Sí, ya supongo que no tienes dinero para comprar un cortijo,—añadió Verdemar;—pero hay cortijos de muchos precios, y tal vez yo pudiera ayudarte, si tus exigencias no son muchas.

—No te he dicho todo mi plan,—repuso Esteban;—hace algunos días que lo acaricio en mi mente y voy á confesarte las debilidades de este pobre ciego: hay ratos que me imagino que, á pesar de mi ceguera y mi tristeza, aún pueden llegar para mí días de calma en el seno de una familia querida que me rodee de consideraciones y cariño. Necesito amar y ser amado.

Y Esteban, dejando asomar á sus labios una melancólica sonrisa, añadió:

—Porque has de saber que mi buena tía tiene una hija de veinte años, un ángel de la tierra, y estoy seguro que cuando sepa mi desgracia se desvelará por aminorar mi pena. Pues bien, Salvador, en mis ratos de profunda soledad, en esas tristes horas que pasa el hombre que se queda ciego en lo mejor de su edad, yo he pensado mucho en mi prima, y estoy resuelto á casarme con ella tan pronto como tenga asegurado mi porvenir.

Salvador comprendió que iba á comenzar el catálogo de las exigencias.

—Pero ¿estás tú seguro que tu prima querrá casarse contigo?

—Tengo doble seguridad hoy que me hallo ciego, porque su alma sensible está siempre dispuesta á simpatizar con la

desgracia. Por consiguiente, es preciso, Salvador, que tú y Teresa hagáis un esfuerzo para asegurar mi porvenir.

—Para hacer la vida modesta que te propones creo que te bastará la pensión que te he señalado.

—El último día que hablé contigo creo que fué aquel en que abandoné la casa de Carabanchel, y estaba yo tan trastornado, que puedo jurarte que no recuerdo nada de lo que hablamos.

—Procuraré ayudar tu memoria. Cuando nos separamos te dí algunos billetes de Banco, y te ofrecí una pensión de cien duros al mes.

Terreño movió en señal de disgusto la cabeza, y dijo:

—¡Una pensión!.. Eso, amigo Salvador, es vivir al día, y á un pobre ciego como yo no le conviene la inseguridad de una pensión.

—¿Temes que no te cumpla la palabra?

—No, Salvador; pero ¿y si tú te mueres?.. ¿Y si tus negocios van mal, y aun teniendo buena voluntad no puedes darme esos cien duros? ¡Ah! Tú comprendes eso lo mismo que yo: figúrate que emprendo el viaje á Andújar, que mi tía me recibe con los brazos abiertos, que mi prima acepta mi mano, y que por fin nos casamos. Su porvenir y el mío están sujetos á muchas eventualidades. No, no; es preciso convenir en otra cosa, capitalizar esa pensión, cómprame una finca productiva, ó acciones del Banco de España, pues sólo así estaré tranquilo.

—Pero para eso que tú quieres se necesita tener disponibles lo menos diez mil duros,—añadió Salvador.

—Eso es muy poco.

—¡Muy poco!—exclamó Verdemar dando un salto en la silla.

—Nuestro negocio no puede arreglarse—repuso Esteban—en menos de medio millón de reales.

—¡Veinticinco mil duros! ¿Estás loco, querido Esteban? repuso Salvador. ¿De dónde quieres tú que saque yo veinticinco mil duros?

—Teresa es rica.

—¡Error grave, querido! Teresa es pobre; todas sus economías las has devorado tú.

—¡Bah! No puedo creer eso.

—Pues tendrás que convencerte con el tiempo, porque cuando se piden imposibles nada se consigue. Tú sabes muy bien que las cosas han cambiado mucho. La diferencia ha sido notable.

Y Salvador, bajando la voz, añadió:

—Si tú hubieras tenido habilidad para matar á Alejandro, el asunto cambiaba mucho. Entonces, no medio millón, uno que hubieras pedido se te hubiera dado; pero ahora repito que es imposible. Teresa está arruinada. ¿De dónde sacas tú que es millonaria?...

—Entonces, no podemos entendernos, porque yo, en la situación en que me encuentro, no quiero vivir sujeto á una pensión, que puede faltarme el día menos pensado.

—Querido Esteban, el hombre debe ajustarse á las circunstancias. Este es un negocio que nos ha salido mal. Si rechazas la pensión que generosamente te ofrezco, ¿qué va á ser entonces de tí? Te aconsejo que medites con calma, sin acalorarte.

—¿Olvidas que yo puedo perderos?—añadió Esteban con acento nervioso.

—Pero perdiéndonos á nosotros, ¿te salvas tú por ventura? Comprendo el mal cuando es productivo, pero lo rechazo cuando sólo se consigue el placer de hacer daño.

—Es que yo estoy ciego por vosotros,—añadió Esteban rechinando los dientes.

—Poco á poco, Esteban; eso es una opinión tuya, que rechazo por injusta. Pero razonemos como hombres sensatos, ya que nos hallamos solos, y si tú me convences que siguiendo otro camino que el de la prudencia puedes sacar más partido, olvida nuestra antigua amistad, no me tengas la menor consideración, no cuentes para nada los miles de duros que te he dado en pocos meses; en una palabra, haz tu negocio, sin ocuparte de los perjuicios que puedas causarnos á Teresa y á mí.

Salvador se detuvo: estaba resuelto á sondear el corazón de Terreño deseaba saber á qué atenerse, si podía continuar llamándole amigo, ó debía mirarle como enemigo.

Como Esteban se había encerrado en un sombrío silencio, Verdemar volvió á decir:

—Sería inútil pretender engañarnos mutuamente, pues nos conocemos hace años. Tu situación me aflige, y por si no quieres concederme ninguna sensibilidad de corazón, te diré que me aflige, si no por bondad, por egoismo, porque para nosotros eras un buen aliado; ya ves que te hablo con una franqueza ruda. Continuemos: demos por sentado que rechazas la pensión de cien duros al mes que te ofrecí, y que, despechado, creyéndome rico sin serlo, me cierras las puertas

de tu casa y rompes conmigo; tú no tienes ninguna renta, eres pobre y desgraciadamente ciego... ¿qué haces?

—Buscar á otro aliado rico, y á quien le importe arrancaros á tí y á Teresa las caretas,—contestó de un modo sombrío Esteban.

—Perfectamente,—añadió con naturalidad Salvador.—Veo que llegaremos á entendernos, pues me has contestado con gran franqueza, y voy á decirte el nombre de ese aliado: Alejandro de Robledano.

—Sí, puedo perderos.

—¿Y qué provecho puede producirte el perdernos?

—Una alianza con Alejandro, que es rico y generoso.

—Alejandro no se aliará nunca contigo, te conoce demasiado; cuando más, compadecido de tí, te dará una limosna, pero despreciándote. Recuerda la noche en casa de los barones de Morgal, y las apreciaciones de Alejandro sobre tu persona, causa del desafío.

Esteban dominaba su cólera, guardando un sombrío silencio.

Salvador, conociendo que en aquella discusión llevaba la mejor parte, añadió:

—Además, para tu gobierno, te diré que no basta que tú pretendas cubrirme de lodo y de vergüenza á los ojos de Alejandro. Toda acusación grave que afecta la honra no puede hacerse sin pruebas, porque en ese caso el acusador puede convertirse en calumniador, y el Código tiene consignada una pena para los calumniadores; no lo olvides.

—Alejandro me creerá,—exclamó Esteban con energía.

—Ó no te creerá. ¿Qué motivos tiene para darte á tí más

crédito que á mí y á su prima hermana? Recuerda tu pasado, recuerda la temporada que pasaste en la Habana, en donde conociste á Alejandro; trae á tu memoria la conducta que con él seguiste, y dime si puede tener en tí más confianza que en mí, que soy su agente de negocios, que ningún daño le he hecho, que me cree un perfecto hombre de bien. Yo siento decirte todo esto, pero es preciso para que te convenzas de tu situación y no cometas una locura que puede costarte cara, porque si tú trataras de malquistarnos con Alejandro, desde ese momento yo te retiraría la pensión, y pudiera hacerte falta.

Estas razones eran tan convincentes, que Esteban continuaba callado y con la frente inclinada sobre el pecho.

Salvador se sonrió como el hombre que triunfa de un enemigo, y dijo:

—Por el contrario, si nuestro plan se realiza, si llegamos adonde nos hemos propuesto, tú recibirás una parte de las ganancias, y entonces ese medio millón, que hoy es imposible, podríamos desprendernos de él fácilmente.

Aquí hizo una pausa Salvador, esperando sin duda que dijera algo Terreño; pero como no despegó los labios, el agente volvió á decir:

—Tu silencio me demuestra que comprendes la fuerza de mi lógica.

—Mi silencio no quiere decir nada; medito y callo,—repuso Esteban.

—En ese caso, te dejo. Volveré mañana á saber lo que resuelves,—dijo Salvador levantándose.

—¡José! ¡José!—gritó Terreño.

El criado se presentó en la puerta del gabinete.

—¿Qué manda usted, señor?

—Acompaña á ese caballero hasta la puerta.

—Adiós, Esteban. Piensa bien lo que te he dicho, y hasta mañana.

—Hasta mañana,—contestó secamente Terreño.

CAPITULO V.

Preparar el terreno.

Salvador Verdemar, satisfecho del paso que acababa de dar y seguro de que no había necesidad de recurrir á recursos extremos y penados por el Código para defenderse de Esteban, se dirigió á casa de Alejandro, por si tenía alguna orden que darle antes de que emprendiera su expedición de caza con los barones de Morgal.

Mientras su coche le conducía desde la calle de Bordadores á la plaza de la Independencia, estos pensamientos iban cruzando por su cerebro:

—Con un poco de serenidad el peligro no es tan grande como supone Teresa, y no veo la precisión de emplear ni el veneno ni el hierro para librarnos de Esteban. La generosidad de Alejandro es grande, y estoy seguro que desde el momento en que vea á su mortal enemigo pobre, ciego y abatido, le socorrerá con largueza, pero nunca dándole sin tón ni són medio millón de reales. Como Alejandro sabe de sobra

que Esteban es un infame asesino, no es fácil que dé crédito á sus palabras. Yo poseo además unos pagarés vencidos y no pagados de Esteban, y probaré que paga mi generosidad con la calumnia. En fin, yo creo que no hay motivo de sobresalto, y procuraré ahuyentar del cerebro de Teresa esas ideas sombrías que, á realizarse, nos conducirían al precipicio.

Girando su pensamiento en derredor de las ideas que hemos apuntado en el párrafo anterior, llegó el coche del agente de negocios á la plaza de la Independencia y se paró ante el lujoso portal de Robledano.

En el recibimiento se hallaba Pancho el mulato, y como Verdemar era persona de confianza en la casa, pasó al despacho, en donde se hallaba Alejandro.

—¡Ah! ¿Es usted, amigo don Salvador?—le dijo tendiéndole una mano.

—El mismo en cuerpo y alma, señor don Alejandro,—contestó el agente, formulando una sonrisa.

—Me alegro, me felicito, pues tenía que darle á usted una comisión antes de emprender mi partida de caza á los montes de la Alcarria.

—Sí, sí; algo me había indicado la señorita Teresa; pero ¡caramba! lo que es estos días es bastante difícil coger á usted en casa.

—Sí; estoy un poco ocupado.

—Ya he leído en los periódicos la expedición venatoria que están preparando los barones de Morgal: será una fiesta de príncipes, según lo que se dice.

—Sí, una fiesta de ricos,—añadió Alejandro sonriéndose;—pero hablemos de otra cosa.

—Estoy á las órdenes de usted.

—Esteban Terreño, como usted sabe, abandonó de repente mi quinta de Carabanchel apenas se persuadió de que se había quedado ciego.

—Efectivamente, se marchó sin despedirse de nadie, en lo cual veo algo de ingratitud.

—Esteban es un desgraciado,—añadió Alejandro.

—¿Y nada más, señor de Robledano?

—No quiero ver en él más que á un desgraciado, y me compadezco de su triste situación. Es preciso, por lo tanto, indagar el paradero y socorrerle.

—Yo supongo que usted conoce tanto ó más que yo á Esteban Terreño: es de esos hombres que no se arrepienten nunca. Todo el bien que se les hace es infructuoso.

—Sí, ya sé que es un miserable, pero sé también que está ciego y tal vez pobre,—añadió Alejandro, dejándose llevar de su noble corazón.

Salvador movió la cabeza en señal de disgusto.

Alejandro le miró con fijeza, y repuso:

—Parece que le repugna á usted la comisión de buscar á Esteban.

—Un poco, señor don Alejandro, porque yo también conozco á Esteban hace años: tuve la desgracia de fiarme de él cuando se fué á la Habana. Me vino con la historia de que tenía allí una novia millonaria, y me sacó treinta mil reales para casarse. Algunos meses después volvió á Madrid soltero como se había marchado, y cuando le pedí lo que me debía, sacó un revólver, me lo puso en la frente, me arrancó los pagarés y los quemó en la chimenea.

—¡Oh! ¡Qué canallada!—exclamó Alejandro con repugnancia.

Salvador exhaló un suspiro hipócrita, y repuso:

—No contento con llevar á cabo acción tan infame, siempre que me encontraba en alguna parte se reía de mí, amenazándome con qué sé yo cuántas tonterías que inventaba para perderme. Una tarde vino á buscarme á la Bolsa, me condujo á un rincón, y me dijo en voz baja:

—No tengo una peseta, estoy esperando una letra de la Habana y necesito ocho mil reales en el acto. Si usted me los da, cuando llegue la letra le pagaré todo lo que le debo. Si se niega usted, armo aquí un escándalo y le abofeteo á usted en público, y voy á decir de usted en voz alta tales barbaridades, que se quede usted sin ningún cliente.

Salvador aspiró un poco de aire como el que se halla afectado, y luego repuso:

—Créame usted, don Alejandro, Esteban me dió miedo, temí que me abofeteara delante de todos, le creí muy capaz de cumplir la amenaza si me negaba á satisfacer sus exigencias. Así es que saqué dos billetes de mil pesetas y se los entregué.

Esteban, al ver en sus manos el papel-moneda, se rió como burlándose, y luego me dijo:

—Es usted un buen muchacho. Desgraciado del que se atreva á hablar mal de usted delante de mí. Hasta la otra, querido Salvador.

—¡Oh! ¡Qué hombre tan despreciable!—repuso Alejandro.

—Sí señor, muy despreciable, pero muy temible.

—Temible para usted.

—Lo confieso, no soy valiente; jamás he cogido un arma en las manos, y como Terreño es un infame, me ha conocido el flaco y me explota.

Alejandro se puso á dar paseos por el despacho, como si le preocupara alguna idea.

Salvador le seguía con los ojos y sonriéndose de un modo bondadoso.

De pronto Alejandro se detuvo y dijo:

—A pesar de todas esas infamias que ha cometido con usted y conmigo, es preciso socorrerle.

—Bien, bien, procuraré indagar dónde vive; iré á su antigua casa; en fin, haré todo lo posible por descubrir su paradero, y una vez conseguido, usted me dirá lo que he de hacer.

—En primer lugar, se informa usted de su verdadera situación, y suponiendo que sea, como creo, lastimosa, entonces le ofrecerá usted una pensión en mi nombre, eligiendo él el punto en donde quiera vivir; pero todo esto debe hacerse de un modo delicado, para que no se ofenda.

—¡Bah! Creo que está demás la delicadeza tratándose de un hombre de las condiciones morales de Terreño; un hombre que ha querido asesinar á usted y me ha robado por la fuerza un pagaré de treinta mil reales.

—Sin embargo, amigo Salvador, no debe usted olvidar que hoy Esteban es un pobre ciego, y que su conducta debe haber cambiado mucho.

—Dice el refrán: Genio y figura hasta la sepultura.

—No siempre sucede eso. Muchos hombres cambian de

carácter según las circunstancias. Le suplico, amigo Salvador, que tenga presente eso.

—Usted sabe, don Alejandro, que estoy dispuesto á servirle en todo, y dominando el desprecio que me inspira semejante sujeto, procuraré verle y participarle las nobles intenciones de usted.

—Le recomiendo á usted un poco de actividad en este asunto. ¿Quién sabe si el pobre Terreño carecerá á estas horas de lo más necesario?

—Conozco también que su situación no es muy ventajosa; antes de quedarse ciego vivía, como suele decirse, á salto de mata, frecuentando las casas de juego y los garitos; pero como se la echaba de matón é iba por el mundo perdonando vidas, sacaba raja de todas partes. Hoy el león no tiene mandíbulas ni garras, es poco temible, aunque confieso que á hombres como Terreño conviene no fiar mucho en ellos, porque su perversa índole es capaz de todo lo malo.

—Deponga usted un poco el natural enojo que ese infeliz le inspira, y no piense más si no que es un desgraciado.

—Está bien, yo no tengo otra voluntad que la de usted; pero quisiera ponerme de acuerdo con usted sobre la pensión que piensa señalarle.

—Lo menos doce mil reales al año, y que elija el pueblo donde quiera vivir.

—Perfectamente. ¿Cuándo sale usted para la expedición de caza?

—Pasado mañana.

—Entonces, si indago el paradero de Esteban, vendré antes á darle á usted cuenta de mis gestiones.

Alejandro se despidió de Salvador, y éste, como siempre, entró á saludar á la señorita Teresa.

Antes de dirigirse la palabra, se miraron; bien es verdad que la primera mirada que se dirigieron era una pregunta.

—Estoy sola,—dijo Teresa,—y juzgo por lo risueño de tu semblante que tienes buenas noticias que darme.

—Nuestro negocio marcha viento en popa,—añadió Salvador.—Toma, guarda este libro, pues por ahora no lo necesitamos para nada.

Teresa fijó sus apagados ojos en su amante.

—Sí; he visto á Esteban y luego á tu primo. Vive tranquila, pues he preparado el terreno para que en el caso de que Terreño nos delate se tomen sus apreciaciones por una calumnia.

Aquí Salvador, adivinando la impaciencia de Teresa, le refirió la escena que había tenido con Esteban y el modo como había preparado el ánimo de Alejandro, terminando de esta manera:

—Tu primo Alejandro sabe de sobra que Esteban es un miserable asesino, dispuesto á cualquier felonía por un puñado de oro. De modo que es natural que nos dé más crédito á nosotros que á él. Podemos, por lo tanto, vivir tranquilos. El peligro no es tan grande como tú supones. Para que Esteban nos arranque la máscara tiene que empezar por arrancarse la suya; ya comprendes que no quedaría en buena situación.

—Sin embargo, Salvador,—repuso Teresa,—ese hombre está desesperado, y todo lo debemos temer de él.

—Vamos, Teresa, eres excesivamente recelosa, y eso te

hace sufrir mucho. Esteban no puede hacernos daño ni moral ni materialmente. ¿Con qué cara va á decirle á tu primo: Salvador y Teresa me dieron una cantidad de dinero para que yo le matara á usted? ¿Qué favor se hacía con semejante revelación? Además, te repito que tengo bien preparado el terreno, y Alejandro no creerá nada de cuanto le diga. Dejemos, pues, que ruede la bola. ¡Quién sabe si antes de mucho Alejandro se verá en la precisión de batirse con otro hombre! ¡Qué diantre! Alguna vez se ha de romper el cántaro que va muchas veces á la fuente.

Y Salvador se sonrió, formando contraste su alegre semblante con la lívida y melancólica tristeza de su amada.

—Créeme,—añadió el agente después de una pausa,—mi plan es el mejor y el menos arriesgado; tu papel y el mío sólo consiste en negar, empleando cierta bondadosa compasión hacia el hombre que nos calumnie. Si Esteban, en vez de quedarse ciego, se hubiera quedado tuerto, entonces ya sería otra cosa; pero ahora no es temible. Él pide medio millón para marcharse á vivir con su tía y casarse con su prima; pero ya se contentará con dos pesetas, como dice don Ramón de la Cruz en uno de sus sainetes. Además, si te he de hablar con franqueza, yo creo que ni siquiera existen en Andújar esa tía y esa sobrina; pero hablemos de otra cosa. ¿No han venido por aquí el maestro Ferrán y el ex-tenor Faustino?

—Sí, Ferrán vino ayer mañana, pero Alejandro se hallaba cazando en el Pardo; en cuanto á Faustino, viene todas las tardes; pero hace lo menos tres que no ha encontrado en casa á mi primo.

—Perfectamente,—añadió con marcada satisfacción Salvador;—para nuestro plan conviene que entre Alejandro y Gabriela no medie ninguna explicación, que continúen reñidos por algún tiempo, hasta que la baronesa de Morgal acabe de envolver en sus redes al joven africano. ¡Ah! Yo me prometo muchos acontecimientos de esa expedición de caza que va á llevarse á efecto muy en breve. Mis anónimos van minando el terreno y lo estallará, no tengo la menor duda. Procura tú, mientras tanto, que ni Ferrán ni Faustino vean á Alejandro.

—A pesar de todas tus esperanzas, veo muy lejano el día de nuestra felicidad.

—¿Y qué quieres? No está todo en mi mano; es preciso tener un poco de paciencia; se trata de cuarenta millones, y creo que bien valen la pena de sufrir un poco.

Y Salvador, tendiéndole una mano á Teresa, añadió con acento cariñoso:

—Confía en mí y desecha de tu cerebro todas esas tétricas nubes que tan malos ratos te dan. Adiós; esta noche no volveré, porque tengo que ir á despedirme de los barones de Morgal: hasta mañana.

Teresa se quedó sola con el pequeño libro de los venenos en la mano, que distraidamente acarició, tal vez pensando en que el camino más corto no era el que acababa de indicarle su amante.

CAPITULO VI.

La víspera.

El barón de Morgal había pedido un coche-salón para trasladar dignamente á sus convidados desde Mádrid á Guadalajara, porque en algo se ha de distinguir el cazador de pan y cebolla que viaja en tercera, porque no hay cuarta, del cazador aristocrático que viaja en coche de primera reservado, porque no hay otra clase más superior.

En Guadalajara esperaban dos ómnibus á los expedicionarios, y los barones de Morgal, para dar cuenta de éstos y otros detalles de última hora, invitaron á sus amigos para que la víspera por la noche pasaran por su casa á tomar una taza de té y á charlar un rato, porque nada entretiene tan agradablemente á los buenos aficionados como el hablar de la expedición que se prepara.

El poeta Amadeo Nasón había comido con sus amigos los barones de Morgal, y se hallaban los tres en el comedor tomando café.

Don Andrés, como siempre, dormitaba ó fingía dormitar en una butaca junto á la chimenea, mientras que Amadeo y la baronesa, algo distantes, hablaban en voz baja.

El viejo poeta, que como hemos dicho en otras ocasiones, amaba á Isabel como á una hija y había sido también amigo de los padres como de la hija, no estaba muy conforme con aquella expedición de caza, si bien había accedido á los ruegos de los barones para tomar parte en ella.

Sin poderse explicar verdaderamente la causa, Amadeo estaba disgustado. Creyó notar algo nuevo en su amigo el barón, y sobre todo, temía las imprudencias que cometiera Isabel, pues no le cabía la menor duda de que estaba ciegamente enamorada de Alejandro de Robledano.

Por eso sin duda, y creyendo ser útil á sus amigos, había accedido á acompañarles, porque el bueno de don Amadeo no había comprendido nunca los placeres de la caza, y no pocas veces se reía de los cazadores, dirigiéndoles pullas sangrientas y chistes epigramáticos.

Dejemos dormir al barón, y oigamos el diálogo que mantenían en voz muy baja Amadeo y la baronesa mientras llegaba la hora de la cita con los expedicionarios.

—En fin, querida Isabel, con tal de que no suceda una desgracia,—dijo Amadeo,—todo irá bien, porque si una mujer es temible con un paraguas en la mano, lo debe ser mucho más con una escopeta.

—¡Qué exagerado!—contestó Isabel riéndose.

—Nada de eso, hija mía; yo, por mi parte, te aseguro que cuando llueve y salgo á la calle, me ocupo más de las mujeres que pasan por mi lado con el paraguas abierto que

del agua que cae del cielo, porque el agua estoy seguro que no me romperá ningún hueso, y los paraguas de las mujeres pueden fácilmente sacarme un ojo.

—¿Conoce usted muchos tuertos que deban la pérdida de sus ojos á los paraguas de las mujeres?

—La muyor parte de los que encontramos por las calles,—añadió Amadeo con gravedad.

La baronesa se echó á reir.

—Pero dejando los paraguas, volvamos á las escopetas,—añadió don Amadeo.—¡Dios quiera que tú y la vizcondesa Irene no fusiléis algún pobre ojeador ó á algún compañero de expedición. Yo, por mi parte, os ofrezco permanecer siempre á una distancia respetable de la boca de vuestras escopetas.

—Entonces, no vendrá usted á los ojeos con nosotras.

—Sí, iré; pero en vez de colocarme al lado vuestro, me quedaré al lado de Alejandro ó de sir Pik, que tienen costumbre de manejar las armas de fuego y saben lo que llevan entre manos; aunque no tendría nada de extraño que me quedara en casa con un buen libro, porque leer un buen libro me distrae más que el cazar, afición que no he comprendido nunca.

—Pues yo confieso que es una ocupación la caza tan higiénica como entretenida. No puede usted pensarse lo que nos divertimos antes de ayer en el Pardo. Yo maté cuatro conejos y una perdiz, aunque confieso que al mismo tiempo que yo tiró Alejandro, pero él me dijo que yo las había muerto.

—Galanterías de cazadores, que sólo suelen prodigarlas los que están bien educados; pero de ésos hay pocos.

—¿De modo que cree usted que yo no maté la perdiz?

—Casi estoy seguro de ello, porque lógicamente, tirando á un tiempo tú y Robledano, es de suponer que la diera él, porque una perdiz á vuelo es un tiro bastante difícil, sobre todo para una señora que sale por la primera vez al campo pertrechada con los chismes de cazar.

Aquí llegaban de su diálogo el poeta y la baronesa, cuando oyeron la fuerte y pausada respiración del barón, indicándoles que se había dormido.

Amadeo dirigió una mirada hacia el sitio donde se hallaba su amigo, y en los labios de la baronesa asomó una sonrisa.

—Es un hombre feliz,—dijo Isabel en voz muy baja y haciendo una mueca con los labios.

—¿Luego para tí—añadió Amadeo en el mismo tono—la felicidad es dormir?

—Si no siempre, lo es muchas veces.

—Pues bien, Isabel; para mí—repuso Amadeo con sentido acento—el sueño de tu marido es una desgracia; y si tú alguna vez hicieras caso de los consejos de este viejo, que te quiere como á una hija, desistirías de esa expedición que tanto te alegra á tí y tanto me entristece á mí.

—¡Desistir!—exclamó Isabel.—¿Pero qué nueva chochez es ésa, viejo mío? Sería una campanada, un motivo de poco halagüeños comentarios si yo, la más ardiente y entusiasta partidaria de la expedición, dijera ahora: Señores, me quedo en casa como *Cachupín*.

—Pues sería un rasgo de cordura que yo te agradecería mucho.

—Pero ¿ve usted algún peligro en esa inocente distracción?

—Veo muchos; sobre todo por parte tuya.

Y Amadeo, casi al oído de la baronesa, añadió:

—Temo que cometas alguna locura.

—¡Yo!

—Sí, tú, hija mía; porque ayer en el Pardo cometiste bastantes.

Isabel, que mantenía el diálogo con la sonrisa en los labios, se puso seria y miró con fijeza á Nasón.

—¿Qué hice yo ayer?

—¿Quieres que te lo diga?

—¡Oh! ¡Ya lo creo!

—Pues bien, ayer pusiste en juego todo el repertorio de tus coqueterías, olvidándote de que eres casada y que no estabas sola con el hombre á quien tributabas tus coqueterías.

—¡Ah! ¿De modo que, según usted, una mujer casada no puede ser amable con sus amigos?

—La amabilidad tiene sus términos, y cuando la mujer casada los traspasa, compromete su buen nombre.

—Pero ¿qué hice yo, Dios mío?

—Hiciste lo que tú misma no puedes apreciar, porque tú no podías ver ni tus miradas, ni tus sonrisas, que te vendían. Afortunadamente, tu marido no es celoso, pero al mismo tiempo me parece imposible que tu conducta no llamara su atención. Créeme, Isabel, desiste, desiste de esa expedición de caza, deja que se vayan todos, busca un pretexto y quédate en Madrid... yo me quedaré también á hacerte compañía. No creas que mi súplica es un capricho infundado,

una rareza de un viejo. Siento algo en el corazón que me da malos ratos, y tú sabes que te quiero como un padre.

—¡Imposible!—añadió Isabel llevándose una mano á la frente.

—¿De modo que no accedes á mi súplica?

—No puedo, porque si yo me finjo enferma se desbaratará la expedición, y mi conducta sería causa de muchos comentarios entre mis amigos; en una palabra, no quiero aguar una fiesta que todos están deseando. ¡Bonitas cosas diría la vizcondesa Irene de mí!

—Pues bien, si estás resuelta á ir, si no pueden detenerte en tu empeño mis súplicas y mis consejos, te ruego por la memoria de tu madre, que como dueña de tu casa, trates por igual á todos los amigos que lleváis convidados. La menor preferencia á uno de ellos sería criticada.

—¡Pero, Dios mío! ¿Doy yo á alguno la preferencia?

—Sí; y tan marcada, que peligra tu decoro.

—¿Y quién es ese hombre?

—¿Quieres que le nombre?

—Sí.

—Alejandro de Robledano.

Amadeo pronunció este nombre en voz muy baja y mirando á Isabel, que se estremeció visiblemente.

Una sonrisa triste asomó á los labios del viejo poeta, y mirando con cariñosa compasión á la baronesa, repuso:

—Tú, hija mía, llevas dentro de tu pecho un tirano que te domina. Sus impulsos son para tí una ley que acatas, que obedeces; ese tirano es tu corazón: te dejas llevar de sus impresiones, y te vende.

Y marcando las palabras, añadió:

—No te fíes de nadie, y mucho menos de tí misma.

En aquel momento el barón, que efectivamente en aquel momento dormía en su butaca, dió uno de esos resoplidos que indican el despertar, y dijo con torpe acento:

—Me había dormido como un bienaventurado.

—Sí, sí; ya lo hemos visto,—añadió Amadeo con alegre entonación.—El sueño te domina de un modo superlativo, y casi estoy por asegurar que va siendo en tí una enfermedad.

—¿Sabes, querido Andrés,—dijo Isabel,—que si te duermes en los ojeos los conejos, las perdices y las liebres se van á reir de tí?

—Yo procuraré que eso no suceda, aunque no sea más que porque no se rían de mí los compañeros de expedición.

—Desengáñate, Andrés,—repuso Amadeo;—tú confías que la actividad del cazador corregirá ese defecto de los párpados, siempre dispuestos á cerrarse dulcemente. Yo creo que no lo conseguirás.

—Allá veremos,—contestó con alegre entonación Morgal.—Soy hombre firme en mis propósitos; pero vamos al salón, porque los expedicionarios no tardarán en venir.

Poco después en el salón se hallaban reunidos todos los expedicionarios.

El barón, á pesar de sus protestas, después de cambiar algunas palabras con sus amigos, volvió á acomodarse lo mejor que pudo en una butaca, y cerró los ojos.

—Ya lo ve usted,—dijo Isabel en voz baja al poeta Nasón.—No se corregirá nunca; el sueño le domina.

—¿Con que mañana á las siete menos cuarto en la esta-

ción del Mediodía?—dijo la vizcondesa Irene mirando á sir Pik.

—Señores,—repuso la baronesa,—al que falte á la cita se le formará consejo de guerra, y prevengo no se admiten excusas.

—No creo que ninguno de nosotros deje de asistir á una expedición que tantos encantos promete,—dijo Alejandro.

—Cuidado con dormirse,—repuso la baronesa mirando á Robledano.

—Mi palabra de honor, que no falto.

La conversación se hizo general. Don Andrés continuaba durmiendo, sin tomar parte en aquel tiroteo de palabras; pero indudablemente sentía rugir un infierno en su pecho observando las miradas que Isabel clavaba en Alejandro.

El poeta Nasón, más grave que de costumbre, estudiaba todas las sonrisas, todos los rasgos de coquetería de la baro nesa con esa inquietud constante de un padre que ve en grave peligro á una hija querida.

LIBRO XI.

EN EL MONTE.

CAPITULO PRIMERO.

Ventajas de los ricos.

Cuando el hombre es rico, cuando ha recibido una buena educación y no le duele gastar el dinero, tiene todas las condiciones que se necesitan para hacer las cosas bien y adquirir fama de principalidad, de caballero.

El barón de Morgal lo había dispuesto todo de un modo admirable. Dos criados habían recogido los equipajes de los expedicionarios la víspera, y la mañana de la partida el mayordomo de don Andrés iba diciendo á los amigos de su amo apenas llegaban á la estación:

—No tomen ustedes billete; los señores tienen un coche-salón reservado.

A las seis y media de la mañana llegaron á la estación los barones de Morgal con su amigo íntimo el poeta Nasón; Alejandro de Robledano y sir Arturo Pik llegaron poco después, y así sucesivamente, hasta reunirse todos.

En los semblantes de los expedicionarios se reflejaba la

alegría, el buen humor de sus espíritus. La expedición comenzaba como todas las expediciones de caza: con un buen humor general.

En otro coche de segunda iban las doncellas de la baronesa de Morgal y de la vizcondesa Irene, y cuatro criados.

Sonó la hora de la partida, silbó la locomotora y salió el tren de la estación, cuando comenzaba á clarear la mañana.

Nuestros abuelos desconocían por completo las grandes comodidades con que hoy viajan los ricos. Por mucho que el mundo marche y el progreso avance parece imposible que pueda mejorarse el modo de viajar que en la actualidad conocemos. No es probable que el hombre llegue á más alto grado de comodidades; pero quién sabe, tal vez el siglo XX supere al siglo XIX, en cuyo caso les damos anticipadamente la enhorabuena á los que nos reemplacen en este valle de lágrimas.

En el coche-salón donde iban reunidos nuestros cazadores la alegría era universal, como si todos aquellos seres privilegiados no tuvieran delante de sus ojos mas que hermosos horizontes teñidos de color de rosa.

Isabel de Romelia estaba resplandeciente de hermosura, de felicidad, y con harta frecuencia fijaba sus provocativos ojos en Alejandro, como si quisiera hacerle comprender los afectos de su alma.

Ni una de estas miradas pasaba desapercibida para el barón de Morgal, que fingía admirablemente sentado en un sillón la terrible tempestad de los celos que rugía en su pecho.

Algunas veces don Andrés sentía como si una ola de

sangre le subiera del corazón á la cabeza; pero entonces cerraba los ojos para no ver las incitadoras sonrisas que su mujer le dedicaba á Alejandro.

—Es imposible—se decía el barón—que ese hombre no advierta, no adivine que Isabel le dice: ¡Yo te amo!... Pero no, no, él sabe que le ama... ellos se aman, ellos han hecho pedazos mi honor, y mi venganza será terrible.

Mientras así pensaba el barón de Morgal, mientras comprimía en el fondo de su pecho la terrible tempestad de los celos, el buen humor, la alegría, reinaban en derredor suyo.

En los rostros de los expedicionarios veíanse esos reflejos de luz que transmiten al semblante las almas gozosas, porque la felicidad es expansiva, y cuando la pobre criatura disfruta de ella en este valle de miserias y penalidades, la deja asomar per todos sus poros.

Sólo un hombre permanecía serio, grave; era el poeta Amadeo, porque, profundo conocedor del corazón humano, había adivinado el amor de Isabel y los celos del barón.

Pero ¿quién permanece indiferente ante un cielo purísimo y un sol radiante, cuando, abandonando sus quehaceres de la capital, se dirige á disfrutar los placeres del campo? ¿Qué espíritu no se alegra ante un día espléndido lleno de luz y de armonía?

Los expedicionarios llegaron á Guadalajara, sin que ni un solo momento se perdiera el buen humor y la alegría en el *coche-salón*.

En la estación de Guadalajara les esperaba uno de esos ómnibus enormes, que les condujo á la ciudad, deteniéndose en la fonda de Sierra, en donde estaba la mesa dispuesta.

Allí almorzaron, y á las dos de la tarde volvieron á emprender el camino del monte por la carretera de Aragón, tan alegres como el bullicioso ruído de los cascabeles que adornaban á las ocho mulas uncidas al ómnibus.

Cuatro guardias montados cabalgaban detrás del ómnibus escoltando á los felices expedicionarios, que con frecuencia tributaban elogios á su anfitrión, que tan perfectamente lo había dispuesto todo.

A la caída de la tarde llegaron á la casa del monte, que bien podríamos llamar palacio, con sus ribetes de castillo feudal.

El barón no había escatimado el dinero para recibir dignamente á sus amigos, y el dinero, como siempre, había hecho prodigios, llenando de hermosura y de comodidades un edificio que poco antes abandonado, olvidado por su dueño, apenas reunía las condiciones de poderse habitar.

En el ancho portal del palacio se hallaban esperando á los expedicionarios el mayordomo y ocho criados. Eran los encargados de conducir á sus habitaciones á todos aquellos amigos de los barones de Morgal.

La familia feliz, los elegidos de la fortuna, los cazadores aristocráticos, tienen la costumbre de lavarse y vestirse antes de sentarse á la mesa. El frac negro y la corbata blanca es para ellos tan necesario como para los cazadores de pan y cebolla la escopeta y el mugriento hongo. Los unos y los otros, si tienen sangre cazadora en sus venas, rinden adoración á San Eustaquio, pero piensan de distinto modo, porque la educación es una segunda naturaleza de la que nunca se desprende el hombre.

Decidle á un cazador de pan y cebolla, después de ocho horas de *batir el cobre* por un monte persiguiendo á las perdices, que se lave, que se mude la camisa antes de comer, y soltando una franca carcajada os tomará indudablemente por un loco. Se sienta junto al hogar, se coloca el morral entre las rodillas, saca su merienda y come sin preocuparle si los dedos que le sirven de tenedor están manchados y sucios con sangre de conejo y humo de pólvora.

Esto para él es lo lógico, lo natural, lo correcto, lo que hizo su padre, lo que ha hecho él toda su vida; pero el cazador aristócrata no lo comprende así, y por fatigado que se sienta, por hambre que tenga, dedica una hora al aseo de su persona, sin lo cual comería á disgusto y con no poca violencia.

Esto es la educación que se impone, que nos domina sin que nos apercibamos de ello. La educación, que al antropófago le obliga á comer carne humana como el manjar más exquisito, al árabe á rechazar el vino como un brevaje asqueroso, y al malayo á prestar á su mujer por algunas monedas de plata al extranjero que visita su choza.

Por eso nuestros expedicionarios, siguiendo la costumbre de su educación, se vistieron de frac para comer, y no les faltó apetito y buen humor durante la comida, reinando gran animación en derredor de la aristocrática mesa de los barones de Morgal.

Jamás Isabel de Romelia se había presentado ante sus admiradores más resplandeciente de hermosura. Sus miradas fascinadoras, sus sonrisas llenas de gracia, parecían dar vida y animación á todo cuanto le rodeaba.

Desde el comedor pasaron á un salón inmediato, en donde se les sirvió el café.

Algunos aficionados plantaron dos mesas de tresillo, y otros continuaron conversando con las dos elegantes cazadoras, es decir, la baronesa de Morgal y la vizcondesa Irene.

Sabido es que todos los buenos aficionados á caza gustan de hablar por la noche de lo que harán al día siguiente.

Alejandro y sir Pik, que eran tal vez los únicos que allí tenían verdadera afición á la escopeta, tuvieron una conferencia con el guarda mayor, disponiendo los ojeos y echando cálculos sobre un mapa del monte que les proporcionó el administrador.

A las doce se dió la voz de silencio, y cada cual se retiró á su dormitorio.

Amadeo Nasón acompañó al barón de Morgal hasta su dormitorio, y dejándose caer en una butaca, se quedó mirando á su antiguo amigo.

—En verdad que el día se ha pasado de un modo admirable,—dijo el barón.

—¿Crees tú eso, querido Andrés?—contestó Amadeo chupando su cigarro.

El barón miró con fijeza al viejo poeta, y luego dijo:

—¿Por qué me diriges esa pregunta?

—Porque no opino como tú.

—En ese caso tendrás tus razones.

—¡Quién lo duda que las tengo! Y además, somos buenos y antiguos amigos y debemos hablar con franqueza, y esta franqueza me obliga á decirte que ni tú ni yo nos hemos divertido mucho.

Y Amadeo dejó asomar una triste sonrisa á sus labios.

—No te comprendo,—repuso el barón encogiéndose de hombros.—Yo por mí puedo asegurarte que he pasado un día delicioso.

—Andrés, tú no dices lo que sientes. Tú pretendes engañarme á mí como á todo el mundo, y eso es difícil, pues te conozco más que nadie.

El barón dejó de sonreirse, y fijando una mirada investigadora en su amigo, añadió:

—De algún tiempo á esta parte, querido Amadeo, vives en un continuo sobresalto. Muchas veces me has dicho que no te habías casado por no sufrir los cuidados de la familia, y yo tenía mis motivos para creerte un egoista. ¿Qué es lo que recelas? ¿Qué es lo que temes?... ¿Que este sueño que me domina me conduzca á la muerte? Pues bien, déjame, y si muero de un ataque cerebral no compadezcas mi muerte, sino envídiala, porque es la muerte más dulce y más apetecida esa que se presenta de pronto, cuando nadie la llama ni se la espera, y soplando sobre nuestro corazón, paraliza los latidos de ese órgano importante de la vida y nos dice al oído: duerme el sueño eterno.

Y el barón, soltando una carcajada, añadió:

—Confiesa conmigo, querido Amadeo, que ésa es la más dulce de las muertes, y el hombre no tiene bastante dinero con que pagarla.

Amadeo no había cesado de mirar al barón mientras hablaba, y así que concluyó, le dijo:

—Tu pensamiento está á cien mil leguas de distancia de tus palabras. Ya sabes que te conozco á fondo, querido An-

drés, y con la antigua y buena amistad que nos une bien puedo permitirme decirte que he adivinado que meditas algo, y que este algo no es por cierto ninguna obra de caridad.

El barón se encogió de hombros, dejando asomar una franca sonrisa, que desorientó á su amigo.

—Querido Amadeo, es muy tarde y mañana es preciso madrugar,—le dijo;—con que buenas noches.

Y el barón se dirigió hacia su alcoba bostezando.

El poeta Nasón, comprendiendo que no conseguiría saber la verdad de lo que le pasaba al barón, salió del gabinete, encaminándose á su dormitorio.

CAPITULO II.

La cita.

Alejandro, al despedirse de la baronesa, al estrechar su mano, sintió el roce de un papel y se estremeció, porque para el joven africano no habían pasado desapercibidas las miradas y las sonrisas de Isabel de Romelia.

Aunque hombre de impresiones, franco y poco acostumbrado al disimulo, supo dominarse y se guardó el papel en el bolsillo del pantalón.

Una vez en su cuarto, cerró la puerta, sacó el papel y lo leyó con gran asombro.

Decía así:

«A las doce de la noche en punto, cuando todos duerman, oirá usted un golpe en la puerta de su dormitorio: abra usted la puerta y siga á la mujer que le estará esperando en el corredor.

»Como usted es un caballero y la menor imprudencia comprometería á una señora, creo inútil advertirle nada más.»

Alejandro se quedó mirando aquella carta sin firma, pero cuya procedencia no le era desconocida.

No tenía la menor duda que la baronesa había escrito aquellas cortas líneas, pidiéndole una cita.

Alejandro se sentó en una butaca cerca de la chimenea, y se quedó en actitud reflexiva.

Entonces, como todo hombre que se halla en una situación nueva, inesperada, se puso á reflexionar.

Buscando entre sus recuerdos, encontró todas las miradas, todas las sonrisas, todas las expresivas insinuaciones que la baronesa le había dedicado desde el primer día, ó por mejor decir, desde la primera noche que le conoció.

La mujer de mundo, la dama acostumbrada al trato de gentes, no necesita emplear la palabra para decirle á un hombre: «Yo te amo»; porque los labios y los ojos tienen una elocuencia irresistible, arrebatadora.

Muchas veces Alejandro se había preguntado: ¿Me amará la baronesa?... Pero como Alejandro era un hombre de corazón puro y sencillo, se avergonzaba de su misma pregunta.

La carta que acababa de recibir era una contestación clara, explícita de lo que tantas veces se había preguntado el joven africano.

—Sí, sí,—se decía;—esa mujer me ama, ha tratado de hacérmelo comprender muchas veces, y al ver mi frialdad se resuelve á dar uno de esos pasos imprudentes, temerarios, arriesgados, que comprometen la honra y tal vez la felicidad de toda la vida. ¡Ah! Yo reconozco que la baronesa es encantadora, que posee atractivos suficientes para enloquecer

al hombre más frío... pero yo no siento nada hacia ella, porque mi corazón está lleno con el amor de Gabriela.

Y Alejandro, haciendo un gesto de disgusto y golpeándose la frente, añadió:

—Esto es ridículo... Si falto á la cita, esa señora tendrá sobrado derecho para llamarme mal caballero; tal vez me juzgue cobarde; sería vergonzoso para mí. Es preciso acudir á la cita y arrostrar las consecuencias como la gente bien nacida, ó exponerme á las consecuencias de un duelo á muerte.

Alejandro, verdaderamente preocupado, se puso á dar paseos por su habitación. Jamás se había encontrado en situación más difícil, y de seguro toda la juventud del gran mundo madrileño se hubiera reído de él al verle pasear con la frente inclinada sobre el pecho, triste y meditabundo.

Cualquiera en su lugar hubiera tenido la carta de la baronesa por un billete para entrar en el paraíso terrenal; y como los pobres mortales penetran pocas veces en ese perfumado jardín de la felicidad, se hubiera frotado las manos como hombre satisfecho y gozoso de su suerte.

Pero Alejandro, ya lo hemos dicho, pensaba de un modo muy distinto de los demás hombres, y su corazón sólo tenía sitio para albergar el amor de Gabriela.

—No, no,—se decía;—faltar á la cita que me pide la baronesa es una villanía. Una señora me llama, yo debo acudir, aunque arriesgue la vida en la empresa.

Y de pronto, golpeándose la frente con el puño, añadió:

—Mi situación es verdaderamente difícil. Si esa mujer efectivamente me ama, si comete la imprudencia de decla-

rarme su amor, ¿cómo rechazo sus caricias?... ¿Cómo decirle: «Señora, yo amo con toda mi alma á una mujer, y esa mujer no es usted?»

Abismado siempre en sus reflexiones, pensaba también en la conducta poco correcta que había seguido Gabriela en el palco del teatro real, conducta que no podía explicarse y que le hacía sufrir mucho, porque no tenía disculpa tratándose de una joven honrada y virtuosa.

Así pasaron dos horas de incertidumbre para Alejandro, mirando con inquietud las saetas de metal del reloj, como si quisiera detenerlas en su constante marcha.

Se encontraba en una de esas situaciones violentas y difíciles para todo hombre que rinde culto á la conciencia. No era posible desatender la súplica de una señora sin sentar plaza de mal caballero; pero accediendo á sus ruegos, ¿qué iba á suceder?

A las doce en punto sonaron unos golpecitos en la puerta, y Alejandro sintió que le latía el corazón con violencia, como si se tratara de un joven tímido que acude por la primera vez á una cita de amor.

Abrió la puerta, procurando hacer el menor ruído posible, y á la opaca luz que despedía un farol colocado al extremo del corredor, vió la silueta de una mujer arrimada á la pared.

Aquella mujer llevaba un manto negro que la cubría desde la cabeza á los piés.

Al ver á Alejandro, sin hacerle la menor seña, emprendió con ligero paso el camino que conducía al extremo del corredor.

Alejandro la siguió, no sin levantarse antes el cuello de un gabán de abrigo como para cubrirse la cara.

Al final del corredor había una escalera angosta, y por ella comenzó á subir la tapada con ligero paso.

El joven africano la seguía siempre sin hablar palabra.

En el piso alto había otro corredor completamente á oscuras.

Allí se detuvo la misteriosa dama, y tendiendo un brazo, cogió á Alejandro de la mano, conduciéndole hasta una puerta, por donde entraron los dos.

Alejandro, que á pesar de su valor se hallaba conmovido como un colegial, dirigió una mirada en derredor suyo.

Se hallaba en una sala modestamente amueblada, en cuyo fondo unas cortinas de percal con flores cubrían la puerta de una alcoba.

Sobre una cómoda se hallaba un quinqué con pantalla verde, cuya luz mortecina apenas tenía fuerza para destacar los objetos.

La cómoda, una pequeña consola, un sofá de Vitoria y media docena de sillas, constituían el mobiliario de la habitación.

La mujer se quitó el manto, y entonces Alejandro se vió frente á frente de Micaela, la doncella favorita de la baronesa.

Micaela, que era una muchacha muy discreta, al notar cierto estremecimiento en el semblante de Alejandro, se sonrió con marcada malicia, y dijo:

—¿No es verdad, señor don Alejandro, que no esperaba usted encontrarse con mi persona?

—Efectivamente, hija mía.

—Pues tenga usted la bondad de esperar un momento, que no tardará en venir la señora que desea hablar á solas con usted.

Y Micaela, haciendo una reverencia, salió de la habitación por la misma puerta que había entrado.

Alejandro se quedó solo, y maquinalmente dirigió una mirada en derredor suyo.

Reinaba un profundo silencio; pero Alejandro creyó notar que la cortina de percal se movía como si la empujara algún leve soplo de aire.

Por fin una mano blanca y pequeña descorrió la cortina, y la baronesa de Morgal se presentó delante de Alejandro.

Isabel vestía una elegante bata de *tisú* fondo blanco con ramos de colores. Aquella bata ceñida al cuerpo modelaba de un modo provocativo las formas del elegante talle de la baronesa.

Isabel se acercó sonriéndose hacia Alejandro con una mano tendida, como si pidiera perdón por su atrevimiento al hombre que tanto amaba.

Alejandro estrechó aquella mano, que le pedía alianza sin saber lo que hacía; pero su contacto le causó un vivo estremecimiento en todo su cuerpo.

La baronesa, sin soltar la mano de Alejandro, le condujo suavemente hasta el sofá, en donde se sentaron los dos.

Ni el uno ni el otro habían pronunciado una palabra, porque en la vida hay ciertas ocasiones en que es muy difícil comenzar una conversación. En estos casos la imaginación hace grandes esfuerzos para encontrar la primera palabra

que abra un camino franco y expedito para lograr el fin que se propusiesen los dos interlocutores.

Otro que Alejandro, es decir, un hombre más avezado á las aventuras amorosas, hubiera recibido con los brazos abiertos á aquella mujer encantadora, y este abrazo hubiera sido un poema elocuente que se hubiera encargado de lo demás.

Esta conducta indudablemente la hubiera agradecido mucho la baronesa, evitándole la embarazosa situación que el silencio del hombre que amaba le causaba.

Pero Isabel era una mujer de grandes recursos que no retrocedía nunca ante las situaciones difíciles, y como el silencio se iba prolongando mucho, exhaló un suspiro, dejó caer la frente sobre el pecho, como si el rubor la obligara á ello, y dijo con acento trémulo:

—¿Me perdona usted, Alejandro?

—¡Perdonar á usted, señora! ¿Y por qué?

—Por la locura que acabo de cometer; ni yo misma me explico lo que he hecho.

Isabel levantó poco á poco la cabeza como si le faltaran las fuerzas, y fijó una tímida mirada en Alejandro, que pudo ver dos brillantes lágrimas resbalar por las frescas mejillas de la baronesa.

Alejandro tenía veintiocho años de edad; era un joven vigoroso, robusto; la sangre de sus venas tenía exuberancia de vida, y la naturaleza comenzó á tomar una parte activa en aquella cita que tanto le había disgustado.

Esta misma naturaleza, que nos empuja en la parte animal del cuerpo humano, que nos domina y que la educación

refrena muchas veces, inspiró á Alejandro una contestación galante.

—¡Perdonarla á usted, baronesa!—le dijo acariciando la mano que aún conservaba entre las suyas.—¡Perdonarla por haberme proporcionado la inmensa dicha de que nos veamos sin testigos!... Eso es bastante difícil.

El camino estaba abierto, franco, expedito, y la baronesa podía echar mano de todos los provocativos resortes de su irresistible coquetería. Comenzó por fijar con amorosa expresión sus hermosos ojos negros en Alejandro; luego exhaló un suspiro, y por fin dijo con vibrante acento:

—¡Oh! Aunque usted me perdone por galantería ó por bondad, allá en el fondo de su alma queda otra cosa, porque he sido muy imprudente, y usted, que apenas me conoce, habrá formado de mí una opinión poco favorable.

—Yo, señora, no puedo juzgar de un modo desfavorable—añadió Alejandro—á la baronesa de Morgal, porque sería un ingrato y un mal caballero, puesto que en este instante me creo el hombre más feliz de la tierra.

—¡Ah! ¡Si eso fuera cierto!...—repuso Isabel, mirando siempre á su amante.

—Mi corazón es el que habla, señora.

—Entonces, preciso será creerle, porque dicen todos que usted, amigo Alejandro, desconoce la perfidia.

Y la baronesa, cambiando de entonación y exhalando entrecortados suspiros, comenzó de este modo ese largo capítulo de las escenas y lamentaciones que toda mujer que falta á sus deberes tiene siempre preparado para disculpar su incorrecta conducta.

—¡Ah! ¡Si usted supiera, Alejandro, qué desgraciada soy! ¡Si usted supiera lo que he sufrido y las lágrimas que he derramado en silencio! Lágrimas de fuego, lágrimas que queman, que devoran la felicidad, porque en vez de asomar á los ojos caen sobre el corazón.

Isabel hizo una pausa, durante la cual apoyó ligeramente su frente en el hombro de Alejandro, como si le pidiera apoyo para soportar la pesada carga de la vida.

—Hace ocho años que estoy unida á un hombre que no me comprende, que no me comprenderá jamás,—añadió Isabel antes de que Alejandro tomara la palabra.—Sí; no me comprenderá nunca, porque su naturaleza y la mía son distintas y nuestros caracteres incompatibles. He sufrido mucho; he necesitado violentarme hasta el martirio por aparentar una felicidad que estaba muy lejos de sentir. Usted sabe, como todos cuantos me conocen, la eterna indiferencia, el pesado sueño de mi esposo. ¡Ah! Sí, sí, Alejandro; sufro mucho. Compadézcame usted.

Un mar de lágrimas brotó de los ojos de la baronesa, que apoyó lánguidamente su frente en el pecho de Alejandro.

Estas escenas, siempre que tienen lugar entre una mujer de veintiocho años y un hombre de la misma edad, siempre se resuelven de idéntico modo. Podrán variar los detalles, los preparativos, pero el resultado es el mismo.

Isabel olvidó sus desgracias. Alejandro olvidó á Gabriela, y en la modesta habitación de la doncella Micaela se cometieron dos infidelidades que nosotros nos guardaremos mucho de describir con todos los colores que el argumento reclama y exige á un escritor del género realista.

La baronesa y Alejandro se despidieron á las dos de la madrugada. Isabel ya no lloraba; sonreía solamente, y colgada del cuello de su amante y mirándole con cariñosa expresión, le decía:

—Mañana te espero aquí á la misma hora.

—Vendré,—le contestó Alejandro, depositando un beso en la frente de aquella mujer, que acababa de cometer una falta penada por el Código con algunos años de reclusión.

Pero ¿quién piensa en el Código y en la frialdad severa de las leyes cuando siente la sangre hervir en sus venas, y el corazón le dice: ama y sé feliz? Sería preciso inventar un freno para sujetar á la naturaleza, y ese freno no se ha inventado todavía.

CAPITULO III.

¡A cazar!

Cuando Alejandro regresó á su dormitorio; cuando al verse solo y rodeado del silencio y la quietud de la noche; cuando la sangre volvió á circular tranquilamente por sus venas, sin esa inquietud y efervescencia que le transmite el espíritu; en una palabra, cuando pudo dedicar un recuerdo á las dos horas de su vida que acababan de transcurrir, sintió algo que le disgustaba.

Entonces el nombre de Gabriela reapareció, por decirlo así, en su memoria, y sintió algo parecido al remordimiento en el fondo de su conciencia.

Pero ¿era Gabriela digna de que Alejandro sintiera remordimientos por ella? ¿Podía exigirle nada después de la noche del teatro Real?

Para un hombre de las condiciones de carácter de Alejandro, la conducta de Gabriela era reprochable, porque no concebía la facilidad con que se había entregado.

Desgraciadamente, Alejandro ignoraba la verdad, y aquella equivocación era funesta para los dos amantes.

Alejandro miró su reloj: eran las dos y media de la mañana, y como se había convenido levantarse á las siete y reunirse todos en el comedor, se acostó.

El sueño se mostró algo rebelde antes de descender sobre sus párpados; pero por fin se quedó dormido, privilegio de la juventud.

A las seis y media de la mañana entró sir Pik en el dormitorio de Alejandro. El día comenzaba á clarear, y en el cielo no se veía una nube.

—¡Ah, diantre!—exclamó el inglés abriendo las maderas del balcón y dirigiéndose luego hacia la alcoba.—No creía yo que el cazador de leones fuera el último en abandonar el lecho en un día de caza.

—¡El último!—exclamó Alejandro incorporándose.

—Sí, ya está todo el mundo en el comedor, y sospecho que si no hubiera venido yo, no se levanta usted hasta las doce del día.

—No tanto, amigo Pik,—repuso Alejandro vistiéndose el traje de caza con la ligereza del que quiere ganar tiempo.—Además, para cazar á ojeo no hay una necesidad de madrugar, y anoche convinimos que nos reuniríamos hoy á las siete en el comedor. ¿Son ya las siete?

—Si no son las siete, falta poco.

—Pues ese poco es lo que yo necesito para lavarme y vestirme; de modo, que si usted no me denuncia, nadie tendrá motivo para tacharme de perezoso si me presento á las siete en punto.

Mientras Alejandro se vestía, sir Pik se sentó en una butaca, diciendo:

—¿Qué opina usted de esta cacería?

—Pues opino que el barón nos tratará á cuerpo de rey, que mataremos algunos centenares de conejos, liebres y perdices, que las dos bellas cazadoras que nos acompañan lucirán sus elegantes trajes, y que por fin regresaremos á Madrid después de pasar cinco ó seis días de campo deliciosos,—contestó Alejandro.

—¿Y no teme usted que nos aburramos matando conejos, ese bicho repugnante que deberían los buenos cazadores exterminar del mundo animal?

—¡Cómo! ¿Piensa usted aburrirse, amigo Arturo, estando entre nosotros la vizcondesa Irene?

—¡Bah!—añadió el inglés haciendo un gesto.—Las mujeres fáciles entretienen mucho menos que las mujeres difíciles.

—La vizcondesa es una mujer encantadora.

—No lo es menos, sino por el contrario, mucho más, la baronesa de Morgal,—añadió maliciosamente sir Arturo.

Alejandro miró al inglés, en cuyo impasible y frío semblante no vió nada que indicara una segunda intención. Esto le tranquilizó.

—En fin, amigo Pik,—le dijo,—si usted se aburre matando conejos, le queda el recurso de tirar sólo á las perdices, que, según aseguran, abundan mucho en el monte que nos encontramos.

—Sin embargo, como los periódicos se ocuparán de nuestra expedición, haré el sacrificio, en favor de los dueños de

este cazadero, de tirar á los conejos que entren, con el objeto de que el número de las víctimas sea mayor.

Mientras tanto, Alejandro había terminado su *toilette*, y los dos amigos se dirigieron al comedor, en donde ya se hallaban reunidos todos los expedicionarios.

El desayuno fué ligero: unos tomaron té y pastas, otros café con tostadas de manteca, y muy pocos chocolate.

Se había dispuesto almorzar á las once en un sitio ameno llamado la *Fuente Cárdena,* el punto más pintoresco del monte.

Aunque la baronesa y la vizcondesa habían asegurado que se sentían con fuerza para cazar ocho horas sin cansarse, se dispusieron para ellas dos caballerías menores con sus jamugas, y otra para el poeta Nasón, que francamente había declarado que él no confiaba mucho en la firmeza de sus piernas.

Al salir de la casa, los guardas y los ojeadores se hallaban reunidos, los unos con sus carabinas y bandoleras, los otros con sus garrotes, para motear y hacer salir de sus camas á los conejos perezosos.

El día estaba espléndido, el sol comenzaba á elevarse por el horizonte, en el cielo no se veía una nube, y la brisa apenas tenía fuerzas para mover las pequeñas hojas de los chaparros.

Todo preludiaba un día espléndido, hasta los gozosos semblantes de los cazadores.

—Amigo Robledano,—dijo el barón,—usted que es cazador práctico, aconséjeles á su discípula Isabel y á su amiga Irene que monten en las caballerías si no quieren estropearse

esos diminutos piés, harto oprimidos por el becerro de sus elegantes botas.

—Don Andrés tiene razón que le sobra,—añadió Alejandro,—y uno á su ruego el mío.

—No, no, queremos ir á pié; tiempo queda para subir en las caballerías si nos cansamos,—exclamó Isabel.

—Es preciso probar á estos señores que no somos de alfeñique, querida baronesa,—añadió Irene.

—Pues yo me declaro vencido, y monto en mi burra,—dijo don Amadeo, que por únicas armas llevaba una silla de tijera y un libro.

—Señores, me parece—repuso el barón—que deberíamos prohibir á Amadeo que formara parte de la expedición con una silla de tijera y un libro. ¿Qué diablos va á matar? Será un estorbo.

—No he venido al monte á matar caza,—repuso Nasón,—sino á comer y á oxigenarme los pulmones. Siempre he sido protector de los animales, y el cazar me ha parecido una barbaridad feroz.

—Creo, como el barón, que deberíamos prohibirle que nos acompañara,—dijo uno de los expedicionarios.—Para leer necesita alejarse mucho de la caza.

—Señores,—repuso Amadeo,—yo soy el cronista de la expedición, y para escribir lo que ocurra, necesito verlo; con que en marcha, y advierto á ustedes que mi pluma será inexorable con los malos cazadores.

El monte era un verdadero semillero de caza. Las perdices, los conejos y las liebres abundaban hasta el punto de satisfacer las exigencias del cazador más descontentadizo.

En el primer ojeo se dispararon cerca de doscientos tiros, y se recogieron cincuenta y cuatro piezas.

Cuando terminó la primera batida y los criados reunieron aquel montón de caza muerta, causó á todos un verdadero placer; pero ese placer indescriptible de los cazadores y que no comprenden ni saben apreciar los profanos en el arte venatorio, porque un día hermoso y un primer ojeo que da por resultado cincuenta y cuatro piezas, no hay palabras con que describirlo.

Por la mañana se dieron cinco ojeos, y en todos ellos se hizo un fuego graneado que inflamaba la sangre de los cazadores.

Llegaron á la *fuente Cárdena,* y con gran asombro vieron una mesa espléndidamente dispuesta; porque en el campo se come mejor junto á una mesa y sentado en una silla, que tendido en el suelo.

Cazar abre el apetito, y al ver los preparativos, los estómagos agradecidos lanzaron un ¡hurra! de entusiasmo.

Sa sentaron en derredor de la mesa, y comenzó el almuerzo con buen humor y buen apetito.

El segundo ojeo de por la tarde se dió en un tollar que contaba unos cuatro años de vida forestal. Era el terreno más quebrado del monte y muy espeso; se hacía difícil tirar á los conejos por los pocos claros que presentaba el terreno. Sólo los *tenaznistas* podían lucirse, porque los conejos apenas asomaban las orejas por una mata, se perdían en la inmediata.

El guarda mayor, al colocar las escopetas, repetía siempre:

Mucho cuidado, señores, con pegarse un tiro en este espesor.

A la baronesa se la colocó en el fondo de una cañada, ocupando el barón su mano derecha y Alejandro su izquierda.

El guarda mayor le buscó un sitio desde donde pudieran verse algunos claros, encargándole que no se moviera y que no tirara á la caza que entrara mas que, ó por delante, ó una vez pasada la línea del ojeo.

Isabel se sentó en la silla y colocó la escopeta sobre sus rodillas.

—El ojeo tardará un poco,—le dijo el guarda mayor,—tienen que dar los ojeadores un gran rodeo para coger el barranco de la *Talavera*, en donde no faltan nunca algunos zorros, y de seguro que entrará alguno si no le echamos el viento, porque son muy pícaros. Conviene cargar mi carabina con bala, porque en este ojeo no faltará algún lobo.

Después de esto saludó respetuosamente á la baronesa y siguió colocando las escopetas.

Isabel se quedó sola, y durante algunos segundos estuvo contemplando el agreste panorama que se extendía ante sus ojos.

Luego dirigió una mirada hacia su izquierda, como si buscara algo. Tal vez aquella mirada era dedicada á su amante, á Alejandro; pero el terreno era tan agreste, tan espeso, que sólo vió chaparrales y encinares.

Sin embargo, Isabel continuaba buscando por su izquierda, con esa tenacidad de la mujer enamorada, y sin duda por eso no vió á un hombre que, procurando ocultar el cuerpo con las matas, se iba acercando poco á poco.

Aquel hombre era el barón de Morgal, y cuando estuvo á tres pasos de la baronesa, se irguió y dijo en voz alta:

—Buenas tardes, Isabel.

La baronesa lanzó un grito... pero este grito hizo sonreir á don Andrés.

CAPITULO IV.

Entre marido y mujer.

—Me has asustado,—le dijo, esforzándose por sonreirse.

—¡Asustarse una amazona que tiene una escopeta en las manos!... Por Dios, Isabel, que no sepan semejante debilidad los compañeros de expedición, pues se reirían esta noche de tí.

Y el barón, después de reirse con su proverbial franqueza, añadió:

—Cuentan de una poetisa que una noche estaba escribiendo con todos sus sangrientos detalles la batalla de Waterloo, cuando á una araña se le ocurrió caer sobre las cuartillas de papel que tenía delante, y la pobre escritora se quedó desmayada.

Y el barón volvió á reir de nuevo, y hasta tal punto, que la baronesa fijó en él los ojos con asombro.

—¿Sabes que me parece intempestiva tu risa, querido Andrés?—le dijo.

—Pues yo la encuentro tan lógica como natural. La humanidad tiene debilidades que á unos hacen reir y á otros llorar. Yo me río ahora; pero quién sabe si esta risa concluirá en lágrimas.

El asombro de la baronesa iba en aumento: nunca había visto en los ojos y en el semblante de su marido una expresión más extraña.

—Allá oculto entre los ásperos chaparros me hallaba solo hace poco, cuando de pronto se me ocurrió que tú te hallarías sola también, y como en este ojeo probablemente entrarán algunas zorras y tal vez algún lobo, me dije: «La pobre Isabel puede que tenga miedo; vamos á hacerle compañía».

—Pues te aseguro, querido Andrés, que ni remotamente me acordaba del miedo.

—Y sin embargo, diste un grito de espanto al oir mi voz, que te daba las buenas tardes. Pero en fin, ya que he venido me quedaré durante este ojeo haciéndote compañía, y hablando se nos hará á los dos el tiempo más corto.

—Pero si hablamos no entrará caza por nuestra postura.

—¡Y qué importa! Con tal de que nuestra conversación sea interesante...

—¡Interesante!...—exclamó la baronesa.—¡Interesante una conversación mantenida entre la baronesa de Morgal y su marido!... ¡Oh! Eso sí qué sería verdaderamente extraordinario.

—¿Tan falto de ingenio me supones? Pues bien, escucha: luego te convencerás de mi habilidad de narrador, pues voy á contarte una historia.

La baronesa, acostumbrada al eterno sueño de su marido;

no podía explicarse aquel afán de hablar que de repente se le había desarrollado al barón, y esto no dejaba de inquietarla un poco.

—Pues has de saber, querida,—añadió don Andrés, sentándose en una piedra que había cerca del sitio donde se hallaba su esposa,—pues has de saber que en una ciudad, cuyo nombre no hace al caso, vivía una muchacha tan pobre de fortuna como rica en gracia, en hermosura y en elegancia. Sus ojos eran negros como la noche, y sus labios colorados y frescos, como las hojas de esa flor oriental que se llama terebinto. La sonrisa de los ángeles jugueteaba siempre en su boca, y todo en ella respiraba un atractivo tal, que los hombres al verla enloquecían de amor.

—Pero, Dios mío, Andrés, ¿me vas á contar una novela?

—No, hija mía, es una historia; pero la verdad tiene muchas veces todo el color y el carácter inverosímil de la novela, porque la vida de cada individuo no es otra cosa que una novela más ó menos accidentada.

—En fin, puesto que te empeñas, tendré paciencia y oiré esa historia, que supongo será muy interesante; pero permíteme que te diga que no la creo oportuna en este momento, porque antes de mucho oiremos las bocinas de los ojeadores.

—Ya te he dicho que durante este ojeo le perdonamos la vida á toda la caza que entre, y ahora te diré que aunque á tí te parezca inoportuno el momento, yo creo que, por el contrario, es oportunísimo.

En otras circunstancias, la baronesa hubiera contestado á su marido con una mueca de indiferencia; pero cuando la mujer ha cometido alguna culpa de esas que inquietan su

conciencia, entonces es más tolerante con el hombre cuyo honor ha roto en girones.

Por eso, recelosa y temiendo algo, se contentó con hacer uno de esos movimientos de hombros que demuestran la resignación.

—Pues, como iba diciendo,—añadió el barón con gran calma,—la muchacha pobre cuyo tipo te he descrito ligeramente, siempre que se miraba al espejo se decía: necesito encontrar un marido que sea inmensamente rico, para que se realicen todos mis sueños. Quiero brillar en el mundo aristocrático, ser la reina de la moda, deslumbrar con mi lujo, etc., etc., etc.; y tal maña se dió, que por fin encontró á un hombre bastante rico para satisfacer su desmedida ambición, y bastante tonto para creer que aquélla preciosidad femenina tenía un corazón y un alma tan hermosos como su rostro y su cuerpo.

—En una palabra, la muchacha pobre—repuso la baronesa esforzándose por sonreir—encontró un amante rico y se casó con él... Querido Andrés, en esa historia permíteme que te diga que no encuentro nada de extraordinario; eso sucede todos los días y en todos los países del mundo. Sucedió ayer, sucede hoy y sucederá mañana.

—Sí, sí, convenido, querida Isabel; mi historia es el pan nuestro de cada día en el fondo; pero en los detalles algo he de decirte que te inspire un gran interés.

—En fin, tendré paciencia; continúa,—repuso la baronesa.

—En cuanto la muchacha pobre fué dueña de los millones de su confiado y bonachón esposo,—añadió Andrés,—en

cuanto tuvo un palacio por morada, lujosos carruajes, palco en el Real y una modista francesa á su disposición, fué la reina de la moda, y sus salones el centro donde se reunía la sociedad más distinguida, más aristocrática. Nadie como ella hacía los honores de su casa: sus encantos, su gracia, su ingenio, la elevaron á la categoría de celebridad, y el marido estaba loco de contento y bendecía á Dios, que le había proporcionado aquella medianaranja que le llenaba por completo de felicidad.

Y el barón, sonriéndose, añadió:

—Pero la dicha no es por desgracia muy duradera en este valle de lágrimas. Pasó la luna de miel, y comenzó la prosa del hogar doméstico. ¡Ya se ve! No podía suceder otra cosa, porque el pobre marido, sencillo, casi abandonado en el vestir, á pesar de sus millones, y que además no creía necesario emplear esa fraseología poética para hablar con su mujer, vió con profunda pena que de día en día su mitad le era más esquiva, más indiferente; en una palabra, que no le amaba, y ofendido con sobrada razón, se hizo el indiferente, comenzando un período de aburrimiento que siempre es funesto para los matrimonios.

Isabel bostezó, como para demostrar al barón que comenzaba á aburrirse oyendo su historia.

—Naturalmente,—repuso don Andrés,—una mujer joven, elegante, hermosa y rica, una mujer que escucha de continuo frases galantes halagándole el oído, se necesita que sea tan casta como Susana, ó tan firme y virtuosa como Lucrecia, la de Tarquino, para que no caiga en las tentaciones que la rodean; y un día piensa, medita y compara, y

desde este momento pone moralmente el pié en la resbaladiza pendiente de las adúlteras.

La baronesa hizo un movimiento nervioso que no pudo evitar; era uno de esos impulsos de la sangre que son siempre más poderosos que nuestra voluntad, y que muchas veces nos venden.

El barón, que demostraba una perfecta calma, se sonrió ligeramente, y repuso:

—Pues sí, mi heroína se aburría y tuvo el poco tacto de comparar á su marido con los jóvenes elegantes que la rodeaban, y cometió la vulgaridad de traer á su memoria los nombres de algunas amigas suyas que, olvidándose de su honra, tenían un amante con el objeto de hacer más llevadera esa prosa de los entreactos de la comedia del matrimonio...

La calma con que hablaba el barón, la fría sonrisa de sus labios y la mirada tenaz de sus apagados ojos comenzó á inquietar á la baronesa; pero como era preciso disimular el estado de su espíritu, dijo:

—No te quejarás de mi paciencia.

—¡Quejarme! Por el contrario, te lo agradezco mucho, y continúo. Pues sí, la elegante dama que nos ocupa se olvidó que todo lo debía á su marido, á quien muchas veces sacrificaba por el gusto de decir un chiste, y el pobre marido lo sufría todo con santa paciencia, lamentando la desgracia irreparable de haber elegido por compañera de toda su vida á una mujer sin corazón y desagradecida. Para consolarse en sus horas de amarga soledad (porque el marido amaba á su mujer, aunque no se lo decía con floridas frases), se decía:

«Ella no me quiere, pero es honrada y respeta mi honra; suframos en silencio y sin que nadie se aperciba de mi dolor.» Pero llegó un día, y el marido comenzó á observar que la conducta de su mujer no era de las más correctas, y sintió por la primera vez de su vida como si una culebra le mordiera en el corazón.

—Vamos, sí,—añadió Isabel, esforzándose por sonreirse,—comenzó á tener celos; es decir, cayó en la vulgaridad de la mayoría de los maridos que tienen una mujer bonita. ¡Pobre hombre!

—No, no tan pobre, querida Isabel,—repuso el barón,—porque como los celos eran fundados, el marido se portó como el hombre de honor que ve mancillada su honra.

Estas palabras las pronunció don Andrés con acento vibrante, pero sin dejar de sonreirse.

La baronesa palideció ligeramente, porque comenzaba á sospechar que ella era la protagonista de la historia que le contaba su marido.

—Desde el momento que el marido sospechó que su mujer le engañaba,—volvió á decir el barón,—como era hombre poco precipitado, se propuso averiguar la verdad, sin necias exageraciones y con gran calma. Como la mujer le creía un hombre frío, indiferente, cometió muchas imprudencias. Durante el tiempo que duró este espionaje, perfectamente disimulado, el pobre marido sufrió mucho, su vida fué un infierno; pasaba las noches sin pegar los ojos, y apretándose el corazón con las manos; aquello no era vivir, era un martirio. Prometeo no sufrió más amarrado á la roca del Cáucaso que el infeliz esposo. Mil veces le asaltó el pensamiento de

estrangular entre sus manos á la pérfida mujer que destrozaba su honra. Pero temeroso de cometer una imprudencia, sufría y sufría con la sonrisa en los labios y la calma en el semblante. «Quién sabe, se decía, tal vez no sea tan culpable como sospecho; tal vez las apariencias me engañen. Yo no puedo creer que sea tan desagradecida.» Y pensando esto, algunas noches entraba en el dormitorio de su esposa y permanecía una hora junto á su cama contemplando su tranquilo sueño, porque aquella mujer sin corazón dormía dulcemente como los ángeles; tenía ese sueño tranquilo de los justos, y en sus labios de coral, en su entreabierta boca, vagaba una sonrisa; solo que algunas veces el imprudente sueño dejaba asomar entre aquella sonrisa un nombre... era sin duda el de su amante.

Y el barón, respirando con fuerza como si faltara aire á sus pulmones, añadió:

—Jamás una mujer adúltera que sueña con su amante ha estado más cerca de la muerte que lo estuvo muchas noches la protagonista de mi historia. El marido ultrajado extendió muchas veces las manos para estrangular aquel cuello blanco como el alabastro y torneado por la naturaleza como el de una Venus; pero la duda, el temor de cometer alguna imprudencia, la esperanza de que no fuera culpable, la salvaron de una muerte horrible.

El barón iba enronqueciendo la voz á manera que avanzaba en su relato, y la baronesa, á pesar del hermoso y vivificador sol que se extendía por el cielo, sentía frío.

Hubo una pausa, pausa angustiosa para aquella mujer que por la primera vez de su vida tuvo miedo de su mari-

do, á quien despreciaba, á quien creía incapaz de sentir ninguna de esas pasiones que nos dominan.

—Por fin, el esposo—añadió—tuvo la certeza, la evidencia de que su mujer le engañaba, que tenía un amante, que era una adúltera. Una noche supo que había abandonado su casa para acudir á una cita; pero ignorando en qué punto debía efectuarse aquella cita, la esperó en el corredor que conducía á su dormitorio. ¡Oh! ¡Qué noche, qué noche, querida Isabel, pasó el pobre marido!... Las horas tenían para él una duración insoportable, no terminaban nunca; aquello fué el martirio, el infierno que nos describe el Dante en su *Divina comedia.* El infeliz, apretándose el pecho con las manos para dominar los latidos de su corazón, permaneció cuatro horas con el oído pegado á la puerta de escape de su alcoba, puerta que en otro tiempo fué para él la del paraíso trrenal, y que entonces se convirtió en la puerta del martirio.

Los ojos del barón brillaban como ascuas encendidas, mientras que la palidez de la baronesa aumentaba.

—En aquellos momentos de mortal angustia, el marido oyó pasos y vió por la cerradura de la puerta el reflejo de una luz. Eran la esposa culpable y su doncella, que regresaban de la cita, que indudablemente había tenido lugar en un baile de máscaras.

La baronesa no pudo contener una exclamación, que tenía mucho de lamento.

El barón acentuó más su sarcástica sonrisa, y desabrochándose la cazadora, sacó de uno de sus bolsillos un objeto, cuidadosamente envuelto en un papel, que rompió con mano nerviosa, diciendo:

—¿Conoces esto, Isabel?

La baronesa, que hasta entonces había permanecido sentada, se puso en pié y retrocedió dos pasos.

Lo que su marido acababa de presentarle no era otra cosa que la careta de raso blanco que con tanto empeño habían buscado ella y la doncella Micaela la noche de la cita en el teatro Real con Alejandro de Robledano.

Ya no le quedaba la menor duda; pero obedeciendo á ese instinto peculiar de las mujeres que se obstinan en negar hasta lo último, hizo un esfuerzo para dominar la emoción que sentía, y dijo:

CAPITULO V.

Continuación del anterior.

—Eso es una careta.

—Sí; una careta,—repitió el barón,—con la que ocultaste aquella noche tu vergüenza y mi deshonra; sí, una careta que yo te arranco en medio de esta religiosa soledad del monte; porque óyelo, Isabel, yo no soy de los maridos que sufren con vergonzosa resignación los agravios que se les hacen á su honra, y ha llegado la hora de la venganza.

La baronesa comprendió que sólo un arranque de audacia podía salvarla, y levantando con altivez la frente, dijo:

—¡Pobre Andrés! Sin duda hemos tenido tú y yo la desgracia de que te vuelvas loco.

—¡Loco! Sí, tienes razón; pero soy un loco que tiene sed de venganza, como el del camino de Leganés... ya sabes, aquel que mató á su mujer y á su hija. Yo no tengo hijos afortunadamente, porque se hubieran avergonzado de llamarte madre, pero tengo esposa: ésta es una adúltera, y voy á vengar mi honra mancillada.

Isabel tuvo miedo, porque el barón oprimía con mano nerviosa la caja de su escopeta... Tuvo miedo, porque se hallaba sola con aquel hombre celoso, y estuvo á punto de pedir socorro.

Pero en aquel momento pensó que el que primero podía acudir á prestarle socorro era Alejandro, que se hallaba colocado á su izquierda á pocos pasos de distancia; mas la presencia de Robledano, en vez de calmar, irritaría al ofendido esposo.

Por eso se contuvo, y apelando á la serenidad, exclamó:

—¡Estas ciego... estás loco! Yo no te he ofendido; todo lo que has dicho es una suposición que me ofende. Yo no soy adúltera; pero si quieres, por razones que no me explico, librarte de mí, matarme, la ocasión no puede ser más oportuna: nos hallamos solos.

Este arranque de audacia llenó de asombro al barón; pero estaba tan seguro de la infidelidad de su mujer, que soltó una estrepitosa carcajada, exclamando:

—¡Oh! ¡Cuánta falsedad!... ¡Cuánta hipocresía!... Pero la hora de la venganza no está lejos, y pues mi honra pisoteada pide sangre...

En aquel momento se oyeron las bocinas de los ojeadores: comenzaba la batida. El barón parecía vacilar; pero por fin, volviendo la espalda á su esposa, se dirigió poco á poco á su sitio.

Isabel, á manera que se alejaba su marido, iba respirando con más libertad, porque la amenazadora mirada del barón le había causado fatigas de muerte.

De todos modos, lo que acababa de decirle le preocupaba



Lit. de Palacios   Arenal, 27 Madrid

—Estás ciego... Estás loco.

lo bastante para no hacer caso de las bandadas de perdices que cruzaban volando por encima de su cabeza.

Comenzó el tiroteo. Isabel permanecía sentada en su silla, abismada en sus pensamientos.

De pronto oyó el silbido de una bala por encima de su cabeza, y llena de miedo cayó de rodillas, sospechando que aquella bala había salido de la escopeta del barón.

Una segunda bala fué á aplastarse en una piedra inmediata á Isabel de Romelia.

—¡Ah!—exclamó.—Ese infame, según parece, se ha propuesto matarme. ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

La baronesa maquinalmente dirigió los ojos angustiada hacia donde se hallaba su marido, y le vió detrás de un chaparro que la apuntaba con la escopeta.

Entonces echó á correr en dirección al sitio en donde estaba Alejandro; pero el barón hizo fuego, y la baronesa, extendiendo los brazos hacia adelante, cayó desplomada.

—¡Ah!—exclamó el barón viéndola caer.—Por fin he dado en el blanco... Parece imposible á tan corta distancia ser tan torpe... Pero no es extraño, me temblaba la mano como á todos los asesinos...

El barón en aquel momento se sonreía; pero estaba pálido como un muerto, y no se atrevió á moverse de la tierra que pisaba.

Desde lejos contemplaba á su mujer tendida en el suelo, sintiendo al mismo tiempo el deseo y el temor de acercarse hacia aquella víctima que acababa de inmolar, porque don Andrés creía muerta á Isabel.

Pero el primer impulso de todo asesino es huir de su

víctima, y maquinalmente emprendió á correr hacia su sitio.

Sin embargo, la carrera duró poco; se detuvo y dirigió una mirada en derredor suyo. Se hallaba en el mismo sitio en donde poco antes le había dejado el guarda mayor.

El barón pensó un momento en su situación, y estas ideas cruzaron por su mente:

—Para todos, mi venganza debe ser una desgracia propia de una cacería. Es preciso, por lo tanto, representar á la perfección mi papel. Cuando se reunan las escopetas y los ojeadores, cuando se encuentren á la baronesa muerta, el disgusto será grande. Alejandro se halla á su izquierda, yo á su derecha; pero la bala debía haberle entrado por la espalda, pues le disparé cuando huía hacia su amante. Como no la encontrarán en el sitio que la dejaron, se lamentarán de que la baronesa no haya obedecido las órdenes del montero. Audacia y serenidad. Ella ya pagó su falta; ahora me queda Alejandro. ¡Bah! Ya buscaremos un pretexto para batirme con él sin que se sospeche la verdadera causa. A mí me basta con que ellos sepan la verdad.

Mientras tanto, los ojeadores avanzaban hacia las escopetas dando voces y palos en las matas. El tiroteo se hizo general, la abundancia de caza que entraba á los puestos era grande.

Los zorros y los lobos, levantados desde los primeros toques de bocina, formaron la avanzada, caminando *agarbados* y arrastrando la tripa por el suelo para presentar menos blanco.

De vez en cuándo se oía el silbido de alguna bala que la escopeta de algún cazador imprudente dirigía á la dere-

cha ó á la izquierda, faltando á lo mandado por el montero mayor.

Don Andrés, preocupado en su grave situación, no hacía caso ni de las perdices que volaban por encima de su cabeza, ni de los conejos que se escurrían por entre sus piés.

Sólo se ocupaba en preparar la farsa, la comedia que debía representar cuando fueran á decirle: la baronesa ha muerto de un balazo.

A pesar suyo, con frecuencia se estremecía su cuerpo, porque por muchos motivos que le hubiese dado la baronesa para vengarse de ella, la verdad era que había cometido un asesinato, y todo asesino, en el momento de cometer su crimen, pierde la serenidad, por desalmado que sea.

Desde que las bocinas anunciaron el comienzo del ojeo hasta que se hallaron á cien pasos de las escopetas, apenas había transcurrido media hora, que fué un siglo para el barón.

Desde el sitio que ocupaba no podía ver á la baronesa, y algunas veces se empinaba sobre la punta de los piés; pero fué en vano: sin duda cubría el ensangrentado cuerpo de la infeliz Isabel las ásperas hojas de algún chaparro.

Por fin los ojeadores llegaron adonde estaba el barón, que permaneció inmóvil en su sitio esperando oir los lamentos y gritos de los cazadores al encontrarse á la baronesa muerta.

No se atrevía ni á dirigir la mirada hacia su izquierda, porque por aquella parte esperaba las lamentaciones.

De pronto oyó una voz que le hizo estremecerse. Era la de Alejandro de Robledano, que decía:

—Señores, algunas escopetas han hecho fuego á derecha é izquierda, faltando á lo prevenido; he oído silbar las balas

por encima de mi cabeza, y es preciso esta noche formar consejo de guerra á los cazadores imprudentes.

El barón permaneció inmóvil; pero de pronto dió un salto como si le empujara la tierra que le servía de base: otra voz femenina añadió, contestando á las reconvenciones de Alejandro:

—Efectivamente, señores; yo, temerosa de ser fusilada, me vi precisada á echarme en tierra. Un balazo dió en la piedra que tenía á dos pasos de mí; otro en las ramas del chaparro donde me guarecía, y por último, otro que dió junto á mis piés, llenándome de tierra; entonces me tendí en el suelo; pero afortunadamente, he salido ilesa.

La que acababa de hablar era Isabel de Romelia, la baronesa de Morgal, que alegre y risueña se iba acercando hacia su marido rodeada de los compañeros de expedición.

Don Andrés quedó aterrado. Su asombro era natural, porque después de haber creído á su mujer muerta, la veía viva, sana, alegre, provocativa, y como si poco antes no le hubiera arrojado al rostro su vergüenza.

—Señores,—dijo don Amadeo,—yo me lavo las manos en el asunto de los balazos, y confío que no me veré en el banquillo de los acusados cuando esta noche se forme consejo á los cazadores imprudentes. No creo que le sucede lo mismo al barón, que según lo descolorido y taciturno que se halla, demuestra á las claras que él ha sido el culpable.

—¡Yo!—exclamó el barón, á quien comenzaron á rodear los cazadores riéndose.

—Estoy seguro que te has dormido, y al despertarte aturdido has empezado á hacer fuego sin mirar adónde.

—¿Luego me crees un imprudente?—añadió el barón sin darse cuenta de lo que decía.

Las carcajadas, las pullas llovieron con abundancia sobre el barón, á quien todos le achacaban los tiros de bala extraviados y la ninguna caza que había muerto en aquel ojeo tan abundante.

Mientras tanto, la baronesa había cambiado algunas palabras en voz baja con Alejandro, y luego, cogiéndose del brazo de don Amadeo, le dijo:

—Tengo que hablar con usted de un asunto de la mayor importancia.

—¿Cuándo?—le preguntó Amadeo en el mismo tono.

—Ahora mismo. Busque usted un pretexto para que usted y yo solos nos vayamos á casa.

—Señores,—añadió Amadeo levantando la voz,—la baronesa y yo nos volvemos desde aquí á la casa, con nuestras caballerías, se entiende.

—¡Cómo! ¿Nos abandona usted, baronesa?—preguntó uno de los cazadores.

—Confieso que estoy cansada, y me rindo,—contestó Isabel riéndose;—pero no quiero que por mí se pierdan los ojeos que aún quedan. Me iré con mi papá Amadeo, y en la casa les espero á ustedes.

—Pues yo aún no siento el cansancio,—repuso la vizcondesa Irene, orgullosa de ser más fuerte que su amiga.

Comenzó á discutirse la retirada de la baronesa. Hubo unos momentos de confusión; todos hablaban menos el barón, que había sido víctima de la comedia representada por su mujer.

—¡Volvamos á casa!—exclamaron casi todos,—puesto que nuestra Diana se retira.

Entonces Amadeo les convenció que debían continuar cazando, y colocando, con la ayuda de un guarda, á la baronesa en su caballería y montando él en la suya, dijo:

—Hasta luego, señores. Vamos á preparar la comida, porque el cazar abre el apetito.

Y luego, dirigiéndole la palabra á un guarda, añadió:

—Tú, muchacho, tomas el camino delante, que nosotros te seguiremos, pues no me haría gracia perderme en el monte y que esta noche se me comieran los lobos. Hasta luego, señores.

Alejandro no había pronunciado ni una sola palabra, pero estaba muy pálido.

En cuanto al barón, se hallaba encerrado en el más profundo mutismo.

Dejemos nosotros á los cazadores continuar sus ojeos comentando la retirada de la baronesa, y al barón, que les siguió con la frente inclinada sobre el pecho, y vamos á sorprender la conversación de Isabel de Romelia y el poeta Amadeo Nosón.

CAPITULO VI.

Donde la baronesa declara la verdad.

Apenas se habrían separado unos cien metros de los cazadores, cuando Amadeo, que había puesto su borrica al lado de la de Isabel, le dijo:

—¿Qué ventolera te ha dado, hija mía, para dejar de repente á los compañeros y obligarme á mí á que te siga?

—¡Ah! Usted es un amigo leal; usted es mi segundo padre. ¿No es cierto? Me lo ha dicho usted muchas veces.

—Y lo repito ahora. Pero ¿qué ocurre?

—Ocurre,—añadió Isabel limpiándose las lágrimas que resbalaban por sus mejillas,—ocurre que mi esposo ha querido matarme tres veces, y que si vivo es por un milagro de la divina Providencia.

—¿Andrés ha querido matarte? ¡Ah! ¿Luego mis temores se han realizado en principio?

—Sí,—contestó Isabel inclinando la frente sobre el pecho.

Amadeo dirigió una mirada llena de ternura á aquella

mujer, que amaba como á una hija, y observando que el guarda que les guiaba volvía con frecuencia la cabeza, añadió en voz baja:

—Tranquiliza tu espíritu, enjuga esas lágrimas; la casa no debe estar lejos, y allí, sin testigos, me contarás lo que ha ocurrido, y veremos de poner un remedio á tu difícil situación.

La baronesa nada contestó, pero exhaló un profundo suspiro.

Durante media hora Isabel y Amadeo guardaron el más profundo silencio.

Por fin llegaron á la casa del monte, y echaron pié á tierra.

El apoderado del barón, al ver llegar á la señora con don Amadeo, se acercó á preguntarle si se había puesto mala.

—No estoy mala, gracias á Dios; pero comenzaba á cansarme y me he venido á casa,—contestó Isabel, cogiéndose del brazo del poeta Nasón.

Poco después se hallaban los dos en un gabinete, y seguro Amadeo de que nadie podría molestarles, sentó á Isabel en un sofá y él á su lado, diciendo:

—Vamos, hija mía, para los trances apurados son los buenos amigos; cuéntame lo que ha pasado, y dime por qué ha querido matarte tu pacífico y condescendiente marido.

La baronesa, en vez de contestar, se arrojó llorando al cuello de aquel anciano, que tantas pruebas le había dado de cariño.

—Muy grave debe ser lo que ha sucedido,—añadió Amadeo,—cuando tú, que tienes un carácter alegre y enérgico,

lloras como una Magdalena arrepentida. Pero habla, ten en mí confianza.

Isabel se enjugó las lágrimas, y por fin dijo con acento entrecortado por la emoción:

—Ni yo misma puedo explicarme lo que ha sucedido. ¿Creería usted nunca que Andrés, un hombre tan pacífico, se volviera loco? Pues bien, está loco... Por tres veces me apuntó con su escopeta; por tres veces hizo fuego, tomando mi cuerpo por blanco, y fué un milagro que no me matara; pero afortunadamente caí al suelo y él me creyó muerta. ¡Oh! ¡Qué miedo tan horrible he pasado! Sus ojos, al mirarme, despedían llamaradas amenazadoras; su fría sonrisa era una amenaza de muerte... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Isabel se cubrió el rostro con las manos; Amadeo se las apartó con cariño, y mirándola con ternura, dijo:

—Vamos, hija mía, ten confianza en mí y responde en conciencia á mis preguntas. ¿Crees tú que Andrés no tiene motivo ni razón para desear tu muerte?

—¡Ah! Ninguna.

—¿Estás segura de ello?—añadió Amadeo.

—¿Qué daño le he hecho yo?—repuso Isabel, que como toda mujer culpable, hacía heróicos esfuerzos para aparecer inocente.

—No, no, Isabel, tú sabes que te conozco y que conozco á tu marido,—dijo el poeta fijando una mirada tenaz en la baronesa;—para que Andrés quiera matarte debe tener grandes y poderosos motivos. Tú me ocultas la verdad y haces mal. Recuerda lo que te he dicho muchas veces: no basta ser honrada, es preciso parecerlo. Te he reprendido con

frecuencia tus ligerezas, y te has reído de mis consejos; pero hoy, al encontrarte en un trance apurado, recurres á mí, y esto me satisface y me obliga á ponerme á tu lado para defenderte; pero para eso necesito saber toda la verdad.

—Andrés, según he podido comprender,—añadió la baronesa,—está celoso.

—Todo hombre celoso es un peligro constante para la mujer que le inspira los celos, y los celos, hija mía, casi siempre tienen una base para fundarse. Vamos, habla, no me ocultes nada; te amo lo bastante para ponerme á tu lado, inocente ó culpable.

—Pues bien, tiene celos de Alejandro de Robledano,—contestó Isabel inclinando la frente.

—¿Y crees tú no haberle dado motivo para esos celos?—le preguntó don Amadeo.

—Confieso que he demostrado alguna deferencia á ese hombre por sus condiciones particulares, pero nada más; en mí podrá haber alguna imprudencia, pero culpa, ¡oh! eso no.

Amadeo miró con marcadas muestras de compasión á Isabel, y moviendo con disgusto la cabeza, dijo:

—Por ese camino no es fácil que nos entendamos, y dispensa que te diga, querida Isabel, que cuando Andrés ha querido matarte es porque tiene prueba plena de tu culpa.

—No, no; juro á usted que sólo son sospechas.

—Imposible; Andrés es un hombre prudente; jamás parte de ligero. Cuéntame la verdad, si quieres que me una á tí para salvarte del conflicto en que te hallas.

La baronesa batallaba consigo misma por ocultar la verdad; pero se convenció que era preciso decirlo todo para con-

tar con el apoyo de aquel amigo leal que siempre la había querido como á una hija.

Así es que levantando su hermosa cabeza y fijando sus ojos llenos de lágrimas en don Amadeo, exclamó:

—Pues bien, sí, es verdad; los celos de mi esposo son fundados; amo á un hombre, y he cometido la falta de entregarme á él.

Amadeo se estremeció: pero en vez de aparecer en sus labios palabras de reprensión, brilló en sus ojos una mirada compasiva.

—Y ese hombre, ¿es Alejandro de Robledano?—preguntó.

—Sí; sería inútil negarlo.

—Ahora, hija mía,—añadió Amadeo con dulce entonación,—cuéntame detalladamente todo lo que ha pasado entre tu esposo y tú. Ya te he dicho y vuelvo á repetirte que cuando en las situaciones graves y difíciles de la vida se unen dos personas para defenderse mutuamente, es indispensable que entre ellas reine la mejor confianza. Habla.

Aquí la baronesa contó con todos sus detalles la escena que había tenido lugar en el monte entre ella y su marido.

Amadeo la escuchó sin interrumpirla ni una sola vez, y los hermosos ojos de Isabel no cesaron de derramar lágrimas en tanto duró su relato.

Al terminar, como si se avergonzara de ella misma, apoyó la frente en el pecho de aquel amigo leal, de quien esperaba algún consuelo en su atribulado lance.

El poeta Nasón, después de concluir el relato Isabel, permaneció un momento callado, como el hombre que se encuentra indeciso, y por fin dijo:

—Grave, muy grave es tu situación, hija mía. Andrés ha querido vengar la afrenta que le has hecho atravesando tu cuerpo con una bala, y te has salvado milagrosamente, porque Andrés es un buen tirador. Conozco á tu marido, es noble y generoso, pero jamás ha olvidado los agravios inferidos á su honra. Si se ha propuesto matarte, será difícil disuadirle de su empeño. Pero yo no te abandono, yo estaré siempre á tu lado para defenderte. Tú, sin embargo, debes evitar las ocasiones y vivir alerta.

—¿Qué debo hacer?

—Veo bastante difícil contestar á la pregunta que me haces. Tu situación me aflige sobremanera, porque estoy seguro que Andrés, ocultando la verdadera causa, provocará á Alejandro para batirse con él, y este duelo será funesto á uno de los dos. ¡Ah! ¡Qué desgracia tan grande! Tú hubieras podido ser feliz y eres desdichada... En fin, yo hablaré al barón en provecho tuyo y de la paz de vuestro hogar, que miro como el mío; procuraré convencerle, aunque tenga para ello que emplear la mentira, que sus celos no son otra cosa que falsas suposiciones; que tú, más que culpable, has sido imprudente. Esto es bastante difícil; pero la amistad que os profeso me obliga á intentarlo. Es preciso convencerle de que esa careta de raso blanco que encontró al pié de tu cama, y que él conserva en su poder como cuerpo irrecusable de tu culpa, es efectivamente tuya, pues fuiste al baile de máscaras sólo como una humorada y sin ningún propósito de menoscabar su honra. Después de esto allá veremos lo que se consigue; pero te exijo que si salimos bien de la difícil situación en que nos hallamos; si el sol aparece radiante y se-

reno detrás de las tétricas nubes que hoy lo encapotan; si la calma sucede á la tempestad que ruge sobre nuestras cabezas, te exijo, repito, que vivas alerta sin cometer la menor imprudencia.

Isabel exhaló un suspiro.

—Por lo pronto, esta noche, cuando regresen del monte los cazadores, les diré que te hallas ligeramente indispuesta y que te has acostado. Con este motivo no extrañará nadie que mañana no vayas de caza; y como conviene evitar toda ocasión que pueda producir un peligro, te encierras bien por dentro en tu dormitorio, y que pase Micaela tu doncella la noche en tu misma alcoba, y no abras la puerta á nadie más que á mí.

Isabel continuaba guardando el más profundo silencio.

—Yo, mientras tanto,—añadió Amadeo,—hablaré con tu esposo y procuraré disuadirle de que sus celos son infundados.

—Pero ¿y si no da crédito á lo que usted dice?—exclamó la baronesa.

—Entonces, hija mía, procuraré por lo menos evitar una desgracia, aunque para ello sea preciso dar hasta la última gota de sangre de mis venas.

Isabel, después de ofrecer á don Amadeo seguir en todo sus consejos, se retiró á su gabinete, acompañada de la doncella Micaela; pero antes le suplicó que avisara á Alejandro lo que sucedía para que estuviera prevenido.

Amadeo, verdaderamente preocupado con los acontecimientos graves de aquel día, se puso á dar paseos por la explanada que se extendía por delante de la casa.

A la caída de la tarde regresaron los cazadores, y todos preguntaron por la baronesa.

—Señores,—les contestó Amadeo,—la pobre Isabel se hallaba muy cansada y se ha acostado. Yo, en nombre suyo, les ruego que la dispensen si esta noche no puede acompañarles á la mesa y pasar la velada con tan agradable compañía.

Esta noticia produjo un disgusto general; pero Amadeo les tranquilizó, asegurándoles que la indisposición de la baronesa era sólo cansancio.

Aunque cada cual comentó á su modo la enfermedad de la baronesa, nadie, excepto el barón, sabía la verdad.

La comida fué menos alegre, menos expansiva que la noche anterior, y con frecuencia se echaba de menos á la ingeniosa y decidora dueña de la casa.

Después de la comida pasaron al salón á tomar el café, y allí pasaron la velada, los unos hablando, los otros jugando al tresillo.

Cuando sonó la hora del descanso, cuando cada cual se dirigió á su dormitorio, sir Pik le dijo á su amigo Alejandro en voz baja:

—¿Qué opina usted de la repentina indisposición de la baronesa?

—Nada, querido Arturo...; pero sospecho que estando la baronesa enferma, nuestra cacería terminará pronto.

—Eso creo; pero ¿estará verdaderamente enferma?

Alejandro se encogió de hombros, y estrechando la mano de su amigo, dijo:

—Allá veremos. Buenas noches, amigo Pik.

Alejandro se encerró en su dormitorio, y como la baronesa le había dicho que le vería á la noche siguiente, esperó hasta las tres de la mañana, sin que la doncella fuese á dar los dos golpes convenidos á la puerta de su dormitorio.

A las tres, cansado de esperar, se acostó, pensando que ó la baronesa se hallaba verdaderamente enferma, ó había sucedido algo extraordinario.

CAPITULO VII.

En donde Amadeo procura sondear el corazón de su amigo Andrés Morgal.

El poeta Nasón acompañó hasta su dormitorio al marido de la baronesa.

Durante la velada nadie había notado en el barón de Morgal ningún síntoma alarmante. Estuvo tranquilo, sereno y adormecido como siempre, si bien es verdad que dos ó tres veces salió del salón con el pretexto de enterarse de la salud de la baronesa; pero en cuanto volvía á entrar contestaba á las preguntas de sus amigos:

—Isabel duerme... Creo que su indisposición no será nada.

Y sonriéndose con la mejor buena fe del mundo, añadía:

—Indudablemente sus pequeños piés se han estropeado con la dureza del becerro y del piso del monte, á lo que no están acostumbrados. Yo creo que Isabel perderá, después de esta expedición, su afición á la caza.

Nadie, por lo tanto, sospechó ni remotamente que aquel

marido bonachón, que aquel hombre sin hiel y dispuesto á dormirse siempre, hubiera intentado tres veces matar á su mujer pocas horas antes.

Sólo Amadeo sabía la verdad, y al acompañar á su amigo hasta su dormitorio, cerró la puerta por dentro, y sentándose en una butaca, sacó un cigarrillo de papel, lo encendió mientras el barón bostezaba, y le dijo:

—Querido Andrés, ya sospecharás que tenemos que hablar.

El barón miró á su amigo con la fría tranquilidad propia de su carácter, y ocupando otra butaca, dijo:

—No sospechaba semejante cosa; pero, puesto que tú lo dices, hablemos.

—Isabel me ha contado tu incalificable conducta de esta tarde,—añadió Amadeo, como el hombre que desea entrar pronto en materia.

—¡Mi conducta!—exclamó Andrés.—¿Pues qué ha dicho de mí esa loca?

—Vamos, Andrés, ¿pretendes engañarme con tu aparente tranquilidad? Lo sé todo.

—Me alegro, pues así me lo contarás á mí y lo sabremos los dos.

Amadeo hizo un movimiento brusco en la butaca, asombrado de la sangre fría de su amigo.

—¿Vas á negarme—repuso—que has intentado por tres veces matarla?

El barón soltó una ruidosa carcajada.

—¡Matarla yo! ¿Y cómo? Porque supongo que te lo habrá dicho.

—Disparando tres veces tu escopeta cargada con bala sobre ella; pero Dios sin duda desvió tu puntería para evitarte un crimen y un remordimiento eterno.

—Dime, Amadeo, ¿crees tú que si yo hubiera querido matar á Isabel no la hubiera muerto, teniéndola á mi lado con una escopeta cargada en las manos y solos en medio de un monte?

Esta pregunta fué dirigida con tanta calma, con tanta serenidad, que Amadeo se quedó asombrado.

—Vamos, vamos, querido poeta, no me juzgues más torpe de lo que soy. Tú sabes que tengo buen ojo, como vulgarmente se dice, y pobre de aquel á quien yo le apunte con mi escopeta á veinte pasos de distancia, porque con seguridad daré en el blanco.

Amadeo encontraba lógicas aquellas razones, y al oirlas un gran peso se le quitaba del corazón, pues concebía la esperanza de reconciliar á sus buenos amigos.

—Entonces, lo acaecido esta tarde ha sido una ofuscación,—exclamó.

—Eso ya es distinto,—repuso el barón, sin que se conmoviera ni un solo músculo de su rostro.

—¿Cómo?

—Digo que si hubiera querido matar á Isabel cuando la apunté con mi escopeta la hubiera muerto; pero digo también que tenía sobrados motivos para matarla.

Amadeo miró á su amigo con asombro.

El barón continuaba sonriéndose con tranquila expresión.

—Te suplico que en nombre de nuestra antigua amistad me expliques ese pro y ese contra que no comprendo.

—A tí no tengo ningún inconveniente, porque tú eres, por decirlo así, un segundo padre de Isabel y un hermano del corazón mío.

—Sí, sí, Andrés, yo te lo suplico,—añadió Amadeo exhalando un suspiro;—háblame con franqueza, como tengo derecho á exigírtelo por nuestra antigua amistad. Ya sabes que tu dicha y la de Isabel me interesan más que la mía propia.

—Figúrate por un momento—repuso el barón—que Isabel, en pago de todo lo que yo he hecho por ella, se complace en destrozar mi honra, en cubrir de lodo mi nombre. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Pero eso no es cierto... Eso es solo una suposición tuya,—exclamó Amadeo dominando su inquietud.

—Jamás me ha gustado partir de ligero, sobre todo en las graves cuestiones de honra. Isabel me vende, tiene un amante, lo sé de positivo; ya comprenderás, conociendo mi carácter, que éste es un asunto que sólo tiene un desenlace: la muerte de los culpables ó la mía.

—¿Entonces es cierto que esta tarde has querido asesinarla?—preguntó Amadeo estremeciéndose.

—¡Bah! Esta tarde lo que he querido es asustarla, prevenirla, y por cierto que el último balazo que le envíe creí que había dado en la carne.

Y el barón, riéndose de un modo que hacía daño, añadió:

—Pero descuida, querido Amadeo, si no hoy, será mañana, es igual.

—¿Luego la crees verdaderamente culpable?

—Sin ningún género de duda.

—¿Y piensas vengarte?

—De los dos, querido Amadeo, de los dos; sólo que primero me vengaré de ella y luego de él. Yo no soy de esos maridos precipitados que cuando saben que su mujer les vende buscan al amante para batirse con él, y muchas veces el amante sale triunfador, y queda la pérfida adúltera sin el justo castigo que merece... No, no, primero á ella y luego á él; esto es lógico, porque si Alejandro, ese joven valiente y diestro, me mata, al menos que no se ría ella del pobre y confiado marido á quien deshonró.

—Pero ¿y si ella fuese inocente?—exclamó Amadeo, á quien la fría calma de su amigo daba escalofríos.

—No, no es inocente, es culpable, es adúltera, y debe morir. Tú lo sabes lo mismo que yo; es decir, lo sabías mucho antes que yo, y has hecho todo cuanto has podido por conducirla al buen camino; pero ella se reía de tí como se ha reído de mí. Créeme, Amadeo, una mujer como Isabel no merece que nadie la defienda, y aun me atrevería á decir que su amante es inocente de toda culpa.

Y entonces el barón, como si ya no pudiera por más tiempo fingir la indiferencia, cogió una de las manos de don Amadeo, y estrechándola con fuerza, añadió rechinando los dientes:

—Sí, ella sola es la culpable... ella sola, porque su pérfida alma está tan desprovista de sentido moral, que para mayor vergüenza suya y mía, ella es la que ha perseguido á su amante.

—¡Imposible! ¡imposible!—exclamó Amadeo, que aunque en el fondo de su alma pensaba lo mismo que el barón, recha-

zaba sus suposiciones.—Isabel es demasiado hermosa, demasiado seductora, y sobre todo, bastante altiva para perseguir á un hombre y decirle yo te amo...

—Pues bien,—añadió el barón, que iba poco á poco perdiendo la calma y la serenidad,—todo eso que á tí te parece imposible, todo eso que efectivamente es monstruoso, cínico y degradante, todo lo ha hecho esa mujer para conseguir las caricias de un hombre.

—Tú estás loco.

—¡Ah! Tú sabes, querido Amadeo, que no lo estoy, tú sabes que, desgraciadamente para ella y para mí, es cierto todo cuanto te he dicho. Muchas veces, mientras fingía dormir, mientras aparentaba indiferencia, he sorprendido tu inquietud, sus miradas y sonrisas provocativas. ¡Qué horribles tormentos sufría entonces!...

Y el barón, exhalando un suspiro que tenía algo de rugido, y cogiendo á su amigo por el brazo, exclamó, apretándole al mismo tiempo con nerviosas convulsiones:

—El hombre indiferente, el marido pacífico se veía precisado á hacer esfuerzos heróicos para que nadie adivinara el infierno que rugía en su pecho. Cien veces he oído una voz interior que me decía: «Mátala, porque merece la muerte». Pero al mismo tiempo ese espíritu de mis nobles antepasados que circula por mi sangre me decía: «Véngate de esa infame adúltera, pero evita el escándalo». A eso debe el respirar aún; pero descuida, la mataré... Está sentenciada por mi honra, y como mi honra no transige con las infamias, se cumplirá la sentencia.

En aquel momento el semblante del barón de Morgal se

había transformado, sus ojos despedían rayos de fuego, su boca entreabierta se sonreía, transmitiendo á sus labios un movimiento nervioso.

Amadeo se persuadió de que la pobre Isabel estaba sentenciada á muerte; pero, amigo leal y cariñoso, intentó el último esfuerzo para salvarla.

—Yo no puedo creer lo que tú dices... Estás ciego, Andrés, los celos te trastornan.

El barón hizo un movimiento de indiferencia con los hombros, y serenándose de repente, añadió:

—Los hombres de mi raza son demasiado altivos para dar cabida en su corazón á celos infundados. Estoy persuadido que mi mujer es una adúltera, y nadie en el mundo puede librarla de mi venganza. Si vive aún, es porque temo el escándalo.

Y mirando con fijeza á su amigo, añadió:

—Juro por la memoria de mis antecesores que me vengaré. Ahora, querido Amadeo, que sabes cómo pienso y lo que estoy resuelto á hacer, te suplico que me dejes solo; necesito descansar.

—Pues bien, prométeme que no llevarás á cabo tu pensamiento en este monte.

—No puedo responder de nada... ¿Quién es capaz de leer en lo porvenir? Si se me presenta una ocasión en que pueda vengarme, la aprovecharé. Ya ves que no es posible hablarte con más franqueza.

Y el barón, sonriéndose con cierta melancolía, añadió:

—Como sé lo que quieres á Isabel y supongo que irás esta noche á darle cuenta de nuestra entrevista, dile que está

sentenciada á muerte; que se lo aviso á fuer de hombre leal.

—Pero yo no puedo consentir que cometas un crimen, del que indudablemente te arrepentirás con el tiempo,—exclamó Amadeo abrazando á su amigo.

—Pues yo cometeré eso que tú llamas crimen, aunque supiera conquistarme la eternidad del infierno. Buenas noches, Amadeo.

Y el barón condujo á su amigo hasta la puerta, y luego cerró por dentro.

CAPITULO VIII.

El padre adoptivo.

Amadeo se quedó parado en el corredor: estaba aturdido; nunca había visto á su amigo Morgal de aquel modo, y no le quedaba la menor duda de que cumpliría todo cuanto le había dicho.

¿Cómo salvar á Isabel? Esta idea, fija en su mente, le atormentaba.

—Sí, sí; es preciso que yo la vea, que yo la hable, que yo le cuente los peligros que la amenazan. Mi deber es salvarla, defenderla, aunque pierda la vida en su defensa. Sus padres me la recomendaron al morir, y yo estoy además acostumbrado á mirarla como á una hija.

Maquinalmente se dirigió hacia el dormitorio de la baronesa.

En la casa reinaba el más profundo silencio. Del techo de los corredores que daban paso á los dormitorios colgaban de trecho en trecho lámparas que alumbraban con tenue luz.

Amadeo llegó á la puerta del gabinete de Isabel y llamó.

Transcurrió un momento en el mayor silencio, y Amadeo llamó por segunda vez.

—¿Quién?—preguntó una voz femenina desde dentro.

—Abre; soy yo, Isabel,—contestó el poeta.

La doncella abrió la puerta, volviéndola á cerrar tan pronto como entró don Amadeo.

—¿Y la baronesa?—preguntó Nasón.

—Estoy aquí, papá Amadeo,—contestó desde la alcoba Isabel.

El viejo poeta se dirigió hacia la alcoba, sin esperar el permiso y como si se tratara de una hija.

La baronesa estaba en su cama: tenía una bujía encendida en la mesa de noche y un libro en la mano.

Al ver á Amadeo, adivinó en su pálido semblante que ocurría algo grave. Sin embargo, nada le dijo, como si tuviera miedo de preguntarle, de saber la verdad.

El poeta también permaneció algunos segundos contemplándola. Isabel se hallaba muy pálida, y en su hermoso semblante se veían claramente las huellas de las lágrimas.

Amadeo acercó una silla á la cabecera de la cama, y dijo:

—Vengo de tener una entrevista con tu marido.

—Sí; lo supongo, desde el momento en que usted viene á verme á estas horas.

—Andrés está celoso, y sus celos son más temibles por ser reconcentrados... ¡Ah, pobre Isabel! No puedes pensarte lo que me ha costado hacerle hablar con franqueza.

—¿Quiere matarme, no es verdad?—preguntó Isabel estremeciéndose.

—Está celoso, hija mía,—contestó Amadeo con triste entonación,—y el hombre celoso se halla muy cerca de la locura. Debemos, por lo tanto, vivir alerta.

—¡Qué hacer, Dios mío! ¡Qué hacer!...—murmuró en voz baja la baronesa, que desde aquella tarde había perdido su peculiar carácter; porque cuando la conciencia acusa se inclina la frente y la debilidad se apodera de nuestro espíritu.

—No he venido aquí, hija mía, á aumentar tus penas con mis reconvenciones; vengo á ponerme á tu lado, á defenderte de los peligros que te amenazan. Yo no he de abandonarte nunca, resulte lo que resulte. En otro tiempo, cuando eras feliz, cuando todo sonreía en derredor tuyo, cuando todos te rendían tributo de admiración, yo te aconsejaba, porque preveía el peligro; pero ahora sólo te suplico que me digas la verdad. No temas que te abandone, aunque seas más criminal que Aspasia. Sobre la tierra no encontrarás un pecho más leal que el mío. Responde á esta pregunta: ¿Amas á Alejandro?

—Sí, le amo; he sentido por él efectos desconocidos dentro de mi alma,—contestó Isabel inclinando la frente sobre el pecho.

—¿Es tu amante?

—Sí; para qué negarlo... El barón tiene derecho á matarme... Soy una esposa culpable.

—Pero yo tengo el deber de defenderte,—añadió Amadeo dejándose llevar por uno de esos arranques del corazón.

—Mi salvación está en la fuga.

—Sí, pero la fuga es el escándalo. ¡Ah! ¡Desgraciada de tí si una mañana corriera la noticia por Madrid de que la

hermosa baronesa de Morgal había huído abandonando á su marido! Inmediatamente cien desocupados buscarían la causa de esa fuga, y no tardarían mucho en sospechar la verdad.

—Pero quedándome en Madrid, viviendo bajo el mismo techo que mi marido, corro grandes peligros.

—Lo sé, hija mía; pero es preciso revestirse de valor para afrontar esos peligros.

—Pero ¿y si me falta ese valor que usted me exige?

—Yo estaré á tu lado para inspirártelo.

—¡Ah! Mi carácter se ha cambiado mucho de ayer á hoy; ni yo misma me conozco.

—Sí, porque ayer podías levantar la frente y hoy la inclinas; porque ayer tu marido era un hombre dulce, pacífico, predispuesto á complacerte en todo, y hoy es un hombre digno que ve su honra pisoteada y se levanta ante tí para pedirte cuentas de tu conducta.

—¡Es verdad!—murmuró en voz baja la baronesa inclinando la frente avergonzada.

—¡Pobre hija mía!—repuso don Amadeo.—A pesar de tu culpa te compadezco, y es preciso que pensemos el modo de salir airosos de tan difícil situación. Afortunadamente, en medio de nuestra desgracia, tenemos en favor nuestro el que tu marido procurará por todos los medios que estén á su alcance evitar el escándalo. Estoy seguro que jamás dirá en voz alta á sus amigos: Mi mujer me ha engañado; yo la mato.

—¡Ah! ¿Luego usted cree que esa consideración detendrá su brazo?

—Creo que Andrés no te perdonará nunca; la idea de la venganza es su pensamiento fijo; pero no habiéndote muerto

en el monte, en donde hubiera podido atribuirse á una desgracia imprevista, meditará mucho antes de realizar su plan. Mañana, con el pretexto de que te sientes un poco indispuesta, no vayas á cazar; evitemos todas las ocasiones. Yo me quedaré contigo. Es probable que tu indisposición apresure la vuelta á Madrid, en donde tampoco te abandonaré.

Isabel cogió una mano de Amadeo y se la besó.

—Vamos, vamos, hija mía, tranquilízate y procura de hoy en adelante no cometer más locuras. Voy á dejarte. Duerme, descansa, y mañana Dios dirá.

Y Amadeo, dando un beso en la frente de la baronesa, salió de su gabinete verdaderamente conmovido.

Mientras tanto, en el dormitorio de Alejandro tenía lugar el siguiente diálogo entre el joven africano y su amigo Pik:

—Es indudable, amigo mío,—decía Arturo,—que entre el barón y la baronesa sucede algo.

—Lo mismo sospecho yo,—añadió Alejandro.

—Usted, si mal no recuerdo, en el ojeo que se puso mala la baronesa estaba colocado á su izquierda.

—Sí,—contestó Alejandro algo distraído.

—¿Y no observó usted nada?

—¡Diantre! ¡Ya lo creo! Observé primero el silbido de una bala, luego otro, y por fin otro, y tuve por una gran imprudencia el tirar con bala y atravesado en un ojeo de caza menor, en donde las escopetas están muy juntas.

—¿Pero era la baronesa la que disparaba con bala?

—No, era el barón, según sospecho.

—¿De modo que pudo matarle á usted ó á la baronesa?—preguntó sir Pik sonriéndose.

—Efectivamente, no dejamos de correr algún peligro, pero gracias á Dios, las balas del barón no dieron en la carne.

—Hubiera sido una gran desgracia.

Alejandro se encogió de hombros.

Sir Pik, que se hallaba fumando sentado en una butaca, miró á su amigo con esa fría inmovilidad tan propia del carácter inglés, y dijo:

—Parece, amigo Robledano, que le es á usted indiferente la vida; y eso es bastante extraño, teniendo una gran fortuna y siendo joven.

—¿Y qué importa que yo le tenga ó no le tenga apego á la vida?... ¿Sabe nadie por dónde viene la muerte? Además, estoy acostumbrado á no temer á la muerte, porque en los bosques de Africa me he visto muchas veces frente á frente de ella.

—La vizcondesa Irene—añadió el inglés—me ha dicho una cosa que no puedo creer.

—¿Y qué ha dicho esa encantadora criatura?

—Dice que oyó la voz de la baronesa que pedía socorro; pero usted que estaba más cerca debe haberla oído también.

—Pues yo confieso que no oí nada.

Arturo no cesaba de mirar á Alejandro, como si quisiera adivinar en su semblante si mentía ó decía la verdad.

—La verdad es que no se explica la indisposición repentina de la baronesa,—repuso sir Arturo,—y es indudable que sucede algo.

Y el inglés, sonriéndose con marcada malicia, añadió:

—Tendría que ver que de repente nos encontráramos con que el pacífico barón era un celoso á la manera de Otelo.

—¡Bah! Yo creo real y efectivamente que lo que ha sucedido es que la baronesa, poco acostumbrada á pasear por el duro terreno de un monte, se ha puesto mala.

—Sí, sí, eso será, y si es otra cosa, ya sonará, como dicen ustedes los españoles.

Y sir Arturo, comprendiendo que su amigo se hallaba violento, se levantó de la butaca, y dándole la mano, salió del gabinete.

Alejandro se sentía efectivamente violento, porque puede decirse que había presenciado toda la escena ocurrida entre el barón y la baronesa.

Por indiferente, por frío que sea un hombre ante la desgracia ajena, cuando la que lo sufre es una mujer y la causa es el hombre, siempre se interesa en sacarla del conflicto.

Alejandro ni era un hombre frío ni indiferente, sino que por el contrario, abrigaba en su pecho un corazón noble y generoso, dispuesto siempre á colocarse de parte del débil.

La circunstancia de hallarse aquella tarde colocado en la parte alta de la ladera, en cuyo fondo estaba la baronesa, le permitió ver á través de una maraña á los dos esposos hablando antes de comenzar el ojeo.

Todo amor ilícito está cercado de inquietudes. El amante de una mujer casada vive en perpetuo recelo, y Alejandro, viendo á los dos esposos reunidos, comenzó á sentir un malestar, como si el corazón le revelara de lo que trataban.

Cuando vió huir á la baronesa, cuando oyó el silbido de las balas, cuando vió caer á Isabel y dirigirse el barón hacia su sitio, comprendió que algo grave había sucedido entre los dos esposos.

Entonces vaciló un momento entre permanecer en su sitio ó correr en auxilio de la baronesa. Su alma generosa le impulsó á lo segundo, y tomando algunas precauciones, casi arrastrándose por el suelo, á lo que estaba acostumbrado como cazador de los bosques de Africa, llegó adonde estaba Isabel, pálida, temblorosa y tendida en el suelo.

Entonces la baronesa le cogió una mano, y besándosela y procurando sonreirse, le dijo en voz baja, como si temiera ser oída:

—Lo sabe todo... ha querido matarme... me he librado milagrosamente. Tres veces ha disparado su escopeta sobre mí.

—Pero ¿estás herida?—le preguntó Alejandro.

—No; me he dejado caer en tierra, temerosa de que disparara por cuarta vez... Pero vete, vete y vive alerta... me ha jurado matarme; vete, porque si nos viera juntos, nos mataría á los dos. Esta noche no me esperes, pero te mandaré á mi doncella, que es persona de toda mi confianza.

Alejandro apretó cariñosamente la mano de aquella mujer que temblaba, y le dijo:

—Resulte lo que resulte, yo estaré á tu lado, yo no te abandonaré nunca.

Y como el ojeo había empezado, volvió á su sitio, pensando en la grave situación de la baronesa y la suya.

CAPITULO IX.

Revelación.

Cuando Alejandro se quedó solo, hizo lo que todo hombre que se halla en una situación grave: encender un cigarro si es fumador, y meditar.

Verdaderamente, él no había buscado aquel conflicto en que se hallaba, pero como caballero, no podía abandonarla.

Estaba, pues, resuelto á arriesgar la vida, si era necesario, en favor de la esposa culpable, puesto que por él había faltado, y no era decente y digno abandonarla ante el peligro.

Alejandro esperaba á la doncella de la baronesa, y cada cuarto de hora que transcurría aumentaba su inquietud.

A eso de la una de la madrugada oyó que llamaban muy bajito en las maderas de la puerta.

Alejandro abrió la puerta, y una mujer rebujada en un mantón negro entró en el gabinete.

Robledano cerró la puerta con llave, y al volverse, la

mujer se había quitado el mantón de la cabeza y pudo reconocer á la débil luz de una bujía á Micaela, la doncella de la baronesa.

Aquella mujer estaba tan pálida, tan agitada, como si ella fuera la culpable. Antes de hablar se dejó caer en una butaca, y luego dijo:

—Perdone usted, señorito Alejandro, si me siento... tengo un miedo horrible... me pareció que me seguían, pero tal vez no sea más que una figuración.

—Serénese usted y dígame cómo está la baronesa,—repuso Alejandro.

—¡Ah! ¡Cómo quiere usted que esté la pobre señorita después de lo que ha pasado!—añadió la doncella, que tal vez se sentía menos conmovida de lo que aparentaba.—Allí la he dejado encerrada y temblando. ¡Quién había de decir que un hombre tan pacífico como el señor barón se convirtiera en una fiera... sí señor, en una fiera!

Micaela comenzó á llorar, hasta el punto que no se entendieron las últimas palabras que pronunció.

—Supongo—repuso Alejandro—que la señora baronesa, al mandarla á usted, que según parece es la persona de su confianza, le abrá dicho algo de lo que piensa hacer.

—¡Ah! La señora está verdaderamente aturdida, acobardada, porque el señor barón le ha jurado matarla, y lo que es peor, le cumplirá el juramento; por eso unas veces piensa huir de Madrid, esconderse en un rincón del mundo, y otras matarse ella misma. En fin, señor don Alejandro, mi pobre señorita se halla en una situación verdaderamente aflictiva. no parece la misma. Ella, tan altiva, tan alegre, tan valien-

te, hoy tiene miedo; pero no miedo á la muerte, sino al escándalo. Yo procuro tranquilizarla diciéndole que el señor barón tampoco quiere el escándalo, y eso es una ventaja grande para todos, pues nos da tiempo para pensar con alguna calma lo que mejor convenga.

Micaela hizo una pausa, durante la cual se enjugó las lágrimas, porque aunque era una doncella que sabía vivir, no por eso dejaba de querer á su señorita, á quien explotaba al mismo tiempo.

Alejandro la escuchaba en silencio y comprendiendo que la situación era difícil, y que no podía abandonar á aquella mujer, y que aunque sobre ella no tenía ningún derecho legal, estaba obligado á defender y aun á perder la vida por ella.

—La señora baronesa puede tener la completa seguridad de que yo no la abandonaré nunca,—dijo Alejandro,—y que me afligen las inquietudes y disgustos que la perturban.

—La señora no duda de que don Alejandro de Robledano es un caballero con quien puede contar en el trance aflictivo en que se halla, y por eso me envía á mí para suplicarle que viva alerta, porque el barón no es un enemigo franco, y prueba de ello la conducta qüe ha observado esta noche. Nadie le ha conocido en la casa que esta tarde intentó matar á su mujer. A usted, á quien tiene también un odio de muerte, no le dirigió ni una mala mirada; es, como vulgarmente se dice, un hombre solapado, y debemos desconfiar de él.

—Pero lo que yo no me explico—añadió Alejandro—es por dónde y cómo ha sabido el barón... porque indudablemente ayer ignoraba...

—Ese es el error de la baronesa. Su marido estaba receloso hace algún tiempo, y por más que yo se lo decía á mi señora, no quería creerme.

—¿Dice usted que hace tiempo estaba celoso el barón?—preguntó con interés Alejandro.

—Sí señor.

—¿Pero de mí?...

—¡Pues es claro! Desde la tarde en que usted salvó á la pobre negra en el paseo de la Castellana de la brutalidad de los dos hombres que la insultaban, la baronesa no se cansaba de dirigirle á usted elogios y alabanzas. Luego, cuando usted fué presentado en las reuniones de confianza, como la señorita es tan expansiva y no sabe ocultar sus impresiones, siempre que hablaba de usted lo hacía con gran entusiasmo. Mientras tanto el señor barón parecía escuchar con indiferencia los elogios que su mujer le dedicaba á usted, yo solía decirle:

—Señorita, ande usted con cuidado, porque el barón muchas veces parece que está dormido, y está despierto.

La señorita se reía de mis advertencias, y en son de burla exclamaba:

—Mi marido es demasiado linfático para tener celos. Su pasión favorita es el sueño, y vive dominado por él; su vida es un bostezo interminable. Desgraciadamente no es fácil que despierte de ese letargo que le conduce directamente á la apoplegía.

Y Micaela, haciendo un movimiento de cabeza, añadió:

—Bien supo engañarnos... es decir, á mí no me engañó del todo, porque yo siempre desconfiaba, como le sucedía á don Amadeo.

—¡Ah! ¿Ese amigo de confianza de la casa sospechaba también que el sueño del barón era fingido?

—Don Amadeo quiere á la baronesa como á una hija y al señor barón como á un hermano: él es el amigo de confianza de la casa, y conoce al barón mejor que nadie; por eso no cesaba de aconsejar á la señorita que fuera muy prudente, que no confiara en el sueño de su marido; y efectivamente, lo que don Amadeo temía ha sucedido; pero ese buen señor, como usted sabe, está al lado de mi señorita para defenderla: esta noche misma la ha tranquilizado, ofreciéndole que no la abandonará nunca, suceda lo que suceda.

—Sí; ya sé que es un amigo leal de la baronesa, como lo fué de sus padres,—añadió Alejandro, á quien preocupaba una duda sugerida por él y unas apreciaciones de la doncella.

—Pero lo que no me explico—añadió Robledano—es por qué yo inspiraba celos al barón desde el primer momento que pisé sus salones.

—Verdaderamente, desde el primer momento no lo creo,—repuso Micaela;—pero de lo que estoy segura es que desde la noche del teatro Real el señor barón está celoso.

—¡Ah! ¡Desde la noche del teatro Real!—repitió Alejandro con una vehemencia impropia de las circunstancias.

—Sí; desde aquella noche el barón vive receloso, y no pudiendo conseguir de mí que hiciera traición á la señora baronesa, recurrió á la otra doncella para averiguar la verdad; pero como no sabía nada, nada pudo decirle.

El relato iba siendo muy interesante para Alejandro; las nebulosidades que poblaban su mente se desvanecían, y en el fondo de su alma comenzaba á sentir un bienestar inefable.

Alejandro procuró avanzar un poco mas en el camino de la verdad, que era la vindicación de Gabriela; así es que dijo:

—¿De manera que el barón sospechó que la baronesa había ido al teatro Real?

—Sí; sospechó que su mujer le engañaba, y, según él mismo le dijo esta tarde á la señorita, la estuvo esperando tres horas en su alcoba; luego se ocultó detrás de la puerta y volvió á entrar cuando la baronesa dormía, y dice que tuvo intenciones de estrangularla entre sus manos, pues le oyó pronunciar entre sueños el nombre de Alejandro.

Robledano no pudo contener un grito de gozo, porque aquellas palabras le revelaban que nò era Gabriela la mujer que le había dado una cita para el teatro Real, que no era Gabriela la que con tan impúdica facilidad se había entregado á un hombre á quien apenas conocía, que no era Gabriela la que había estrechado entre sus brazos.

—El señor barón, según él mismo ha dicho, recogió del suelo en la alcoba una careta de raso blanco y la guardó como cuerpo del delito, y salió de la alcoba llevando en el corazón el deseo de vengarse. La baronesa y yo echamos de menos, al recoger los dominós con que habíamos ido al baile, la careta: la buscamos inútilmente, pero creímos que se habría perdido en la calle. Figúrese usted, señorito Alejandro, la sorpresa de mi pobre señorita cuando esta tarde le enseñó su marido la careta, y le dijo: «Eres una infame que has deshonrado mi nombre; pero como yo no transijo con la deshonra, vas á morir.» La baronesa vive por milagro... usted sabe lo que pasó; pero es una sentenciada á muerte, y su marido aprovechará la ocasión para vengarse.

En medio de aquel conflicto era tan inmensa la alegría de Alejandro al ver vindicada, purificada, á Gabriela, que exclamó en un arranque de generosidad:

—Dígale usted á la baronesa de Morgal que Alejandro de Robledano no la abandonará nunca; que cuente conmigo para defenderla de los peligros que la amenazan, porque por mí se halla comprometida.

—Muchas gracias, señorito; muchas gracias en nombre de mi señora, pues la pobre se halla tan angustiada que no hace más que llorar,—exclamó Micàela;—y ahora sólo me falta dirigirle á usted en nombre de mi ama una pregunta: ¿Si fuera preciso huir de Madrid, puede la baronesa de Morgal contar con don Alejandro de Robledano?

—Dígale usted á la baronesa de Morgal que nunca la abandonaré.

—Gracias, gracias, señorito,—añadió Micaela;—el ofrecimiento de usted será un gran consuelo para mi pobre ama.

La doncella salió del dormitorio de Alejandro tomando algunas precauciones.

Cuando Robledano se quedó solo, dejándose caer en una butaca, exclamó:

—¡Ah! ¡Gabriela!... ¡Gabriela!... He sido un insensato al dudar de la pureza de tu alma; pero la casualidad te ha vindicado á mis ojos, y pronto caeré á tus piés pidiéndote perdón por haber dudado de tí... que eres un ángel. Mucho daño me ha hecho la baronesa de Morgal, pero yo la perdono, y juro protegerla de los peligros que la amenazan.

Alejandro se pasó la mano por la frente, y volvió á decirse:

—Mi mayor felicidad en este momento sería montar á caballo y correr á toda brida hacia Madrid, llegar á casa de Gabriela y pedirle perdón de mi conducta... Pero ¡cómo he podido yo dudar de ella! Su casta sonrisa, su tímida mirada... ¡Ah! He sido un insensato, y ahora no tengo otro remedio que permanecer aquí, lejos de la que amo con toda mi alma, hasta que las circunstancias me permitan volver á Madrid.

Y Alejandro, haciendo un gesto de disgusto, repuso:

—No, no puedo moverme de aquí... una cuestión de honra me retiene, me obliga á permanecer en este monte, lejos de Gabriela. ¡Quién sabe el desenlace del drama cuyo primer acto se ha ejecutado esta tarde! Tal vez el barón me provoque con cualquier pretexto para vengar el agravio que le he inferido... ¡Un desafío! ¡Qué me importa á mí un desafío, con tal que después pueda libremente correr en busca de Gabriela, pedirle perdón!

Alejandro permaneció dos horas hablando consigo mismo, y debemos decir que, á pesar de su grave situación, se acostó más alegre que la noche anterior, pues tenía la convicción de que Gabriela era inocente de toda culpa y digna de su amor.

A las tres de la mañana se quedó dormido, y á las seis y media le despertó sir Arturo Pik.

Poco después se encaminaban los dos al comedor, en donde Alejandro esperaba que sucedería algo grave.

CAPITULO X.

Un hombre de hielo.

A las siete en punto todos los expedicionarios menos la baronesa, se hallaban reunidos en el comedor, y naturalmente todos desearon saber cómo estaba el ama de la casa.

El barón de Morgal, con una calma, con una serenidad que admiraron Amadeo y Alejandro, que eran los únicos que estaban enterados de la verdad, dijo:

—Señores, tengo que participar á ustedes que hoy tampoco podrá acompañarnos en nuestra expedición venatoria la pobre baronesa.

—¡Pues qué! ¿Se ha agravado la enfermedad de la pobre Isabel?—preguntó la vizcondesa Irene con la mala intención de algunas amigas.

—La enfermedad de la baronesa—añadió don Andrés—no tiene importancia alguna, y casi me atrevería á revelarla á ustedes si no temiera mortificar el amor propio de cazadora de mi querida esposa.

Alejandro estaba admirado de la serenidad y el disimulo del barón.

—Pero por Dios, barón, va usted á meternos en curiosidad,—repuso Irene.—¿Qué es lo que tiene Isabel? ¿Se puede saber?

El barón se sonrió con dulzura, y bajando la voz y dirigiendo miradas recelosas en derredor suyo, añadió:

—¿Me juran ustedes guardar el secreto?

—Sí, sí,—contestaron varias voces.

—Pues bien, voy á decirlo; pero por Dios, señores, que si Isabel sabe que la he descubierto, es muy capaz de sacarme los ojos, y confieso que me hacen mucha falta.

El barón de Morgal en aquel momento era el marido bondadoso, el hombre inofensivo de siempre.

—Vaya por descubierta,—añadió.—Lo que tiene Isabel, lo que la imposibilita para acompañarnos, es que la pobre tiene los piés echados á perder; las pícaras botas de becerro, á las que no está acostumbrada, le han llenado de vejigas los tobillos, y no puede dar un paso sin ver las estrellas. ¡Oh! Isabel es valiente y ha sabido sufrir dos días sin lamentarse, pero por fin se confiesa rendida, y se entrega, metiéndose en la cama.

—¡Pobre amiga mía! Debe sufrir mucho,—repuso Irene.

—En la cama no sufre nada; pero tan pronto como se pusiera las pícaras botas le sería imposible dar un paso,—dijo el barón.

Y luego, dando un cambio á su tranquilo y dulce acento, añadió:

—A la mesa, señores, á la mesa, y luego de desayunar.

nos al monte: los conejos, las liebres y las perdices nos esperan. Hoy, si no salen fallidas las esperanzas, vamos á tener un buen día, porque daremos tres ó cuatro ojeos en los *zarzales del arroyo,* en donde, según tengo entendido, no faltará alguna chocha.

Convencidos todos, menos Amadeo y Alejandro, de que la enfermedad de la baronesa no tenía importancia, se sentaron á la mesa y se desayunaron con buen apetito.

Terminado el desayuno, cogieron las escopetas, y Amadeo dijo:

—Yo me quedo en casa señores; jamás he tenido afición á la caza; me divierte mucho más un buen libro que una escopeta. Conque hasta la vuelta, y que San Eustaquio proporcione á ustedes un buen botín.

Amadeo despidió á los cazadores desde la puerta de la casa, y luego cogió un libro y se puso á leer, esperando que entrase un poco más el día para ir á tranquilizar el sobresaltado espíritu de Isabel de Romelia.

A la caída de la tarde, cuando regresaron los cazadores, las cosas continuaban lo mismo.

Durante el día, y al trasladarse de un ojeo á otro, el barón había hablado varias veces con Alejandro, sin que éste notara el menor síntoma de disgusto.

Robledano, que ignoraba el arte de fingir, no podía explicarse la fuerza de voluntad de aquel hombre que tan perfectamente disimulaba la tempestad que rugía en su pecho.

Bien es verdad que á Alejandro le hubiera sido imposible representar en el gran teatro del mundo un papel en contraposición con sus ideas y sus sentimientos.

En el penúltimo ojeo, la casualidad hizo que al barón le tocara el primer puesto y á Alejandro el segundo.

Sucede con frecuencia en los ojeos, que los cazadores, por no aburrirse, dejan la escopeta en la mata de su puesto y van á reunirse con el compañero inmediato á fumar un cigarro ó á charlar en voz baja hasta que el primer toque de bocina ó grito de los ojeadores les indica que ha comenzado la batida.

Entonces cada cual se coloca precipitadamente en su sitio con la esperanza de tirar á alguna liebre ó perdiz, que son las primeras que entran, por ser más recelosas que los conejos, ó tener más *sentído,* como dicen los cazadores.

Hay costumbre entre los cazadores bien educados de saludar con el sombrero ó con la mano al compañero más inmediato, y este acto de cortesía puede traducirse de este modo: Cuidado, compañero, no me pegue usted un tiro, que estoy aquí.

El barón de Morgal y Alejandro se saludaron, pero el barón, dejando la escopeta apoyada en las espesas ramas de un chaparro, se dirigió con tranquilo paso hacia donde se hallaba Robledano.

Aunque Alejandro era un hombre sereno que había acreditado su valor cien veces, al ver que el barón se acercaba hacia él, se estremeció.

Sin embargo, el barón tenía todo el aspecto de un hombre pacífico; iba fumando un cigarrillo de papel que sostenía con los dedos pulgar é indice de la mano derecha, y llevaba la izquierda oculta en el bolsillo del pantalón.

Alejandro, que no confiaba nada en la pacífica actitnd del

barón, sospechó si llevaría alguna arma en el bolsillo del pantalón, pero esta sospecha no le hizo tomar ninguna actitud defensiva para en el caso de una agresión; permaneció sereno y mirando con aparente tranquilidad á aquel enemigo irreconciliable que se acercaba.

Cuando el barón se encontró á tres pasos de distancia sacó la mano del bolsillo y se quitó el sombrero, saludando á Alejandro, que le devolvió el saludo.

—Amigo Robledano,—dijo Morgal con tranquilo acento,—hace días deseaba tener una explicación con usted sin testigos, y con su permiso voy á aprovechar esta ocasión que nos hallamos solos.

Alejandro inclinó ligeramente la cabeza como aprobando las palabras del barón.

—Yo supongo que el señor don Alejandro de Robledano—repuso don Andrés—no tendrá motivo para tratarme de hombre precipitado, y le ruego no forme mala opinión de mi silencio; pero en fin, ya llegó la hora, gracias á Dios, y confío que nos entenderemos como personas decentes y caballeros.

Alejandro, que se hallaba en una situación violenta, inclinó segunda vez la cabeza.

—Amigo señor Robledano, siempre me ha inspirado más miedo el escándalo que las balas y las puntas de los floretes, y como yo sé que usted es un hombre justo y honrado, creo que le sucederá lo mismo.

Por tercera vez se inclinó Alejandro, cuyo asombro crecía ante aquella serena calma del barón, cien veces más amenazadora que las tempestades de la ira.

—Como yo soy incapaz de cometer una alevosía, una traición,—añadió,—me parece imposible que se cometa conmigo; así es, que antes de persuadirme que mi mujer me engañaba, que era una despreciable adúltera que tenía en poco su honra y la mía, he dejado pasar el tiempo y durante ese tiempo se me habrá tenido por un pobre hombre.

—Señor barón...—dijo Alejandro.

—Ruego á usted, señor de Robledano, que no pretenda disculpar á Isabel; he formado mi plan y no me separaré de él ni una línea. Así es, que con el permiso de usted continuaré, confiando que nos entenderemos.

Nuevamente volvió á inclinarse Alejandro.

—Desde la noche que tuvo usted una entrevista en el teatro Real con mi mujer hasta hoy, ha transcurrido cerca de un mes... Un mes que ha sido para mí un martirio, un tormento, un infierno,—añadió Morgal.—Apenas tuve el convencimiento de que mi mujer me engañaba, sentencié á muerte á ella y á su amante; pero como yo me llamo el barón de Morgal y soy el defensor de la honra de mi casa, no quiero representar el papel de marido ultrajado, papel que haría reir á nuestros amigos. Por eso he resuelto que Isabel muera de una desgracia impensada, y su amante de un lance motivado por una causa baladí.

Colocada la situación en el terreno en que se hallaba, Alejandro comprendió que serían ridículas todas cuantas excusas diera para disculparse y disculpar á la baronesa; así es, que con esa dignidad sin afectación del hombre sereno, dijo:

—El señor barón de Morgal, en cuestiones de honra, me tendrá siempre á sus órdenes.

—Lo sabía, señor Robledano, y por eso le he comunicado mi pensamiento. Doy á usted las más expresivas gracias por su condescendencia; por otra parte, es muy natural entre hombres que tienen en más su honra que su vida.

Y Morgal, saludando á su vez, añadió:

—Dejando aparte á mi mujer, pues ese es asunto puramente mío, si á usted le parece convendremos ahora la causa que ha de motivar nuestro duelo.

—Lo dejo á la elección de usted.

—Entonces, como tengo fama entre los amigos que no me conocen de hombre pacífico,—añadió sonriéndose Morgal,—le agradecería á usted con toda el alma que partiera de usted la agresión, y que ésta fuera la más incisiva posible para que las condiciones del lance fuesen á muerte.

—Algo violento es para mí, que no sé fingir,—repuso Alejandro,—provocar á un hombre á quien estimo y á quien he ofendido.

—Es un favor que yo ruego que me conceda don Alejandro de Robledano.

—Si usted me indicara al menos qué asunto sería el más conveniente para provocar el lance...

—Uno muy sencillo voy á indicar á usted; por ejemplo: yo, como todos los que procedemos de antiguo abolengo, estamos muy orgullosos con la nobleza de nuestros cien abuelos; y usted, por las circunstancias de su nacimiento, es natural que se ría de mis pergaminos. Esta noche, después de la comida, se puede suscitar la conversación de las razas aristocráticas y plebeyas, y palabra tras palabra llegar al terreno que deseamos.

—Señor barón,—añadió Alejandro con serena altivez,—yo, aunque de raza plebeya, según usted opina, he recibido una buena educación, y no tengo la costumbre de cometer inconveniencias.

—Ya lo ve usted, amigo mío,—añadió don Andrés sonriéndose,—el asunto es tan delicado tratándolo un noble del tiempo de los cruzados y un plebeyo, que ha bastado una simple indicación mía dicha sin mala fe para que usted se ofendiera. De modo que quedamos convenidos que el asunto y base de nuestro duelo á muerte será la diferencia de razas... Pero ya oigo las voces de los ojeadores. Creo que no tenemos más que hablar. Procure usted herirme en lo más vivo cuando esta noche se suscite la cuestión, y asunto concluído.

Y don Andrés, saludando con su sombrero, se dirigió tranquilamente á su *puesto,* desde donde volvió á saludar á Alejandro al coger la escopeta que había dejado apoyada en el chaparro.

CAPITULO XI.

Un pretexto para batirse.

La baronesa de Morgal, aconsejada por su leal amigo don Amadeo, se hallaba en el comedor cuando á la caída de la tarde regresaron los cazadores.

Su presencia, como acontece siempre con todas aquellas personas de amena conversación y claro ingenio, fué saludada con un ¡hurra! de entusiasmo, porque, efectivamente, Isabel era, por decirlo así, el alma de sus reuniones.

Todos la rodearon y quisieron saber cómo se encontraba, dándole al mismo tiempo la enhorabuena por su restablecimiento.

—¡Ah! Señores,—decía la baronesa dejando asomar una alegre sonrisa á sus labios,—mi enfermedad no ha tenido nunca la menor importancia; confieso que me creía una mujer fuerte, y soy en extremo débil. Las horribles botas de becerro me han hecho pedazos los piés y el afán de ocultar mi poca resistencia me ha sido funesto.

—¿De manera que mañana no podrá usted acompañarnos tampoco?—preguntó la vizcondesa Irene.

—Imposible de todo punto, amiga mía, y aun creo que estoy inutilizada para mucho tiempo. ¡Oh! Aseguro á ustedes que me acordaré de esta expedición, no por mis sufrimientos, sino por las inquietudes que les he proporcionado á ustedes. Quedan ustedes autorizados para burlarse de mí y desacreditarme como cazadora; pero cuidado conmigo, porque ustedes me conocen, y ya saben que me tomaré la revancha.

La baronesa hablaba á sus amigos con su encantador y peculiar gracejo, sin que ni remotamente se advirtiera en su hermoso semblante el menor síntoma de disgusto; pero sabido es que la mujer es más fuerte que el hombre para el disimulo y para el sufrimiento.

—Señores,—exclamó la vizcondesa Irene, que estaba orgullosa de ser más fuerte que su amiga,—propongo que hagamos aquí un juramento de no hablar ni una palabra cuando nos encontremos en Madrid del disgusto que nos ha producido la indisposición de la baronesa, y pido que se sentencien las pícaras botas que han destrozado los piés más aristocráticos de España á ser despedazadas.

Esta proposición fué aceptada por unanimidad, y el que más se rió fué el bueno del barón de Morgal.

La baronesa creyó adivinar alguna malicia en las palabras de su amiga, pero no por eso se apagó la alegre sonrisa de sus labios.

La comida empezó con tan buen humor, que hubiera sido imposible adivinar el terrible drama que flotaba sobre las

cabezas de algunos personajes. Los que parecían más alegres eran precisamente los que tenían más motivos para estar tristes y preocupados; pero la educación y la clase imponen á los hombres y á las mujeres penosos deberes que no pueden olvidar nunca.

Dos hombres bien educados que se odian á muerte no levantan nunca la voz para decirse: Uno de los dos está demás en el mundo. ¿Quiere usted hacerme el honor de cruzar conmigo una bala?

Esta proposición se hace sin fruncir el ceño, sin emplear miradas torvas ni actitudes amenazadoras, y cuatro amigos se encargan de arreglar las cosas del modo más tranquilo del mundo para que los dos contrincantes se rompan el alma, como vulgarmente se dice, á cencerros tapados.

Estos lances de honor, que muchas veces cuesta la vida á uno de los *paladines*, se repiten con harta frecuencia. Y no es eso lo peor, sino que por mucho que avance el hombre empujado por el progreso en el camino de la civilización, jamás se perderá la mala costumbre de los desafíos, y nunca podrá conseguirse que los hombres se batan con igualdad de circunstancias.

En los desafíos ó lances de honor, en esa ley del duelo, á la que rinden acatamiento todas las personas bien nacidas y que tienen en más su decoro que su vida, sucede una cosa verdaderamente triste, y es que cuanto más fútil y deleznable es la causa, más razón y motivo se encuentra para batirse.

Una mirada provocativa, una palabra imprudente, una apreciación más ó menos acalorada, la defensa de un credo

político ó de una bailarina, son motivos sobrados para que dos hombres se coloquen frente á frente con un florete, una espada ó una pistola, dispuestos á enviarse al otro mundo.

De modo que á pesar del progreso, que parece conducirnos al sumo grado de perfectibilidad humana, nos encontramos en materia de duelos poco más ó menos como los caballeros feudales del siglo XIV.

Pero en aquella época del casco, la malla y la armadura de acero, los hombres se educaban para matarse, y los juicios de Dios y los torneos tenían su aplicación, aunque algo bárbara.

Pero hoy que los jóvenes se educan de otra manera; hoy que el hijo de un príncipe estudia leyes y se honra con adquirir títulos académicos; hoy que el aristócrata de más noble y antiguo abolengo se cree orgulloso ocupando un puesto en las academias científicas, parece un contrasentido esa ley del duelo, esos desafíos que con tanta frecuencia se repiten.

Pero el hombre es así, y probablemente seguirá siendo lo mismo hasta la consumación de los siglos, porque lleva en la sangre ese virus tradicional que arranca desde las remotas épocas del *Génesis,* y que empujó á Caín á matar á su hermano Abel.

Cuando la comida terminó, con la mayor animación y alegría, pasaron á una sala inmediata al comedor á tomar café, y no era fácil que nadie sospechara, exceptuando al barón de Morgal y Alejandro de Robledano, lo que iba á suceder.

Comenzó á hablarse como siempre de las proezas del día,

de lo que cada cazador había muerto, cuestión de amor propio, en la que cada cual piensa dejar en buen sitio su nombre, disculpando del mejor modo posible sus torpezas.

De pronto, el barón cambió una mirada con Alejandro, que se hallaba bastante violento, y dijo:

—Es preciso desengañarse, señores; los únicos que en el mundo saben cazar son los ingleses, y sobre todo los ingleses ricos, la aristocracia, los privilegiados, los elegidos. En Inglaterra los pobres no cazan; esa diversión es exclusivo derecho de los grandes señores; pero en España hay una democracia en materias venatorias que da náuseas. Yo prohibiría cazar á los pobres.

Alejandro comprendió que el barón le preparaba el terreno para comenzar la polémica que debía terminar en un duelo; y como le había dado palabra de llevarle la contra, dijo:

—Querido barón, creo que está usted un poco duro con esa honrada y numerosísima familia de desheredados. Usted prohibiría cazar á los pobres. ¿Para qué más prohibición que su pobreza?... ¿Tienen cazaderos libres? ¿Pueden ni siquiera comprar una licencia de caza, que cuesta veinticinco pesetas? ¡Y desgraciados de ellos si salen al campo sin licencia, pues la Guardia Civil les coge la escopeta y les impone una multa, mientras muchos ricos que yo conozco no se toman el trabajo de sacar la licencia, pues tienen la seguridad de que nadie ha de pedírsela!

Y sonriéndose de un modo provocativo, añadió:

—Confiese usted, querido barón, que en lo que usted desea hay tanta injusticia como egoismo.

—Bien se conoce, señor de Robledano, que se ha criado

usted en la república de Liberia, entre las hordas salvajes del golfo de Guinea, donde la poca ropa de aquellos republicanos, que casi van en cueros, les hace pregonar una ridícula igualdad.

—Igualdad que eleva á la hermosa y noble condición de hombres libres á todos los que la defienden,—añadió Alejandro.—¡Dichoso aquel pueblo, que no concede privilegios á los menos en contra de los más. Pero aquellas leyes son demasiado justas y honradas para que se aclimaten en Europa, donde todo se vende y todo se barrena; en donde el favor atropella á la justicia.

—De manera, señor don Alejandro,—añadió el barón,—que, según usted, la rectitud, la honradez y la justicia sólo existen entre los salvajes de la costa de Guinea.

—Suele, por lo menos, encontrarse con más facilidad que en las grandes poblaciones llamadas civilizadas, porque el hombre de la naturaleza desconoce la falsía, y tiene por el mejor blasón su proverbial franqueza; no miente nunca, ni abandona jamás al desvalido. No hace por nada del mundo una traición á su amigo ó á su vecino, y deja abierta de par en par la puerta de su choza, porque la hospitalidad es para él una ley que respeta y venera.

Todos escuchaban con profunda atención el animado diálogo de Morgal y Robledano sin sospechar el desenlace que iba á tener.

—En verdad, mi querido amigo,—repuso el barón,—que no se comprende que, pensando de ese modo, se haya tomado usted la molestia de venir á España desde tan lejanas tierras, dejándose aquellos ángeles que visten el traje primi-

tivo y ligero de nuestro padre Adán por venirse aquí á empaquetarse dentro de un frac molesto y ridículo.

—La necesidad y el deber me trajeron á España.

—En donde tuvo usted la desgracia de conocernos, ¿no es verdad?—repuso Morgal, enviando una sonrisa provocativa á su antagonista.

—¡Oh! No diré yo tanto, señor barón.

—Pues yo, con el perdón de usted, me atreveré á creer que ha dicho usted más, y sólo le falta á usted decir que en cuestiones culinarias tienen mejor gusto los antropófagos de África, que comen carne humana, que los europeos civilizados, que rinden culto á la cocina francesa.

Y el barón, soltando una carcajada que llamó la atención á todos los que le rodeaban, repuso:

—Señores, aquí tienen ustedes á un joven africano que pregona la hospitalidad de los habitantes de la costa de Guinea viviendo en mi casa, donde no se practica del todo mal la hospitalidad, y defendiendo la práctica de las hordas salvajes de África comete el defecto de la ingratitud. ¡Ah! Decididamente, señor de Robledano, debió usted quedarse en África; aquél es mejor país para usted que España, y aquella sociedad más adecuada á sus gustos que esta que le rodea, porque, según veo, le falta á usted mucho que aprender para vivir entre hombres civilizados.

El rostro de Alejandro se encendió como si lo hubieran abofeteado.

Las palabras del barón fueron pronunciadas con una entonación tan provocativa, que los que le rodeaban se miraron con asombro.

—Señor barón,—dijo Alejandro dominándose, pero avanzando un paso con ademán amenazador,—siento que la cuestión que estamos debatiendo haya llegado al punto en que se halla, y siento mucho más que me arroje al rostro el asqueroso defecto de la ingratitud. Mañana, en cuanto amanezca, abandonaré esta casa, de donde usted acaba de arrojarme, y cuando usted regrese á Madrid confío que, aunque soy un salvaje sin títulos de nobleza ni rancios pergaminos, confío, repito, que usted me honrará avisándome su llegada, para que terminemos esta enojosa cuestión en el terreno que le corresponde.

—Crea usted, amigo mío,—repuso Morgal haciendo una mueca de desprecio,—que avisaré á usted mi llegada, y le concederé la honra de darle todas las explicaciones que quiera y en el terreno que guste; pues á mí, aunque no he estado en África, jamás me duelen prendas y nunca retiro las palabras que pronuncia mi lengua. Esa es una herencia que me legaron mis antepasados, que aunque no eran hombres de la naturaleza ni iban en cueros por las selvas, se preciaban de honrados y caballeros.

Y el barón se volvió de espaldas de un modo despreciativo, y fué á sentarse en una butaca.

Alejandro hizo un esfuerzo para contenerse. El primer impulso fué arrojarse sobre el barón; pero Pik estaba á su lado, y le dijo en voz baja:

—¡Prudencia!

—Sí, es verdad. ¡Prudencia!

Y saludando á los que le rodeaban, dijo:

—Señores, se me arroja de esta casa de un modo incali-

ficable, y mañana, al despuntar el día, saldré de ella. Ruego á ustedes me perdonen este mal rato que mi proverbial franqueza les ha proporcionado. Ya tendré el gusto de ver á ustedes en Madrid.

Y salió de la habitación.

CAPITULO XII.

Regreso.

Apenas desapareció de la sala Alejandro de Robledano, todos se acercaron á la butaca en donde Morgal fumaba tranquilamente un cigarrillo de papel.

Era muy extraño que un hombre tan pacífico como don Andrés hubiera estado tan irascible, tan incisivo con un joven tan simpático como Alejandro.

Solamente la baronesa y don Amadeo sospechaban la verdad de aquella escena que acababa de representarse.

Durante algunos segundos reinó el mayor silencio; por fin don Amadeo, escudado con la gran amistad que tenía al barón, le dijo:

—Querido Andrés, creo que has estado un poco agresivo con ese muchacho.

—Yo creo lo mismo,—añadió Morgal con gran calma;—pero qué quieres, al oir que me postergaba enalteciendo á los cafres africanos, no he podido contener mi lengua, olvidan-

do mi pacífica condición. Bien sabe Dios que no quiero mal á ese muchacho, que me parece muy simpático; pero ni yo le he de suplicar que se quede en el monte con nosotros, ni he de dejar de enviarle un aviso tan pronto como llegue á Madrid.

—Pero ¿va á ser la desagradable escena que hemos presenciado causa de un duelo?—preguntó la vizcondesa Irene.

El barón se encogió de hombros y siguió fumando.

—No, eso no vale la pena. Algunas palabras inconvenientes, hijas del calor de la disputa,—añadió Amadeo,—no son bastante motivo para que dos hombres se batan.

—Los caballeros, las personas decentes, se baten por la cosa más pequeña. Si Alejandro me busca me encontrará; pero no hablemos más de este enojoso asunto.

Imposible sería describir el malestar, la inquietud de la baronesa. No había hablado ni una sola palabra, lo había oído todo, y su situación era tan difícil, que haciendo un heróico esfuerzo se acercó á su marido y le dijo:

—Pero ¿es posible que por una tontería se maten dos hombres?

El barón miró con apagados ojos á su esposa, y repuso:

—Qué quieres, hija mía, yo he sido provocado, y aunque mi carácter es pacífico é inofensivo, no lo es tanto que sufra las impertinencias de un semisalvaje vestido de frac que dejó en Africa el ceñidor de plumas y las flechas.

Y el barón, sonriéndose de un modo que causó miedo á la baronesa, añadió:

—Pero vive tranquila, querida Isabel, y no temas por

mi vida, porque ya procuraré yo defenderla, aunque no sea más que por cumplir la misión que cada criatura tiene sobre la tierra.

—Pero barón, ¿es posible que se batan ustedes por una disputa tan insignificante?—preguntó Irene.

—¡Cómo insignificante!—repuso don Andrés riéndose.—Ese joven ha insultado á mis cuarenta abuelos, y ellos desde la tumba me gritan: ¡venganza!

El barón parecía encontrarse de buen humor, y todos se rieron pensando que aquel asunto se arreglaría sin que llegara la sangre al río, como vulgarmente se dice; pero la baronesa y don Amadeo sabían que detrás de la risa de Morgal se ocultaba la muerte.

—Señores, nosotros estamos obligados—añadió uno de los cazadores—á arreglar este asunto satisfactoriamente.

—Sí, sí,—exclamó la vizcondesa Irene;—hemos salido amigos de Madrid y es preciso que regresemos á Madrid amigos.

—Yo por mí no tengo inconveniente en que ustedes arreglen el asunto pacíficamente,—dijo Morgal.

—Entonces, vamos á nombrar una comisión para que hable con Alejandro,—repuso otro.

—Creo que deberíamos encargarle el asunto á sir Arturo,—objetó Irene.

El joven inglés, que tampoco había hablado una palabra y que deseaba tener una explicación con su querido amigo, hizo un movimiento de aprobación con la cabeza.

—Yo, señores, sólo impongo una condición,—dijo Morgal.

—¿Cuál?—preguntó precipitadamente la baronesa.

—Que me pida perdón á mí y á mis antepasados, que confiese delante de todos ustedes que un hombre civilizado es más digno que un salvaje, y asunto concluído.

—Señor barón,—dijo á su vez sir Arturo saludando con exquisita finura á Morgal,—esa imposición es bastante difícil que la acepte Alejandro de Robledano, porque eso sería retractarse de un modo humillante de todo cuanto acaba de enaltecer. Yo, señores, que conozco á mi amigo Alejandro, yo que le debo la vida y le quiero como á un hermano, no puedo aceptar la comisión que ustedes me confían mientras el señor barón no dulcifique sus condiciones.

—Sin embargo, debería usted probar: Alejandro le quiere á usted mucho,—repuso Irene.

—Por lo mismo que nos queremos—añadió sir Pik—no puedo proponerle un asunto que yo no admitiría, porque la honra del amigo debe mirarse como la honra propia.

El barón se encogió de hombros, y dijo:

—Señores, dejemos este asunto; ya hemos hablado bastante de él.

La sequedad con que pronunció Morgal las anteriores palabras produjo un malestar general, y la velada fué poco animada.

Sir Arturo fué á ver su amigo, que le encontró arreglando tranquilamente su maleta.

—¡Ah! ¿Es usted, amigo Pik?—repuso Alejandro.

—Según los preparativos, se marcha usted,—dijo Arturo sentándose en una butaca.

—Sí, en cuanto amanezca tendré un carruaje dispuesto; así me lo ha dicho el apoderado del barón.

—En ese caso nos iremos juntos,—añadió el inglés con su frialdad acostumbrada.

—¡Cómo! ¿Va usted á dejar este delicioso monte y á la preciosísima vizcondesa Irene?

—Sí, porque entre dos deberes, siempre me inclino por el más justo, y ése es no abandonar al amigo leal á quien le debo la vida y á quien con tanta injusticia acaba de tratar el dueño de esta casa. ¡Qué diablos! le echan á usted de ella, yo me voy con usted.

Alejandro estrechó la mano de sir Arturo, y le dijo:

—Gracias, amigo mío.

—Como supongo que en Madrid se batirá usted con el barón, y puedo serle á usted útil, por eso le acompaño; aunque, hablando aquí entre buenos amigos que rinden culto á la franqueza, crea usted, Alejandro, que yo no me explico lo que ha pasado esta noche.

Alejandro se sonrió. Sir Arturo se fijó en aquella sonrisa, y como era un hombre prudente, añadió:

—Hace poco, los amigos trataban de reconciliarles á ustedes dos, y me nombraron á mí embajador de tan delicada misión; pero Morgal, el hombre pacífico é inofensivo, con gran asombro mío, puso unas condiciones para la conciliación, que como yo no las hubiera aceptado para mí, no quise aceptarlas para usted.

—¡Ah! El señor barón me imponía condiciones. Pues entonces de seguro serían inaceptables para un hombre de honor, y ha hecho usted bien en rechazar semejante embajada; pero tengo curiosidad de saber con qué condiciones me perdonaba la vida ese caballero feudal.

—Quería que usted pidiera perdón á sus cuarenta abuelos,—repuso Arturo riéndose.

—¡Oh! Eso es bastante difícil, y me parece menos penoso batirme con su representante en el mundo de los vivos.

—¿Y no cree usted, amigo Robledano, que detrás de la cuestión baladí causa de ese desafío en proyecto haya otra cosa?—preguntó Pik.

—Tal vez,—contestó sonriendo Alejandro.

—Yo creo lo mismo, y aun supongo que usted sabe más que yo en este asunto; pero la buena amistad que nos une tiene una línea, y no seré yo el que la traspase mientras usted no me autorice para ello.

—Ruego á usted, amigo Pik, que aplacemos esta conversación para más adelante, cuando dentro de tres ó cuatro días nos batamos en Madrid Morgal y yo: la causa de nuestro lance no será otra que algunas palabras inconvenientes cruzadas entre los dos; pero quién sabe si andando el tiempo podré decir á usted algo que hoy callo porque así lo he ofrecido.

Sir Pik, hombre prudente, no quiso insistir más sobre una sospecha que había concebido, pues para él la causa del lance pendiente era otra que la que aparecía en la superficie.

—Pues entonces, mi deber es esperar y partir con usted mañana.

—Ese será un nuevo motivo de gratitud,—repuso Alejandro.

—¿A qué hora ha convenido usted con el apoderado del barón que saldría?

—A las cinco de la mañana.

—Estaré despierto.

Aquí llegaba la conversación de los dos amigos, cuando llamaron á la puerta.

Era el apoderado general del barón, que después de saludar respetuosamente, dijo:

—Los señores barones de Morgal me mandan para decir á ustedes que han resuelto partir mañana al amanecer para Guadalajara, y que tendrán sumo gusto en que ustedes les acompañen.

Alejandro y Pik se miraron.

—¿De modo—dijo el inglés—que regresan todos los expedicionarios á Madrid?

—Sí, todos; pues acaban de convenir que ya que salieron juntos deben regresar juntos.

—Me parece bien,—añadió Alejandro,—y acepto tan noble y amena compañía.

—Así lo diré á los señores barones.

Y el apoderado, inclinándose respetuosamente, repuso:

—Acaba de salir un guarda á caballo para pedir un coche-salón; de manera que los ómnibus estarán preparados á las cinco de la mañana.

—No faltaremos.

El apoderado volvió á saludar, y salió de la habitación.

—¿Qué habrá sucedido?—dijo Alejandro.

—Lo más natural, lo más lógico del mundo, porque después de lo ocurrido poco ó nada iban á divertirse los que se quedaran; así es que alguno, tal vez la vizcondesa Irene, habrá propuesto que nos fuéramos todos, y la proposición habrá sido aceptada; porque, francamente, ni la baronesa, ni

el barón, ni nadie se quedaría á gusto, después de lo ocurrido.

—Más vale así, pues de este modo se terminará más pronto tan enojoso asunto.

Y Pik, estrechando la mano de su amigo, le dijo:

—Hasta mañana, querido Alejandro.

—Hasta mañana, amigo Pik.

Y los dos amigos se separaron á descansar algunas horas.

LIBRO XII.

UN DRAMA DE FAMILIA.

CAPITULO PRIMERO.

Condiciones del duelo.

El regreso fué triste: los expedicionarios del monte alcarreño llegaron á Madrid bajo la desagradable impresión que les había producido el lance entablado entre Alejandro y Morgal.

Durante el viaje el barón conversaba con sus amigos, como si nada ocurriese de particular, y Alejandro permaneció indiferente y silencioso.

La baronesa hacía heróicos esfuerzos para dominar su inquietud, su malestar, y más de una vez le había suplicado en voz baja á don Amadeo que no la abandonara, pues temía que su marido la asesinara.

Cuando el tren entró en la estación de Madrid, el barón, al despedirse de sus amigos, le dirigió la palabra á Alejandro, diciéndole:

—Señor de Robledano, participo á usted que estaré todo el día en casa esperando sus órdenes.

Este recuerdo pareció á todos intempestivo, y Alejandro, saludando y sin inmutarse, contestó:

—Está bien, señor barón, esta tarde recibirá usted noticias mías.

Todos se separaron persuadidos de que el lance de honor entre el barón de Morgal y Alejandro de Robledano se llevaría á cabo al día siguiente.

Aprovechando un momento oportuno, uno de esos instantes tan peculiares de la mujer, Isabel entregó una carta á Robledano, que éste guardó disimuladamente en un bolsillo.

Nadie se había apercibido de esta rápida evolución de manos, de este atrevimiento impuesto por la gravedad de las circunstancias.

Sir Pik y Alejandro montaron en el mismo coche que les esperaba en la puerta de la estación.

Sigámosles nosotros, que luego volveremos á encontrar al barón, á la baronesa y á don Amadeo, que montaron en otro carruaje.

Apenas los dos amigos se vieron solos, Pik comenzó á hablar del modo siguiente:

—Veo con disgusto que el lance es inevitable.

—Ya ha oído usted el recuerdo que acaba de hacerme el barón.

—Sí, un recuerdo inconveniente, y que hablando con franqueza, amigo Robledano, me demuestra que la causa del lance que está pendiente no es lo que se cree.

—¡Quién sabe! Tal vez el barón esté celoso por las deferencias que me ha demostrado su mujer.

—¿Y cree usted que esos celos son fundados?

—¡Ah! ¡Diantre! Otelo no tenía motivo para matar á Desdémona y le clavó un puñal en el corazón.

—De modo que cree usted capaz al barón de imitar al moro de Venecia.

—Por lo que veo sí; y le suplico, pues supongo que va usted á ser mi padrino, que le deje elegir al barón las condiciones del duelo. No quiero por mi parte ponerle el menor obstáculo.

—Sin embargo, yo creo que un desafío á sable bastaría para que la honra de los dos quedara en buen lugar y con menos peligro.

—No tengo al barón de Morgal el menor odio, no deseo su muerte, aunque estoy resuelto á defender mi vida; pero repito que acepto todas las condiciones que él proponga, y le suplico á usted se encargue de buscar el segundo padrino.

—Así lo haré; pero francamente, amigo mío, yo no veo motivo para que dos hombres expongan su vida.

—Usted sabe que no he sido yo el promovedor de este lance, y que el barón me ha tratado con gran ensañamiento, hasta el punto de arrojarme de su casa, porque entre personas bien nacidas no se necesita decir las cosas con todas las palabras, sino insinuarlas.

—¿De manera que es hoy mismo cuando tengo que habérmelas con las personas que designe Morgal?—preguntó sir Arturo Pik.

—Ya ha oído usted el recuerdo cariñoso que me ha hecho en el coche,—contestó Alejandro sonriéndose.—Según parece, tiene prisa en matarme.

—Sí, el recuerdo fué algo imprudente y un tanto provo-

cativo; todos lo hemos juzgado así. Voy, pues, á casa á vestirme; elegiré á un amigo de la embajada, é iré á ver al barón antes de las dos de la tarde.

Alejandro se quedó en su casa, y sir Pik se dirigió á la suya en el mismo coche.

Como Robledano no había avisado en su casa su llegada, nadie le esperaba; así es que sólo le vió Pancho el mulato.

Alejandro, con el pretexto de que estaba muy cansado, encargó á su ayuda de cámara que no estaba para nadie en casa, exceptuando á sir Pik y las personas que le acompañaran. Preguntó por el padre Anselmo, y Pancho le dijo que había salido muy temprano de casa, terminando con estas palabras:

—Supongo, señor, que la orden de no recibir á nadie no rezará con el padre Anselmo.

—Para el padre Anselmo todas las puertas de mi casa están abiertas.

Cuando Alejandro se quedó solo se acordó de la carta que con tanta exposición le había entregado aquella mañana la baronesa, y sacándola del bolsillo se puso á leerla.

Las mujeres han cometido grandes imprudencias con la pluma, que les han causado muchas desgracias y mares de lágrimas. Sus almas impresionables y vehementes han estampado sobre el papel amorosas confianzas que luego les han dado en herencia incalculables disgustos.

¡Cuántas veces arrepentidas de lo que escribieron en un momento de pasión han llorado su imprudencia ó han sucumbido á las brutales exigencias de los hombres que, abusando de su debilidad, hicieron de una carta el arma de su deshonra!

Una joven que ignora las perfidias del mundo, escribe dejando dictar á su corazón todo lo que siente en esas dulces y solitarias horas de la noche, durante las cuales piensa en el sér amado.

Cuando esta carta cae en manos de un mal caballero, ¡cuántos disgustos no puede proporcionarle á la mujer que la ha escrito, si cambiando las circunstancias se ve precisada á unirse para siempre con otro hombre que aquel que le inspira la patética y apasionada epístola!

La baronesa de Morgal, aunque mujer algo conocedora del corazón humano y del gran mundo, aturdida por el peligro que la amenazaba, viendo que Alejandro y el barón iban á batirse, cogió la pluma, y sin reflexionar, escribió la carta siguiente:

«¡Alejandro de mi alma!... Ya comprenderás que mi situación es desesperada; tu muerte es la mía; defiende tu vida, mata si me quieres, sálvame, pues tu generosidad, tratándose de un enemigo terrible y rencoroso, sería fatal para los dos.

»Después de lo que ha ocurrido, toda reconciliación entre mi marido y yo es imposible. Me aterra la idea de pensar que puedes sucumbir, y si así sucediera por desgracia, yo te sobreviviría pocas horas, porque si me faltara valor para terminar con mi existencia, está seguro que mi marido me asesinaría, pues ya sabes que lo intentó por tres veces en el monte.

»¡Mata! ¡mata! pues sólo matando podemos salvar nuestras vidas... Mata, y una nueva aurora de felicidad lucirá para nosotros.

»Te quiere más que nunca tu—*Isabel.*»

Su carta no podía ser más imprudente. Alejandro, que no amaba á la baronesa, se sonrió al terminar su lectura, y se dijo:

—He aquí una carta que podría ser más fatal para la mujer que la ha escrito que los fundados celos de su rencoroso marido.

Y con cierto desdén la arrojó al fuego, contemplando con indiferencia la llama que consumió el papel hasta la última partícula.

Después de esto se puso á pensar en Gabriela, á quien amaba con toda el alma; en Gabriela, á quien había ofendido con el pensamiento, y á quien deseaba pedirle perdón de aquella ofensa que tanto le había hecho sufrir.

—No, no quiero verla—se decía hablando consigo mismo—hasta después de terminar la desagradable cuestión con Morgal. Entonces correré á su casa, y arrojándome á sus piés, le pediré perdón por el mal concepto que de ella había formado, y ella me perdonará, porque es un ángel.

Dejando transcurrir el pensamiento en derredor de la idea que acabamos de apuntar pasó la mañana y parte de la tarde sin que Alejandro abandonara la habitación en donde se había encerrado, prohibiendo á todos la entrada menos á sir Pik y la persona que le acompañara.

A las cuatro de la tarde se presentó Arturo con otro joven de la embajada inglesa; venían de casa del barón de Morgal de arreglar las condiciones del duelo.

Sir Arturo estaba más grave, más serio que de costumbre; el segundo padrino llevaba impresas también en el semblante las señales del disgusto que sentía.

—Amigo Robledano,—dijo sir Arturo,—mañana á las nueve se bate usted con el barón de Morgal.

—¡Ah! ¿Están ya arregladas las condiciones?—preguntó Alejandro con la serenidad del hombre que no le importa arriesgar la vida.

—Sí: se bate usted á pistola á veinticinco pasos de distancia, y avanzando cinco pasos el que tire el último.

—Perfectamente.

—En el caso de que los dos primeros disparos no den en la carne,—añadió Pik,—se avanzarán cinco pasos y se volverá á hacer fuego.

—Veo que el barón quiere que la cosa sea formal, porque supongo que él será el que ha impuesto las condiciones.

—Él las ha impuesto,—repuso Arturo,—y cuando yo le he indicado que el motivo del duelo era de poca importancia para batirse de ese modo, me contestó sonriéndose:

—Amigo Pik, á usted le parecerá así y á mí me parece de otro modo; porque en este mundo todo es cuestión de apreciación, y lo que unos tienen por poco otros lo tienen por mucho.

Y sir Arturo, cambiando de entonación, añadió:

—De todo esto he deducido que detrás de la causa que motiva el duelo existe otra que usted y el barón nos ocultan; pero como ni yo ni mi compañero somos curiosos, nunca nos afanamos por saber lo que quieren ocultarnos, y le apadrinamos á usted sin más explicaciones.

Alejandro estrechó la mano de sir Arturo, saludó con la cabeza á su segundo padrino, y dijo:

—Gracias, amigo Arturo. Hay efectivamente otra causa

detrás de las palabras que mediaron en el monte entre el barón y yo; pero esa causa el deber de todo caballero me obliga á no revelarla por ahora.

—Ni mi compañero ni yo tenemos el menor interés en saberla,—repuso Pik saludando.—El sitio elegido nos ha parecido el más á propósito la quinta que tiene usted en Carabanchel. Allí nadie puede estorbarnos.

—Perfectamente: saldremos mañana á las ocho de la mañana.

—A las siete y media mi compañero y yo estaremos aquí.

—¿Quiere usted, amigo Pik, que comamos hoy juntos los tres?

—Estamos á las órdenes de nuestro ahijado.

—Pues entonces, para que nadie nos moleste y podamos hablar libremente de nuestras cacerías de Africa, comeremos en casa de Lhardy en gabinete reservado.

Y Alejandro, dirigiendo una mirada al reloj, añadió:

—Son las cinco y cuarto. ¿Traen ustedes coche?

—Sí,—contestó Arturo.

—Entonces, vamos á comer.

CAPITULO II.

Un hombre sereno.

Tan pronto como el barón de Morgal llegó á su casa de Madrid, mandó una carta á su notario suplicándole que en el acto pasara á verle, pues tenía un asunto urgente que comunicarle.

El notario, que tenía por uno de sus mejores clientes al barón, se trasladó inmediatamente á su casa, en donde permaneció una hora encerrado con Morgal en su despacho.

El guardador de la fe pública salió llevando unos papeles y ofreciendo volver aquella misma noche.

Mientras tanto, la baronesa se había encerrado en sus habitaciones, mandándole á Micaela que no se separara de su lado, pues se había apoderado de ella el temor de morir asesinada por su marido.

Don Amadeo, al separarse de Isabel, le había dicho:

—Tranquilízate, yo espero que Andrés no cometa contigo una brutalidad, que produciría un gran escándalo, pues

el escándalo es lo que él teme. Yo volveré á comer con vosotros, y en último caso, ya sabes que las puertas de mi casa están siempre abiertas para tí.

Como esto no había tranquilizado del todo á la baronesa, Micaela su doncella, que una parte tan activa tomaba en los negocios privados de su ama, le dijo:

—Señorita, la defensa es un acto natural en la criatura; nosotras permaneceremos encerradas en este gabinete, pero no estará demás que llevemos algún arma en el bolsillo por si al señor barón se le ocurre alguna barbaridad.

Este consejo no le pareció del todo mal á la baronesa, y se puso un pequeño revólver con culata de marfil en el bolsillo y Micaela se guardó un puñalito de Florencia.

A pesar de esto, ni el ama ni su doncella estaban tranquilas; porque desde el momento en que el barón se había quitado la piel de oveja para enseñar sus garras y sus mandíbulas de tigre, el pánico se apoderó de la esposa culpable.

Así pasó una parte del día, con bastante angustia de la baronesa.

A las cuatro de la tarde llegó don Amadeo, y después de saludar al barón, con quien estuvo hablando media hora sin poder disuadirle de sus propósitos, se dirigió á las habitaciones de su ahijada Isabel de Romelia.

La baronesa se estremeció al oir que llamaban á la puerta de su gabinete; pero al reconocer la voz de su leal amigo, abrió la puerta y se arrojó en sus brazos llorando.

—¡Ah!—exclamó Isabel.—No es posible prolongar por más tiempo esta angustiosa situación.

—Esta situación, hija mía,—contestó don Amadeo, en

cuyo semblante se veían impresas las huellas del disgusto,—se resolverán mañana, porque mañana se baten Andrés y Alejandro, como acabo de saber, y según las condiciones estipuladas, el duelo es á muerte.

—¡A muerte!—repitió la baronesa mirando con espanto á Amadeo.

—Sí; pero tengo aún que decirte otras cosas, aunque sé que voy á afligirte mucho; pero en el caso en que nos encontramos yo no debo ocultarte nada que pueda interesarte en bien ó en mal.

—¿Me amenazan tal vez nuevas desgracias?—preguntó Isabel juntando las manos.

—El barón ha hecho su testamento,—añadió Amadeo,—y deja toda su fortuna á los asilos de beneficencia, exceptuando algunas pequeñas mandas para recompensar los buenos servicios de sus criados.

—¿Luego me deshereda?

—Sí, hija mía; así lo ha consignado en su testamento. De modo que si mañana muere, quedas viuda y pobre, y si mata á Alejandro, entonces...

Amadeo se detuvo y fijó una mirada dolorosa en Isabel.

—Sí; si mata á Alejandro,—repuso Isabel,—después me matará á mí.

Amadeo guardó silencio, y la baronesa, dejando caer la frente sobre el pecho, se puso á llorar.

Durante dos minutos reinó un profundo silencio en la habitación. Por fin Amadeo dijo:

—Jamás he visto un hombre más rencoroso que tu marido. Yo desconfiaba de él, como te dije en varias ocasiones,

porque le conozco hace muchos años... Pero no te aflijas, las puertas de mi casa se hallan abiertas para tí. Yo no te abandonaré nunca.

La baronesa cogió una de las manos de don Amadeo, y estrechándola con cariño, le dijo:

—Mañana se bate el barón con Alejandro, duelo terrible, á muerte, como usted acaba de decirme; pero ¿no cree usted que esta noche mi esposo querrá vengarse de mí?

—No; el barón, según sospecho, ha meditado mucho y teme el escándalo. No se atreverá á cometer un asesinato en su misma casa. Se venga de tí después de su muerte, si su contrario le mata, desheredándote. Así pues, hija mía, por esa parte podemos estar tranquilos. Además, esta noche me quedo yo aquí, porque así me lo ordena la antigua y buena amistad que nos une.

A pesar de todo esto, Isabel no se tranquilizaba, porque por todas partes veía formarse tétricas nubes sobre su cabeza, anunciando la tempestad.

Dejando aparte los peligros personales que la cercaban, la noticia del testamento le había causado una profunda impresión, porque jamás, ni en sueños, se le había ocurrido pensar en que el barón la desheredara.

¿Qué iba á ser de ella pobre en medio de una sociedad que la había admirado por su lujo deslumbrador? ¿Qué porvenir sería el suyo desde el momento que muerto el barón la arrojaran de su palacio?

El ofrecimiento generoso de don Amadeo no podía llenar las aspiraciones de Isabel de Romelia, porque el viejo poeta apenas contaba con una jubilación de veinte mil reales al

año y vivía en un modesto entresuelo de la calle de Bordadores, que rentaba quinientos reales al mes.

Aquello era la miseria, y la miseria se acepta muy mal después de la abundancia y la riqueza.

—¡Ah!—exclamó.—He sido una loca, una imbécil, una mujer sin reflexión ni cálculo. Yo debí exigirle á mi marido que me señalara una dote antes de casarme, y hoy podría imponer condiciones.

Don Amadeo meneó con triste expresión la cabeza, y dijo:

—Si efectivamente entonces se le hubiera exigido uno ó dos millones de dote, tal vez te los hubiera consignado en tu carta dotal; pero en ese caso hoy tu marido te hubiera denunciado como adúltera á los tribunales para desheredarte.

—¡Acusarme!

—Sí, hija mía, sí, porque Andrés está resuelto á todo. Es una desgracia, y debemos inclinar la frente.

—¿Luego mi situación es tan desesperada, que no tengo ninguna salida? ¿luego estoy rodeada de un círculo de fuego?

—Te quedo yo, aunque no podré ponerte coche ni abonarte á palco al teatro Real; pero viviremos modestamente, serás mi hija, seré tu padre, y lloraremos juntos nuestras desgracias.

La mujer no pierde nunca las esperanzas, y sobre todo si es joven y hermosa. Isabel, en medio de su triste situación, pensó que Alejandro la amaba, que era rico y que no le volvería la espalda al verla desheredada, puesto que por su amor lo había perdido todo.

La infeliz baronesa ignoraba que Alejandro no había sentido nunca por ella ese dulce y desinteresado afecto del amor;

de modo que su esperanza corría mucho peligro de desvanecerse y convertirse en un desengaño.

—Yo comprendo que vas á echar de menos el lujo á que estás acostumbrada, y bien sabe Dios que desearía ser rico como Creso para rodearte de bienestar y esplendidez, y eso que siempre he despreciado el dinero; pero, en fin, el que hace lo que puede no está obligado á más.

La baronesa se arrojó llorando en los brazos de aquel noble anciano, cuyas palabras le servían de gran consuelo en aquellos momentos de tribulación.

Don Amadeo se despidió de Isabel, y como esta despedida le causó un brusco estremecimiento nervioso, sin duda hijo del miedo, le dijo:

—Nada temas: acuéstate y descansa lo que puedas. Yo voy á ver á tu marido, y tal vez me quede en su mismo dormitorio.

—Es que esta noche tengo más miedo que nunca.

—Te digo que no corres el menor peligro.

La baronesa, aunque no muy tranquila, se encerró en su dormitorio con Micaela, su doncella, y dejó el pequeño revólver sobre el mármol de la mesa de noche.

Sigamos nosotros á Amadeo.

Serían las once de la noche cuando llamó á la puerta del despacho del barón, que estaba escribiendo algunas cartas.

Al ruído que hizo Amadeo, levantó la cabeza.

—¡Calla! ¿Aún estás tú por aquí?—le preguntó con gran naturalidad.

—Yo estoy siempre adonde me aconseja el deber; así es

que esta noche espero que me concedas hospitalidad en tu gabinete.

—¡Cómo! ¿Te quedas á dormir en casa?

—No tengo sobre la tierra más afecciones que tú y tu esposa; os quiero como á dos hijos... Sufrís, padecéis, y sospechando que puedo seros necesario me quedo aquí.

—Vaya, Amadeo, si quieres puedes irte tranquilo á tu casa, pues ya te he dicho que he cambiado por completo mi plan de venganza: ayer tenía grandes deseos de estrangular entre mis manos á esa infame; pero luego he reflexionado mucho. No vale Isabel de Romelia la pena de que yo me comprometa por ella... la castigo de otro modo. ¡Ah! ¡Parece imposible que por mi mente cruzara la idea de cometer un asesinato!

Amadeo se había sentado en una butaca con toda la calma de un hombre que no tiene prisa.

—Pues sí, Andrés,—añadió,—aunque me has hecho el agravio de elegir padrinos para tu lance de honor sin acordarte de mí, no te guardo rencor, y me quedo esta noche en el sofá del gabinete donde tú duermes.

—Pero ¿á qué pasar una mala noche?—repuso el barón.

—Sencillamente *porque sí*, como decimos los españoles, empleando esa frase suprema que no dice nada y lo dice todo.

—Eres un viejo testarudo, pero es preciso quererte con todos tus defectos; haz lo que quieras, pero déjame escribir algunas cartas, porque mañana me bato con un hombre, que no es un enemigo despreciable, y por si me mata quiero dejar arreglados mis asuntos.

—Pues bien, escribe tus cartas. Yo descabezaré el sueño en esta butaca. Figúrate que no existo, que estás solo.

El barón cogió de nuevo la pluma y se puso á escribir.

Mientras tanto, Amadeo permanecía inmóvil en la butaca, pero sin dormirse, pues sus ojos se abrían de cuándo en cuándo para mirar á su amigo, que continuaba escribiendo con gran serenidad.

Durante una hora el barón no dejó la pluma. Nadie hubiera dicho al verle tan impasible escribiendo notas y arreglando papeles, que aquel hombre debía batirse á muerte á la mañana siguiente.

Cuando terminó tiró del llamador de la campanilla y le dijo á un criado:

—Que venga don Antonio, mi apoderado general.

Al oir este nombre don Amadeo aplicó el oído y cerró los párpados para fingir que dormía.

Don Antonio, que había recibido un aviso del barón para que esperara sus órdenes, se presentó al instante en el gabinete de Morgal.

—Amigo don Antonio,—le dijo el barón, con una naturalidad impropia de las circunstancias,—mañana á las nueve tengo un desafío á muerte.

El apoderado hizo un brusco movimiento de sorpresa.

—Pues sí, amigo don Antonio, me bato con un enemigo no despreciable, porque maneja las armas con gran maestría y es hombre valiente y sereno; y como todo el que se bate á pistola corre peligro de recibir un balazo que le mande á la eternidad, me ha parecido prudente arreglar antes mis asuntos.

—¿Pero el señor barón lo ha pensado bien?—le preguntó algo afectado don Antonio.

—Diantre, esas cosas no se piensan, vienen rodadas por donde menos puede uno sospecharlo, y los hombres de honor, aunque les desagraden, las aceptan. En fin, no hablemos de los hechos consumados: el caso es que me bato mañana y que puede matarme mi antagonista; y como soy hombre prudente y usted me inspira una gran confianza, he dispuesto mis asuntos, y usted será la persona encargada de que se cumpla mi postrera voluntad.

Don Antonio, algo afectado, se inclinó respetuosamente para indicar que estaba á las órdenes del barón.

—Aquí tiene usted—continuó Morgal—esta nota que le indicará lo que tiene que hacer en el caso de que yo muera, y estas cartas. Mi notario, ante el cual he hecho testamento esta tarde, tiene también una nota igual. No le he olvidado á usted ni á los buenos servidores de mi casa. Con que recoja usted estos papeles y buenas noches, amigo don Antonio. Encargue usted que esté un coche dispuesto á las siete de la mañana.

—Pero, señor,—exclamó verdaderamente afectado don Antonio,—que un hombre grave, serio, de alta posición, se bata y arriesgue su vida tal vez por una futesa...

—Amigo mío, nobleza obliga, y á pesar de todas esas condiciones que usted me reconoce, no tengo más remedio que batirme. Con que deme usted un abrazo por si no volvemos á vernos más.

Don Antonio abrazó á su señor con las lágrimas en los ojos, y salió de la habitación verdaderamente afectado.

Morgal entonces, levantando la voz, dijo:

—¿Duermes, Amadeo?

—No, eso es bastante difícil para mí esta noche.

—¿Y estás resuelto á pasar aquí la noche?

—Sí, porque ése es mi deber.

—Entonces con tu permiso voy á acostarme, porque cuatro horas de sueño no vienen mal al hombre que se bate.

Amadeo acercó la butaca á la mesa y cogió un libro, convirtiéndose en centinela de aquel celoso, cuya tranquilidad le inspiraba poca confianza; pero quince minutos después el barón de Morgal dormía profunda y tranquilamente, con gran asombro del viejo poeta.

CAPITULO III.

Dos corazones impenitentes.

Es muy difícil ocultar los preliminares de un duelo cuya provocación ha tenido lugar delante de mucha gente; y si los antagonistas son personas de la alta clase, mucho menos.

A las pocas horas de llegar á Madrid los expedicionarios del monte alcarreño, ya sabían muchos que Alejandro de Robledano y el barón de Morgal tenían un lance pendiente; pero lo que ignoraban todos era la verdadera causa de este desafío.

Como Salvador Verdemar iba todos los días en casa de Robledano á saber noticias, Pancho le dijo que su amo había llegado, pero que no recibía á nadie.

Salvador, como siempre, entró á visitar á Teresa, cuyo carácter seco y desapacible se iba agriando más y más á manera que se alejaba de su rencoroso corazón la esperanza de heredar la fortuna de su primo.

Teresa ignoraba que Alejandro debía batirse al día siguiente.

Cuando Salvador entró en el gabinete de Teresa, ésta leía junto al balcón, porque la lectura era el único pasatiempo de aquella mujer, todo odio, todo rencor.

Levantó los ojos de las páginas del libro, y se quedó mirando á su amante.

—¿Conque ya ha venido Alejandro?—le preguntó Salvador.

—Sí, esta mañana.

—¿Y le has visto?

—No; porque, según me han dicho, se ha encerrado en sus habitaciones, dando orden de que no recibía ni quería ver á nadie, exceptuando á sir Arturo Pik.

Y Teresa, sonriéndose de un modo frío, añadió:

—Según parece, el favorito de mi primo es hoy ese inglés.

—¿No sabes lo que ocurre?—añadió Salvador dirigiendo una mirada recelosa en derredor suyo.

Teresa se encogió de hombros, y contestó:

—Para mí hace tiempo que todo lo que sucede es malo.

—No tanto, Teresa, no tanto.

Y Verdemar, sonriéndose maliciosamente, añadió:

—La desgracia se cansa también de azotar á sus elegidos, y pudiera suceder que de hoy á mañana cambiara de un modo notable nuestra situación.

Teresa clavó su fría y adormecida mirada en el agente, que la miraba á su vez sonriéndose.

—Mis anónimos y mis trabajos subterráneos comienzan á dar su fruto.

—Tú eres feliz, Salvador,—contestó Teresa con displicente acento,—no pierdes nunca la esperanza... Eso es una gran ventaja. Yo en cambio nada espero.

—No esperas, porque ignoras lo que yo sé y sabe medio Madrid.

—No te comprendo.

—Tu primo Alejandro y el barón de Morgal se baten mañana.

Teresa se estremeció tan bruscamente, que Salvador se echó á reir, diciendo:

—Parece que te hace efecto la noticia. ¡Oh! También me lo ha hecho á mí... Ya ves mis anónimos cómo tenían un fondo de verdad; he ido poco á poco cargando la mina de pólvora, y por fin ha estallado.

Teresa, que había vuelto á serenarse, dijo con frialdad:

—¿Se baten mañana Alejandro y Morgal?

—Sí.

—¿Y por qué?

—¡Toma!... Porque Alejandro es el querido de la baronesa, y el barón tiene celos.

—He oído decir que el barón de Morgal es un hombre pacífico, inofensivo.

—En la apariencia no diré que no... Pero del barón de Morgal, antes de casarse con Isabel de Romelia, se dice que era un hombre temible, y se ha batido muchas veces... Se asegura que tiene mala mano.

—¡Bah!—exclamó Teresa haciendo una mueca.—Si se baten, Alejandro matará ó herirá al barón, y asunto concluído.

—Dispensa, querida, pero eso no puede asegurarse, porque repito que el barón no es manco, y se baten á pistola.

—Ya verás como mi primo mata á ese pobre barón.

—Ó el barón matará á Alejandro.

—Eso sería demasiado bueno para mí, y no sucederá.

—Me desagrada que seas tan pesimista.

—¿Qué puede ser aquella á quien todo le sale mal?

—Es que hay muchas desgracias que se las proporciona uno mismo con su carácter, y á tí te sucede eso,—añadió Salvador con malhumorado acento. ¿Crees tú que el barón de Morgal es un pelele que no sabe tener una pistola en la mano?... Pues estás en un gran error. El barón es el mejor tirador de pistola de Madrid, y el lance se ha convenido á pistola. El barón está celoso como un turco, y tiene más ganas de matar á Alejandro que tú y yo; por consiguiente, mucho hemos conseguido colocándolos al uno delante del otro con un arma en la mano; y me extraña que en vez de agradecerme todo lo que he hecho para conseguirlo, te vengas ahora lamentando de tu mala suerte.

Y Salvador, viendo que Teresa continuaba callada y con la frente hundida en el pecho, añadió:

—¿Qué peligro ni qué perjuicio puede venirnos á nosotros de ese desafío? Ninguno. A buen seguro que la justicia no ha de perseguirnos; pero en cambio pudiera producirnos grandes ventajas si el barón mata á Alejandro. Tú eres heredera en primera línea; ¡ya ves cómo con paciencia y mala intención las cosas pueden conseguirse sin apelar á los recursos extremos, que son los que á tí se te ocurren.

—Sí, sí, Salvador... tienes razón,—añadió Teresa, pa-

sándose una mano por la frente como si quisiera disipar molestos pensamientos;—pero tú no puedes imaginarte lo que padezco... Mi martirio se prolonga de un modo insoportable.

—Pero confiesa, querida, que la mayor parte de las veces ese martirio es imaginario é hijo de tu carácter.

—Será todo lo que quieras, pero sufro mucho.

—Procura distraerte.

—¿Cómo, viviendo ese miserable de Esteban Terreño, que es una amenaza suspendida sobre nuestras cabezas?

—¡Bah! Terreño es impotente para hacernos daño. Alejandro está preparado y no le dará crédito á nada de cuanto le diga.

Teresa exhaló un suspiro.

Salvador fijó su mirada en aquella mujer que despreciaba, pero á quien había explotado y pensaba explotar aún mucho más, y le dijo:

—No hay motivo para que estés triste. Nuestro asunto marcha bien; hoy se encuentra mejor que nunca. Alejandro, como todo joven valiente, no teme ni cree en la posibilidad de morir, y por lo tanto, es casi seguro que no habrá dispuesto nada. Si mañana, como puede suceder, el barón le clava una bala en la frente, tú y tu primo seréis los herederos de los millones de Robledano, y entonces se realizarán todos nuestros sueños de color de rosa.

Teresa levantó la frente, que durante algunos minutos había tenido inclinada sobre el pecho, y fijando sus ojos en Salvador, dijo:

—Tienes razón; pudiera muy bien suceder eso que dices, y entonces una nueva vida luciría para nosotros.

—Entonces,—añadió Verdemar bajando la voz y cogiéndole una mano,—tan pronto como termine el luto te conduciré al pié de los altares y serás mi esposa, terminando para tí todas las inquietudes, todos los sobresaltos, viviendo como reina y señora de tu casa, sin más voluntad que la tuya.

Salvador estaba persuadido de que el hermoso programa que acababa de exponer no se cumpliría jamás, aunque Alejandro muriese y él se casara con Teresa; pero nada se pierde con ofrecer cuando se lleva de antemano la intención de no cumplir el ofrecimiento.

Durante media hora, los dos amantes permanecieron hablando de sus proyectos para lo porvenir, porque el hablar de lo porvenir es materia corriente entre los enamorados.

Pero ¿era probable que aquellas dos almas secas y calculadoras sintieran los dulcísimos afectos del amor? No, no era posible que Teresa y Salvador amaran... el amor, ese flúido misterioso del espíritu, ese bálsamo celeste que poetiza hasta la miseria, no lo creó Dios para los corazones ruínes y perversos; y por consiguiente, tan miserables criaturas, pechos tan poco nobles no podían albergar el amor.

Desde el primer momento en que la casualidad les puso al uno enfrente del otro, se adivinaron y comprendieron que uniéndose podrían ser útiles el uno al otro.

El amor no había tomado la más pequeña parte en aquellas dos naturalezas egoistas y perversas.

Se necesitaron y se unieron: el amor fué un pretexto, una palabra que selló el convenio, un lazo que les unía conduciéndoles por un camino lleno de abrojos hacia el mismo punto que los dos codiciaban.

Salvador llegó á convencer á su cómplice de que nunca, desde que se conocían, habían estado sus asuntos en más brillante camino.

—No quiero que te atormentes,—añadió.—Dejemos rodar los acontecimientos: nunca nos hemos encontrado en mejor situación; y lo que me regocija yme llena de júbilo es que no puede venirnos á nosotros por la muerte de Alejandro el menor perjuicio, y en cambio nos vendrá una gran fortuna.

Teresa, que era ambiciosa hasta lo inverosímil, se sonrió oyendo á su amante, y le dijo:

—¡Lástima es que tengamos que partir esa fortuna que tanto nos cuesta con otro que no ha hecho nada por conseguirla!

—Es verdad; pero si Alejandro no ha hecho testamento, como supongo, preciso será darle la mitad á tu primo Diego de Robledano.

—Sí, sí, ya lo sé; pero repito que es una lástima.

—Ante la cual nos resignaremos.

—Pero á la fuerza.

—¡Bah! Aún nos quedan bastantes millones para vivir como unos príncipes. Con que alegra el rostro y acaricia en tu pecho á la esperanza que nos sonríe.

Salvador se levantó, añadiendo:

—Aunque Pancho el mulato me ha dicho que su señor no recibe á nadie, voy á ver si consigo que me deje entrar: soy su agente de negocios, y tal vez tenga que encargarme algo; porque por abandonado que sea un hombre, cuando es rico y tiene en perspectiva un duelo á muerte, siempre se le ocurre dejar algún encargo de ultratumba.

—Creo que debes intentarlo,—añadió Teresa.

—Nada me cuesta. Si logro verle y ocurre algo de nuevo, volveré á verte; si no, hasta la noche.

—¡Ah! ¡Qué horas tan largas van á ser para nosotros las que transcurran desde hoy á mañana!

—¡Bah! Un poco de paciencia, y dejemos correr al tiempo; que él se encarga de resolver los grandes problemas de la vida.

Teresa y Salvador se estrecharon la mano, y el agente de negocios, enviándole una sonrisa á su amante, salió del gabinete satisfecho de sí mismo, como el hombre que ve marchar sus negocios viento en popa.

Teresa cogió un libro y se puso á leer.

CAPITULO IV.

Dar en la carne.

En el mismo sitio que ya conocen nuestros lectores y en la quinta de Carabanchel, que indudablemente no habrán olvidado, se hallaban reunidas ocho personas, actoras y espectadoras del duelo á muerte que iba á efectuarse á las nueve de la mañana.

Dos hombres llenos de vida que se colocan el uno frente del otro con armas iguales en las manos y dispuestos á matarse, nunca son mirados con indiferencia por aquellos que, testigos de acto tan serio, se ven obligados á dar fe de que se mataron ó hirieron en buena lid.

Alejandro había hecho algunos encargos á su íntimo amigo sir Arturo Pik, y entre ellos le había entregado una carta para Gabriela disculpando su conducta.

Esta carta sólo debía entregarla en el caso de que la suerte le fuese contraria y pereciera en la empresa.

Mientras los padrinos elegían el terreno y cargaban las

pistolas con la conciencia y la escrupulosidad propias de caso tan grave, Alejandro hablaba con el médico inglés mister Hoppe, y el barón de Morgal con el suyo.

Ninguno de los dos antagonistas demostraba la menor alteración en el semblante; más bien que dos hombres próximos á arriesgar la vida, parecían ciudadanos pacíficos que se paseaban por un jardín disfrutando del benéfico sol de un día de invierno.

Cuando los padrinos terminaron sus delicadas faenas, fueron á indicarles el sitio que á cada cual le había tocado en suerte, y les presentaron las pistolas por las culatas.

Los dos cogieron el arma, siguiendo cada cual á sus padrinos.

Difícilmente se hubieran encontrado dos hombres más serenos. Los testigos demostraban en sus semblantes más inquietud que los que iban á arriesgar la vida.

Un silencio de muerte reinaba en la calle en donde iba á efectuarse el desafío.

Alejandro y el barón, puestos frente á frente, inmóviles y serenos, esperaban la señal.

Sonó la primera palmada y levantaron las bocas de las pistolas á la altura de la frente, preparándose para extender el brazo.

Sonó la segunda y al momento la tercera, é instantáneamente dos detonaciones que se confundieron en una misma.

Entonces sonó un grito que involuntariamente se escapó á los padrinos, pues habían visto caer al suelo desplomados á los combatientes, como si un rayo hubiera herido á los dos á la vez.

Cada médico y cada padrino corrió á socorrer á su ahijado.

El barón había recibido un balazo en la sien derecha: estaba muerto. Alejandro tenía la herida en el pecho, un poco alta: respiraba aún.

—Señores,—dijo el médico de don Andrés dirigiéndose á los testigos,—el pobre barón de Morgal ya no necesita los auxilios de la ciencia: es un cadáver.

Mientras los amigos de Morgal rodeaban el cuerpo inerte de su ahijado, el doctor inglés Hoppe, sir Arturo y su amigo, arrodillados en el suelo, examinaban la herida de Alejandro.

—Señores, la herida es grave,—dijo el médico inglés,—y el pronóstico reservado. Vamos á conducirle á un lecho, en donde podremos examinarlo con más detención.

Mister Hoppe suplicó al médico español que le ayudara á hacerle la primera cura, ya que desgraciadamente el barón de Morgal no necesitaba de su auxilio.

Los padrinos de Alejandro, ayudados por los dos médicos y el jardinero, le condujeron hasta una cama del piso bajo, precisamente la que pocos meses antes había ocupado Esteban Terreño.

Aquélla era la habitación más cómoda, porque sólo había que subir los cinco escalones de mármol que desde el jardín daban paso al hotel.

Mientras tanto, los dos padrinos del barón contemplaban el inmóvil cadáver de su infortunado amigo, y después de algunos momentos de dolorosa pausa, dijo uno de ellos:

—¿Y qué hacemos?

—Será preciso llevar el cadáver á su casa.

—Eso es bastante arriesgado para nosotros.

—Pero también es desagradable dejarle en medio del campo.

—Afortunadamente, sospechando que el lance sería serio, tenemos escrita la declaración de puño y letra de los adversarios, en la que declaran cada uno de por sí que, cansados de la vida, han puesto fin á sus días.

—Esa carta es un documento que nos pone á cubierto de la justicia.

—Entonces, que se acerque el coche todo cuanto pueda, y vamos á conducirlo á Madrid.

—¡Buenos nos va á poner la baronesa de Morgal cuando le presentemos el cadáver de su marido. Estas escenas son siempre desagradables.

—¡Y qué remedio! Esta es la parte peor de los padrinos de un duelo, pues las señoras, en vez de compadecernos, nos creen los asesinos de la persona allegada, que necesita revestirse de paciencia para apadrinar un desafío.

En estos casos desagradables, siempre hay aturdimiento, inquietud y malestar.

Si el duelo se hubiera efectuado en un terreno libre, podía haberse dejado el cuerpo del muerto sobre el campo del honor con una pistola descargada á su lado y la carta en el bolsillo declarando que se había suicidado.

Pero los padrinos del barón no podían dejar el cadáver de su ahijado en el jardín de Alejandro de Robledano, que si no había muerto, estaba gravemente herido.

Así es que colocaron al infeliz barón de Morgal lo mejor que pudieron en el coche, y tristes y preocupados regresaron

á Madrid, lamentando el dramático desenlace de aquel duelo.

Adelantémonos nosotros.

La baronesa de Morgal había pasado en vela toda la noche, y por cierto que su situación no era la más á propósito para dormir tranquilamente.

Encerrada en su gabinete, teniendo á la doncella Micaela al lado y el revólver sobre el mármol de la mesa de noche, esperaba inquieta y desazonada que su celoso marido derribara la puerta, ansioso de venganza.

El menor ruído la sobresaltaba. Horas fueron las de aquella noche de mortal angustia para Isabel de Romelia, pues ella no podía explicarse que el barón arriesgase la vida en un duelo á muerte sin vengarse antes de su mujer, á la que odiaba de muerte.

Lo lógico era, según ella, que antes de arriesgar su vida la matara, porque después de los tres conatos llevados á cabo en el monte, no tenía explicación la conducta de Morgal si no mataba á su mujer, á quien indudablemente odiaba más que á Alejandro de Robledano.

Sólo le tranquilizaba una idea: saber que su leal amigo, su padre adoptivo Amadeo Nasón, se hallaba cerca de ella para defenderla.

Algunos momentos un temblor nervioso se apoderaba del cuerpo de la baronesa, y entonces Micaela, ó más valiente ó menos comprometida que su ama, le decía para reanimarla:

—Vamos, señorita, es preciso tener más serenidad. El señor barón teme el escándalo; yo no creo nunca que á las altas horas de la noche venga á derribar la puerta de esta habitación; porque, en ese caso, nosotras pediríamos socorro,

acudirían los criados y se armaría un escándalo. Además, nosotras no habíamos de estarnos quietas si tratara de atropellarnos. Por consiguiente, yo no temo una agresión brutal. El verdadero peligro ha pasado.

—¡No, no, Micaela!—exclamaba la baronesa.—El verdadero peligro empieza ahora, porque mi marido tiene más afán en matarme á mí que en matar á Alejandro.

En éstas y otras discusiones pasó la noche, con gran sobresalto de la baronesa, hasta que los primeros albores del día penetraron por los intersticios de las maderas del balcón.

Para todo pecho angustiado la luz del día es un consuelo, porque al disipar las sombras de la noche disipa también las del espíritu.

La baronesa mandó abrir las maderas del balcón, y se puso á contemplar el cielo junto á los cristales.

Durante algunos minutos, Isabel permaneció inmóvil y con la mirada fija en el horizonte.

Micaela observó que su ama estaba extremadamente pálida. Diríase que aquella mujer había envejecido diez años en una noche.

—La señora debería tomar algún alimento; hace muchas horas que no ha comido nada.

—No tengo apetito; me sería imposible comer nada,—contestó la baronesa sin apartar sus hermosos ojos del cielo.

—Sin gana se toma una taza de té con pastas inglesas, ó una copa de Jerez con bizcochos.

—Sí, sí; pero para eso es preciso salir de este gabinete. Yo no quiero salir.

—Soy precavida, y anoche me traje del comedor algunos

fiambres, una botella de Jerez y la máquina para hacer té.

—Pues bien, toma tú lo que quieras; yo no tengo ganas de nada.

Micaela no insistió más.

La baronesa seguía contemplando al cielo, como si de él esperara la salvación.

Aquella mujer, que había jugado con la honra de su marido, á quien creía un hombre insensible, tenía muchas cosas en qué pensar.

Su leal amigo le había revelado el porvenir triste que la esperaba si por desgracia el barón moría en el desafío.

Para una mujer de las condiciones de Isabel de Romelia la pobreza era peor cien veces que la muerte. Cuando se ha brillado en la alta sociedad, cuando se tiene la costumbre de vivir rodeado de admiradores, en medio de un lujo deslumbrador, dejar el palacio por un modesto cuarto es muy doloroso.

La baronesa pensaba todo esto inmóvil como una estatua. Micaela, su doncella, no se atrevía á dirigirle la palabra.

Mientras tanto, el día avanzaba, y por fin un rayo de sol reflejó en los cristales.

Isabel vió una carretela cerrada que venía por la calle y se detuvo en la puerta de su casa.

Ante aquel carruaje redoblaron los latidos de su corazón, porque no le quedaba duda de que eran los padrinos del duelo, que iban á buscar al barón.

No tardó mucho en verle envuelto en su gabán de abrigo y con una caja debajo del brazo.

Desde aquel momento un nuevo orden de ideas comenzaron á cruzar por su imaginación.

Iban á batirse su marido y su amante. La inquietud de la baronesa aumentó en un grado superlativo.

El coche partió, y la baronesa, como si le faltaran las fuerzas, fué á dejarse caer en un sofá y se ocultó el rostro con las manos.

CAPITULO V.

¡Muerto!

Durante algunos minutos permaneció inmóvil como si no existiera.

Micaela, de pié junto á la puerta de la alcoba, guardaba también el más profundo silencio, compadeciéndose de su angustiada señorita.

En aquel momento llamaron á la puerta, y la baronesa, como si aquel golpe hubiera resonado en su corazón, se puso en pié maquinalmente.

—¿Abro, señorita?—preguntó Micaela.

—¿Quién podrá ser?—murmuró Isabel en voz baja.—El barón se marchó ya.

—Pues entonces, sólo puede ser don Amadeo.

—Sí, sí, él será; abre.

Micaela abrió la puerta, y don Amadeo entró en el gabinete.

El viejo poeta estaba extremadamente pálido, y las arru-

gas de su rostro parecían más acentuadas que el día anterior, porque á cierta edad una mala noche imprime de un modo duro sus huellas en el semblante.

Don Amadeo, antes de hablar, fué á sentarse en un sofá.

La baronesa le miraba sin dirigirle la palabra.

Por fin el viejo poeta, cuyos ojos se hallaban enrojecidos, dijo:

—¿Le habrás visto partir?

—Sí, hace un momento,—añadió la baronesa.—Me hallaba de pié junto á los cristales del balcón cuando llegó el coche. No he podido dormir en toda la noche.

—Yo tampoco; la he pasado tendido en un sofá del gabinete de Andrés. Él ha dormido perfectamente cinco horas; yo no he podido cerrar los ojos. Nunca he visto un hombre más sereno ante el peligro.

Y don Amadeo, juntando las manos y elevando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Apiádate de esos dos hombres que van á arriesgar su vida, y no nos abandones á nosotros.

El viejo poeta lloraba, porque, ya lo hemos dicho, amaba á Isabel como á una hija y al barón como á un hermano menor.

—Pero ¿cree usted que los padrinos no podrán evitar ese desafío?—preguntó Isabel aturdida.

—¡Evitarle! ¡Ah! Desgraciadamente eso es imposible, porque sería preciso que uno de los dos combatientes dejara de acudir á la cita ó le pidiera un vergonzoso perdón á su contrario, y eso no sucederá, conociendo el carácter de Robledano y de Morgal. Se batirán, hija mía, se batirán sin

ensañamiento, porque son caballeros y valientes, pero sin retroceder una línea. Lo mejor que puede suceder es que se hieran levemente y los padrinos den por terminado el duelo. Pero las condiciones que han firmado no son las más á propósito para que eso suceda.

Y don Amadeo, golpeándose la frente con los puños, añadió:

—¡Ah! Me temo que va á suceder una espantosa desgracia.

Aquí hubo una ligera pausa. Luego don Amadeo se levantó y se puso á dar paseos por el gabinete, mientras Isabel continuaba enclavada en el mismo sitio y abismada en sus reflexiones.

—Jamás he visto un hombre más terco, más frío, más indiferente ante el peligro,—dijo de pronto Amadeo como si hablara consigo mismo.—Tú no puedes imaginarte lo que le he suplicado por que revocara el testamento que hizo esta mañana. ¡Pobre hija mía, qué porvenir será el tuyo!

—¡Quién piensa ahora en lo porvenir!—exclamó la baronesa.—Lo que debe preocuparnos es lo presente.

—Todo es triste para tí, hija mía, el presente y el porvenir; forzoso es decirlo. Si tu marido muere en el lance, quedas pobre, desheredada; si sale victorioso, tendrás siempre suspendida sobre tu cabeza una sentencia de muerte; y para que nuestra situación sea verdaderamente desesperada, ni aun sabe uno lo que le conviene y lo que debe pedirle á Dios.

—No oculto mi falta á los ojos de usted, que es mi segundo padre,—añadió la baronesa.—Conozco que soy cul-

pable, que merezco la muerte; pero si mi marido sale triunfante del desafío, no seré yo la que le pida una limosna. Él me ha desheredado; yo soy demasiado altiva para pedirle nada.

—Y harás bien, porque nada te concedería, aunque se lo pidieras de rodillas. Es un hombre cuya voluntad es de acero.

—Pero como yo necesito vindicarme á los ojos de la sociedad, me vindicaré, aunque para ello tenga que apelar al escándalo.

—¿Qué es lo que intentas?—preguntó Amadeo, sorprendido ante aquel arranque de altivez de Isabel.

La baronesa, que con la luz del día, la ausencia de su marido y el apoyo de don Amadeo comenzaba á perder el miedo que la había martirizado durante la noche, añadió:

—La mujer es siempre propicia al sacrificio; cuando comete una falta se le arroja la vergüenza al rostro y se la castiga, sin tomarse el trabajo de averiguar si tuvo ó no motivos para cometerla. Yo he sufrido durante cuatro años con resignación la indiferencia de mi esposo, su eterno sueño, su fría y grosera conducta para conmigo... A mis palabras de amor, á mis dulces reconvenciones, me contestaba con un bostezo; y mientras los hombres más elegantes y más distinguidos de Madrid me rodeaban prodigándome frases galantes, mi marido dormía dulcemente haciendo la digestión. Esto, al principio me causó muchos disgustos, porque yo no era una mujer despreciable; luego comencé á mirarlo con indiferencia; después confieso que me reí del sueño pesado de mi marido; pero no dejaba de conocer que su conducta era un peligro para su honra.

Isabel respiró con fuerza; diríase que en aquel relato desahogaba el corazón del gran peso que le oprimía.

—Desgraciadamente,—añadió la baronesa,—mi marido se olvidaba de que yo tenía veintiocho años de edad, y que era hermosa y solicitada por los hombres; pero ninguno de mis adoradores había conmovido mi corazón, y mi alma dormía en el santuario de mi pecho. Cuando una tarde se presentó ante mis ojos un hombre, que llevando á cabo un rasgo heróico, me fascinó, me deslumbró, y aquella noche sentí en mi corazón una voz que decía: «Despierta y ama: sonó tu hora.»

Don Amadeo exhaló un suspiro.

Isabel volvió á decir:

—Si mi esposo no me hubiera humillado con su indiferencia, con su prosaica conducta, si hubiera sabido interesar mi corazón, ¡oh! entonces tal vez no hubiera sucedido lo que ahora lamentamos. ¿Quién tiene la culpa del deshonor que tantas lágrimas me ha costado y puede costarme aún? ¿Soy yo sola la culpable? El egoismo del hombre dirá que sí; la dignidad, la altivez de la mujer contestará que no.

Y la baronesa, colocando las dos manos en el pecho y mirando á don Amadeo, que la escuchaba en silencio y con la mirada fija en el suelo, añadió:

—¡Pues qué! ¿La mujer es un párias, una esclava, una masa de carne colocada debajo de los tacones del hombre para que la pisotee? Se la puede ofender, destrozar las más delicadas fibras de su corazón. ¡Ah! Bien se conoce que el hombre ha hecho las leyes y ha cometido el incalificable egoismo de darse todas las prerrogativas y quitárselas á la mujer.

Y la baronesa, sonriéndose con amargura, repuso:

—Quiero defenderme y me defenderé. Las leyes no me absolverán; pero la opinión pública se pondrá de mi parte.

—No, no, pobre loca, nadie se pondría de tu parte, porque nadie se pone de parte de una esposa que ha manchado el honor de su casa, porque nadie está tan falto de sentido moral para defender lo que rechaza la dignidad y el decoro. ¿Quieres que yo, que no soy sospechoso para tí, te diga de dónde provienen tus males? Pues bien, escucha: en la hermosa primavera de tu vida soñaste un hombre para esposo que fuera bastante rico para rodearte de lujo y esplendor. Tu cabeza dominaba entonces á tu corazón; no era el amor, ese delicioso perfume que embalsama el alma de la mujer el que te aconsejaba, sino la vanidad; todos los pretendientes que aspiraban á tu mano te eran indiferentes menos el más rico, el más poderoso. Te fijabas, no en sus prendas personales, sino en su fortuna. El barón te ofreció su mano y sus millones, y lo aceptaste sin detenerte á meditar si le amabas ó si podrías amarle con el tiempo. En una palabra, Isabel: vendiste tu cuerpo al mejor postor, y luego, al verte rica, poderosa, solicitada, tu corazón se despertó de ese inquieto sueño de la ambición, y necesitando amar, porque no se le ponen frenos con facilidad á la materia, vino en mal hora ese amor, tu desgracia y la de tu esposo.

La baronesa lloraba: aquella voz era la voz de la verdad que levantaba en su corazón dolorosos ecos.

—¡Ah!—volvió á decir don Amadeo.—Si las mujeres meditaran con calma hasta dónde pueden conducirlas sus liviandades, por egoismo serían todas buenas. Todos los días de

placer no recompensan una hora de remordimiento. ¿Sabes tú, desgraciada, la suerte que le espera á una mujer adúltetera? La inquietud, el perpetuo sobresalto, que ni aun en sueños le abandona, pues teme pronunciar el nombre de su amante y que lo oiga su marido. Una mirada, una sonrisa, una palabra dicha sin intención, la sobresalta y la aturde, y hay momentos en que, avergonzándose de sí misma, llora arrepentida lágrimas de sangre, que caen sobre su corazón como candentes gotas de plomo derretido. ¡Ah! La vida de la mujer que mancilla su tálamo no es vida, es un martirio.

—¡Oh! ¡Qué horrible daño me causan esas palabras!—murmuró la baronesa.

—Yo debo decirte la verdad, aunque esta verdad te retuerza el corazón, porque por grande que sea el pecado, puede con el tiempo purificarlo un verdadero arrepentimiento. A estas horas la vida de dos hombres se halla gravemente amenazada. Tal vez en este momento se encuentren frente á frente. Tal vez una bala ha cortado la existencia de alguno de ellos; pues bien, toda esa sangre tú la derramas.

—¡Por piedad! Me hace usted mucho daño,—exclamó la baronesa cayendo de rodillas como si le faltaran las fuerzas para mantenerse en pié.

Don Amadeo la levantó y la condujo hasta un diván, y luego se puso á dar paseos por la habitación.

Durante un cuarto de hora reinó en el gabinete el más profundo silencio, sólo interrumpido por los sollozos de Isabel.

De pronto se oyó el ruído de un coche que entraba en el portal. Isabel se levantó del sofá como impulsada por un resorte. Don Amadeo suspendió sus paseos.

—¿Será el barón?—preguntó Isabel.

—Sí, él debe ser, pues el coche entra en casa.

La baronesa temblaba.

—Voy á ver quién es,—añadió Amadeo saliendo del gabinete.

La baronesa permaneció en pié sin atreverse ni á avanzar ni retroceder; parecía enclavada en la alfombra.

Mientras tanto, Amadeo se dirigió hacia la puerta de la escalera, y al asomarse lanzó un grito.

Los padrinos y dos criados subían el cadáver del barón.

—¿Viene herido?—preguntó el poeta.

—Desgraciadamente le traemos muerto,—contestó uno de los padrinos.

—¡Muerto!—repitió Amadeo.

—Sí, de un balazo en la sien, contestó el padrino.—Ahora, señor don Amadeo, es preciso que esta desgracia pase como un suicidio á los ojos de la justicia, para que nos evitemos disgustos. Lo dejaremos sobre un sofá de su despacho y se avisará al juez de guardia.

Amadeo nada dijo: siguió al fúnebre cortejo, y después de contemplar durante algunos minutos á su antiguo amigo, salió del despacho, se dirigió al gabinete de Isabel, y antes de que ésta le dirigiera la palabra, dijo con triste acento:

—Tu marido ha muerto; ruega á Dios por él, y pídele al mismo tiempo que no te abandone.

La baronesa cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos: la expiación de la esposa adúltera comenzaba.

CAPITULO VI.

Donde se demuestra que hablando se entiende la gente.

Los jueces son hombres de honor antes que jueces, y cuando se encuentran en un caso como el del barón de Morgal, el caballero domina al magistrado, y el Código penal cede un poco ante las leyes del honor.

Pronto corrió por Madrid la noticia de que el noble y opulento barón de Morgal se había suicidado disparándose un tiro en la sien; pero al mismo tiempo algunos aseguraban en voz baja que el barón había muerto en un desafío.

Naturalmente, en estos casos los amigos acuden á la casa de la desgracia á ofrecer sus pésames en una tarjeta, ó inscribiendo su nombre en la lista que se coloca en el portal, y sólo á los íntimos se les permite penetrar en la casa á tributar palabras de consuelo á la afligida viuda.

La baronesa de Morgal tenía muchos amigos, como los tiene, lo mismo en las grandes ciudades que en las aldeas, todo el que es rico y tiene la mesa puesta; pero como la ba-

ronesa se encerró en sus habitaciones prohibiendo que nadie la molestara, nadie pudo verla, ni aun sus más íntimos; pero en cambio recibió la visita de pésame de don Amadeo Nasón.

Una de las primeras que se presentó fué la vizcondesa Irene, demostrando gran empeño en ver á Isabel.

—Yo creo—dijo—que las amigas son para las ocasiones. ¿Qué hace la pobre baronesa sola encerrada en su gabinete? Necesita una amiga que la consuele, que la distraiga en su profundo dolor. Yo me ofrezco á permanecer á su lado todo el tiempo que me necesite, porque así me lo aconseja la amistad casi fraternal que nos une.

Don Amadeo agradeció el ofrecimiento de la vizcondesa, pero con delicadas frases dió á entender á Irene que Isabel deseaba estar sola, que no quería recibir á nadie, que estaba en cama, y que su dolor era tan profundo, que el mayor consuelo para ella era la soledad.

La vizcondesa se retiró algo contrariada y sin satisfacer su curiosidad, motivo principal de su visita de pésame, pues Irene sospechaba, con sobrado fundamento, que aquel desafío de tan dramáticas consecuencias tenía otra causa que la que se había dicho en el monte, y que esta causa era el amor.

Pero dejemos nosotros la natural curiosidad de los amigos de la casa, y ocupémonos solamente de los personajes importantes de nuestra historia.

La baronesa se había encerrado efectivamente en su gabinete, después de llorar largo rato arrodillada junto al cadáver de su marido.

Aquellas lágrimas, aquel profundo dolor de la viuda conmovió á todos cuantos lo presenciaron. Sólo un hombre podía

apreciar aquellas lágrimas y aquellos sollozos: este hombre era don Amadeo.

Por fin pudieron convencer á la baronesa que se separara de aquel cadáver que tanto la afligía, y casi desvanecida la condujeron á su gabinete, en donde se dejó caer en un diván, quedándose sola con Micaela, que, como saben nuestros lectores, era la persona de toda su confianza.

Don Amadeo, que era el amigo íntimo de la casa, en unión del apoderado general don Antonio, fueron los encargados de recibir las visitas de pésame.

Entremos nosotros en el gabinete de la baronesa. La encontraremos tendida en un diván, despeinada, pálida, ojerosa, con las huellas del llanto impresas en las mejillas, envejecida de un modo notable por los sufrimientos morales de aquella angustiosa noche, que había tenido tan sangriento desenlace.

Micaela, en cuyos ojos se notaban también los restos del llanto, se hallaba de pié junto al diván, afanándose en vano por consolar y tranquilizar á su ama.

Pero esto era bastante difícil, atendida la grave y especial situación en que se encontraba la baronesa.

Isabel de Romelia no amaba á su marido, no le había amado nunca, ni aun durante esa poética luna de miel que lo tiñe todo de color de rosa. Para ella era un sér indiferente con el que compartía su lecho; gracias á sus intereses, le daba todo cuanto apetecía, pagaba las crecidas cuentas de la modista, el abono en el teatro Real; es decir, era un banquero espléndido con el que jamás liquidaba, y en cuya casa tenía letra abierta para satisfacer sus caprichos.

Un matrimonio por conveniencia no puede ser nunca un matrimonio feliz: falta el calor que vivifica el cuerpo; falta la poesía del hogar doméstico; falta, en fin, lo que llena con su misteriosa fluidez de encanto la pobre buhardilla: falta el amor.

La naturaleza se mostró también enemiga de la felicidad de Isabel de Romelia: le negó el don precioso de la fecundidad. Si la baronesa de Morgal hubiera tenido hijos, ese don del cielo que embellece el hogar llenándolo de alegría, tal vez hubieran sido felices, porque la mujer casada, cuando tiene hijos, aunque no ame á su esposo, respeta al padre de aquellos seres que le llenan de caricias, perfumando su alma.

Una mujer adúltera con hijos es cien veces más despreciable que la que comete esa falta sin tenerlos.

Los hijos son siempre un doble freno que contiene y une á los padres. Isabel no tuvo hijos: esto fué una desgracia para ella y para su marido.

De estas reflexiones se deduce que la baronesa no amaba á su marido, y por consiguiente su muerte le importaba poco por el hecho material de quedarse viuda. Aquel cadáver que había contemplado con los ojos llenos de lágrimas rompía las odiosas cadenas que la unían al barón de Morgal; pero al romperlas, según lo que le había revelado la noche antes su leal amigo Amadeo, la dejaba en la pobreza.

Además, Isabel ignoraba qué suerte le había tocado á Alejandro en aquel desafío. ¿Había muerto también como el barón? ¿A quién preguntarlo sin arrancarse la máscara y revelar el estado de su espíritu?

¡Ah! Las mujeres no siempre pueden hacer lo que desean

y muchas veces se ven obligadas á sonreir con los labios y á llorar con el corazón.

La baronesa, en medio de aquella tempestad de ideas que cruzaban por su mente, en medio de las espantosas sombras de su cerebro, á través de aquellas lágrimas que cegaban sus preciosos ojos, creyó ver como un relámpago fugaz algo que se asemejaba á una persona, y estas palabras zumbaban en el fondo de su corazón: «Yo no te abandonaré nunca.»

Sí; esto le había dicho Alejandro en un momento angustioso la tarde que en el monte quiso matarla el barón.

«¡Yo no te abandonaré nunca!»—se repetía la baronesa.

Y luego, hablando consigo misma, añadía:

—Alejandro es un hombre de honor, inmensamente rico y generoso... ¿Quién sabe si aún podré ser feliz?

Esta esperanza era verdaderamente repugnante en aquellos momentos, porque ella demostraba que el verdadero arrepentimiento no había aún penetrado en el corazón de la baronesa.

Debemos decir, como un detalle fisiológico del carácter de la mujer que nos ocupa, que allá en el fondo de su alma la baronesa se alegraba de la muerte de su marido, porque el peligro de ser asesinada por el barón, en justa venganza de su culpa, ya no existía.

—Vamos, señorita, con esas lágrimas, con esos sollozos y esa postración no va usted á remediar lo sucedido,—le dijo Micaela.—El mal no tiene remedio; es preciso, pues, serenarse y pensar con calma lo que más convenga.

La baronesa levantó poco á poco la frente, se incorporó en el diván, y mirando á su doncella, dijo:

—Las inquietudes del espíritu, los sobresaltos del corazón no se tranquilizan y disipan siempre que una quiere; para eso se necesita algún tiempo, y mis desgracias están muy recientes.

—Pero cuando las desgracias son irremediables, debe echarse mano de la reflexión.

—¡Ah! ¡Si al menos supiéramos la verdad de lo que ha pasado en ese maldito desafío!—exclamó Isabel, dejándose llevar de un arranque que la vendía.—Yo sólo sé que me han traído al pobre barón muerto... pero nada más.

Micaela comprendió que la baronesa deseaba saber qué suerte le había tocado á su amante en aquel duelo, y como Micaela era una muchacha servicial, siempre que los servicios que prestara fueran reproductivos, se le ocurrió una idea, tan antigua como el Génesis y tan vulgar como el dormir.

Esta idea se reducía sencillamente á averiguar lo que se deseaba saber, y ofreció á su señorita encargarse de poner en planta su idea.

Por don Amadeo sabía la baronesa que el desafío se había efectuado en la casa de campo que en Carabanchel tenía Robledano, y como siempre conviene saber las noticias en buena fuente, Micaela se puso la mantilla y media docena de duros en el bolsillo, y montando en la Plaza Mayor en el tranvía de Leganés, salió de Madrid á las doce de la mañana.

Dice el refrán «que el que tiene lengua á Roma va», y la lengua de Micaela era expedita, de pronunciación fácil y clara; así es que al encontrarse ante la verja de la casa de campo de Carabanchel, entabló el siguiente diálogo con el

jardinero, á quien por vía de introducción le puso un duro en la mano para que tomara un café con copa, ó lo que fuese de su agrado; generosidad que le captó las simpatías del guardián de las flores.

—Mi ama, que es muy amiga de don Alejandro de Robledano,—le dijo,—sabe que esta mañana ha tenido un desafío en este jardín, y la pobre se halla llena de inquietudes, porque ignora lo que ha sucedido. Ya se ve, yo, al verla tan abatida y llorosa, me he dicho: Vamos á Carabanchel, que no ha de faltarme allí un alma caritativa que me diga la verdad y nos saque de esta angustiosa incertidumbre.

Micaela se detuvo para enjugarse las lágrimas, y luego, como el jardinero guardaba silencio, añadió:

—Usted tiene cara de hombre de bien, y confío que me hará la caridad de decirme cómo ha salido de su lance el señor de Robledano.

—Pues el amo, según parece, no ha salido muy bien del desafío,—contestó el jardinero;—pero el otro ha salido peor.

—¿Luego el pobre don Alejandro está herido?

—Sí señora; herido de gravedad, según he oído decir á los médicos y á los amigos del amo.

—Por Dios y la Virgen,—exclamó Micaela, juntando las manos en actitud suplicante,—cuénteme usted todo lo que ha sucedido, y no dude que mi pobre señorita, que es muy generosa, le recompensará á usted este servicio con largueza.

El jardinero, á quien la dádiva de las cinco pesetas y las lágrimas de Micaela inspiraban crecido interés, se resolvió á decir todo lo que sabía, sin duda con la esperanza de captarse una bienhechora.

—Pues mire usted, lo que ha sucedido es lo siguiente: esta mañana, á eso de las ocho y media, llegó un carruaje, y dentro el amo y otros tres señores, y á los pocos momentos otro coche con cuatro caballeros más. Yo al momento me sospeché lo que sucedía, porque no hace mucho tuvimos aquí otro desafío, y según sospecho, á los señores les ha parecido este jardín muy á propósito para arreglar los asuntos particulares.

Y el jardinero, como si saborease el vino que iban á proporcionarle las cinco pesetas de propina, se pasó la palma de la mano por la boca, y continuó:

—Francamente, el señor don Alejandro es más bueno que el pan, y en esta casa todos le tenemos ley, y como comprendí por los preparativos que iban á batirse á pistola, y que era el señor uno de los que se batían, lleno de curiosidad y de inquietud me oculté detrás de una mata de alibuste del Japón, desde donde podía verlo todo sin ser visto, y efectivamente, se colocaron el uno frente al otro con las pistolas en las manos; yo comencé á sentir sudores de muerte, cuando de pronto uno de los señores que presenciaban el caso dió una palmada. Entonces los dos se apuntaron con las pistolas, y yo comencé á temblar, temiendo por la vida de mi amo, que estaba muy serio y muy pálido, pero sin pestañear.

Micaela escuchaba con vivo interés el relato del jardinero, que prosiguió de este modo:

—De pronto dispararon las pistolas casi á un mismo tiempo, y vi caer á los dos de espaldas en el suelo. Entonces no pude contener un grito, y salí corriendo de mi escondite.

Naturalmente, me dirigía hacia donde estaba mi amo; pero antes llegaron sus amigos. Don Alejandro se hallaba tendido boca arriba, con los ojos cerrados y el pecho lleno de sangre; uno que, según supe después, era el médico, le reconoció la herida, diciendo: «Grave, muy grave.» Lo cogieron entre todos y lo llevaron á una cama del piso bajo, en la habitación de la señorita Teresa, en la misma alcoba en donde estuvo hasta que se quedó ciego don Esteban Terreño.

—¡Pero vive, vive aún don Alejandro!

—Sí señora, aún vive: pero permanece sin recobrar el conocimiento y como si estuviera muerto; los médicos le sacaron la bala, y llamaron al médico del pueblo, que no se separa del lado del herido, y según dicen los que lo entienden, tienen pocas esperanzas de salvarle.

Y el jardinero, tomando un poco de aliento, repuso:

—El otro está peor que mi amo, es decir, ni mejor ni peor, porque ya no le duele nada, ha muerto; la bala le entró por la sien derecha y le mató en el acto. El pobre no debió sentir la muerte. Dios le haya perdonado.

—¿Y no será posible ver á don Alejandro?

—Imposible de todo punto; se ha prohibido la entrada en su habitación á todo el mundo, menos á los médicos y los dos practicantes que le asisten.

—¡Qué desgracia!

—Ya lo creo; se mandó aviso á la casa de Madrid y ha venido el padre Anselmo, que es un buen sacerdote, Pancho, el ayuda de cámara del señor, y la señorita Teresa, que es su prima hermana. Dios quiera que mi pobre amo salga con bien del mal paso en que se halla metido.

—¡Ah! No sabe usted cuánto le agradezco todo lo que me ha contado. ¡Pobre don Alejandro! Dios quiera que se cure. Si se muriera creo que mi señorita se moriría también.

Y Micaela, sacando cuatro duros, se los puso en la mano al jardinero, diciéndole:

—Yo espero que seremos buenos amigos. Mi señorita es muy generosa y tiene un vivo interés por la salud de don Alejandro; de modo, que si á usted no le causa ninguna molestia, vendré á saber cómo sigue.

—Venga usted siempre que guste,—contestó el jardinero, que veía un filón de oro al alcance de sus manos.—Yo pondré á usted al corriente de lo que aquí suceda.

—No puede usted pensarse lo que le agradeceremos mi señorita y yo su ofrecimiento.

—¡Bah! Eso no vale nada; aquí lo importante es que mi señorito se ponga bueno.

—Dios quiera que así suceda,—repuso Micaela;—pero con el permiso de usted voy á darle la mala noticia á mi señorita, que estoy segura daría diez años de su vida por devolverle la salud á don Alejandro.

Micaela salió del jardín enjugándose las lágrimas y pensando que si Robledano se restablecía de su herida, no sería difícil que el jardinero dejara entrar á la baronesa de Morgal alguna noche á ver á su amante.

Esto era llevarle una buena noticia á su ama; y tomando asiento en un ómnibus, se encaminó á Madrid.

CAPITULO VII.

Situación difícil.

Cuando Micaela llegó á casa de la baronesa, ésta se hallaba encerrada en su gabinete; pues había dado orden que no recibía á nadie; retraimiento natural en una joven y hermosa viuda, cuyo marido había cometido la locura de suicidarse.

Al ver entrar á su doncella, no pudo contener un grito, y esta pregunta se le escapó del pecho:

—¿Le has visto?

—No señora,—contestó la doncella quitándose la mantilla.—Eso no es fácil por ahora, porque el señorito Alejandro se halla gravemente herido.

—¡Herido!... Pero ¿tienen esperanza de salvarle?

—Los médicos no pierden la esperanza nunca, por

la perdieran sería un martirio su profesión.

—Pues bien, habla, dime lo que ocurre, pues me

la incertidumbre.

Micaela contó todo lo ocurrido, sin olvidarse el menor detalle, y terminó de este modo:

—Así pues, señorita, tenemos de nuestra parte al jardinero, y si don Alejandro, como deseamos, se restablece, no será difícil que nos facilite la manera de entrar en la quinta á ver al herido.

—Verle, asistirle, pasar á su lado todas las horas del día y de la noche,—exclamó la baronesa,—¡oh! eso sería un gran consuelo para mí en medio del profundo pesar que me devora.

—Quién sabe si podremos conseguir lo que la señorita desea; el jardinero me parece un buen hombre.

—Pues bien, Micaela, es preciso que ese jardinero me facilite la entrada, porque yo quiero ver á Alejandro.

—Sin embargo, no será tan pronto como la señorita desea, porque desgraciadamente don Alejandro se halla grave, y se ha prohibido la entrada á todo el mundo, exceptuando á los médicos y las personas que le asisten.

—Me resignaré á esperar, á sufrir; pero todos los días, mañana y tarde, quiero saber noticias de Alejandro.

—Eso ya es otra cosa, porque yo puedo ir y venir, y como soy amiga del jardinero, saber lo que suceda en la quinta de Carabanchel, y tendré al corriente á la señorita.

—Pues bien, ya lo sabes: todas las mañanas irás á Carabanchel.

Esta escena íntima, en la cual la joven y hermosa viuda del barón de Morgal demostraba poco sentimiento por la muerte de su marido, fué interrumpida por la presencia de Tadeo, que dijo secamente:

—Retírate, Micaela.

La doncella salió de la habitación, y el viejo poeta y la baronesa se quedaron solos.

—Hija mía,—dijo don Amadeo con triste entonación despnés de una corta pausa,—esta tarde será conducido el cadáver de tu esposo al cementerio, y mañana á las doce el notario leerá el testamento del barón de Morgal. Según parece, el duque de Virto, el marqués del Anco y yo somos los encargados de que se cumpla la voluntad del difunto. Triste es para mí la comisión de ultratumba que me confía tu esposo, y mucho más triste, porque conozco el espíritu de ese documento inapelable.

Don Amadeo exhaló un suspiro, y como Isabel quedaba silenciosa, volvió á decir:

—Toda la gran fortuna del barón de Morgal debe repartirse entre los asilos de beneficencia, exceptuando algunos legados á la servidumbre de su casa. Tú, hija mía, quedas pobre, tanto ó más que lo eras antes de casarte. Tu marido se venga después de muerto; pero yo tengo el deber de velar por tí, y espero conseguir de mis compañeros que se te conceda llevarte tus ropas, tus alhajas y los muebles de tu habitación. Nadie se explicará esta conducta del barón de Morgal para con su esposa, porque pocos conocen lo que tú y yo deploramos. Cuando se conozca el testamento; cuando la opinión lo comente, es indudable que nacerán algunas sospechas poco honrosas para tí. Así pues, hija mía, una nueva vida va á comenzar para tí, vida de modestia y de arrepentimiento.

—Puesto que mi marido me deshereda, puesto que me

arroja de su casa, mi dignidad rechaza esa ropa, esas alhajas y esos muebles que usted me ofrece tan generosamente,—dijo la baronesa.

—No, Isabel, tú no rechazarás lo que yo pueda conseguir de los albaceas, á quienes se les concede en el testamento amplias facultades para resolver sobre ciertos puntos. Tus alhajas valen más de medio millón de reales, y ésa es una modesta fortuna para asegurar tu porvenir.

—Pero ¿debo yo aceptar esa modesta fortuna de un hombre que tan cruelmente me trata en su testamento?

—El orgullo es mal consejero siempre; pero en ciertas ocasiones es funestísimo. Créeme, Isabel, pues yo no puedo aconsejarte mas que aquello que te convenga.

La baronesa inclinó la frente sobre el pecho, y don Amadeo volvió á decir:

—Vendidas las alhajas, puedes reunir en papel del Estado una renta de veinticuatro mil reales; poco es para lo que estabas acostumbrada; pero con cien duros mensuales, puedes asegurarte una vida modesta, cual corresponde á la mujer que ha de buscar en el arrepentimiento el perdón de sus culpas. Además, viviremos juntos, pues yo no te he de abandonar mientras viva.

—¡Ah! Confiese usted, padre mío,—exclamó Isabel, que no podía ocultar el despecho que sentía;—confiese usted que el barón ha sido demasiado cruel conmigo, y que su conducta producirá el escándalo entre todos aquellos que nos conocen.

—El barón, hija mía, si no hubiese muerto en el desafío, se hubiera vengado de tí de otro modo más grave, más terri-

ble; resígnate, pues, con tu suerte, y comience para tí una nueva vida.

—Sí sí, comenzará una nueva vida,—añadió la baronesa;—la vida de una mujer á quien arrojan de su casa, á quien sentencian á vivir en la pobreza. ¿Qué me importa á mí el recuerdo de mi marido? ¿Por ventura me ha tenido él la menor consideración? ¿No ha tratado de asesinarme? ¿No me deshereda? Las mujeres como yo no piden limosna; buscaré un abogado que defienda mis derechos; habrá escándalo.

Amadeo miró con tristeza á su ahijada, y le dijo:

—Nada conseguirás. El testamento que ha dejado tu esposo se cumplirá al pié de la letra, sin que puedan destruir ninguna de sus cláusulas todos los letrados del mundo. Los encargados de que se cumplan las disposiciones del difunto no faltarán á su deber por nada de este mundo. No es la amenaza la que debes emplear con ellos, sino la súplica; tenlo presente, Isabel, y sigue mis consejos, puesto que sabes que te quiero como un padre: mañana se leerá el testamento. El duque de Virto, el marqués de Anco y yo somos los encargados de hacerle cumplir; no con amenazas, sino con ruegos podrás conseguir algo ventajoso para tí. Al terminar la lectura del testamento te verás precisada á abandonar esta casa, pero la mía te espera, y á ella te conduciré, porque yo no te abandono.

Y don Amadeo, bajando la voz como si temiera que le oyeran las palabras que iba á decir, añadió:

—En ese testamento que lamentamos, en ese testamento dictado por tu esposo á viva voz en presencia de los testigos y albaceas encargados de que se cumpla, hay una cláusula

final que demuestra la cantidad de odio que para tí guardaba el corazón de Andrés de Morgal; óyela, hija mía, y piensa en tu situación; dice así: «Es mi inquebrantable voluntad que tan pronto como se lea este testamento, á las veinticuatro horas después de mi muerte, se entreguen cinco mil pesetas á la que fué mi esposa, y se llama Isabel de Romelia, y se la ponga en el acto á las puertas de mi casa, diciéndole: Vete, y vive según te aconseje tu conciencia, procurando olvidar que llevaste por algún tiempo el ilustre apellido de los barones de Morgal.»

—¡Oh! ¡Qué vergüenza!—exclamó la baronesa cubriéndose el rostro con las manos.

—Sí, mucha vergüenza, hija mía. Yo deploro ese acto de crueldad tanto como tú.

—Pero esa cláusula sólo puede dictarla un loco, y así la juzgarán todos, puesto que todos ignoran la causa que la motiva.

—Error grave, hija mía. El duque de Virto, el marqués de Anco y yo conocemos la verdadera causa que dictó el testamento. Porque el barón de Morgal nos reveló tu culpa y su deshonra, exigiéndonos juramento de no revelarlo á nadie.

Un torrente de lágrimas, hijas del despecho, de la desesperación, inundaron los ojos de Isabel, y ahogada por los sollozos, quiso hablar y no pudo.

En aquel momento llamaron á la puerta, y un criado anunció que el duque de Virto y el marqués de Anco esperaban en el despacho con el notario.

—Vamos, hija mía,—dijo don Amadeo tan pronto como se retiró el criado.—Sigue mis consejos, reune tus alhajas,

que bien pueden ser un recurso para tí. Yo procuraré convencer á mis compañeros testamentarios que no lleven la cosa al riguroso extremo que marca el difunto Morgal en su última voluntad. Aunque te violentes mucho, mañana, con el traje negro de la viuda, debes presenciar la lectura del testamento, y mostrarte resignada; yo estaré siempre á tu lado para defenderte.

Y Amadeo salió del gabinete, dejando á Isabel anegada en lágrimas.

. . . .

. . . .

El dolor y la desesperación, como el placer y la alegría, tienen sus períodos marcados, según el temperamento de la criatura que los experimente, y cuando llegan al período álgido se detienen y comienzan á descender, buscando el estado normal, como buscan los ríos desbordados su antiguo cauce, para continuar después de las tormentas su curso tranquilo que les conduce al mar, que es su muerte.

Isabel de Romelia lloró, se destrozó el traje, rompió algún objeto de arte, llegó su rabia hasta blasfemar y maldecir su suerte; pero á poco fueron agotándose las fuerzas físicas, cedió la calentura, y miró con alguna seriedad su porvenir.

Desde el momento que la sangre de la baronesa comenzó á circular por la vena orta con alguna regularidad, comprendió que su padre adoptivo le había aconsejado bien, y que la resignación era mejor camino que lo era el despecho.

Desde este instante las lágrimas fueron aminorando, y la situación en que se encontraba se presentó más franca, más clara ante sus ojos.

Conocida la rectitud del duque de Virto, especie de caballero feudal, tieso y grave como una momia, y el quijotismo aristocrático del marqués de Anco, poco ó nada podía esperar de aquellos dos albaceas encargados por el difunto barón de que se cumpliera su última voluntad.

Pedirles ni con la amenaza ni con la súplica á tan graves señores un poco de clemencia para la viuda era inútil, y persuadida de esta inutilidad, se resolvió á revestirse de esa dignidad que siempre sabe conquistarse las simpatías.

Resuelta, pues, á presentarse como víctima, y segura de que carecían de pruebas para acusarla de adulterio, reunió en un saco de mano de tafilete las joyas de más precio que poseía y las mandó á casa de don Amadeo con un criado que era persona de su confianza.

Después de esto esperó más tranquila la lectura del testamento, que debía tener lugar á las nueve de la mañana del día siguiente, es decir, á las veinticuatro horas de muerto el barón de Morgal, y cuando los amigos y albaceas regresaran de conducir el cadáver al cementerio.

Acontece en la vida real que en medio de esas horas de angustiosa y tétrica soledad que proporciona el infortunio cruza por nuestra conturbada mente un rayo de luz que por breves momentos alegra nuestro espíritu, como si Dios se compadeciera de la pobre criatura.

Isabel, durante aquella larga y sombría noche, disfrutó de esos relámpagos de esperanza, que parecían anunciarle que su suerte no era tan desesperada.

Pero esta esperanza tenía un fondo de inmoralidad, pues se basaba en el amor del hombre que la había hecho desgra-

ciada, por quien se había olvidado de sus más sagrados deberes.

Entonces exclamaba allá en el fondo de su alma:

—No, no es posible que cuando Alejandro se restablezca y sepa todo lo que me sucede me abandone. Él es libre, él es bueno, es generoso, y estoy segura que no me abandonará nunca. ¡Ah! ¡Quién sabe si nacerán para mí días felices! ¿Y por qué no? ¿Seré en ese caso la única mujer que muerto su marido se ha casado con su amante? Él es rico... Si el vivir en Madrid le molesta, huiremos á lejanas tierras; todas me parecen buenas viviendo á su lado. Sí, sí, no creo que es un absurdo abrigar tan risueña, tan hermosa esperanza.

Así pasó la noche y así nació el día, acariciando la baronesa una esperanza que era bastante difícil de realizar.

CAPITULO VIII.

Un buen amigo.

Más de doscientos coches siguieron á la carroza mortuoria del desgraciado barón de Morgal.

Su muerte se comentó en Madrid de distintos modos, pues nadie se explicaba que un hombre de las condiciones pacíficas de Morgal pusiera fin á su existencia, cuando al parecer todo sonreía en derredor suyo.

El duque de Virto, el marqués de Anco y don Amadeo Nasón, que representaban la casa del difunto, despidieron el duelo en la puerta del cementerio de San Justo.

Terminado este acto piadoso, regresaron á casa del barón de Morgal, en donde ya les esperaba el notario, dispuesto á la lectura del testamento.

Se pasó aviso á la baronesa, y se presentó en el salón vestida de riguroso luto.

Isabel estaba extremadamente pálida, y en sus hermosos ojos se veían recientes huellas de llanto.

Jamás la baronesa se había presentado tan hermosa, tan interesante.

Saludó á los amigos de su difunto esposo con una ligera inclinación de cabeza, y ocupó sin hablar la silla que le indicó el notario.

Los albaceas no pudieron menos de sentir algún interés hacia aquella pobre viuda, á quien tan cruelmente castigaba su difunto esposo.

Isabel, que se había propuesto representar lo mejor posible una humildad que no sentía, inclinó la frente sobre el pecho y exhaló un profundo suspiro.

—Puede el señor notario comenzar cuando guste la lectura del testamento,—dijo el duque de Virto.

El guardador de la fe pública saludó á los que le rodeaban, se puso en pié y comenzó á leer el testamento con pausada entonación y voz clara.

Después del exordio peculiar á esta clase de documentos, cuyos variantes son pocos en todos ellos y de ningún interés para los congregados; después de dejar el alma á Dios y el cuerpo á la tierra, entró el notario en la lectura de las cláusulas, que se reducían sencillamente á dejar una fortuna de veinte millones de reales distribuídos entre los asilos de caridad y hospitales de Madrid, y algunos legados á la servidumbre de la casa.

El testador concedió amplias facultades á sus albaceas, encargándoles que obrasen según su conciencia y rectitud acreditada.

El testamento concluía con esta cláusula :

Doce. «Nombro por mis albaceas testamentarios, contado-

res y partidores á los señores duque de Virto, Marqués de Anco y don Amadeo Nasón, vecinos de esta corte, dándoles amplio poder y facultad para que juntos ó cada uno de por sí, y á las veinticuatro horas de mi fallecimiento, se apoderen de todos mis bienes y hagan la distribución de ellos en la forma que dejo ordenada; practicando todos los demás actos necesarios hasta la completa terminación de la testamentaría, procediendo en todo extrajudicialmente del modo y en la forma que mejor les pareciere para llevar á efecto en todos sus puntos mi última voluntad, sin que en nada absolutamente intervenga la autoridad judicial, cuyo cargo les durará todo el tiempo que necesitaren, pues al efecto les prorrogo el término legal por el que hubieren menester.»

Trece. «Revoco y anulo todos los testamentos y demás disposiciones testamentarias que antes de ahora hubiere otorgado por escrito, de palabra ó en otra forma, para que ninguno valga ni haga fe en juicio ni fuera de él, excepto este testamento, que quiero se guarde y cumpla como mi última y deliberada voluntad.

Catorce. Es mi inquebrantable voluntad que tan pronto como se lea este testamento, á las veinticuatro horas después de mi muerte, se entreguen cinco mil pesetas á la que fué mi esposa, y se llama Isabel de Romelia, y se le ponga en el acto á las puertas de mi casa, diciéndole el notario: «Vete y vive según te aconseje tu conciencia, y procura olvidar que llevaste por algunos años el ilustre apellido de los barones de Morgal.»

El notario leyó con voz conmovida la última y terrible cláusula del testamento.

Los albaceas, afectados, bajaron los ojos al suelo.

La baronesa, que hasta entonces había quedado en profundo silencio, levantó poco á poco la frente, paseó una mirada altanera en derredor suyo, y enjugándose los ojos, se puso en pié.

—No merece, señores, un hombre tan infame—exclamó con vibrante acento—que su viuda derrame lágrimas por su memoria. El barón de Morgal ha cometido una gran injusticia al dictar ese testamento. Pueden ustedes guardarse las cinco mil pesetas que me arroja al rostro como una limosna; yo no las acepto, yo no las quiero. Sobre la tumba del barón de Morgal sólo puede inscribir su viuda estas palabras de desprecio: Me deshereda, me arroja de su casa, pues bien, yo salgo de ella con la frente erguida. La opinión, que sabrá en breve la verdad, sentenciará al culpable. Adiós, señores.

Y la baronesa, altiva y radiante de hermosura, salió del salón, en donde durante una hora había sufrido horribles martirios.

Reinó un momento de profundo silencio.

Por fin el duque de Virto dijo:

—Señores, creo que la baronesa de Morgal, culpable ó inocente, se ha portado en esta ocasión con gran dignidad rechazando la limosna que le ofrecía su esposo desde su tumba.

Todos inclinaron la cabeza en señal de aprobación.

—Nada me toca decir á mí,—añadió Amadeo,—porque como saben todos cuantos me conocen, amo á Isabel de Romelia como á una hija; pero creo que el barón de Morgal ha tratado á su mujer con harta crueldad.

—Señores,—repuso el marqués del Anco,—según nos manifestó el mismo barón poco antes de dictar su testamento, tenía hartos motivos para desheredar á su esposa.

—Las sospechas, amigo marqués, no bastan para tratar tan duramente á una esposa,—repuso Amadeo.

—El baron de Morgal no era uno de esos hombres aturdidos que juzgan precipitadamente sin meditar antes. La calificación de adúltera que dió á su mujer es tan sumamente grave, que no hay marido que se estime en algo que se atreva á lanzarla sin prueba plena.

—Pues bien, yo digo que mi amigo, que mi hermano del corazón, Andrés de Morgal, no tenía prueba plena del adulterio de su mujer.

—Señores,—añadió el duque de Virto,—nosotros no nos hemos reunido aquí á discutir el testamento, sino á cumplirlo, y aunque nos duela la triste situación en que queda la infeliz viuda, cumpliremos nuestro juramento.

—Dice usted bien, duque,—contestó el marqués;—nuestro deber se reduce á cumplir el testamento en todas sus partes.

—Sí, pero es preciso tener presente que el difunto barón nos concede amplias facultades, y que esas facultades pueden emplearse en aminorar la suerte de la pobre viuda,—objetó Amadeo.

—No es ése el espíritu del barón de Morgal al testar, pues se ve claramente que nada, absolutamente nada, si se exceptúa la limosna de cinco mil pesetas, quiere dejarle á su viuda.

—¡Ni la ropa! ¡Ni los muebles de sus habitaciones! ¡Ah,

señores! Los caballeros, las personas bien nacidas no reclaman jamás lo que regalan á las mujeres. Si Isabel de Romelia en vez de ser la legítima esposa del barón de Morgal hubiera sido solo su querida, ¿qué diríamos si al cansarse de ella le hubiera reclamado sus trajes, sus joyas, sus muebles, sus carruajes?... No, no es posible eso; todo lo de su uso particular pertenece á la viuda, yo opino que se le entregue. Si es culpable, bastante castigada queda; si es inocente, tanto mejor para ella y tanto peor para la memoria del difunto barón de Morgal.

Amadeo había pronunciado las anteriores palabras con tal vehemencia, que sus dos compañeros testamentarios se sintieron algo inclinados en favor de la viuda.

—El barón de Morgal, á quien conocí desde niño, era todo un caballero, y estoy seguro que al dictar las disposiciones de su testamento sintió algo interiormente en contraposición á las palabras que brotaban de su boca. Creo, señores, que debemos obrar con gran prudencia y no cometer una injusticia.

Don Amadeo había emprendido un camino ventajoso para Isabel; pero el notario, hombre frío y recto, que no había tomado parte en la discusión, comprendiendo que el espíritu del testamento podría falsearse, dijo:

—Señores, lo escrito, escrito está, y por lo tanto, es preciso que se cumpla el testamento al pié de la letra.

—Se cumplirá, señor escribano,—contestó con grave entonación el duque de Virto;—pero se trata de un caballero, de un noble, de un grande de España y de una mujer desvalida, y por consiguiente, soy de opinión que el difunto

demuestre la nobleza de su raza, permitiéndonos que le cedamos á su viuda sus ropas, sus muebles, y todo cuanto se llamaba suyo en vida de su difunto esposo.

—Tengo que advertir á ustedes, señores, que esa concesión desvirtúa en gran parte el testamento del barón,—objetó el notario.

—Estoy seguro que el barón no pensó jamás en poner á su viuda en cueros á la puerta de su palacio,—repuso el duque;—se le concederá, pues, que saque las ropas, las alhajas y los muebles de su gabinete, su tocador y cuarto de dormir.

Y dirigiéndose á los albaceas, continuó:

—¿Lo aprueban ustedes?

—Sí, lo aprobamos,—contestaron don Amadeo y el marqués de Anco.

En cuanto al notario, se encogió de hombros, pues como aquellos señores, según una cláusula del testamento, estaban autorizados para todo, él cumplía con su deber recordándoles el espíritu del testador; y hecho esto, se lavó las manos como Pilato.

El apoderado general, que había presenciado la lectura del testamento, presentó su libro y demostró á los albaceas el estado de la casa.

La fortuna del difunto barón de Morgal, en fincas, acciones del Banco de España, papeles del Estado y valores en caja, ascendía aproximadamente á la suma de veinte millones, sin contar el mobiliario, los carruajes y los troncos de caballos.

La tarea era algo enojosa para los albaceas, y convinie-

ron en que todos los días dedicarían tres horas para ocuparse del cumplimiento de su deber.

Después se separaron.

Don Amadeo entró en el cuarto de la baronesa, que sentada en un diván esperaba á su amigo y protector.

—Vamos, hija mía, no hemos perdido del todo la batalla,—le dijo;—por fin he conseguido que se te conceda tu ropa, tus alhajas y los muebles de tus habitaciones; por consiguiente, no quedas tan pobre, y me apresuro á darte esta buena noticia.

Isabel no demostró ni alegría ni pesar.

—Siento tener que agradecer nada á esos señores encargados de cumplir la última voluntad de mi difunto esposo.

—¡Bah! Lo importante aquí, querida Isabel, es asegurar tu porvenir, y eso corre de mi cuenta.

—¿Y cuándo he de salir de esta casa?—preguntó Isabel, en cuyos ojos habían desaparecido las lágrimas.

—Hoy mismo.

—¡Ah! ¿De modo que ni siquiera se me concede el tiempo necesario para buscar una habitación donde hospedarme?

—Tienes la mía.

—Perdone usted, querido poeta, pero quiero vivir sola.

—¡Cómo! ¿Rechazas mi ofrecimiento?

—Sí, aunque lo agradezco con toda el alma.

—Piénsalo bien, hija mía, porque todas las miradas de los que te conocen desde mañana se fijarán en tí al saber que vives sola.

—¿Y qué me importa á mí el qué dirán de los mal-

dicientes? La conducta de mi marido es una acusación terrible, de la que no podrá librarme nadie. Quiero, pues, vivir en mi casa y hacer mi santa voluntad.

—¿Estás resuelta á dar el escándalo?

—Estoy resuelta á todo, porque dentro de mi sér siento rugir la desesperación.

—¡Desgraciada!—exclamó don Amadeo.—Ni aun la sangre de tu esposo basta para detenerte en la fatal pendiente donde te hallas.

La baronesa nada contestó.

Don Amadeo, comprendiendo que nada conseguiría, dijo:

—Está bien; pero mientras encuentras casa y puedes instalarte en ella decentemente, acepta la mía. Este primer paso detendrá un poco á los murmuradores, viéndote vivir bajo el techo de un pobre viejo que te llama su hija.

Aquel mismo día los muebles y la ropa de la baronesa de Morgal fueron trasladados á casa del viejo poeta Amadeo Nasón, y en ella hallaron hospitalidad Isabel de Romelia y la doncella Micaela.

LIBRO XIII.

LOS DOS RIVALES.

CAPITULO PRIMERO.

Noticias de sensación.

Faustino el ex-tenor tenía la costumbre de pasar todas las mañanas por casa de Alejandro á enterarse de su salud.

El agradecimiento le obligaba á tener semejante deferencia con un joven que tanto le protegía y con tanta amabilidad le trataba.

Alejandro había sido un verdadero bienhechor de Faustino, y como Faustino no ignoraba que Alejandro amaba á Gabriela y Gabriela amaba á Alejandro, les demostraba su gratitud siendo el mensajero de aquellos jóvenes enamorados, que según él habían nacido el uno para el otro.

Como el ex-tenor era un hombre bien educado y de amena conversación, se captaba pronto las simpatías de todos aquellos que le trataban, y naturalmente le fué simpático á Pancho el mulato desde el primer momento que le conoció.

Desde que Alejandro abandonó á Madrid para formar parte de los expedicionarios del monte alcarreño, Faustino fué to-

das las mañanas á preguntar por su bienhechor, del que nada podían decirle, pues nada sabían en su casa.

Una mañana, precisamente la misma en que debían batirse Alejandro y el barón de Morgal, Faustino se presentó en casa de Robledano, y como siempre, le recibió Pancho el mulato.

—¿Cuándo vienen los cazadores?—preguntó Faustino.

—Don Alejandro llegó ayer,—contestó Pancho con una entonación tan triste que el ex-tenor se quedó mirándole.

—¡Ayer!

—Sí, poco después de haber venido usted á preguntar por él.

—¿Y no podré verle?

—Eso es bastante difícil,—añadió el mulato.

—¿No está en casa?

—Ha salido hace una hora.

—¡Calla! ¿Ha emprendido otra expedición?—preguntó Faustino, que creía notar cierta inquietud y malestar en el ayuda de cámara.—¡Ah! Verdaderamente mi querido bienhechor don Alejandro de Robledano se va pareciendo al judío errante, que según afirma la tradición, no pára de andar nunca.

Y Faustino se sonrió como si hubiera dicho alguna gracia de primer orden.

Ya hemos dicho que al ex-tenor se le consideraba en la casa como á persona de confianza; por eso sin duda Pancho, exhalando un suspiro, contestó:

—Dios quiera que la expedición que ha emprendido hoy mi querido amo no le sea funesta.

El asunto iba tomando alguna gravedad, y Faustino, dejando de sonreirse, añadió:

—¿Pues qué pasa?

—Pasa, según he podido comprender, una cosa grave, pues sospecho que don Alejandro tiene hoy un desafío.

—¡Otro!—exclamó Faustino retrocediendo un paso.

—Sí, otro,—añadió Pancho.

—¿De modo que la expedición de caza dió por resultado un desafío?

—Así parece.

—¿Y con quién se bate?—preguntó con vivo interés Faustino.

—Creo que con el barón de Morgal.

—¡El barón de Morgal! Pues yo tenía entendido que el barón era una persona pacífica, inofensiva; pero bien es verdad que debajo de una mala capa se encuentra á veces un buen bebedor. Sin embargo, tratándose de un hombre de las condiciones de don Alejandro de Robledano, no creo temible al barón de Morgal. De seguro que le pegará una cuchillada, y asunto concluído. Estoy tranquilo.

—No se baten á sable; se baten á pistola.

—Eso ya es más grave; porque una bala disparada por una mano inexperta puede también dar en la carne.

—Según he podido inquirir, el barón de Morgal es hombre habilísimo en el manejo de la pistola, y tuvo en otro tiempo varios desafíos.

—¿De modo que no es un enemigo poco temible?—preguntó Faustino, cuyo interés iba en aumento.

—Nada de eso. Y en verdad que estoy inquieto, porque

el desafío debe haberse efectuado á las nueve de la mañana en la quinta de Carabanchel, y son las once y no vuelve mi amo.

—¡Diantre! ¡Diantre!—añadió Faustino.—Dios quiera que á estas horas no haya sucedido una desgracia á don Alejandro.

—Sí, Dios lo quiera; pero tarda mucho.

—Las once y cuarto,—añadió Faustino mirando el reloj.—Efectivamente tarda mucho.

En aquel momento un criado entró á decirle á Pancho que un hombre que venía de Carabanchel traía una carta para el padre Anselmo.

—Que entre ese hombre en seguida,—contestó Pancho sobresaltado.

El portador de la carta era un muchachote de diez y ocho años que hacía las veces de sota-jardinero en la quinta de Carabanchel. Era, además, el encargado de ir y venir á Madrid por todo lo que ocurría, y para estos viajes tenía una jaca gallega que corría como el viento.

—¿Quién te ha dado esta carta?—preguntó Pancho mirando el sobre.—No es letra de don Alejandro.

—No señor,—contestó el mensajero;—esa carta me la dió el señorito inglés Pik.

—¿Y don Alejandro?—repitió Pancho con angustioso acento.

—Don Alejandro, desgraciadamente, no está para escribir.

—¡Cómo!... ¿Está herido?... ¿Muerto tal vez?...

—No señor, muerto creo que no; el que está muerto es el

otro; pero el señorito don Alejandro he oído decir que se halla gravemente herido,—añadió el mensajero.

—Dispénseme usted, amigo Faustino,—añadió con aturdimiento Pancho,—voy á llevar esta carta al padre Anselmo, que es á quien viene dirigida.

Y Pancho salió precipitadamente, dejándose al ex-tenor frío y absorto y con el corazón lleno de esa viva inquietud que produce la incertidumbre.

Sigamos nosotros á Pancho el mulato, que entró en la modesta celda del padre Anselmo.

El anciano sacerdote, que no olvidaba nunca su evangélica misión en la tierra de los hombres, se hallaba ocupado en escribir un itinerario de sus viajes por América y Africa; porque el constante afán de aquel venerable sacerdote se reducía á terminar su cansada existencia catequizando sus fieles.

Sólo las súplicas y el cariño paternal que profesaba á Alejandro le retenían bien á pesar suyo en Madrid, en donde hacía una vida ejemplar, visitando hospitales y socorriendo á los desgraciados, para lo cual se hallaba autorizado por Robledano y tenía siempre fondos á su disposición.

La entrada de Pancho en el modesto dormitorio del venerable sacerdote fué tan precipitada, que el padre Anselmo levantó la cabeza y preguntó con su peculiar tranquilidad:

—¿Qué ocurre, Pancho?

—Señor, me temo que nos sucede una gran desgracia,—contestó el mulato.

—¡Una desgracia!—repitió el sacerdote dejando la pluma sobre la mesa y mirando á Pancho.—¿A quién?

—A mi amo.

—¡Cómo! ¿A Alejandro?—exclamó el padre Anselmo levantándose.—Vamos, serénate, hijo mío; habla y dime lo que pasa.

—Esta carta que le escribe á usted desde Carabanchel sir Arturo Pik sin duda le dirá á usted algo de lo que yo sospecho.

Pancho entregó la carta al sacerdote, y éste, rompiendo el sobre, se puso á leer para sí.

Pancho, mientras tanto, tenía la mirada fija en el anciano, cuyo venerable rostro iba palideciendo á manera que avanzaba en la lectura.

—¡Ah! Efectivamente,—repuso el sacerdote,—sucede una gran desgracia. Sir Pik me dice que el pobre Alejandro se ha batido esta mañana y está gravemente herido... Parece imposible que un hombre tan bueno arriesgue con tanta frecuencia su vida... Es preciso arrancarle de Madrid... llevarle lejos de esta sociedad que sólo sabe lavar con sangre sus ofensas... ¡Pobre Alejandro! Dios quiera que podamos salvarle.

Y el padre Anselmo, enjugándose las lágrimas que asomaban á sus ojos, añadió formulando una triste sonrisa:

—¡Vanidad! ¡pequeñeces! ¡miserias humanas! Alejandro se halla moribundo, ha recibido una herida de suma gravedad en el pecho; pero su contrario ha muerto. Esto es un gran consuelo, según el espíritu de esta carta funesta, mensajera de malas nuevas.

Y el padre Anselmo, sonriéndose de un modo triste y doloroso, repuso:

—Matar á un hombre... ¡qué pequeño es el hombre! Llevar siempre una espina clavada en el corazón... Vamos, vamos, Pancho, manda que enganchen un carruaje. El dolor, la inquietud, el cariño, nos llaman á Carabanchel junto al lecho de nuestro pobre Alejandro.

Y luego, cubriéndose el rostro con las manos, prorrumpió en un amargo lloro, mientras Pancho, aturdido, comenzó á cumplir las órdenes que acababan de darle.

CAPITULO II.

Comentarios sobre dos enamorados.

El maestro Ferrán se hallaba en su despacho contestando á algunas cartas que de varios puntos de Europa y América le habían escrito pidiéndole proposiciones para ajustar á Gabriela de los Angeles, cuando oyó unos golpecitos en la puerta.

Aquel modo de llamar indicaba al maestro que era alguno de su familia; así es que sin levantar la cabeza, dijo:

—Adelante.

Se abrió la puerta y apareció en el despacho Faustino.

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Cómo vienes tan tarde?—le dijo Ferrán.—Hace más de una hora que hemos almorzado. Gabriela se ha extrañado de tu tardanza, pues le habías dicho ayer que hoy almorzabas con nosotros.

—Efectivamente,—contestó el tenor dejándose caer en una butaca como si estuviera cansado,—esta mañana al levantarme pensaba almorzar con vosotros; pero sabido es que el hombre propone y Dios dispone.

—¿Pues qué ocurre?—preguntó Ferrán dejando la pluma.

Faustino se levantó de la butaca, fué á sentarse en la silla más próxima al sitio que ocupaba el maestro, y dijo bajando la voz:

—Ocurre una cosa grave.

Y mirando en derredor suyo, como si temiera ser oído, añadió:

—Alejandro de Robledano está gravemente herido.

—¡Cómo!—exclamó Ferrán haciendo un movimiento de sorpresa.

—Sí; se ha batido esta mañana y tiene un balazo en el pecho. Los médicos desconfían de salvarle.

—Pero ¿con quién se ha batido?

—Con el barón de Morgal.

—¿Luego Alejandro era el amante de la baronesa?...

—Según se dice, el duelo ha sido por una disputa sobre la aristocracia y el pueblo.

—¿Y el barón ha salido vencedor?

—No; el barón ha muerto en el lance: ha recibido un balazo en la sien.

—De seguro que esa disputa ha sido un pretexto.

—Así suponen todos cuantos saben ese desgraciado lance.

Ferrán se levantó del sillón y se puso á dar paseos por el despacho como el hombre preocupado.

Faustino guardaba silencio.

De pronto el maestro se detuvo, y fijando una mirada en el ex-tenor, dijo:

—Este acontecimiento probablemente entorpecerá mi

plan de viaje. Ya sabes que Gabriela concluyó anoche su compromiso con el teatro Real, y habíamos resuelto dar un paseo por Italia. Quiero que descanse un año; le conviene mucho para su salud. Pasaremos el verano en Suiza y el iuvierno en uno de los pueblecillos de los alrededores de Nápoles. Cuando tú entraste estaba contestando á varios empresarios que desean contratar á Gabriela.

Y Ferrán, exhalando un suspiro, continuó:

—¡Pobre Gabriela! Ama á ese hombre con toda su alma... es un amor que me preocupa, que me entristece, porque de día en día la veo desmejorarse. ¡Ah! Si ella sabe que Alejandro está herido, temo que la fatal noticia le cause un funesto efecto.

—Pues bien, no se lo digamos.

—Es difícil que lo ignore.

—Amigo Carlos, puesto que nos hallamos solos, hablemos con franqueza. ¿No te parece extraño y anómalo todo lo que ha sucedido con los amores de esos dos muchachos? Alejandro ve á Gabriela en Londres y se queda prendado de ella. La sigue por toda Europa amándola platónicamente y arrojándola ramos de camelias blancas: llega á Madrid, la casualidad les aproxima, se hablan, se transmiten con los ojos las dulces impresiones de sus almas, y queda convenido, con gran aplauso de todos, que serán el uno del otro. En medio de esta suprema felicidad, que convierte la tierra en un paraíso, cuando más espléndido brillaba el sol sobre las cabezas delos dos enamorados, se forma una nube en el cielo azul de su codiciada dicha, y todo se derrumba, cae y desaparece. Esto no es lógico, esto no tiene explicación, querido maestro,

y por consiguiente es preciso buscar la causa que lo motiva; porque, ó yo no entiendo una palabra en eso que se llama conocimiento del corazón humano, ó Alejandro jamás ha dejado de amar á Gabriela.

—Sin embargo, las apariencias demuestran lo contrario,—añadió Ferrán.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de las apariencias?

—Confieso que muchas veces nos engañan y nos hacen cometer grandes errores; pero otras son el verdadero espejo de la verdad. Yo no puedo creer que un hombre de las condiciones de Alejandro de Robledano se porte como un cadete; y por eso que le conozco insisto en creer que hay algo que ni tú, ni Gabriela ni yo adivinamos.

Ferrán se sonrió de un modo bondadoso, y añadió:

—Lo que hay aquí, amigo Faustino, es que la baronesa de Morgal tiene encantos irresistibles, y que Alejandro ha caído en las redes del amor que esa mujer le ha tendido.

—No, no, y mil veces no. Es otra cosa que el tiempo se encargará de revelarnos.

—Entonces, ¿cómo me explicas ese desafío del pobre barón y de Alejandro?

—El desafío, según se dice, ha sido por una causa muy distinta.

—La causa distinta habrá sido el pretexto; la causa verdadera son los celos del barón, la liviandad de su mujer. Estoy seguro que no hay en Madrid una persona que conozca á la baronesa de Morgal que no le achaque á ella la muerte de su marido y la gravedad de la herida de Alejandro. Tú mismo, que defiendes lo contrario, no lo crees.

Y como Faustino guardara silencio, el maestro Ferrán volvió á decir:

—Dios quiera que ese amor, que poco á poco va minando la salud de Gabriela no le cueste la vida, porque entonces me vería precisado á pedirle cuenta de su conducta á Alejandro de Robledano.

—Pus yo he oído á Robledano,—repuso Faustino golpeándose la rodilla con el puño como el hombre que insiste en su empeño,—he presenciado ciertos arranques de esos que brotan del corazón, que no se fingen, y es indudable que para sufrir un cambio tan notable existe una causa poderosa.

Ferrán se sonrió desdeñosamente, y dijo:

—Sí, muy poderosa; ¿sabes cómo se llama esa causa? pues se llama la baronesa de Morgal. En fin, Dios quiera que pueda convencer á Gabriela á que olvide á ese hombre. Dentro de algunos días emprenderemos un viaje á Italia; pasaremos el verano en Suiza, y si en este tiempo se repone la salud de mi pobre hija, si consigo que le olvide, ¡quién sabe! tal vez vuelva al teatro y yo termine mi ópera.

El ex-tenor iba á insistir en la defensa de Alejandro, pero Ferrán le interrumpió añadiendo:

—Amigo Faustino, hablemos de otra cosa.

CAPITULO III.

Los dos abuelos.

Aquella misma noche, terminada la comida, y mientras el maestro Carlos Ferrán, Gabriela y Faustino tomaban café, don Agustín Segura, el pobre abuelito, que pasaba la triste existencia encerrado en su dormitorio, casi imposibilitado de las piernas, se presentó en el comedor, apoyado en el brazo de un criado.

Todos se levantaron al verle y corrieron á su encuentro, llegando antes que nadie su nieta Gabriela, que rodeándole el cuello con los brazos y besándole en la frente, le dijo con cariño:

—¿Cómo se entiende, señor abuelito? ¿Así se falta á lo que manda el médico?

—¡Qué quieres! No te he visto en todo el día, y he temido no verte esta noche, y entonces me hubiera sido imposible dormir.

—¿Y por qué no me ha llamado usted?—le preguntó Ga-

briela, ayudándole á sentarse en una butaca junto á la chimenea.

En los apagados y tristes ojos del abuelito brilló una de esas miradas indefinibles, mirada que era un poema de ternura, y haciendo un movimiento con la cabeza, dijo:

—Los abuelos, querida Gabriela, pensamos de distinto modo que los nietos. No se me hubiera ocurrido nunca que para verte fuera necesario llamarte; pero ésas son cosas de la edad. Además, tengo esta noche otra razón para permitirme venir á este comedor. Un antiguo compañero de la orquesta del teatro de la Cruz, un mártir de la ritmopea como yo, me ha escrito una carta, pidiéndome, en nombre de nuestra antigua amistad, un favor; y como el favor urge y no soy yo, sino tú la que tiene que hacérselo, vengo á pedirte, en nombre de mi pobre camarada, quince minutos de audiencia.

Don Agustín se enjugó los ojos, porque había llegado á esa edad en que la ternura se desarrolla en un grado tan superlativo en el corazón, que se llora por la cosa más pequeña, si bien podemos decir que no le faltaba motivo para verter algunas lágrimas al pobre abuelito.

Don Agustín sacó una carta del bolsillo de la bata, y dándosela á Gabriela, le dijo, enviándole al mismo tiempo una sonrisa:

—Lee, lee en voz alta, hija mía, que esta carta te enterará de por qué vengo á molestarte contra mi costumbre.

La entonación del abuelito era tan triste, que en derredor de él reinaba un profundo silencio.

Gabriela leyó lo que sigue en voz alta:

«Señor don Agustín Segura.

»Mi querido amigo y antiguo camarada: ¡Qué tiempos aquellos en que se representaba en el teatro de la Cruz el melodrama *Los Cosacos,* y se repetía todas las noches el tercer cuadro con gran aplauso del público! ¡Qué tiempos aquellos en que tú, querido Agustín, eras primer concertino de la orquesta, y yo segundo violín!

»Desde entonces hasta hoy día de la fecha han rodado muchos años por encima de nuestras cabezas, y la vejez ha venido á sorprendernos, á tí siendo abuelo de una *prima donna* de las que figuran en primera línea en el mundo musical, y á mí siendo abuelo de un pobre muchacho que con grandes fatigas sigue la carrera de médico, rapando barbas, cortando pelo y aplicando sanguijuelas y emplastos en los hospitales.

»Después de esto, que bien podremos llamar una introducción para reanudar nuestra antigua y buena amistad, vamos al grano, querido Agustín, porque de sobra sé que fuiste, eres y serás hasta que Dios te llame, un hombre de bien á carta cabal.

»Pues sí, querido amigo, yo en la actualidad formo parte de una pobre murga que vive muriendo por esas calles de Dios y celebrando alegrías que nunca quiere el destino que experimente; y para mañana, como tengo bastantes años, abrigo la esperanza que el refugio de los pobres del Pardo me abra las puertas concediéndome una plaza en la sala de los seniles, que son gente feliz, y, según me han dicho, no tienen otra ocupación durante las veinticuatro horas del día que comer, dar un paseo, contarse sus aventuras de antaño,

y traer una piedrecita en el bolsillo cuando regresan de sus paseos.

»Y todo esto te lo digo para demostrarte que yo, aunque muy pobre, no necesito nada; pero tengo un nieto á quien quiero con toda el alma. Este nieto ha caído soldado: para librarle necesito ocho mil reales, y, como comprendes, dos mil pesetas son muchas pesetas para un músico de la murga.

»Necesitando, pues, cuatrocientos duros, y careciendo de ellos, se me ocurrió la idea vulgar de hacer un beneficio en el teatro de la Comedia. Vi á don Emilio Mario, ese actor notable y honrado que se halla siempre dispuesto á enjugar las lágrimas de la desgracia, y acogió mi súplica con su bondad acostumbrada; pero me dijo: «Amigo mío, si el beneficio que usted desea, y que yo estoy dispuesto á concederle, no lo amparamos con algo de fuera que llame la atención, los justos deseos de usted corren peligro de no realizarse, porque ocho mil reales libres no se sacan tan fácilmente de un beneficio en el teatro de la Comedia. Si usted pudiera en su calidad de músico, interesar en su favor á Gabriela de los Angeles para que cantara algo hoy que ha concluído su contrato con el teatro Real, ¡oh! entonces doblaríamos el precio de las localidades y tendría usted un beneficio verdad.»

»Este consejo, querido Agustín, derramó una luz esplendorosa en medio de las tinieblas en que vivo. Corrí al teatro Real, y me dijeron que tu encantadora nieta se disponía á emprender un viaje por Italia y que era preciso que no perdiera el tiempo.

»Entonces volví á mi casa, cojo papel y pluma, y te escribo la presente, que se va haciendo muy larga; pero así

como no es posible escribir en una hoja de papel pautado la sinfonía de Guillermo Tell, tampoco se puede decir en ocho líneas lo que te he dicho y aún me falta que decirte.

»Reasumiendo: si tu nieta ampara mi beneficio, mi nieto se libra de ser soldado. Yo sé que tú eres más bueno que el pan, sé que tu nieta es un ángel. Si tú logras convencerla á que retrase un día su viaje y me permite que ponga su nombre en el cartel, me he salvado.

»Excuso decirte, querido Agustín, con cuánta ansia é inquietud está esperando tu contestación tu antiguo camarada y compañero mártir,—*Agapito Mochales.*

»Nota. Tienes tu casa, calle de la Primavera, piso bajo, corredor de la derecha, número 14.»

Cuando Gabriela concluyó la lectura de la carta, una sonrisa asomó á sus labios y dos lágrimas á sus ojos. Miró á su abuelo, y le preguntó:

—¿Qué piensa usted contestarle á este amigo de los tiempos del teatro de la Cruz?

—Pues si yo cantara le contestaría que sí en el acto, porque hacer un favor cantando debe producir un doble placer: el de cantar y el de salvar á un prójimo; pero no soy yo, sino tú la que ha de resolver esta cuestión.

—¿Tan poca confianza tiene usted en su nieta que no se resuelve á disponer de su garganta durante una hora?

—Pues bien, ya que me diriges esa pregunta,—añadió el viejecillo, cuyos ojos comenzaban á humedecerse,—permíteme que te dirija otra. ¿Tan poca confianza tiene la nieta en su abuelo que no le ha dicho ni una palabra de su proyectado viaje por Italia?

—¿Está usted enfadado conmigo?—repuso Gabriela acercándose á su abuelo y apoyando una de sus manos en su hombro.—Pues bien, para disculparme sólo diré que las malas noticias deben retardarse, y para usted era una mala noticia mi proyectado viaje.

Y Gabriela dió un beso á su abuelo.

—Sí, hija mía, muy mala, porque siempre que te separas de mi lado... soy tan viejo, que temo no verte más.

—Pues bien, por ahora hablemos del beneficio de ese otro abuelo que quiere librar á su nieto del servicio del rey, y le autorizo á usted para que le escriba diciéndole que cantaré lo que quieran la noche que disponga Mario; pero cuanto más pronto mejor.

—Te doy las gracias en nombre de mi amigo, pues mi carta ya sé yo que llenará de felicidad su corazón. Y ahora, querida Gabriela, por mi parte, te suplico que alargues todo lo que puedas tu viaje, pues cuando no te veo, cuando no vives bajo el mismo techo que yo, parece que me falta algo, y siento una pobreza de vida, que me hace pensar en la muerte.

—Pues bien, ¿por qué no se resuelve usted á acompañarnos en el caso de que emprendamos un viaje?—añadió Gabriela.

—No, no. Si os resolvéis á viajar, yo me quedaré en Madrid, por mucho que lo sienta, pues mi edad no es la más á propósito para viajar. Y ahora, hijos míos, permitidme que me retire y perdonadme por la molestia que os he causado.

Don Agustín besó en la frente á su nieta, y apoyándose en el brazo de un criado, salió penosamente del comedor.

—¡Pobre abuelito!—dijo Gabriela.—Se halla en un estado de sensibilidad tal, que todo le afecta. Para él, estoy segura que es una desgracia que yo sea una *prima donna* solicitada por las empresas.

—El bueno de don Agustín—repuso Faustino—tiene el egoismo de los viejos; pero desgraciadamente para él, en nuestro arte es preciso cerrar los oídos á esa sensibilidad.

—Con mucho gusto le llevaría yo siempre con nosotros,—añadió Ferrán;—pero eso sería precipitarle la muerte, atendido el delicado estado de su salud.

Aquí llegaba la conversación, cuando un criado entró algunos periódicos de la noche y los puso sobre la mesa.

—Veamos qué dice la prensa de mi despedida,—dijo Gabriela, cogiendo maquinalmente uno de los periódicos.

Ferrán y Faustino se miraron, porque desde el día antes habían pensado que Gabriela no leyera ningún periódico, temerosos de que encontrara alguna noticia referente á Alejandro de Robledano.

CAPITULO IV.

Se suspende el viaje.

Durante algunos minutos reinó un profundo silencio en el comedor.

Gabriela leía á la luz de la lámpara en voz baja. Ferrán y Faustino habían cogido también cada uno un periódico.

De pronto Gabriela dió un grito y se puso densamente pálida.

—¿Qué es eso?—preguntó Ferrán sobresaltado.

—¡Ah! No me habían dicho ustedes nada,—repuso Gabriela, mirando á su vez á Ferrán y á Faustino.—Alejandro está herido... y herido gravemente.

Y dejando el periódico, se abrazó al cuello de Ferrán, exclamando:

—¡Padre mío! Quiero saber la verdad, porque supongo que usted la sabe y que este periódico no la dice.

—Pero ¿qué dice ese periódico?—preguntó el maestro con acento afectado.

—Dice que Alejandro está herido. ¿Ha sido una desgracia casual ó un duelo?

—Un duelo, hija mía,—contestó Ferrán.

—¿Y usted no ha ido á enterarse de su estado?

—La conducta de Alejandro para con nosotros me ha cerrado las puertas de su casa,—contestó el maestro.—¿A qué recordarte lo que tantas lágrimas y disgustos te ha causado?

Como si aquellas palabras le recordaran la inexplicable conducta de Alejandro, Gabriela inclinó la frente sobre el pecho y guardó silencio.

Aquí hubo una pausa, durante la cual Ferrán contempló á su discípula con cariñosa ternura.

—Vamos, hija mía,—le dijo.—Entre Alejandro y nosotros se ha abierto esa sima sin fondo que se llama indiferencia. Siento su desgracia, pero la dignidad me impide correr junto á su lecho á ofrecerle los consuelos y auxilios del amigo; tal vez alguno creería interesada mi conducta. Así pues, te aconsejo, querida Gabriela, que no te preocupe tanto esa desgracia que lamentamos en secreto. Y ahora más que nunca creo que debemos activar nuestro proyectado viaje.

—¿Olvida usted el beneficio que acabo de ofrecerle á ese desgraciado amigo de mi abuelo?

—No, porque no me olvido nunca de las obras de caridad que ofreces; y por lo mismo, mañana temprano mandaré á ese pobre músico dos mil pesetas de mi bolsillo particular, que es lo que necesita para librar á su nieto del servicio de las armas, y por la tarde saldremos en el expreso de Francia.

—¡Imposible! Necesito más tiempo para preparar las cosas; eso sería muy precipitado.

—Querida Gabriela,—añadió Ferrán, esforzándose por sonreirse;—para ciertas personas, el viaje más corto presenta grandes dificultades; para nosotros, trasladarnos desde Madrid á San Petersburgo es la cosa más fácil y más sencilla del mundo, porque la costumbre forma una segunda naturaleza. Recuerda hace dos años de la correría que hicimos por Europa. Concluíamos hoy nuestro compromiso con Londres, y al día siguiente nos hallábamos camino de París. Jamás has disfrutado de mejor salud que durante aquella expedicion artística.

—Es que entonces—añadió Gabriela—mi salud era más completa que ahora.

—¡Pues qué! ¿Te sientes mala?

—Por lo menos me siento débil, y deseo viajar con menos precipitación.

—Eso es distinto. Ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya. No se hable más del viaje, puesto que así lo deseas.

—Gracias, querido maestro,—añadió dirigiendo á Ferrán una mirada cariñosa.—Y ahora, puesto que todo el mundo trata de complacerme en esta casa, voy á pedirle otro favor al amigo Faustino.

—¿Puede conceder favores un desheredado de la escena como yo á una *prima donna* como Gabriela de los Angeles?—exclamó el ex-tenor.

—¿Y quién lo duda?

—Pues escucho con impaciencia.

—Según tengo entendido, usted, amigo Faustino, sigue siendo buen amigo de Alejandro de Robledano.

—Sí, le veo todos los días, y alguna vez almuerzo con él, pues tengo la honra de que ese joven me reciba con mucho cariño.

El maestro Ferrán comenzaba á sentirse inquieto, ignorando adónde iría á parar su discípula.

—De modo que usted, por la buena amistad que le une con Alejandro, está obligado á enterarse diariamente de su salud.

—Ya lo creo. Eso es un deber para mí, al que no faltaré mientras corra peligro la vida de Alejandro.

—Pues bien, yo le suplico á mi amigo Faustino que todos los días me dé cuenta del estado del herido..

—Eso, hija mía, es una cosa tan sencilla que no la conceptúo un favor.

—Para mí lo es, y lo agradeceré como tal, porque soy franca y me gusta siempre decir lo que siente mi corazón: á pesar de lo sucedido y de la inexplicable conducta para conmigo de Robledano, me intereso por su suerte y deseo verle pronto restablecido. Será esto una debilidad, pero yo les suplico á ustedes que me permitan tenerla mientras corra peligro la vida de Alejandro. Siento algo en el fondo de mi alma que me dice: confía y espera.

Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de Gabriela; inclinó la frente sobre el pecho y guardó silencio.

Entonces Ferrán miró con dolorosa compasión á su ahijada y guardó silencio también.

—Querido Faustino,—dijo el maestro después de una corta pausa,—ya has oído á Gabriela, y como mi único deseo consiste en complacerla, se suspende el viaje por

ahora, y te encargo que diariamente vayas á Carabanchel á enterarte del estado de Robledano, para que nos des cuenta de su salud.

—He ahí una comisión que desempeñaré de muy buena gana, aunque tenga que ir á pié y volver andando,—exclamó el ex-tenor con regocijado acento.

Gabriela se levantó, se acercó á Ferrán, y rodeándole el cuello con los brazos, le dió un beso en la frente, diciendo con dulce y sentido acento:

—Gracias, padre mío, por haber accedido á mis súplicas; es usted el hombre más bueno del mundo.

Y Gabriela besó la frente de aquel hombre á quien llamaba padre y á quien quería con toda el alma.

. . . .

. . . .

Un acto de justicia me pone en el caso de hacer una declaración dolorosa, pero necesaria, para darle á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Mía, exclusivamente mía es la culpa de las interrupciones que ha sufrido la presente publicación. Como hombre honrado, no cumpliría con mi deber si no dedicara las presentes líneas para colocar la verdad en su lugar.

La casa editorial de mi antiguo y querido amigo don Miguel Guijarro tiene bien probado en los treinta años que cuenta de vida editorial que sabe cumplir los compromisos que contrae con los suscriptores; pero por mucha que sea la perseverancia y la honradez del señor Guijarro, ¿qué puede hacer cuando dolorosas desgracias de familia conturban el espíritu del autor, imposibilitándole para un trabajo que exi-

ge una serenidad, un reposo de inteligencia que el dolor trastorna?

El señor Guijarro ha podido decir á sus corresponsales para descartarse de los cargos que le dirigen: «Escrich ha perdido el último nieto que le quedaba; este nieto, de ocho años de edad, era la alegría de su alma, era la luz que iluminaba su vejez. Tan rudo golpe ha destrozado su corazón, dejando en su cerebro un ruído sordo como el que precede á los temblores de tierra. Tan grande ha sido la desgracia, que no puede resignarse á creerla; y yo soy demasiado amigo del autor de LAS REDES DEL AMOR para mortificarle pidiéndole que corrija los paquetes de pruebas que le envío, y que se quedan sobre la mesa semanas enteras.»

Esto ha podido decir el editor Miguel Guijarro á sus corresponsales, y no lo ha dicho: ha preferido cargar con culpas ajenas antes que mortificar á su desgraciado amigo ni distraerle de su profundo dolor.

Yo doy, pues, las gracias á don Miguel Guijarro por su cariñosa condescendencia para conmigo, y pido perdón á mis suscriptores, si bien á pesar mío he faltado durante la publicación de LAS REDES DEL AMOR al cumplimiento de lo que ofrecí en el prospecto.

La obra está terminada, el editor puede encargar á otro escritor la corrección de pruebas, evitándose con esto grandes perjuicios; pero no lo ha hecho. Justo es, pues, que yo lo consigne en estas páginas, porque á los hombres justos no les duelen prendas cuando se trata de dejar la verdad en su sitio.

Entre todas las obras que he escrito, LAS REDES DEL AMOR

siempre recordará para mí una fecha dolorosa. Dicen que el tiempo es el bálsamo que cicatriza las heridas del corazón, pero yo no olvidaré nunca á mi adorado, á mi querido nieto Manolo.

Y ahora, lector, permite á este pobre abuelo que escriba algunas líneas dedicadas á la memoria del último de sus nietos que abandonó la tierra para subirse al cielo.

Cuando el hombre se halla en el último tercio de su vida, cuando la vejez y los achaques que la acompañan entristecen el espíritu y traen á la fatigada memoria recuerdos de otros tiempos que pasaron para no volver jamás, el pobre anciano necesita amar y ser amado.

Un abuelo rodeado de sus nietos, recibiendo sus caricias, contestando á la eterna y aturdidora curiosidad de la infancia, puede considerarse un sér feliz, porque cuando la ancianidad nos hace pensar en la muerte, sentimos una voz en el fondo del alma que nos dice: vive cercado de ángeles, que ellos se encargarán de abrirte las puertas del Paraíso.

El padre representa en el hogar doméstico la autoridad severa que no transige; el abuelo es la tolerancia, la debilidad por amor que todos critican y todos acatan, porque la corona de canas que ciñe su cabeza inspira respeto y veneración á la familia.

Los niños tienen una completa confianza en sus abuelos, les comunican todos sus secretos, y cuentan con su apoyo para realizar sus caprichos.

¿Qué abuelo le dice que *no* á su nieto? Ese monosílabo no existe en su diccionario. El *sí* es una perpetuidad de su boca, y hasta el absurdo le parece lógico, á despecho de

toda la familia, cuando aparece en los labios de los hijos de sus hijos.

Un abuelo que no quiera á sus nietos es una aberración de la naturaleza, pertenece á esas monstruosidades híbridas que viven poco y no tienen clasificación en la Zoología.

Yo he tenido seis nietos. Con sus caricias, con sus besos, con sus incesantes exigencias, embellecían mi vida, llenando de luz mi alma. Poco á poco vi morir á cinco de ellos, sintiendo un profundo vacío en mi corazón. Me quedé con el último... Manolo. Ocho años de edad... ¡hermosa edad!... era el Benjamín de la familia, mi amigo íntimo; no tenía secretos para mí, y estábamos tan íntimamente unidos, que nunca entre los dos existió el menor desacuerdo. Él mandaba; yo obedecía, y esta obediencia era tan grata para mí, que nunca, ni remotamente, se me ocurrió rebelarme.

Todos los días mi adorado Manolito tenía un secreto que comunicarme al oído, encargándome que no lo dijera á nadie. Esta orden era para mí sagrada, pues se trataba de la compra de un nuevo juguete que debíamos entrar en casa como género de contrabando, sin que lo viera nadie; pero el mismo juguete revelaba á la familia el secreto, y entonces comenzaban las reconvenciones de los que no eran abuelos.

—Abuelito, no hagas caso,—me decía en voz baja;—yo te quiero mucho más que á todos.

Estas palabras, llenas de ternura, predisponían mi espíritu para pecar de nuevo, sin temer esa encantadora guerra civil del hogar doméstico cuando la base de la familia es el amor.

Todas las mañanas Manolito entraba en mi alcoba á dar-

me los buenos días.. Subía á mi cama, y nuestra conversación era de las más interesantes, al menos para nosotros; ¿y cómo no, cuando se trataba de la compra de un nuevo juguete ó de asistir á algún teatro? La verdad es que ni á Manolo ni á mí nos hacía gracia que viniera algún importuno á interrumpirnos en nuestro ameno diálogo.

Una tarde paseábamos los dos por los alrededores del Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes, cuando de pronto en un trigo cercano cantó una codorniz.

—Abuelito, vamos á coger esa codorniz. Toca el reclamo á ver si viene.

—Cogerla sin red es imposible,—le contesté.

—¿Y con escopeta?—me preguntó.

—Con escopeta tal vez podríamos matarla.

—Si vieras lo que me gustaría tener una escopeta que *matara* pájaros.

—Tú eres demasiado pequeño para tener una escopeta que mate pájaros. Cuando cumplas doce años te compraré una si vivo.

—¿Y me llevarás contigo de caza?

—Sí, hijo mío, porque la caza con moderación es higiénica, robustece el cuerpo, alegra el espíritu y evita muchas enfermedades.

Desde aquel día, Manolito, en nuestras conversaciones privadas, cuando sus padres y sus tíos no le oían, me hablaba siempre de la escopeta; era su pensamiento fijo, su último deseo.

¡Ah! Él ignoraba que yo había encargado una escopeta, y que me gozaba de antemano pensando en la sorpresa

que iba á causarle, porque en el hogar doméstico existen muchas nimiedades encantadoras que desconocen los que tienen la desgracia de vivir en el mundo sin familia, sin afecciones.

Una mañana mi pobre Manolito se sintió enfermo y se quedó en cama. Al día siguiente recibí la escopeta y entré en la alcoba con ella, creyéndome que la alegría iba á devolverle la salud.

El pobre niño miró con tristes ojos á aquel precioso juguete, que había sido su deseo constante durante un mes. Se incorporó en la cama, la cogió con sus manecitas, *piñoneó* la llave, bajó y subió la palanca muchas veces para ver el bruñido interior del cañón. Luego la desarmó toda, y por último, mirándome con ternura, dijo:

—¡Qué bonita es, abuelito!

Y volviéndose á su madre, añadió:

—Yo no la estrenaré.

Aquella terrible profecía heló toda la sangre de mis venas. El ángel tenía el presentimiento de su próxima muerte, y cuatro días después su alma abandonó la materia para subirse al cielo, dejando eterno luto en el corazón de sus padres y de su abuelo.

Yo no puedo convencerme de que mi nieto Manolo ha muerto; me parece que he de verle entrar corriendo en mi despacho, y gritando con aquella voz que llenaba de dulces melodías mi corazón:

—Abuelito de mi alma, ¿qué hacemos hoy?

Yo estaba orgulloso con mis nietos... y Dios sin duda, para castigar mi orgullo, se llevó los seis al cielo.

¿Qué voy á hacer yo en este valle de penalidades; yo, pobre viejo, achacoso y solo? Mi alma vivirá de hoy en adelante entre tinieblas, porque las hermosas mariposillas que revoloteaban en mi corazón, embelleciendo mi existencia, han plegado sus alas y han muerto.

Afortunadamente, la *viacrucis* que me queda que atravesar será corta, y tengo la esperanza que al final me reuniré con mis dos hijos y con mis seis nietos: ocho almas puras, inmaculadas, que de seguro me esperan en las puertas del Paraíso para rodearme en la infinita eternidad que hay más allá de la vida.

En las paredes de mi despacho tengo los retratos de todos aquellos que hicieron vibrar las fibras más sensibles de mi corazón con sus besos y con sus caricias. Es mi cementerio; es la triste historia del pasado, que arranca lágrimas de sangre á mi alma. Yo hablo con ellos, pero ellos me miran y callan con esa impasibilidad desconsoladora de los retratos.

¿Qué soy yo?... Un muerto que habla, que sufre, que piensa y que espera el fin de la vida; uno de esos muchos cadáveres que van por el mundo compadeciéndose de la vanidad, del orgullo y la soberbia de sus semejantes.

Una gota de agua, un soplo de aire, una partícula de alimento encierran la muerte. Miremos con dolorosa pena la soberbia humana, y apartando los ojos de la tierra fijémoslos en el cielo.

Entre los retratos de mis nietos y de mis hijos he colocado la escopeta de Manolín con esta profecía, escrita con gruesos caracteres:

«Mamina, yo no estrenaré la escopeta que me ha regalado mi abuelito.»

¡Carmen! ¡Manuel! Vosotros no olvidaréis nunca á vuestro hijo, porque á su adorada memoria le habéis levantado un santuario en vuestros corazones... y lo que se escribe en el corazón no se borra jamás. Yo os compadezco y me compadezco á mí mismo...

Acabemos. Adiós, mi adorado Manolín; hasta muy pronto.

Ruego á mis lectores perdonen esta triste lamentación de mi alma.

CAPITULO V.

La llave maestra.

¿Quién no ha conocido en el mundo á alguna joven tímida, ruborosa, de esas que no se atreven á levantar los ojos del suelo y que al dirigirle la palabra asoma el carmín del rubor á sus virginales mejillas? ¿Quién no recuerda á alguna de esas sensitivas humanas convertida con el tiempo, los desengaños y las perfidias de los hombres en seres degradados, en cínicas criaturas que van por el mundo pisoteando la moral y haciendo alarde de sus vicios?

Para sufrir un alma cambio tan completo, para que una frente ruborosa y una mirada tímida se conviertan en una frente y unos ojos que pidan guerra, es preciso que la mujer sufra grandes vicisitudes en su vida, y que el hombre, con su crueldad acostumbrada, arranque una por una las fibras más sensibles de su corazón.

La baronesa de Morgal, al verse viuda, sola y con una modesta fortuna, locamente enamorada de Alejandro, desoyó

los prudentes consejos de su leal amigo Amadeo Nasón, y se dispuso á hacer lo que en el lenguaje vulgar se llama *la santa voluntad.*

¿Qué le importaba á ella el *qué dirán?* Su marido, al desheredarla, había escrito en su frente esta palabra: *Adúltera*, y en vez de arrepentirse de sus culpas, se había resuelto á ser perseverante en ellas.

—Sí; es preciso que Alejandro me ame como yo le amo á él. Mi esposo, al arrojarme de su casa, me evita el guardar la menor consideración á su memoria. Soy libre, dueña absoluta de mi voluntad. ¿Qué me importa el mundo... qué me importa esa sociedad que me cerraría las puertas si yo llamara á ellas? Nada me detendrá; estoy resuelta á todo. Si Gabriela de los Ángeles me disputa á Alejandro, lucharemos y venceré; sí, venceré, porque para conseguirlo tengo mejores condiciones y más bien templadas armas que ella.

Desde aquel momento, Isabel de Romelia se resolvió á alquilar una casa en Carabanchel cerca de la quinta en donde Alejandro se hallaba herido.

Quería estar cerca de aquel hombre á quien amaba con delirio, y por el que estaba resuelta á arrostrarlo todo.

Micaela fué encargada de buscar la nueva habitación.

Un hotelito recién construído se vendía ó alquilaba amueblado. La baronesa lo alquiló, trasladándose al día siguiente con su doncella y una cocinera.

Cuando Amadeo supo la firme resolución de la que él llamaba su hija, quiso oponerse; pero la baronesa, después de oir sus justas y sentidas reconvenciones y sus prudentes consejos, le contestó:

—Será inútil todo cuanto usted me diga é intente para disuadirme; mi resolución es firme. Me importa poco que la sociedad á que he pertenecido toda mi vida me cierre las puertas y juzgue desfavorablemente mis acciones. Amo á Alejandro, y por él lo he sacrificado todo, por él estoy dispuesta á morir, si es necesario. Libres somos los dos; si é me ama, si llego á conquistar su corazón, ¿qué me importa lo demás?

Don Amadeo escuchó con gran asombro el atrevido razonamiento de la baronesa, y como conocía el corazón de la mujer, comprendió que por entonces poco ó nada conseguiría para conducir al buen camino á aquella pecadora.

—¡Pobre Isabel!—le dijo;—comprendo que estás loca y que caminas á tu perdición. ¡Dios quiera iluminarte! y no olvides que, á pesar de todo lo ocurrido, las puertas de mi casa se hallarán abiertas para tí, lo mismo que mis brazos.

Al día siguiente de esta escena la baronesa se instaló en el pequeño hotel, inmediato á la quinta de Robledano.

Desde sus balcones podía ver todo el que entraba y salía en la casa de Alejandro.

Isabel pasaba el día detrás de los cristales de su balcón, y, á dejarse llevar de la ansiedad de su corazón, hubiera interrogado á todo el mundo, preguntándole por la salud de Alejandro.

Cinco ó seis veces al día mandaba á Micaela para que le preguntara al jardinero, que, gracias á las dádivas, era un hombre completamente adicto á la baronesa.

Isabel de Romelia tenía una viva ansiedad por sentarse á la cabecera del herido y cuidarle con el esmero propio de una

mujer enamorada; pero el herido se hallaba dominado aún por la calentura, y estaba en absoluto prohibida la entrada en su alcoba, exceptuando á los médicos, los enfermeros y tres ó cuatro personas íntimas de la casa.

Esta prohibición irritaba á la baronesa, cuya impaciencia iba creciendo de un modo superlativo.

Al tercer día la baronesa llamó á su doncella, y le dijo:

—Micaela, no puedo pasar más tiempo sin ver á Alejandro. Es preciso que esta noche entre en su alcoba.

—Señorita, eso es imposible por ahora.

—No hay nada imposible cuando puede pagarse el favor que se solicita. ¿Quién se queda á velarle por la noche?

—Según me ha dicho el jardinero, como la enfermedad será larga, han establecido un turno y una guardia. Se quedan un practicante del hospital, un amigo del herido, y algunas noches su prima la señorita Teresa.

—¿Qué amigos son ésos?

—El inglés Pik, el ex-tenor Faustino y Salvador Verdemar. Son los tres amigos más consecuentes.

—Pues es preciso ganar á uno de esos tres amigos; por ejemplo, á Verdemar ó Faustino. En cuanto al practicante, se le regala un buen reloj de oro, y no creo que tenga inconveniente en que yo vea al herido. ¿Qué perjuicios puede causarle mi presencia?... Ninguno. Yo quiero que cuando Alejandro recobre el conocimiento, cuando abra los ojos, me vea sentada en la cabecera de su cama.

—En fin, señorita, haré todo lo que pueda por que se realicen los deseos de usted,—añadió Micaela;—pero temo que si nos precipitamos lo echemos á perder.

La baronesa hizo un gesto de impaciencia, y añadió:

—Procura conseguir lo que deseo, cueste lo que cueste; pero te prevengo que me disgusta que se pongan inconvenientes cuando yo mando algo. Quiero ver á Alejandro esta noche: arréglatelo como puedas; para no llamar la atención, iré vestida de hombre. Vete, pues; habla con el jardinero y el practicante de guardia.

Micaela conocía á su ama y explotaba su carácter caprichoso; así es que no opuso la menor resistencia, y contestó:

—En fin, señorita, por mí no ha de quedar. Voy á ver al jardinero, y allá veremos lo que se combina para que se consiga el deseo de usted.

La baronesa entregó algunas monedas de oro á su doncella, pues no ignoraba que el oro es la llave maestra que abre todas las puertas y conquista todas las voluntades.

Micaela se encaminó sin pérdida de tiempo á la quinta de Robledano. No llevaba grandes esperanzas de conseguir lo que su ama quería; pero como intentarlo era su deber, entró en el jardín, refugiándose en la casita del jardinero, de quien se había hecho muy amiga.

El señor Macario el jardinero, que se hallaba haciendo un cigarro de papel, levantó la cabeza, y dijo:

—¡Ah! ¿Es usted, Micaelita? Muy buenas tardes.

—Sí; yo soy, que vengo, como siempre á molestar á usted,—añadió la doncella, sentándose en una silla.

Y luego, cambiando de entonación, añadió:

—¿Cómo sigue el enfermo?

—Parece ser que los médicos van concibiendo alguna esperanza, aunque continúan la fiebre y los delirios.

—¿De manera que aún seguirán prohibiendo la entrada en la habitación del enfermo?

—¡Ya lo creo!

—¡Mala noticia para mi señorita!—añadió Micaela exhalando un suspiro;—la pobre está verdaderamente desconsolada, y anoche me decía: «Cuando no permiten que le vea nadie, debe estar muy malo.» Y como se le ha metido esa idea en la cabeza, no hace otra cosa que llorar.

El jardinero chupó su cigarro, y dijo:

—El pobre don Alejandro está efectivamente muy malito, según he oído decir á los practicantes; pero se confía mucho en la juventud y robustez del enfermo. De modo que la señorita de usted hace mal en desesperarse.

—¡Ah! Si mi señorita pudiera ver á don Alejandro todas las noches, aunque no fuera más que un cuarto de hora... Si usted pudiera facilitarle la entrada...

—Yo soy el último mono de la casa.

—¡Bah! Usted será amigo de los practicantes.

—Los conozco, y suelen, cuando no están de guardia, venir á fumar un cigarro conmigo.

—Entonces, ¿qué inconveniente hay en que usted les hable para que permitan la entrada de noche á mi señorita?

—¡Toma! Porque no están solos los practicantes. Hay siempre en la alcoba del enfermo gente de la casa, la señorita Teresa, el padre Anselmo, el señor Pancho, y naturalmente les llamaría la atención ver junto á la cama del enfermo á una señora desconocida. ¡Por mí!... Ya ve usted... ¿A qué está uno en el mundo... sino para hacer todos los favores que uno pueda?

—Amigo Macario,—añadió Micaela mirando al jardinero con picaresca intención,—los pobres como nosotros hacemos muy mal si no nos aprovechamos de las ocasiones que nos depara la fortuna. El que mi ama vea á don Alejandro no ha de ser un perjuicio para el enfermo, y en cambio puede ser un beneficio para usted y para el practicante de guardia, porque mi ama es rica y generosa con todo aquel que la sirve.

—Está usted en lo firme, Micaela, porque á un pobre no le viene nunca mal un extraordinario para echarse un remiendo. Ya sé yo que la señorita de usted es generosa.

—Entonces, ¿por qué no le habla usted al practicante que entra de guardia esta noche?

—Por el practicante sería lo de menos; pero si se le ocurre visitar al enfermo al padre Anselmo ó á la señorita Teresa, les va á llamar la atención ver á una señora desconocida para ellos junto á la cama del enfermo.

—Se me ocurre una idea.

—Veamos qué idea es ésa.

—Mi señora puede venir vestida de hombre.

Macario miró á Micaela con asombro.

—¡Vestida de hombre!—repitió.—¿Y no se conocerá que es mujer? porque entonces sería peor.

—Mi ama lleva el traje masculino con gran desembarazo. Nadie, á no fijarse mucho, diría al verla que es mujer; y como la habitación del enfermo supongo que no estará alumbrada con luz eléctrica...

—Al contrario; sólo una lámpara colgada del techo y una bujía para cuando se entra en la alcoba para dar los medicamentos al señor, es la luz que se tiene.

—Pues entonces puede mi señora satisfacer su deseo sin que corran ustedes el menor peligro, sobre todo si el practicante se decide á ayudarnos.

—En fin, yo le hablaré cuando venga, porque esta mañana se fué á Madrid y no vendrá hasta la caída de la tarde, que entra de guardia.

—Pues bien, en ese caso, yo volveré al obscurecer para que nos pongamos de acuerdo.

Y Micaela alargó una moneda de cinco duros al jardinero, diciendo:

—Si el practicante se porta bien, no quedará descontento de mi ama, porque ya sabe usted que es generosa hasta dejarlo de sobra.

—Dios le dé mucho para socorrer á los pobres; y dígale usted que yo haré todo lo que pueda por complacerla.

Micaela regresó al hotel de su ama y le dió cuenta de las buenas disposiciones del jardinero; y aunque la impaciencia de la baronesa era mucha, no tuvo más remedio que resignarse y esperar.

A la caída de la tarde volvió Micaela, y el jardinero le dijo que había hablado con el practicante, y que, después de ponerle muchas dificultades, había accedido por fin á dejarla entrar en un cuarto próximo á la alcoba del herido, y que era donde dormían los enfermeros; pero que para eso era preciso que se disfrazara de hombre, pues en cuanto vieran allí á una mujer llamaría la atención y se descubriría todo.

Quedaron también convenidos que á las once de la noche el jardinero abriría la verja del jardín y la baronesa entraría en la habitación del jardinero.

Micaela regresó á su casa con tan buenas nuevas, y la baronesa y su doncella comenzaron á disponerlo todo para su disfraz, pues á prevención, y suponiendo que podía hacerle falta, tenía todo lo que necesitaba.

Dejemos á Micaela peinando á su señora, y á la baronesa llena de gozo con la esperanza de ver á su amante, y trasladémonos á la habitación del herido, habitación que ya conocen nuestros lectores por haberla ocupado poco antes Esteban Terreño.

CAPITULO VI.

Visita inesperada.

El padre Marcelo rezaba junto á la cama de Alejandro, que parecía dormido: en la sala inmediata la señorita Teresa, sentada cerca de un velador, hacía hilas, que iba colocando cuidadosamente en un canastillo de palma; de pié, junto á la chimenea, se hallaba sir Pik tan inmóvil que parecía una estatua.

Era indudable que aquellos tres seres, respetando el sueño del herido, procuraban hacer el menor ruído posible.

Una lámpara colgada del techo iluminaba tibiamente la alcoba: un quinqué colocado sobre el velador esparcía su luz sobre un radio reducido, dejando en la sombra los apartados ángulos de la habitación.

Transcurrió como un cuarto de hora sin que ninguno de los tres personajes que hemos nombrado cambiara de actitud; más bien que seres vivos parecían estatuas. Por fin el reloj

de la chimenea dió las doce de la noche, y sir Pik, enderezando un poco el cuerpo, dijo:

—Padre Marcelo, las doce; esta noche me toca á mí cuidar al herido; y usted, señorita Teresa, ya ha trabajado bastante.

El padre Marcelo no se movió; Teresa levantó la frente, y mirando al inglés, dijo con triste acento:

—Quisiera quedarme esta noche á velar al enfermo; no tengo sueño.

—La enfermedad de Alejandro, desgraciadamente, será larga,—añadió Pik en voz baja;—ya sabe usted que hemos convenido en turnar el padre Marcelo, usted, Pancho y yo. Hoy me toca á mí, y defiendo mis derechos.

—Sin embargo, el deber y la gratitud me mandan que no me separe de este sitio. ¡Le debo tanto á mi querido primo!

—Nada, nada, no transijo; usted y el padre Marcelo se acuestan; el practicante y yo velamos esta noche al herido.

Teresa exhaló un suspiro y se levantó; pero antes de salir de la habitación, entró en la alcoba y estuvo contemplando con fingido interés al enfermo, que permanecía inmóvil y dormido en su lecho.

Mientras tanto, el padre Marcelo continuaba rezando.

—Buenas noches, sir Pik,—añadió Teresa.—Ruego á usted que si ocurre alguna novedad me llame en el acto.

Arturo saludó ligeramente con la cabeza.

Teresa salió de la habitación, pero el padre Marcelo no se movía del sitio que ocupaba.

Sir Pik dejó transcurrir algunos minutos, y luego, encaminándose hacia la alcoba, dijo:

—Padre Marcelo, son las doce y cuarto, ha sonado la hora del descanso para usted.

—¡Pobre Alejandro!—añadió el sacerdote fijando una dolorosa mirada en el enfermo.—Su alma es demasiado generosa, su corazón es demasiado noble para vivir en este mundo pervertido. No parece sino que hay empeño en borrar su nombre del libro de los vivos.

El padre Marcelo salió de la alcoba, y acercándose al sitio donde se hallaba Pik, volvió á decir:

—Todo me inquieta, todo me sobresalta; he soñado que mi pobre Alejandro tiene enemigos ocultos que desean su muerte, y temo separarme de la cabecera de su cama.

—¡Bah! ¿Quién puede querer mal al hombre más bueno, más generoso del mundo? El excesivo amor que usted profesa á Alejandro le hace ver peligros por todas partes.

Una sonrisa triste asomó á los labios del sacerdote, y repuso:

—Alejandro es inmensamente rico. El dinero tiene muchos adoradores; tal vez alguno codicie su fortuna.

El padre Marcelo avanzó un paso, y bajando la voz, añadió:

—En esta casa vive una persona que comienza á inspirarme recelos. No sé qué leo en su frente, en su mirada, en todo su semblante, que me inquieta. Siendo joven, carece de esa frescura y alegría de la juventud; siendo mujer, vive extraña á los dulces sentimientos de su sexo.

—Padre, creo reconocer en esa pintura á la persona que usted alude. Confieso que tiene algo de repulsivo en su semblante, y que la naturaleza no ha querido concederle sus her-

mosos dones; pero tal vez su alma sea más bella que su rostro.

El padre Marcelo movió la cabeza en señal negativa.

—No soy hombre que juzgo precipitadamente y sin meditarlo á las personas á quienes trato,—dijo el sacerdote.—Recuerde usted, amigo Pik, las circunstancias que rodean á Alejandro. Si el difunto señor Robledano hubiera muerto antes de reconocer legalmente á su hijo proclamándole heredero universal, toda la fortuna de aquel pecador arrepentido hubiera pasado á las manos de sus sobrinos. Estos dos sobrinos no pueden olvidar fácilmente el perjuicio que les ha causado la inesperada aparición de Alejandro: le odian, tal vez desean su muerte. Diego ni siquiera se ha presentado á enterarse de la salud de su primo; dejó una tarjeta el primer día y no ha vuelto más. En cuanto á Teresa, que vive bajo este mismo techo, basta verla el semblante para adivinar las tétricas sombras de su alma; pero yo velo por Alejandro, y ¡ay de ellos si intentan algo contra él!

—Vamos, padre Marcelo, el excesivo cariño que usted profesa á Alejandro le hace ver peligros donde no existen,—añadió sir Pik.

—Dios quiera que me engañe... Buenas noches, amigo Pik; hasta mañana.

El joven inglés se quedó solo y fué á sentarse junto á la cabecera del lecho del herido, preocupado con los temores de fray Marcelo.

Mientras tanto, la baronesa, con su traje de hombre, esperaba en la habitación inmediata el momento de ver al herido.

El practicante no conocía á la baronesa de Morgal ni siquiera de nombre; pero admiraba en silencio la resplandeciente hermosura de su compañera de habitación, más provocativa con su traje masculino.

—¿Cuándo podré verle?—preguntó Isabel después de una larga pausa.

—Lo ignoro, señora; á la una tengo que darle un medicamento, y si entonces se presenta una ocasión, avisaré á usted.

—¿De modo que si esa ocasión no se presenta—repuso la baronesa—no podré ver al enfermo?

—Entrar cuando haya gente sería una imprudencia.

—¿Cómo se llama el amigo que se queda á velarle esta noche?

—Un señor inglés llamado sir Pik, si mal no recuerdo.

—¡Ah, sir Pik! Le conozco; y se me ocurre una idea, porque además de ser un hombre serio y prudente, somos buenos amigos.

Y la baronesa, cambiando de entonación, añadió:

—¿Tendría usted inconveniente en entregarle una carta?

—Pero eso me compromete, señora, porque por esa carta se sabrá que la he dejado á usted entrar de noche en la habitación donde nos hallamos.

—No tema usted, pues nada malo le resultará. Yo le respondo á usted de que mi carta no le compromete.

El practicante vacilaba.

La baronesa sacó del bolsillo de la bata un billete de dos mil reales, y entregándoselo al practicante, dijo:

—Si usted me sirve bien no quedará descontento de mí.

Con ese billete del Banco de España se compra usted un reloj, como un recuerdo mío. Si quiero, si tengo tanto afán por ver al herido, ya puede usted comprender que no es para nada malo. Ruego á usted me proporcione papel y tintero para escribir una carta á sir Pik.

El practicante comprendió que aquella mujer amaba á don Alejandro y que era preciso servirla sin la menor resistencia.

Así es que indicándole con la mano una mesa en donde había recado de escribir, dijo:

—Estoy á las órdenes de usted.

La baronesa escribió rápidamente algunas líneas en una hoja de papel, la dobló y la cerró en un sobre, dándosela al practicante. Un momento después el alumno de Esculapio entraba en la alcoba del herido con la carta en la mano y la sonrisa en los labios.

—Buenas noches, señor Pik,—dijo el practicante.

—¡Ah! ¿Le toca á usted de guardia esta noche?—le preguntó el inglés.

—Sí señor.

—¿Y qué tiene usted en la mano? ¿Es alguna nueva receta?

—No señor: los médicos no han cambiado el tratamiento. Seguimos lo mismo mientras dure la pertinaz fiebre que tanto molesta al pobre herido.

Y acentuando más la sonrisa y acercándose al inglés, añadió:

—Me ha sucedido esta noche una aventura muy extraña.

Sir Pik miró al alumno como si no comprendiera lo que quería decirle.

—El caso es que ni sé si he hecho mal ó si he hecho bien. Figúrese usted, señor Pik, que cuando me dirigía hacia esta quinta me salió al encuentro un caballerete hermoso como un Adonis y sonrosado como una adelfa, el cual, con una resolución impropia de lo delicado y fino de su figura, me dijo:

—¿Es usted uno de los practicantes que asisten á don Alejandro de Robledano?

—Sí señor,—le dije.

—¿Es usted pobre?—volvió á preguntarme.

—Desgraciadamente,—añadí,—sigo la carrera de médico con no pocas fatigas, pues como mis padres no tienen para mandarme una pensión mensual, tengo que ganarme el sustento.

—Pues bien, si usted me sirve, yo, que soy rico, le pagaré la reválida y los gastos de la carrera.

—Excuso decir á usted, señor Pik, que la proposición me causó un asombro superlativo, por dos razones; la primera, porque no encuentra tan fácilmente un estudiante pobre detrás de cada esquina un protector de esa naturaleza; y la segunda, porque por la voz, la tersura del rostro y las maneras, el joven Adonis me pareció una mujer.

—¡Ah!—exclamó el inglés como si comenzara á interesarse en el relato.

—Pues sí señor, me pareció una mujer, y naturalmente, tuve curiosidad de saber qué exigía de mí en cambio de lo que me ofrecía; ¿y sabe usted lo que me pidió? Casi nada, un capricho femenino; pues sencillamente que le permitiera alguna que otra noche ver al herido y cuidarle.

—¿Y usted accedió á su súplica?—preguntó el inglés:

—Sí señor, porque no veía en ello el menor peligro para el enfermo; así es que la hice entrar en el cuarto de los practicantes, porque sospecho que la pobre está enamorada de don Alejandro.

El practicante decía todo esto mirando al inglés como para adivinar el efecto que causaba; pero sir Pik tenía una fisonomía de mármol.

—Pero no es eso todo,—añadió el alumno de Galeno,—sino que hace poco se impacientaba porque no le permitía entrar, y al decirle que estaba usted aquí, escribió esta carta y me dijo:

—Sir Pik es amigo mío; tenga usted la bondad de darle esta carta.

El inglés extendió el brazo y cogió la carta, leyendo para sí lo que á continuación copiamos:

«Amigo Pik: usted sabe toda la desgracia que me abruma. ¿Sería usted tan bueno que me concediera algunos momentos para confiarle un secreto de mi corazón que tal vez no lo sepa usted?

»En caso afirmativo dígame si me permite entrar donde usted está, ó venir usted adonde yo me hallo.

»Su antigua y desgraciada amiga,—*Isabel de Romelia.*»

Sir Pik guardó la carta en el bolsillo de pecho de la levita, se levantó de la silla, y dijo:

—¿Dice usted que esa señora se halla en la habitación de los practicantes?

—Sí señor, está esperando el resultado de la carta.

—Entonces, tenga usted la bondad de esperar aquí sentado á la cabecera del enfermo por si necesita algo.

Y sir Pik salió de la habitación del herido, dirigiéndose á la de los practicantes, que era la inmediata.

La baronesa al verle entrar no pudo contener un grito, se puso de pié y le tendió la mano.

El inglés estrechó la mano de Isabel, y le dijo con afectuosa entonación:

—Señora, ruego á usted me dispense si le digo que la presencia de usted en esta casa es una nueva imprudencia que puede dar pábulo á la murmuración.

—¡Ah, sir Arturo! ¿Qué me importa á mí la murmuración? Soy una pobre viuda á quien su marido ha cometido la crueldad de arrojar de su casa. Los que antes me envidiaban hoy me desprecian y me señalan con el dedo; los que antes solicitaban mi amistad hoy me cierran las puertas de sus casas. Ya ve usted, amigo Arturo, que no debe importarme mucho el qué dirán de esa sociedad.

—Sin embargo, señora, repito que es una imprudencia el haber venido á esta casa.

—Es que en esta casa está lo único que amo en el mundo, está Alejandro,—exclamó la baronesa con esa energía de la mujer que se arranca la careta y enseña su verdadera faz al mundo.

—Aunque en buena lid, Alejandro mató al barón de Morgal... Usted, señora, es la viuda del difunto barón.

—Yo sólo soy una mujer que ama con delirio y que está desesperada,—añadió Isabel.—Ruego á usted, amigo Arturo, que me permita ver á Alejandro, aunque no sea más que oculta detrás de las cortinas de su alcoba. No tema que le cause la menor molestia; no le dirigiré la palabra... pero

quiero verle, necesito verle, y usted no será tan cruel que me lo impida.

Y la baronesa, cayendo de rodillas á los piés de sir Pik, le cogió una mano y se la besó.

Aquel acto de humildad le demostró al inglés que aquella mujer altiva, aquella mujer que no había amado nunca más que á sus caprichos, amaba entonces con toda la vehemencia de su alma á Alejandro.

Tuvo compasión de ella, y levantándola del suelo con tierna solicitud, le dijo:

—Esta bien, señora, va usted á ver á Alejandro; pero el infeliz no conoce á nadie. Espero que tendrá usted bastante valor, bastante cordura para no cometer una imprudencia que me comprometa.

—¡Ah! Gracias, Arturo, gracias; quisiera expresar á usted lo que siente en este instante mi corazón; pero no encuentro palabras. Ver á Alejandro, asistirle, cuidarle, contribuir á su salvación y recibir en pago una sonrisa suya, es todo lo que ambiciono. Mi naturaleza, mi sér, ha sufrido un cambio notable de pocos días á esta parte. Yo he sido una mujer caprichosa, voluble, engreída con la hermosura y con la fortuna. Mi entretenimiento más agradable era reirme de la pasión que inspiraba á los hombres. Tendía las redes del amor sin sospechar que yo pudiera nunca caer prisionera en ellas. Pero hoy todo ha cambiado; la reina se ha convertido en esclava; la mujer altiva y desdeñosa en humilde y obediente enamorada. He oído decir que el amor purifica; pues bien, Arturo, la moderna Magdalena arroja sus joyas y ama. Alejandro es mi Jesús; no me abandone usted.

Los hermosos ojos de la baronesa se hallaban llenos de lágrimas. Su voz temblorosa tenía una vibración que conmovía el alma de sir Pik.

—Vamos, señora,—le dijo,—y que Dios ilumine á la pobre pecadora.

CAPITULO VII.

Martirio.

Sir Pik y la baronesa entraron en la alcoba del herido.

El inglés, dirigiéndole la palabra al practicante, le dijo:

—Puede usted retirarse á su dormitorio; si ocurre algo le llamaré á usted.

Isabel, que se había quedado de pié junto al lecho de Alejandro, le contemplaba en silencio. De sus ojos caían las lágrimas gota á gota.

Alejandro dormía bajo el pesado sueño de la fiebre. Su palidez era grande, pero hacía más interesante su varonil hermosura.

Durante algunos momentos guardaron profundo silencio Isabel y Arturo. En la alcoba no se oía otro ruído que la fatigosa respiración del herido.

La luz de la lámpara iluminaba dulcemente el lecho del enfermo.

La baronesa, que no apartaba los ojos del rostro de Alejandro, fué poco á poco inclinando el cuerpo, hasta que se

quedó de rodillas junto á la cama, y juntando las manos en ademán suplicante y levantando la vista al cielo, murmuró en voz baja:

—¡Dios mío! ¡Sálvale, y toma mi vida!

Aquella súplica, aquella exclamación brotaba del alma de la baronesa. Era la primera vez que sus labios le pedían algo á Dios con verdadera fe.

Nuevamente volvió á establecerse el silencio en la alcoba. La baronesa lloraba con la frente apoyada en el borde de la cama.

De pronto Alejandro exhaló un ruidoso suspiro. Isabel levantó la cabeza, y á su vez exhaló un pequeño grito.

Alejandro tenía los ojos inmensamente abiertos y agitaba los labios, como si vacilara entre el deseo de hablar y el deseo de sonreirse.

Aquellos ojos habían perdido la dulce y noble expresión de otros tiempos: tenían una dureza, una vagedad repulsiva. Isabel cerró los suyos por no verlo.

El enfermo sacó un brazo y colocó la mano sobre la cabeza de Isabel, que permanecía arrodillada.

—¡Ah!... ¿Eres tú, Gabriela?—dijo el enfermo con apagado acento.—¿Por fin vienes á ver á tu pobre Alejandro?... Dios te lo pague... Acércate... más... un poco más... quiero decirte muchas cosas... pero á tí sola... ¿lo oyes? á tí sola... sin que lo sepa nadie... y en particular la baronesa de Morgal... porque esa mujer... me ha hecho mucho daño... ¡oh! mucho... Ella, ella solo tiene la culpa de que yo dudara de tu virtud, ángel mío...

La baronesa exhaló un gemido doloroso.

Alejandro continuaba acariciando los cabellos de Isabel, y mientras tanto sir Pik, inmóvil como una estatua, permanecía de pié junto á la puerta de la alcoba.

—Tú no sabes, vida mía,—añadió el calenturiento,—lo que he sufrido... Yo buscaba un tesoro que llenara todas las exigencias de mi corazón... Cuando te vi por primera vez en el teatro de Londres, me dije: «¿Será su alma tan hermosa como su rostro? ¿Será su corazón tan dulce como su voz?... ¿Y sabes por qué me preguntaba eso? Porque mi alma y mi corazón necesitaban amar, y buscaban por el mundo una mujer digna de ellos. Temía engañarme, y por eso te seguía por el mundo, amándote y sin decírtelo. Por fin te conocí, te traté, y sentí dentro de mi sér un nuevo espíritu que ensanchaba los horizontes de mi vida. Entonces me arrodillé delante del retrato de la santa mártir que me llevó en sus entrañas, y le dije: «Madre mía, he encontrado un ángel de la tierra, tan buena como tú, y será mi esposa.»

La baronesa, que seguía arrodillada y con la frente hundida entre las manos, exhaló un segundo suspiro más triste, más doloroso que el primero. Sir Pik, compadecido del tormento que sufría aquella pecadora, le dijo:

—Señora baronesa, ruego á usted que salga de la alcoba; ese infeliz, con su delirio, la está atormentando á usted.

—No, Arturo, no; quiero oir todo lo que hable. Esa será una parte de mi expiación.

—¿Quién habla ahí?—añadió Alejandro.—¿Quién nombra á la baronesa de Morgal? No quiero que se pronuncie el nombre de esa adúltera delante de Gabriela. Sería manchar los castos oídos de mi prometida, y eso no lo consentiré.

Alejandro pronunció estas palabras con voz bronca, amenazadora; pero luego, cambiando de entonación y acariciando los cabellos de la baronesa, repuso:

—Oye, Gabriela, oye, amor mío... tú eres una niña que desconoce la perversidad humana; pero yo voy á decirte el peligro que hemos corrido los dos: tú de morir de pena ante mi fingida indiferencia, yo de levantarme la tapa de los sesos, creyéndote una mujer vulgar y pervertida.

El enfermo agitó repetidamente los labios, como si quisiera humedecer su boca con el movimiento de la lengua, y añadió:

—Dame agua, un poco de agua; tengo mucha sed.

Sir Pik cogió un vaso que tenía una tisana y se lo dió á la baronesa, que, levantando un poco la cabeza del herido, se lo aplicó á los labios.

Alejandro bebió con avaricia.

—Gracias, Gabriela. ¡Qué buena eres!—añadió Alejandro, dejando caer la cabeza sobre la almohada.

La baronesa volvió á arrodillarse junto á la cama, como si de antemano hubiera adoptado aquella actitud, que indica la penitencia y la humildad.

—Pero las nubes se han disipado,—repuso el herido...—y el sol de la felicidad ilumina el horizonte de nuestra vida. Ahora ya no nos separaremos nunca; tú serás siempre mía, yo siempre tuyo; viviremos lejos de esa sociedad pervertida en donde se encuentran mujeres como la baronesa de Morgal... que engañan á sus maridos olvidándose de su honra... No, no tienes necesidad de vindicarte á mis ojos... yo sé, yo sé que tú no fuiste al palco del teatro Real... ¿Cómo he po-

dido dudar de la pureza de tu alma? En fin, la verdad nos ha devuelto á los dos la vida, la alegría. Ahora ya no nos separaremos nunca; viviremos siempre juntos en el mar ó en la tierra, en una ciudad ó en una aldea, donde tú quieras, porque tu voluntad será la mía... Yo sólo te exigiré una cosa... que me ames mucho.

Cada una de las palabras que la fiebre ponía en los labios del enfermo era una espina que se clavaba dolorosamente en el corazón de la baronesa, y sin embargo, por nada del mundo hubiera abandonado aquel sitio.

Muchas veces el delirio de un calenturiento es la divagación, la incoherencia que formula frases sin sentido y que nada tiene que ver con la vida y costumbres del enfermo; pero otras son el reflejo de su alma, el resumen de sus dolores ó sus alegrías.

Oyendo el delirio de Alejandro, la baronesa no podía abrigar la menor duda de que aquel hombre, no sólo no la amaba, sino que no la había amado nunca.

Para una mujer de las condiciones de Isabel de Romelia aquel desengaño era terrible, aquel tormento era espantoso. ¿Podían los hombres verla sin amarla? ¿No les había visto siempre de rodillas á sus piés suplicándole una sonrisa, una palabra, una mirada? Alejandro mismo ¿no le había dicho: yo te amo? ¿No había sido él la causa de su desgracia, y su amor el motivo de la muerte del barón?

Sir Pik, que contemplaba en silencio la escena, compadecía á la baronesa, calculando los sufrimientos de aquella mujer, acostumbrada á dominar.

—¡Ah, mi pobre Gabriela, cuánto daño me ha hecho esa

infame baronesa de Morgal!—repuso el enfermo.—Se atravesó en nuestro camino como el ángel malo, y destruyó por el pronto nuestros más hermosos sueños de amor. Afortunadamente yo sé que fué ella la que me citó al teatro Real, y ahora te amo más que nunca. ¿Qué nos importa ya esa mujer? Compadecerla, despreciarla; no merece nuestra indignación.

Sir Arturo observó que el cuerpo de la baronesa se estremecía, y cogiéndola dulcemente por un brazo, dijo:

—Basta, señora... El delirio de Alejandro le hace á usted mucho daño... le ruego que salga usted de la alcoba.

Isabel se dejó conducir hasta el sofá del inmediato gabinete, y se sentó sin despegar los labios.

Una palidez mortal se extendía por su semblante; un mar de lágrimas rodaban por sus mejillas.

Desde aquel sitio se oía en la alcoba un murmullo producido por las palabras que el calenturiento pronunciaba en voz baja; pero Isabel no las entendía, si bien sospechaba que Alejandro continuaba hablando de Gabriela y de ella.

—Mi condescendencia—dijo Pik—ha proporcionado á usted un mal rato. Ruego á usted me perdone.

La baronesa levantó poco á poco la frente, que tenía inclinada sobre el pecho, y mirando con dolorosa expresión al inglés, le tendió una mano y dijo:

—Amigo Arturo, yo agradezco á usted con toda mi alma esa condescendencia que me ha permitido ver y oir á Alejandro; desde hoy en adelante Isabel de Romelia guardará en su corazón, para sir Arturo Pik, un sentimiento de gratitud. Lo que me sucede es justo; el delirio de ese infeliz calentu-

riento ha destruído una por una todas las fibras más sensibles de mi alma, pero al mismo tiempo me ha hecho mucho bien. Y puesto que de hoy en adelante no debo, ni quiero, tener secretos para usted, yo confío que el noble sir Pik se compadecerá de esta desgraciada, permitiéndole que venga de vez en cuándo junto á ese lecho á apurar el cáliz de la amargura.

Isabel se enjugó los ojos, exhaló un gemido y volvió á decir:

—Mi corazón es el que va á hablar; lenguaje desconocido para mí hasta esta noche. Voy, pues, á decirle á usted todo lo que pienso, todo lo que siento en este instante. Yo no había amado á nadie antes de conocer á Alejandro. Recuerdo que cuando le vi por la primera vez, me produjo un efecto desconocido para mí hasta entonces, y creyéndome bastante hermosa para llamar su atención, comencé á tender las redes del amor, empleando las armas de la coquetería para apoderarme de su voluntad.

La baronesa respiró con fuerza como si quisiera vigorizar sus pulmones, y como Pik continuaba guardando silencio, volvió á decir:

—Poco á poco fuí comprendiendo que en vez de dominar á Alejandro, era él el que me dominaba á mí. Me parecía imposible que no adivinara en mis ojos que le amaba. Su indiferencia me hacía mucho daño; porque toda mujer que ama, y revela con sus miradas el amor que siente, se cree humillada si no la comprenden. Entonces, deseando terminar toda violenta situación, y engañada por la indiferencia de mi marido, cometí una infamia, sí, una mala acción, lo confieso á

sir Arturo Pik, que después de oirme, confío que, compadecido de mí, continúe siendo un buen amigo.

Isabel hizo una ligera pausa, y volvió á decir:

—Supe que Alejandro amaba á la célebre cantante Gabriela de los Angeles, y que era correspondido. Supe que trataban de casarse, y loca de celos, y sin oir más consejos que los que me dictaba el despecho, le escribí un anónimo á Alejandro pidiéndole una cita para un baile del teatro Real. ¡Ah! Yo estaba loca de amor, de celos. Alejandro acudió á la cita y allí en un palco, con el rostro cubierto con un antifaz, hice todo lo posible para que Alejandro no amara á Gabriela de los Angeles, y creo que lo conseguí, dejando el veneno de la duda en el corazón del hombre á quien amaba.

Las lágrimas convirtieron en sollozos ininteligibles las palabras de la baronesa.

—¡Sí, sí, fué una infamia, fué una villanía!—exclamó la baronesa con desesperado acento.—Manché con mis liviandades la inmaculada pureza de aquella niña enamorada, y Alejandro, al separarse de mis brazos, creyendo que había estrechado entre los suyos á Gabriela de los Angeles, la juzgó indigna de llamarla su esposa, y dejó de visitarla, desbaratándose con su inexplicable conducta su proyecto de matrimonio. Entonces, lo confieso llena de vergüenza, yo me aproveché de las circunstancias, y Alejandro fijó en mí sus miradas y fué mi amante; pero yo quedé envuelta en las redes del amor que le había tendido, labrando para siempre mi desgracia. Toda la sangre que este amor adúltero ha vertido, cae sobre mi conciencia y mata mi felicidad.

Y la baronesa, separando con las dos manos los desorde-

nados cabellos que caían por su frente, exclamó con acento balbuciente:

—Yo le amo, sí, le amo hoy más que nunca; quisiera arrancar este amor de mi corazón, pero conozco que no puedo... oigo una voz interna que me dice que no lo conseguiré nunca, que ese amor será mi castigo, mi expiación; porque herida está de muerte mi alma con las mismas armas que tantas veces he esgrimido yo por pasatiempo, por coquetería.

Y levantando las manos al cielo, añadió con desesperación:

—¡Dios es justo!... ¡Que Dios tenga piedad de mí!...

La baronesa se dejó caer en el sofá, cubriéndose la cara con las manos y sollozando y gimiendo.

Sir Arturo advirtió que el cuerpo de aquella infeliz mujer se estremecía, y verdaderamente compadecido, le dijo:

—Valor, señora; una nueva vida debe comenzar para usted que haga olvidar el pasado. Alejandro ama con toda su alma á Gabriela de los Angeles, y si recobra la salud será su esposo, cumpliéndole la palabra. Yo tengo motivos para creer lo que digo. Procure usted olvidar á Robledano; procure usted con una vida ejemplar conquistarse nuevamente el aprecio de aquellas personas que antes solicitaban su amistad y hoy se apartan de usted porque ven un mar de sangre en derredor de la baronesa de Morgal.

—¡Olvidar á Alejandro! ¡Ah, nunca! ¡Eso es imposible! Le amo de tal modo, que creo que aunque me escupiera al rostro su desprecio, seguiría amándole.

En aquel momento se oyó la voz del herido que gritaba:

—No, no es posible que Gabriela sea tan cínica, tan per-

vertida que me pida una cita, y que al verse sola conmigo se arroje en mis brazos y me entregue su cuerpo. No, no es ella... Es la baronesa de Morgal... Es una adúltera... Maldita, maldita sea por el daño que á mi adorada Gabriela y á mí nos ha causado.

Sir Arturo entró en la alcoba. Alejandro se había incorporado en la cama, tenía los ojos inmensamente abiertos y brillantes, y un brazo extendido como si señalara un punto de la alcoba.

—¡Sangre!... ¡Sí, mucha sangre!... Yo la he derramado... Yo soy el asesino... Ese hombre que se halla en la agonía es el barón de Morgal. Él muere y la adúltera vive.

Alejandro prorrumpió en una carcajada nerviosa, y cayó como desvanecido sobre la almohada.

Sir Pik tiró del llamador de la campanilla, y al momento entró el practicante.

—La calentura de la noche es más elevada que la anterior,—le dijo.—Suminístrele usted al enfermo el calmante, y póngale los paños de nieve á la frente; conviene que descanse algunas horas.

Mientras el practicante cumplía las órdenes que acababan de darle, Arturo salió al gabinete, y como la baronesa se hallaba en la misma actitud, le dijo:

—Señora, es una imprudencia que permanezca usted más tiempo aquí. Dentro de poco Alejandro dormirá bajo el influjo del medicamento que se le está dando. Voy á mandar que enganchen mi carruaje y que la conduzcan á usted á Madrid.

—No vivo en Madrid. Vivo en un hotel inmediato á esta quinta.

Y la baronesa refirió ligeramente todo lo que había hecho por vivir cerca de Alejandro.

—Entonces, yo la acompañaré á usted hasta su casa.

Isabel aceptó el ofrecimiento, y salió de la habitación del enfermo cogida del brazo del inglés.

En el cuarto del jardinero la esperaba Micaela: al verla, salió á su encuentro.

Desde la quinta de Alejandro al hotel de la baronesa, ésta siempre fué apoyada en el brazo de aquel generoso amigo, que era, sin duda, el único que le quedaba.

Cuando llegaron al hotel, la baronesa, soltando el brazo de Pik, dijo:

—Antes de separarnos, amigo Arturo, quiero pedir á usted un favor.

El inglés inclinó la cabeza como para indicar que esperaba sus órdenes.

—Quisiera que usted me permitiera ver á Alejandro alguna que otra noche. Sé que no me ama, sé que me desprecia, pero necesito también que me perdone todo el daño que le he hecho.

Sir Pik pareció vacilar un momento, y luego dijo:

—Señora, sería una imprudencia permitirle á usted la entrada en la alcoba del enfermo mientras se halle bajo el influjo de la calentura; pero doy á usted mi palabra de honor que usted verá á Alejandro cuando recobre el conocimiento, cuando pueda hablar y razonar con él.

—¡Oh! Gracias, amigo Pik, gracias.

Y la baronesa, antes que tuviera tiempo el inglés para evitarlo, le cogió la mano y se la besó, entrando luego pre-

cipitadamente en su hotel, cuya puerta había abierto Micaela.

Arturo Pik permaneció un momento inmóvil en el mismo sitio, luego hizo un movimiento con la cabeza, y dijo encaminándose hacia la quinta de Robledano:

—¡Pobre mujer! Por espacio de diez años el amor ha sido para ella un entretenimiento agradable; pero el amor, que no permite que jueguen con él, al fin la ha envuelto en sus redes y amenaza ahogarla. Escrito está que el *que á hierro mata á hierro muere.*

CAPITULO VIII.

Una doncella modelo.

Cuando la baronesa de Morgal entró en su gabinete, cuando la brillante luz de la lámpara reflejó sobre su rostro, Micaela no pudo contener un grito.

—¡Dios mío, señorita!—exclamó.—¿Está usted mala?

—No, no es mi cuerpo el que está enfermo,—contestó la baronesa dejándose caer en un sofá,—es mi alma que acaba de recibir una herida mortal, una de esas heridas que no se curan nunca, que no se cicatrizan, que manan sangre siempre.

Y la baronesa, apretándose las sienes con las manos y con acento vibrante, añadió:

—¡Ah, Micaela! Tú no puedes imaginarte el horrible martirio que he sufrido esta noche.

—¡Dios mío! ¿Es que no hay esperanza de salvar al pobre don Alejandro?

—No, no es eso... Alejandro está grave, porque se halla

bajo la pesada y funesta presión de la fiebre; pero esa fiebre me ha enseñado su alma, y he visto que no me ama, que me desprecia, que me cree una mujer indigna de él.

Y la baronesa, cogiendo á la doncella por un brazo y obligándola á sentarse á su lado en el sofá, añadió entre sollozos y lágrimas:

—¿Sabes por quién me tomó? Por su prometida Gabriela de los Angeles. Con su mano calenturienta acariciaba mis cabellos, y aquellas caricias dedicadas en su delirio á otra mujer, fueron para mí un martirio horrible.

—Pero, señorita, no se debe dar crédito á un enfermo que delira,—exclamó Micaela, deseando tranquilizar la agitación nerviosa de su ama.

—No, no, Micaela; él me hablaba de su Gabriela, porque ella ocupa por completo su memoria y su corazón, porque la ama con toda su alma, porque me desprecia.

—No es posible... Vamos, señorita, hágase usted un poquito más de favor; no es usted una mujer despreciable. Estoy segura que cuando pase la fiebre don Alejandro le pedirá á usted perdón por todo el daño que le ha hecho con sus delirios.

La baronesa no se tomó la molestia de discutir con su doncella: guardó silencio.

—Ahora, señorita, lo que á usted conviene es dormir, descansar,—añadió Micaela;—ya verá usted como cuando el señorito Alejandro se vea libre de su fiebre, la recibirá todas las noches con los brazos abiertos. ¡Diantre! Para portarse de otro modo sería preciso que el señor de Robledano fuera un hombre de muy mal gusto.

Isabel se levantó del sofá, se dirigió á su alcoba y comenzó á desnudarse, ayudada por su doncella.

Como la baronesa nada decía, Micaela guardó silencio, pues conociendo á su ama, nunca era importuna.

Cuando la vió en la cama le dijo

—¿Quiere la señorita que me quede en el sofá del gabinete?

—No; déjame una bujía encendida en la mesa de noche y acuéstate.

Micaela obedeció.

La baronesa cogió un libro y se puso á leer.

La lectura de un buen libro es el entretenimiento más ameno y agradable cuando el espíritu se halla tranquilo; pero en el estado en que se encontraba la baronesa, la lectura no produce más que un ruído vago que aturde en vez de distraer.

Pasaba hojas y más hojas sin enterarse de lo que leía, encontrándose en uno de esos momentos en que, como ha dicho Víctor Hugo, se siente una tempestad debajo del cráneo.

Las horas, mientras tanto, pasaban con su impasible y regulada marcha, é indiferentes como la muerte que van dejando en pos de ellas.

Isabel de Romelia sentía luchar dentro de su sér dos afectos contrarios, y esta batalla, que continuaba indecisa, llenaba su espíritu unas veces de esperanzas, otras de desaliento.

No concebía que un hombre joven la viese sin amarla, ó por lo menos desearla, y se decía:

—¿Por qué no he de luchar? ¿Por qué he de ceder ante

un enemigo que tiene menos condiciones que yo para ganar la victoria? ¿Es Gabriela más hermosa, más valiente, más atrevida? No, no. Cederle el corazón de Alejandro es una cobardía indigna de mí. Puesto que he hecho lo más, haré lo menos.

Y luego, apoderándose de ella el desaliento, añadía:

—¿Qué es el delirio de un calenturiento? Muchas veces es la revelación de los secretos del alma y del estado en que se encontraba el espíritu antes de enfermar el cuerpo. El espíritu, el alma de Alejandro, son los que me han hablado. Ellos me han dicho: No eres tú á la que amo, es Gabriela de los Angeles. Pero ¿se debe dar crédito á esas divagaciones? ¿Muchas veces los delirios no son el absurdo? ¡Ah! Desgraciadamente el delirio de Alejandro es la realidad, porque no me ama.

Aquí un profundo desaliento se apoderaba de la baronesa y abundantes lágrimas caían de sus ojos.

Así pasó la noche, así nació el día, sin que la baronesa pudiera dormir ni una hora.

Noche fué aquélla de terrible angustia para la pecadora, que en vez de arrepentirse se lamentaba de no poder continuar siendo perseverante en su culpa.

Cansada de revolcarse por su lecho, tiró del llamador de la campanilla, y le dijo á su doncella:

—Vísteme. ¡Oh! ¡Qué noche tan horrible!

Desde la alcoba, Isabel de Romelia fué á colocarse junto á los cristales del balcón, y al extender sus miradas por el dilatado horizonte que se extendía ante sus ojos, exclamó:

—¡Qué hermoso es el azul del cielo! ¡Qué contraste tan

espantoso forma esa serenidad de la naturaleza con las luchas de mi espíritu!... En el firmamento no se ve una nube; el sol extiende sus hermosos rayos embelleciéndolo todo, mientras que yo vivo en las tinieblas y siento en mi corazón la poderosa voz de la tempestad.

—Válgame Dios, señorita, está usted desconocida,—dijo Micaela.—Nunca la he visto á usted como ahora, y francamente, no es ése el camino para conseguir lo que usted se ha propuesto.

—¡Ah! ¿Sabes tú otro? Dímelo y parto contigo mi fortuna,—exclamó la baronesa cogiendo á su doncella por un brazo.

—En primer lugar, señorita, unos ojos que lloran siempre pierden su brillo, su encanto, su hermosura; la sonrisa, la alegría, transmiten al rostro de la mujer encantos irresistibles.

—¿Puede reirse una boca cuando el alma llora?

—¿Y por qué no? Eso se ve todos los días. Además, la señorita debe procurar que esa alma no llore, y la señorita, que tiene mucho talento, á poco que medite y calcule lo que vale, lo conseguirá.

—Tú dices todo eso para tranquilizarme. Yo no tengo motivos más que para llorar; no puedo reir.

—¿Quiere la señorita que discutamos sobre este asunto? No tenemos nada que hacer, y excuso decir que yo tengo un gran interés, aunque no sea más que por gratitud, en ver á la señora baronesa contenta y feliz.

La juventud no pierde nunca la esperanza; así es que la baronesa, á pesar de su desaliento, no le disgustaba que su

doncella tuviera empeño en defender que no se había perdido todo.

—¿Contenta y feliz?—repitió Isabel.—Para eso sería preciso que Alejandro me amara.

—Pues bien, se ponen los medios, y hasta los imposibles para que eso suceda. ¿Qué motivo tiene usted para creer en absoluto que don Alejandro no la ama?

—¿No me lo ha dicho en sus delirios?

—¡Bah! ¿Quién hace caso de los delirios y de los sueños? Cuántas veces sucede que se acuesta una pensando en cosas muy bonitas y se sueñan horrores. Para afirmar que el señorito Alejandro no la quiere á usted, es preciso que él se lo diga cuando esté bueno y disfrute del cabal juicio. Vamos, yo no puedo creer que exista un hombre que mirándola á usted frente á frente y poniendo usted algo de su parte para conquistarle, le diga á usted: Señora, perdone usted por Dios...

La baronesa se sonrió oyendo las reanimadoras palabras de la doncella, y ésta, alentada por aquella sonrisa, volvió á decir:

—Aquí lo importante es que don Alejandro se ponga bueno, y que al recobrar su estado normal la vea á usted junto á la cabecera de su cama. Él no puede olvidar lo que ha sucedido, y si así lo hiciera, tiene usted perfecto derecho para recordárselo. Cuando una mujer se lo confía todo á un hombre, cuando por él ha corrido riesgo de perder la vida, puede decirle muchas cosas que le lleguen al alma. En una palabra, señorita, cuando se llega á cierto punto no es decoroso retroceder. No faltaba más sino que una chicuela tímida y ruborosa desbancara á la baronesa de Morgal, que es la

mujer más hermosa, más seductora de Madrid. La lucha engrandece; es preciso luchar.

La baronesa iba poco á poco serenándose. Las palabras de la doncella reanimaban su espíritu, y de buena gana le hubiera dado un abrazo.

Mientras Micaela hablaba la baronesa pensaba:

—Mi doncella tiene razón. ¿Por qué he de ceder el campo á una rival que carece de las condiciones y recursos que yo poseo? Es preciso luchar, es preciso vencer.

Micaela, que era una muchacha lista y *leída,* como dice el vulgo, iba adivinando en el rostro de su ama lo que pasaba en su espíritu; así es que continuó de este modo:

—Todo el mundo que le conoce sabe que don Alejandro de Robledano es el hombre generoso por excelencia. Su honor es incapaz de cometer una villanía. En cuanto ve á un sér débil, desvalido, postergado, se coloca á su lado para defenderle. Cuando recobre el conocimiento, cuando pueda darse cuenta de lo que sucede, el nombre de la baronesa de Morgal aparecerá en primera línea entre sus recuerdos, y cuando sepa que la baronesa de Morgal por amarle ha sido desheredada y arrojada de su casa, estoy segura que abriéndole los brazos, le dirá: Yo no te abandono, sería una infamia, y los hombres como yo no comprenden las infamias.

—¡Ah! Si eso fuera verdad...—exclamó la baronesa.

—¿Y por qué no ha de serlo?

—Porque Gabriela de los Angeles se levanta entre los dos.

—Señorita, Gabriela de los Angeles es una niña que no puede luchar con usted.

—¿Por qué? Es hermosa como un serafín; tiene la pureza de la virginidad.

—Usted es más hermosa que ella, y francamente, señorita, permítame usted que le diga que á los hombres les atrae más un beso que un suspiro; con que adelante, porque yo no veo tan perdida la batalla como usted.

—Todo será inútil.

—¡Caramba, señorita! Está usted desconocida. No es usted la misma. Dejarse vencer sin luchar no entra en el programa de las mujeres como la baronesa de Morgal; es una cobardía inconcebible.

—Pero ¿y si lucho y me vence esa rival odiosa?

—Tendrá usted siempre la grandeza del vencido en la lucha, y no la vergüenza del que huye sin luchar delante del enemigo.

Isabel de Romelia inclinó la frente sobre el pecho como si los consejos de su doncella la predispusieran á meditar sobre su situación.

¿Por qué no había de suceder lo que profetizaba Micaela? En el mundo real se ve con frecuencia luchar á una mujer pervertida con un ángel de candor y de pureza. Aquellas dos naturalezas distintas, aquellos dos polos opuestos aman á un mismo hombre, si bien de distinto modo, y desgraciadamente suele vencer el cinismo del candor y la pureza.

Entre la desenvuelta y provocativa Aspasia y la pudorosa Ruth, corre mucho peligro de ser vencida la doncella moabita.

Cuántas veces han lamentado las familias las terribles desgracias del amor sensual, de ese amor que lo arrolla todo,

que como un torrente desbordado nada respeta y nada le detiene.

Una joven pudorosa encuentra un día á un joven tan sencillo, tan inocente como ella, y levantando los ojos del suelo los fija con timidez en aquel sér que sin saber cómo ha conmovido su virginal corazón. De esta mirada brota el primer amor, y comienza para los dos amantes esa perfumada primavera de la vida.

Todo en derredor de ellos es felicidad, bienandanza. Sin hablar sus bocas se transmiten con ese lenguaje mudo de los ojos todas las imprcsiones de sus almas. Sus familias se hallan de acuerdo, y sancionan aquel amor puro como el armiño.

Todos se disponen en el hogar doméstico á contribuir á la felicidad de aquellos dos seres que según parece han nacido el uno para el otro. Se fija un plazo para la unión apetecida, y se comienza á disponer el nido en donde ha de tener lugar ese idilio que se llama la luna de miel.

Pero una noche el prometido esposo no acude al hogar de su prometida; la familia se extraña de aquella falta y se entrega á mil comentarios; las horas ruedan, y no llega el que es esperado con angustioso afán; la novia llora y dirige con frecuencia miradas de ansiedad hacia la puerta.

Nadie sospecha una infidelidad: debe estar enfermo, porque no puede pensarse otra cosa de un muchacho tan bueno, tan cariñoso, tan enamorado.

El reloj marca las doce de la noche, y perdida toda esperanza de verle entrar, excusando con el lenguaje de la bondad su tardanza, resuelve el jefe de la casa que todo el mundo se acueste.

La prometida esposa obedece; se encierra en el santuario virginal de su alcoba, se desnuda, se acuesta, pero el sueño huye de sus párpados; piensa en su amante, nada sospecha; pero no puede dormir en toda la noche.

Aquella primera nube que empaña el hermoso cielo de su felicidad conmueve su virginal corazón; y eso que ella ignora la verdadera causa de la falta de su prometido.

Sí: ella ignora que una mujer se ha atravesado en su camino, y que esa mujer le ha dicho con sus provocativas miradas, con sus ademanes desenvueltos: «Ven conmigo, yo puedo darte todo lo que tú desees para ser feliz, sígueme; el amor platónico de tu prometida es muy distinto del amor que yo te ofrezco».

Estas mujeres han causado grandes males sobre la tierra; pero desgraciadamente la tierra las alimentará siempre; es una raza imperecedera mientras el sol tenga bastante calor para fecundar el mundo y darle vida.

Aquella noche la baronesa de Morgal, recordando los consejos de su doncella, se resolvió á luchar con Gabriela de los Ángeles, y se durmió abrigando la esperanza de vencerla.

CAPITULO IX.

Pecador arrepentido.

El padre Marcelo era hombre madrugador, y el día que nos ocupa se levantó, como siempre, al despuntar la aurora.

Su primera visita fué para el herido. Alejandro había pasado la noche en un continuo delirio, pero al amanecer se había tranquilizado un poco.

Cuando el padre Marcelo entró en la alcoba, Alejandro dormía, y el buen sacerdote, después de contemplar en silencio algunos momentos á su hijo adoptivo, salió de la habitación y bajó al jardín á dar un paseo.

La quinta de Robledano tenía una hermosa calle de tilos, y aquel sitio era el cotidiano paseo del sacerdote.

En la calle de tilos se hallaba paseando el padre Marcelo, cuando el jardinero Macario le salió al encuentro con una carta en la mano.

—Buenos días, padre Marcelo,—le dijo Macario quitándose la gorra.

—¿Que ocurre, Macario?—le preguntó el sacerdote.

—Pues nada, que hace poco un hombre me ha entregado esta carta para usted.

—¿Espera contestación?

—No señor; me la dió y se marchó.

—Dame la carta y vete á cumplir con tu obligación.

El padre Marcelo rompió el sobre de la carta y se puso á leer para sí lo que á continuación copiamos:

«Al padre Marcelo, venerable sacerdote de las misiones de África y América.

»Padre mío: Un desgraciado, un pobre ciego que vive en profundas tinieblas, cargado de remordimientos, tiene imperiosa necesidad de descargar su conciencia.

»Mi confesión tal vez sea útil, no sólo para mi alma, sino para la vida de un sér generoso á quien usted ama como á un hijo; yo espero que usted, tan pronto como reciba esta carta, vendrá á verme, para que yo recobre con sus consejos la tranquilidad del espíritu que tanta falta me hace.

»He sido muy criminal. Dios indudablemente castigó mi perversidad privándome de la preciosa luz de los ojos.

»En esta eterna noche que me rodea, veo en mi cerebro aparecer mi pasado.

»Padre Marcelo, por caridad venga usted á verme sin perder tiempo si en algo aprecia la salvación del alma de un pecador arrepentido y la vida de Alejandro.

»Vivo en la calle Mayor, número..., entresuelo; pregunte usted por Esteban Terreño.»

El padre Marcelo leyó dos veces aquella carta, quedándose profundamente pensativo.

Esteban Terreño no era un hombre desconocido para el padre Marcelo. Sabía que Esteban se había batido con Alejandro, y creyéndole un enemigo irreconciliable, le extrañaba que le escribiera una carta con el objeto, no sólo de descargar su conciencia, sino de salvar la vida de Alejandro.

¿Qué peligro corría Alejandro á no ser el de la herida que le tenía postrado en el lecho?

El padre Marcelo se resolvió á ver á Esteban, porque sólo él podía aclarar las sospechas y las dudas que le asaltaban.

El sacerdote entró en la casa y llamó á Pancho, que era la persona que le inspiraba más confianza, y le dijo:

—Voy á Madrid; manda que enganchen un carruaje, y durante mi ausencia no te separes de la alcoba de Alejandro.

Pancho iba á salir, cuando el padre Marcelo añadió:

—En pocos meses el pobre Alejandro ha tenido dos desafíos. No parece sino que enemigos ocultos desean su muerte. Velemos por él, Pancho, velemos hasta el día que ningún peligro le amenace.

—Padre Marcelo, las palabras que usted me dirige me conmueven y me sobresaltan. Yo también creo que don Alejandro tiene enemigos.

—Vete y cumple mis órdenes.

El padre Marcelo volvió á entrar en la alcoba del herido.

En la sala inmediata se hallaba ya Teresa haciendo hilas.

El sacerdote saludó con una inclinación de cabeza á la prima de Alejandro.

Aquella mujer, sin poderse explicar el motivo, le inspi-

raba repugnancia; bien es verdad que tampoco era santo de la devoción de Teresa el noble misionero.

—Sir Arturo,—dijo el padre Marcelo dirigiéndole la palabra al inglés,—un asunto preciso me obliga á ir á Madrid en el acto, y agradecería á usted que si sus ocupaciones se lo permiten esperara aquí mi regreso.

—Usted sabe—añadió Arturo—que desde el día que vi en peligro la vida de Alejandro le pedí á mi tío el embajador una licencia para asistirle. Alejandro me salvó la vida en África; justo es que yo le asista hoy que la suya corre peligro.

El sacerdote tendió una mano á sir Arturo, y dijo:

—Gracias, amigo mío, gracias en nombre de mi pobre Alejandro.

Un momento después el padre Marcelo se dirigía á Madrid, preocupado con la carta que poco antes había recibido.

El sacerdote no ignoraba que Esteban Terreño era un mal hombre; pero no veía en él otra cosa que á un pecador arrepentido que le llamaba para descargar su conciencia, y para él era un deber acudir á la cita y consolarle.

Además, había otra razón poderosa: Terreño le anunciaba que la vida de Alejandro corría peligro, y el padre Marcelo deseaba saber lo que adivinaba entre las líneas de aquella carta.

El coche se detuvo delante de un portal de la calle Mayor, y el padre Marcelo subió algunos escalones, parándose delante de la puerta del entresuelo.

—Aquí debe ser,—se dijo el sacerdote, tirando del llamador.

José, el criado de confianza de Esteban Terreño, después de mirar, según las órdenes de su amo, por el ventanillo, abrió la puerta tan pronto como vió al sacerdote.

—Adelante, padre, adelante,—le dijo;—mi amo está esperándole á usted con impaciencia.

El padre Marcelo nada dijo, pero siguió al criado, que le condujo hasta un gabinete en donde se encontraba Esteban, que al oir pasos y la voz de José que le anunciaba la visita, se levantó de la butaca dirigiendo maquinalmente sus ojos sin luz hacia la puerta.

Cualquiera que no hubiera visto á Esteban Terreño desde antes de su desafío con Alejandro, indudablemente no le hubiera reconocido.

Aquel hombre había envejecido veinte años en pocos meses. Sus cabellos se habían vuelto grises, pero dominando el blanco. Su barba, su naturaleza, su extremada palidez y las profundas arrugas que surcaban su frente le daban ese aspecto padecido que indica la tristeza del espíritu y la falta de salud.

Esteban parecía un viejo, y sin embargo no había cumplido los treinta y ocho años.

El padre Marcelo miró con marcadas muestras de curiosidad á aquel hombre, de cuya vida tenía algunos antecedentes poco edificantes.

—Gracias, padre mío,—dijo Esteban extendiendo los brazos como si quisiera coger y besar una de las manos del sacerdote,—gracias por haber accedido á mis súplicas.

—Era en mí un deber—añadió el sacerdote—acudir adonde me llama un prójimo que sufre, una conciencia que

batalla y padece. Aquí estoy, pues, para escuchar al pecador.

—¡Ah! La desgracia cambia de un modo radical el carácter y las costumbres de los hombres,—añadió Esteban;—hace pocos meses me hubiera parecido imposible llamar á un sacerdote con el objeto de descargar mi conciencia. Entonces el orgullo satánico, la soberbia me dominaba; pero Dios ha cegado mis ojos para castigar mi orgullo, mi soberbia, que tantas locuras me ha hecho cometer en el mundo.

Esteban guardó silencio, quedándose en una actitud triste y reflexiva.

El padre Marcelo, de pié, inmóvil y con la mirada fija, le contemplaba compadecido del profundo dolor que se reflejaba en el pálido semblante del desdichado ciego.

—Valor, hijo mío,—le dijo el sacerdote.—Usted me llama y aquí estoy. Mi misión sobre la tierra se reduce á buscar al que sufre para consolarle. ¿Qué importan las penalidades del cuerpo si el alma se salva? Más allá se encuentra la eternidad, y en esa eternidad un paraíso de eterna bienandanza, en donde no solamente se recompensa á los justos, sino que también encuentran cabida los pecadores arrepentidos. Así, pues, hijo mío, antes que usted descargue el peso de su conciencia, debo decirle que un verdadero acto de contrición puede salvarle. Medite usted un breve instante consigo mismo, aparte usted los ojos de la tierra, fíjelos en el cielo, ponga la confianza en Dios, y dé cabida en su pecho á la fe y la esperanza, porque ellas pueden salvarle.

—Mi arrepentimiento es verdadero,—añadió Esteban.—He meditado mucho antes de decidirme á llamar á usted. En

los primeros días de mi ceguera, sentía dentro de mi sér una rugiente desesperación que me incitaba á la venganza. Hubo momentos que si aquellos á quienes aborrecía, porque les juzgaba autores de mi desgracia, hubieran estado al alcance de mis manos, los hubiera extrangulado, gozándome en el estertor de su agonía. En mi pecho, en mi cerebro, en mi alma, en mi corazón, sólo veía esta palabra escrita con sangre: «exterminio»; porque yo no podía resignarme á vivir en la eterna noche de los ciegos.

Esteban exhaló un profundo suspiro y añadió, dejando asomar á sus labios una melancólica sonrisa:

—Verdaderamente todos los tenebrosos planes de venganza que cruzaban por mi cerebro eran ridículos. Mis enemigos podían vivir tranquilos y reirse de mí. ¿Cómo iba á vengarse un pobre ciego?... Poco á poco fuí comprendiendo mi verdadera situación. Yo no tenía, además, ningún derecho para achacar á otro mi desgracia, porque yo mismo me la había buscado. De todos los males que me afligían, era yo el único autor; era preciso, por lo tanto, resignarse. Pero la resignación supone una bondad que yo desconocía, y además me aterraba la idea del porvenir desconsolador que me esperaba. ¡Qué iba á ser de mí, pobre ciego!... Me quedaba un recurso, levantarme la tapa de los sesos; esto era preferible á vivir sujeto á la limosna que quisieran darme mis enemigos. En estos momentos de angustia, en estas noches de terrible desesperación, me acordé de usted, padre Marcelo, y sentí algo consolador en el fondo de mi pecho, y quiero aprovechar estos instantes de arrepentimiento que me han obligado á llamarle, porque yo aún puedo ser útil á Alejandro,

al mismo que me ha dejado ciego, al hombre que más he odiado en el mundo.

Y Esteban, extendiendo un brazo y cogiendo una mano del padre Marcelo, se la besó, y dijo bajando la voz:

—Padre, Alejandro tiene enemigos que desean su muerte; después de hacer mi confesión, en usted pongo mi última esperanza. Voy á revelarlo todo. Voy á descargar mi conciencia en el pecho de un hombre honrado. Que Dios tenga piedad de mí.

—Hable usted, hijo mío, y no olvide que sólo la verdad debe asomar á sus labios, por terrible, por dolorosa que sea para usted.

—He sido muy criminal. Los vicios me dominaron, y fuí esclavo de ellos mientras tuve dinero para satisfacerlos,—dijo Esteban después de una corta pausa.—Cuando hube derrochado la fortuna de mis padres, cuando vi en perspectiva la pobreza, temí que la sociedad que estaba acostumbrado á frecuentar me cerrara las puertas, y entonces busqué sin reparar en los medios un nuevo filón de oro, y me trasladé á la Habana.

Aquí Esteban Terreño refirió al padre Marcelo todas las infamias que había cometido en la Habana.

Nuestros lectores recordarán que Alejandro desbarató los planes de Terreño, y que éste trató de asesinarle una noche.

Nada ocultó de sus infamias, y el padre Marcelo, que le escuchaba con profunda atención y le miraba con fijeza, comprendió que aquel hombre decía la verdad.

Terreño se pintó con todos los repugnantes colores que merecía. Su arrepentimiento era verdadero.

Poco á poco en su relato fué llegando al día que, perdido su último duro y viendo delante de sí la pobreza, recurrió á Salvador Verdemar para pedirle un empréstito y volver á la Habana en busca de fortuna.

Desde este momento iba á comenzar la parte más interesante para el padre Marcelo: oigamos nosotros también la confesión de Esteban.

—Yo desembarqué en Cádiz, más pobre que nunca y aborreciendo con toda mi alma á Alejandro. Deseaba vengarme, pero esto era difícil, pues se había quedado en la Habana y yo me hallaba en Madrid. Entonces estaba muy lejos de creer que la Providencia lo colocaría delante de mí para que de nuevo destruyera mis planes y castigara con mano dura mi soberbia y mis maldades. Todo lo que me ha sucedido lo creo justo. La eterna noche que me rodea es un castigo de Dios... pero Dios ha buscado la mano de Alejandro para que se cumpla.

Terreño se detuvo, exhalando un suspiro é inclinando la la frente sobre el pecho.

Dos lágrimas asomaron á sus párpados, y el padre Marcelo, compadecido de aquel pecador, le dijo:

—¿Y aún sigue usted aborreciendo á Alejandro, á un hombre que la Providencia ha puesto siempre delante de usted para que no se realizaran sus infames proyectos?

—No, padre mío; si le aborreciera, si deseara su muerte, guardaría el secreto que voy á revelarle á usted, porque hoy Alejandro corre grandes peligros.

—Sí, está gravemente herido.

—No, no es la herida que le postra en el lecho lo que

amenaza su vida, es el veneno que puede una mano artera aplicar á los labios del enfermo.

El padre Marcelo maquinalmente se puso en pié, exclamando:

—¿Qué es lo que usted dice?

—Indico el peligro que corre y deseo salvarle de él, porque así me lo exige la conciencia.

—¡Imposible! ¡Imposible! Todos los que rodean el lecho de Alejandro le aman y desean su pronto restablecimiento.

—¿Todos? ¡Ah! Todos no, padre Marcelo; hay alguno que sueña en heredar sus millones, alguno que no vive, que no duerme, que no descansa hasta conseguir la muerte de Alejandro.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó el sacerdote.

—Antes de pronunciar su nombre, necesito dar á usted algunos antecedentes para que no le quede la menor duda de que es cierta mi acusación.

—Pues bien, hable usted, pero sin perder tiempo, porque lo que acaba de decirme me sobresalta.

Y el padre Marcelo volvió á sentarse junto á la butaca del ciego.

—Me encontré en Madrid arruinado, y sin esperanza de reponer mi fortuna,—añadió Terreño.—Entonces recurrí á un amigo que en otras ocasiones me había prestado dinero, aunque con grandes réditos. Este amigo, que me conocía de muy antiguo, no vaciló en proponerme un negocio que no tiene explicación decente entre las personas honradas. Consistía el negocio en provocar á un hombre, batirme con él y matarle. Este asesinato me valía al contado diez mil duros

y una participación en la fortuna que debía heredar por esta muerte una mujer.

—¿Y mató usted á aquel hombre?—preguntó el padre Marcelo.

—Sí, padre mío, tuve esa desgracia, y recibí en pago los doscientos mil reales. No trato de ocultar nada, me he propuesto decir toda la verdad; pero aquella muerte fué inútil, pues la fortuna que se disputaban y de la que yo iba á tener una gran parte, quiso Dios disponerlo de otro modo, y envió á Madrid desde tierras lejanas á su legítimo heredero, destruyendo todos nuestros maquiavélicos planes.

—Prosiga usted, hijo mío,—añadió el sacerdote que comenzaba á comprender aquella funesta historia de sangre y de horrores.—Prosiga usted, sin ocultarme nada, porque una verdadera contrición salva al pecador arrepentido.

—Esa es mi esperanza, padre mío, y continúo diciendo la verdad. Entonces, confiando en la destreza de mi brazo,—repuso con apagado acento Esteban,—confiando en el valor de mi corazón y en lo poco escrupuloso de mi conciencia, se me propuso matar al nuevo heredero como había muerto al anterior. Yo impuse mis condiciones, que fueron aceptadas, y esperé la ocasión, que no tardó mucho en presentarse, y me batí á muerte con el hombre que de improviso se presentaba para arrebatarnos cuarenta millones de reales. Ese hombre era Alejandro de Robledano.

El padre Marcelo no pudo contener una exclamación.

—Sí,—repuso Terreño,—nos batimos á florete; pero Dios, cansado de mis crímenes, quiso castigarme de un modo terrible, porque para mí era preferible que la punta

del florete de mi contrario me hubiera herido en mitad del corazón que en el ojo; porque morir es terminar los sufrimientos de la vida, y quedarse ciego es prolongar una existencia angustiosa y solitaria, vagando siempre entre las sombras.

CAPITULO X.

Donde Esteban termina su confesión.

Esteban Terreño dejó caer la frente sobre el pecho y guardó silencio.

El padre Marcelo le contemplaba con dolorosa actitud sin interrumpir su mutismo, porque todo lo había comprendido.

Alejandro, con su inesperada aparición, era el heredero que había venido de lejanas tierras á destruir las esperanzas de los sobrinos del millonario Robledano.

Sin embargo, la confesión estaba incompleta, faltaba lo más interesante para Alejandro, conocer esos enemigos que deseaban sacrificarle.

El padre Marcelo dejó transcurrir un buen rato, y luego dijo:

—Valor, hijo mío, valor, y continúe usted la confesión de sus culpas, esperándolo todo de la infinita misericordia de Dios. Perdió usted la luz de sus ojos, pero esa ceguera del

cuerpo ha iluminado su alma. Comprendo, por lo que usted me acaba de revelar, que Alejandro es el blanco de todos aquellos que esperaban repartirse la herencia de su padre. Sus enemigos viven; para librarle de ellos es preciso que usted los nombre, que yo los conozca; porque no me basta la sospecha que ha levantado en mi corazón el relato que usted acaba de hacerme.

—Padre mío, esos enemigos que amenazan la vida de Alejandro amenazan también la mía, porque yo, que he sido su brazo y su aliado, puedo denunciarles,—añadió Esteban.—Bien es verdad que hoy no me temen porque me ven ciego. Sin embargo, como puedo arrancarles la careta, han venido aquí á ofrecerme una limosna en pago de mi silencio.

Y Terreño, con acento trémulo y estrechando una mano del sacerdote, exclamó:

—Yo soy un estorbo para ellos, y si pueden borraran mi nombre del libro de los vivos. Sí, sí, padre mío, Alejandro y yo estamos amenazados de muerte. Alejandro, por sus millones que codician; yo, por la complicidad con sus infamias. Me temen, porque no ignoran que puedo perderles. Sin embargo, confieso que tengo miedo. ¿Cómo voy á defenderme de ellos yo, pobre ciego? ¡Ah! No puedo ver, por desgracia, el puñal que se levanta sobre mi pecho ó la mano alevosa qne vierte el veneno en mis alimentos. Vivo, por consiguiente, en perpetua inquietud; tengo un criado que por ahora es fiel y me sirve con lealtad; pero ¿quién me asegura que no tratarán de ganar á ese criado? Padre mío, tengo miedo. No me abandone usted, porque repito que los enemigos de Alejandro son los míos.

Y Esteban cayó de rodillas temblando, y besó la mano del sacerdote, que estrechaba entre las suyas.

—Tranquiliza tu espíritu, ten fe y esperanza, y confía en mí,—exclamó el padre Marcelo colocando una mano sobre la cabeza de Esteban.—Muchas son tus culpas; pero si tu arrepentimiento es verdadero, aún puede salvarse tu alma; y ahora, hijo mío, nombra á los enemigos de Alejandro, á esos miserables que han rodeado de peligros su preciosa vida, porque es preciso que yo los conozca; pero antes júrame por la salvación de tu alma que al denunciarles no les calumnias.

—Lo juro, no sólo por la salvación de mi alma, sino por la memoria de mis difuntos padres. Los que codician la fortuna y desean la muerte de Alejandro, son Teresa de Robledano y su amante Salvador Verdemar.

—¡Teresa! ¡La prima hermana de Alejandro!—exclamó el padre Marcelo.

—Sí, Teresa que vive devorada por la envidia, y que sólo piensa en la muerte de Alejandro. Sí, Teresa, corazón podrido, alma negra, que ya hubiera realizado sus criminales deseos á no detenerla su amante Salvador, que buscaba la manera de librarse de su amigo Robledano sin comprometerse; pero ahora yo, que era la esperanza de esos dos miserables, soy un hombre inútil y enfermo, y repito que la vida de Alejandro corre más peligro, porque Teresa empleará el veneno ó el puñal para heredar á su primo hermano.

El padre Marcelo había quedado absorto ante aquella terrible revelación.

Jamás Teresa le había sido simpática. En aquel semblan-

te pálido, taciturno, en aquella mirada hipócrita y recelosa, encontraba el venerable sacerdote algo repugnante; así es que la acusación de Esteban le causó más sentimiento que asombro.

—Para que sea útil á Alejandro la revelación que acabo de hacerle á usted,—añadió Terreño,—es preciso no perder tiempo. Mientras la vida de Alejandro, por efectos de la grave herida que le postra en el lecho, corra peligro, nada intentarán; pero desde el momento en que pase el peligro y comience la mejoría, les creo capaces de todo, porque ya no tienen á Esteban Terreño con un arma en la mano dispuesto á batirse con Alejandro sin que recaiga sobre ellos la menor responsabilidad. Salvador Verdemar ha venido aquí á ofrecerme una pensión mensual por mi silencio; pero yo no quiero esa pensión, yo quiero descargar el peso de mi conciencia, yo quiero caer de rodillas á los piés de Alejandro y pedirle perdón de mi pasada conducta, yo quiero morir pensando en Dios y olvidándome de los hombres. Yo sé que me espera la miseria y el pobre lecho de un hospital para terminar mis días; pero dichoso yo si salvo mi alma, si Dios me perdona.

—Sí, hijo mío, sí; ha sonado la hora de tu arrepentimiento; confía en Dios que salvará tu alma, y confía en este pobre sacerdote que no ha de abandonarte en la tierra de los hombres.

Esteban lloraba besando la mano del padre Marcelo; aquellas lágrimas tan extrañas á sus ojos desahogaban su pecho, le causaban un gran consuelo. Su arrepentimiento era verdadero.

—Llora, sí, llora. ¡Desgraciado de aquel que no tiene lá–

grimas con que expresar sus penas! ¡Desgraciado de aquel en cuyo corazón se secan las fuentes del sentimiento!

Al oir estas palabras Esteban se abrazó á las rodillas del sacerdote, exclamando:

—¡Perdón para mis culpas! ¡Piedad para este miserable pecador!

Terreño no pudo continuar; las lágrimas, los sollozos, le ahogaban.

El sacerdote le levantó del suelo y le sentó en su butaca diciéndole palabras consoladoras, porque comprendía que el arrepentimiento de aquel pecador era verdadero.

—Desde hoy, hijo mío,—añadió el sacerdote,—yo velaré por tí. Si en esta casa no te crees seguro para librarte de tus enemigos, buscaremos otra que ofrezca más seguridades. Cuando Alejandro se restablezca, cuando yo pueda revelarle tu arrepentimiento, estoy seguro que encontrarás en él un noble protector. Mientras tanto, que no se abran á nadie las puertas de esta casa más que á mi persona.

—Desconfíe usted de Teresa, desconfíe usted de Salvador, porque les creo capaces de envenenar los medicamentos del pobre herido,—exclamó Esteban.—Teresa sabe que Alejandro no tiene más heredero que ella, y todo su afán se reduce á que muera sin hacer testamento. El único que la contiene en sus criminales deseos es Verdemar, porque tiene miedo á verse envuelto en una causa criminal; pero Verdemar es enemigo temible que pondrá delante de Alejandro mil peligros para que sucumba. De todo es capaz, y faltándole yo, comprará otro brazo para que le libre de Alejandro, cuya fortuna codicia.

—Salvador Verdemar no es el heredero de Alejandro.

—Lo es Teresa, y se casará con ella cuando sea millonaria.

—¡Oh, cuánta infamia! Parece imposible que en la tierra existan seres tan malvados.

—Teresa y Salvador son dos infames hipócritas de la peor ralea que se conoce. Bajo su aparente humildad se oculta un corazón dispuesto á todo lo malo. Besan la mano de Alejandro, ocultando el puñal con que desean herir su corazón. Padre mío, es preciso no perderles de vista, porque estoy seguro que cuando pierdan la esperanza de que la herida de Alejandro no es mortal, buscarán ellos por todos los medios que estén á su alcance terminar con la vida del pobre enfermo.

Y dando un cambio á su entonación, añadió estremeciéndose:

—Me espanta la idea de pensar que Teresa pasa el día y la noche sentada junto á la cabecera del herido. Cada hora que transcurre permaneciendo Teresa en la alcoba de su primo, es un peligro para la vida de Alejandro; porque para ella, Alejandro no es otra cosa que un odioso enemigo que ha venido de lejanas tierras á arrebatarle la fortuna que le pertenecía. ¡Oh! ¡Vergüenza, oprobio para mí, que he callado tanto tiempo estas infamias!

Y Esteban, en un momento de desesperación, se golpeó la frente con los puños, exclamando:

—Corra usted, corra usted, padre Marcelo, porque tendría eternamente remordimientos de conciencia si llegara usted tarde para salvar á Alejandro de los peligros que corre.

Corra usted, y sin ninguna consideración, arroje de la alcoba de Alejandro á Teresa y Salvador, si en algo aprecia la vida del pobre enfermo; porque ellos desean su muerte, porque Teresa sólo espera apoderarse de la fortuna de su primo para casarse con su amante Verdemar. ¡Ah! ¡Dios quiera que no llegue usted tarde, porque Teresa, para conseguir sus deseos, no retrocederá ni ante el crimen!

Estas palabras sobresaltaron al sacerdote, que después de ofrecer á Esteban Terreño que no le abandonaría, salió precipitadamente, y al llegar á la puerta de la calle, en donde le esperaba el carruaje, le dijo al cochero:

—A Carabanchel... de prisa.

El padre Marcelo, verdaderamente preocupado con la confesión de Esteban, llegó á la quinta de Robledano.

Los dos médicos se hallaban en la alcoba del enfermo.

El sacerdote se acercó al lecho, y se quedó mirando á Alejandro, que á su vez le miró también, dejando asomar á sus labios una sonrisa.

—La calentura cede, y la vigorosa naturaleza del enfermo viene en ayuda de la ciencia,—dijo uno de los médicos dirigiéndole la palabra al sacerdote.

—¡Loado sea Dios, que ha oído mis ruegos!—replicó el padre Marcelo.

—Sí, padre mío, sí; estoy mejor,—añadió Alejandro con débil acento;—por lo menos, conozco á todos los buenos amigos que rodean mi cama y puedo darles gracias por su bondad para conmigo.

—Bien, bien; pero ruego á usted que hable lo menos posible,—añadió un médico.

Todos salieron de la alcoba menos el padre Marcelo, que se sentó en una silla junto á la cabecera.

Desde aquel sitio veía una parte de la sala y la ventana que daba al jardín, junto á la cual se hallaba Teresa, cuya perseverancia en asistir á su primo Alejandro era proverbial.

Sabido es que en este pícaro mundo las apariencias engañan la mayor parte de las veces; y Teresa, con su modesto traje de lanilla oscuro cerrado hasta el cuello, su mirada tímida y ruborosa y su semblante pálido, engañaba á mucha gente.

Sólo un hombre desconfiaba de ella: Pancho el mulato, que muchas veces había oído hacer la apología de Teresa á su difunto amo.

En cuanto al padre Marcelo, sin desconfiar verdaderamente de ella, la miraba con cierta prevención, encontrando en el semblante y la mirada de Teresa algo repulsivo.

Esta prevención, esta antipatía sin verdadera causa, había aumentado desde la confesión de Esteban Terreño, porque el buen sacerdote daba crédito á las alarmantes revelaciones del ciego.

¿Por qué había de haberle engañado aquel pecador arrepentido? ¿Había hecho una confesión forzada, había vendido aquellos secretos por un puñado de oro? Nada de eso; la confesión franca de Esteban debía ser cierta, puesto que no había ocultado ni la menor de sus infamias.

Como Alejandro, después de cambiar algunas palabras con el sacerdote, cerró los ojos, el padre Marcelo guardó el más profundo silencio, dirigiendo con frecuencia sus miradas hacia el sitio en que se hallaba Teresa.

Sucede con frecuencia que tratamos á una persona sin fijarnos en las líneas características de su rostro, nos abstenemos de fallar sobre la menor ó mayor pureza de sus inclinaciones, pero de pronto nos dicen que esa persona ha cometido un crimen ó una acción repugnante, y entonces exclamamos: «Yo no sé qué tenía aquella cara que no me gustaba.»

El padre Marcelo, á fuerza de mirar á Teresa y de recordar lo que de ella le había dicho el ciego, se afirmaba más y más en sus recelos, porque aquella mujer que no miraba frente á frente; aquella joven que no se reía nunca, y que pasaba la vida encerrada en su casa; que no sentía en su alma ninguna de esas expansiones y deseos de la juventud, era indudable que elaboraba en su tétrico cerebro algo que no podía enseñarse á la luz del día.

Así pasó una hora. Diríase que el padre Marcelo temía abandonar la alcoba del enfermo y dejarle solo con Teresa.

La memoria, con una tenacidad inexplicable, le recordaba estas palabras del ciego: «Teresa no hará nada mientras abrigue la esperanza que la vida de Alejandro peligra; pero si ve que mejora, si se convence de su restablecimiento, ¡ah! entonces la creo capaz de emplear hasta el veneno para librarse de su primo, cuya fortuna codicia.»

La situación del sacerdote era delicada; temía proceder con ligereza en tan grave asunto, y deseaba al mismo tiempo relevar á Teresa de la asistencia que prestaba á su primo.

Por fin se resolvió á dirigirle la palabra, y luego tener una conferencia con Pancho el mulato, que era el hombre de su completa confianza.

Como el enfermo dormía tranquilamente, el padre Marcelo salió de la alcoba y fué á sentarse cerca del sitio que ocupaba Teresa.

—Hija mía,—le dijo,—la enfermedad de nuestro querido Alejandro será larga y penosa, y ha llegado el momento de regularizar nuestros servicios con método, porque no quiero que pase usted la mayor parte de las noches sin dormir.

Teresa levantó la frente, miró al sacerdote, y esforzándose por sonreirse, dijo:

—Yo haré lo que usted disponga, padre Marcelo; pero debo advertirle que me bastan con tres horas de sueño, y ésas harto tiempo tengo para disfrutarlas.

—Además, hija mía, voy á pedirle á usted un favor,—añadió el sacerdote.—Tenemos la casa de Madrid abandonada. La desgracia de Alejandro nos cogió á todos tan de improviso, que echamos á correr sin cuidarnos de otra cosa que del pobre herido. Hoy han cambiado afortunadamente las circunstancias, y hace falta allá una persona de confianza que cuide de los intereses de Alejandro, y esa persona debe ser usted, hija mía.

Teresa miró con disimulado recelo al venerable sacerdote, y dijo:

—Quisiera continuar asistiendo á mi primo; pero si usted dispone que vaya á Madrid, iré.

—Por lo menos, suplico á usted que vaya tres ó cuatro días, y luego la relevaré con otra persona de mi confianza.

Teresa, que vivía siempre en perpetuo recelo, creyó notar algo y no quiso insistir, porque se había propuesto representar el papel de la humildad y la obediencia á los ojos de

aquel sacerdote, que era el apoderado general de la casa y tenía grande privanza con Alejandro.

—¿Cuándo quiere usted que salga para Madrid?

—Hoy; esta mañana.

—Está bien; saldré ahora mismo.

Teresa se levantó, y saludando con una ligera inclinación de cabeza, salió de la sala.

CAPITULO XI.

Condiciones.

El padre Marcelo permaneció un momento inmóvil, y luego, tirando del llamador de la campanilla, le dijo á un criado:

—Que venga Pancho.

Luego se sentó junto á la ventana, y se quedó mirando el precioso azul del cielo.

Pancho el mulato entró poco después en la habitación.

—Alejandro duerme,—le dijo el sacerdote en voz baja;—cierra esa puerta, pues tenemos que hablar.

Pancho obedeció, y volvió á colocarse de pié cerca del sacerdote, como el que espera órdenes.

—Siéntate, Pancho.

Pancho se sentó, pues estaba acostumbrado á la obediencia.

—Espero que me hables con entera franqueza,—repuso el sacerdote.—Sé que eres un hombre honrado y partidario

de la verdad. Vamos á ver, hijo mío: ¿qué opinión tienes formada de Teresa?

Pancho se sonrió, y dijo:

—No muy buena, padre Marcelo. Muchas veces mi difunto señor solía decirme: «Pancho, Teresa no me quiere. Sufre mis impertinencias porque espera que me acuerde de ella en mi testamento. Si yo fuera pobre me abandonaría sin acordarse de mí. Es lo mismo que su madre: ingrata, despegada, envidiosa; jamás mira frente á frente á las personas.

—¿De modo que el señor de Robledano tampoco opinaba bien de su sobrina?

—¡Oh! Peor que yo; y de buena gana la hubiera excluído de su testamento; pero le dejó algo, aunque un poco menos que á los otros dos sobrinos, y esto irritó á la señorita Teresa de un modo superlativo.

Y Pancho, sonriéndose, añadió:

—Pero afortunadamente se presentó aquí don Alejandro, y todos quedaron iguales. Dios lo dispuso así.

—¿De modo que tú crees que Teresa sería capaz de cometer una infamia?

—Yo creo que la señorita Teresa aborrecía á su tío y aborrece á su primo. Es decir, que no quiere á nadie, excepto...

Pancho se detuvo como el hombre que se cree que ha dicho más de lo que debía.

—Continúa,—añadió el sacerdote mirando con fijeza al mulato.

—Creo que la señorita Teresa no tiene simpatías más que por un hombre.

—Y ese hombre será don Salvador Verdemar.

—¡Cómo! ¿Ha sospechado usted también...

—No, no he sospechado nada, confieso mi poca perspicacia; pero se me ha hecho una revelación que me tiene inquieto, y necesito tu auxilio para defender la vida de Alejandro, que según parece, está amenazada.

—¿Y es la señorita Teresa y Verdemar los que amenazan esa vida tan preciosa para nosotros?

—Sí, Pancho, porque Teresa codicia la fortuna de Alejandro, y Verdemar es su cómplice, como lo fué Esteban Terreño.

—¡Cuánta infamia!

—Pero nosotros desbarataremos todas esas infamias, y para evitar peligros, procuraremos que ni Teresa ni Salvador se acerquen al lecho de nuestro querido enfermo.

—¿Pero será eso posible sin revelarles las sospechas que nos inspiran?

—Por el pronto he dispuesto que hoy mismo se traslade Teresa á Madrid con el pretexto de cuidar la casa que allí tenemos. En cuanto á Salvador Verdemar, yo mismo le hablaré y le prohibiré la entrada en esta quinta.

—Sin embargo, padre Marcelo,—añadió Pancho,—aunque yo no soy nadie para dar á usted consejos, sería conveniente no demostrarles la desconfianza que nos inspiran.

—Pero esa mujer junto á la cabecera del lecho de Alejandro me da miedo, después de lo que me ha dicho Esteban Terreño.

—Es verdad; creo también que sería un peligro para mi pobre amo.

—Sir Arturo Pik, tú y yo cuidaremos del enfermo sin perderle un solo momento de vista, y puesto que sir Pik se halla descansando, quédate tú de guardia hasta la noche. Sólo así estaré tranquilo.

. . . .

. . . .

Aquella misma tarde, cuando Verdemar fué, según su costumbre, á la quinta de Carabanchel, el portero le dijo que tuviera la amabilidad de entrar en la habitación del padre Marcelo, pues le estaba esperando.

Todo el que no se produce bien, todo el que tiene dañada la conciencia, vive en perpetuo sobresalto, y cualquier cosa le inquieta.

Salvador cruzó el jardín, pensando para qué le llamaría el padre Marcelo, con quien apenas había hablado tres ó cuatro veces desde su llegada de América.

El sacerdote ocupaba una modesta sala del piso bajo, especie de celda cuya austeridad inspiraba respeto.

El padre Marcelo se hallaba leyendo en su libro de oraciones sentado junto á la ventana, cuando Salvador dijo desde la puerta:

—¿Da usted su permiso, padre?

—Adelante, Salvador, adelante,—contestó el sacerdote, dejando el libro sobre una silla.

Verdemar avanzó sonriéndose y mirando á aquella venerable figura, que le miraba á su vez con imponente gravedad.

—Ruego á usted que tome asiento, pues tengo que hablarle de un asunto grave; pero como conviene que nadie oiga lo que voy á decirle, me permitirá que cierre la puerta.

El sacerdote se levantó, cerró la puerta y volvió á sentarse.

Salvador continuaba sonriéndose, pero se notaba á la simple vista que aquella sonrisa no nacía de adentro.

—Estoy seguro, señor Verdemar,—dijo el sacerdote con grave y reposado acento,—que el asombro y el recelo que se nota ahora en su semblante subirán de punto á manera que yo me vaya explicando. El sagrado magisterio que ejerzo me impone deberes que no olvido nunca, ni ante la seducción del oro, que desprecio, ni ante los peligros de muerte, que no temo. Así pues, voy á hablarle á usted con ese lenguaje de la verdad que corresponde á un verdadero evangelista que ha cruzado los bosques de América y de Africa extendiendo la divina ley del Crucificado.

El padre Marcelo se detuvo un instante, y como Salvador guardaba silencio, volvió á decir:

—Sin sentido moral y paz en la conciencia no existe en el hogar doméstico la tranquilidad de que gozan los justos. Usted, señor Verdemar, ni rinde culto á la moral, ni puede acallar los gritos de su conciencia.

—¡Yo!—exclamó Salvador, dejando de sonreirse y llevándose las dos manos al pecho.

—Sí, usted...—repuso el sacerdote sin alterarse.—Pero voy á explicar mis palabras, porque efectivamente necesitan una explicación; pero antes le diré que me guía un fin ventajoso para usted.

—¡Por Dios, padre Marcelo! Lo que usted acaba de decir es muy grave, sobre todo en la boca de una persona tan respetable y comedida como usted.

—Repito que voy á explicarme, y confío que tocando su corazón, no me negará la verdad, pues ella sola puede conducirnos por el camino del bien.

—Escucho á usted con el más profundo interés.

—Comienzo por decir que sé todo lo que usted y Teresa han hecho por apoderarse de la fortuna de Alejandro.

Salvador, instintivamente, hizo un movimiento para ponerse en pié, pero se dominó.

—¡Cómo! ¡Yo... la señorita Teresa!... ¡Oh! ¿Qué calumnia se ha levantado?—contestó Salvador con trémulo acento.

—No es calumnia, amigo mío; es la verdad, que tarde ó temprano se abre paso para desenmascarar á los culpables, y creo que usted se convencerá de ello en cuanto yo le diga algunas palabras: Esteban Terreño me lo ha revelado todo.

—¡Ah! Ese es un miserable, un asesino, un ladrón á quien no debe darle crédito ninguna persona honrada,—exclamó Salvador con descompuesto acento.—Sería capaz de calumniar á su mismo padre si viviera por un puñado de oro.

—Ruego á usted que si cree que Esteban es un miserable calumniador no tome tan á pecho la calumnia,—repuso el sacerdote.—Terreño me ha enseñado su alma y su conciencia; nada me ha ocultado de sus infamias; todo me lo ha dicho, y al referirme su vida, ha sido necesario referirme la de Salvador Verdemar y Teresa de Robledano.

El agente de negocios comprendió que el sacerdote lo sabía todo, y un estremecimiento involuntario agitó su cuerpo.

—Yo no soy aquí el juez que acusa ni el código que impone la pena. Soy el sacerdote que aconseja. Soy el mensajero de la paz. Me presento á usted con el ramo de oliva en

la mano, y espero que, á pesar de lo pasado, seremos buenos amigos.

Estas palabras de tolerancia y perdón desorientaron á Verdemar, que no comprendía si aquello era una emboscada.

—Padre Marcelo,—dijo Salvador,—Esteban Terreño es un canalla. Todo lo que ha dicho de mí y de Teresa, repito que es una calumnia. Hoy al verse perdido, castigado por la mano de Dios, trata de hacerme su cómplice con la esperanza de explotar á usted y á don Alejandro, como me ha explotado á mí en varias ocasiones, pues me debe mucho dinero. Es verdad que en otro tiempo, antes de jugarse y de derrochar la fortuna que le dejaron sus padres, yo, creyéndole una persona decente, le presté algunas sumas; pero no he tenido con él otra clase de negocios que préstamos que le he hecho, algunos de los cuales ha dejado sin pagar.

—¿Y no esperaba usted cobrar todos esos créditos de una vez y con creces después de muerto Alejandro?—preguntó el sacerdote, fijando en Salvador una de esas miradas severas que tanto trastornan á los criminales.

—¡Yo!

—¿No esperaba usted llamar esposa á la que hoy es su amante cuando ésta heredara como prima hermana la fortuna del pobre Alejandro?

—¡Yo!

—Vamos, amigo Salvador, basta ver su semblante y el convulso estremecimiento de su cuerpo para adivinar que algo de lo que me ha revelado Esteban Terreño es verdad. Así pues, tranquilice usted su espíritu, y dispóngase á oir

mis consejos y proposiciones, advirtiéndole que á usted y á Teresa les conviene admitirlos más que á nadie.

—Bien, los oiré; pero sigo protestando de las calumnias que nos ha levantado ese miserable Esteban Terreño, porque él no podrá presentar pruebas de lo que dice; yo en cambio tengo pagarés suyos...

—¿Le parece á usted poca prueba un hombre muerto y otro hombre herido? ¿Le parece á usted poca prueba las entradas por la puerta del jardín á altas horas de la noche, y las entrevistas secretas de Salvador Verdemar y Teresa de Robledano? ¿Cree usted que yo voy á permitir que en esta casa y en la de Madrid continúen los inmorales amores de usted con la prima de Alejandro? No, señor Verdemar, no; es preciso que esa inmoralidad termine, dando usted la mano de esposa á Teresa; y así será, porque de lo contrario, yo le arrancaría á usted la careta para que le conociesen á usted en Madrid, y arrojaría á Teresa de esta casa como indigna de permanecer en ella.

Y el sacerdote, que había levantado un poco la voz, serenándose de repente, añadió:

—Supongo que ni usted ni Teresa serán tan insensatos que prefieran el escándalo, que les cubra de vergüenza y de ignominia; y ahora, en el supuesto que aceptarán mis proposiciones, yo me comprometo á que Alejandro le dé un dote á su prima, que no ha de bajar de diez mil duros. Con esa suma y la protección de Alejandro aún pueden ustedes crearse una fortuna honrada y ser felices en la tierra sin necesidad de codiciar una fortuna criminal rodeada de remordimientos y sobresaltos.

Salvador guardó silencio, como si temiera soltar prenda que le comprometiera, y el padre Marcelo volvió á decir:

—Medite usted bien lo que acabo de proponerle. La paz ó la guerra. Para quitarle toda esperanza y la ocasión de cometer un crimen, ni usted ni Teresa volverán á entrar en la alcoba donde se halla enfermo Alejandro, ni en esta casa, y tan pronto como Alejandro se restablezca, le obligaré á hacer un testamento, que no ha de ser por cierto ventajoso para Teresa. Ahora, señor Verdemar, puede usted ir si gusta á consultar con su cómplice, á quien he mandado á Madrid, porque aquí me estorbaba, y no olvide usted que mis brazos están siempre abiertos para todo pecador arrepentido.

El padre Marcelo se levantó, como dando por terminada la entrevista.

Salvador Verdemar salió de la habitación verdaderamente aturdido, no tanto por las proposiciones de paz que acababa de hacerle el virtuoso sacerdote, sino por las amenazas que, á realizarse, le desacreditaban á los ojos de su numerosa clientela.

Cuando el agente de negocios salió al jardín, dirigiéndose hacia la puerta en donde le esperaba su carruaje, exclamó con verdadera desesperación:

—Al fin cometió la infamia que temíamos. Ahora comprendo que Teresa estaba en lo firme al proponerme la muerte de ese miserable; pero aún no es tarde para vengarme de él. El padre Marcelo lo sabe todo y puede perdernos; es preciso obrar con mucha cautela, sobre todo en estos momentos en que mis negocios se hallan en mal estado.

Veré á Teresa, ¡quién sabe! tal vez me convenga darle el nombre de esposo.

Salvador llegó á la puerta del jardín, en donde le esperaba su carruaje, y le dijo al cochero:

—A Madrid lo más de prisa posible. Plaza de la Independeucia.

LIBRO XIV.

LOS DOS HERMANOS.

CAPITULO PRIMERO.

Situación difícil.

Teresa llegó á la casa de Madrid ahogada por el despecho; lágrimas de rabia asomaban á sus ojos, y en verdad que no le faltaba motivo, pues el padre Marcelo la había despedido de la quinta de Carabanchel, separándola del enfermo como á una persona sospechosa.

Cuando llegó á su casa, lo primero que hizo al verse sola en su gabinete fué escribir una carta á Salvador, concebida en estos términos: «Ven inmediatamente; me han despedido de Carabanchel. Debe suceder algo grave.»

Teresa mandó la carta con un criado y se encerró en su gabinete.

Esperaba con verdadera impaciencia á su amante; el padre Marcelo le había dicho lo bastante para sobresaltarla, y Teresa pensaba que, una vez perdida la confianza de su primo, era indispensable abandonar su casa.

Este paso era grave, porque no era posible prever los resultados que daría.

Además, Teresa se hallaba, por decirlo así, arruinada, porque todas sus economías se habían derrochado en comprar al matador de Alejandro.

Teresa no ignoraba tampoco que los negocios de Verdemar iban bastante mal, y que la última liquidación de la bolsa le había costado algunos miles de duros.

Todo esto, y el despecho, batallaba en su corazón, levantando una tempestad en su cerebro.

Así pasó la mañana, así llegó la tarde, sin que Teresa se acordara de almorzar.

A las cuatro llamaron á la puerta de su gabinete, y reconociendo la voz de Salvador, abrió la puerta.

—Por fin vienes,—le dijo.—¿Has recibido mi carta?

—No, vengo de Carabanchel, en donde te aseguro que he pasado un mal rato.

—¡Qué! ¿Te han despedido de la quinta como á mí?

—Poco menos, pues el padre Marcelo lo sabe todo. Se lo ha dicho el canalla de Esteban Terreño.

—Eso podías sospechártelo. Más tarde ó más temprano debía suceder; de los hombres como Terreño no se fían mas que los imbéciles como nosotros. Primero nos explotó, luego nos ha vendido; eso era lógico.

—¡Bah! Tú siempre con lo mismo. ¿Adónde estaríamos los dos á estas horas si te hubiera creído, si hubiera seguido tus consejos?

—Quién sabe, tal vez disfrutando los millones que me ha usurpado ese hijo bastardo; pero tu miedo me ha conducido á este extremo.

—En fin, no hablemos de lo que pudo suceder, hablemos

de lo que nos sucede, porque te prevengo que nuestra situación es grave, y conviene que meditemos sobre ella.

Teresa hizo un movimiento de hombros como para demostrar su indiferencia, y Salvador un gesto de disgusto.

—No es cuestión de encogerse de hombros,—exclamó Salvador,—sino de razonar con calma qué camino nos conviene seguir. Ese bandido de Esteban le ha dicho al padre Marcelo que tú y yo éramos un peligro junto al lecho de Alejandro. Por eso á tí te han enviado á Madrid y á mí me han prohibido la entrada en la quinta de Carabanchel. Además, ese sacerdote, que en mal hora vino á desbaratar todos nuestros planes, sabe también la clase de relaciones que nos une.

—¡Cómo!—exclamó Teresa, levantando la frente.

—Sí, lo sabe todo; se conoce que alguno nos ha espiado y se lo ha dicho, pues no ignora que yo más de una vez he entrado á verte por la noche; y ¿sabes lo que quiere? pues nada menos que nos casemos, es decir, que realicemos bajo su protección una parte de nuestros deseos.

—¡Casarme bajo su protección!—añadió Teresa.

—Está claro, y hasta me ha dicho que podías contar con un dote de diez mil duros.

—¡Ah! Prosigue, porque bien vale la pena de meditar un poco sobre lo que me dices.

—Con el pretexto de que nuestras relaciones son inmorales, nos propone que nos casemos, y nos ofrece su protección; pero al mismo tiempo nos amenaza con hacernos una guerra á muerte si no acatamos sus órdenes.

—¿Y qué opinas tú de eso?—preguntó Teresa.

—Opino lo mismo que siempre, no retiro mi palabra; y si nuestros planes no hubieran sufrido tantos contratiempos ya serías mi esposa.

—¿Le has dicho eso mismo al padre Marcelo?

—Me he guardado mucho de hacerlo, porque aunque él insistió en darle crédito á las revelaciones de Esteban, yo negué siempre, suponiendo que mi negativa dejaría en el ánimo del padre Marcelo alguna duda que nos daría tiempo para resolver lo que más nos conviniera.

—Has hecho bien; hablemos, pues, y comienza por decirme lo que piensas en este asunto.

—Pienso muchas cosas, y á fuerza de pensar comienzo á embrollarme, porque yo no podía creer nunca que Esteban Terreño, ese miserable, se pasara á nuestros enemigos con armas y bagajes.

—Pues yo te confieso que no me ha causado el menor asombro; es más, lo esperaba, y si no hubiera sucedido me hubiese llevado chasco. ¿Qué puede esperarse de un hombre como Esteban? Una traición, una infamia.

—El caso es, querida Teresa, que nos ha colocado en una situación difícil. Mis negocios van mal; pero tengo buena clientela, y espero reponerme antes de mucho. Pues bien, todos esos clientes me abandonarían si el padre Marcelo diera la voz de alarma, y por lo tanto nos conviene no romper con él.

—¿Y dices que te ha ofrecido para mí un dote de diez mil duros?

—Sí, y su protección además. Pero ya comprenderás que doscientos mil reales son una miseria comparados con lo

que nosotros pensábamos tener si no se hubieran combinado los acontecimientos de un modo tan fatal.

—¡Diez mil duros! Dices bien, es una miseria,—añadió Teresa exhalando un suspiro.

—Si nos dedicamos á explotar esos diez mil duros,—dijo Salvador,—corremos peligro de perderlos. Si nos concretamos á vivir de la renta que producen en papel del Estado, apenas nos bastará para sufragar los gastos más precisos; de modo que todos nuestros sueños de lujo y de ambición se desvanecerán como el humo.

—¿Y crees tú que nos queda más esperanza que transigir con el padre Marcelo? Alejandro no tiene más herederos directos que á mí y á mi primo Diego.

—No te hagas ilusiones, querida Teresa, pues el que vive de esperanzas corre peligro de morirse de hambre. Tan pronto como Alejandro se restablezca, el padre Marcelo le hará hacer un testamento, según me dijo, en el que sospecho que no habéis de salir ni tú ni Diego muy bien librados.

—Pero ¿y si muere antes de hacer ese testamento?—preguntó Teresa con acento vibrante.

—¡Morir!... No sucederá así por nuestra desgracia, pues hoy está mejor, y aun creo por lo que he oído que ha pasado todo peligro; si no se comete alguna imprudencia se restablecerá pronto.

—Confiesa, Salvador, que hemos perdido muy buenas ocasiones.

—Siempre con la misma idea.

—¿Y te ha exigido el padre Marcelo que le lleves una contestación á sus proposiciones?

—No; pero preciso será contestarle lo más pronto posible.

—¿Y qué piensas hacer con respecto á nuestro casamiento?

—Es preciso meditarlo un poco.

—¿Te aterra la idea de casarte conmigo?

—Me aterra la idea de la escasez, de la pobreza, de la miseria.

—Sí, cuando los hombres no se casan por amor piensan todo eso. Tú no me has amado nunca.

Salvador miró á Teresa, que á su vez le miraba también.

—El amor tiene muchas graduaciones,—añadió Salvador sonriéndose;—le sucede como á los alcoholes, que unos tienen más grados y otros menos.

—El amor es sólo uno cuando es verdadero, y entonces no halla obstáculos y lo poetiza todo.

—A nuestra edad, querida Teresa, el amor es reflexivo y medita con detenimiento antes de dar un paso imprudente. Yo no retiro mi palabra, ni te quiero menos que te quería ayer; pero yo quiero que mi esposa tenga coche y abono en el Real, que frecuente la buena sociedad, y con la renta de diez mil duros no se puede hacer otra cosa que vivir modestamente.

—¿De modo que no aceptas mi mano ni el dote que me da ese generoso sacerdote?—preguntó Teresa, sonriéndose de un modo frío.

—Yo no doy por resuelto nada. Ya te he dicho que es preciso meditar mucho sobre el asunto. Quién sabe, tal vez consigamos que esos diez mil duros lleguen á veinticinco mil, y entonces ya es otra cosa.

—¡Ah! ¿Luego para tí es cuestión de dinero?

—No, no es solo para mí, sino también para tí. Desde el primer día que te declaré mi amor nuestros dos pensamientos han marchado unidos hacia un mismo fin: enriquecernos. Dispénsame si te hablo con esta franqueza. Nuestro objeto no se ha conseguido; conozco que para los dos ha sido una desgracia, y la desgracia agria los caracteres.

—¿Es decir, que hoy piensas de distinto modo?—repuso Teresa, ahogando el despecho que la devoraba.

—No mujer, no es que piense de distinto modo, es que la desgracia nos ha colocado á cien mil leguas del sitio adonde queríamos ir.

—¿Y si yo rechazara esos diez mil duros que me ofrece el padre Marcelo, y rechazara también la mano de ese hombre que retrocede y me abandona, de ese amante cobarde que tiene miedo?

—¡Teresa!... En las circunstancias que nos hallamos ése sería el peor camino; con un poco que medites te convencerás que ni puedes rechazar mi amistad ni la protección del padre Marcelo; por consiguiente, lo que á los dos nos conviene es inclinar la frente, disimular nuestro despecho y procurar sacar algún partido en esta difícil situación en que nos hallamos. Cuando un negocio se tuerce, la resignación y la paciencia son mucho más provechosos que las bravatas y la ira. Domina, pues, un poco tu carácter, y demos tiempo al tiempo.

Teresa, que estaba densamente pálida, miró con dura y amenazadora expresión á Verdemar, y dijo con pausado acento:

—Salvador, ha llegado la hora de que hablemos con fran-

queza, de que yo te diga todo lo que pienso y todo lo que estoy resuelta á hacer. Cuando yo te conocí por primera vez, tenía un pequeño capital reunido á fuerza de economías; este capital, confiado á tus manos, ha desaparecido. Tú, mejor que yo, sabes cómo. Durante un año hemos vivido con la esperanza de ser millonarios; tú alentabas esa esperanza, que acaba de desvanecerse. Hoy me han arrojado de la casa de Carabanchel; mañana tal vez me arrojarán de ésta, y entonces me hallaré perdida en medio de la calle. Pues bien, si esto sucede, entonces sabrás quién es Teresa de Robledano.

—¿Me amenazas?

—No, te aviso; porque con tus reticencias y vacilaciones veo que no te decides á cumplirme tu palabra, que vacilas en llamarme tu esposa. Yo no soy de esas mujeres que sufren con resignación los desaires y las humillaciones de sus amantes; te lo prevengo. Arruinada por seguir tus consejos, deshonrada por tí, es preciso que la querida llegue á ser esposa legítima de Salvador Verdemar, del hombre por quien lo ha sacrificado todo. Tú me conoces. Si me abandonaras en estas circunstancias, juro por la memoria de mi madre...

—Vamos, vamos, no empieces á disparatar según tu costumbre,—exclamó Salvador interrumpiéndola.—Yo no trato de abandonarte ni de faltarte á la palabra, sino de sacar el mejor partido posible en las graves circunstancias en que nos hallamos. Es preciso que tú y yo de acuerdo convenzamos al padre Marcelo de que Esteban nos ha calumniado. Es preciso que lo neguemos siempre todo, menos que nos amamos, empleando la súplica y no la amenaza para conseguir nuestro deseo. Por este medio abrigo la esperanza que Ale-

jandro te dé un buen dote. Pero si esto no sucediera, con dote ó sin dote, serás mi esposa. Así pues, te suplico que no abrigues desconfianzas que me ofenden.

Salvador era uno de esos hombres que tanto abundan en el mundo; hombres que no retroceden ante cualquier infamia si les produce dinero, y al mismo tiempo tienen la cobardía encarnada en el corazón.

Verdemar tenía miedo á Teresa; pero ese miedo que inspira la mujer á quien creemos capaz de emplear el veneno ó el puñal para vengarse del hombre á quien ama.

Muchas veces, como recordarán nuestros lectores, Teresa había propuesto á Salvador la violencia, el crimen, para librarse de los que la estorbaban, y Salvador siempre se había opuesto por miedo á las consecuencias, no por bondad de sentimientos.

Teresa y Salvador eran verdaderamente el uno digno del otro, y conociéndose, desconfiaban mutuamente.

Aquellos dos seres perversos no era posible que, ni aun cargados de millones, disfrutaran de esa paz, de esa felicidad del hogar doméstico que desconocen los malvados.

Durante una hora continuaron recriminándose el uno al otro; pero por fin convinieron en continuar fingiendo con el objeto de sacar el mejor partido posible de las graves circunstancias en que se hallaban.

A la caída de la tarde Salvador salió de la casa de la plaza de la Independencia pensando que diez mil duros de dote era poco dinero para cargar con una mujer de las condiciones de Teresa; y Teresa se quedó pensando que su porvenir no era tan risueño como había imaginado muchas veces du-

rante las largas horas de retraimiento y soledad que había pasado en la quinta de Carabanchel.

Pero como un consuelo á su aflicción, solía decirse de vez en cuándo:

—Si Salvador me vende, si me abandona, si no me cumple la palabra, ¡oh! entonces me vengaré.

CAPITULO II.

Donde don Amadeo cuenta una historia.

Amadeo Nasón no podía resignarse á vivir sin su hija adoptiva la baronesa viuda de Morgal; así es que una mañana tomó un coche y se hizo conducir á Carabanchel.

Además, á dar aquel paso le empujaba una idea de esas que asaltan á los poetas, y que, juzgando el corazón humano por el corazón individual que late en sus pechos, creen de fácil solución.

Pero ¿quién ignora que los poetas viven soñando y que llegan á la vejez con la credulidad de los niños?

Amadeo, para volver á su redil á la oveja descarriada, creyó haber encontrado el gran recurso, y, aunque ofendido con la ingratitud de Isabel de Romelia, se resolvió á hacerle una visita.

Amadeo no ignoraba lo difícil que era detener la tempestuosa pasión de una mujer de las condiciones de Isabel cuando ama con toda su alma y desprecia el qué dirán; pero creyó

un deber de amistad intentar algo para desviar á la pecadora del camino de su perdición.

Amadeo llegó á las diez de la mañana á Carabanchel, causando su visita no poca sorpresa á Micaela, que le abrió la puerta.

—¡Ah! ¿Usted por aquí, señor don Amadeo?—le dijo la doncella.—Mucho se va á alegrar la señorita de verle.

—Pues bien, dile que he llegado y que espero me recibirá como en otros tiempos más felices que el presente,—contestó el poeta.

—¡Pues ya lo creo que le recibirá á usted! Como que no se pasa una hora sin que la señora baronesa le nombre á usted. Voy, voy á avisarla que usted ha venido. ¡Ah! Supongo que almorzará usted con la señora.

—Sí; probablemente.

Micaela desapareció por un pasillo, volviendo al instante acompañada de su señora, que, como si no hubiera ocurrido nada, se arrojó en los brazos del viejo poeta, dándole un beso en la frente.

—¡Ah!—exclamó Isabel.—Bien venido sea mi viejo gruñón, que ha cometido la crueldad con su hija adoptiva de dejar pasar seis días sin visitarla.

La baronesa cogió por un brazo á don Amadeo y le condujo cariñosamente hacia su gabinete, sentándose en un diván y obligando al poeta á que hiciera lo mismo.

—¡Lástima grande—dijo Nasón mirando con ternura á la baronesa—que seas una loca incorregible!

—Pues bien, en ese caso, debe usted tenerme lástima y no rencor,—contestó riéndose Isabel.

—¿Y quién te ha dicho que yo te tengo rencor?

—Su conducta de usted para conmigo.

—Mi conducta para contigo ha sido siempre la tolerancia y el amor. De otro modo, después de la última batalla que reñimos, no me hallaría en tu casa y sentado á tu lado.

—Lo cual le agradezco á usted con toda el alma, pues eso me demuestra, primero que me perdona usted, y segundo, que me ama usted; dos cosas para mí de gran precio, sobre todo en estas circunstancias, en que confieso que comenzaba á aburrirme.

—Y vamos á ver: ¿qué has hecho desde que no te he visto?—le preguntó el poeta.

—Poca cosa. Una vida casi santa, exceptuando algunos momentos en que se ha apoderado de mí la desesperación.

—¿De modo que continúas en tu incalificable empeño de asediar á un hombre que tal vez no hace caso de tí?

Isabel exhaló un suspiro.

—Veo que he puesto el dedo en la llaga, y como me he propuesto salvarte, vengo dispuesto á decirte la verdad.

La baronesa dejó caer la frente sobre el pecho, y don Amadeo, cogiéndole una de las manos, añadió:

—¿Has visto á Alejandro?

—Sí; he conseguido penetrar en su alcoba dos noches.

—¡Ah! ¡Qué locura!

—¡Dos noches que han sido para mí un tormento, porque Alejandro, en sus delirios, no cesaba de nombrar á una mujer, y esa mujer no era yo.

Los ojos de la baronesa se llenaron de lágrimas.

—¡Pobre hija mía! No me ocultes nada; tal vez aún sea

tiempo de salvarte, aunque para conseguirlo me vea en la precisión de revelarte un secreto que pensaba guardar siempre en el fondo de mi pecho.

Y don Amadeo, cambiando de entonación, añadió:

—Dime: esa mujer que nombraba Alejandro en sus delirios, esa mujer á quien sin duda tributaría palabras de amor despedazando tu corazón, se llamaba Gabriela?

—Sí; ése era el nombre á quien dedicaba en su fiebre palabras de amor y de ternura, destrozando mi alma. Sí; ésa es la mujer que me roba su cariño, el único obstáculo que se opone á mi felicidad, y á quien odio de muerte.

Amadeo miró con cierta compasión á la baronesa, y acariciando la mano que estrechaba entre las suyas, exclamó con vehemencia:

—No, no odies á esa mujer, porque tu odio sería injusto y estaría reñido con la naturaleza. Gabriela de los Angeles sólo debe inspirarte amor.

Al oir estas palabras, Isabel levantó la frente y se quedó mirando con asombro al viejo poeta.

—¡Amor! ¡Sentir amor á una mujer que es la única valla que se levanta delante de mi felicidad!—exclamó la baronesa con acento vibrante.—¡Amar á la misma que me roba el corazón de Alejandro!... Vamos, vamos, querido poeta; proponerme eso es no tener corazón. ¡Ah! ¡Dichosos los hombres que cuando alguno les estorba pueden mandarle sus padrinos y decirle: «Uno de los dos está de más en el mundo; vamos á batirnos á muerte.» Pero un duelo entre dos mujeres resulta bufo: se ríe la gente; por eso no he buscado á esa Gabriela y la he abofeteado.

—¡Desgraciada de tí si tal hicieras!

—La odio de muerte, porque, soy bastante franca, al menos con usted, á quien miro como el mejor de mis amigos, para decirle que Alejandro no me ama, que ama á Gabriela, y es preciso que suceda lo contrario. ¿Cómo se efectuará ese milagro? Lo ignoro; pero yo haré todo lo que pueda para que suceda.

La exaltación de la baronesa iba en aumento á manera que hablaba. En sus pálidas mejillas, en el brillo de sus ojos, en el temblor convulso de su cuerpo, se adivinaba el estado de su espíritu.

Amadeo comprendió que aquella mujer sería capaz de llegar hasta el crimen corriendo en pos de su bello ideal, que no alcanzaría nunca, y se propuso detenerla antes que el abismo que veía abierto á sus piés la devorara.

—¡No, no es posible que tú,—exclamó,—no es posible que Isabel de Romelia, que la baronesa viuda de Morgal se olvide de sí misma y caiga á los piés de un hombre que la desprecia pidiendo como una limosna un poco de amor! Eso sería indigno de tí. Para detenerte, si es posible, en el fatal camino donde te hallas, voy á contarte una historia, que muchas veces ha estado á punto de asomar á mis labios y el temor la ha vuelto á sepultar en mi corazón. Oye, hija mía, oye, y luego que Dios te ilumine.

Amadeo se detuvo como para tomar aliento. Isabel le miraba con asombro, porque en los ojos de aquel bondadoso anciano asomaron dos lágrimas, al mismo tiempo que en su amable semblante aparecía una profunda tristeza.

—Hace aproximadamente diez y seis años,—dijo Amadeo

con pausado acento,—un hombre se retiraba á su casa á altas horas de la noche. La nieve comenzaba á blanquear el empedrado de las calles, y un airecillo sutil y desapacible obligaba al nocturno transeunte á aligerar el paso. De pronto se detuvo, pues le había llamado la atención un objeto que se rebullía en el quicio de una puerta. Los débiles rayos de un farol iluminaban aquel objeto: el hombre se acercó para reconocerlo mejor, y entonces un débil gemido llegó á sus oídos. Inclinó el cuerpo, y vió con asombro que era una niña dormida y casi muerta de frío sobre el dintel de la puerta.

Una capa de nieve cubría el helado cuerpecito de aquel pobre ángel abandonado; era indudable que dejándola allí el final de aquel sueño era la muerte.

—¡Pobre criatura!—dijo el hombre, cogiendo á la niña y abrigándola debajo de su gabán de pieles. Ya que Dios te ha colocado en mi camino, no seré yo el que te deje morir de frío sobre el dintel de una puerta en una noche como ésta.

Aquel hombre, que tenía un corazón noble y generoso, se llevó á su casa á la pobre niña abandonada, la colocó en una butaca junto á la chimenea, reanimó su helado cuerpecito, y al día siguiente el pobre ángel, á quien la caridad de un desconocido había salvado la vida, contaba con un hogar y un bienhechor enviados por la Providencia.

Naturalmente, el hombre quiso saber quiénes eran los padres de aquella niña, y la interrogó.

La niña era hermosa como un serafín, y demostraba tener una inteligencia privilegiada. Contestó con su encantadora media lengua á todas las preguntas que le hicieron, y de estas averiguaciones sacaron en limpio que la niña no



Ferrín avanzó un poco, se inclinó...

tenía más parientes que su abuelito, y éste debía encontrarse enfermo en un hospital.

El noble bienhechor, sin pérdida de tiempo, buscó al abuelo de la niña. Lo encontró en el hospital General, y al verle no pudo contener un grito de asombro, porque aquel viejo, extenuado por el hambre y la miseria, había sido su maestro y le había llamado hijo durante algunos años.

Entonces trasladó á su casa al pobre abuelito, como había trasladado á su nieta, le rodeó de cuidados, y supo que la madre de la niña había muerto, pero que su padre vivía, y ocupaba una elevada posición, puesto que era un grande de España.

La baronesa, que escuchaba con grande interés el relato, aprovechando una pausa del narrador, preguntó:

—¿Quién era ese hombre generoso?... Porque, en verdad, fué digna de elogio su conducta.

—Ese hombre generoso se llama el maestro Carlos Ferrán.

—¡Ah! ¿Luego esa niña abandonada es Gabriela de los Angeles?.

—Sí, hija mía. Aquella niña que estuvo expuesta á morir de frío en el quicio de una puerta; aquella niña por quien la Providencia veló aquella noche, es Gabriela de los Angeles, la célebre cantante tan solicitada por las empresas, tan aplaudida por el público.

—Pero ¿en qué puede influir la historia de esa mujer con mi situación?

—Espera un poco, que aún no he concluído mi relato.

La baronesa hizo un movimiento de impaciencia, y Amadeo volvió á decir:

—El maestro Ferrán, que se había proclamado protector de aquella niña que le enviaba la Providencia, resolvió hablar á su padre, que, como te he indicado, era un título de Castilla.

En vano el abuelito de la niña procuró convencerle de que nada conseguiría, porque siempre le había cerrado las puertas de su casa cuando iba á hablarle de su hija.

El maestro Carlos Ferrán, que era un hombre bien relacionado en Madrid; Ferrán, que concurría á todos los salones aristocráticos, recibiendo el aplauso y la admiración por su talento, se presentó una mañana en casa del noble padre de la niña abandonada á pedirle un poco de protección para la hija.

El noble, que al principio había recibido á Ferrán con gran amabilidad, tan pronto como vió el giro que tomaba la conversación y las exigencias del famoso músico, creyéndose ofendido en su orgullo, trató con cierta dureza al embajador de su hija.

Ferrán entonces, amoldando su entonación á la entonación del aristócrata y palabra tras palabra, se cruzaron ofensas que todo caballero dirime con las armas en la mano.

Al día siguiente el músico y el aristócrata se batieron.

—¿Y murió el aristócrata de un balazo en el corazón?—preguntó precipitadamente la baronesa.

—Sí, hija mía. La Providencia sin duda tomó también parte en aquel desafío, puesto que el músico nunca había cogido una pistola con sus manos y el noble era un gran tirador.

—Pero ese noble muerto en desafío ¿era mi padre?

—Sí, tu padre; y por consiguiente, Gabriela de los Angeles es tu hermana menor.

La baronesa lanzó un grito y se cubrió el rostro con las manos.

Amadeo se detuvo, como si quisiera adivinar el efecto que su relato había causado á la baronesa.

Isabel lloraba, exhalando ahogados gemidos.

—Ya ves, hija mía, que sería un pecado contra la naturaleza aborrecerla, desear su muerte, porque es tu hermana, y la misma sangre corre por vuestras venas; le debe el sér á tu mismo padre, que cometió la inhumanidad de abandonarla á ella y á su madre. Piensa, medita la casualidad providencial que coloca en tu camino á Gabriela de los Angeles, y puesto que Alejandro la ama y puede hacerla feliz, no te opongas tú á esa felicidad, que podría llenar tu vida de remordimientos.

La baronesa continuaba sollozando y con el rostro cubierto con las manos. Diríase que no escuchaba las palabras de su viejo amigo.

—Reflexiona un momento sobre tu situación,—volvió á decir Amadeo.—Eres joven, hermosa y bastante rica para vivir en el mundo con independencia. Te lamentas de que Alejandro no te ama, que hasta en sus delirios invoca el nombre de otra mujer; y esa mujer, para mayor tormento, es tu hermana. ¿Qué esperas, pues? ¿Pedirle arrodillada una limosna, un poco de ese amor que espontáneamente siente por otra? ¿Ser la manceba de un hombre que no te ama? ¡Oh! Eso sería degradarte hasta un punto vergonzoso. Toda mujer digna concede el amor, pero no lo pide, aunque el callar le cues-

te la vida. Yo espero que tú cumplas con tu deber, procurando borrar el pasado de tu memoria.

—¡Gabriela mi hermana!—murmuró en voz baja la baronesa.—¡Ah, padre mío! Lo que usted acaba de revelarme me ha hecho tanto daño, que necesito entregarme al reposo, estar sola, meditar sobre mi situación, pensar en el camino que he de seguir. Pido, pues, á usted permiso para retirarme.

—Está bien, Isabel. Que Dios te ilumine. Mañana volveré á verte, y creo que después de reflexionar en tu situación nuevos horizontes brillarán para tí.

Amadeo dió á Isabel un beso en la frente, y salió del hotel de la baronesa, abrigando la esperanza de que aún podría salvarse la que él llamaba su hija.

CAPITULO III.

Un consejo.

Profundo era el efecto que la revelación del viejo poeta había causado á la baronesa. Por el pronto, quedó aturdida, desorientada; y en estos casos el remedio más probado es la soledad, el retraimiento, el silencio.

Isabel permaneció casi todo el día tendida en un diván. Micaela su doncella quiso hablarla, distraerla, saber la causa de aquel retraimiento tres ó cuatro veces, y su ama siempre le contestaba:

—Déjame; no tengo gana mas que de llorar y estar sola.

Tratándose de una mujer tan comunicativa como la baronesa para su doncella, aquella conducta extraña le llamaba la atención, y Micaela ardía en deseos de saber qué había ocurrido entre su señora y don Amadeo.

Por la tarde la baronesa continuaba tendida en su diván, y Micaela, inquieta y desazonada, se resolvió á hacer hablar á su ama.

—Señorita, esto no puede continuar así,—le dijo:—usted no ha tomado en todo el día mas que una taza de té esta mañana y una taza de caldo esta tarde; usted no cesa de llorar y exhalar dolorosos suspiros, y todo ello me indica que le sucede algo extraordinario. Ruego á usted me perdone, pero yo creo tener algún derecho á la confianza de usted.

Isabel de Romelia levantó la cabeza, miró á su doncella, y dijo:

—Micaela, lo que á mí me sucede es tan extraordinario, que ni yo misma puedo explicármelo.

—Pues por lo mismo, señorita, debe usted confiármelo á mí, porque muchas veces lo que uno no puede resolver solo, lo resuelve fácilmente consultando con otro. Yo creo que la señorita no dudará de mi lealtad para con ella.

—Tal vez dices bien, tal vez tienes razón,—añadió la baronesa apartándose los revueltos cabellos que caían sobre su rostro.—Además, yo no he tenido nunca secretos para tí. Escucha.

Y la baronesa refirió con pocas palabras la historia de Gabriela de los Angeles, que poco antes le había contado Amadeo Nasón.

Micaela escuchó con asombro el relato de la niña abandonada, y cuando le tocó la vez de hablar, dijo:

—El suceso es verdaderamente novelesco, y comprendo el asombro y el aturdimiento de la señorita; pero confieso que yo no veo que el motivo sea para afligirse tanto.

—Siendo Gabriela mi hermana, no puedo luchar con ella, no puedo disputarle al hombre á quien amo, porque ella le ama también.

—En efecto, señorita, no debe usted luchar con ella, pero puede usted hacer otra cosa, que cuando se tropieza con un corazón hermoso y noble como se asegura que tiene Gabriela de los Angeles, da siempre mejores resultados.

La baronesa miró á Micaela como si no le comprendiera, y le preguntó:

—¿Qué es lo que puedo hacer yo?

—En primer lugar, ver á Gabriela de los Angeles y decirle: yo no he sabido hasta hoy que éramos hermanas, y vengo á darte un abrazo, y á contarte mis penas, mis amarguras; y en segundo lugar, á despedirme de tí, pues sé que amas con toda tu alma á Alejandro, y te dejo el campo libre, aunque este sacrificio me cueste la vida.

—Pero eso que me propones es arriesgado.

—¡Bah!—añadió Micaela haciendo un gesto,—será arriesgado para el que lo proponga de buena fe y esté dispuesto á cumplirlo, pero para usted, que debe guiarle una segunda intención, es muy distinto.

La baronesa guardó silencio como si meditara aquel consejo poco correcto de la doncella.

Micaela volvió á decir:

—He oído asegurar que la señorita Gabriela de los Angeles tiene un alma hermosa y sensible. Se cuentan de ella rasgos nobles; pues bien, aprovechémonos de todo esto para conseguir lo que deseamos. Hable usted sin testigos con ella, no le oculte nada de cuanto ha sucedido. Dígale que por el amor de Alejandro lo ha perdido usted todo: fortuna, reputación, aprecio de las gentes. Lleve usted á su ánimo la persuasión de que no le queda á usted otro camino que ser vin-

dicada por Alejandro ó morir; pero que sabiendo que ella le ama y es amada por él, que se despide usted de todos para siempre. De sobra sabe usted, señorita, todo lo que ha de decirle, para que con un rasgo de generosidad le abandone el campo.

—¡Ah sí, sí! Te comprendo; ¿pero y si á pesar de todo ese gran sacrificio que me aconsejas; y si aun marchándose de Madrid Gabriela, y dejándome como dices el campo libre, Alejandro no me ama?

—Si eso sucediera, lo cual es dificil, entonces preciso sería resignarse y tomar otro camino. Pero yo creo que si el señorito Alejandro viera que se alejaba de él Gabriela de los Angeles, y que se quedaba á su lado la baronesa de Morgal pidiéndole un poco de amor en cambio de todos los sacrificios que ha heeho por él, obtendríamos al fin la victoria; y libre el campo de enemigos, llegarían para usted días de paz y felicidad.

La baronesa dejó asomar una sonrisa incrédula á sus labios, y dijo:

—Todo eso es bastante difícil, Micaela; el cariño que me tienes, el interés que mi felicidad te inspira, te hacen ver para mí horizontes de color de rosa; yo en cambio, todo lo veo triste, sombrío.

—Señorita, no se ganan las batallas del amor con el desaliento, sino con el entusiasmo y la fe. Si se tratara de personas egoistas y malintencionadas, ya sería otra cosa; pero ¿cómo es posible que un hombre tan noble, tan generoso como Alejandro de Robledano rechace con desvío á una mujer de las condiciones de la baronesa de Morgal, que por amarle lo

ha perdido todo? No, no puede suceder eso; estoy segura que cuando usted le diga con las lágrimas en los ojos: Mírame, y medita un momento lo que yo era ayer y lo que soy ahora; te lo he sacrificado todo, honra, fortuna, reputación; y abandonarme cuando me hallo desvalida, sería una infamia indigna de tí.

—¿Y si Alejandro, al decirle eso—exclamó Isabel—en vez de concederme su amor, me ofrece un puñado de oro?

—Entonces, señora, rechaza usted con dignidad esa limosna, y le escupe usted al rostro su desprecio, porque la humildad de la mujer tiene su término, y la que lo traspasa se degrada.

Como si estas últimas palabras de la astuta doncella hubieran enardecido el corazón de la baronesa, exclamó con acento enérgico:

—Sí, dices bien; es preciso dar la última batalla, es preciso revestirse de valor. Veré á mi hermana, le contaré mi situación, haré todo cuanto pueda por convencerla, y si nada consigo, entonces haré lo posible para arrancar de mi corazón este amor, que me domina, antes que llegue á degradarme.

—Bien, señorita, bien; ése es el camino. Luchar mientras se pueda. Luego resignarse con la derrota.

—Pero ahora lo difícil es tener una entrevista con Gabriela, con ella sola.

—¿Por qué no la escribe usted una carta? Yo procuraré que llegue á sus manos.

—Pero al ver mi firma tal vez se niegue á recibirme.

—No creo que hay necesidad de firmarla, ni tampoco de

decirle que es usted su hermana; sin embargo, convendría indicarle que tiene una hermana, y que usted necesita hablarle de ella.

—No sé lo que hoy tienen tus palabras, que al oirte renace en mi pecho la esperanza. Dame recado de escribir.

Micaela acercó al diván una mesita con todo lo que la baronesa necesitaba, y le dijo:

—Ahora, señorita, la dejo á usted sola para que medite la carta con detenimiento. Con que así, valor, que todo se andará.

La baronesa se quedó sola.

La carta que iba á escribir podía conceptuarse difícil, porque se apartaba de la rutina de las que había escrito en su vida.

Isabel de Romelia era una mujer de imaginación, de talento natural y gran conocimiento del mundo; pero todas estas dotes, de gran utilidad para vivir, se perturban cuando llega una de esas situaciones excepcionales como en la que ella se encontraba.

Así es que la baronesa comenzó y rompió tres ó cuatro cartas, no encontrando la forma de la que pretendía escribir.

Por fin aceptó la siguiente:

«Señorita doña Gabriela de los Angeles.

»Una mujer desgraciada, una mujer que se halla unida á usted por un vínculo sagrado, una mujer que sólo de usted espera la vida ó la muerte, le pide con las lágrimas en los ojos le conceda una entrevista para revelarle un secreto de familia.

»Dispuesta estoy á ir adonde usted me indique; pero

sería para las dos muy conveniente que habláramos sin testigos, pues tengo que revelarle cosas de tanta importancia, que no conviene que las oigan oídos extraños.

»La dadora de esta carta es mi doncella, en la que puede tener completa confianza.

»Si usted accede á mis ruegos, estoy segura que no se arrepentirá nunca de su bondad, y yo tendré un motivo más de bendecir á Dios por su condescendencia.

»No le extrañe á usted que firme la carta de este modo,—*Una mujer desgraciada.*»

La baronesa se leyó dos veces la carta, y quedando satisfecha de ella, porque sin decirle nada era natural que causara gran curiosidad á Gabriela, tiró del llamador de la campanilla.

Inmediatamente se presentó Micaela.

La baronesa le dió la carta, y le dijo:

—Lee á ver qué te parece.

Micaela leyó para sí, y luego dijo:

—Perfectamente, señorita. Creo que conseguiremos nuestro objeto, y como lo que conviene es no perder tiempo, si á usted le parece me marcho á Madrid.

—Sí, sí, vete, vete, Micaela, y no olvides la impaciencia con que te estoy esperando.

Un cuarto de hora después la doncella de la baronesa tomaba asiento en uno de los muchos ómnibus que iban desde Carabanchel á Madrid.

Isabel de Romelia cogió un libro y se sentó junto á la ventana.

De vez en cuándo sus ojos se apartaban de las páginas

que leía é iban á buscar en el horizonte la quinta de Alejandro, bañada por el sol de la tarde.

Sir Arturo Pik le había ofrecido permitirle alguna que otra noche visitar al enfermo, sobre todo cuando la fiebre terminara, y la baronesa esperaba con ansia que el noble inglés le cumpliera la palabra.

Fué pasando el tiempo, y el crepúsculo vespertino comenzó á extender las sombras sobre la campiña.

Entonces la baronesa se levantó, dejó el libro sobre una silla y se asomó á la ventana.

El camino que conducía á su hotel estaba desierto. En cambio por la carretera no cesaban de cruzar carruajes, caballos y transeuntes.

Por fin llegó la noche, la baronesa pidió una luz á la cocinera y cerró la ventana.

La duración de las horas es infinita cuando se espera. A la baronesa le parecía mucha la tardanza de Micaela, sin calcular la distancia que separaba la casa del maestro Ferrán del hotelito de Carabanchel.

Por otra parte, la comisión que llevaba Micaela no se reducía solamente á entregar una carta, y podría muy bien habérsele presentado alguna dificultad para ver á Gabriela.

A pesar de todas estas reflexiones, la impaciencia de Isabel aumentaba; pero por fin, á tiempo que el reloj daba las nueve campanadas de la noche, un carruaje se detuvo delante del hotel, y sonó la campanilla.

Poco después Micaela, con la cara risueña, entraba en el gabinete de su señora.

CAPITULO IV.

Un corazón que habla.

—¡Gracias á Dios!—exclamó la baronesa viendo entrar á su doncella.

—No se ganó Zamora en una hora,—contestó Micaela, dejando asomar á sus labios una sonrisa de buen agüero.

—¿Viste á Gabriela?

—Sí señora.

—¿Entonces cómo has tardado tanto?

—Porque solamente para ir y venir se necesitan cerca de tres horas, y además había salido á paseo y tuve que esperarla.

—En fin, la viste.

—Y me recibió con mucho cariño.

—¿Qué efecto le hizo mi carta?

—Al principio se quedó pensativa, luego me dirigió alguna pregunta sobre la persona que le escribía; yo en mis contestaciones procuré avivar su curiosidad. Por fin convini-

mos en que mañana de ocho á nueve de la mañana la recibirá á usted, y para que así suceda me ha entregado esta tarjeta.

La baronesa tendió la mano para coger la tarjeta, que decía:

«Permítase la entrada á la dadora en mi gabinete, donde la estoy esperando,—*Gabriela de los Angeles.*»

La baronesa dejó la tarjeta sobre la mesa, y mirando á su doncella, dijo:

—La verdad, Micaela, ¿es muy hermosa de cerca? ¿Tanto como lo parece sobre la escena del teatro?

—Señorita, Gabriela de los Angeles no se puede negar que es hermosa. Su rostro, dulce y bondadoso, es simpático desde el primer momento que se fijan en él los ojos; pero de la hermosura de Gabriela á la hermosura de la baronesa de Morgal hay la misma diferencia que de la luz brillante del sol á los suaves rayos de la luna, y los hombres prefieren el sol á la luna.

—¿Y no es eso un rasgo de adulación que tú has aprendido en las novelas que lees?

—No señora. Conozco que la amabilidad, la dulzura y la voz de Gabriela me han cautivado; pero no es más hermosa que usted.

—Dame algún detalle particular de vuestra conversación.

—Leyó la carta para sí dos ó tres veces; luego me miró sin la menor desconfianza y sonriéndose como un niño... por último dijo:

—Pues bien, si la que ha escrito esta carta es desgraciada, si solo espera de mí la vida ó la muerte, si es cierto que

la unen á mi persona vínculos sagrados, ¿por qué tarda en venir? ¿Por qué no se presenta ella sin necesidad de escribirme?

—Porque desea hablar á usted sin testigos,—le contesté.

Aquí se quedó un momento pensativa, como si algún temor la sobresaltara; pero esta duda pasó pronto, y cogiendo una tarjeta, escribió lo que usted ha leído, añadiendo:

—Que venga mañana y me contará sus penas á mí sola; ya daré yo las órdenes á mi doncella para que así suceda.

Y Micaela, cambiando de entonación, añadió:

—Ya ve usted, señorita, que por ahora todo sale á gusto de nuestro deseo.

—¿Y cres tú que lograré convencerla á que me ceda el campo?—preguntó Isabel.

—Eso es bastante difícil de asegurar; pero atendido el carácter dulce de la señorita Gabriela, todas las ventajas pueden suponerse de nuestra parte. ¡Ah! Cuando ella vea á la baronesa de Morgal, cuando sepa que es su hermana, estoy segura que no se atreverá á negarle nada de cuanto le pida.

—Es que hay sacrificios que por noble, por generoso que sea un corazón no se decide nunca á llevarlos á cabo.

—Señorita, en este pícaro mundo no conviene pensar lo peor, porque se desalienta el ánimo más esforzado. Así pues, como pronto hemos de salir de dudas, dejemos al tiempo que nos revele la verdad. Pero alguna esperanza debe darnos ese angelillo sin hiel ni malicia con quien va usted á luchar mañana.

La baronesa nada contestó á las razones que le daba Mi-

caela; bien es verdad que para ella era una gran violencia ir á suplicarle con las lágrimas en los ojos á una rival á quien aborrecía, á pesar del inesperado parentesco que le había revelado Amadeo Nasón.

Toda situación violenta que se aparta de la vida normal á que estamos acostumbrados, perturba nuestro espíritu y altera nuestros nervios. La baronesa no había imaginado nunca que pudiera encontrarse en semejante situación.

Job, viviendo en la abundancia y la prosperidad; Job, rodeado de su familia y de sus siervos, no pudo imaginar jamás que llegara un día en que se viera solo, abandonado, cubierto de llagas y de miseria en un inmundo muladar.

Las vicisitudes de la suerte, coronadas por la fatalidad, no están nunca al alcance de la naturaleza humana, porque la vida real tiene inverosimilitudes que no se conciben cuando la fría razón las comenta.

La baronesa durmió poco aquella noche; con frecuencia sentía violentos estremecimientos que revelaban el estado de su espíritu, y en vano procuraba tranquilizarse.

Como el general en la víspera de una batalla decisiva, enumeraba inquieta los peligros y las ventajas, pero estos cálculos no le devolvían la tranquilidad.

Se levantó muy temprano, se vistió de negro, se peinó con esmero, porque obedeciendo á esa coquetería peculiar de las mujeres como Isabel de Romelia, deseaba aparecer hermosa á los ojos de su rival.

Una berlina de punto, la misma que la noche antes había traído á Micaela, esperaba desde las siete de la mañana en la puerta del hotel.

La baronesa y su doncella subieron á la berlina, dando al cochero las señas de la casa de Ferrán, pero encargándole que parara á diez ó doce metros de distancia para no llamar la atención.

La baronesa estaba pálida y un poco nerviosa, porque le causaba mucha violencia el paso que iba á dar.

Serían las ocho y media de la mañana cuando el coche se detuvo.

—Ya hemos llegado,—dijo Micaela.—Yo me quedo en el carruaje.

La baronesa se echó el velo de la mantilla sobre el rostro y bajó del coche con la tarjeta en la mano.

Al entrar en el lujoso portal, el portero salió al encuentro de la baronesa, y saludándola le dijo:

—¿A quién busca usted, señora?

—A la señorita doña Gabriela de los Angeles, que me está esperando.

—Principal,—contestó el portero, volviendo á saludar.

La puerta del principal se abrió tan pronto como la baronesa puso la yema del dedo sobre el botón del timbre. Era indudable que la estaban esperando.

Isabel presentó la tarjeta á la doncella que la abrió la puerta.

—La señorita—dijo la doncella—la está esperando á usted en su cuarto de estudio. Tenga usted la bondad de seguirme.

La baronesa procuraba en vano serenarse; su corazón latía de un modo tan estrepitoso, que maquinalmente se llevó una mano al pecho.

La doncella que iba delante llamó á la puerta con los nudillos de la mano derecha, y una voz femenina contestó dentro de la habitación:

—Adelante.

La baronesa se levantó el velo de la mantilla y entró, siguiendo á la doncella.

Junto al piano se hallaba de pié Gabriela de los Angeles.

Nada tan sencillo, tan elegante, tan espiritual como la joven diva, con su bata blanca de cachemir y su redecilla de seda blanca que sujetaba los abundantes y rubios cabellos de su hermosa cabeza.

Gabriela no se había tomado el trabajo de embellecerse empleando una hora en su *toilette:* recibía á la visita tal y como se había levantado; pero á pesar de este abandono, en derredor de aquella elegante figura resplandecía esa aureola de la virginidad y la belleza que no se consigue jamás con los afeites y los adornos.

Recibió á la baronesa con una sonrisa, y despidió á la doncella con un movimiento de cabeza.

Luego avanzó un paso, cogió á la baronesa por una mano, la condujo á un diván, la sentó y se sentó á su lado, diciendo, con una voz que levantó un dulcísimo eco en el corazón de Isabel:

—Puesto que usted desea hablarme y nos hallamos solas y sin que nadie pueda interrumpirnos, hablemos.

La baronesa se encontró fascinada ante la casta mirada de Gabriela.

Aquella mujer tenía algo de los ángeles que nos han pintado los grandes maestros. Sus ojos azules, de una serenidad

incomparable, fijos en la baronesa, le causaban una dulce emoción, y su virginal sonrisa parecía decirle: habla, confía en mí, porque la misión que me ha tocado sobre la tierra es robar corazones.

—Supongo que no me conocerá usted, señorita,—dijo por fin Isabel.

—Al contrario, señora,—contestó sin dejar de sonreirse Gabriela;—la conozco á usted, aunque ésta es la primera vez que tengo el gusto de hablar á la baronesa de Morgal.

Isabel hizo un movimiento de sorpresa, y Gabriela, acentuando la sonrisa, añadió:

—Confieso con la franqueza propia de mi carácter que estaba muy lejos de creer que la carta que recibí ayer tarde fuese de la baronesa de Morgal. Mi asombro crece, mi curiosidad aumenta de un modo superlativo, viendo á usted á mi lado, y me pregunto allá en el fondo de mi alma: ¿Qué puedes hacer tú, pobre artista, por la ilustre baronesa de Morgal, por esa dama aristocrática, reina de la moda, del buen tono y de la hermosura? ¡Oh! Excuso decir á usted, señora, la impaciencia con que espero que me descifre usted el enigma que encierra su carta.

La baronesa, que no apartaba sus ojos del rostro de Gabriela, dudaba si aquellas palabras eran la expresión de su alma pura y sencilla, ó la astucia de una actriz maestra en el arte de fingir.

Pero Gabriela se sonreía de un modo tan dulce, que pronto se convenció Isabel de que el corazón de la gran cantante era tan hermoso como su rostro.

—Hija mía,—dijo Isabel con sentido acento,—la baronesa

de Morgal que se halla sentada al lado de usted, ya no es la baronesa de Morgal que usted acaba de describir en pocas palabras. Entre el ayer y el hoy se ha abierto un abismo para mí que amenaza tragarme, y usted solo, Gabriela, puede evitar que ese abismo me devore.

Gabriela dejó de sonreirse viendo dos lágrimas que asomaban á los hermosos ojos de la baronesa.

—¡Yo, señora!—exclamó.

Y dando un notable cambio á su entonación y dejándose llevar por uno de esos arranques de su alma generosa, añadió:

—¿Es posible que dependa de mí la salvación de una mujer y que no la salve? Hable usted, señora, hable usted. Gabriela de los Angeles ha sido muy desgraciada para que olvide y abandone á los que padecen.

La baronesa se estremeció. Aquellas palabras habían penetrado en su corazón como el misterioso flúido de la esperanza, y creyó oir un eco dulcísimo en su alma que le decía: «La mujer que se halla á tu lado es un ángel de la tierra; has hecho bien en acudir á ella: háblale con entera confianza.»

—Pues bien, Gabriela,—añadió la baronesa,—vamos á hablar como hablarían dos amigas íntimas, dos hermanas. Voy á ser franca hasta un punto desconocido para mí. Ayer la odiaba á usted; ayer estaba muy lejos de sospechar que hoy me hallaría sentada al lado de Gabriela de los Angeles. Una historia que yo ignoraba, y que me ha revelado un antiguo amigo de mi padre, me obliga á dar este paso. No sé si usted comprenderá mi situación; pero yo procuraré expli-

carme, y cuando nos separemos será para odiarnos de muerte ó para amarnos con toda el alma.

La baronesa hablaba con acento conmovido, y abundantes lágrimas caían de sus ojos.

Gabriela, sin comprenderla, pero verdaderamente afectatada, lloraba también.

—Yo amo á Alejandro de Robledano... y usted le ama también,—añadió la baronesa.

—Señora...

—Ruego á usted, hija mía, que me deje hablar sin interrumpirme. Mi alma va á asomar á mis labios.

Y pasándose la mano por la frente, añadió:

—Amo á Alejandro y usted le ama también; pero el amor de usted es puro, inmaculado como ese primer reflejo de luz que alumbra al día, y el mío se revuelca sobre un charco de sangre y de remordimientos. El barón de Morgal ha muerto; Alejandro está herido. Yo sola soy la causa de esas dos catástrofes que conturban mi conciencia.

Y la baronesa, enjugándose las lágrimas, añadió:

—Ya ve usted, hija mía, si soy franca. Me he propuesto decirlo todo, y lo diré, aunque mi rostro se enrojezca de vergüenza.

Gabriela lloraba también, compadecida del dolor de aquella rival temible, pero arrepentida.

—Muerto mi marido, desheredada por él, señalada con el dedo como una mujer que ha faltado á sus más sagrados deberes, faltándome valor para retirarme de la sociedad y ocultar mi vergüenza en un rincón del mundo, pecadora impenitente y perseverante en la culpa, ¿sabe usted lo que he hecho?

Pues bien, he alquilado un hotel cerca de la quinta de Alejandro, y sobornando con oro á los criados he penetrado dos noches en la alcoba del herido.

Gabriela exhaló un suspiro y se cubrió el rostro con las manos.

La baronesa volvió á decir:

—Yo quería verle, quería hablarle, quería decirle mi comprometida situación y suplicarle que no me abandonara, puesto que por él lo había perdido todo. Pero Dios castigó mi atrevimiento; sí, me castigó de un modo terrible.

La baronesa se detuvo para respirar, porque la emoción que sentía la ahogaba.

—Penetré en la alcoba,—añadió.—Alejandro me miró sin hablarme; no me conoció: la fiebre le privaba del conocimiento, y caí de rodillas junto á su lecho. Entonces extendió una mano y comenzó á acariciar mi cabeza. Yo sentía sus ardientes dedos introducirse por mis cabellos. Confieso, Gabriela, que aquellas caricias me hacían mucho bien, tanto bien como daño me está haciendo esta revelación. De pronto la voz de Alejandro hirió mis oídos y conmovió mi alma; pero aquella voz se convirtió en un puñal que penetró en mi corazón cortando una por una sus más sensibles fibras. Aquella voz no me hablaba más que de Gabriela; y cuando pronunciaba el nombre de la baronesa de Morgal, era para maldecirle, para llenarle de oprobio y de vergüenza.

La agitación de la baronesa iba en aumento. Gabriela la compadecía desde el fondo de su alma.

—Cada vez que sus labios calenturientos—repuso Isabel—pronunciaban el nombre de Gabriela, sentía yo algo

desconsolador dentro de mi sér. ¡Oh! ¡Aquello fué un tormento indescriptible! Yo me sentía morir olvidada junto á su cama. Aquel delirio continuado, todo amor y ternura para usted, todo odio y desprecio para mí, se prolongó más de dos horas. Cuando salí de la alcoba de Alejandro llevaba yo la muerte en el corazón. Dios, como he dicho, me castigaba duramente.

La baronesa se detuvo; Gabriela quiso hablarle, consolarla, pero no encontró palabras y guardó silencio.

—A pesar de este martirio, volví otra noche con la esperanza de que, pasada la fiebre, Alejandro me tendría alguna compasión, puesto que por él lo había perdido todo; pero esta noche, si bien la calentura no era tan alta, en cambio dormía y soñaba con frecuencia, y su sueño era Gabriela de los Angeles. Al amanecer abandoné la alcoba de Alejandro, verdaderamente desconsolada y persuadida de que sólo amaba á usted.

La baronesa se enjugó las lágrimas, y exhalando un suspiro, repuso:

—Es tan doloroso arrancar del corazón la última esperanza, que no pude resignarme á que Alejandro no me amara. Durante algunas horas mantuve una lucha terrible conmigo misma. El orgullo me gritaba: lucha, dispútale á tu rival el amor de ese hombre; y otras veces la razón me aconsejaba que le cediera el campo á Gabriela de los Angeles. Usted, hija mía, no conoce estas tempestades del alma. ¡Dios quiera que no las conozca nunca!

Y la baronesa, fijando sus ojos llenos de lágrimas en Gabriela, añadió:

—Así se hallaba mi conturbado espíritu, cuando ayer vino á visitarme un antiguo y leal amigo de mi padre, que me quiere como á su propia hija. «Isabel,—me dijo,—por la última vez vengo á importunarte con mis consejos, que, desgraciadamnte para tí, no sigues nunca. Pero te veo en el camino de la perdición, y ha llegado el momento de que te revele un secreto que ignoras y que puede influir de un modo poderoso en tu porvenir.

La baronesa cogió con sus dos manos una de Gabriela, y mirándola con dulce y cariñosa expresión, repuso:

—El secreto que me reveló aquel amigo leal me causó tan profundo asombro, influyó de tal manera en mi espíritu, que todos mis planes se derribaron como un deleznable castillo de naipes. Un nuevo horizonte se presentó ante mis ojos, y sintiendo algo consolador en mi corazón, me decidí á escribir á usted la carta que ha causado esta entrevista.

Y la baronesa, estrechando la mano de Gabriela contra su pecho, añadió:

—Ahora, hija mía, prepárese usted á oir la relación que me hizo el amigo íntimo de su padre.

CAPITULO V.

Historia de siempre.

Aquellas dos mujeres con las manos cogidas y los ojos llenos de lágrimas continuaron mirándose algunos segundos sin darse cuenta de la muda contemplación que las fascinaba.

Toda su vida se había reconcentrado en sus miradas; sus lenguas callaban, pero en sus semblantes se veía esa poesía, esa elocuencia del silencio que tantos atractivos tiene en algunos momentos sublimes de la vida.

Por fin la baronesa de Morgal dijo:

—Voy á contar á usted un episodio de la vida privada de mi padre el conde de Romelia; historia vulgar que se repite con harta frecuencia, y que deja muchas veces en pos de sí lágrimas y sangre.

El conde de Romelia, mi padre, como todos esos jóvenes que deben al nacimiento una posición elevada y una fortuna, vivía alegremente, sin preocuparse en lo porvenir. La casualidad puso ante su paso á una joven modesta y virtuosa y se

enamoró de ella. Esta joven tuvo la desgracia de creer en los juramentos y promesas del conde, y le entregó su corazón y su honra sin la menor desconfianza.

De estos amores nació una niña, y la madre, acariciándola contra su pecho, la consideraba un lazo de eterna unión entre ella y su seductor.

¡Vana esperanza! El amor del conde solo era un capricho pasajero, y poco á poco fué separándose de la víctima, hasta el punto de pasarse semanas y meses sin ver ni á la hija ni á la madre, que al fin, abandonada de aquel á quien amaba con toda su alma, comenzó á enfermar, muriendo víctima de la profunda tristeza que había consumido su cuerpo en la hermosa primavera de su vida. Aquella mártir fué la madre de Gabriela de los Angeles: su verdugo, el conde de Romelia, mi padre.

—¡Pobre madre mía!—murmuró en voz baja Gabriela, aturdida con la inesperada revelación.

Y luego, dejando asomar una melancólica sonrisa á sus labios, añadió:

—¡Ah! Entonces yo soy una hija natural del conde de Romelia, y por consiguiente, hermana por parte de padre de la baronesa de Morgal.

—Sí, sí, somos hermanas, Gabriela,—exclamó Isabel, abrazando á la *primadonna*.—Ayer supe este secreto de familia, y ya ves que no he perdido tiempo en comunicártelo.

—Bien venida seas, hermana mía,—añadió Gabriela, abrazando á su vez á la baronesa,—y dichosa yo si puedo endulzar tus penas y enjugar tus lágrimas. La historia de mi nacimiento ha sido siempre un secreto para mí; algo

sospechaba yo de que era una hija del amor abandonada por su padre y recogida por el hombre más generoso del mundo, por el maestro Ferrán, á quien se lo debo todo; pero como mi bienhechor guardaba el secreto, yo procuraba no mortificarle con mis preguntas, porque, después de todo, es mi verdadero padre; es el que ha educado mi alma, aquel á quien le debo lo que soy, y justo es que le ame con todo mi corazón.

Gabriela pronunciaba con dulce entonación todas estas palabras, acariciando contra su pecho la cabeza de su hermana.

La baronesa se sentía verdaderamente conmovida, y esta emoción se revelaba en angustiosos sollozos.

—Yo supongo, hermana mía, que has venido aquí á contarme, no solamente la historia de mi nacimiento, sino tus penas, tus dolores. Habla, pues, con entera confianza. Dichosa yo si puedo serte útil.

—¡Ah! No me habían engañado al decirme que eras un ángel,—exclamó la baronesa.—Oye, hermana mía, mis desventuras: luego tú dictaras la sentencia, y yo acataré tu fallo resignada.

La baronesa se enjugó las lágrimas, y comenzó á hablar de esta manera:

—Yo amo á Alejandro; sí, le amo con delirio, con locura. Jamás pude imaginar que el amor de un hombre me pusiera en el caso de olvidarme de mí misma hasta el punto de sacrificárselo todo. Como es mi alma la que te está hablando, perdona el tropel de palabras que brotan de mi boca, si alguna de ellas ofende tus castos oídos, tu virginal corazón.

Pero es preciso que te lo diga todo, que lo sepas todo. Alejandro apareció ante mis ojos fascinándome, aturdiéndome; le vi y le amé de un modo desconocido para mí, y sentí dentro de mi sér algo que no había sentido nunca; lo confieso, Gabriela, hasta ese día yo no había amado á nadie.

Al principio me indigné conmigo misma, porque yo, que siempre había sabido dominar los impulsos de mi corazón, me sentía dominada por ellos. Acostumbrada á que los hombres solicitasen de rodillas una sonrisa, una mirada mía, me irritaba la indiferencia de Alejandro, y puse en juego todos los seductores recursos de la coquetería, para que Robledano se fijara en mí y comprendiera que le amaba.

La baronesa se detuvo para enjugarse las lágrimas. Gabriela estaba muy pálida, pero en su purísima boca se veía una sonrisa de bondad.

—Lo que voy á relatarte, hermana mía,—prosiguió Isabel,—enciende de rubor mis mejillas y levanta una tempestad en mi corazón. Alejandro continuaba indiferente ante mis seducciones y sin caer en las redes del amor que yo le tendía. Tú no comprendes esto, pero yo debo decírtelo, porque me he propuesto presentarme ante tus ojos tal y como soy, para que me juzgues y me perdones y compadezcas, ó me desprecies y me maldigas, porque cuando la voz de la conciencia habla no debe ocultarse nada.

La agitación de la baronesa iba en aumento, y mientras tanto, Gabriela contemplaba á su hermana con dulce expresión.

—Olvidándome de mí misma,—añadió la baronesa,—le dí una cita, y Alejandro acudió á ella, más bien como un

caballero que no quiere desairar á una dama, que como un amante enamorado.

Y la baronesa, pasándose la mano por la frente, y con cierta precipitación que revelaba su vergüenza, repuso:

—Desde esa noche Alejandro fué mi amante; pero un amante que yo conocía que no me amaba; tú no comprendes, pobre Gabriela, lo terrible que era esta duda para una mujer como yo; y hasta tal punto estaba ciega, que no veía la tempestad que los celos de mi marido comenzaba á agrupar sobre mi cabeza. Pero ¡qué me importaban á mí aquellos celos! Era preciso que Alejandro me amara como yo le amaba á él, con todo su corazón, y detrás de una imprudencia cometía otra, sin hacer caso de los consejos que me daba un amigo leal.

Aquí la baronesa, con los ojos arrasados en lágrimas, contó á su hermana con todos los detalles la expedición de caza al monte alcarreño, y el peligro que había corrido su vida.

Continuó su relato sin que ni una sola vez la interrumpiera Gabriela, y fué avanzando hasta llegar á la noche en que, penetrando en la alcoba del herido, sintió dolores de muerte al oir los enamorados delirios de Alejandro.

—Sí, sí, hermana mía,—añadió juntando las manos,—esto fué un castigo que Dios me enviaba; castigo horrible, espantoso; cada frase de amor que pronunciaba su lengua dedicada á Gabriela de los Angeles, rompía en pedazos una fibra de mi corazón. Sufrí mucho, lloré mucho, y la idea de la muerte cruzó por mi cerebro, porque á manera que iba adivinando que Alejandro no me amaba le amaba yo más, porque él era mi única esperanza, mi único apoyo, mi única sal-

vación en el mundo, porque por él lo había perdido todo: honra, fortuna, posición.

La baronesa se detuvo para tomar aliento, y luego volvió á decir:

—Al despuntar el día salí de la habitación de Alejandro con el alma hecha pedazos y sintiendo hacia Gabriela de los Angeles un odio de muerte. Ya ves que te lo digo todo; odio injusto, porque tú, pobre ángel, no tenías la menor culpa de mis desdichas, de mis amarguras. Yo era la única culpable, yo, que me había interpuesto entre Alejandro y tú. Afortunadamente, dos días después, y cuando mil ideas extravagantes y rencorosas cruzaban por mi cerebro, un leal amigo me reveló el origen de tu nacimiento, y supe con asombro que eras mi hermana. Excuso decirte el efecto que esta revelación me causó. Todos mis planes de venganza se desvanecieron; sentí algo en mi alma consolador y me dije: «Es preciso que veas á Gabriela, es preciso que estreches contra tu pecho á tu hermana y que le pidas perdón.»

Y la baronesa, cayendo de rodillas á los piés de Gabriela, exclamó:

—Espero tu sentencia. Si me lo mandas, huiré lejos de Alejandro, no le veré más, aunque esta separación cause mi muerte.

Gabriela colocó una de sus manos sobre la cabeza de Isabel, la estuvo contemplando un momento con los ojos llenos de lágrimas, y luego dijo:

—Has hecho bien, hermana mía, en venir á contarme tus penas; has hecho bien en confiar en mí. Yo amo á Alejandro, guardo su amor en el santuario de mi alma, pero allí perma-

necerá escondido alimentándose de sí mismo. Tú, pobre pecadora, dejándote arrastrar por la pasión que te domina, lo has sacrificado todo por él; pues bien, yo que soy tu hermana, y tengo el deber de ampararte y sacrificar si es preciso por tí mi vida, sólo voy á dirigirte esta pregunta: ¿qué quieres de mí? Manda, y obedeceré.

Y Gabriela levantó á la baronesa y la estrechó con ternura entre sus brazos.

Por un momento sólo se oyeron sollozos y besos. Isabel había encontrado un alma tan noble, tan sensible, tan dispuesta al sacrificio, que no sabía como demostrar su agradecimiento.

Por fin, en uno de esos arranques que brotan del fondo del corazón, exclamó:

—¡Pero tú amas á Alejandro! ¿Vas á sacrificarme ese amor que es tu vida?...

—¿Y por qué no?—contestó Gabriela sonriéndose como un ángel.—El amor de Alejandro para mí es la vida; pero para tí es la vida y la honra; tú tienes más derecho que yo: justo es, por lo tanto, que yo me retire.

—Pero ¿y si él va á buscarte á ese retiro?

—No temas; cuando Alejandro abandone el lecho, yo me hallaré muy lejos de España.

—¡Huir, huir de él, amándole como le amas!

—¿No eres tú mi hermana?—contestó Gabriela.—Pues bien, sé feliz, recobra el honor perdido... y de vez en cuándo dedícale un recuerdo á la pobre Gabriela.

—¡Ah! Eres un ángel.

—No, soy solamente una buena hermana, una pobre hi-

ja del amor que no conoció á su padre... á su padre, que la abandonó cuando más necesitaba de su apoyo y de su cariño; pero no le culpo, él tampoco me conocía.

Y Gabriela, acariciando la cabeza de Isabel, repuso sonriéndose:

—Quedamos, pues, convenidas, en que te cedo á Alejandro. Yo procuraré olvidarle... el teatro, la música, serán mi consuelo. ¡Ah! Tú no sabes lo que aturden, lo que fascinan los aplausos. La gloria siempre es un entretenimiento que adormece las penas.

Difícil sería describir con los colores de la verdad la hermosa, la interesante expresión del rostro de Gabriela. Sus labios sonreían, y de sus ojos caían gota á gota las lágrimas.

La baronesa la contemplaba con éxtasis; aquella mujer tenía algo en derredor de su cabeza que no era terrenal. Era una mártir llena de fe cristiana que marchaba sonriéndose al martirio y casi contenta, pues dando su vida salvaba á su hermana.

Isabel sintió algo dentro del corazón que la reconvenía y la empequeñecía.

Gabriela, como si viera en la absorta mirada de su hermana las luchas de su espíritu, dijo:

—Tranquilízate; yo tengo un amante que con el tiempo adormecerá todas mis penas: ese amante es el arte, el teatro. Antes de tres días saldré de Madrid. Pienso descansar algunos meses en un pueblecillo de Italia reponiendo mi salud. Si alguna vez Alejandro te pregunta por mí, dile que yo sólo puedo amarle como á un hermano, y eso cuando te dé el nombre de esposo.

—¡Oh! No, no,—exclamó Isabel;—el sacrificio que te impones es demasiado grande, demasiado doloroso, y puede matarte.

—Desde muy niña estoy acostumbrada á sufrir; en cambio tú, perteneciendo á una raza elegida, no has experimentado nunca contrariedades. Lo que para mí es un sufrimiento insoportable, para tí sería la desesperación y la muerte; pero esta entrevista se prolonga demasiado. Adiós, hermana, mía, adiós para siempre, pues no volveremos á vernos más.

—¿Me cierras la puerta de tu casa?

—¿Y qué importa, si te he abierto de par en par la de mi corazón?

—¡Oh! Yo no quiero separarme de tí, ya que he tenido la fortuna de encontrarte.

—Desgraciadamente somos dos hermanas que no podemos vivir juntas,—añadió con entonación que se afanaba por parecer alegre Gabriela,—porque acabaríamos por odiarnos, y yo no quiero que me desprecie el mundo y me acuse la conciencia. Partiré dentro de breves días, te escribiré una carta de despedida, y lejos de España le pediré á Dios que te proteja y que se realicen todos tus deseos. Alejandro ha muerto para mí.

—Ofréceme al menos que nos veremos antes de marcharte,—exclamó la baronesa besando una de las manos de la diva.

Gabriela vaciló un momento, y luego dijo:

—Nos veremos, puesto que así lo quieres; y ahora no olvides, hermana mía, que nuestra entrevista debe ser un se-

creto para todos, pues de ello tal vez dependa tu felicidad.

La baronesa de Morgal salió de casa de Gabriela confundida ante la nobleza de su hermana, y llevando en el alma impresiones nuevas, desconocidas.

CAPITULO VI.

Promesa difícil.

Cuando Gabriela se quedó sola exhaló un profundo gemido, se llevó las manos al pecho y se dejó caer en un diván, exclamando:

—Es preciso... esa mujer lo ha perdido todo por Alejandro... esa mujer, abdicando de su orgullo, de su vanidad, ha venido á pedirme de rodillas y con las lágrimas en los ojos el amor de un hombre á quien yo amo con toda mi alma... ¿Qué más puede hacer? Su sangre es la mía; yo debo sacrificarme por mi hermana.

Durante algunos minutos Gabriela permaneció con la mirada dolorosamente fija en un rosetón de la alfombra. De pronto se nubló su frente, y sus labios murmuraron estas palabras:

—Pero ¿será efectivamente mi hermana?... ¿No será esto una comedia, un rasgo de audacia de la noble baronesa de Morgal?

Y Gabriela, llevándose las manos al rostro y prorrumpiendo en un amargo lloro, exclamó:

—No, no, eso no es posible, porque no hay mujer en el mundo que se atreva á tanto... estoy segura que me ha dicho la verdad, que su conciencia es la que ha hablado. Antes de dar este paso se habrá violentado mucho. ¡Pobre hermana mía, tan orgullosa, tan altiva! Pero ¿podré yo cumplirle la palabra? Si Alejandro efectivamente me ama, como ella asegura; si me busca, si cae de rodillas á mis piés y me pide perdón, ¿tendré yo valor para rechazarle, amándole como le amo?... ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!... Yo creo que he ofrecido un imposible.

Las lágrimas brotaban á torrentes de los ojos de Gabriela, los sollozos ahogaban su pecho, y allí, sola con su dolor, comprendía lo difícil de su situación; pero había dado su palabra, y era preciso cumplirla.

Mucho tiempo permaneció en tan angustiosa situación. De sus tristes meditaciones le distrajo una voz para ella muy querida, la voz del maestro Ferrán, que, como de costumbre, iba á darle los buenos días.

—Adelante, padre mío, adelante,—contestó Gabriela enjugándose las lágrimas.

Carlos entró en el gabinete, y al darle á su hija adoptiva un beso en la frente, le dijo:

—¿Estabas llorando?

—Sí; hace rato que en vano procuro contener las lágrimas. Pero siéntate aquí; necesito hablar contigo.

Ferrán se sentó al lado de Gabriela, y cogiéndole una mano y mirándola con fijeza, repuso:

—Te encuentro muy pálida... ¿Estás enferma?

—No te sobresaltes, mi salud es buena; pero...

Gabriela se detuvo, miró á su maestro, se sonrió dulcemente, y dijo:

—¿A que no aciertas quién ha estado esta mañana á visitarme?

—Tal vez Faustino, que habrá venido á traerte noticias de Alejandro... ¿Está peor por desgracia?

—No, no ha sido Faustino, ha sido una mujer; pero como no es posible que lo aciertes, voy á decírtelo yo. Ha venido á visitarme la baronesa de Morgal.

Ferrán hizo un movimiento brusco.

—Ya sabía yo que esta noticia iba á producirte gran efecto.

—¡La baronesa en esta casa! Es muy extraño.

Y Ferrán, mirando con cierta inquietud á Gabriela, añadió:

—¿Y qué quería esa noble señora?

—Una cosa muy natural, muy lógica, muy de familia... contarle sus penas á su querida hermana Gabriela de los Angeles.

El maestro, obedeciendo á un impulso de la sangre, se puso en pié.

—Si yo pudiera enfadarme con mi padre adoptivo, con mi querido maestro, con el hombre generoso á quien tanto debo,—añadió Gabriela cogiendo una de las manos de Carlos y besándosela,—le diría: padre mío, ¿por qué me has ocultado tanto tiempo el secreto de mi nacimiento? Pero no; yo sé lo que me quiere, y pues lo dispuso así, así debe ser.

—¡Ah! ¿Conque Isabel de Romelia... conque esa mujer, que ha sido la causa de la muerte de su esposo y ha puesto en grave riesgo la vida de Alejandro, ha tenido valor para venir á decirte: yo soy tu hermana?... Indudablemente algo quiere de tí, cuando se ha atrevido á tanto. Desconfía de ella: ése es el consejo que mi prudencia y el amor que te profeso deben darte; y ahora, si no es un secreto, cuéntame lo que te ha dicho esa pecadora.

Ferrán volvió á sentarse en el sofá.

—¡Ah! Si tú la hubieras visto ahí, en el mismo sitio que tú ocupas,—añadió Gabriela,—con los ojos llenos de lágrimas, la voz conmovida, y pálida como una muerta, estoy segura que te hubieras compadecido de ella, como me he compadecido yo.

—Pero bien, ¿á qué ha venido? ¿qué quería?—exclamó Carlos con marcadas muestras de inquietud.—Porque yo no puedo explicarme su visita. ¡La baronesa de Morgal en esta casa! ¡Isabel de Romelia aquí! Jamás lo hubiera creído.

Al decir estas palabras, que Gabriela no comprendía, Carlos recordaba que él había muerto en un duelo al conde de Romelia, al padre de Isabel y de Gabriela.

—La baronesa de Morgal, la altiva dama, la orgullosa aristócrata, vino á decirme: yo soy tu hermana; la sangre que corre por nuestras venas tiene el mismo origen. Mi vida y mi honra están en tus manos, y vengo á suplicarte que te apiades de mí y que me salves. ¿Y sabes cómo me decía esto? Pues arrodillada á mis piés y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Salvarla tú! ¿Y cómo puedes salvarla, después de lo

que esa mujer ha hecho? ¿Está en tus manos devolverle la honra que ella ha arrastrado por el lodo? ¿Está en tus manos resucitar á los muertos?

—No; pero está en mis manos cederle al hombre por quien lo ha perdido todo y al único que puede purificarla.

Gabriela pronunció estas palabras con un arranque tal de nobleza, que Carlos comprendió todo lo grande, todo lo sublime del sacrificio que se disponía á llevar á cabo su ahijada.

—¿Y tú le has ofrecido...

—Que huiré lejos de Alejandro, que procuraré borrar su nombre de mi memoria y su amor de mi corazón.

—¡Oh! Ese es un sacrificio que no podrás realizar sin que arriesgues la vida.

—¡Y qué importa, si salvo á mi hermana!

—Pero esa hermana, á quien apenas conoces, no merece que te sacrifiques por ella, porque ella estoy seguro que no se sacrificaría por tí.

—¿Y qué importa, si yo cumplo con mi deber?

—¡Imposible, imposible, hija mía! Tu hermoso corazón te vende. Yo no puedo permitir...

Gabriela rodeó con sus brazos el cuello de Ferrán, y dándole un beso en la frente, añadió:

—Tú, padre mío, harás como siempre lo que yo quiera; yo quiero ahora salvar á mi hermana, que ha venido á arrodillarse á mis piés y me ha creído bastante buena y generosa para salvarla. Es preciso que Alejandro, al restablecerse de su enfermedad, revindique á la baronesa de Morgal, que le devuelva la honra que le ha quitado, que le dé su nombre, que la llame su esposa, y para que eso se consiga, mañana

comenzaremos á disponer nuestro viaje á Italia, en donde pasaremos el verano en un pintoresco pueblo, yo reparando mi salud y tú concluyendo tu ópera. Ya ves que el plan no puede ser más poético... Descansar de aquí al otoño y luego volver al teatro; pero si es posible, á un teatro lejos de España; por ejemplo, á San Petersburgo.

—Sí, muy lejos de España, donde no puedas encontrarte con el hombre que amas; ¿no es verdad, Gabriela? ¡Ah, pobre hija mía! Tú, dejándote llevar por un generoso impulso de tu hermoso corazón, has ofrecido á la baronesa lo que te va á ser muy difícil de cumplir; pero yo, que no me he comprometido á nada, debo decirte que esa mujer es indigna de que te sacrifiques por ella.

—Yo no la juzgo; es mi hermana, la compadezco, pienso en ella y no en mí. Obrando de otro modo sería una ingrata, y tú sabes que me repugna semejante defecto.

—¿Y sabes tú, querida Gabriela, si podrá ser útil á la baronesa tu sacrificio? ¿Sabes tú si Alejandro amará á esa mujer, que indudablemente desprecia?... Piénsalo bien, hija mía; puede cederse á una hermana la fortuna, la sangre de las venas, pero no el amor de un hombre á quien se ama con toda el alma.

—El amor que siento por Alejandro vivirá siempre en mi corazón,—exclamó Gabriela llevándose las manos al pecho;—pero yo sabré dominarme y decirle: calla y sufre.

Y Gabriela, dando un cambio brusco á su entonación, añadió:

—No hablemos de esto, padre mío, hablemos de nuestro próximo viaje á Italia. ¡Ah! Mi pobre abuelito va á sentir

mucho esta repentina separación. Yo creo que sería mejor llevarlo con nosotros. Hoy se viaja con mucha comodidad.

Y como Ferrán había inclinado la frente sobre el pecho, Gabriela le abrazó, diciéndole:

—No quiero que te entristezcas. Vuelvo á ser la que era antes de conocer á Alejandro, una enamorada de su maestro y del divino arte que me ha enseñado. La gratitud que me inspira mi padre adoptivo y la gloria, serán de hoy en adelante las únicas pasiones de mi alma.

—Te engañas, hija mía,—repuso Ferrán;—pero partiremos á Italia, puesto que así lo deseas.

—¡Ah! ¡Qué bueno eres! Ahora me permitirás que vaya á ver á mi abuelito. Me gustaría tanto llevarle con nosotros...

—Procura convencerle tú que eres dueña de su voluntad y de su corazón; pero el pobre es muy viejo.

—Mientras yo le hablo, busca tú que conoces tanto á Italia, un pueblecito en la ribera del golfo de Nápoles. Dentro de una hora nos reuniremos en el comedor. Adiós, padre mío.

Gabriela, como si quisiera aturdirse, salió corriendo del gabinete; pero se detuvo ante la puerta del dormitorio de su abuelito.

Allí se enjugó las lágrimas, y luego, sonriéndose, entró en el modesto nido del viejo músico, que siempre, al ver entrar á su nieta, se creía que era un ángel que le enviaba Dios para poetizar su ancianidad.

—Hoy has venido más tarde, picarilla, y eso no está bien sabiendo lo que te quiere este pobre viejo.

—Sí, efectivamente, he venido una hora más tarde que de costumbre,—contestó Gabriela, depositando un beso en la blanca cabeza del anciano;—pero no por eso le quiero menos á usted, y en prueba de ello es que vengo á hacerle á usted una proposición.

—¿Y qué es ello? ¿Algún capricho, alguna locura de esas que á tí se te ocurren, y sanciona y aprueba ese tonto de Carlos?

—Puede que acierte usted.

—Sepamos de qué se trata.

—Pues de un viaje por Italia.

—¡Cómo! ¿Otra vez el viaje? ¿No habíamos convenido que por ahora se suspendía?—añadió don Agustín, haciendo un gesto de disgusto.

—Pues ahí verá usted, abuelito: hoy entre el maestro y yo hemos dispuesto otra cosa. Pero yo traigo una comisión para usted: suplicarle que nos acompañe en este viaje.

—¡Yo! ¡A mi edad! ¡con mis achaques!... ¡Oh! Eso sería aguaros la fiesta, como se dice vulgarmente; y aunque viejo, no soy tan egoista para ello.

—Es que debo advertirle á usted, por si lo ignora,—añadió Gabriela, acariciando con sus manos los blancos cabellos del abuelito,—que este viaje no es el de la *prima donna* que va ajustada á un teatro, sino el de una muchacha pacífica que va á pasar una temporada en un pueblecillo de la ribera del golfo de Nápoles; y por consiguiente, bien se puede llevar á su abuelito, aunque sea viejo y achacoso. ¿Quién le cuidará mejor que su nieta?

El pobre don Agustín miraba embelesado á Gabriela.

La voz de su nieta penetraba en su alma como una dulce melodía celestial, era la nota que más directamente conmovía las fibras de su corazón.

—Pero ¿no conoces tú, no conoce Carlos que será una locura el que yo me ponga en viaje?

—¿Y por qué? ¡Tomaremos un coche cama; puede usted hacer el viaje hasta Nápoles acostado si gusta, aunque yo creo que no habrá necesidad. Hoy enfermos muy graves se trasladan de un punto á otro sin que sufran la menor molestia, y usted no es un enfermo grave.

—Sí, pero soy una luz que se apaga,—añadió sonriéndose don Agustín.—Pero sabido es que un loco hace ciento, y tú y Carlos seréis muy capaces de convencerme que el viaje á Italia me rejuvenecerá.

—¿Y por qué no? Italia y su cielo azul lo rejuvenecen todo.

—Todo menos á un viejo que va á cumplir los ochenta años.

—¡Ah, querido abuelito! La edad no está en la fe de bautismo, sino en la cara, en el cuerpo.

—Pero muchacha,—añadió con alegre entonación el anciano,—¿te has propuesto hacerme creer que me hallo en la primavera de la vida?

—Lo que me he propuesto es que usted nos acompañe.

—¿Y cuándo es la marcha?

—Dentro de tres días.

—Nada, me voy con vosotros; un loco hace ciento.

—Entonces, voy á decirle al papá Ferrán que usted accede á nuestras súplicas y que nos acompaña.

—Puedes decirle lo que gustes, porque tú siempre ganas las batallas. Dios quiera que no te arrepientas de haberte llevado contigo á este pobre músico Matusalén.

Gabriela salió saltando como una loca del dormitorio de su abuelito, pero en vez de dirigirse al comedor, se dirigió á su cuarto, y dejándose caer desfallecida en un diván, se llevó las manos á los ojos y se puso á llorar.

Aquel ángel había ofrecido una cosa superior á sus fuerzas.

CAPITULO VII.

Donde el ex-tenor va de asombro en asombro.

Aquel mismo día, cuando Faustino el ex-tenor se presentó á las seis de la tarde en casa del maestro Ferrán á comer y á darles cuenta del estado de Alejandro, según habían convenido, le causaron no poca extrañeza estas palabras del abuelito:

—Amigo Faustino, tengo que darle á usted una noticia de sensación: me marcho á Italia.

Faustino miró á Gabriela y á Ferrán, como preguntándoles si era verdad lo que decía el viejo violinista.

—Sí, amigo mío,—dijo Gabriela con naturalidad,—nos marchamos á Italia; pasaremos el verano en un pueblecillo del golfo de Nápoles, desde donde se ven las sorprendentes erupciones del Vesubio.

—Probablemente nos instalaremos media docena de meses en la Isla de Caprea, esa antesala del paraíso,—añadió Ferrán.

Faustino continuaba mirándoles sin comprender aquella rápida é inesperada determinación, pues el día antes nadie en aquella casa pensaba en viajar.

—Veo, amigo mío, que le produce á usted casi tanto efecto como me ha producido á mí este viaje á Italia,—dijo don Agustín;—pero qué quiere usted, la reina absoluta de esta casa es una loquilla, y preciso es inclinar la frente ante sus caprichos.

—Yo soy también partidario de los viajes, pero desde que tuve la desgracia de perder la voz los he suprimido como artículo de lujo,—dijo Faustino.—La Isla de Caprea, donde he estado dos veces, es, efectivamente, un sitio delicioso para pasar el invierno; pero vamos á entrar en el mes de Abril, y en Caprea hace mucho calor durante el verano.

—¡Oh! Si eso es cierto,—repuso Gabriela,—nos trasladaremos á otro pueblo de la costa más fresco. ¿No es verdad, papá Ferrán?

—Sí, hija mía; iremos adonde tú quieras; lo importante es que descanses seis meses y que procures restablecerte del todo.

—¡Bah! Una tiple como Gabriela se repone pronto. Quince días sin cantar es suficiente.

—¿No es verdad, amigo Faustino, que hacen mal en llevarme con ellos?—preguntó don Agustín.

—Francamente, mi querido profesor,—repuso Faustino,—á la edad de usted el cuerpo agradece más una butaca que un coche del ferrocarril con su incesante trepidación; pero las molestias de un viaje á Italia pueden perdonarse por ver la pintoresca costa del golfo de Nápoles.

En aquel momento el criado sirvió la sopa, y todos se sentaron á la mesa.

Faustino ardía en deseos de saber qué era lo que había motivado aquel viaje. Además, le extrañaba que no le hubieran preguntado por la salud de Alejandro.

Durante la comida se habló poco; pero cuando sirvieron el café, Faustino creyó prudente decir:

—Tengo que dar á ustedes una buena noticia. Esta mañana he encontrado con una gran mejoría al pobre Alejandro. El peligro, según los médicos, ha pasado, y pronto entrará en la convalecencia, aunque será larga y de mucho cuidado.

El asombro de Faustino subió de punto, pues la buena noticia sólo produjo un silencio inexplicable para el extenor.

—La verdad es,—añadió, perseverante en su empeño,—que hubiera sido una lástima que Alejandro, un hombre tan noble, tan generoso, tan caballero, hubiese muerto.

—¡Muerto!—repitió Gabriela.

—Sus peligros ha corrido; porque la herida es grave. Gracias á su juventnd y robustez se salvará.

Aquí volvió á establecerse de nuevo el silencio, y Faustino quedóse con la misma curiosidad, pero adivinando que á sus amigos les pasaba algo extraordinario.

Deseando descubrir la causa de aquel silencio, se dispuso á avanzar un poco más, y dijo:

—Confieso que amo á Alejandro como á un hermano, y esta mañana, cuando entré en la alcoba, cuando vi que me recibía con una sonrisa de bondad, sentí una gran alegría en

el corazón. Los ojos se me humedecieron, porque hasta hoy no me había reconocido; la pícara fiebre le hacía delirar continuamente, y eso era un peligro constante.

—¡Hola, Faustino!—me dijo con voz desfallecida, pero sonriéndose.—¡Ah! Qué ganas tengo de abandonar este lecho.

—Todo llegará con el tiempo, amigo Alejandro,—le contesté.—Lo principal se ha conseguido; lo que falta se reduce á tener un poco de paciencia.

—Supongo—añadió—que verá usted al maestro Ferrán.

—Sí, todos los días,—repuse.

—Ruego á usted le diga que tengo mucha gana de verle y estrechar su mano.

Faustino, mientras hablaba, no cesaba de mirar á Gabriela, cuyo rostro palidecía y cuyos hermosos ojos se llenaban de lágrimas.

Carlos le hizo una seña para que no continuase aquella conversación; pero Faustino, como si no lo hubiese entendido, continuó:

—Yo, en tu nombre, querido Carlos, ofrecí á Alejandro que irías á verle cuando se hallara un poco más fuerte, y él me demostró una gran alegría por el ofrecimiento.

—Y, sin embargo, va á ser difícil, porque dentro de tres dias partimos para Italia,—dijo el maestro Ferrán.

—¡Oh! ¡Diantre! Estoy seguro que Alejandro sentirá mucho vuestro viaje. Yo, al menos, como no me gusta ser mensajero de malas nuevas, no se lo diré hasta que esté completamente restablecido.

Gabriela, á quien mortificaba aquella conversación, vien-

do que su abuelito daba cabezadas en su butaca como el que lucha con el sueño, dijo:

—Voy á dejar á ustedes un momento, porque ha llegado la hora de que se acueste mi abuelito. Vamos, dormilón.

—Sí, hija mía, vamos; el sueño es grosero en todas edades, pero en los viejos aumenta la grosería. Buenas noches, señores. Voy á soñar en la poética isla de Caprea, en el golfo de Nápoles y en el Vesubio.

Don Agustín salió del comedor apoyado en el brazo de su nieta.

Cuando Faustino y Ferrán se quedaron solos, el ex-tenor dejó transcurrir algunos segundos, y luego dijo en voz baja:

—Pero qué diablos pasa aquí, querido maestro? Tú y Gabriela me tenéis encargado con vivo interés que todas las mañanas visite á Alejandro y os dé cuenta de su salud, y hoy no parece sino que los dos esquivábais mi conversación como si os molestara.

—Pues lo que pasa, querido Faustino, es que Gabriela no pertenece á este pícaro mundo: es un ángel de los buenos tiempos de Abrahám.

—¡Oh! En cuanto á eso, ya lo sabía yo sin que tú me lo dijeras. Gabriela sola basta para honrar á todas las mujeres de la tierra. Ella las redime á todas. ¿Qué nueva proeza de virtud ha hecho?

—Una incalculable, increible: sacrificar la felicidad de toda su vida en pro de la baronesa de Morgal.

Faustino dió un salto en su silla, porque conocía todo lo ocurrido con la baronesa, Alejandro y Gabriela.

—¡La baronesa de Morgal!—repitió con asombro.—¿Y

qué méritos son los de esa mujer pecadora para que Gabriela se sacrifique por ella?

—Escucha, para que sepas hasta dónde llega la pureza inmaculada de la pobre Gabriela.

Y el maestro Ferrán contó en pocas palabras todo lo que había ocurrido entre su hija adoptiva y la baronesa de Morgal.

Cuando Carlos terminó su relato, Faustino exclamó:

—¿Y vas á consentir tú ese viaje?

—Amigo Faustino, no conoces á Gabriela. Se ha propuesto salvar á su hermana, y por conseguirlo no retrocederá ni ante la muerte.

—Pero Alejandro no ama á la baronesa de Morgal.

—Ya lo supongo.

—Y en cambio adora á Gabriela.

—¿Y crees tú que Gabriela no ama á Alejandro? Pues sí, le ama con toda su alma, y Dios quiera que este gran sacrificio no le cueste caro.

—Pues bien, yo digo que es una tontería, una necedad sacrificarse por una mujer como la baronesa de Morgal. Invoca el nombre de hermana hoy que se ve caída, hoy que se le cierran todas las puertas. Pero ¿crees tú que hubiera hecho lo mismo en otras circunstancias, por ejemplo, cuando era la reina de la moda, cuando se quemaba incienso en derredor suyo?... ¡Oh! Si entonces le hubieran dicho tú eres hermana de Gabriela, hubiera contestado con una carcajada de desprecio. Hace muy mal tu hija, en sacrificarse por semejante mujer.

Y como Ferrán callaba con la frente inclinada sobre el pecho, Faustino volvió á decir:

—Pero yo, que no tengo ni una gota de sangre del difunto conde de Romelia en las venas; yo, que no le debo ni á la baronesa ni á su padre el más pequeño favor; yo, que tanto le debo á Alejandro y á mi antiguo amigo el maestro Carlos Ferrán, haré todo lo posible para que Gabriela sea feliz, aunque sea desgraciada Isabel de Romelia.

En aquel momento Gabriela se presentó en el comedor; estaba muy pálida, pero su boca purísima se sonreía.

Al verla, los dos amigos quedaron en silencio. Gabriela avanzó hasta colocar una mano sobre el hombro de Faustino, y le dijo con dulce y reposada voz:

—No, Faustino; usted no hará nada de todo eso que acaba de decirle á mi padre; pero en cambio hará usted todo lo que yo le diga, porque yo sé que es usted un leal amigo mío. La baronesa de Morgal de hoy no es la baronesa de Morgal de ayer. Hay tanta distancia de la una á la otra como de la noche al día, como de la luz á las tinteblas. Ayer la baronesa de Morgal era rica, considerada, solicitada y reina de la moda. La aristocrática sociedad de Madrid corría en masa á sus salones para quemarle incienso, y una mirada de Isabel de Romelia enorgullecía á los hombres. Hoy, viuda, casi pobre, despreciada, escarnecida, oculta su vergüenza en un modesto nido de Carabanchel. Todo este cambio, todo este derrumbamiento, ¿sabe usted por quién lo ha sufrido la baronesa de Morgal? Por Alejandro... Él será inocente, pero sin él la baronesa sería hoy lo que era ayer.

Gabriela se detuvo, miró á su padre, se enjugó los ojos, y repuso:

—Esa dama orgullosa ha venido á verme, ha caído de

rodillas á mis piés y me ha dicho: «Sálvame, hermana mía. Sólo Alejandro puede devolverme la honra y la consideración que por él he perdido. En tus manos está mi vida ó mi muerte. Yo sé que Alejandro te ama á tí mucho más que á mí; sé que hasta en sus delirios bendice á Gabriela y maldice á la baronesa de Morgal. Si cuando recobre la salud te ve á tí, es seguro que me despreciará á mí. Sálvame, hermana mía, sálvame.

Gabriela, pasándose la mano por la frente y exhalando un suspiro, añadió:

—Mi deber es salvarla... Partiré lejos de Madrid, escribiendo antes una carta á Alejandro suplicándole que salve á mi hermana. Ese es mi deber, y no faltaré á él por nada del mundo. ¿Qué importa que los ojos derramen abundantes lágrimas si la conciencia está tranquila? ¿Qué importa que el corazón sufra dolores de muerte, si dentro de él se oye una voz que me dice: has cumplido con tu deber? ¡Ah! ¿Quién de ustedes no haría lo mismo que ha hecho la pobre Gabriela? La baronesa de Morgal es hoy una desgraciada; compadezcámosla, salvémosla; ése es nuestro deber.

Aquel grito que se escapaba del alma de Gabriela conmovió á Ferrán y á Faustino, porque los rasgos sublimes siempre levantan un eco en los corazones generosos.

—¿Pero ese sacrificio producirá los resultados que usted se propone?—exclamó el ex-tenor.

—Al menos habré puesto algo de mi parte para que así suceda.

—Alejandro no ama á esa mujer,—añadió Faustino.

—Alejandro es un caballero,—repuso Gabriela,—Alejan-

dro, sin amarla, ha sido causa de su desgracia; preciso es que yo, hermana de la baronesa, contribuya todo cuanto pueda para que llegue el día de la reparación. Si no lo consigo, tendré la satisfacción de haberlo intentado, y la conciencia no me reconvendrá nunca. Es inútil, por lo tanto, todo cuanto ustedes me digan para hacerme desistir de mi empeño. Yo espero que mi querido maestro dispondrá nuestro viaje lo más pronto posible.

Y Gabriela, sonriendo de un modo triste, añadió:

—Dicen que la ausencia es el mejor bálsamo para ciertas heridas... Ausentémonos de Madrid, y luego, que Dios nos envíe lo que más nos convenga.

—Yo creía que la época de los mártires había pasado,—repuso Faustino,—porque ya no los canoniza la Iglesia.

—Mártires habrá siempre, amigo Faustino,—contestó Gabriela;—sino que ahora se exhiben menos que en los tiempos bárbaros. El hogar doméstico es el circo moderno en donde la mujer encuentra muchas veces el martirio. Pero no hay que compadecerme tanto; para consolarme de los sufrimientos que ustedes suponen, me quedan el arte divino de la música y el cariño de ustedes. Así pues, se prohibe ver las cosas por la parte más sombría; y como no tengo secretos para mi querido padre adoptivo ni para mi leal amigo Faustino, voy á decirles que pienso despedirme de Alejandro con una carta, que Faustino me hará el favor de entregarle al día siguiente de nuestra partida. No basta que me ausente, es preciso que haga algo más por mi pobre hermana.

En aquel momento Gabriela observó que dos lágrimas se desprendían de los ojos del ex-tenor, y le dijo:

—¡Calla!... ¿Está usted llorando, amigo Faustino?

—Sí, lloro, y voy á ser franco como usted, Gabriela; ya me había acostumbrado á encontrar en esta casa ese calor de la familia del que hace tanto tiempo carezco. Su amistad de ustedes era un gran consuelo para este pobre inválido de la escena, para este pobre pária del teatro á quien Dios hubiera hecho un gran bien quitándole la vida cuando le quitó la voz. Durante muchos años mi existencia ha sido azarosa y poco correcta. La amistad de ustedes, la protección de Alejandro, fueron para mí el Jordán que purificó mis pasadas faltas. ¿Qué voy á hacer ahora si ustedes se marchan y Alejandro se marcha también? Volver al cieno de donde ustedes me habían sacado, arrastrar una vida vergonzosa y reñida con mi educación y mis sentimientos. Por eso lloro, por eso á trueque de que me llamen ustedes egoista, siento con toda el alma el sacrificio que Gabriela está dispuesta á hacer en pro de su hermana, sacrificio que conceptúo inútil, porque Alejandro no ama, no amará nunca á la baronesa de Morgal.

—Podrá no amarla,—añadió Gabriela;—pero abrigo la esperanza de que cumplirá con su deber salvando á la misma que ha perdido; y en cuanto á la separación que á usted afecta tanto, debo decirle, que la ausencia no ha de enfriar nuestra buena amistad, y que mi bondadoso padre no se olvidará en Italia de su amigo Faustino.

El ex-tenor se enjugó los ojos, y haciendo un movimiento de hombros, añadió:

—Ya sé yo que Carlos Ferrán es bueno, me lo ha demostrado muchas veces. Cuando perdí la voz, cuando tuve esa fatal desgracia, comprendí que debía descartarme del orgu-

llo; carga demasiado pesada para un pobre. No tengo, pues, orgullo, gracias á Dios; y si Carlos no fuera tan amigo mío, si no nos habláramos de tú, si no nos hubiéramos siempre tratado de igual á igual, yo le suplicaría que me llevara consigo en calidad de ayuda de cámara.

—¡Tú mi criado!—exclamó el maestro.—No, Faustino, no, eso es imposible; seremos siempre amigos del corazón, y si quieres, te vendrás con nosotros, y no nos separaremos nunca.

Imposible sería describir el gozo que resplandeció en la fisonomía de Faustino. Nuevas lágrimas asomaron á sus ojos, porque aquel ofrecimiento, hecho por un hombre tan honrado como el maestro Ferrán, era un seguro contra la miseria que amenazaba á aquel inválido de la escena.

Pero hay ofrecimientos, que aunque se hayan hecho con el corazón, no los acepta nunca un hombre escrupuloso; así es que Faustino, estrechando las manos de Carlos, le dijo:

—Ya sé que es tu alma y no tu lengua la que me está hablando, ya sé que me quieres y me compadeces con todo tu hermoso corazón; pero sé también que en estas circunstancias no debo admitir lo que me ofreces.

—¿Y por qué? ¿Crees por ventura que mi ofrecimiento es un cumplido?—le preguntó Ferrán.

—No; sé que es verdadero, leal; pero el deber me obliga á no salir por ahora de Madrid, sobre todo, mientras Alejandro, á quien tanto debo, esté en cama; porque tal vez permaneciendo á su lado pueda serle útil.

Gabriela le dirigió una mirada de gratitud é hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Así, pues, por ahora me quedo en Madrid, y te agradezco con toda el alma tu ofrecimiento. Lo que sí le exijo á tu buena y antigua amistad, es que me escribáis dos letras para darme cuenta de vosotros.

La conversación se prolongó una hora más, dando vueltas en derredor del mismo asunto.

A las once, Faustino se despidió de sus amigos, ofreciendo volver al día siguiente á darles cuenta del estado del herido y á recibir la carta de Gabriela que tenía que entregarle á Alejandro veinticuatro horas después de salir de Madrid.

Ferrán se retiró á su dormitorio y Gabriela al suyo, en donde, sentándose delante de su mesa-escritorio, comenzó la difícil carta de despedida de Alejandro.

CAPITULO VIII.

Donde la baronesa busca un aliado.

La baronesa de Morgal salió verdaderamente emocionada de la habitación de Gabriela; subió al coche, en donde la esperaba su doncella, y dió la orden de regresar á Carabanchel sin pérdida de tiempo.

Micaela sentía una gran curiosidad por saber el resultado de la entrevista que acababan de tener las dos hermanas; y como la curiosidad es un impulso de la sangre que muchas veces nos domina, olvidando la distancia que la separaba de su señora, le preguntó:

—¿Viene usted contenta ó disgustada?

—¡Oh! Vengo contenta, pero muy contenta, porque mi hermana Gabriela es un verdadero ángel de la tierra. Tú no puedes imaginarte su bondad para conmigo; todo cuanto yo te dijera sería pálido ante la verdad. Ella ha enjugado mis lágrimas con cariñosa mano, ella me ha ofrecido marcharse de España, huir lejos de Alejandro, dejarme el

campo libre, contribuir hasta con la sangre de sus venas á mi felicidad. Su bondad para conmigo ha sido tan grande, que algunas veces viéndola he sentido remordimiento, porque Gabriela ama con toda su alma á Alejandro.

—¿De modo que puede dársele á usted la enhorabuena?—preguntó Micaela.

La baronesa exhaló un suspiro, y dijo en voz baja:

—¡Quién sabe!... No es posible portarse con más generosidad, con más nobleza, con más ternura; pero temo que á pesar de ese gran sacrificio de mi hermana Alejandro no me ame.

—La señora no debe desalentarse; por el pronto el asunto marcha mejor de lo que podíamos esperar. Sigamos, pues, adelante con valor,—repuso la doncella.—Lo más importante está hecho. Cuando el señorito Alejandro abandone su cama, cuando entre en la convalecencia, se encontrará á su lado á la baronesa de Morgal. Si entonces se acuerda de Gabriela y pregunta por ella, no faltará quien le diga que se marchó de Madrid, que se halla muy lejos de España. Esta noticia no ha de serle muy grata, y usted podrá aprovecharse de las ventajas de la situación.

—¿Y la conciencia, Micaela?—exclamó la baronesa mirando á su doncella.

—¡Bah! ¡bah! La conciencia en cuestiones de amor toma poca parte y conviene no hacer caso de ella.

—¡Ah! Si tu hubieras oído á mi hermana...

—Pensaría lo mismo que pienso ahora. Cuando Gabriela se marcha y le deja á su rival el campo libre, es prueba de que no tiene una gran seguridad en ganar la batalla.

—No, no; es prueba de que tiene un corazón noble y generoso, de que es un ángel dispuesto á marchar hacia el martirio con la sonrisa en los labios. Créeme, Micaela, ante su grandeza me siento empequeñecida y tal vez me falte valor para terminar la obra empezada.

Micaela comprendió que su ama se hallaba bajo la impresión que le había causado su entrevista con Gabriela, y guardó silencio. Conocía á la baronesa, y no ignoraba que era una mujer de un carácter impresionable.

No quiso, pues, continuar discutiendo con ella temerosa de pecar de importuna, y calló.

El silencio no se interrumpió durante el viaje.

Cuando llegaron al hotelito de Carabanchel, la baronesa se encerró en su dormitorio, pues tenía necesidad de descansar algunas horas.

A la una de la tarde Isabel de Romelia salió de su dormitorio y pidió el almuerzo.

La baronesa llevaba una carta en la mano.

—Micaela,—le dijo á la doncella,—necesito que esta carta llegue lo más pronto posible á manos de Arturo Pik; es un buen amigo, y le suplico que venga á verme; creo que me complacerá.

Durante el almuerzo, Isabel de Romelia apenas cambió alguna que otra palabra sin importancia con su doncella. Estaba triste, preocupada, y de vez en cuándo se limpiaba las lágrimas.

Terminado el almuerzo, Micaela salió del hotel con la carta en el bolsillo.

La baronesa, como toda mujer que siente preocupado

el espíritu, buscó la manera de distraerse, pero esto era bastante difícil. Cogió un libro y leyó algunas páginas sin saber lo que leía; se sentó al piano, y sus dedos recorrieron maquinalmente sobre el teclado.

A las cuatro de la tarde regresó Micaela.

—¿Le has visto?—le preguntó la baronesa.

—Sí señora,—contestó la doncella;—he tardado tanto porque estaba en Madrid y he tenido que esperarle en el cuarto del jardinero.

—¿Y qué te ha dicho?

—Leyó la carta con detenimiento, y luego me dijo: «Dile á tu señora que tan pronto como me entere de la salud de Alejandro iré á verla.

—Cuando leía mi carta, ¿notaste algo en el semblante de sir Arturo?

—¡Ah, señorita! Eso es bastante difícil, tratándose de un inglés tan frío, tan inalterable como sir Pik.

—Es verdad... Pero en fin, lo importante es que venga á verme. Necesito saber si puedo contar con la amistad de sir Pik.

Media hora después sonó el timbre anunciando una visita: era sir Arturo Pik.

Micaela le introdujo en el gabinete de su señora y salió, dejándolos solos.

—Gracias, amigo Pik, muchas gracias por su condescendencia,—dijo Isabel enviando una sonrisa al inglés.

Sir Arturo se inclinó.

—Ruego á usted se siente aquí á mi lado; tengo que decirle muchas cosas y pedirle su protección, porque me en-

cuentro en una situación difícil que me sería imposible resolver yo sola, y necesito los consejos y el apoyo de usted, á quien considero un amigo leal.

—Señora baronesa, para ser un amigo desleal no vendría á esta casa, y hubiera contestado á su invitación con cualquier excusa,—contestó el inglés, sentándose en el diván que ocupaba Isabel.

—Lo sé, y por eso me he atrevido á pedirle á usted esta cita.

Sir Arturo volvió á inclinar la cabeza en señal de acatamiento, y guardó silencio.

—Hoy, amigo Pik, he dado uno de esos pasos que no se conciben, que nos asombran después de realizados; he visto á Gabriela de los Angeles, he hablado con ella y le he dicho: Hermana mía, en tus manos está mi vida y mi honra. Sálvame.

El asombro de sir Arturo creció de un modo superlativo; las palabras que acababa de pronunciar la baronesa le parecían incoherentes, como las de una loca.

Isabel de Romelia se sonrió con dulzura, y dijo:

—Comprendo el asombro que el principio de mi relato le causa á usted, porque antes he debido decirle que ayer supe por una casualidad que Gabriela y yo éramos hermanas por parte de padre, y eso me alentó á visitarla.

—¿Usted hermana de Gabriela?—preguntó sir Pik.

—Sí, hermana; y al saber lo que tantos años había sido un secreto para mí todo el odio que me inspiraba se trocó en ternura, en amor, y no vacilé en arrojarme en sus brazos, en pedirle perdón y en contarle mis penas. ¡Ah! Gabriela es

un ángel, y al ver mis lágrimas, al oir mis amarguras, al verme humilde y afligida á sus piés, me estrechó contra su generoso corazón, diciéndome: «Puesto que en mí confías, yo te salvaré... aunque sea á costa de mi felicidad.»

—Verdaderamente, señora, todo lo que usted me está contando es asombroso...

—Sea usted franco conmigo, Arturo,—añadió Isabel interrumpiéndole y como si adivinara su pensamiento,—tan asombroso que no se atreve usted á creerlo... ¿no es verdad?

—Señora...

—Hábleme usted con entera franqueza: ha llegado para mí una época en que me siento con valor para sufrirlo todo resignada. En mí no vea usted ya á la altiva y orgullosa baronesa de Morgal. Soy una pobre mujer enamorada que se cree indigna del hombre á quien ama, porque necesita su protección, su amparo, su cariño. He sido muy culpable. Compadézcame usted, amigo Arturo, y no me abandone en este trance aflictivo de mi vida.

—¿Y qué puedo hacer yo por usted, señora?

—Interceder por mí, proporcionarme una entrevista con Alejandro é inclinar su ánimo en favor de esta desgraciada que todo lo ha perdido por él.

—Señora,—añadió el inglés haciendo un gesto de disgusto,—es muy cruel lo que voy á decir á usted, pero así me lo aconseja mi honradez y la rectitud de mi carácter. Alejandro ama á Gabriela con todo su corazón. Sólo de ella me habla, sólo por ella vive, y es muy difícil arrancar un amor del alma cuando ese amor constituye la vida.

Isabel exhaló un gemido, y cubriéndose el rostro con las manos, murmuró en voz baja:

—¿Luego no hay esperanza?... ¿Luego cree usted que será inútil el sacrificio que mi hermana se ha dispuesto á llevar á cabo?...

Sir Arturo guardó silencio, compadecido del dolor de aquella mujer, cuya metamorfosis le asombraba.

—Al menos, amigo mío, háblele usted á Alejandro de mí,—añadió Isabel,—dígale usted lo que sufro, y consiga de él que me conceda una entrevista.

—Alejandro se halla aún muy débil para recibir sensaciones fuertes, y será preciso esperar unos días.

—Esperaré; pero convendría que mi entrevista con Alejandro fuese antes de la partida de Gabriela.

—¡Ah! ¿Gabriela se marcha?

—Así me lo ha ofrecido.

—¿Y con qué objeto?

—Compadecida de mí, y accediendo á mis súplicas, me deja el campo libre, porque permaneciendo ella en Madrid yo no podría luchar con mi hermana sin ser vencida. Sí, vencida, porque yo sé que Alejandro ama á Gabriela con toda su alma.

—Y Gabriela ama á Alejandro con todo su corazón... ¡Ah, señora! Mucho siento decir á usted que conceptúo inútil el sacrificio de esa encantadora joven, á quien usted llama su hermana.

La baronesa guardó silencio. Con la frente inclinada sobre el pecho y los ojos llenos de lágrimas permaneció inmóvil.

Sir Arturo, verdaderamente compadecido, pero sin atreverse á dedicarle palabras de consuelo que tal vez no se realizarían nunca, la contempló callado algunos segundos, y por fin le dijo:

—Conozco hace años á mi amigo Alejandro. Estoy seguro que si para salvar á la baronesa de Morgal fuera preciso sacrificar la mitad de su fortuna, no vacilaría ni un segundo; pero Alejandro pertenece á esa raza de hombres que sólo aman una vez en la vida. Seres previlegiados, superiores, á quienes la vulgaridad dedica una sonrisa de desprecio, porque ni los comprende, ni pueden llegar nunca con su pequeñez hasta su grandeza. Yo ruego á usted, señora, que me perdone si alguna de mis palabras la mortifican, aumentando su amargura; me guía un fin noble y leal.

—¡Ah! No, no, hable usted; le escucho con toda mi alma!—exclamó Isabel.

—Entonces, continúo. Alejandro ama á Gabriela, y su amor es de tal naturaleza, que llena por completo su corazón, y estoy seguro que en él permanecerá hasta el instante que deje de latir. Este amor puro, firme, inquebrantable, es poco común en la época que atravesamos, sobre todo tratándose de un joven rico y favorecido por la naturaleza. Pues bien, señora, Alejandro ha tenido la suerte de encontrar á una mujer digna de la grandeza de su alma; esta mujer es Gabriela, que, como él, es una hija del amor. Dios sin duda, compadecido de ellos, hizo que se encontraran y que se confundieran sus almas con una mirada. Oponerse á esa voluntad suprema, querer separar esas dos almas embriagadas en un mismo perfume, querer desunir esas dos voluntades,

puras y vírgenes, es una empresa superior á las fuerzas humanas. Gabriela podrá marcharse de Madrid, lejos, muy lejos, ocultarse en un rincón ignorado del mundo, pero su alma se quedará donde se quede Alejandro, como el alma de Alejandro se irá adonde vaya Gabriela.

La baronesa exhaló un sollozo, y Arturo, con pausado acento, volvió á decir:

—Sé que estoy mortificando á la señora baronesa; pero en este instante mi honradez así me lo aconseja.

—Pero ¿cree usted que Alejandro, tan noble, tan generoso,—exclamó Isabel,—me abandonará á mí, cuando él es la causa de todas mis desgracias?

—Señora baronesa, ruego á usted dedique unos instantes á esa vida que se llama de los recuerdos. ¿Qué ha pasado entre usted y Alejandro? ¿Quién es el culpable de las desgracias que han sucedido y de la sangre que se ha derramado?

Y Arturo, bajando la voz, añadió:

—Recuerde usted la cita en el palco del teatro Real, recuerde usted las imprudencias de Isabel de Romelia, y pregúntele á su conciencia si tiene algún derecho para pedir una reparación.

La baronesa ahogó un gemido y se cubrió la cara con las manos.

—Ruego á usted me perdone, señora, si la situación en que nos encontramos me obliga á invocar ciertos recuerdos que jamás hubieran asomado á mis labios.

—Sí, sí, he sido muy culpable,—murmuró la baronesa,—y Dios me castiga. No tengo ningún derecho; pero Alejan-

dro es muy generoso, y en viéndome caer á sus piés pidiéndole un poco de protección, estoy segura que no me abandonará, porque su desprecio sería mi muerte.

—No, no, Alejandro no abandonará nunca á la baronesa de Morgal; pero Alejandro estoy seguro que no dará nunca el nombre de esposo á Isabel de Romelia.

—¡Nunca!—repitió la baronesa, mirando con asombro á sir Arturo.

—Así lo creo, señora.

—Entonces, el sacrificio de mi buena, de mi querida hermana será estéril.

—Así lo creo, señora.

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío, qué va á ser de mí! ¡Ilumíname en estas profundas tinieblas!

Aquí hubo una pausa, durante la cual Isabel lloró, cubriéndose el rostro con las manos, y sir Pik la estuvo contemplando y compadeciéndose de ella.

Por fin Isabel se enjugó las lágrimas, y mirando al joven inglés, le tendió una mano, diciéndole:

—Es usted un amigo leal, y doy á usted las gracias por su noble franqueza para conmigo. Pero como á los desgraciados siempre nos queda en el fondo del corazón un resto de esperanza, yo ruego á usted que me proporcione una entrevista con Alejandro.

—En cuanto á eso, señora, será usted complacida, yo vendré aquí para conducirla al lado de Alejandro; porque supongo que no se negará á complacer á usted.

—¿Cuándo será eso?—preguntó con afán la baronesa de Morgal.

—No puedo precisar el día, pero muy pronto.

—Espero con impaciencia.

Arturo, que comprendió que aquella entrevista podía darse por terminada, pidió perdón á la baronesa por las lágrimas que su franqueza le había hecho derramar, y salió del hotel, verdaderamente emocionado ante el notable cambio que había sufrido la baronesa.

—Pobre mujer,—se dijo,—nació para ser feliz, y es verdaderamente desgraciada.

LIBRO XV.

CONVALECENCIA.

CAPITULO PRIMERO.

Donde el inglés cumple su palabra.

Pasado el peligro, cuando el enfermo es joven y la naturaleza robusta, se avanza con rapidez por el camino de la convalecencia.

El primer día que Alejandro abandonó el lecho y los médicos le permitieron pasar algunas horas sentado en una butaca junto á los cristales del balcón, era un día hermoso del mes de Abril.

El sol, eterno fecundizador, lo embellecía todo, llenando de luz la tierra y el cielo.

El jardín comenzaba á preludiar las sonrisas de la primavera, y Alejandro, extasiado con los limpios horizontes que se extendían ante sus ojos, tal vez dedicaba un recuerdo á los vírgenes y feraces bosques de Africa y América, en donde había pasado la mayor parte de su vida amando á su madre y admirando la naturaleza de aquellas regiones privilegiadas.

¡Quién sabe! Tal vez en aquel momento de melancólica contemplación su pensamiento se hallaba dedicado en absoluto á Gabriela, á su único; á su primer amor.

Sir Arturo Pik, de pié junto al balcón, contemplaba también en silencio el dilatado y limpio cielo que se extendía ante sus ojos.

El noble inglés, el leal amigo, no había dicho ni una sola palabra á Alejandro de su entrevista con la baronesa de Morgal, como si temiera afectar con su relato la débil naturaleza del convaleciente.

Esperando una ocasión propicia habían transcurrido cuatro días, y mientras tanto Isabel de Romelia vivía en su pequeño hotel devorada por la impaciencia.

Por fin Alejandro rompió aquel silencio contemplativo diciendo:

—Amigo Arturo, siempre que veo el sol brillar con todo su esplendor, mi imaginación se traslada con la rapidez del pensamiento á los campos de Africa, allí donde corrió mi juventud entre los hombres de la naturaleza. ¿Qué habrá sido de aquellos buenos amigos de la ciudad de Monrovia?

—Probablemente—contestó Pik—seguirán vegetando á la sombra de sus gigantescos árboles sin que turbe su sueño la voz acusadora de la conciencia.

—Sí, ellos son felices, y muchas veces, á pesar de mis millones, envidio su modesta existencia.

—A propósito, amigo Alejandro, no olvide usted que me tiene ofrecido una cacería de leones y panteras por las orillas del Segris.

—¡Ah! No es culpa mía si no le he cumplido á usted el

ofrecimiento,—contestó Alejandro sonriéndose.—Madrid tiete para mí una sombra muy negra. Otro más supersticioso que yo, ya hubiera huído de él, sacudiendo hasta el polvo de sus zapatos. En poco tiempo he dejado ciego á un hombre, he muerto á otro, y yo he estado á punto de perecer.

Y Alejandro, moviendo con triste expresión la cabeza, añadió:

—¡Pobre barón de Morgal!... Un hombre tan pacífico, tan bueno. Su muerte pesa sobre mi conciencia como una mala acción. Daría la mitad de mi fortuna... qué digo la mitad, toda entera por devolverle la vida; porque, amigo Pik, matar á un hombre á quien no se odia, que ningún daño nos ha hecho, sino que por el contrario, hemos ofendido y deshonrado, deja una espina clavada en el corazón.

—Esa es la vida en sociedad,—contestó el inglés.—¿Quién puede librarse de un acontecimiento desgraciado? Usted hizo todo lo posible para evitar el duelo; el barón quería matar ó morir; le tocó la peor suerte, porque con las condiciones del duelo que él impuso y nosotros aceptamos, no podía suceder otra cosa.

Alejandro exhaló un suspiro, miró con fijeza á Pik, y dijo:

—Amigo Arturo, hace algunos días que deseo preguntarle á usted qué ha sido de esa desgraciada baronesa de Morgal. ¿Es verdad que ha venido á verme?

Aquella pregunta preparaba el terreno á sir Arturo, cuya delicada comisión le tenía altamente disgustado, pero que estaba resuelto á desempeñar como cumplido caballero.

—Sí, ha venido dos noches,—dijo con pausado acento Arturo.

—¿Se atrevió á tanto?

—Una mujer enamorada y que se halla en las circunstancias de la baronesa de Morgal se atreve á todo.

—¿Pues qué circunstancias son las de esa mujer, sin más ley que su capricho?

—La baronesa de hoy no es la misma baronesa de ayer. Su marido dejó un testamento humillante, vergonzoso para ella, y ha sido desheredada y arrojada de su palacio. La alta sociedad de Madrid le ha cerrado sus puertas, y se ha visto en la precisión de ocultarse en una modesta casa de campo, en donde pasa la vida pensando en un imposible y llorando sus culpas.

—Rencoroso y vengativo era, según se ve, el noble barón de Morgal,—dijo Alejandro como si hablara consigo mismo.

Y luego, pasándose la mano por la frente y cambiando de entonación, añadió:

—¿Dice usted que ha venido dos noches á verme? Yo también así como un sueño me parece recordar haberla visto junto á mi lecho. ¿Qué quería esa desgraciada?

—Ver sin duda á una de las víctimas de su imprudencia, llorar y pedirle perdón á su amante.

—Yo no he sido el amante de esa mujer,—contestó Alejandro frunciendo el ceño.

—Sin embargo, Alejandro, ese nombre se da en Europa á la clase de relaciones que ha tenido usted con la baronesa de Morgal.

—Pero yo no he amado nunca á esa mujer.

—Eso es distinto; se puede tener una querida por capricho, por vanidad, y puede no amarse; pero se le da el nombre de amante al hombre que recibe sus caricias.

—No, yo no he amado nunca á la baronesa de Morgal; confieso que es una mujer hermosa, tal vez seductora para otros; pero yo la hubiera mirado siempre con indiferencia, á no imponerme ciertas galanterías esta sociedad en que vivimos.

—Pues bien, esa misma galantería, esas obligaciones que impone la educación y la sociedad le obligan á usted, amigo mío, á conceder la audiencia que solicita la baronesa de Morgal.

—Es verdad, amigo Pik, conozco que soy un salvaje; recibiré á la baronesa, por más que me violente tener con ella una entrevista; y puesto que usted es el que la solicita en su nombre, dejo á usted elegir el día y la hora.

—Como la baronesa tiene que revelar á usted un secreto que indudablemente le causará alguna impresión, no sé si convendría esperar á que se hallase usted restablecido del todo.

—¿Tanto puede conmoverme ese secreto?

—Sí, Alejandro, le producirá á usted mucho efecto.

—Entonces prefiero que sea lo más pronto posible, porque siempre he preferido la realidad á la incertidumbre, y le suplico á usted que venga hoy mismo, si es posible.

—Vendrá mañana por la noche.

—Muy largas se me van á hacer las horas. Y ahora, amigo mío, dejando á la baronesa, hablemos de Gabriela. ¡Me

hubiera hecho tanto bien verla junto á la cabecera de mi cama! ¿Por qué no ha venido? ¿Duda que le cumpla mi palabra?

—Gabriela, amigo Alejandro, es una muchacha honrada y virtuosa, y por mucho que ame á su prometido, no puede permitirse visitarle sin perder algo de su buena reputación.

—Sí, es verdad, la opinión le exige que no me vea, que sacrifique los nobles impulsos de su alma, que sea hipócrita, como si á ella y á mí nos importase nada esa opinión que se complace en matar nuestra felicidad. Pero tan pronto como me restablezca correré á su casa, me arrojaré á sus piés, le pediré perdón de las ofensas que le he hecho, le daré el nombre de esposo... y luego no tendré más voluntad que la suya.

A manera que hablaba se iba animando la fisonomía de Robledano; diríase que el amor de su alma brotaba por todos los poros de su semblante.

—¡Ah! Cuando pienso que he dudado de la pureza de Gabriela...—volvió á decir Alejandro,—cuando pienso todo el daño que me ha hecho la baronesa de Morgal, siento un odio implacable hacia esa mujer funesta que se atravesó en mal hora en nuestro camino para destruir nuestra felicidad. ¡Yo fuí un insensato, un loco, al sospechar que aquella máscara del teatro Real que con tan poco pudor se arrojaba en mis brazos era Gabriela! Yo debí entonces arrancarle la careta y desenmascarar á la pecadora. ¡Cuántos disgustos nos habría evitado saber aquella noche la verdad! Pero por un necio escrúpulo dejé pasar la ocasión, y las consecuencias han sido fatales para todos. Sin embargo, á pesar de mi inexplicable conducta, Gabriela no ha dejado de amarme ni un solo

instante. Faustino, que me habla siempre de ella y que la ve todos los días, me lo ha dicho; tenía ya dispuesto su viaje creyendo que yo no la amaba, que la había olvidado por la baronesa, y cuando supo que estaba herido suspendió el viaje, porque quería saber de mi salud á cada hora del día. Ella me perdonaba todo el mal que la había hecho. Bendita sea.

Mientras Alejandro hablaba de Gabriela con alguna incoherencia, sir Arturo pensaba en lo difícil que le había de ser á la baronesa conquistar el alma enamorada de Alejandro.

—Reflexionando con madurez—añadió Alejandro—todo lo que que me ha sucedido desde que llegué á Madrid, debo creer que tengo enemigos que me odian de muerte, como afirma el venerable padre Marcelo. ¡Enemigos! ¡Yo que no he hecho daño á nadie! No puedo creerlo. ¿No opina usted lo mismo, amigo Pik?

—Sin embargo, también me ha hablado á mí de esos enemigos el padre Marcelo, y usted sabe hasta dónde llega la prudencia del venerable sacerdote; y cuando él lo dice, tendrá sus motivos para creerlo así.

—Pues ¿por qué no los nombra?

—Porque tal vez no ha llegado la hora.

—Yo creo que son cavilaciones hijas del mucho amor que me tiene. ¡Ah! Recuerdo que un día tuvimos un altercado hablando de las mujeres de teatro,—añadió sonriéndose Alejandro.—Para el padre Marcelo, la virtud y la honradez no existía entre bastidores, y hubiera establecido con todo vigor las ridículas é injustas pragmáticas de Felipe II contra los comediantes. Sólo á él, á quien tanto debo y tanto me quiere, le podía yo tolerar que dudara de la virginal pureza de

Gabriela; pero andando el tiempo se ha convencido de que también en el teatro hay mujeres honradas... Más vale así. Pero en cuanto á los enemigos que él dice que tengo, yo no los veo, por más que los busco, en derredor mío.

—Porque usted, querido Alejandro, juzga á los demás por sus propios sentimientos,—repuso Arturo,—y eso no le quepa á usted duda que nos proporciona muchos desengaños en esta vida.

—De manera que la vida, según usted y según el padre Marcelo, es una perpetua desconfianza, un sobresalto continuo. Cuando una persona se acerca á nosotros con la sonrisa en los labios y la mano tendida en señal de alianza, debemos mirarla con recelo y decirnos interiormente: «anda con cuidado no te engañe». A los hombres que así se portan les llama la sociedad prudentes y precavidos, cuando debería llamarles desgraciados. Confieso, amigo Pik, que á mí me engañará todo el que quiera; porque yo no desconfío de nadie, siempre he vivido así, y seguiré viviendo el resto de mis días, sin que turben mi sueño esos enemigos que sobresaltan al padre Marcelo, y que yo tengo la fortuna de no ver por más que los busco.

En aquel momento el reloj dió las diez de la mañana, y Alejandro, cambiando de entonación, dijo:

—Las diez... Cuánto tarda hoy Faustino.

—En nombrando al ruin de Roma, luego asoma,—añadió el inglés.—Ahora entra por la puerta del jardín.

Alejandro se apoyó en los brazos de la butaca, se levantó, y miró á través de los cristales del balcón.

—Gracias á Dios,—dijo.

—Amigo Alejandro, puesto que ya tiene usted un compañero con quien hablar de cosas agradables,—repuso Arturo sonriéndose,—aprovecho la ocasión para dar una vuelta por la embajada inglesa. Estaré aquí á las tres de la tarde.

Alejandro tendió las dos manos á sir Arturo, y le dijo:

—¿Cómo quiere usted que me ocupe de esos enemigos, tal vez soñados por el padre Marcelo, cuando se tienen amigos tan leales como usted? Hasta la tarde, amigo mío.

—Quedamos en que mañana por la noche recibirá usted á la baronesa de Morgal.

—Tiene usted mi palabra y nunca falto á ella.

Sir Pik salió de la habitación.

Alejandro, en vez de mirar hacia el jardín, se quedó mirando hacia la puerta. Esperaba á Faustino, á su confidente, al que todos los días iba á hablarle de Gabriela de los Angeles.

CAPITULO II.

Revelación.

Apenas Faustino asomó por la puerta, Alejandro le dijo:

—¡Ah! ¿Por fin se acuerda usted de este pobre enfermo que tiene el cuerpo en Carabanchel y el alma en Madrid? ¿Qué ha ocurrido que no vino usted ayer á verme?

Faustino dejó el sombrero sobre una silla, estrechó la mano que le tendía Alejandro, y dijo:

—Nada de particular, amigo mío. Estuve indispuesto y se me pasó el tiempo.

Alejandro creyó notar algo en la fisonomía del ex-tenor, y mirándole con fijeza, repuso:

—A usted le sucede algo.

—¡A mí! Absolutamente nada.

Y Faustino pronunció estas palabras con una entonación que en vez de desvanecer los temores de Alejandro, los aumentó.

—Puesto que no le inspiro á usted confianza, no insisto

con mis preguntas,—añadió Alejandro; pero si usted se toma la molestia de mirarse al espejo, verá por sus propios ojos que le vende su semblante.

Faustino intentó sonreirse y no pudo, ó por lo menos lo hizo tan mal, que Alejandro, cogiéndole de una mano y mirándole con fijeza, añadió:

—Amigo Faustino, hábleme usted con franqueza: algo ocurre en casa de Gabriela; lo leo en el semblante de usted, y para los hombres de mi temperamento es preferible la verdad, por horrible que sea, á la incertidumbre de la duda.

La mano de Faustino se estremecía al contacto de la mano de Alejandro, y además, la mirada investigadora de Robledano parecía reconvenirle por su silencio.

—¿Está enferma Gabriela?—añadió Alejandro.—¿Por qué no vino usted ayer, como de costumbre? Teníamos convenido, amigo Faustino, que todos los días vendría usted á Carabanchel á darme cuenta de lo que pasaba en casa del maestro Ferrán. ¿Por qué ha faltado usted durante veinticuatro horas á ese convenio sellado por nuestra buena amistad?

—Ya lo he dicho: porque he estado enfermo,—contestó con acento inseguro el ex-tenor.

—No, no; usted es un hombre agradecido, usted me quiere como á un hermano, usted quiere á Gabriela como á una hija, y una destemplanza del cuerpo no hubiera sido bastante motivo para dejarme sin noticias de la mujer que amo con toda mi alma durante veinticuatro horas. Algo ha pasado; yo necesito saberlo.

—Pues bien, sí, ha sucedido algo desagradable,—exclamó Faustino sin poder fingir por más tiempo.—Esta pícara

cara que Dios me ha dado tiene la mala costumbre de que se reflejen en ella todas las malas y buenas impresiones del corazón; pero tranquilícese usted, Gabriela está buena y le ama á usted más que nunca; sólo que ella se quiere imponer un sacrificio propio de una mártir, y yo me he propuesto que ese sacrificio no se lleve á cabo, porque podría ser fatal para todos.

Estas palabras, pronunciadas precipitadamente, aumentaron los temores de Alejandro. Ya no era posible prolongar las explicaciones, y Faustino habló de esta manera:

—Sabido es que no hay nada tan inverosímil como la vida real; por eso estoy seguro que va usted á asombrarse de un modo superlativo cuando le diga que la baronesa de Morgal y Gabriela de los Angeles son hermanas.

Alejandro miró con expresión de asombro á Faustino, diciendo:

—¡Hermanas!

—Sí; el conde de Romelia es el padre de Gabriela... ella lo ignoraba, hasta hace cuatro días que se lo reveló la misma baronesa.

Alejandro se llevó una mano á la frente, y volvió á decir en voz baja:

—¡Hermanas!

—Pues bien, la baronesa, que supo este secreto de familia porque se lo reveló un amigo de su padre, el poeta Amadeo Nasón, vió como suele decirse, el cielo abierto, y corrió á casa de Gabriela para revelárselo á su vez.

—¡La baronesa de Morgal en casa de Gabriela!—añadió Alejandro.

—Sí, amigo mío; corrió á arrojarse á los piés de nuestra adorada diva, y allí, con los ojos llenos de lágrimas, le dijo: «Hermana mía, tú puedes salvarme: en tus manos se halla mi honra y mi vida; dispón de ellas.»

—Pero todo lo que usted me está contando, ¿no es un sueño?

—Es la pura verdad, por más que á usted, lo mismo que á mí, nos parezca inverosímil. La orgullosa baronesa de Morgal fué á pedirle á Gabriela, á su hermana, su amparo, su protección; y como Gabriela es un ángel, al verla pálida, suplicante, llorosa, no supo negarle nada, abrió sus brazos y la estrechó contra su corazón, diciendo: «Confía en mí, hermana mía.»

—Pero esa mujer fatal ¿qué quiere de Gabriela?

—Un imposible, porque Gabriela no puede cumplirle lo que le ha ofrecido sin sacrificar su felicidad, tal vez su vida.

—¡Morir Gabriela! ¡Desgraciado del que tuviera el atrevimiento de ofenderla,—exclamó Alejandro,—porque le haría polvo entre mis manos! Pero, por Dios, Faustino, dígame usted qué es lo que ha ofrecido Gabriela, y que no puede cumplir sin grave riesgo de su felicidad y de su vida.

—Gabriela, á cuyo noble corazón no se llama en balde,—repuso el ex-tenor;—Gabriela, que ama á Alejandro de Robledano con toda su alma, le ha ofrecido á la baronesa de Morgal huir lejos del hombre á quien ama, cederle el campo, interceder por ella, puesto que sólo Alejandro puede devolverle la honra que ha perdido por él.

—¡Imposible, imposible! Esa mujer ha fascinado á Ga-

briela; pero yo la arrancaré la máscara; yo no consentiré nunca que se sacrifique y que me sacrifique á mí.

Y Alejandro, haciendo un movimiento como para levantarse, añadió:

—Es preciso que yo vea á Gabriela.

Faustino puso suavemente una mano sobre el hombro de Alejandro.

—Gabriela ha escrito una carta para usted, de la que soy portador; carta donde refleja la hermosa alma de un ángel; pero ruego á usted que se tranquilice, pues ni usted ni yo hemos ofrecido nada á la señora baronesa, y en cambio estamos vivamente interesados en la salud y bienestar de Gabriela.

—Pero ¿esa carta?...—preguntó Alejandro con impaciencia.

—Aquí está: léala usted, y luego la comentaremos, porque yo puedo decir algo que no está escrito en la carta.

Alejandro rompió con mano trémula el sobre, y comenzó á leer en voz baja lo que sigue:

«Al señor don Alejandro de Robledano.

»Mi noble y buen amigo: Jamás me he encontrado en una situación tan difícil como ésta en que cojo la pluma para escribirle á usted. Quisiera consignar en estas hojas de papel todo lo que siente mi alma, y temo no poderlo conseguir.

»¿Quiere usted permitirme que le dé el dulce nombre de hermano?... ¡Ah! Eso me daría fuerzas para llevar á cabo el sacrificio que me he impuesto.

»Sí; estoy segura que usted me lo permite; usted, que es el hombre más generoso, más noble que he conocido; us-

ted, dispuesto siempre á sacrificarse y á amparar á los que sufren.

»Así pues, y en el supuesto que me permite que le hable como á un hermano, continúo, ó por mejor decir, empiezo mi carta dejando que mi alma dicte lo que he de escribirte.

»Sin temor de que me taches de presuntuosa, te diré que nunca he sido ni egoista ni hipócrita, y siempre he procurado sembrar el bien en derredor mío y practicar actos de justicia, de esos que dicta un corazón puro y noble.

»¿Qué harías tú, Alejandro, si una hermana desgraciada te pidiera de rodillas y con lágrimas ¡en los ojos la vida y la honra? ¿No es verdad que no vacilarías en concedérselo, sin reparar en las consecuencias de tu generosidad?... ¿No es verdad que levantándola del suelo, enjugando sus ojos, estrechándola contra tu pecho, le dirías: hermana, espera, confía, porque no en balde has llamado á las puertas de mi corazón, porque no en balde te has humillado ante mí para pedirme un gran sacrificio, lo cual supone que me has juzgado bastante generosa para llevarlo á cabo?

»Pues bien, Alejandro, eso me ha sucedido á mí; la baronesa de Morgal ha venido á verme, á contarme la historia de mi nacimiento, á decirme que soy hija del conde de Romelia, y por consiguiente hermana suya, y á narrarme sus penas, su triste situación, su deshonra, sus angustias de muerte.

»¡Ah! Muchas lágrimas, muchas amarguras me ha causado esa mujer; pero la he visto tan humilde, tan arrepentida, que á mis ojos han quedado redimidas sus culpas, y en mi alma ha brotado un nuevo amor, el amor de hermana,

que yo desconocía, y que ha borrado todos los resentimientos de mi corazón, dejando este hermoso lema escrito: El perdón de las ofensas.

»Hace poco tiempo la baronesa de Morgal era en la aristocrática sociedad de Madrid la reina de la hermosura y de la moda. Rica, considerada, los hombres más ilustres giraban en derredor de ella ansiosos de merecer una sonrisa, una mirada. Desde el alto pedestal de su fortuna, que ella creía imperecedera, manejaba á su antojo el tropel de adoradores que le hacían la corte. Un día tuvo la desgracia de encontrarte en su camino: te vió y te amó de un modo desconocido para ella; pero al observar tu indiferencia, tu frialdad, un vértigo se apoderó de su cerebro, pues no podía explicarse que existiera un hombre insensible ante sus seducciones.

»Su amor propio sufrió un rudo golpe. La vanidad de la coqueta acostumbrada á dominar se sintió mortificada, y, torrente desbordado, atropelló por todo, sin que la detuvieran ni las consideraciones sociales, ni la honra, ni la vida.

»¿A qué repetir todo lo que la baronesa hizo y todo lo que sucedió? Historia dolorosa que ha costado la vida á un hombre y ha puesto la tuya en grave peligro.

»La pobre pecadora, verdaderamente arrepentida, no tiene en la tierra más salvación que Alejandro de Robledano. Él puede devolverle, si no todo, la mayor parte de los bienes materiales y morales que por él ha perdido, y pone por su intercesora á mí, á su hermana.

»¿No es verdad que esto parece un sueño? Y sin embargo es una realidad muy dolorosa.

»Así, pues, Alejandro, así, pues, hermano mío, yo te su-

plico con el alma y la vida que salves á la baronesa de Morgal, que salves á mi hermana, pues tú sólo puedes llevar á cabo la obra santa de redimir á una pecadora que vive hoy desolada bajo el peso del infortunio y la vergüenza de sus culpas.

»Grande es, sin duda, el sacrificio que te exijo; pero no es menos grande el que me impongo. Salva á mi hermana; sé su amparo, su protector; yo grabaré este lema en mi corazón: Gratitud eterna á mi hermano Alejandro.

»Adiós, adiós para siempre; en tí confía y espera,—*Gabriela de los Angeles.*»

Al terminar la lectura de la carta, Alejandro exhaló un ruidoso suspiro, y mirando con fijeza á Faustino, dijo:

—Pero Gabriela me pide un imposible. No ha reflexionado bien. Yo podré darle á la baronesa mi fortuna; pero nunca mi mano, jamás mi alma.

—Eso mismo precisamente es lo que yo le he dicho; pero ni las súplicas del maestro Ferrán ni las mías la han convencido,—añadió el ex-tenor con acento conmovido.

—¿Pero es que ya no me ama?

—Al contrario, Alejandro. Yo creo que le ama á usted más que nunca.

—Entonces, ¿por qué me pide qne ame á otra, que le dé el nombre de esposo?

—Esa es precisamente la grandeza de su sacrificio.

—Pero ese sacrificio no puedo yo llevarle á cabo, sería la desgracia de todos.

—Gabriela es un ángel... y se cree que sacrificándose ella salva á su hermana y la rodea de felicidades; error

grande que no le deja ver el poco conocimiento que tiene de las maldades del corazón humano.

—No, no; es preciso que yo la vea, que yo la hable, que yo la convenza de lo inútil del sacrificio que me exige y que se impone. Es preciso que yo le diga que la baronesa de Morgal se hubiera reído de ella si la hubiera visto á sus piés pidiéndole que le cediera el amor y la mano de un hombre. Además, yo no puedo ser feliz con una mujer como Isabel de Romelia, con una mujer salpicada con la sangre de su esposo y con el lodo del adulterio...

—Vamos, vamos; es preciso no tomar las cosas tan á pecho,—dijo Faustino, temeroso de que aquella escena empeorara al enfermo.

—Es que se trata de mi felicidad y de la de Gabriela, y necesito escribirle una carta, que usted me hará el favor de entregarla en propias manos.

—¡Diantre! Eso va á ser bastante difícil, amigo Alejandro.

—¡Difícil! ¿Y por qué?—preguntó Robledano mirando con fijeza.

—¡Toma! Porque Gabriela no se halla en Madrid.

El ex-tenor notó que el semblante de Alejandro palidecía.

—¡Ah! ¡Huye de mí y dice que me ama!... Pues bien, yo sabré la verdad... yo la buscaré, aunque tenga que recorrer el mundo... Una mujer como Gabriela no se oculta tan fácilmente. Sí, yo la encontraré.

—Eso, amigo Alejandro, no ha de ser difícil,—añadió sonriéndose Faustino.—Gabriela, acompañada del maestro

Ferrán y de su abuelito, se ha dirigido á Italia, donde pasarán media docena de meses reponiendo su salud. De modo que no sería difícil encontrarla en el golfo de Nápoles.

—¿Usted sabe adónde se han dirigido?—preguntó Alejandro.

—Sí, me han hecho esa confianza, y ahora voy yo á hacer á usted otra para tranquilizarle. Gabriela, que ama á usted con toda su alma, me ha encargado muy especialmente que la escriba con frecuencia dándole cuenta de todo lo que le pase á Alejandro de Robledano, porque á pesar de los consejos que le dirige, yo sé que Alejandro ha sido su primer amor y será el último; porque las mujeres como Gabriela no aman más que una sola vez en la vida.

Estas palabras calmaron el agitado espíritu del enfermo.

Faustino volvió á decir:

—En buen hora que Gabriela, dejándose llevar por los generosos impulsos de su hermoso corazón, se decida á sacrificarse por quien en realidad no lo merece; pero nosotros, que tenemos en más su felicidad que la nuestra, no debemos consentirlo. ¿No es verdad, Alejandro?

—No, no lo consentiremos; y como supongo que usted sabe el itinerario del viaje, hoy mismo le escribirá usted una carta.

—Yo haré todo lo que usted quiera; porque la gratitud, las simpatías y el deber me ponen á las órdenes de Alejandro de Robledano.

—Pues entonces, amigo Faustino, aún no lo hemos perdido todo.

—¡Todo!—exclamó sonriéndose el ex-tenor.—Yo creo

que no hemos perdido nada, y en cambio ganamos mucho; porque este acontecimiento nos demuestra sin ningún género de duda lo que vale Gabriela de los Angeles. Además, seis meses de descanso en Italia no le vendrán mal á nuestra querida diva.

Y Faustino, exhalando un suspiro verdaderamente teatral, añadió:

—¡Italia! ¡Ah! ¡Qué hermosos recuerdos tiene para mí! Pero desgraciadamente el pobre Faustino ya no volverá á ver aquel cielo azul y aquella patria del arte.

—Y ¿por qué, amigo mío?—añadió Alejandro, mirando con cariñosa expresión á aquel inválido de la ópera.

—Diantre, porque los pobres no podemos viajar, á no ser que, imitando á los antiguos romeros, lo hagamos á pié y pidiendo limosna.

—Pero los pobres leales, agradecidos y honrados, que tienen como usted amigos ricos, ¿por qué no han de viajar con ellos?

—Toma, porque no siempre los ricos se acuerdan de los pobres.

—Pues bien, yo me acuerdo de usted y le invito para que me acompañe en mi próximo viaje á Italia, y tal vez á Africa.

—¿De veras?—exclamó Faustino sin poder dominar su alegría.

—Tan de veras, amigo mío. Sólo voy á imponerle á usted una condición.

—Aceptada, sea cual fuere,—exclamó precipitadamente el tenor.

—Como he invitado á otro amigo,—repuso Alejandro,—espero que usted me permita que nos acompañe.

—Sospecho quién es ese amigo: sir Arturo Pik, ¿no es verdad?

—El mismo.

—Pues le acepto como compañero de viaje,—añadió con cómica entonación Faustino,—porque sir Arturo es el inglés más simpático que he conocido en mi vida; y cuidado que he pasado en Londres algunos años, en aquel tiempo que tenía en la garganta un filón de oro.

Alejandro quería á Faustino desde el primer momento que le conoció, y así se lo había demostrado, protegiéndole con una generosidad poco común; bien es verdad que el ex-tenor, por su educación y sus nobles sentimientos, se hacía acreedor á aquella protección.

—Ahora, amigo Faustino, voy á proponerle á usted que ya que Ferrán ha abandonado á Madrid, y nada tiene usted que hacer en la coronada villa, que se venga usted á vivir conmigo.. Mañana tal vez me permitirán los médicos bajar al jardín, y necesito un brazo que me preste su apoyo y un amigo que me hable de Gabriela; ¿quién mejor que usted? Además, hablaremos de Italia y de nuestro próximo viaje.

Dos lágrimas asomaron á los ojos de Faustino, y estrechando una mano de Alejandro, exclamó:

—¡Ah! ¡Qué he hecho yo para merecer los favores que usted me otorga! ¡Yo, pobre inválido de la escena, que tal vez á estas horas me hubiera levantado la tapa de los sesos, á no tener la fortuna de encontrar á usted!

—Vamos, vamos, querido Faustino. Usted es un amigo leal: yo lo soy á la vez de usted; estamos pagados.

—No, eso no; yo no he hecho aún bastante para pagar lo que debo á Alejandro de Robledano; pero le pediré á Dios en mis ratos de ocio que me presente una ocasión para demostrarle sin ningún género de duda mi agradecimiento.

—Bien, bien, dejemos correr el tiempo; y si usted quiere, vamos á ocuparnos de escribir una carta á Gabriela, que yo dictaré y que usted firmará.

—No tengo más voluntad que la de mi generoso Mecenas.

CAPITULO III.

Donde el ex-tenor hace de amanuense.

Alejandro comenzó á tranquilizarse, y aun allá en el fondo de su alma se alegraba de que Gabriela hubiese emprendido un viaje á Italia, patria del arte, en donde pensaba reunirse con ella para no separarse nunca.

La carta de Gabriela le había impresionado al principio: su generoso sacrificio le enorgullecía; porque sabido es que el hombre digno, cuando ama de veras, quiere atesorar todas las bellezas físicas y morales en la señora de sus pensamientos.

—Ruego á usted, amigo Faustino,—dijo Alejandro,—que tire del cordón de la campanilla.

Faustino obedeció, y algunos minutos después se presentó un criado en la puerta de la habitación.

—Pedro,—volvió á decir Alejandro,—trae un velador con recado de escribir, y colócalo junto al balcón. Luego procura que no nos moleste nadie.

Un momento después, Alejandro y Faustino se hallaban solos.

—Ahora, amigo mío,—añadió Robledano,—yo voy á dictar y usted á escribir; de manera que la carta, siendo mía, para Gabriela será de Faustino.

El ex-tenor colocó un plieguecillo de papel delante, y cogió la pluma.

Alejandro comenzó á dictar lo que sigue:

«A la señorita doña Gabriela de los Angeles.

»Mi buena amiga: Como sospechaba, la carta de usted ha producido el efecto contrario que usted se proponía; pues si Alejandro, antes de leerla, la amaba á usted con el alma, después de leerla la ama á usted con el alma y la vida.

»Esto es lógico, esto es natural, tratándose de un hombre de las condiciones de Alejandro de Robledano y de una mujer como Gabriela de los Angeles.

»Pero voy á referir á usted mi entrevista con Alejandro.

»Fuí á verle á su quinta de Carabanchel, y lo encontré sentado en una butaca junto al balcón y notablemente mejorado, pues su convalecencia avanza con rapidez.

»Después de saludarnos, me preguntó, como siempre, por usted y por el maestro Ferrán; y yo, como, aunque pertenezco al teatro, no sé fingir fuera de la escena las impresiones de mi espíritu, debí demostrarle algo en el semblante que le llamó la atención.

—»¿Qué tiene usted?—me preguntó.—A usted le sucede algo extraordinario; lo leo en su rostro. ¿Viene usted á darme alguna mala noticia? ¿Está por desgracia enferma Gabriela?

»Estas preguntas me aturdían más, porque usted sabe que no era de mi agrado la comisión con que usted me honraba, y compadecido de la inquietud de nuestro enfermo, le dí la carta y le dije que ustedes se hallaban camino de Italia.

»Mientras Alejandro leía la carta, yo le miraba, adivinando en su pálido semblante el gran efecto que le producía.

»Cuando concluyó, se quedó mirándome, y me dijo:

—»Lo que Gabriela quiere es imposible. Si ella me lo manda, le daré á su hermana la mitad de mi fortuna, toda la sangre de mis venas; pero mi amor, eso jamás, porque se lo dí con mi alma y mi corazón á Gabriela, y no me pertenece.

»Y luego, sonriéndose de un modo triste, añadió:

—»Yo admiro su sacrificio, y la amaría más si eso fuera posible, pero no puedo aceptar el que me impone, porque ni he amado ni amaré nunca á la baronesa de Morgal. Conceptúo una fatalidad el que esa mujer se haya atravesado en mi camino, y lo que entre ella y yo ha pasado lo conceptúo una de esas pesadillas angustiosas que fatigan nuestro espíritu durante algunas horas.

»Alejandro me hablaba con acento conmovido. Yo, que estaba conforme con sus apreciaciones, no me atrevía á discutir con él.

—»Siento con toda mi alma que Gabriela se halle camino de Italia,—añadió después de una pausa,—porque yo sólo esperaba restablecerme para correr á sus piés y decirle: «Perdóname si en algo te he ofendido; vengo á ofrecerte mi mano y mi corazón, para que no nos separemos nunca...» Pero no importa: iré á Italia ó adonde ella vaya; y si me rechaza, si

no acepta mi amor y mi mano, entonces... repartiré mi fortuna á los pobres, é iré á morir en los bosques de África, entre aquellos buenos amigos de mi infancia, que desconocen la falsedad y la corrupción de las grandes ciudades civilizadas.

»¡Ah, mi buena amiga! No puede usted imaginarse con qué sentimiento, con qué compasión pronunció Alejandro estas palabras. Yo estaba conmovido oyéndole, y no pude menos de exclamar:

—»No, no irá usted á morirse de pena á los bosques de África con sus buenos amigos los negros de Monrovia. Se quedará usted en Europa, al lado de Gabriela, que le quiere á usted con toda su alma, porque ese sacrificio que se impone la mataría, y nosotros debemos salvarla. ¡No faltaba más!

»Alejandro me abrazó con grandes muestras de alegría, diciendo al mismo tiempo:

—»Si Gabriela me lo manda, mi fortuna será de la baronesa de Morgal; pero mi amor le pertenece sólo á ella, como el suyo me pertenece á mí. No, no quiero escribirle, porque no encontraría palabras con que expresar lo que siento y cómo la amo; pero iré á buscarla á Italia ó al fin del mundo que se halle, y entonces, arrodillado á sus piés, ella será dueña de mi vida ó de mi muerte.

»Le escribo á usted á vuela pluma el resultado de mi entrevista con Alejandro, y confieso que no me ha causado la menor sorpresa. Ruego á usted que me conteste á vuelta de correo, porque su carta será un gran consuelo para Alejandro.

»A mis amigos Ferrán y don Agustín les envío un abrazo.

»Queda esperando sus órdenes este inválido que la quiere como un padre,—*Faustino.*»

Terminada la carta, se puso el sobre al hotel del Louvre, París, pues Ferrán le había dicho que pasarían en París ocho días, y desde allí emprenderían el viaje á Nápoles.

—Ahora, amigo mío,—añadió Alejandro,—voy á pedirle un favor.

—¡Ah! ¿Con que ha llegado el día en que el pobre Faustino pueda hacer un favor al millonario Robledano?—preguntó con alegre entonación el ex-tenor.

—¿Quién lo duda?

—Sepamos qué favor es ése.

—Que desde hoy acepte usted lo que le propuse hace poco, y viva usted conmigo; porque ya que es usted el mensajero de mi felicidad, me conviene tenerlo cerca.

—¡Ah! Es usted el hombre más generoso del mundo.

—No, no soy egoista como la generalidad de los ricos,—contestó riéndose Alejandro.—Con que, luego de almorzar, manda usted ó va usted en persona por su equipaje, y se viene usted otra vez á Carabanchel. Yo necesito hablar mucho de Gabriela, y con nadie mejor que con usted.

Desde este momento el porvenir del pobre Faustino quedaba asegurado, y tendiendo una mano á Alejandro, le dijo con acento conmovido:

—El sentimiento es una pasión del alma poco habladora. Gracias, amigo Alejandro, gracias. Yo procuraré que no me tache usted nunca de ingrato.

—¡Bah! Con esta alianza que acabo de proponerle, y que usted aceptará, yo salgo ganancioso.

—Sí, sí, ésa es la condición de los hombres generosos... Hacen los favores y se sienten agradecidos; pero los que no somos egoistas sabemos á lo que nos obligamos. Demos tiempo al tiempo.

El diálogo de los dos amigos fué interrumpido por la presencia del padre Marcelo.

Faustino aprovechó esta ocasión para ir á Madrid por su equipaje, y dejó solos á Alejandro y al venerable sacerdote.

—¿Cómo te sientes, hijo mío?—le dijo.

—Perfectamente bien, padre Marcelo, y continuando de este modo dentro de pocos días me hallaré completamente restablecido, y tan firme como antes de esta desgraciada aventura.

—Mucho anhelo que llegue ese día, porque es preciso pensar detenidamente en tu situación y vivir más alerta de lo que has vivido hasta ahora, porque es preciso que te persuadas que tienes enemigos.

—¡Enemigos yo, que no he hecho daño á nadie!—repuso Alejandro sonriéndose.

—Tú lo crees así, y otros lo creen de distinta manera. Reflexiona un momento, hijo mío, que tu presencia en esta casa arrebató todas las esperanzas de grandeza y de fortuna que abrigaban en sus corazones los parientes de tu difunto padre. Para ellos no eres otra cosa que un advenedizo que llegó en mal hora para apoderarse de los cuarenta millones del hombre que esperaban heredar. Un odio reconcentrado, un odio que conduce muchas veces al crimen se retorció en sus corazones, y se dijeron: Si Alejandro dejara de existir, su fortuna sería nuestra.

—¡Oh! ¡Imposible, imposible!—exclamó Robledano, que no se convencía de los temores del sacerdote.

—Espera, hijo mío, espera, tengo aún muchas cosas que decirte, que te asombrarán más que lo que ya te he dicho.

Alejandro exhaló un suspiro.

El padre Marcelo añadió con pausado acento:

—Tu muerte era, pues, su única esperanza, y la que más te odiaba, la que más empeño tenía en borrarte del libro de los vivos, era una mujer.

Alejandro, que había inclinado la cabeza sobre el pecho, levantó la frente, y mirando al padre Marcelo, repitió maquinalmente:

—¡Una mujer!

—Sí, tu prima hermana Teresa.

—¡Ella! ¡Ah! ¿Cree usted capaz á Teresa de semejante infamia?

—La creo capaz de todo, hijo mío; tú eres tan noble, que en tu corazón no das nunca cabida á las infamias; pero Teresa es hipócrita, falsa, ambiciosa, y te odia de muerte, porque según ella, has venido á arrebatarle la fortuna que le pertenecía; pero continúo sin hacer comentarios, pues tengo aún muchas cosas que decirte. Teresa necesitaba un cómplice, un aliado para realizar sus planes, para librarse de tí, y ¿sabes con quién se entendió? Pues con tu agente de negocios Salvador Verdemar.

—¡Cuánta infamia!—murmuró Alejandro en voz baja.

—Pero Salvador Verdemar, tan cobarde como astuto, no teniendo valor para colocarse delante de tí con las armas en la mano, buscó á un canalla, á un espadachín de oficio, y

le dijo: «Si quieres ganarte algunos miles de duros, suminístrale una buena estocada á Alejandro de Robledano.» El espadachín aceptó el trato; pero Dios sin duda estaba de tu parte, y la punta de tu florete dejó ciego al espadachín.

—¡Ah! ¿Luego Esteban Terreño entró en ese infame complot?

—Sí, era el brazo.

Aquí el padre Marcelo continuó refiriendo detalladamente todo lo que le había dicho Esteban.

Alejandro le escuchó sin interrumpirle ni una sola vez. Estaba absorto de oir tantas infamias que él no comprendía.

El padre Marcelo continuó de este modo:

—Así pues, hijo mío, voy á decirte lo que he resuelto, y que espero que tú apruebes. En primer lugar, como por todo lo que he averiguado creo muy capaz á tu prima Teresa de envenenarte, la he prohibido en absoluto que venga á la quinta de Carabanchel, porque no quiero verla cerca de tí; me tendría muy inquieto conociendo la perversidad de su corazón; pero como Teresa es prima hermana tuya y debemos velar por su honra, he resuelto que se case con su amante Salvador Verdemar. Vivir para siempre con los lazos indisolubles del matrimonio Salvador y Teresa es el mayor castigo que podemos imponerles.

—Pero ¿aceptará esa unión Salvador?

—Sí, porque es un cobarde, un miserable, y le he amenazado con arrancarle la careta de hombre de bien con que engaña á la gente; pero como es preciso cubrir las apariencias, tú le darás á Teresa un dote de diez mil duros.

—Puede usted darle más, si así lo cree por conveniente.

—Por ahora basta con eso; allá veremos cómo se portan, y tiempo nos queda para darle más. En cuanto al infeliz Esteban Terreño, el pobre se halla ciego y arrepentido de todas sus culpas. Me mandó á llamar y me hizo una confesión general de su pasado; yo le he ofrecido tu protección y tu amparo. Muy culpable fué, pero la eterna obscuridad en que vive, el temor de ser víctima de los que fueron sus cómplices cuando le temían, es bastante castigo para ese miserable.

—Padre Marcelo,—añadió Alejandro,—usted ha sido siempre un hombre justo, á usted se lo debo todo, disponga usted de mi fortuna á su antojo, porque yo no tengo más voluntad que la de usted.

—Por ahora solo debes ocuparte de tu completo restablecimiento, dando gracias á Dios por haberte librado de los grandes peligros que te amenazaban.

—Así lo haré, y desde ahora le anuncio á usted que dentro de poco, cuando me halle fuerte y bueno, emprenderé un viaje por Italia, y tal vez por Africa.

—Hijo mío, cada hombre al nacer tiene su misión sobre la tierra, y la mía se reduce á terminar mi existencia en las misiones de esos países, en donde aún no está extendida la luz del Evangelio; presiento, pues, que antes de mucho, cuando no me necesites, tendremos que separarnos.

—¡Oh! ¡Eso nunca! Un sacerdote como el padre Marcelo que dispone de toda mi fortuna, puede también hacer mucho bien en las grandes ciudades de los países civilizados. Nosotros no podemos separarnos: ¿qué sería de mí sin la venerable sombra que me presta usted?

El padre Marcelo fijó sus serenos ojos en Alejandro, y le dijo con una entonación que revelaba el profundo amor que por él sentía:

—No, hijo mío, no, tarde ó temprano tendremos que separarnos; un sacerdote de las misiones de Africa es una planta exótica bajo los suntuosos techos de los palacios. Tú eres joven, tu corazón necesita amar y ser amado. Yo he pasado largas horas junto á la cabecera de tu cama, yo he oído tus delirios, y he adivinado por ellos el estado de tu alma. Amas con la fuerza de la juventud, con la grandeza de tu generoso corazón á una mujer, á Gabriela de los Angeles. En un principio te aconsejé que borraras el recuerdo de esa mujer de tu memoria, sin otra razón que porque esa mujer pertenecía al teatro; pero hoy pienso de otro modo, porque sé que Gabriela es digna por todos conceptos de llevar tu nombre.

Alejandro exhaló un grito de gozo, y apoderándose de una de las manos del sacerdote se la besó, exclamando:

—¡Ah! ¡Padre Marcelo! No sabe usted el bien que me hacen esas palabras. Gabriela pertenece á esa raza de mártires tan poco común en la tierra. Todas las palabras que contiene el diccionario no serían bastantes para enaltecer sus virtudes. Yo la amo con toda mi alma; no comprendo la felicidad sin su amor. Lea usted, lea usted, de lo que es capaz Gabriela de los Angeles.

Y Alejandro entregó la carta que poco antes le había dado Faustino.

CAPITULO IV.

Donde la baronesa celebra su entrevista con Alejandro.

Sir Arturo Pik cumplió su palabra á la baronesa de Morgal, y fué á buscarla á su hotel á las nueve de la noche.

Isabel de Romelia le esperaba llena de impaciencia, porque todo su porvenir dependía de la entrevista que iba á tener con Alejandro.

—¡Ah! Gracias, amigo Arturo, gracias,—exclamó la baronesa estrechando una de las manos del inglés.—El favor que usted me hace hoy es tan grande para mí, que no lo olvidaré en mi vida.

—Señora,—añadió sir Pik con grave entonación,—yo ignoro si el paso que voy á dar esta noche será efectivamente un favor como usted supone, pero casi me atrevería á suplicarle que no fuese usted á ver á Alejandro.

La baronesa miró con asombro á Pik.

—¡No ir á verle cuando estoy esperando este momento

con ansia mortal!...—dijo.—¡Pues qué! ¿Por desgracia mía no querrá recibirme Alejandro?...

—Alejandro, señora, cumplirá su palabra, recibiendo esta noche á la baronesa de Morgal; pero temo que no se consiga lo que usted desea.

Isabel inclinó la cabeza sobre el pecho, exhaló un suspiro, y quedó silenciosa.

Transcurrieron algunos segundos sin que nadie interrumpiera aquel silencio. Por fin la baronesa dijo:

—Estoy resuelta á verle, á hablarle; ruego á usted, amigo Pik, que me facilite la entrada en las habitaciones de Alejandro.

—Vamos, pues, señora.

La baronesa se puso con nerviosa emoción una mantilla, se echó el tupido velo sobre el rostro, y cogiéndose del brazo de Arturo, salió de su gabinete.

La noche estaba obscura, pero serena, una de esas noches que comienzan á preludiar la primavera.

Millones de estrellas brillaban en el cielo, proyectando una vaga claridad sobre la tierra.

La quinta de Robledano estaba cerca del hotelito de la baronesa.

Arturo é Isabel caminaban en silencio.

Cuando llegaron junto á la verja del jardín de Alejandro, Arturo se detuvo, y dijo:

—Aún estamos á tiempo, señora, para retroceder. Aún estamos á tiempo para evitarse usted un mal rato.

Isabel se estremeció: aquel afán en evitar la entrevista con Alejandro, comenzaba á preocuparla, porque conociendo

la prudencia de sir Arturo, era de suponer que Robledano no se hallaba muy dispuesto á la reconciliación.

A pesar de esto, contestó:

—Quiero verle: es preciso que yo oiga de sus labios mi sentencia; tendré valor.

Sir Pik saludó con un ligero movimiento de cabeza, y tiró del llamador de la campanilla.

El jardinero, con un farol en la mano, abrió la verja tan pronto como reconoció al inglés.

Era indudable que los estaba esperando, pues así que cerró la puerta y les saludó respetuosamente, se puso á alumbrarles, acompañándoles hasta la escalera de mármol que daba paso á la quinta.

Allí se despidió de ellos el jardinero, y sir Arturo, siempre llevando á la baronesa del brazo, tomó un corredor y abrió una puerta.

Isabel no vió á nadie; la casa estaba perfectamente alumbrada: diríase que todo se había dispuesto de modo para que la baronesa no tropezara con testigos inoportunos.

—Ruego á usted me espere un momento,—dijo sir Pik.—En la habitación inmediata se halla Alejandro; voy á decirle que usted esta aquí.

La ausencia del inglés duró escasamente dos minutos.

—Puede usted pasar, señora,—dijo asomándose por la puerta.

Isabel respiró con fuerza como si quisiera recibir el valor que le faltaba para una entrevista de la que dependía su porvenir. La baronesa de Morgal se halló en un gabinete pequeño alumbrado con gran esplendidez.

Alejandro se hallaba de pié apoyado en el mármol de la chimenea. Estaba muy pálido y vestía de negro.

Isabel se quedó al verle como enclavada junto á la puerta. Durante algunos segundos Isabel y Alejandro se miraron en silencio. La situación era difícil para los dos.

Por fin Robledano, indicándole una butaca, dijo:

—Ruego á usted, señora baronesa, se siente, y me permita hacer lo mismo, porque me siento débil.

La baronesa avanzó unos pasos, y levantándose el velo de la mantilla, cayó de rodillas á los piés de Alejandro.

Aquella mujer tenía los ojos llenos de lágrimas, y estaba pálida como una muerta.

Alejandro, compadecido, la levantó del suelo, la sentó en una butaca, y dijo:

—Señora, ha sido una verdadera desgracia para los dos el habernos conocido.

Isabel prorrumpió en un angustioso lloro.

—Llorar es siempre un gran consuelo, señora,—añadió Robledano:—llore usted tanto como quiera, y luego, le suplico que se tranquilice.

Alejandro, que sabía todo cuanto había hecho la baronesa de Morgal, dudaba si aquel dolor, tan perfectamente expresada, sería fingido ó verdadero; así es que guardó silencio.

Isabel se enjugó los ojos, y mirando fijamente á Alejandro, dijo con acento conmovido:

—Soy una mujer muy culpable, Alejandro. Tal vez tiene usted razón al decir que ha sido una gran desgracia para los dos el que nos hayames conocido; pero todas mis culpas, todas mis desgracias, todos los horribles dolores morales que

me atormentan tienen por base el inmenso amor que siento en mi alma. El amor, pues, es mi cómplice, es á la vez mi tormento y mi consuelo. Yo no había amado nunca, no conocía las terribles tempestades del amor antes de conocer á usted. ¿A qué repetir lo que he hecho y lo que ha sucedido? ¿A qué mortificarnos mutuamente con una historia de lágrimas y de sangre? Soy una pecadora que no puede dirigir los ojos á ninguna parte sin que encuentre la mirada ceñuda de alguno que le reconvenga. Soy muy culpable, lo conozco, lo confieso. Pero ¿por quién he cometido todas éstas culpas, todas estas faltas? Por un hombre noble, generoso, por un sér excepcional, que le bastó presentarse delante de mí para fascinarme, para enloquecerme, y ese hombre es usted, Alejandro, usted, en cuyas manos está mi honra, mi vida.

La baronesa se detuvo ahogada por los sollozos.

Alejandro la escuchó sin interrumpirla, pero verdaderamente conmovido.

El dolor de su alma reflejábase con líneas indelebles en el rostro interesante de la pecadora. Aquella mujer había sufrido una metamorfosis notable; no era la orgullosa baronesa de Morgal, era el arrepentimiento aplanado bajo el peso de sus culpas.

—En medio de mis profundas penas,—volvió á decir Isabel después de una pausa,—he tenido una hora de verdadera felicidad. Yo odiaba de muerte á una mujer, porque esa mujer me robaba el corazón del hombre á quien amaba, porque esa mujer era un gran obstáculo para mi felicidad. Yo no podía luchar con ella sin ser derrotada. Pues bien,

Alejandro, figúrese usted mi asombro, mi sorpresa, cuando supe que esa mujer era mi hermana. Ante tan inesperada revelación me quedé aturdida, dudando si sería un favor ó un castigo del cielo. Entonces, asombrándome yo misma, oí una voz en el fondo de mi alma que me decía: Vete á casa de Gabriela de los Angeles, puesto que es tu hermana, cuéntale tus penas y pídele su amparo, su apoyo, su protección, porque ella solo puede salvarte. Nada me detuvo. Fuí á verla, y al oir mi desgracia me abrió sus brazos, llenando de consuelo mi alma.

—Sí, sí,—exclamó Alejandro sin poderse contener,—aquel ángel, aquella mártir me ha escrito una carta intercediendo por su hermana, pidiéndome que la salve, que la ampare, que la proteja; pero ¿sabe usted, señora, lo que es esa carta, si yo llegara á cumplir todo lo que en ella me pide? Pues es la sentencia de muerte de Gabriela y la mía; yo no puedo asesinarla y suicidarme.

La baronesa exhaló un gemido y se cubrió el rostro con las manos.

—Comprendo, señora, que es muy duro, muy cruel lo que he dicho y lo que aún tengo que decir á la baronesa de Morgal; pero á ello me obliga la situación difícil en que nos hallamos. Gabriela, al escribirme en favor de su hermana al ausentarse de Madrid dejándola el campo libre, se ha dejado llevar por su hermoso corazón, por la pureza de su alma; pero ella no podrá cumplir lo que ha ofrecido sin sacrificarse, sin morir en su demanda. Yo, que la amo más que á mi vida, debo á todo trance impedir su muerte; así me lo aconseja mi conciencia. Además, señora, ¿de qué serviría que ella y yo

nos sacrificáramos? Este sacrificio no podría darle á usted la felicidad. Yo he muerto á un hombre, y aunque en buena lid, su sangre se extiende entre nosotros dos. Deploro todo lo que ha sucedido. Mi fortuna está á los piés de la baronesa de Morgal, pero no puedo sacrificarle mi alma ni la de Gabriela.

Alejandro se detuvo. Su corazón generoso temía haber sido demasiado duro con aquella infeliz; así es que procurando dar á su voz un acento menos duro, añadió:

—Ruego á la señora baronesa que me perdone si me veo precisado á emplear el lenguaje rudo de la verdad. El engaño, la mentira en estos instantes sería criminal; yo no quiero que nunca pueda decir usted que Alejandro de Robledano la ha engañado.

Isabel volvió á levantar la frente, fijó sus hermosos ojos llenos de lágrimas en Alejandro, y dijo con pausado acento:

—¿Luego no hay para mí ninguna esperanza?

Alejandro guardó silencio.

—Ese silencio—repuso la baronesa—es mi sentencia de muerte. La hora de la expiación ha sonado. Dios es justo. La pecadora va á emprender esa calle de la amargura que siempre conduce al Gólgota, en donde espera la cruz.

Alejandro, verdaderamente compadecido, le cogió una mano, y dijo:

—Isabel, ¿quiere usted ser mi hermana? ¿Quiere usted aceptar una parte de mi fortuna?

La baronesa besó la mano de Alejandro, y dijo:

—Acepto al hermano, porque sé que es bastante generoso para defenderme y ampararme, pero rechazo la fortuna

que me ofrece. Una nueva vida va á comenzar para mí, vida de pobreza, de expiación, de arrepentimiento, porque yo necesito borrar mi pasado, y que llegue un día en que mis hermanos Alejandro y Gabriela me abran sus brazos y me estrechen con amor contra sus corazones. Conozco que he sido una insensata, ciega por el orgullo. Me avergüenzo de haberle pedido á Gabriela, aconsejada por el egoismo, que me sacrificase su felicidad y su vida. No, no, Alejandro debe ser de Gabriela y Gabriela de Alejandro. Ella abandonó á Madrid; qué importa, hermano mío, tú debes seguirla, tú debes reunirte con ella, porque los dos merecéis ser dichosos.

Y la baronesa, casi desvanecida por la emoción, hizo un movimiento para levantarse, pero volvió á caer en la butaca.

Mientras tanto, Alejandro, compadecido, se decía hablando consigo mismo:

—¿Será verdadero ese arrepentimiento? ¿Podrá aún Gabriela darle á esta pecadora, sin avergonzarse, el dulce nombre de hermana? Pero ¿á qué fingir, á qué engañarme, cuando acabo de desvanecer todas sus soñadas esperanzas?

Alejandro se detuvo en sus meditaciones, tal vez avergonzado de pensar mal de una mujer anegada en llanto.

—Vamos, Isabel,—le dijo,—es preciso revestirse de valor para llevar á cabo tan hermosos y consoladores proyectos. Ha sido una verdadera desgracia todo cuanto ha pasado; pero no estaba en nuestra mano evitarlo. Cuente usted con mi apoyo y con el de Gabriela, cuyo noble corazón no sabe otra cosa que amar. Yo le diré todo lo bueno que

usted piensa, y ella se enorgullecerá lo mismo que yo en llamarla á usted hermana.

En los labios de la baronesa asomó una sonrisa dolorosa, y con una voz que tenía algo de gemido, contestó:

—Yo nunca seré digna de merecer el dulce nombre de hermana de Gabriela; mi pasado abre un abismo entre ella y yo. Perdón, Alejandro, perdón por haber abrigado la loca esperanza de ser redimida por el amor; usted no puede amarme, y serían inútiles todos los sacrificios que por mí hiciera Gabriela. Tal vez no volvamos á vernos más. ¿Qué camino voy á emprender? Lo ignoro; solo sé que una nueva vida comienza para mí desde esta noche. Dios me ilumine y me guíe.

Isabel se levantó, y tendiendo una mano á Alejandro, que éste se apresuró á estrechar, dijo:

—Adiós, hermano mío, adiós tal vez para siempre; que sea usted feliz, que lo sea Gabriela, pues dignos son de serlo.

Alejandro quiso hablar y no pudo. Isabel se dirigió con pausado paso hacia la puerta.

Cuando desapareció del gabinete, Robledano se dejó caer en una butaca, murmurando en voz baja:

—¿Habrá llegado para esa mujer la hora del arrepentimiento?

CAPITULO V.

La arrepentida.

A la mañana del día siguiente en que tuvieron lugar los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, el viejo poeta Amadeo Nasón se hallaba en su despacho leyendo los periódicos, cuando entró su criado á decirle que una señora vestida de luto y con el velo de la mantilla echado sobre el rostro deseaba verle.

Esta clase de visitas son siempre sospechosas para los hombres acostumbrados á la vida de Madrid, donde de tan ingeniosas y múltiples maneras se explota la buena fe del prójimo.

—¿Pero no te ha dicho esa señora cómo se llama?—le preguntó al criado.

—Sólo me ha dicho que es una amiga del señor, y á quien el señor quiere mucho.

El poeta Nasón se sonrió maliciosamente, y repuso:

—¡Una amiga! Eso es muy ambiguo; porque figúrate

si habrá tenido amigas en este mundo un solterón de setenta años como yo. Pero en fin, dile que pase. Estaré prevenido, por si la visita se reduce á un sablazo.

Un momento después, la enlutada entraba en el despacho del poeta.

Con la experiencia y el trato de gente que tenía don Amadeo, comprendió al instante que la señora del velo era una persona distinguida, é hizo una seña al criado para que los dejara solos.

Cuando así sucedió, la enlutada se levantó el velo del rostro, y Nasón no pudo contener un grito, pues tenía delante á la baronesa de Morgal, pero pálida, enflaquecida y con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¡Ah! ¿Eres tú, mi pobre Isabel? ¿Pero qué necesidad tenías de ocultar tu nombre? ¿No soy tu padre? ¿No vienes á tu casa? Pero te encuentro muy desmejorada, y leo en tu semblante que sufres mucho, hija mía.

Y el poeta Nasón, cogiendo con un brazo por la cintura á Isabel, la condujo hasta un sofá, sentándola, y sentándose él á su lado.

—Tú sufres, tú padeces, y supongo que vienes á contarme tus penas; has hecho bien, hija mía... La otra tarde salí de tu casa un poco enojado contigo; qué quieres, te amo tanto, que siempre que te veo cometer una locura me desespero. Pero éstos son achaques de viejo.

Y don Amadeo, cambiando bruscamente de entonación y colocando una mano sobre la frente de Isabel, añadió:

—¡Pero tú no dices nada!... ¿Te has propuesto desesperarme, ó que adivine yo por tu silencio lo que te pasa?

—He visto á Alejandro—contestó la baronesa.

—Precisamente al que no debiste ver nunca. Bien, ¿y qué?

—He perdido toda la esperanza de que me ame.

—Tanto mejor para tí.

—¡Ah! No, no padre mío; su amor me hubiera purificado.

—¡Bah! Esa es una apreciación de la juventud, sobre la cual hay mucho que hablar; lo que á tí te purificará es el arrepentimiento, la resignación, el hacer una vida ejemplar... pero el amor de Alejandro... el amor de un amante... eso nunca, hija mía.

—Pero, ¿y si Alejandro me hubiese dado el nombre de esposa?...—preguntó la baronesa.

—Pensar eso era pensar un absurdo... porque Alejandro ama á otra mujer,—añadió Amadeo.—Yo siento decirte estas cosas, porque conozco que te hacen daño; pero como deseo curarte de todas las debilidades que padeces, espero me dispenses si te ofendo sin querer con alguna apreciación mía. Pero yo creo que nos apartamos del asunto que aquí te trae. Tú has venido á contarme algo, y yo estoy monopolizando la conversación. Vamos, habla, como le hablarías á tu padre. Ya sabes que te quiero como á una hija.

—Vengo á pedirle á usted consejo sobre un pensamiento que he concebido la noche pasada.

—Cuenta con que te daré el consejo que me pides, franca y desinteresadamente.

—Desde el momento que usted me reveló que Gabriela de los Angeles era hermana mía,—añadió la baronesa,—dejé de aborrecerla, aunque ella me robaba al hombre por quien

lo había sacrificado todo; y abdicando de mi orgullo y de mi carácter altivo, le escribí una carta pidiéndole una entrevista.

—¿Y te la concedió?

—Al momento.

—¿Luego la has visto, la has hablado?—preguntó Amadeo con interés.

—Sí, me recibió con mucho cariño, como una verdadera hermana; enjugó mis lágrimas y lloró conmigo. Yo le conté todas mis cuitas, y le dije que amaba á Alejandro, y que sólo Alejandro podía devolverme la honra.

—¿Tuviste valor?...

—La desesperación no retrocede ante nada, padre mío. Todo se lo revelé á Gabriela, y ella, compadecida de mis desgracias, me prometió ampararme y protegerme; escribió una carta á Alejandro diciéndole que la olvidara y que me salvara á mí, y luego partió de Madrid, dejándome el campo libre.

—¡Eso hizo!

—Sí, porque Gabriela es un ángel, se sacrificaba por mi felicidad; pero ese rasgo heróico, que yo le agradezco con toda el alma, sólo ha servido para convencerme á tomar una resolución, que luego explicaré á usted. Alejandro leyó la carta, me concedió una entrevista, y me ofreció su fortuna, pero nada más que su fortuna, porque su amor es de Gabriela, porque la ama con delirio.

Y la baronesa, llevándose las manos á la frente como si quisiera contener sus pensamientos, añadió:

—Sufrí horriblemente viendo á aquel hombre que me hablaba con el corazón, que me decía la verdad con ese lenguaje

que brota del alma. Se hallaba conmovido como yo, comprendí que si le hubiera pedido toda la sangre de sus venas me la hubiera dado; toda su fortuna, y me la hubiera arrojado á mis piés. Pero le pedía un imposible, su amor, y eso no podía dármelo, porque ya no era suyo, porque era de Gabriela.

Isabel se detuvo un instante para exhalar un gemido, y luego volvió á decir:

—Alejandro en aquel momento me pareció un sér sobrenatural, creí ver en derredor de su cabeza una aureola de luz que me fascinaba; yo era indigna de que aquel hombre me amara; recordé que había empleado el engaño para seducirle, que había hecho cosas indignas para que fijara en mí sus ojos, que no tenía ningún derecho para quejarme. Todos estos pensamientos bajaron en tropel desde la cabeza al corazón, y subieron otra vez desde el corazón á la cabeza. Yo sentía afectos nuevos, desconocidos dentro de mi sér: la voz de Alejandro vibraba en mi alma, y me hacía derramar un torrente de lágrimas; en vez de reconvenirme me compadecía y me llamaba hermana, como si se hallara unido para siempre con Gabriela... Loca, aturdida, abandoné su casa amándole más que nunca, pero amándole de un modo muy distinto, no como se ama á un amante, sino como se ama á un sér superior: con veneración, como amó la Magdalena á Jesús Nazareno. Yo comprendí que era un amor que me purificaba, que me engrandecía, que me arrancaba, por decirlo así, del lodo del mundo... Llegué á mi casa, y me encerré en mi dormitorio... He pasado la noche sin pegar los ojos, pensando en Alejandro, en Gabriela, y en usted, mi segundo padre.

Una noche ha bastado para cambiar por completo los horizontes de mi vida.

Y la baronesa, cayendo de rodillas á los piés de Amadeo, añadió:

—¡Padre, padre mío! Esta infeliz pecadora, esta adúltera arrepentida, que siente caer sobre su corazón gota á gota toda la sangre de su esposo, necesita para terminar el calvario que se ha impuesto un apoyo en la tierra, y viene á pedirle á usted que no la abandone.

—¡Jamás, hija mía, jamás!—exclamó el viejo poeta, abrazando á la baronesa.—Cuenta conmigo desde hoy; si así lo quieres, no nos separaremos nunca. ¡Ah! No puedes pensarte, en medio del dolor que tus penas me causan, el placer que experimento. Aún pueden lucir para tí días serenos; reanima tu espíritu y confía en este pobre viejo, que te ama con toda su alma.

Durante algunos minutos no se oyeron otra cosa que sollozos y suspiros. Don Amadeo, comprendiendo que era conveniente dejar que aquel corazón arrepentido se desahogara, le dejaba llorar, acariciando contra su pecho la dolorosa cabeza de aquella moderna Magdalena.

Allá, en el fondo de su alma, le pedía á Dios el viejo poeta, que aquel arrepentimiento fuese durable y verdadero, pues conociendo el carácter de la baronesa, temía mucho algún cambio funesto para lo porvenir.

Por fin Isabel se enjugó las lágrimas, y levantando la frente, dijo:

—Padre mío, firme es mi resolución; pero para que el valor no me falte, necesito que usted no se separe de mí.

Desde hoy viviremos juntos, usted tendrá en mí una hija, yo tendré en usted un padre.

—Perfectamente, no sabes lo que me complace esa resolución, porque, á la verdad, me cansaba de vivir solo. Los viejos necesitamos un poco de amor en el hogar doméstico que caliente nuestro cuerpo frío por los años. De manera que nos instalaremos donde tú dispongas, porque no tengo más voluntad que la tuya. Si quieres en Madrid, en Madrid; si te gusta más una aldea, elige la que quieras del universo.

—No, en Madrid, no, padre mío. Tiene para mí tantos recuerdos... y además, que la Magdalena debe huir del bullicio y buscar la soledad.

—Dices bien: las Magdalenas solo se comprenden en el desierto.

—Por ahora,—añadió Isabel,—desearía que viviéramos en mi modesto albergue de Carabanchel.

—¿Y no te parece que ese hotel se halla demasiado cerca de la quinta de Alejandro?—preguntó con recelo el poeta.

En los labios de la baronesa apareció una sonrisa melancólica, y dijo:

—Alejandro solo permanecerá en su casa de campo de Carabanchel algunos días para acabar de restablecerse. Luego emprenderá un viaje á Italia á reunirse con Gabriela. Tal vez allí les una para siempre un sacerdote. Yo pediré á Dios que así suceda, pues dignos son el uno del otro. Además, Alejandro solo es hermano mío, como lo es Gabriela. Tranquilícese usted, padre mío, mi plan es irrevocable; la hora del arrepentimiento, de la transformación, ha llegado para mí.

—Te creo, Isabel, te creo, y estoy tranquilo; iremos, pues, á vivir á tu hotel.

—Y allí buscaremos con calma el sitio en donde instalarnos definitivamente, sirviendo de alguna utilidad á los desgraciados que encontremos en nuestro camino.

—Eso me indica que tienes un plan para lo porvenir,—preguntó casi regocijado Amadeo.

—Sí; un plan que espero, llevándole á cabo, que me purifique de todas mis culpas.

—Así sea, hija mía.

—Como supongo que Alejandro—volvió á decir la baronesa—se ausentará de Madrid muy en breve, tengo que pedirle á usted un favor.

—¡Ah! ¿Quieres ver á Alejandro antes de que se marche? Eso es peligroso, hija mía.

—No quiero verle yo, pero necesito que usted le vea en mi nombre.

—Eso ya es distinto.

—Quiero escribir una carta á mi hermana Gabriela, quiero demostrarle lo que le agradezco su generoso, su heróico comportamiento. Su gran sacrificio ha sido inútil, y es preciso que ella lo sepa... Usted, padre mío, será el portador de esa carta.

—Bien, hija mía, bien: cuenta conmigo; esa carta les demostrará por lo menos que hay en tu corazón un fondo de nobleza y de gratitud; y ahora forzoso es que te diga que á pesar de las lágrimas que he derramado viéndote, hoy ha sido para mí un gran día, porque veo que aún puede brillar sobre tu frente el hermoso sol de la felicidad.

—Eso es difícil,—contestó la baronesa exhalando un suspiro;—pero si consigo tranquilizar mi conciencia, me creeré recompensada.

—Demos tiempo al tiempo; ¡quién es capaz de asegurar lo que sucederá mañana! Lo importante para nosotros es cumplir con nuestro deber. Dios hará lo demás.

La baronesa se levantó.

—¿Te marchas?—le preguntó Amadeo.

—Sí; voy á escribir la carta de Gabriela.

—¿Por qué no la escribes aquí? Mira, te dejo sola en mi despacho. Yo, mientras tanto, voy al comedor á leer los periódicos; cuando tú termines almorzaremos, y esta tarde te acompañaré á tu hotel.

La baronesa aceptó la proposición del poeta, y se quedó sola, meditando la difícil carta que iba á escribirle á su hermana.

CAPITULO VI.

Noticias del bergantín «Cora».

El 1.° de Abril del año que nos ocupa amaneció alegre, sonriente, uno de esos himnos á la primavera, que regocijan el espíritu y lo embellecen todo.

Alejandro, apoyado en el brazo de Faustino, que desde el día antes vivía en la quinta de Carabanchel, se paseaba por la calle central del jardín, disfrutando del templado ambiente y los benéficos rayos del sol.

—Pues sí, mi querido Mecenas,—decía el ex-tenor,—si no cambian el itinerario que me dijeron antes de partir, á estas horas se hallarán en París, en el hotel del Louvre, y mañana recibirán mi carta.

—¿Cree usted que contestarán en seguida?—preguntó Alejandro.

—Sin ningún género de duda; el contenido de mi carta es harto interesante para que la dejen sin contestación. Gabriela se persuadirá que, como le dije verbalmente, su

heróico sacrificio es inútil, y estoy seguro que no ha de parecerle mal la resolución de usted de ir á reunirse con ella á Nápoles.

—Yo creo que ya estoy bastante fuerte para emprender el viaje.

—No conviene cometer imprudencias, que en vez de adelantar retrasarían nuestros planes. Saldremos de España cuando los médicos le autoricen á usted para ello. No hay prisa, puesto que el maestro Ferrán y su discípula pasarán el verano en alguna de las islas del golfo de Nápoles.

—¡Ah! ¡Tengo tantas ganas de pedirle perdón á Gabriela!

—Todo se andará, amigo mío, y para tranquilizar esa impaciencia, le permito que se entregue á esos dulces sueños de amor que son el alimento del espíritu de todos los que se hallan en la situación de usted.

—¡Ah! No puede usted pensarse el efecto que me produjo la lectura de la carta de Gabriela; algunas veces creo que he estado muy cruel con la desgraciada baronesa de Morgal. Si usted la hubiera visto... ¡qué cambio tan notable!

—Pero ¿sería de veras su arrepentimiento?

—Creo que sí.

—Sin embargo, es una mujer temible, y ha hecho todo cuanto ha podido por causar la desgracia de Gabriela.

—Sí, cuando ignoraba que fuese su hermana; pero luego...

—Debemos vivir alerta, y evitar que vuelva á interponerse en nuestro camino.

Alejandro hizo un movimiento de hombros expresivo, y añadió:

—No la temo, la compadezco. Debe sufrir mucho.

En aquel momento apareció Pancho el mulato por el extremo del paseo con una carta en la mano. Saludó á su amo y se la entregó, retirándose por donde había venido.

Alejandro rompió el sobre, y sentándose en un banco rústico, dijo:

—¡Ah! Es de mi amigo Melchor Tordera; veamos lo que me dice.

Y Robledano se puso á leer en voz alta lo que sigue:

«Valencia, 29 de Marzo de 188...

»Señor don Alejandro de Robledano: Mi querido bienhechor. He tenido hoy un parte telegráfico de Marsella que me anuncia la salida del bergantín *Cora* con rumbo á este puerto, haciendo escala en Barcelona; excuso decir á usted que no me cabe la alegría en el cuerpo, pensando que muy en breve, mediante Dios, abrazaré á mi nieto todo cuanto me dé la gana.

»Según parece, el primer viaje de *Cora* ha sido tan feliz como productivo, y Melchor en su última carta me dice que las condiciones marinas del bergantín son de primer orden, pues ha tenido ocasión de experimentarle en un fuerte chubasco que le sorprendió de repente al cruzar el golfo de León.

»El *Cora* no es buque que *se duerme*, sino que por el contrario, se eleva y endereza con la rapidez de las golondrinas cuando tropiezan con algún obstáculo delante de su vuelo.

»Grande satisfacción sería para nosotros que usted, á quien debemos la envidiable felicidad que disfrutamos, hiciera un viaje á bordo del *Cora*, aunque sólo fuese de

Valencia á Alicante ó á cualquier otro punto de Levante.

»Pero, en fin, si así lo dispone usted, nos quedaremos con el deseo dentro del cuerpo, aunque sintiéndolo mucho.

»Y ahora, en nombre de toda mi familia, que le veneran á usted como al santo de su guarda, quisiera pedirle un favor, que al concedérmelo colmaría nuestra felicidad.

»Es el caso que como yo nunca he sabido expresar con la pluma lo que siento, y la pluma siempre me ha pesado más que la caña del timón, no sé en qué forma pedirle á usted que venga á Valencia á ser padrino de la boda de mi nieto, que ha resuelto casarse tan pronto como eche las anclas en este puerto el bergantín *Cora*.

»Los chicos estoy seguro que se morirían de gusto viendo á su bienhechor, á su Providencia, presidiendo la mesa el día que se casen, y la docena de viejos y honrados marinos que yo invitaré á tan solemne acto pedirían á Dios por la prosperidad del joven capitán.

»Con que vamos á ver, señor don Alejandro, si usted se anima y hace que con su presencia sea la dicha completa de los novios, de sus padres y de su abuelo, que no tienen palabras con que demostrar á usted su amor y su agradecimiento, y que darían por usted hasta la última gota de sangre de sus venas.

»Yo no sé, pero me parece que en el corazón siento una voz que me dice: Don Alejandro es más bueno que el pan, y no dejará de daros la gran alegría de presidir la mesa.

»Sigue queriéndole á usted con toda su alma este pobre marino, inválido é inerte, que espera sus órdenes y besa su mano,—*Melchor Tordera.*»

—¡Pobre hombre!—dijo Alejandro apartando los ojos de la carta.—La gratitud que me profesa se adivina y salta en cada una de las palabras de su carta.

—Efectivamente, ese viejo marino es un hombre agradecido y debería usted darle esa gran alegría.

—Allá veremos, amigo Faustino,—añadió sonriéndose Robledano,—porque como por todas partes se va á Roma, tal vez vayamos á Italia por Valencia.

La campana de la verja interrumpió este diálogo, y Alejandro miró hacia la puerta para ver quién era el que llamaba.

—¡Calla!—dijo.—Si no me engaño es el poeta don Amadeo Nasón. ¿Qué querrá ese hijo de las musas, á quien no he visto desde la funesta cacería de la Alcarria?

—Probablemente vendrá á enterarse de la salud de usted,—añadió Faustino.

—Tal vez.

Mientras tanto, don Amadeo Nasón, acompañado por el jardinero, se dirigía hacia el sitio donde se hallaban Alejandro y Faustino.

Alejandro le salió al encuentro y le saludó tendiéndole una mano, que el poeta estrechó afectuosamente.

—Ante todo, amigo don Alejandro,—dijo Amadeo,—permítame usted que le pregunte por el estado de su salud, aunque ya es una garantía verle en este sitio.

—Me hallo perfectamente, aunque un poco debil,—contestó Alejandro,—y creo que dentro de breves días estaré completamente restablecido.

—La herida, según tengo entendido, fué grave y peli-

grosa; pero los jóvenes robustos tienen, según aseguran los médicos, *mucha vida que matar;* ventaja que no disfrutamos los viejos,—añadió don Amadeo.

Alejandro no ignoraba que el viejo poeta era un buen amigo de la baronesa de Morgal, y sospechando que tendría algo que decirle y que le estorbaba Faustino, quiso salir de dudas.

—Dispénseme usted, señor don Amadeo, si le he recibido en el jardín. ¿Quiere usted darme el brazo y pasaremos á mi despacho?

—Con mucho gusto,—contestó el poeta;—y si usted me lo permite, y no he de causarle molestia á su salud, aprovecharé esta ocasión para hablarle de un asunto, en el que yo solo represento el papel de embajador.

Amadeo dijo estas palabras sonriéndose y con gran naturalidad.

Faustino comprendió que no debía seguirles, y pidió permiso para continuar paseando por el jardín.

—Vamos, pues, amigo mío,—dijo Alejandro, apoyándose en el brazo del poeta.

Un momento después Alejandro y Nasón se hallaban en el despacho.

Robledano tiró del llamador de la campanilla, y le dijo á un criado:

—Procure usted que no nos moleste nadie.

Y volviéndose hacia don Amadeo, añadió:

—He comprendido que tiene usted algo que decirme: ya estamos solos; pero para mayor seguridad, cerraremos la puerta.

Alejandro eerró la puerta y fué á sentarse junto á la butaca que ocupaba don Amadeo.

Aquí hubo una pausa, como si el viejo poeta no encontrara la primera palabra con que comenzar la difícil comisión que llevaba.

Por fin dijo:

—Usted, señor Robledano, no ignora la buena y antigua amistad que me unía con el difunto barón de Morgal, y que me une hoy con su desgraciada viuda, á pesar de todo lo ocurrido.

Alejandro inclinó la cabeza ligeramente.

—Andrés de Morgal era mi hermano del corazón. Isabel de Romelia, mi hija adoptiva. Les amaba todo cuanto puede amar un solterón que llega á la edad de sesenta y ocho años sin conocer ese dulce calor que presta al hogar doméstico la familia, y esto, señor Robledano, sirva de introducción para el relato que voy á hacerle, si usted es tan bueno que tiene paciencia para escucharme.

—Puede usted decirme todo cuanto quiera. Dispuesto estoy á escucharle como se escucha siempre á un hombre de talento y de gran práctica de mundo como el poeta Nasón,—contestó Alejandro.

—Doy á usted las gracias por su amabilidad, y continúo:

Amadeo dirigió una sonrisa á su interlocutor, y volvió á decir:

—Esa experiencia de mundo que usted acaba de concederme y que dan los años y el trato de gentes, me hizo ver con la claridad de la luz del sol que desde la tarde que usted corrió aquella célebre aventura en el paseo de la Castellana,

salvando á una infeliz negra de las garras de dos salvajes, la baronesa de Morgal, mujer impresionable, estaba enamorada de Alejandro de Robledano.

Alejandro hizo un movimiento.

—Ruego á usted, amigo mío, que no se impaciente, porque confiando en su reconocida amabilidad, pienso hablarle, como vulgarmente se dice, con el corazón en la mano. Después de esta entrevista, probablemente no volveremos á vernos más.

—Nunca me ha sido fácil contener los impulsos de la sangre,—añadió Alejandro;—defecto adquirido sin duda en los bosques de Africa, en donde, como usted no ignora, he pasado mis primeros años. Al oir el nombre de la baronesa de Morgal, al recordar que por ella arranqué la vida á un hombre, que ningún daño me había hecho, no he podido contener un movimiento de disgusto, porque usted no ignora, caballero, que el que mata á su prójimo lleva siempre una espina clavada en el alma.

—Sí, lo que ha sucedido ha sido una verdadera desgracia para todos, que lamentaremos toda nuestra vida; pero dejando á los muertos dormir en paz, ocupémonos de los vivos, es decir, de la desgraciada Isabel de Romelia.

Alejandro volvió á inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues, como iba diciendo,—añadió Nasón,—yo adiviné al momento el efecto que Alejandro de Robledano había causado al impresionable corazón de Isabel de Romelia. Acostumbrado á amarla desde pequeña como á una hija, quise evitar las funestas consecuencias del naciente amor

que adivinaba, y le dí prudentes consejos, que ella no siguió, juzgándolos, sin duda, ridiculeces de la vejez. El tiempo ha hecho lo demás, y ha venido á darme la razón; la catástrofe, que la veía y anunciaba, se ha realizado: mi pobre amigo Andrés ha muerto, usted ha estado en grave peligro de perder la vida, y la infeliz Isabel, agobiada por el remordimiento y el dolor, no es ni una sombra de lo que fué. ¡Ah, caballero! Usted que posee un corazón noble, generoso; usted que no ha visto nunca una desgracia sin que acuda á remediarla, no podría ver sin conmoverse el efecto que ha producido en el semblante de la pobre pecadora el arrepentimiento de sus culpas.

Amadeo se detuvo un segundo, y luego volvió á decir:

—Yo sé, caballero, que la baronesa de Morgal, olvidándose de sí misma, ha tenido el atrevimiento de venir á esta casa á pedirle á su dueño un poco de amor. Entonces, con la esperanza de salvarla del abismo hacia donde se encaminaba, le revelé que Gabriela de los Angeles era su hermana.

Esta revelación, como era muy natural, causó un gran efecto á la baronesa, y corrió á arrojarse á los piés de Gabriela, pidiéndole amparo y protección. Gabriela le abrió sus brazos, lloró con su hermana, y usted sabe hasta dónde llegó su heróica abnegación, puesto que á usted le escribió una carta intercediendo por su hermana.

No censuro la conducta de usted, porque usted hizo lo que yo hubiera hecho. Puede darse la sangre de las venas, puede darse la fortuna á una mujer desgraciada que nos la pide con las lágrimas en los ojos y arrodillada á nuestros piés; pero darle el alma, darle un amor que no nos inspira,

eso es imposible; sería un sacrificio inútil: en vez de un sér desgraciado, resultarían tres.

Así lo ha comprendido la baronesa de Morgal después de la entrevista que tuvo con usted, y para hablar de esto he tenido la honra de venir á verle.

CAPITULO VII.

Carta de despedida.

Alejandro había escuchado al poeta Nasón con una inmovilidad estatuaria; aunque haciéndose una gran violencia, no se había movido ni un solo músculo de su semblante.

Como don Amadeo se detuvo, Robledano dijo:

—Gabriela de los Angeles ha probado en esta ocasión hasta dónde llegan sus nobles sentimientos y la hermosura de su alma. Dispuesta estaba á sacrificarse por su hermana: así me lo suplicaba en su carta, cuya lectura ha acrecentado más y más el amor que por ella siento. Gabriela de los Angeles se ha ausentado de Madrid, dispuesta á sacrificar hasta su vida por la baronesa de Morgal, que tanto daño le ha hecho. Pero yo, caballero, no puedo consentir que Gabriela camine hacia el cementerio con la inmaculada palma de su inocencia en la mano. Eso mismo le he dicho á la baronesa de Morgal, para que no abrigara en su pecho locas é irealibles esperanzas.

—Lo sé, porque ella misma me lo ha dicho.

—La situación de la baronesa me aflige, y le he ofrecido mi fortuna y el apoyo de un hermano; pero todo lo que ha sucedido entre ella y yo me parece un sueño, sí, un sueño, una horrible pesadilla, porque yo nunca he amado á Isabel de Romelia, y sin embargo, por ella he muerto á un hombre y he estado á punto de causar la muerte de la mujer á quien amo con todo mi corazón, y sin la cual no concibo la felicidad sobre la tierra.

Y Alejandro, pasándose una mano por la frente, añadió:

—No sé si soy culpable ó inocente, no sé si mi conducta merece la censura de los hombres justos. Sólo sé que la baronesa me envolvió en sus redes, hasta el punto de creer á Gabriela, que es un ángel, indigna de mi amor.

Y Alejandro, exhalando un suspiro ruidoso, añadió como el hombre que desea desahogar su corazón:

—¡Ah! Cuando recuerdo la noche que me dió una cita en el teatro Real; cuando recuerdo lo que hizo la baronesa para que yo creyera que la mujer que estrechaba contra mi pecho era Gabriela; cuando pienso que pude arrancarle la careta y saber la verdad, evitando todas las desgracias que nos proporcionó aquel engaño, aquella farsa, siento en mi corazón algo que se parece al odio. Pero no, no; yo no puedo, yo no sé odiar, puede usted decírselo á esa desgraciada, á esa pecadora que me hizo dudar de la inmaculada virtud de Gabriela. Le he ofrecido ser su hermano, su protector, y lo seré. Si necesita mi fortuna, puede disponer de ella, pero mi amor, nunca; que le sacrifique á Gabriela, jamás.

—No vengo á pedir á usted ninguno de esos sacrifi-

cios,—repuso Amadeo con una calma que contrastaba con la vehemencia de Alejandro.—Mi hija adoptiva, mi pobre Isabel, está convencida de su desgracia, y su arrepentimiento es sincero. Una nueva vida ha empezado para ella, y como probablemente no volverá á ver más, ni á usted ni á su hermana, ha escrito para esta última una carta de despedida; yo soy el portador de esa carta.

Amadeo sacó una carta del bolsillo de pecho de su gabán, y se la entregó á Alejandro.

—Puede usted leerla, y leerla en voz alta; yo la conozco, pues Isabel me la ha leído y consultado.

Robledano, algq conmovido, leyó lo que sigue:

«A Gabriela de los Angeles.

»Hermana mía: Estas líneas que te escribo son el último adiós que mi corazón te envía, pues no volveremos á encontrarnos en el camino de la vida.

»No sabes cuán profunda, cuán grande es la gratitud que para tí guarda mi alma; ¿de qué hubiera servido el heróico sacrificio que estabas dispuesta á hacer por mí?... de nada; tú, pobre sensitiva, hubieras muerto sin quejarte, sin dirigirme la más pequeña reconvención; yo hubiera seguido siendo tan desgraciada como soy ahora, porque Alejandro no me ama, no me ha amado nunca; porque para Alejandro sólo existe una mujer sobre la tierra, á quien le ha entregado alma, vida, corazón y voluntad; esa mujer eres tú, esa mujer se llama Gabriela de los Angeles.

»Ámale, pues, mucho; tanto como él se merece, y hazle feliz, porque de su felicidad depende la tuya.

»Tan grande, tan verdadero es mi arrepentimiento, tan

abrumada me tienen mis pasadas culpas, que he resuelto terminar mis días en un rincón ignorado del mundo, practicando obras de caridad que me abran las puertas del perdón.

»Mi propósito es tan firme, querida hermana, que si el mismo Alejandro viene á decirme tuya es mi mano y mi corazón, yo lo rechazaría como una expiación de mis culpas.

»Aunque vosotros ignoraréis mi paradero, yo pediré á Dios todos los días que os colme de ventura y felicidad, porque lo merecéis.

»No te extrañe que esta carta, que va dirigida á tí, se la envie á Alejandro: quiero que él la lea, quiero que él sepa que soy una mujer agradecida, y que en mi alma no queda ni un solo destello de rencor hacia vosotros.

»Hay momentos que en medio de mi amargura conozco que camino á purificarme, y le pido á Dios con verdadero fervor que me envíe fuerzas para continuar por la calle de la amargura que me he impuesto.

»Pedidle vosotros también por mí y dedicad de vez en cuándo algún recuerdo á vuestra pobre hermana, que os ama y os bendice,—*Isabel.*

Al terminar la lectura de la carta Alejandro estaba conmovido. Amadeo lloraba.

Hubo una pausa.

Por fin el poeta Nasón dijo:

—Ruego á usted, caballero, que haga llegar á manos de Gabriela esa carta, última despedida que le envía su hermana.

—Ofrezco á usted entregársela en sus propias manos,—contestó Alejandro,—pues pienso reunirme con Gabriela tan pronto como me halle restablecido. Y ahora le suplico á us-

ted á mi vez le diga á la señora baronesa de Morgal que siempre que de mí necesite encontrará un hermano en Alejandro de Robledano.

—Doy á usted las gracias en nombre de mi pobre ahijada; pero como ella misma dice en su carta, es posible que no vuelva usted ni Gabriela á encontrarla en su camino. Tiene el firme propósito de retirarse del mundo, de vivir para el bien y el arrepentimiento. Yo, que conozco á Isabel desde niña; yo, que tantas veces he reprendido sus aturdimientos y sus caprichos, puedo jurar á usted que estoy asombrado de la brusca metamorfosis que ha sufrido su carácter. Una sola noche ha bastado para regenerarla á mis ojos. Deber mío es no abandonarla, y así lo haré.

Y don Amadeo, levantándose de la butaca, añadió:

—Como mi misión en esta casa ha terminado, pido á usted permiso para retirarme.

Alejandro estrechó la mano del viejo poeta, y le acompañó hasta la escalinata que conducía al jardín.

—¿Somos buenos amigos, á pesar de lo sucedido, ¿no es verdad?—dijo Alejandro.

—¡Quién lo duda! Dios quiera que algún día podamos ser útiles á la infeliz pecadora, porque estoy seguro que en usted encontraría un hermano.

—Siempre que me llame acudiré á su lado. Puede usted decirle que es un ofrecimiento que le hago con el corazón, no con la cabeza.

—¡Pobre Isabel!—añadió con sentida entonación Amadeo.—Reconozco que ha sido muy culpable: pudo ser feliz y es desgraciada; la naturaleza y la fortuna se unieron para

adornarla con sus más bellos dones; pero un amor impuro, tempestuoso, la arrolló con sus olas de fuego y salpicó su conciencia de manchas de sangre, que no se borrarán nunca mientras viva. Afortunadamente, el arrepentimiento ha brotado en su alma tan firme, tan verdadero, que abrigo la esperanza que con el tiempo llegará la hora de su completa regeneración. Yo no me separaré de su lado, para inspirarle fuerzas en el *víacrucis* que se ha impuesto. La amo como á una hija, la conozco desde pequeñuela, y soy solo en el mundo. Ella será mi báculo, yo su mentor. A mi edad, caballero, se piensa mucho en la muerte cuando la inteligencia se halla despejada. Es muy triste para los viejos como yo, que viven solos en el mundo, la idea de no tener en la hora postrera una mano que limpie el sudor de la agonía de la frente y le cierre los ojos al morir. Isabel estoy seguro que ejercerá conmigo todas esas piadosas obras y rezará junto á mi cadáver.

Don Amadeo se detuvo para enjugarse las lágrimas.

Alejandro le miraba compadecido y sin interrumpirle.

—Hace unos días,—repuso el viejo poeta,—fuí á visitar á Isabel al hotelito que tiene cercano á esta quinta, le revelé el secreto del nacimiento de Gabriela, y lo hice con el objeto de apartarla del mal camino que seguía. Pero para Isabel no había llegado la hora del arrepentimiento, y desoyó mis consejos. Yo me resentí con ella, y salí de su casa dispuesto á no verla más. Confieso sin embargo, que esta resolución me hizo mucho daño, porque me era imposible vivir sin verla. Ayer cuando vino á mi casa, cuando se arrojó en mis brazos deshecha en lágrimas, cuando me convenció de que estaba verdaderamente arrepentida de sus pa-

sadas culpas, confieso que sentí una gran alegría en el corazón; porque ella, al creer que usted podía purificarla con su amor, creía un absurdo. La opinión pública la acusa hoy, y mañana, siendo la esposa de Alejandro de Robledano, la acusaría más Una mujer que tiene la culpa de que se batan su marido y su amante, y que al morir el marido se casa con el amante, es mirada con repugnancia por la gente honrada. Yo ya sabía que usted rechazaría semejante enlace, pero Isabel estaba en un error. En cambio, si lleva á cabo, como espero, lo que tiene pensado, ya es muy distinto: los que la conozcan dirán: pecó, pero se ha arrepentido; su presente borra su pasado.

Y don Amadeo, sonriéndose de un modo triste y dando un cambio á su entonación, añadió:

—Pero yo estoy entreteniendo á usted con mi charla y abusando de su bondad.

—Le oigo á usted con sumo gusto.

—Los viejos, cuando hablamos de los seres queridos, somos insoportables. Yo quiero á Isabel como á una hija. Ella tenía escasamente seis años cuando su padre el conde de Romelia se batió con el maestro Ferrán.

Al oir este nombre Alejandro hizo un movimiento de sorpresa, pero no interrumpió á su interlocutor.

—Los que tomamos parte como testigos en aquel lance contábamos como muerto al pobre maestro de orquesta, que jamás había cogido una pistola en sus manos, mientras que el conde de Romelia era un tirador de primera clase. Pero sucedió lo contrario de lo que todos pensábamos; es decir, que el conde recibió un balazo en el corazón.

—¿De modo que el maestro Ferrán mató al padre de Gabriela?—preguntó Alejandro.

—Sí señor; pero creo que Gabriela lo ignora, y conviene que lo ignore siempre.

—Amigo don Amadeo, puesto que, según supongo, usted sabe la causa que motivó aquel duelo desgraciado, mucho le agradecería que me lo contara.

—Yo fuí padrino del conde,—añadió Nasón,—porque el conde y yo nos queríamos y tratábamos como hermanos. Una mañana me llamó el conde y me dijo:

—Me ha desafiado ese maestro compositor llamado Carlos Ferrán, y te suplico que me apadrines, dejándole á él el derecho de elegir armas, porque yo sé manejarlas todas y creo que Ferrán no conoce ninguna.

—Pero ¿por qué os batís?—le pregunté.

—Por una impertinencia de Ferrán,—contestó el conde encogiéndose de hombros.—Figúrate que se ha empeñado en que reconozca á una chicuela que se ha encontrado en la calle, porque dice que es hija mía.

—Pero ¿es efectivamente hija tuya?—le dije.

—Creo que sí; pero no admito imposiciones de esa clase, y mucho menos hoy, que tengo una hija de mi legítimo matrimonio. Si fuera muy rico, le señalaría una pensión de ocho á doce mil reales al año; pero soy pobre, he vivido muy de prisa, y me he comido, ó derrochado, como quieras, la fortuna que me dejaron mis padres. En fin, que no quiero que un musiquillo se entrometa en mis asuntos privados.

Yo quise convencerle de que toda la razón estaba de parte de Ferrán; pero me fué imposible, y se efectuó el lance,

que le costó la vida á mi amigo el conde de Romelia; y el maestro Ferrán fué desde entonces el padre, el bienhechor de Gabriela, llegando á hacer una *prima donna* notable de aquella pobre niña que se había encontrado en el quicio de una puerta una noche cruda de invierno.

—¡Ah! La conducta del maestro Ferrán es noble, es digna de admiración,—añadió Alejandro.

—Así lo reconocíamos los pocos que sabíamos esta triste historia. En fin, Dios no puede abandonar á Ferrán ni á Gabriela. ¡Ah! Si le sucediera lo mismo á la pobre Isabel...

Don Amadeo se levantó, y estrechando la mano de Alejandro, dijo:

—Creo que será conveniente que Gabriela ignore quién fué el matador de su padre. La baronesa de Morgal lo sabe, pero guardará el secreto.

—También yo lo guardaré.

—Adiós, amigo mío, no sé si volveremos á vernos; pero no dude usted que Isabel y yo rogaremos á Dios por la felicidad de Alejandro y de Gabriela.

Don Amadeo salió verdaderamente afectado del despacho de Robledano.

Alejandro, después de despedir al poeta Nasón, volvió á sentarse en una butaca, porque el relato del pobre anciano le había afectado.

LIBRO XVI.

DE HERODES Á PILATO.

CAPITULO PRIMERO.

Principia la batalla.

Benita, el ama de gobierno del agente de negocios Salvador Verdemar, aunque había cumplido los treinta y seis años, no aparentaba treinta. Era una de esas mujeres que se estacionan desde los veintiocho á los cuarenta años, y por las cuales, según la frase vulgar, no pasan días.

Buena moza, robusta, con unos ojos negros, expresivos y grandes, y una frescura de carnes apetitosa, se creía con bastantes méritos para que Salvador recompensase con el tiempo, dándole la mano de esposo, sus diez años de buenos servicios que siendo el ama de gobierno de la casa le había prestado.

Además, Salvador le había dicho muchas veces en esos momentos de expansión y confianza, que se casaría con ella, y este ofrecimiento no lo olvidan tan fácilmente las mujeres del temperamento de Benita.

A pesar de esto, el tiempo pasaba, y Salvador no le cumplía la promesa á su ama de gobierno.

Esto era bastante motivo para que de vez en cuándo Benita reconviniera á su amo por su falta de palabra, y estas reconvenciones tenían siempre por desenlace altercados más ó menos vivos, y estos altercados reconciliaciones más ó menos íntimas. Sin embargo, Benita comenzaba á vivir con recelo, y poco á poco se iba agriando su carácter, porque Salvador se sentaba á la mesa para almorzar y para comer, y ni con ganchos se le sacaba una palabra del cuerpo.

Este mutismo irritaba á Benita, y cuando por él reconvenía á su amo, éste le contestaba:

—Déjame en paz, mis negocios van mal; bien se conoce que tú no tienes que pensar mas que en la cocina.

Y en verdad que no le faltaban motivos á Salvador para decir con malhumorado acento que sus negocios iban mal, pues el canalla de Esteban Terreño se había comido algunos miles de duros sin conseguir lo que el agente de negocios se proponía.

Así las cosas, llegó el día en que el padre Marcelo, por revelación de Terreño, supo lo que ya hemos contado en otro lugar á nuestros lectores, y las condiciones que el honrado sacerdote impuso á Salvador.

Todo esto aumentó el laconismo del agente; y si antes sólo hablaba media docena de palabras durante el almuerzo y otra media docena durante la comida, al verse en tan apurado trance suprimió las doce palabras diarias, como artículo de gasto, y, naturalmente, Benita comprendió que sucedía algo grave.

Desde el momento que una mujer de las condiciones de Benita sospecha que á su amante le sucede algo grave, lo lógico es que procure averiguar ese *algo* que la inquieta, y eso se propuso hacer el ama de gobierno de Salvador Verdemar.

Como primer medio, le puso la mano sobre el corazón cuando dormía para que soñara fuerte y le revelara dormido lo que le callaba despierto; pero aunque ella creía infalible el medio, no resultó así, pues Verdemar continuó dormido sin decir esta boca es mía; sin duda porque aquel hombre metalizado no le había permitido nunca al corazón que tomara parte y se entrometiera en sus asuntos privados ni públicos.

Y después de todo, ¿para qué necesita el corazón un hombre de negocios, uno de esos guarismos en forma humana que todos los actos de su vida los amolda á la inflexible aritmética? Para nada; el corazón y la conciencia estorban, porque si se fuera á hacer uso de ellos, los mejores negocios se derrumbarían como un castillo de naipes.

Salvador no tenía ni corazón ni conciencia; pero debemos decir, en honor de la verdad, que nunca hacía una canallada si no le producía dinero; pero en produciéndole, lo mismo hacía una que cincuenta, porque esto no le quitaba el sueño ni el apetito.

Así es que en vano Benita recurría al corazón de su amante para que le dijera la verdad, porque Verdemar no tenía corazón.

Así las cosas, un día llegó una carta por el correo interior; Benita, que *tenía corazón*, sintió que le daba un *vuelco*

dentro del pecho; al ver la letra del sobre y como *generalmente* todas las mujeres tienen un *corazón leal que no les engaña nunca*, se dijo:

—¡Letra de mujer!... ¿Si será de esa gazmoña, de esa hipócrita de Teresa?

Y obedeciendo á uno de esos impulsos nerviosos que no pueden dominarse, rompió el sobre, y se encontró con la carta abierta delante de los ojos.

Como Benita no poseía ni la prudencia de Débora, ni la timidez de Ruth, ni la fuerza de voluntad de la madre de los Macabeos, comenzó á leer la carta que nosotros á continuación copiamos:

«Mi querido Salvador: Ocurren novedades, es indispensable que nos veamos, que hablemos; te espero esta noche.

»Alejandro está disponiéndose para un viaje; creo que va á Italia á reunirse con Gabriela; pero antes, según me ha dicho el padre Marcelo, quiere dejar arreglado nuestro casamiento...

»Nuestra situación es grave, y conviene que saquemos todo el mejor partido posible.

»Si rechazamos las proposiciones que nos han hecho, tal vez lo perderemos todo.

»¡Cómo ha de ser, éste ha sido un mal negocio! Dios querrá que se nos presente otro mejor, y lo aprovechemos.

»Te espero con impaciencia; tuya,—*Teresa.*»

Benita, con los ojos echando fuego, y los labios contraidos, se sonrió de un modo poco tranquilizador, estrujando al mismo tiempo la carta entre las manos.

Hacía tiempo que el ama de gobierno de Salvador Verde-

mar tenía sospechas de que las relaciones de su amo con la señorita Teresa no eran de las más correctas; pero siempre que ponía de manifiesto sus recelos, el agente de negocios le contestaba con gran naturalidad:

—¡Bah! Tú estás loca.

De esta contestación, repetida cien veces, nacían las dudas y la incertidumbre; pero aquella carta que tenía en las manos se lo revelaba todo.

—¡Ah, infame!—exclamó Benita levantando las manos al cielo.—Según parece, lo están disponiendo todo para casarse. ¡Con que es decir, que me he pasado yo los diez años mejores de mi vida siendo una esclava suya, para que ahora venga la señorita Teresa con su cara de envidia, y con su cuerpo que no es otra cosa que un saco de huesos, á echarme de la casa y á casarse con él!... No, no; eso no sucederá: primero le arranco á ella los ojos y estrangulo á él.

Mientras Benita echaba por todo lo alto estas reflexiones que, aunque justas, eran criminales, se iba encendiendo el color de su rostro, como si una ola de sangre le subiera del corazón á la cabeza.

Si en aquel momento se hubiera presentado Salvador es indudable que Benita se hubiera arrojado á su cuello con las manos crispadas como la irritada pantera sobre la presa que codicia.

Pero afortunadamente pasó una hora y luego otra, sin que Verdemar volviera á su casa, y como la marcha natural es que detrás de la tempestad venga la calma, Benita fué poco á poco calmándose y reconcentrando en el fondo de su pecho el huracán de los celos.

Durante estas tres horas de soledad y retraimiento, Benita hizo lo que hace todo general experimentado y práctico; reconocer el terreno y preparar la batalla; de modo, que cuando á la caída de la tarde llamó Salvador, su ama de gobierno le recibió como siempre, aunque sin poder evitar ciertos movimientos nerviosos.

Salvador pidió la comida con el laconismo de un amo de casa que tiene mal humor.

Mientras Benita se dirigía á la cocina, para decirle á la criada que sirviera la sopa, Verdemar se sentó á la mesa y se puso á examinar algunos papeles que llevaba en la cartera.

Comenzaron á comer en el mayor silencio; pero debemos decir que Salvador comía con más apetito que Benita, y de vez en cuándo le dirigía una mirada recelosa, como si adivinara algo á través del fresco y sereno semblante de su ama de gobierno.

Cuando llegó el principio, porque en casa del agente de negocios se comía un modesto principio detrás del cocido, Benita, que no podía más con aquel silencio, dijo:

—Si te debo algo, me lo dices; te pago, y en paz.

Salvador levantó la cabeza, miró á Benita, volvió á inclinar la frente sobre el plato, y continuó comiendo.

El ama de gobierno tomó aquel silencio por un desprecio, y como tenía bastante pólvora reunida para hacer volar la casa, añadió con acento enérgico:

—Mira, Salvador, ha llegado la hora de que hablemos como Dios manda. Tú no eres el mismo, has cambiado mucho de un año á esta parte; antes eras un hombre amable,

obsequioso, y me dedicabas todos los ratos que te dejaban libres los negocios; sobre todo, por la noche me llevabas á algún teatro por actos, y á última hora al café de Madrid á tomar chocolate.

Salvador comía, escuchaba y callaba.

—Hoy apenas cambias conmigo—añadió Benita—una docena de palabras al día, y eso las más precisas, las indispensables para entendernos. Esto no puede continuar así. Me tratas como á una criada, y tú sabes que soy algo más. ¿Qué ha motivado este cambio tan notable? ¿Soy yo menos limpia, menos hacendosa que cuando comenzamos hace diez años á hacer vida común? ¿Es que ya no encuentras en mí los atractivos de antes? ¿Es que soy menos fiel á los juramentos que te hice? ¿Es que te he faltado en algo?... En ese caso dímelo, para que yo lo sepa, y ponga enmienda, si es posible.

Salvador apartó el plato vacío del principio, se limpió los labios, bebió un poco de vino, y luego, mirando á Benita, le dijo:

—Parece que hoy tienes ganas de hablar.

—En cambio tú tienes muy pocas,—repuso Benita dominando su despecho.

—Ya te he dicho que mis negocios van mal, rematadamente mal; tú sabes que he tenido que quitar el coche, y que ese *granuja* de Esteban me ha estafado muchos miles de duros. ¿Quieres que baile? ¿Quieres que cante? Las mujeres no veis las cosas más que por la parte que os conviene... Déjame en paz.

Una llamarada de calor subió al rostro de Benita, y dando con el mango del cuchillo que tenía en la mano gol-

pecitos sobre la mesa, y mirándole con provocativa expresión, contestó:

—¿Y si yo no quisisra dejarte en paz?

Salvador debió ver algo de amenaza en la contestación de su querida, y aunque no era valiente con los hombres, le pareció que debía serlo con las mujeres, y soltando una carcajada, dijo:

—Tendría mucha gracia.

—Mira, Salvador, tengamos la fiesta en paz; y ahora, para que sepas que no me he caído de ningún nido, te diré la causa de tu malestar y de tu mutismo. Esa señorita de quien tú dices que eres el agente de negocios, pero que yo sé que eres algo más, esa Teresa, flaca como un espárrago y verde como una aceituna sevillana, ésa es la que tiene la culpa de todo lo que te pasa y de todo lo que te pasará.

—Benita, te prohibo que hables con tan poco respeto de una señora que es clienta mía,—exclamó Salvador levantando la voz.

—Pues, hijo, como tú y ella no hagáis méritos para otra cosa, no esperéis que me porte de otra manera,—repuso Benita haciendo una mueca con los labios.

—En ese caso, me veré yo obligado á hacerte respetar lo que merece y quiero que se respete.

—Hay cosas que se dicen con facilidad, pero que se llevan á cabo muy difícilmente.

—Vamos, Benita, tú tienes ganas de camorra, yo no tengo hoy tiempo para ocuparme de tus tonterías.

—¡Ah! ¿Con que llamas tonterías á lo que á mí me sucede? Espera, vamos á hablar con franqueza, á quitarnos

la careta, á decirnos las verdades del barquero; pero te prevengo que estoy dispuesta á todo, á la paz ó á la guerra; y en cuanto á esa señorita, que es causa de todos mis disgustos, yo te aseguro que le sentaré la mano. Eso corre de mi cuenta.

Y Benita, con increible rapidez, cerró por dentro la puerta del comedor, se guardó la llave en el bolsillo del delantal, y se quedó de pié mirando á su amante con amenazadores ojos.

Salvador palideció, porque era cobarde, y adivinaba en el ademán resuelto de su ama de gobierno que se hallaba dispuesta á dar la batalla.

CAPITULO II.

En donde Benita gana la batalla.

Hubo una pausa que duró escasamente medio minuto. Mientras tanto, los dos se miraban con fijeza y las cejas fruncidas.

Por fin Verdemar dijo:

—Abre esa puerta y sírveme el café; tengo que marcharme.

—Lo que es esta noche dispensa, pero no sales de casa,—contestó Benita, que se había quedado con el cuchillo en la mano, y continuaba jugando con él.

—¡Que no salgo de casa! ¿Pero sabes lo que te dices?

—¿Pues no lo he de saber?—añadió sonriéndose de un modo poco tranquilizador Benita.—No quiero que vayas á casa de Teresa, en donde te están esperando para arreglar vuestro casamiento.

Salvadar se levantó de la mesa como impulsado por un resorte, y dió dos pasos hacia Benita con ademán amenazador.

—No me toques, porque te clavo este cuchillo en el corazón,—gritó el ama de gobierno.

Verdemar retrocedió asombrado y cogió una silla como para defenderse, por si acaso le atacaba Benita.

—Deja la silla, deja ese ademán amenazador, y hablemos; ya sabes que te conozco, y tú me conoces á mí también un poco; de modo que no es fácil que nos engañemos mutuamente.

—Pues bien, hablemos,—añadió Salvador,—de todos modos, es preciso que concluya esta situación tirante en que vivimos.

—No deseo otra cosa; tampoco á mí me gusta vivir rodeada de malas caras; tengo un carácter alegre y condescendiente; los gruñidos, las miradas taciturnas me atacan á los nervios.

—Recuerda que tú tienes la culpa de este altercado.

—Cuando una mujer está cargada de razón, nada tiene de particular que estalle. Yo sé que tú, Teresa y un sacerdote que se llama el padre Marcelo estáis preparándome una traición que no sufriré sin vengarme.

—¿Y qué traición es esa?

—Tu casamiento con Teresa.

—Eso es falso, jamás he pensado en semejante cosa.

—¿Y si yo te demostrara lo contrario?

—¡Imposible!

—¿Quieres que te dé una prueba?

—No podrás, porque no existe.

—¿De modo que tú jurarías por la memoria de tu madre que no pensáis en casaros Teresa y tú?

—Sin ninguna dificultad.

—Pues bien, júralo si te atreves; pero antes pasa la vista por esta carta.

Y Benita, acercándose á la mesa donde estaba Salvador, le puso la carta delante de los ojos.

Salvador se quedó pálido como un muerto. Aquello era una prueba irrecusable de su traición. Ni siquiera se atrevió á arrancarle la carta de las manos; la leyó en silencio, y luego dijo con trémulo acento:

—¿Y con qué derecho abres tú mis cartas?

—Con el derecho que dan los celos y la desconfianza que me inspiras de algún tiempo á esta parte. Ahora niégame que estáis preparando vuestro casamiento, júralo por la memoria de tu madre como ibas á hacer.

—Pues bien, sí, no lo niego,—exclamó Salvador, resolviéndose á tomar una actitud enérgica;—tal vez me case con Teresa.

—¡Tal vez!—repitió Benita haciendo un gesto horrible.—¿Y qué quiere decir tal vez?

—Eso quiere decir que si me conviene la boda, la aceptaré; y si no, la rechazaré.

—¿Sin contar conmigo para nada?

—¡Bah! Ya sabes que soy un hombre de negocios que hace todo lo posible por enriquecerse. Casado ó soltero, tú siempre serás la predilecta de mi corazón.

—Soltero sí, casado no.

—¿Por qué?

—Toma, porque mientras yo viva Salvador Verdemar no se casará más que con su ama de gobierno, Benita Sáez,—

contestó con una serenidad, que no dejó de inspirar algún temor á su amante.

—De modo que tú, sin permiso mío, te proclamas dueña absoluta de mi voluntad.

—En ese terreno, ya lo creo; como compra de esa voluntad te entregué hace diez años mi honra; de modo que sales ganancioso, es un buen negocio que hiciste conmigo.

—A pesar del mal humor que me domina y de lo mal que van mis asuntos, me estás dando ganas de reir.

—Ríe todo lo que quieras, tiempo te queda de llorar, porque repito y juro por lo más sagrado, que tú no te casarás con Teresa, porque yo no quiero ni debo consentirlo. Y ahora, no tomes lo que voy á decir como una amenaza, sino como una advertencia. Si llegaras á hacerme esa traición, si llegaras á olvidar las promesas que me has hecho, si te casaras á cencerros tapados, como vulgarmente se dice, con esa *escuerzo,* que no sirve para descalzarme los zapatos, vuestra luna de miel se convertiría en luna de sangre, pues me sobra valor para mataros á los dos, y para matarme yo luego.

Salvador apenas podía mantener la terrible mirada que sobre él tenía fija Benita. En aquellos grandes ojos negros brillaba el odio, la desesperación; le parecía leer estas palabras: «Soy muy capaz de cumplir lo que acabo de ofrecerte.»

Verdemar sabía que su ama de gobierno era una mujer serena, enérgica, valiente. Pero jamás, ni remotamente, había sospechado que se atreviera á subírsele á las barbas, amenazándole con partirle el corazón de una puñalada.

Y lo peor de todo era que la tenía miedo, y esto agravaba su situación de un modo notable.

Para un hombre de las condiciones de Verdemar, es decir, uno de esos hombres que carecen en absoluto de valor personal, que sufren un insulto, y hasta una bofetada sin rebelarse, pero que están dispuestos á cometer todas las canalladas que puedan producirles dinero, tener dos queridas dispuestas á servirse, la una del veneno y la otra del puñal, era verdaderamente desesperante.

Dios indudablemente castiga á los culpables de mil distintos y variados modos, y el castigo que le había dado á Salvador con Teresa y Benita, no era de los más suaves.

Porque estas dos mujeres eran una amenaza continua á su vida, y la vida material era lo que más quería Verdemar.

Todo hombre cobarde, cuando se encuentra en un grave peligro, lo primero que procura es salir de él, aunque esa salida le prepare para mañana otro peligro mayor. Así es que ante la mirada de su ama de gobierno, y sobre todo, ante el cuchillo que tenía en la mano derecha, creyó prudente calmar, aunque fuese con la mentira y falsos juramentos, aquella fiera irritada.

—Vamos, vamos, Benita,—le dijo;—deja ese cuchillo, siéntate á mi lado, toma café conmigo, y vive tranquila, que yo te juro que no pienso casarme con la señorita Teresa.

—Entonces, ¿cómo es que ella lo dice en su carta?

—Ella podrá decir lo que quiera, pero del dicho al hecho hay mucho trecho.

—¿Y quién es este padre Marcelo que se entromete en tus asuntos?

—Un pobre cura, uno de esos sacerdotes—añadió Salvador esforzándose por sonreirse—que tienen la monomanía de casar á todo el mundo; se le ha ocurrido que podíamos casarnos la señorita Teresa y yo, sin otro motivo que porque los dos somos solteros.

—No, Salvador, no; hay algo más que el capricho de ese cura... He leído la carta que esa... señorita te escribe, y he visto que tu casamiento con ella es una imposición: si no fuera así, no te hubiese escrito esa carta.

—Te digo que no seas cavilosa, y que me dejes en paz; lo mismo me casaré yo con la señorita Teresa, que con el moro Muza; con que sírveme el café, y hablemos de otra cosa.

Benita se quedó un momento pensativa, y de pronto dijo:

—Sí, dices bien; no te casarás con Teresa, y si te casas, tanto peor para tí y para ella.

Y Benita, abriendo la puerta del comedor, tiró del llamador de la campanilla, diciéndole á la criada:

—Sírvenos el café.

Durante algunos momentos Benita y Salvador guardaron silencio, como si ninguno de los dos se atreviera á comenzar de nuevo la peligrosa discusión.

Aquel silencio era, por decirlo así, una tregua que se concedían mutuamente.

De pronto Benita se sorbió el resto del café que le quedaba en la taza, y mirando con fijeza á Salvador, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer esta noche?

—Esta noche tengo que ver á un cliente mío, de ocho á

nueve en el café de Levante, pues quiere venderme acciones de las minas del Horcajo, y luego, á las doce, ir al bolsín; pues se dice que habrá algún aumento, efecto de las noticias que hoy han corrido sobre cambio de ministerio.

—De manera—añadió Benita con gran naturalidad—¿que tienes ocupada toda la noche desde las ocho á las doce?

—Sí: á esa hora, poco más ó menos, volveré á casa.

—Pues, querido Salvador, es preciso que hagas un sacrificio por mí, porque quiero ir á ver la primera y segunda pieza en Eslava, y luego tomar chocolate en casa de doña Mariquita.

—Hoy es imposible, Benita,—contestó Salvador haciendo un gesto de disgusto;—ya te he dicho que tengo que hacer cosas que me importan mucho.

—¡Bah! Si no las haces esta noche, las harás mañana.

—Imposible.

—Figúrate que te has puesto malo.

—Pero como no lo estoy...

—Ya te he dicho que te lo figures.

—Pero eso es un capricho que me perjudica.

—¿De manera que no quieres complacerme?

—No es que no quiero, es que no puedo, en lo cual hay una gran diferencia.

—Hablemos con franqueza: tú quieres ir á la plaza de la Independencia á ver á tu prometida esposa.

—Pero, Benita...

—Nada, puedes hacer lo que gustes; pero te prevengo que no tendrá nada de particular que nos encontremos los dos en casa de don Alejandro de Robledano.

—¿Serías capaz de promover un escándalo en casa de un cliente mío, que tanto me protege, que tantos favores me ha hecho, y á quien estoy obligado á guardar toda clase de consideraciones?

—Yo soy capaz de todo, te lo prevengo.

Por la imaginación de Verdemar cruzó con la rapidez del relámpago la idea de llevar á cabo uno de esos actos de energía que invisten al hombre de toda la fuerza moral del amo de casa; pero le faltó el valor, y en vez de arrojarle un plato á la cabeza, exhaló un ruidoso suspiro, diciendo:

—Esta noche te has propuesto desesperarme... Si continúas así, acabarás por perderme y perderte.

—¡Ah! Si tú hubieras seguido los consejos que te estoy dando hace diez años, otro gallo te cantara.

—Si hubiera seguido tus consejos, no tendríamos que comer.

—Quedamos, pues, en que esta noche me perteneces,—añadió Benita, que no cejaba en su empeño.

—Haré lo que quieras, porque á un agente de negocios como yo, que vive de su crédito y buena reputación, no le convienen los escándalos.

Benita había ganado la batalla, y casi alegre, se dirigió á su cuarto, se vistió en cuatro minutos, y volvió al comedor, diciendo:

—Vamos cuando quieras.

Salvador se puso el gabán y el sombrero, y exhalando un suspiro, contestó lacónicamente:

—Vamos.

CAPITULO III.

Llegar á tiempo.

Teresa esperó en vano hasta las doce de la noche á Salvador Verdemar; á esa hora se acostó.

Aquella alma reconcentrada; aquella naturaleza nacida para el sufrimiento y el disimulo; aquella joven que no había conocido nunca la expansión y la alegría de la juventud, no podía explicarse cómo Salvador, recibiendo su carta, no acudía presuroso á la cita.

—Él no me ama,—se decía en el silencio y la soledad de su dormitorio;—mientras creyó que yo podía ser la heredera de cuarenta millones, estuvo obsequioso, atento, fino, conmigo; pero desde el momento que se ha persuadido que con mi mano solo puedo llevarle un dote modesto, todo ha cambiado.

En derredor de estas ideas fueron rodando las horas, hasta que por fin el cansancio le proporcionó ese sueño agitado y poco provechoso, que no es otra cosa que la continuación del sufrimiento, bajo otra forma distinta.

Teresa se levantó á las nueve de la mañana, y al salir de su dormitorio, le dijo un criado que el padre Marcelo la esperaba en el despacho de don Alejandro.

Teresa no amaba á nadie en el mundo, ni siquiera á su amante Salvador Verdemar, porque su sangre estaba impregnada de odio.

El padre Marcelo al verla entrar, le dijo con la gravedad de su carácter:

—¿Qué ha resuelto Salvador?

—Lo ignoro,—contestó Teresa.

—¿Pero no le escribió usted la carta que convinimos?

—Sí.

—¿Quién fué á llevarla?

—Se la envié por el correo interior.

—Mal hecho; ciertas cartas deben llevarse á la mano,—añadió el sacerdote.

—Creí más prudente enviarla por el correo.

—¿De modo que cuánto tiempo hace que ese hombre no ha venido por aquí?

—Cerca de dos días.

—Es extraño; tal vez esté enfermo.

Teresa guardó silencio.

—Es preciso que le veamos; es preciso terminar este enojoso asunto,—repuso el padre Marcelo.—Alejandro se halla completamente restablecido, y antes de emprender el viaje que tiene proyectado, quiere que usted y Salvador se casen.

—¿Y si Salvador se negara á darme el nombre de esposo?

—Se le obligaría á ello. Usted es prima hermana de Alejandro; usted no tiene otro apoyo en el mundo que Alejan-

dro, y á pesar de todo lo que ha sucedido, y de todo lo que usted ha hecho, Alejandro tiene el deber de velar por usted. Será usted la esposa de Salvador Verdemar.

—Seré la esposa de Salvador, si le conviene el dote que mi primo me señale.

—Veinte mil duros.

—Tal vez le parezca poco.

—Si así lo demostrara, tanto peor para él, porque Alejandro, repito, que le obligaría á casarse con usted, con dote ó sin dote. El hombre que roba la honra de una doncella tiene la obligación de devolverle la honra, dándole el nombre de esposo. Alejandro no permitirá nunca que se burlen de usted. Pero no perdamos el tiempo en inútiles discusiones; es preciso escribirle otra vez... pero no, iré yo á verle, eso será mejor. Si mal no recuerdo, me dijo usted que vivía en la calle Mayor... Voy á verle, porque Alejandro me espera á la una de la tarde en su quinta de Carabanchel.

En la situación en que se encontraba Teresa, casarse con Salvador era al fin ganar algo, tener una posición social en el mundo. Así es que no se opuso á que el padre Marcelo visitara á Verdemar.

El sacerdote salió resuelto á terminar aquel asunto enojoso.

El coche le esperaba á la puerta.

El padre Marcelo dió las señas del agente de negocios al cochero, y los caballos partieron al trote.

Poco después llamaba en casa de Salvador.

Como Benita tenía la costumbre de abrir la puerta, pues ella sabía á los que deseaba ó no deseaba recibir su amo, miró por el ventanillo.

Al ver á un venerable sacerdote, sintió un estremecimiento en todo su cuerpo, y se hizo esta pregunta:

—¿Será el padre Marcelo?

Vaciló un momento, y por fin abrió la puerta.

—¿Don Salvador Verdemar, está en casa?—preguntó el sacerdote.

—Sí, señor, en su despacho; pase usted,—añadió Benita con afable entonación.

El ama de gobierno acompañó al sacerdote hasta la puerta del despacho, y dijo levantando el portier:

—Aquí es.

Tan pronto como el sacerdote entró en el despacho, Benita tomó por un pasillo, abrió una puerta de escape, y entró en una pequeña pieza, que era el cuarto de limpieza de Salvador. Esta habitación tenía una puerta que daba al despacho de Salvador.

Cuando Benita se colocó detrás del portier, se hallaban Verdemar y el sacerdote de pié uno enfrente del otro; no habían hecho más que saludarse; de modo que llegaba á tiempo para oir lo que hablaban, y estaba resuelta á no abandonar aquella atalaya.

—¡Usted aquí, padre! ¿Pues qué ocurre?—le preguntó Salvador dirigiendo miradas recelosas al portier, que le pareció que se había movido, y sospechaba la causa.

—Supongo — contestó el sacerdote — que recibió usted una carta de Teresa.

Al oir este nombre, la inquietud, el malestar de Salvador aumentaron, pues temía que Benita se hallara oculta detrás de la cortina.

—No, no he recibido ninguna carta,—contestó Verdemar tartamudeando, hasta el punto de llamar la atención del padre Marcelo.

—Pues bien, en esa carta—repuso el sacerdote mirando con fijeza al agente—se le advertía á usted que anoche sin falta acudiera á casa de don Alejandro de Robledano, plaza de la Independencia.

—Pues no la he recibido... pero iré esta noche, si es lo mismo,—contestó precipitadamente Salvador.

El padre Marcelo comprendió que á Verdemar le sucedía algo.

—Puesto que no ha recibido usted esa carta,—añadió con pausado acento el sacerdote,—hablaremos ahora, y resolveremos en el acto lo que no pudo hacerse anoche.

Verdemar tembló, se puso pálido. El padre Marcelo, si continuaba hablando, iba á revelarlo todo, y era indudable que Benita se hallaba oculta detrás del portier, y escuchando.

—El caso es—dijo Salvador—que yo tenía que salir de casa; me están esperando en otra parte, y se trata de un asunto urgente.

El sacerdote frunció el entrecejo, y mirando con severidad á su interlocutor, le dijo con el mismo tono reposado:

—No hay para usted ningún asunto más urgente sobre la tierra que el que vamos á tratar ahora mismo, y le ruego por lo tanto, que me dedique su atención.

Salvador exhaló un suspiro, y dirigiendo una mirada medrosa hacia la cortina, dijo:

—Pero ¿hay tal urgencia de que hablemos ahora?

—Señor Verdemar, desde que he entrado en esta habitación, noto en el semblante de usted algo extraño que me preocupa; cualquiera diría que usted es el ladrón y yo el juez, y que no piensa usted en otra cosa que en el modo de escaparse.

—¡Yo!..

—Le prevengo, por lo tanto, que he venido resuelto á que hablemos y quede terminado nuestro asunto; pues de lo contrario, mañana mismo se sabría por los periódicos de lo que es capaz, por un puñado de oro, el agente de negocios don Salvador Verdemar.

Verdemar se llevó una mano á la frente para limpiarse el sudor. Su cuerpo se estremeció, y sus ojos miraban con frecuencia hacia el portier, porque ya no le quedaba duda de que Benita se hallaba oculta detrás de él.

—Bien, bien... hablaremos de lo que usted quiera,—tartamudeó Salvador;—pero con el permiso de usted voy á la alcoba á coger un pañuelo.

—Le prevengo á usted que si eso es un pretexto para escaparse, el perjuicio será mayor para usted que para nosotros.

—Por Dios, Padre Marcelo, no tenga usted tan mala opinión de mí,—añadió esforzándose por sonreirse el agente.

Salvador quería á todo trance saber si sus sospechas eran ciertas. Se dirigió á la alcoba, y efectivamente, Benita estaba allí con un pequeño revólver en la mano derecha, y el dedo índice de la izquierda puesto sobre los labios.

Apuntándole con el revólver, le indicó que se volviera al despacho, y que callara.

El aturdimiento de Salvador subió de punto, pero volvió á sentarse en el mismo sitio, sin acordarse de sacar el pañuelo del bolsillo.

El padre Marcelo, aunque encontraba algo extraña la conducta de aquel hombre, no sospechaba la verdadera causa: suponía que todas aquellas inquietudes y recelos eran efecto de su situación desairada, porque á nadie, por cínico que sea, le gusta que le quiten la careta.

Cuando le vió sentado, le dijo:

—Toda cuestión de honra conviene zanjarla pronto, y Alejandro quiere que se celebre el casamiento antes de marcharse.

El asunto empezaba secamente, y por el peor punto posible para Salvador.

—¿Y cuándo se marcha don Alejandro?

—Dentro de unos días.

—Tan pronto no va á ser posible... Además, eso de casarse vale la pena de pensarlo un poco.

—¡Ah! Yo creía, señor Verdemar, que ya estaba todo pensado y convenido, hasta tal punto, que los papeles de usted y de Teresa estén corrientes y conseguida la dispensa de las amonestaciones. Pero según parece, han surgido algunas dificultades, que usted tendrá la bondad de exponerme á ver si me convencen.

—No, no; dificultades ninguna... pero ¡caramba! eso no es escopetazo de pícaro.

Salvador estaba aturdido. El padre Marcelo le dirigió una mirada severa, y dijo:

—Se engaña usted si cree que Alejandro de Robledano

ha de consentir que usted falte á su palabra. La honra de Teresa, que usted ha mancillado, necesita una pronta reparación, si no por ella, por su primo hermano, que es el jefe de la familia. Nada de vacilaciones, nada de dudas. Dentro de cinco días les casará á ustedes un sacerdote, y usted recibirá en arras diez mil duros. Al día siguiente de la boda, Alejandro emprenderá un largo viaje. Nadie sabrá lo ocurrido. Usted y Teresa vivirán como mejor les convenga, pero sin volver nunca á pisar los umbrales de la casa de Alejandro, á no ser que con el tiempo demuestren ustedes, sin ningún género de duda, un verdadero arrepentimiento de sus pasadas culpas. Pero si usted rechaza estas imposiciones, entonces todo Madrid sabrá quién es el agente de negocios don Salvador Verdemar.

Y el padre Marcelo, levantándose, añadió:

—Medite usted su situación, piense usted todo lo que ha hecho por apoderarse de una fortuna que no le pertenecía, y elija entre el olvido, el perdón y el silencio, ó el escándalo y la guerra. Esta tarde á las cuatro le espero á usted en la plaza de la Independencia, porque sin falta esta noche, tengo que dar una contestación definitiva á Alejandro, que está impaciente por terminar este enojoso asunto.

El sacerdote hizo un movimiento como para dirigirse hacia la puerta, cuando se descorrió el portier y apareció Benita con las manos metidas en los bolsillos del delantal, y extremadamente pálida.

—Un momento, padre Marcelo,—dijo Benita con entonación nerviosa,—lo que usted acaba de proponer á Salvador no puede realizarse, porque yo no quiero.

El sacerdote volvió la cabeza, y se quedó mirando al ama de gobierno.

Salvador exhaló un suspiro, y se cubrió el rostro con las manos, murmurando en voz baja:

—¡Estoy perdido!

CAPITULO IV.

Donde la tempestad va pasando.

Benita había producido todo el efecto que esperaba, y el padre Marcelo adivinó entonces todas las vacilaciones y temores de Salvador.

Pero el misionero era un hombre sereno, y sin perder la calma, dijo:

—¿Quién es esta mujer que viene á interrumpirnos de esta manera?

—Soy la prometida esposa de Salvador Verdemar desde hace diez años,—contestó Benita.—Creí en sus palabras, y vine á vivir con él; le entregué mi honor, porque le creí un caballero. Hoy, según parece, trata de arrojarme á la calle; pero eso va á ser bastante difícil, porque sería preciso que me matara para que yo cediera los derechos que tengo á llevar su apellido.

—¿Es verdad lo que dice esta mujer?—volvió á preguntar el sacerdote con la misma calma.

La situación de Salvador tenía tanto de vergonzosa como de insostenible. Aquel hombre, acobardado delante de una mujer; aquel amo de casa que no se atrevía á levantar los ojos delante de su ama de gobierno, arrastraba su dignidad por el suelo.

—¿No tiene usted nada que responder á mi pregunta?—repitió el sacerdote.

Verdemar, haciendo un esfuerzo, dijo con voz apagada:

—Yo no he ofrecido nunca á esa mujer que sería su esposo.

—¡Mientes, miserable!—exclamó Benita, avanzando unos pasos.—Me lo has ofrecido mil veces, era nuestra conversación diaria; pero esperabas enriquecerte con los sucios negocios á que te dedicas, y así se fué pasando el tiempo. Luego conociste á esa señorita Teresa, y formaste con ella una alianza, en la que entró Esteban Terreño para apoderarse de los millones de don Alejandro de Robledano. Sin duda creyendo que llegaría á millonaria, como tu Dios es el oro, le ofreciste casarte, llamarla tu esposa; pero te juro que no será así; si Teresa ha perdido su honra por creerte, yo también la he perdido; por lo mismo, primero soy yo que ella.

—Agradece, infame,—exclamó Salvador levantando los puños cerrados en són de amenaza,—agradece que está delante de nosotros este venerable sacerdete, porque si no, hoy sería el último día de tu vida.

Benita soltó una provocativa carcajada, que terminó con una mueca insultante.

—Si tú has de matarme,—le dijo,—tengo asegurada la inmortalidad.

El padre Marcelo comprendió que se hallaba en una situación difícil, y que á Salvador le faltaba energía para dominar á aquella mujer dispuesta á todo.

Sin embargo, aquella escena no podía prolongarse, y exclamó:

—Yo he venido á esta casa con una misión de paz, y no á presenciar escenas de escándalo y de amenaza; pero como mi misión sobre este mundo se reduce á reconciliar á los que están en guerra, ruego á esta señora que se serene, y á usted, Verdemar, que explique y aclare la situación en que se halla.

—Padre Marcelo,—añadió Salvador,—confieso que esa mujer ha sido mi querida durante diez años; pero yo nunca he pensado llamarla mi esposa.

—Entonces eres doblemente canalla, porque me has ofrecido lo que no pensabas cumplir,—repuso Benita.—He ahí un hombre de negocios, un adorador del tanto por ciento; ofrece mientras le conviene ofrecer para realizar sus planes, y luego falta á su palabra, sin que por eso se inquiete su conciencia.

El sacerdote, deseando poner fin á aquella escena desagradable, añadió:

—Señor Verdemar, el asunto que está usted debatiendo con esta señora sólo ustedes dos pueden terminarlo. Me ausento, por lo tanto, de esta casa; pero antes debo decirle que si mañana á las cuatro de la tarde no se termina favorablemente el asunto que aquí me ha traído, usted será el responsable de lo que suceda.

Y saludando con una ligera inclinación de cabeza, dijo:

—Ruego á ustedes que me indiquen la puerta, y que Dios nos ilumine á todos.

Benita acompañó al sacerdote hasta la puerta de la escalera, y allí dijo:

—Padre, lo que pido es justo, y usted por la sagrada misión que ejerce en la tierra debe ponerse siempre del lado de la justicia.

—Sí, hija mía; pero la mujer debe huir siempre del pecado del escándalo.

Benita cerró la puerta y volvió al despacho de su amante.

Salvador permanecía sentado en una butaca, y con la frente hundida entre las manos.

Benita, de pié junto á la puerta, le estuvo contemplando un breve rato.

Al verle humillado, medroso, una sonrisa de triunfo asomó á sus labios, como si se gozara en la humillación de aquel hombre.

De pronto Salvador levantó la cabeza, miró á Benita, y exclamó:

—¡Me has perdido!

—En ese caso la culpa será tuya,—contestó, encogiéndose de hombros.

—Eres una mujer arrebatada; el día que te levantas en són de guerra no reflexionas nada. Yo no pensaba nunca casarme con Teresa, pero los hombres tienen compromisos que les obligan muchas veces á fingir lo que no sienten. Y ahora, con lo que has hecho, con lo que has dicho al padre Marcelo, me has colocado en una situación verdaderamente difícil, de la que no sé cómo salir, porque no quiero

ocultártelo por más tiempo, Benita, estoy arruinado, y si Alejandro no me protege, tal vez me vea en un compromiso cuando llegue la liquidación de fin de mes.

Benita se sentó en un sofá, y comprendiendo que había llegado el momento de razonar, y había pasado el de amenazar, dijo con mucha calma:

—De algún tiempo á esta parte es una desgracia lo que á mí me sucede; no creo ni una sola palabra de todo cuanto me dices. ¿Y no sabes por qué es, Salvador? Porque me has engañado muchas veces y he perdido la confianza que antes tenía en tí. Por lo demás, tú sabes que yo soy buena como el pan; con un poco de cariño se me lleva adonde se quiere; tengo el genio un poco vivo, lo conozco, pero se me pasa pronto; y además, cuando una mujer ama de veras, no puede mirar con indiferencia ciertas cosas.

La hora de la reconciliación había llegado. Salvador comenzó á respirar.

—Hoy me has causado mucho daño, Benita,—dijo Verdemar suspirando,—y te le has causado á tí misma. ¡Qué concepto va á formar de nosotros ese honrado sacerdote! Todo lo que me has dicho delante de él podías habérmelo dicho cuando nos hubiéramos encontrado solos; pero te ofuscas y te desesperas.

—¿Y no tenía motivo para ello? ¿Crees tú que pueden oirse con serenidad ciertas cosas? Hombre, aunque tuviera yo la sangre de horchata.

—¡Bah! Pero ¿por dónde has podido imaginarte que yo iba á casarme con Teresa? ¡Ni qne estuviera loco! Se me había propuesto que cargara con ese saco de huesos dándo-

me en dote algunos miles de duros. Yo iba entreteniendo la cosa, porque don Alejandro, en caso de una catástrofe á últimos de mes, podía salvarme, porque es rico y generoso; pero tú, con el escándalo de hoy, has echado abajo todos mis planes.

—¿Por qué no has sido franco conmigo? ¿Por qué no me has dicho la verdad, y entonces nos hubiéramos puesto de acuerdo?—contestó Benita.

—Porque no se te pueden decir ciertas cosas sin que te alborotes y eches la casa por la ventana. Ahora el padre Marcelo irá á contarle á don Alejandro todo lo que ha sucedido, y como el padre Marcelo es el verdadero amo de la casa, se me cerrarán las puertas en el momento más grave y comprometido de mi vida; y si el papel baja, como ya está indicado, y yo no puedo pagar al hacer la liquidación, entonces no será preciso que tú me amenaces con el revólver, porque seré yo el que tendrá que levantarse la tapa de los sesos por no quedar deshonrado.

Benita miraba con cierta compasión á Salvador, porque de sobra sabía ella que Salvador tenía en mucho más aprecio la vida que la honra, y que le importaba poco que le llamaran *perro judío* con tal de que ese calificativo le produjera un puñado de oro ó de billetes de Banco.

A pesar de esto, no le hacía gracia el que su amante se arruinara, porque esa ruína le alcanzaba á ella, que ya se había acostumbrado á vivir con ciertas comodidades que se echan de menos cuando se pierden.

Pero el mal estaba hecho, y aunque lo hubiera deseado, no encontraba medio de remediarlo, porque estaba dispuesta

á estorbar el casamiento de Salvador y Teresa á todo trance; y este casamiento era la salvación del agente de negocios, según él mismo aseguraba.

—Faltan diez días para concluir el mes,—añadió Salvador como si hablara consigo mismo,—si en bolsa se liquida con una baja de tres y cuatro enteros, yo habré perdido veinte mil duros: cantidad que no tengo, y que de seguro, después de lo que ha pasado, no me prestará Robledano. En este caso tengo dos caminos: ó como te he dicho, levantarme la tapa de los sesos, ó emigrar de España. Figúrate mi situación; preparándome con tiempo y rebañando todos los rincones, podré reunir sesenta ó setenta mil reales. ¿A dónde vamos los dos con esa miseria á soportar una emigración voluntaria en el extranjero? Porque no se trata de permanecer un mes ó dos fuera de la patria, sino toda la vida.

Y Salvador, golpeándose la frente con el puño, volvió á decir:

—¡Ah! Benita, tú no sabes lo que has hecho: me has perdido y te has perdido.

El ama de gobierno, que aunque impetuosa y arrebatada, tenía buen fondo, comenzó á sospechar que se había excedido un poco, y como generalmente los caracteres más altivos y valientes son los que más pronto olvidan, dejándose llevar de uno de esos arranques de generosidad, exclamó:

—Pues bien, busquemos el remedio, que alguno tendrá.

—¿Qué remedio quieres que tenga? Yo les entretenía con esa esperanza de matrimonio; pero ahora no es posible que les hable de semejante cosa, sin que me recuerden

que hace diez años que vivo con una mujer, y que esta mujer tiene más derecho que nadie para llamarse mi esposa.

Aquí hubo una pausa. Benita no quería abdicar del todo sus derechos; es decir, presentarse al padre Marcelo y decirle: He sido una loca, una exagerada: he mentido; porque Salvador Verdemar no me dió nunca palabra de casamiento.

Por eso los dos callaban, buscando una salida de aquel laberinto de Creta en donde se habían metido.

Así transcurrieron algunos momentos, y por fin Salvador exclamó de esta manera:

—De todos modos, es preciso que yo vea á don Alejandro y al padre Marcelo. Yo sé que corro peligro de que me echen de su casa con cajas destempladas; pero, ¿qué remedio? Lo sufriré todo con resignación; de dos males siempre es prudente aceptar el menor. No sé lo que les diré para convencerles y tranquilizarles, porque no es cosa del momento, y según se presente; pero no vayas tú luego á desmentirme, como has hecho hace poco.

Benita no confiaba mucho de Salvador; así es que le miró con recelo, y luego dijo:

—Tú puedes ofrecerles lo que quieras, con tal que luego sólo cumplas lo que á mí me convenga.

—En fin, no perdamos el tiempo; voy á vestirme.

Y el agente se levantó, encaminándose hacia la puerta.

Benita le puso una mano sobre el pecho, le miró con fijeza, y le dijo:

—Vete adonde quieras y haz lo que más te conven-

ga; pero no olvides lo que voy á decirte: si me hicieras una traición, si te casaras con esa hipócrita de Teresa, vuestra luna de miel se convertiría en luna de sangre. Anda con Dios.

Y Benita se apartó para dejar libre el paso á Salvador Verdemar.

CAPITULO V.

Un amigo de antaño.

Salvador Verdemar se vistió como el que tiene prisa y desea ganar tiempo.

Salió á la calle sin un plan firme y preconcebido, porque la verdad era que había pasado un mal rato con las inculpaciones y amenazas de su ama de gobierno.

Sobre todo, lo que le inspiraba serios temores, era aquel revólver chiquitín y reluciente como la plata bruñida que Benita llevaba en el bolsillo del delantal.

Porque Salvador ignoraba que su ama de gobierno tuviera más armas ofensivas y defensivas que las uñas y los dientes, y aquel revólver podía producirle un arañazo más serio.

Recordaba también que había leido en un catálogo de comedias reunido por Moratín, este título: *No hay fiera más irritada que una mujer indignada;* y temía que Benita se convirtiera en una heroína de causa célebre.

Además, aquellos días los periódicos habían relatado va-

rios crímenes en París por celos, y el jurado había absuelto á las matadoras de hombres.

Esto era un mal precedente que alentaba á las mujeres burladas, y Salvador, pensando todas estas cosas y algunas que no hemos podido averiguar, se encontró en la calle de Alcalá, frente al café Suizo.

Allí se detuvo, porque es sitio que convida á cualquier desocupado á hacer una parada, aunque no sea más que por ver á las muchachas y jóvenes que pasan y repasan incitando el apetito de los golosos.

Además, Salvador no había resuelto nada en definitiva, porque todo le daba miedo, y debemos decir, sin temor de que nos tachen de imprudentes, que la situación de Verdemar era para un hombre de su carácter bastante desagradable, porque Teresa era partidaria del veneno y Benita del revólver, dos cosas con las que no podía familiarizarse el agente de negocios.

Estando en este mar de vacilaciones, acertó á pasar por allí el vizconde de Justa, tan pulcro, tan elegante como siempre, pero más raído que nunca, porque este aristócrata de procedencia dudosa, llevaba una temporada de no acertar una carta, ni poder *levantar un muerto* de alguna consideración.

Como la calle de Sevilla es un punto concurridísimo, y á propósito para dar sablazos, el vizconde paseaba esperando que su buena suerte le deparara el *primo del día* que le pagara un almuerzo en el inglés.

El vizconde vió á Salvador, á quien conocía de antiguo, y no ignoraba que si bien no era rico, en cambio manejaba

mucho dinero, pues era agente de negocios, y sabido es que nunca le faltaba media docena de duros en el bolsillo del chaleco y algún billete en la cartera.

—Mi querido Salvador,—le dijo abrazándole como si fuera un amigo íntimo recién llegado de la Habana.

—¡Hola, vizconde!—contestó Verdemar, sin saber si alegrarse ó entristecerse con el encuentro.

—Pero ¿dónde diablos te metes que hace una porción de tiempo que no te veo?

—Pues, chico, yo hago la misma vida de siempre; ocupado en mis negocios.

—Dichoso tú, que tienes negocios.

—Sí, pero poca es la dicha cuando los negocios van mal, contestó Salvador suspirando.

El vizconde pensó que Salvador se preparaba antes de recibir el sablazo.

—¿Qué sabes de Esteban Terreño?—preguntó el vizconde.

—Solo sé, que ese infeliz se ha quedado ciego.

—Lástima grande.

—Esteban, tarde ó temprano, tenía que concluir mal; su vida no era para llegar á viejo, yo se lo había dicho muchas veces, y á pesar de conocerle, me fié de él, y ha sido la causa de mi ruina. Ya ves: ¿cuándo cobraré más de diez mil duros que me debe?

El vizconde Justa se sonrió maliciosamente, y colocando una mano con familiaridad sobre el hombro de Verdemar, le dijo:

—Vamos, Salvador, que si el negocio que llevábais entre

manos cuando su último desafío no se hubiera torcido, otro gallo os cantara.

—Sí, buen negocio te dé Dios... me engañó como un chino.

—¿Pero no sabes lo que pasa?—añadió el vizconde dando un cambio á su entonación.

—¿Pues qué pasa?—preguntó maquinalmente Salvador.

—Que ayer leí en un periódico, que hoy se hacía almoneda en una casa de la calle de Bordadores, y como era precisamente la casa en donde vivía Esteban, esta mañana me he ido allí á ver lo que ocurría.

—¿Y has visto á Esteban?—preguntó con algún interés Salvador.

—No, pero he visto á Pepe su criado, y por él he sabido que Terreño ha encontrado un protector,—contestó el vizconde.—¿Quién dirás que es?

—Difícil es acertarlo, porque Esteban tenía pocos amigos decentes,—añadió riéndose Salvador.

—Muchas gracias, por la parte que me toca,—repuso el vizconde, imitando la claridad de su interlocutor.

—¡Bah! exceptuando nosotros,—dijo el agente;—pero sepamos quién es ese protector.

—Pues nada menos que Alejandro de Robledano; el mismo que le dejó ciego.

—¡Ah! ¿Y cómo sabes tú eso?

—Toma, me lo ha dicho su criado Pepe, con el que he estado charlando largo rato. Parece ser que Esteban tenía ó tiene enemigos terribles, y á mí en las visitas que le hice en Carabanchel cuando estaba herido, me había hecho algunas

confianzas; pero el pobre Esteban, al quedarse ciego, vivía en perpetuo recelo; temiendo siempre que lo envenenaran ó le asesinaran. Así es, que le tenía encargado á Pepe que no abriera la puerta de su casa á nadie más que al médico y á mí, porque tú ya sabes que Terreños y yo éramos y somos muy amigos, y me lo confiaba todo.

El vizconde miró con una sonrisita tan expresiva á Salvador, que éste, que necesitaba poco para sobresaltarse, creyó que aquel perdido aristocrático le ocultaba algo.

—Verdaderamente no hay nada tan inverosímil como la vida real,—añadió el vizconde,—Alejandro le deja ciego, y después le abre las puertas de su casa, y le dice: Desde hoy vivirás bajo este techo protegido por mí, duerme tranquilo, pues no ha de faltarte nada. Yo olvido el pasado y lamento tu presente. Como un pobre ciego tiene largas y dolorosas horas de profunndas tinieblas, cuando quieras, el hombre de mi confianza que cuidará de tí entretendrá tus ratos de soledad con la lectura de las obras que le designes, etc., etc. En fin, chico, Alejandro se ha portado de un modo tan generoso, tan noble con Esteban, que no hay palabras con que enaltecer su conducta poco común.

—Suerte y no poca ha sido la suya,—añadió Verdemar algo preocupado.

—¿Y hace mucho tiempo—volvió á preguntar el vizconde—que no has visto á Esteban?

—Desde que me cerró como á todo el mundo las puertas de su casa; y eso que, como sabes, compadecido de su desgracia, le pasaba una pensión para que no se muriera de hambre; pero el animal más ingrato de la creación es el hombre.

—Yo creo que el pobre Esteban está loco,—añadió Justa.—A mí me ha hecho grandes confianzas, y no he podido persuadirle de una idea que se le ha metido entre ceja y ceja.

El vizconde miraba siempre sonriéndose á Salvador, y la inquietud de éste iba en aumento.

—Figúrate—añadió Justa—que á tí, que tantos favores y beneficios le has hecho, te tiene por el enemigo más temible; y sobre todo, á una señorita, que no conozco, y que se llama Teresa. ¡Ah! A Teresa la teme más que á un toro de Miura.

Salvador ya no tuvo duda que el vizconde sabía algo más de lo que decía, y conociendo qué clase de hombre era aquel aristócrata falsificado, creyó conveniente sondearle y aun comprarle en último caso.

—Querido vizconde,—le dijo,—si te parece podremos entrar en el café Suizo á tomar una copa de Jerez y unos pastelillos, y hablaremos de Esteban, que después de causar mi ruína, sé yo que tiene de mí poco ventajosas creencias.

—Acepto la invitación,—contestó el vizconde, animado con la esperanza de que fuera algo productivo su encuentro con el agente de negocios.

Entraron en el café, y buscaron una mesa en el punto más solitario y retirado de la puerta; y tan pronto como el mozo les sirvió una botella de Jerez y una bandeja de pastelillos, reanudaron de este modo su interrumpido diálogo:

—No tienes que esforzarte mucho, querido Salvador,—dijo el vizconde,—para demostrarme que Terreño es un perdido incorregible; pero qué quieres, el que se ahoga se agarra á un clavo ardiendo, y Esteban, pobre y ciego, faltándole va-

lor para pegarse un tiro, se ha agarrado á Alejandro de Robledano, y será capaz, por asegurar su porvenir, de inventar las mayores infamias en contra tuya y de esa Teresa, á quien te he dicho que no conozco.

—¿Pero qué daño le he hecho yo á ese canalla?—exclamó Verdemar con una entonación que tenía mucho de cómica.

El vizconde, que indudablemente no se había desayunado, y que se engullía un pastelillo detrás de otro, remojándolos con copas de Jerez, dijo con la boca llena:

—¿Pues sabes lo que me dijo á mí un día que se hallaba desesperado al verse ciego?

—¡Qué sé yo!... tal vez alguna infamia de las suyas.

—¡Oh! Lo que me dijo, amigo Salvador, es grave, sobre todo para un hombre que como tú vive de su crédito, y de la confianza que inspira á sus clientes; pero no temas, que yo no he de cometer ninguna imprudencia: sé callar y callaré. ¡Diantre! Pues si uno fuera una tarde á las tres á la Bolsa, y dijera en voz alta todo lo que Esteban me dijo de tí, adiós crédito.

El vizconde era uno de esos hombres que cuando tienen hambre hablan y comen á un mismo tiempo; habilidad que no poseen todos.

Alarmado Salvador con la protección que ofrecía dispensarle el vizconde, le preguntó:

—¿Pero qué te dijo ese tahur?

—Me dijo que tú le habías ofrecido diez mil duros por suministrarle una estocada á fondo á Alejandro.

—¡Miserable!

El vizconde siguió comiendo pastelillos sin inmutarse, y bebiendo copas de Jerez.

—Yo no le quise dar crédito,—repuso Justa.—Porque ¿qué interés tenías tú con la muerte de Alejandro? ¿Eras tú por ventura su heredero? Pero Esteban asegura que si la suerte te hubiera favorecido, si hubiera muerto Robledano, la mayor parte de sus millones pasaban á tu gaveta.

—¡Miente, miente!—exclamó Salvador.

—Sí, hombre sí; no tienes que esforzarte para persuadirme que todo es una pura calumnia inventada por la desesperación; sin embargo, él dice que cometiste la infamia, ésta es su palabra, al verle herido, de no darle los diez mil duros, y que solo le ofreciste una pensión modesta para matarle el hambre.

—¡Que no le dí los diez mil duros, cuando por su culpa me hallo arruinado!... Cuando quieras, para convencerte de lo contrario, puedo enseñarte pagarés de ese bandido, que estoy seguro que no cobraré nunca.

Este arranque denunciaba á Salvador; porque si efectivamente le había dado diez mil duros á Esteban, por algo sería, porque un hombre de las condiciones de Verdemar no regala á humo de paja doscientos mil reales á un prójimo.

—Yo, por mi parte, no te daría por esos pagarés—añadió el vizconde—ni el cinco por ciento; son papeles mojados y de ningún valor, atendidas las circunstancias en que se encuentra Esteban, porque yo no creo que Robledano sea tan tonto, que después de mantenerle, calzarle y vestirle, vaya á pagar sus deudas, que deben ser de alguna consideración.

Y el vizconde, haciendo un gesto, añadió:

—Pero, chico, la verdad es que Esteban te tiene un odio africano, y procura desacreditarte todo lo que puede. Es mal bicho y debes vivir alerta. Figúrate lo que le habrá contado á estas horas á su protector Robledano; pero si en algo puedo serte útil, ya sabes que estoy á tu lado, pues no dejo de conocer la distancia que hay entre Salvador Verdemar y Esteban Terreño.

—Gracias, vizconde, gracias,—contestó el agente con cierta distracción acusadora.

El vizconde, que creyó bastante preparado el terreno para dar el sablazo, dijo:

—Hombre, ya que la casualidad me ha proporcionado encontrarte, voy á pedirte un favor.

Verdemar sintió un *sacudimiento* en el bolsillo del chaleco, y se quedó mirando á su amigo.

—Necesito cien duros, pues tengo hoy un compromiso grave, y no recibiré la letra mensual que me manda mi apoderado de Extremadura hasta la semana próxima, y espero que me los prestes con los intereses corrientes; haremos un pagaré.

Salvador iba á exhalar un suspiro y se detuvo, porque el vizconde era casi tan temible como Terreño; pero en vez de suspirar, maldijo desde el fondo de su alma la hora en que conoció á Esteban, al vizconde de Justa y otros amigos de idéntica calaña.

—Hombre...—añadió Salvador,—tú no sabes lo apurado que me encuentro con la liquidación de fin de mes.

—¡Bah! ¡Y qué son para tí cien duros!—repuso el vizconde, que era un impenitente y perseverante sablista.—Además,

es cuestión de algunos días, y supongo que no tendrás desconfianza de que recoja el pagaré á su vencimiento.

—No, hombre, no es desconfianza, sino imposibilidad material; he tenido muchas pérdidas, me ha arruinado como te he dicho ese bandido de Esteban. Si me encontrara como otras veces...

—Lo siento, porque tu negativa me pone en la precisión de dar un paso que me desagrada. En fin, iré á Carabanchel.

Salvador miró al vizconde, que continuaba engullendo pasteles, pues se había propuesto llenarse el estómago de lo primero que encontrara al alcance de su boca y fuera comible.

A pesar de su grata y dulce ocupación, Justa comprendió que había hecho efecto su anuncio de ir á Carabanchel.

—Pues sí, chico,—añadió,—siento que no puedas sacarme del apuro en que me hallo, pues esto me obliga á recurrir á Alejandro de Robledano; ya sabes que los favores que recibe un hombre bien nacido le obligan á ser agradecido; y francamente, no quiero yo quedar obligado con el africano.

Esto era una amenaza embozada, y Salvador comprendió que era preciso hacer un sacrificio y no reñir con el vizconde, que después de todo podía hacerle algún daño en las circunstancias graves en que se hallaba.

—Porque tú ya sabes—añadió el vizconde como el que quiere remachar el clavo—que Robledano está siempre dispuesto á ganar amigos. El otro día fué á verle nuestro común amigo el comandante Indalecio Mollet, y Mollet, que corta un pelo en el aire, salió de la quinta de Carabanchel admirado, con una caja de tabacos en la mano y un billete de mil pesetas en el bolsillo.

—¡Ah! Si yo fuera tan rico como Alejandro, no me ganaría él á generoso; pero volviendo á tu cuestión...

—¿A qué cuestión?—preguntó Justa haciéndose el distraído.

—Hombre, á la de los cien duros que dices que te hacen falta.

—¡Ah! Sí.

—Pues bien, hoy no puedo darte los cien duros, pero puedo darte veinte, haciendo un gran sacrificio, y allá veremos si cuando salga de la liquidación dentro de unos días, puedo darte el resto.

—En cuestiones de dinero,—añadió el vizconde con cierta indiferencia aristocrática,—no me gusta emplear muchas palabras; me remediaré con las cien pesetas y daremos tiempo al tiempo; ¡quién sabe! ya le he puesto esta mañana un parte á mi apoderado, y tal vez antes de cuarenta y ocho horas reciba letra suya.

Salvador sacó un billete de cien pesetas, y tuvo deseos de suspirar como el que se despide de un objeto querido y tiene la seguridad de no volver á ver más en toda su vida.

—¿Quieres que te haga un recibo?—dijo el vizconde, que no tenía nunca escrúpulo de firmar ni su sentencia de muerte.

—No, hombre, no; eso es una miseria que no vale la pena,—contestó Salvador.

El vizconde se guardó con cierta grandeza el billete en el bolsillo de pecho de su raído gabán, y Salvador, dando por terminada aquella escena que le había costado veinte

duros, sin contar los pasteles y la botella de Jerez, que estaba en la agonía, dió una palmada llamando al mozo.

El mozo examinó la botella, contó los pastelillos que quedaban en la bandeja, que eran tres, y dijo:

—Veintidós reales.

Pagó Salvador, y dando la mano al vizconde, se despidió de él, encargándole que no diera crédito á las calumnias de Esteban Terreño.

Luego tomó la calle de Alcalá en dirección al Prado, pensando que era una desgracia tener amigos de cierta calaña.

CAPITULO VI.

Condiciones.

Teresa estaba irritadísima, no solo porque Salvador no había hecho caso de su carta, faltando á la cita, sino por lo que el padre Marcelo le había dicho con ciertas palabras embozadas, que le dieron á entender que Verdemar no se hallaba muy dispuesto á casarse con ella.

Siempre es una mala noticia para una joven el saber que el hombre que le ha ofrecido la mano de esposo duda y vacila en el cumplimiento de su palabra, y si esta joven tiene las condiciones físicas y morales de Teresa, las circunstancias se agravan en grado superlativo.

Después de todos los sueños, no tan dulces y celestiales como los de Jacob, que había tenido Teresa, después de acariciar un porvenir de millonaria y casarse con Salvador, era en verdad muy triste verse pobre, y que Salvador le volviera las espaldas, como vulgarmente se dice.

Así es que estaba irritada é inquieta esperando á su

amante, que no venía; y aunque muy acostumbrada al fingimiento y al disimulo, sentía algo dentro de sus venas que no la dejaba parar en ninguna parte.

Teresa no era la mujer enamorada que se resigna llena de mansedumbre cuando su amante tarda á la cita que le ha dado; era, por el contrario, bajo una apariencia humilde, una mujer que había pasado su vida sin realizar nunca sus deseos, y aquella reconcentración en que vivía envenenaba su sangre.

La noche anterior había esperado en vano desde las ocho hasta la una de la madrugada á su amante, y Salvador no había acudido á la cita.

Había también transcurrido toda la mañana del día siguiente sin que fuera á verla; eran las tres de la tarde, y no venía.

El padre Marcelo había estado un momento á decirle que no podía confiarse mucho en las palabras de Salvador, que se resistía á casarse, porque tal vez amaba á otra mujer.

—¡Otra mujer!—pensaba Teresa.—¿Quién es esa mujer que se atreve á disputarme á mi amante, al hombre por quien me he comprometido?

Entonces recordó Teresa que Salvador tenía en su casa un ama de gobierno; pero su orgullo rechazaba el que Salvador la postergara por una criada.

En este estado de excitación se encontraba el espíritu de Teresa, cuando entró una doncella á decirle que el señor don Salvador Verdemar deseaba verla.

Teresa apenas pudo contener un grito, y dijo con nervioso acento:

—¡Que entre, que entre!

Luego se sentó junto al balcón, procurando serenarse, y se quedó mirando hacia la puerta del gabinete.

Salvador se presentó con el sombrero en la mano y sonriéndose; pero Teresa pudo notar dos cosas: que su amante se sonreía á la fuerza, y que estaba notablemente pálido.

Le hizo una seña con la mano para que se acercara, y le indicó una silla á su lado, porque por costumbre, Teresa hablaba siempre con Salvador en voz muy baja.

Verdemar comprendió que su situación no era franca, dudaba entre mentir ó decir la verdad, porque él no sabía si el padre Marcelo le había contado á Teresa la edificante escena con Benita.

En este caso, hizo como el jugador experimentado: dejarlas venir.

—Anoche te esperé hasta la una de la madrugada.

—Anoche no habíamos convenido vernos.

—Ya lo sé; pero te escribí una carta dándote una cita.

—No la he recibido.

Teresa se sonrió de un modo frío, displicente.

—Vamos, Salvador, ¿cuándo llegará el día que hablemos con franqueza? ¿que nos digamos la verdad, que no nos engañemos?

Salvador, que tenía también algo de cómico, hizo un gesto de asombro y repuso:

—¿Por qué me dices eso?

—Porque sé que pretendes engañarme, y eso es bastante difícil, pues ya sabes que te conozco.

Salvador pensó que Teresa lo sabía todo, y que lo más

conveniente para salir del atolladero era decir la verdad; pero hay verdades que cuesta gran trabajo de sacarlas á pública subasta y hacer un pregón de ellas; así es que el agente vaciló un poco, buscando la embocadura de una revelación que podía traerle graves consecuencias.

—La desconfianza no debe reinar entre nosotros,—dijo por fin Salvador,—si quieres que salgamos á flote de la situación en que nos encontramos.

—Pues entonces,—repuso Teresa,—ponte una mano sobre el corazón, y pregúntale quién ha sido más leal: tú ó yo.

—Es que nos encontramos en distintas situaciones.

—Vamos, Salvador, hablemos con franqueza, ¿estás resuelto á casarte conmigo, sí ó no?

—Pues ¡qué duda tiene!

—¿Y no tienes algún inconveniente que lo impida?

—Ninguno.

—Entonces, ¿qué piensas hacer de esa ama de gobierno que vive contigo?

Salvador vió que Teresa se metía de lleno en el asunto capital, sin prólogos ni digresiones.

—Pues despedirla cuando no la necesite,—contestó resueltamente Verdemar.—Ella no es más que una criada.

—Pero hay criadas que intiman de tal modo con sus amos, que no se las puede despedir tan fácilmente como tú crees.

—Pues yo despediré á la mía cuando me convenga, y eso será el día antes de casarme contigo.

—¿Y si ella no quiere marcharse?—preguntó Teresa, mirando fijamente á Salvador.

—Entonces, daré parte á la autoridad para que la saquen de mi casa.

—¿Y no te parece que eso sería muy violento, tratándose de una mujer que durante muchos años ha hecho vida íntima contigo?

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Un hombre que no miente nunca: el padre Marcelo.

—¡Y te ha dicho!...

—Al menos me lo ha dado á entender, pues dice que para casarnos los dos hay cierto impedimento que presenta tu ama de gobierno, á quien hace tiempo le diste palabra de casamiento.

—Eso es falso; jamás le he ofrecido á Benita casarme con ella; confieso que la he tratado con algunas consideraciones y le he hecho algunos regalos, porque cuidaba de mis intereses y era una mujer económica; yo soy un hombre soltero, sin familia; como no me gusta vivir en una casa de huéspedes, puse casa, porque mis negocios así lo exigían; busqué un ama de gobierno, me recomendaron á Benita, y la admití. No estoy arrepentido de ello... Conozco que algunas veces la he tolerado ciertas impertinencias que tal vez le hicieron concebir locas esperanzas.

—Salvador, no continúes,—exclamó Teresa interrumpiéndole.—¿Para qué has de mortificarte? Basta con que me contestes á esta pregunta: ¿Benita ha sido ó no ha sido tu querida?

Salvador sintió que aquella pregunta le pinchaba en el corazón, y aturdido contestó:

—Mujer, no; ¡qué tontería!...

—Entonces, ¿por qué te exige que te cases con ella?

—¿Y qué me importa á mí que me lo exija?

—¿De modo que puedes descartarte de ella cuando se te antoje?

—Pues es claro.

—Esta bien; mañana sin falta la despedirás de tu casa... puedes recompensar sus buenos servicios como quieras... pero la despides. Solo así podremos arreglar nuestro matrimonio, porque te prevengo que mi primo Alejandro me dará un dote de veinte mil duros.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El padre Marcelo.

—Con veinte mil duros y algo que yo tengo, aún podremos esperar á que se realicen nuestros sueños de oro.

—Alejandro, preciso es confesarlo, olvida el pasado, y aunque nuestra conducta le disgusta mucho, creo que está dispuesto á protegernos. Yo, á pesar del odio que le profeso, no tengo más remedio que reconocer su generosidad. He aquí lo que el padre Marcelo me dijo anoche; son palabras de Alejandro: Teresa es mi prima hermana, tengo, por lo tanto, el deber de protegerla, de velar por ella. Sé que no me quiere. Sé que si pudiera matarme con la mirada hace tiempo que estaría enterrado. Pero como no soy rencoroso, le doy por ahora veinte mil duros en dote. En cuanto á Salvador Verdemar, se casará con mi prima, á quien ha deshonrado, y si no se casa, si empleara evasivas, le obligaré por fuerza á que cumpla lo que ha ofrecido.

Y Teresa, haciendo una ligera suspensión, añadió:

—Ahora, querido Salvador, libre eres de elegir entre tu

ama de gobierno sin dote, y la prima hermana del millonario don Alejandro de Robledano con veinte mil duros.

—La elección no es dudosa,—contestó sonriéndose Salvador;—me caso con la prima hermana del señor Robledano.

—Perfectamente,—añadió Teresa sin demostrar alegría y con una frialdad impropia de las circunstancias.—Ahora voy á decirte yo algo por mi cuenta para que no digas luego: ¡quién lo pensara! Nosotros vamos á casarnos, porque á los dos nos conviene; de modo que el amor, ese poema que lo embellece todo, no toma, por decirlo así, la menor parte en nuestro matrimonio.

—No, no estamos conformes,—repuso Salvador.

—¡Bah! Convengamos, pues, que el amor toma en nuestro matrimonio la menor parte posible; pero á los dos nos conviene casarnos.

—Como quieras,—añadió el agente.

—¿Estamos conformes en que tú aceptas mi mano y yo la tuya porque nos conviene?

—Sí, mujer, sí.

—Perfectamente. Oye ahora mis condiciones, porque nadie se casa sin el consentimiento de la novia. Primero, hoy mismo, á lo más tardar mañana, despedirás de tu casa á la señora Benita, tu ama de gobierno. Segundo, buscarás un cuarto alegre y nuevo en el barrio de Salamanca ó en el de Pozas. Salgo poco de casa, y me gusta tener horizonte adonde dirigir la mirada. Tercero, el mismo día que nos casemos emprenderemos un viaje adonde quieras, á Sevilla, á Valencia, á Cádiz, en donde pasaremos quince días en una fonda.

—Ese viaje será nuestra luna de miel,—añadió Salvador.—Todo lo que deseas es justo, y lo acepto.

—¿Y crees tú que será fácil conseguir todo lo que te pido?—le preguntó Teresa marcando las palabras.

—¿Y por qué no ha de ser fácil?

—Allá lo veremos.

Y sonriéndose de un modo intencionado, añadió:

—No creo que doña Benita se avenga tan fácilmente y sin protestar á abandonar tu casa.

—Pues, hija, á la fuerza ahorcan,—añadió Salvador, esforzándose por demostrar una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—En fin, ésa es cuestión tuya, y te lo arreglarás como mejor puedas.

—Ya lo creo que lo arreglaré.

—¿Y no sospechas que ha de faltarte energía para salir airoso del trance en que te encuentras?

Esta pregunta humillaba un poco á Salvador y no dejaba de inquietarle, porque Benita no era una de esas mujeres que se manejan con facilidad; pero contestó con altivez:

—Demos tiempo al tiempo. ¿Crees tú que voy á estar sujeto á las exigencias de mi ama de gobierno, ó por mejor decir, de una criada? Hoy mismo le arreglaré su cuenta, le daré una pequeña cantidad como recompensa á sus servicios, y la despediré de mi casa.

—Entonces escribiré al padre Marcelo diciéndole que aceptas las condiciones y que puede disponerlo todo para nuestro casamiento.

—Escríbele.

Salvador pronunció maquinalmente su última palabra, porque veía grandes dificultades para que se realizara lo que ofrecía.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer en aquellos momentos en que se veía empujado por dos fuerzas contrarias?

—¿Vendrás esta noche?—le preguntó Teresa.

—Sí; vendré á las nueve y permaneceré hasta las once, pues tengo que hacer en el bolsín.

—Tal vez tenga ya contestación del padre Marcelo y podemos convenir el día de nuestro casamiento.

Poco después Salvador salía de casa de Teresa verdaderamente preocupado. Bien es verdad que su situación era bastante difícil, sobre todo para un hombre de sus condiciones de carácter.

Cuando llegó á su casa se encontró una carta que aumentó sus sobresaltos.

Esta carta, que se la entregó Benita sonriéndose de un modo tranquilizador, llevaba en el sobre la palabra *urgente,* y estaba firmada por Alejandro de Robledano.

Decía así:

«Se ruega al señor Verdemar que tan pronto como reciba esta carta se traslade á Carabanchel, en donde le espera para hablar de un asunto urgente su seguro servidor,—*Alejandro de Robledano.*»

Benita, que no había cesado de mirar á Salvador mientras leía la carta, notando que se conmovía, le preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Te dan alguna mala noticia?

—Ni mala ni buena. Me llama don Alejandro con urgencia. Toma: puedes ver lo que me dice.

Benita leyó la carta, y devolviéndosela luego, añadió:

—Querrá hablarte del casamiento de su prima. Debes ir.

Salvador miró á Benita, porque aquella tranquilidad le llamaba la atención, le parecía extraña tratándose de una mujer tan viva de carácter.

—Sí, debes ir; nada se pierde con oir lo que quiera decirte; pero procura no comprometerte sin consultarme antes.

—Sí, dices bien, debo ir,—contestó Verdemar exhalando un suspiro.

Y luego preguntó:

—¿Cuándo han traído esta carta?

—Hace media hora.

—¿Viste tú á la persona que la trajo?

—Yo le abrí la puerta. Era un joven excesivamente moreno, casi mulato.

—Le conozco: es Pancho, el ayuda de cámara de don Alejandro.

—Me encargó mucho que te la entregara en cuanto volvieras.

—Entonces voy en el acto á Carabanchel. Si tardo no me esperes á comer.

—Sí, sí; vete, y saldremos pronto de dudas.

Salvador salió de su casa asombrado de la conformidad de Benita.

CAPITULO VII.

Donde Alejandro impone condiciones.

Enterado Alejandro de todas las infamias de su agente de negocios Salvador Verdemar, por lo que le había dicho Esteban Terreño y el padre Marcelo, quiso verle antes de emprender su viaje, porque tratándose de un hombre tan generoso como Robledano, no podía creerse que le guiara la idea de la venganza, sino por el contrario, Teresa era su prima hermana, y se había propuesto no desamparararla.

Así es que se había dicho:

—Es preciso que ese hombre se case con mi prima, que le devuelva el honor que le ha quitado, que le cumpla la palabra. Afortunadamente yo soy bastante rico para darles un dote que les permita vivir con algún desahogo. No espero que sean muy felices, pero me basta con que cubran las apariencias.

Después de esto escribió á Salvador la carta que hemos

consignado en el capítulo anterior, y mandó á Pancho con ella.

Alejandro esperaba á Verdemar paseando por el jardín con Faustino, que no se separaba de su lado desde que vivía en la misma casa. Su conversación era, como siempre, Gabriela.

—La gratitud que me demuestra la familia del capitán Tordera—dijo Alejandro—me obliga á dilatar algunos días el viaje á Italia. Antes iremos á Valencia, pues tengo que ser padrino de boda del nieto de Melchor. No quiero darle el disgusto de negarme á su petición. Además, pienso hacer un viaje por las costas de Guinea, á bordo de ese bergantín que lleva en la popa el nombre de mi querida madre; usted nos acompañará, Faustino.

—Yo iré con usted al fin del mundo, querido don Alejandro,—contestó el ex-tenor,—y me creeré muy honrado mientras usted me admita por compañero.

—Yo bien sé que mi viaje á Valencia retrasará algunos días mi felicidad, que consiste en unirme con Gabriela; pero es preciso no ser egoista.

Aquí llegaba el diálogo de Alejandro y Faustino, cuando un coche se detuvo delante de la verja del jardín.

—Tenemos visita,—dijo el ex-tenor.

—Sí, es Verdemar, á quien he escrito diciéndole que viniera á verme.

Salvador, mientras tanto, avanzaba por la calle de árboles, y Alejandro le salió al encuentro, diciendo antes á Faustino en voz baja:

—Tengo que hablar con ese hombre en secreto... espéreme usted aquí.

Y dirigiéndole la palabra al agente, añadió:

—Señor Verdemar, tenga usted la bondad de seguirme.

Alejandro condujo al agente á una habitación del piso bajo, y habló algunas palabras en voz baja con un criado, que se retiró, dejándolos solos.

—Puede usted sentarse,—le dijo con sequedad Alejandro, que ni siquiera le había dado la mano, lo cual le pareció de mal agüero á Salvador.

Robledano se sentó junto al agente, y después de mirarle con fijeza algunos segundos, le dijo:

—Señor Verdemar, yo tengo grandes motivos para no permitirle á usted la entrada en mi casa, pero tengo tambien altos deberes que me obligan á concederle esta entrevista, porque de lo que aquí hablemos y convengamos podrá resultar, si no una amistad como la que antes tuvimos, una tolerancia que indudablemente le será beneficiosa.

Alejandro hablaba con gran pausa y una gravedad poco tranquilizadora para Salvador, que no se atrevía á interrumpirle.

—Todo lo que usted y Teresa han hecho en contra mía lo sé; y por cierto que me ha causado gran asombro, porque no se concibe que el que como yo siembra beneficios, recoja ingratitudes.

—Yo creo, señor don Alejandro,—dijo Salvador con medroso acento,—que tanto á la señorita Teresa como á mí, nos ha calumniado algún miserable.

En los labios de Alejandro asomó una sonrisa de desprecio, y dijo:

—Vamos, amigo mío, sea usted franco alguna vez, arrán-

quese del todo la careta, y confiésese culpable; esto es más digno de un hombre, que seguir fingiendo; usted sabe como yo que no se le calumnia. Usted sabe como yo que Esteban Terreño ha dicho la verdad al denunciarle á usted y á Teresa... pero afortunadamente para usted, yo tengo el deber de amparar á esa desgraciada que lleva en sus venas sangre de mi padre... ¡Ah! Si así no fuera, en vez de estar hablando con usted tranquilamente, le hubiera arrojado de mi casa como se merece.

—¡Señor don Alejandro!—exclamó Verdemar haciendo un movimiento como para levantarse.

—¡Bah! No se sobresalte usted, y hablemos del asunto que aquí nos reune; es decir, de mi prima hermana Teresa, de la futura esposa de usted.

—¿Pero es posible, señor don Alejandro, que dé usted crédito á las infamias de un miserable como Esteban Terreño, y no me permita vindicarme?

—¡Para qué hemos de perder tiempo! Conozco á Esteban Terreño tanto ó más que usted. Sé que es un miserable, capaz de todo crimen; pero sé también que no ha inventado lo que de usted me ha dicho.

—¿Pero le ha dicho á usted que me debe una porción de dinero? ¿Le ha dicho á usted que es causa de mi ruina, y que no contento con eso trata de ponerme en mal lugar con usted?

—Sí; me ha dicho que antes de venir yo á Madrid, cuando usted y Teresa ignoraban que don Mateo de Robledano tenía un hijo, le propuso usted librar á Teresa de sus dos primos Diego y Jacobo de Robledano, es decir, de los dos herederos del pobre moribundo, que debían compartir con ella

la fortuna. El pobre Diego murió en desafío á manos de Terreño, y esta muerte les costó á usted y á Teresa algunos miles de duros.

Alejandro se detuvo un momento: la inquietud, el malestar de Salvador aumentaban.

—Desgraciadamente aquel asesinato, que debe pesar sobre las conciencias de ustedes como una losa de plomo, fué inútil, porque me presenté yo heredero universal de mi padre, desbaratando todos los infames planes de ustedes. Sin embargo, mi presencia no desanimó ni á Teresa ni á Verdemar, y buscaron á Esteban para que hiciera conmigo lo mismo que había hecho con Diego. Afortunadamente para mí, supe defenderme, y usted sabe el resultado de mi lance con Terreño. Ahora bien, señor Verdemar: ¿no le parece á usted que debo dar crédito á las revelaciones que me ha hecho un pobre ciego agobiado por los remordimientos? Esteban me ha dicho la verdad, ni siquiera se ha tomado el trabajo de disculparse; me ha dicho: yo he sido un infame, un malvado, un criminal, pero soy también digno de lástima, y me arrojo á tus piés pidiéndote un poco de protección; pero desconfía de Teresa, desconfía de Verdemar, porque codician tus millones y desean tu muerte.

Alejandro hizo un gesto para expresar su repugnancia, y añadió:

—Esteban me reveló también la clase de relaciones que unen á usted con Teresa, y aunque la conducta de esa desgraciada merece mi desprecio, no puedo olvidar que su madre y mi padre fueron hermanos, y por consiguiente, olvidando los agravios, me ocuparé solo de los deberes que me

impone la sangre. Así pues, mañana mismo se unirá usted con Teresa; todo está dispuesto.

—¡Mañana!—repitió con cierto temor Verdemar, recordando sin duda las amenazas de Benita.—Mañana es imposible.

—Amigo mío, yo le he llamado á usted para imponerle mis condiciones y no para recibir excusas ni aceptar las de usted. Continúo, pues.

Salvador ahogó un suspiro y se limpió el sudor que corría por su frente.

—Tan pronto como el sacerdote bendiga la unión de Salvador Verdemar y Teresa, yo entregaré á usted un documento que acredite la renta de veinte mil reales anuales. Si andando el tiempo me persuado que ustedes se han hecho acreedores á mi perdón, si llegan ustedes á hacerme olvidar con una conducta irreprochable su pasada vida, entonces entregaré á ustedes el capital de esa renta, es decir, veinte mil duros, y tal vez les conceda mi perdón y les abra las puertas de mi casa.

—Pero ruego á usted, señor don Alejandro, que medite que el plazo que me concede es muy corto,—tartamudeó el agente, á quien aquella manera de darle el dote ofrecido le disgustaba y trastornaba todos sus planes.

—Ya sé yo, señor Verdemar, que el plazo no es largo,—añadió Alejandro;—pero no puedo conceder otro. Ya sé yo que tiene usted compromisos con su antigua ama de gobierno, que le perturban y le acobardan; pero es preciso que hoy mismo queden orillados todos esos compromisos, porque de lo contrario, si usted se niega, si usted pone algún obstáculo,

si usted no se casa con mi prima, á quien ha deshonrado, me veré en la precisión de demostrarle que no es tan fácil burlarse de Alejandro de Robledano.

Salvador se pasó la mano por la frente, volviendo á suspirar.

—¡Imposible, imposible!—murmuró en voz baja.

—¿Tiene usted miedo á su ama de gobierno?—le preguntó Alejandro después de una breve pausa.

—¿Miedo?... Tanto como miedo, no señor; pero es una pobre mujer que me ha servido bien durante diez años, y arrojarla á la calle...

—¿Y quién le impide á usted que le señale una renta de quince duros al mes? Usted, como jefe de su casa, es dueño de disponer á su antojo de los veinte mil reales de renta que le señalo al año. Véala usted hoy mismo, háblela usted; dígale que mi resolución de casarle con Teresa es irrevocable; en una palabra, convénzala usted de que si no acepta los quince duros de renta mensuales, corre peligro de quedarse sin nada.

—Es que á Benita no se la convence tan fácilmente.

Salvador hubiera querido retirar las anteriores palabras, pero se le escaparon, bien á pesar suyo.

—Esa es cuestión de usted, amigo mío. A mí me parece muy fácil: cuando me sobra un criado le despido, y si me contesta algo que no me suena bien en mis oídos, le arrojo á puntapiés de mi casa. Usted sabrá si se siente con valor para hacer eso con Benita; pero yo debo decirle que si antes de cuarenta y ocho horas no se ha casado usted con Teresa, me veré en el caso de exigirle á usted una satisfacción por

la honra de mi prima, que siendo huérfana de padre y madre, no tiene en el mundo más defensor ni más apoyo que yo.

Alejandro se levantó de la butaca, sin duda cansado de aquella escena, que le repugnaba.

—Pero ¿por qué no me concede usted—tartamudeó Salvador—un plazo de quince días?

—¡Imposible! Dentro de cuarenta y ocho horas será usted el esposo de Teresa ó me dará usted una satisfacción con las armas en la mano,—añadió Alejandro.—Medite usted bien lo que le he propuesto. Espero su resolución hasta mañana á las doce del día.

Y Alejandro, con un ademán altivo, le señaló la puerta.

Salvador salió de la habitación tropezando con las paredes.

Cuando llegó al jardín respiró con fuerza, como si sus pulmones tuvieran necesidad de dilatarse.

Se encaminó hacia la puerta de hierro, en donde le esperaba el coche; pero á pesar de su aturdimiento, observó que delante de él paseaban dos hombres cogidos del brazo.

De pronto aquellos dos hombres, que habían llegado al extremo del paseo, se volvieron, y Salvador estuvo á punto de lanzar un grito, porque aquellos dos paseantes eran: el uno, Esteban Terreño, y el otro, un criado que le daba el brazo.

Salvador apretó el paso y salió del jardín, subió en su coche y dijo al conductor:

—Puerta del Sol, lo más de prisa posible.

CAPITULO VIII.

En donde Benita cumple su palabra.

La situación para Salvador Verdemar se complicaba, porque para un hombre de sus condiciones, para un agente de negocios dispuesto á aceptar los limpios y los sucios, siempre que sean productivos, hay gran diferencia de recibir veinte mil duros al contado, á recibir la renta al cinco por ciento de esos cuatrocientos mil reales.

Porque á Salvador no le cabía la más pequeña duda de que manejados por él los veinte mil duros del dote de Teresa, le producirían lo menos cien mil reales de renta al año.

Entró, pues, en el coche abrumado, y por cierto que no le faltaba razón para ello, porque sus asuntos se embrollaban de día en día y su horizonte se iba cargando de tétricas tinieblas.

En estos momentos el hombre prudente reflexiona y calcula sus fuerzas, buscando la mejor salida.

—Mi situación es grave,—se decía Salvador mientras el

coche rodaba por la carretera de Madrid.—Por una parte tengo la amenaza de Benita, que es muy capaz de presentarse en la iglesia y armar un escándalo mayúsculo. Por otra parte tengo un desafío en puerta con Alejandro de Robledano, que me ensartará de una estocada ó me romperá el cráneo de un pistoletazo; y como si todas estas amenazas que se hallan suspendidas sobre mi cabeza no fueran bastante, los veinte mil duros se convierten en una renta que apenas basta para vivir medianamente en Madrid.

Aquí Salvador exhaló un suspiro y continuó sus reflexiones del modo siguiente:

—¡Si yo pudiera convencer á Benita! ¡Cá! No es posible. ¡Bonito genio tiene ella para contentarse con una renta de medio duro diario! De seguro que en cuanto se lo proponga se arroja sobre mí y comienza la batalla, arañándome ó sacándome los ojos.

Aquí exhaló Salvador un segundo suspiro y volvió á decirse:

—Con veinte mil duros al contado yo podría hacer mucho fuego, y creo que no tardaría en reponerme de las grandes pérdidas que me ha hecho sufrir ese canalla de Esteban para venderme luego; porque francamente, cargar con Teresa, cuyo carácter sombrío es capaz de quitarle á uno la alegría y el apetito por la modesta cantidad de mil setecientos reales al mes, es venderse demasiado barato.

Salvador, como si le imprimiera cierto valor la soledad del coche, dijo dejándose llevar de un arranque:

—Decididamente debo rechazar el matrimonio que se me quiere imponer; yo no me vendo por tan poco dinero, no se-

ñor. Si don Alejandro me desafía, yo no aceptaré el desafío. Yo soy un hombre pacífico y no un espadachín, un hombre de negocios y no un matón; me importa poco que me llamen cobarde; jamás he tenido pretensiones de valiente, ni he pretendido ganarme la vida por la tremenda.

Todas estas reflexiones que se hacía como para tranquilizar su sobresaltado espíritu, se desvanecieron como el humo ante este temor que le asaltó de pronto:

—Don Alejandro puede hacerme mucho daño y mucho bien. La verdad es que en las tristes circunstancias en que me encuentro no me conviene reñir con él, y como á la fuerza ahorcan, no tendré más remedio que casarme con Teresa.

Aquí volvieron nuevamente otros temores á asaltar la imaginación de Verdemar, porque conocía de sobra á Benita para esperar de ella una resignación de mártir pasando con quince duros al mes.

—Don Alejandro—se dijo—cree que es lo más fácil del mundo coger á mi ama de gobierno, acompañarla hasta la puerta y decirle: «por aquí se va á la calle»; y á mí me parece bastante difícil.

En este punto las dudas, los temores y las confusiones comenzaron á batallar en el cerebro de Salvador, acabando por no entenderse ni saber qué partido tomar.

Por todas partes adonde dirigía los ojos encontraba obstáculos y peligros, resultando que cuando el coche se detuvo en la Puerta del Sol, Salvador no había resuelto nada que fuera útil para salir del apurado trance en que se hallaba.

Atravesó desde la Puerta del Sol hasta su casa, que como recordarán nuestros lectores se hallaba en la calle Ma-

yor, con la frente inclinada sobre el pecho y abismado en sus reflexiones.

Benita, que no ignoraba que había ido á Carabanchel, y que por lo mismo le esperaba con impaciencia, le abrió ella misma la puerta.

Salvador dirigió una sonrisa y una mirada á su ama de gobierno, que tuvo por conveniente permanecer con la boca cerrada y la mirada ceñuda, como la mujer dispuesta á la pelea que no quiere soltar prendas ni demostrar blandura.

Bien es verdad que para Benita en aquellos días se trataba de su porvenir.

—¿Supongo que has visto á don Alejandro?—le preguntó con seca entonación.

—Sí, le he visto,—contestó Salvador encaminándose hacia su despacho.

—¿Y supongo también que tendrás algo que decirme?

—Naturalmente.

Salvador se sentó en una butaca, se quitó el sombrero, y como el cigarro es un gran recurso en las situaciones graves de la vida, sacó la petaca.

Benita, de pié y con la mirada fija en Salvador, guardó silencio mientras encendió el pitillo.

—¿Has perdido el uso de la palabra en Carabanchel?—le preguntó después de una corta pausa.

—No, mujer, no; tienes la mala costumbre de empezar siempre las conversaciones arañando, y por eso la mayor parte de las veces no nos entendemos.

—El que no quiere que nos entendamos, el que no dice nunca la verdad, el que no habla con franqueza, eres tú.

—Anda, hija mía, anda, echa por esa boca todos los sapos y culebras que quieras, que ése es el camino más largo para que nos entendamos.

—En fin, ¿puedo saber lo que habéis convenido tú y don Alejandro?

—En definitiva, se puede decir que nada, porque lo que él me ha propuesto necesito pensarlo mucho.

—No, no tienes que pensarlo ni poco ni mucho,—exclamó Benita con acento irritado.—¿Crees tú que yo comulgo con ruedas de molino? Pues estáis en un error tú, Alejandro y Teresa.

—Vamos, Benita; de algún tiempo á esta parte,—repuso Verdemar levantando la voz,—estás insufrible; y te prevengo que la paciencia tiene sus límites.

—Valiente caso hago yo de tu paciencia y de los límites de ella.

—Ves con cuidado, no me acuerde que soy el amo de esta casa.

—Sí, tú eres el amo, pero yo soy el ama. Por consiguiente, *pata*.

Y Benita hizo una mueca provocativa, y se quedó mirando á su amante.

—Benita, te suplico que tengamos la fiesta en paz.

—Por mí estoy dispuesta á todo, á la paz ó á la guerra: la paz la firmo si te casas conmigo y me cumples tu palabra; y la guerra si te casas con Teresa. Con que elige.

—Es imposible cuestionar contigo,—repuso Salvador suspirando.

Benita, que permanecía de pié, avanzó dos pasos, y colo-

cando una de sus manos sobre la espalda de su amante, le dijo:

—En resumidas cuentas, no me has dicho aún lo que habéis hablado. ¿Te casas ó no te casas con Teresa?

Salvador levantó la frente y miró á Benita, cuyos ojos brillaban de un modo amenazador.

—Este es un asunto que deberíamos tratar los dos con mucha calma, porque ese casamiento aseguraría tu porvenir y el mío,—contestó Salvador.

—Pues, hijo,—añadió dominándose el ama de gobierno,—el porvenir es lo que más preocupa á las criaturas; y la que no procura asegurarlo cuando se le presenta ocasión es una bestia; por lo tanto, te suplico que me expliques cómo vamos á asegurar el nuestro.

Salvador, que continuaba mirando con recelosos ojos á Benita, pues la temía, se atrevió á decir:

—En primer lugar, yo te pondría una casa á gusto tuyo, señalándote una cantidad mensual para tus alimentos.

—Perfectamente. ¿Y qué más?

—Creo inútil decirte que nuestras relaciones seguirían como hasta aquí. Sólo que mi domicilio sería otro que el tuyo.

—Vamos, voy comprendiendo. Yo sería tu querida y Teresa tu mujer. ¿No es verdad?

Salvador no contestó.

—Tu silencio corrobora mis sospechas,—repuso Benita;—pero ya te he dicho, y te repito ahora, que mientras yo viva no te casarás con esa asquerosa que se atreve á disputarme tu cariño.

—Piénsalo bien, porque mi rompimiento con don Alejandro es la pobreza para nosotros.

—Pues bien, seremos pobres, pero viviremos á gusto, y sin la tutela de ese millonario, que sólo se ocupa de echarte encima ese saco de huesos porque le incomoda.

—¡Es que ese millonario puede perderme!—exclamó Salvador.

—Sí, pero yo puedo matarte,—contestó con audacia Benita.

Salvador comprendió que era preciso demostrar algo de energía, pues de lo contrario, su ama de gobierno concluiría por ponerle un pié en el cuello y tratarle como á un esclavo.

—Mira, Benita, me disgusta ver siempre en tu boca la amenaza, yo quiero terminar este enojoso asunto sin escándalo, y tú, por el contrario, parece que buscas el escándalo; y continuando de este modo, me pondrás en el caso de tomar una resolución, que no será de tu agrado.

—¿Y qué resolución es ésa?

—Arrojarte de mi casa, puesto que soy el amo,—contestó Verdemar levantando la voz.

Benita soltó una carcajada, y dijo con tono despreciativo:

—¡Bah! Tú no tienes valor para hacer lo que dices.

—Yo tengo valor para arrojarte por el balcón si es necesario; pero me repugna el escándalo, y por evitarlo, hace algunos días que sufro con harta paciencia tus amenazas, tus insultos, tus groserías... Acabemos, ¿te contentas con que te ponga una casa y te señale una pensión mensual? Sí ó no.

—¡No, no y mil veces no!—exclamó Benita, cuyo rostro se hallaba encendido como la grana.

—Entonces, ya que lo que tú te propones es perderme, porque en la situación en que me hallo no puedo reñir con don Alejandro, hoy mismo daré parte al comisario del barrio para que te obligue á salir de esta casa.

—¡Arrojarme de esta casa que es la mía! ¡Ah! ¡Desgraciado de tí si tal hicieras!...

Benita, al decir esto, había apoyado las dos manos sobre los hombros de Salvador, y le miraba tan de cerca, que sentía el calor de su respiración en el rostro.

Aquellos ojos de fuego, aquellas dos manos crispadas tan cerca de su cuello, parecían indicarle que se hallaban dispuestas á estrangularle.

Verdemar se levantó bruscamente, y rechazó aquella mujer que le amenazaba.

Entonces Benita se abalanzó como una fiera, arañándole el rostro con las uñas, y comenzó una de esas luchas repugnantes de un hombre con una mujer.

Algunos muebles rodaron por el suelo con estrépito. Benita era una mujer varonil, y la rabia, el despecho, aumentaban sus fuerzas; pero Salvador era más vigoroso que ella, y por fin consiguió derrumbarla, sujetándola por el cuello.

La criada entró asustada al oir el estruendo, y al ver á su ama por el suelo, comenzó á pedir socorro.

Salvador soltó su presa temiendo el escándalo, se levantó, y dijo:

—¡Calla, calla... y vete á la cocina!...

La criada salió del despacho, pero en vez de irse á la cocina, bajó á la calle y llamó á una pareja de orden público.

Mientras tanto, Benita al verse libre, se levantó, echando espuma por la boca.

—¡Infame, infame!—exclamó.—Ahora ya no puede haber reconciliación entre nosotros.

—Tanto mejor; así concluiremos de una vez, puesto que, según veo, te has propuesto perderte y perderme.

Mientras Salvador decía esto se limpiaba el rostro con el pañuelo, y se restañaba la sangre de la mano producida por un mordisco de su ama de gobierno.

—Entre nosotros dos—añadió—no puede haber reconciliación; todo ha concluído. ¡Vete, vete de mi casa!

—Sí, todo ha concluído,—exclamó Benita fuera de sí,—pero con tu muerte, porque aunque vaya al patíbulo, no te casarás con Teresa.

Y el ama de gobierno, sacando el pequeño revólver que llevaba siempre en el bolsillo, apuntó á Salvador, é hizo fuego.

El agente de negocios cayó desplomado al suelo con el rostro lleno de sangre sin exhalar ni un gemido.

En aquel momento la criada y la pareja de orden público se presentaron en la puerta del despacho.

CAPITULO IX.

Primeras declaraciones.

Era imposible negar nada, puesto que Benita se hallaba con el revólver en la mano, y Salvador tendido en el suelo y el rostro ensangrentado.

Además, todos acababan de oir la detonación del arma de fuego, y algunos vecinos entraron también en la casa.

—¿Qué ha hecho usted?—le preguntó uno de los dos agentes de la autoridad, cogiendo á Benita por un brazo y quitándole el revólver de la mano.

—Pues ya lo ve usted,—contestó con audacia Benita,—he muerto á ese miserable, primero, porque lo merece, y segundo, porque me ha pegado; y como una mujer no tiene las fuerzas de un hombre, me he defendido con ese revólver.

Mientras uno de los agentes ataba codo con codo á Benita, el otro se acercó al que parecía muerto; pero al ponerle la mano sobre el corazón, dijo:

—Aún tiene vida; es preciso buscar á un médico.

Uno de los agentes bajó á la calle y llamó á otra pareja, refiriéndole á la ligera lo ocurrido y encargándole que llamase al médico de la Casa de Socorro inmediata y al juez de guardia.

Mientras tanto, algunos vecinos y vecinas habían acudido y comentaban el hecho, mirando con esa curiosidad oficiosa tan pronto al ensangrentado cuerpo de Salvador, que permanecía inmóvil y como muerto, tan pronto al ama de gobierno, que fuertemente atada codo con codo se hallaba sentada en una butaca, demostrando una indiferencia, una serenidad impropia de las circunstancias.

Junto á Benita se veía á un agente de orden público que tenía en la mano como cuerpo del delito el pequeño revólver de cañón niquelado.

Cuando llegó el juez mandó desalojar la habitación, quedándose solos los agentes, el médico, el escribano, la criada, la víctima y el asesino.

A las primeras preguntas del juez, Benita contestó con energía:

—Sí, señor juez, yo he disparado un revólver sobre ese hombre, y sentiré con toda el alma no haberle muerto. Es un infame que me ha estado engañando por espacio de diez años. Crea usía que seres como ése están de más en el mundo, y se hace un bien á la sociedad matándolos.

El juez, admirado de la energía de aquella mujer, le dirigió algunas preguntas para aclarar sus anteriores palabras, y Benita volvió á decir:

—Repito que no estoy arrepentida de lo que he hecho, y que le había ofrecido matarle si me engañaba. Más de mil

veces me ha jurado casarse conmigo, y hoy ha tenido el atrevimiento de despedirme de su casa y decirme que mañana se casaba con otra, ofreciéndome un puñado de plata para que callara.

El juez dispuso que Benita fuese conducida á la cárcel de mujeres, y firmó la orden.

Mientras tanto, se había conducido el ensangrentado cuerpo de Salvador Verdemar á su cama, y el médico, después de reconocer la herida y hacerle la primera cura, escribió el parte siguiente:

«He encontrado á don Salvador Verdemar tendido en el suelo, ensangrentado el rostro y con una herida producida por arma de fuego en la región fronto-parietal derecha; cuyo proyectil, penetrando por la parte media de la región frontal é interesando solamente las capas subaponemólicas, ha seguido una dirección ascendente á todo lo largo de la aponemosis epicronea hasta el punto donde se encuentra la sutura sagital, produciendo la conmoción consiguiente á esta clase de traumatismos. A pesar de lo cual la herida no la conceptúo de gravedad, salvo futuras complicaciones.»

Cuando Salvador Verdemar recobró el conocimiento se encontró en su cama y con la cabeza vendada.

Miro en derredor suyo, y se fijó en un hombre á quien no conocía, que se hallaba sentado junto á la puerta dela alcoba.

Aquel hombre era el médico, y en el gabinete inmediato se encontraban el juez, el escribano, dos agentes de orden público y la criada.

Otros dos agentes se habían llevado ya á Benita á la cárcel de mujeres.

—¿Quién es usted?—le preguntó Salvador.

—Soy el médico de la casa de socorro del distrito del Centro, que acabo de hacerle á usted la primera cura.

—¿Con que es verdad que esa infame de Benita me hizo fuego con su revólver á boca de jarro?...

—Así parece, amigo mío.

—¿Y diga usted, doctor, es muy grave la herida? Siento una gran pesadez en la cabeza, me zumban los oídos... ¡Oh, Dios mío! Ella había ofrecido matarme, y la miserable ha cumplido la palabra.

El médico, comprendiendo que el herido tenía mucho miedo á la muerte, le dijo para tranquilizarle:

—La herida afortunadamente no es de gravedad, y si usted no comete ninguna locura y no sucede, como espero, ninguna complicación inesperada, antes de quince días podrá usted salir á la calle completamente restablecido.

Verdemar suspiró como el que se quita un gran peso del pecho, porque la seguridad de no morir de la herida le llenaba de gozo, porque nadie tiene más apego á la vida, ni lo demuestra con más entusiasmo, que los cobardes.

—Si no fuera perjudicial para mi estado,—añadió Salvador,—desearía dirigirle á usted alguna pregunta.

—Bueno, hable usted.

—¿Ha tomado parte la justicia, según supongo?

—Sí señor.

—¿Y qué han hecho de Benita, de la infame que quiso matarme?

—Lo confesó todo, y se la ha conducido á la cárcel de mujeres.

—Que no la dejen salir, porque entonces me matará cuando se le presente la primera ocasión.

—Creo que tiene para algún tiempo de permanecer en la cárcel... Pero voy á decirle al señor juez que usted está en disposición de contestarle á las preguntas que se le hagan.

Poco después el juez y el escribano entraron en la alcoba. Salvador contestó á las preguntas que le dirigió, y por último dijo:

—Señor juez, yo he sido toda mi vida un hombre pacífico, que sólo se ha ocupado de sus negocios. Esa infame que ha tratado de asesinarme se había empeñado que me casara con ella, y todos los días me amenazaba con matarme si no accedía á sus deseos. Cansado de sus amenazas, hoy la despedí de mi casa, y ella, sacando un revólver del bolsillo, me hizo fuego á boca de jarro. No me mató por un milagro.

Y Salvador, cambiando de entonación y con acento compungido, repuso:

—Yo me pongo bajo el amparo de la justicia, y suplico al señor médico que me ha hecho la primera cura que siga asistiéndome, y me mande un practicante, porque yo supongo que me dejarán en mi casa.

—Nadie molestará á usted, y será asistido como se debe durante su curación,—añadió el juez.

—Muchas gracias, señor juez, y permítame usía que le dirija la última súplica. Me ha dicho el médico que Benita, esa mujer desalmada y desagradecida, se halla en la cárcel. Ruego á usía que se me avise antes de ponerla en libertad, porque debo vivir alerta, pues estoy seguro que me matará en cuanto se le presente la ocasión.

Poco después la justicia abandonaba la casa del crimen, pensando que don Salvador Verdemar era un hombre pobre de espíritu que había sido víctima de las exigencias de una criada, con la que se había mostrado tal vez más amable de lo que convenía á la moral.

Cuando Salvador se quedó solo en la alcoba, tiró del llamador de la campanilla, y se presentó la criada.

—¡Ah! Me alegro de verte,—le dijo.—Creí que me habían dejado solo, que tú también te habías marchado... Más vale así.

—Pues mire usted, señorito, no es porque usted me lo agradezca, pero gracias á mí no ha dejado usted la vida en las manos de doña Benita,—contestó la criada.—Si yo no bajo tan pronto á la calle y subo con una pareja de orden público, que le quitaron el revólver...

—Dios te lo pague, Juana, Dios te lo pague... Sírveme bien, que no quedarás descontenta de mí.

—Ya sabe el señorito que yo cumplo con mi obligación y tengo ley á los amos que sirvo.

—Sí, sí; eres una buena muchacha... Benita, á pesar de su genio irascible, lo decía. Conozco que has tenido mucha paciencia para sufrirla dos años. Eso es para mí una garantía.

—La verdad es, señorito, que yo he pasado un susto mayúsculo. ¡Qué fiera de mujer! Yo no he visto una cosa igual.

—Mira, Juana: ¿qué has oído decir al médico de mi herida?

—Pues al marcharse me dijo que no era cosa de gravedad, que podía usted tomar algún sopicaldo y un aloncito

de gallina; beber el vino aguado, y tomar tazas de tila para tranquilizar los nervios.

—¡Oh! Yo creo que podría levantarme.

—No haga usted tal cosa, señorito, porque las imprudencias se pagan caras.

—Tienes razón, me quedaré en la cama; pero tengo necesidad de escribir dos letras; luego bajas á la calle, buscas á un mozo de cordel y le dices que lleve la carta á la plaza de la Independencia.

Y Salvador, llevándose la mano á la frente, añadió:

—Me duele mucho la cabeza.

—Pues entonces, no escriba usted.

—Tengo necesidad de ello. Mira, acércame un lápiz, un plieguecillo de papel y un libro para que me sirva de apoyo.

Juana, con una actividad digna de elogio, le trajo á su amo lo que le pedía.

Salvador se incorporó un poco, y escribió con lápiz lo que sigue:

«Querida Teresa: Estoy en cama herido de un balazo en la cabeza.

»Mi ama de gobierno, al oir que la despedía de mi casa, como tú me encargaste ayer, sacó un revólver del bolsillo y lo disparó sobre mí á boca de jarro.

»Bien puede decirse que vivo de milagro.

»El juez ha decretado la prisión de Benita, que se halla á estas horas en la cárcel de mujeres, y en donde, según supongo, permanecerá mucho tiempo.

»Dios quiera que la sentencien á galera perpetua, y me vea libre de ella para siempre.

»Ven á verme, ó por lo menos suplícale al padre Marcelo que venga; pues estoy solo con una criada y un practicante del hospital que he pedido para que me asista, y que vendrá pronto, según me han dicho.

»Tuyo siempre,—*Salvador.*»

Dobló y cerró la carta, poniendo en el sobre las señas de la casa de la plaza de la Independencia.

Después de esto pidió á Juana una taza de flor de tila para tranquilizar el sistema nervioso, y como le dolía mucho la cabeza, dijo:

—Envía la carta adonde dicen las señas con un mozo de cordel y déjame solo; quiero descansar un poco.

Cuando salió Juana de la alcoba, Salvador se dijo, hablando consigo mismo:

—De buena he escapado. Ahora lo que conviene es que la curación de la herida dure más de treinta días, para que los jueces le sienten la mano á esa infame que por poco me manda al otro mundo.

Y sonriéndose con la satisfacción del cobarde que se ve libre del peligro que le amenazaba, añadió:

—Después de todo, la batalla ha terminado ventajosamente para mí; pues la herida, según parece, no es más que un rasguño, y Benita permanecerá uno ó dos años en la cárcel; de modo que cuando salga, ya estaré yo casado y tal vez sea padre de familia; lo que me disgustaría mucho, porque los hijos son caros y dan quebraderos de cabeza.

Poco después Salvador dormía con la tranquilidad del hombre justo que está satisfecho de sí mismo.

. . . .

Salvador Verdemar era un hombre muy conocido en Madrid, y cuando aquella misma noche los periódicos dieron la noticia del terrible drama acaecido en su casa, no le faltaron visitas, tarjetas y nombres en la lista de la portería.

Como Salvador le quiso dar á la herida más importancia que la que real y efectivamente tenía, prohibió en absoluto la entrada en su casa á todo el mundo, exceptuando al padre Marcelo, á Teresa, á don Alejandro y al médico.

A la caída de la tarde se presentó el padre Marcelo, á quien Teresa había enviado la carta de Salvador.

La criada y el practicante del hospital, que eran los encargados de asistir al herido, acompañaron al sacerdote hasta la alcoba, dejándole luego solo con Salvador.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntó el padre Marcelo sentándose junto á la cabecera de la cama.

Salvador, que tenía mucho de cómico, aunque jamás había representado comedias en los teatros, exhaló un suspiro, y con voz debilitada contestó:

—Pues un milagro, padre Marcelo, un verdadero milagro. ¡Ah! Parece imposible que esa infame haya recompensado todos los favores que la he hecho disparándome á boca de jarro un revólver. Se conoce que Benita premeditaba el crimen hacía tiempo, y cuando le dije que era preciso que se marchara, pues no podía sufrir por más tiempo sus exigencias, sacó un revólver del bolsillo, me apuntó á la cabeza é hizo fuego. Afortunadamente la criada comenzó á pedir socorro, y acudió una pareja de orden público, que le quitó el revólver de la mano. En fin, como he dicho á usted, padre Marcelo, vivo de milagro.

—¿Y dónde está Benita?

—¿Dónde ha de estar? En la cárcel; y permita Dios que permanezca allí toda la vida. Es una fiera. Sí señor, su intención era matarme; pero afortunadamente para mí, la bala se desvió un poco, y puedo contarlo.

Y Salvador, exhalando un profundo suspiro, añadió:

—Creo, pues, padre Marcelo, que debemos activar todo cuanto se pueda mi casamiento con Teresa. Basta ya de consideraciones. Yo pensaba haberle dado algo en recompensa de los buenos servicios que me ha prestado; pero después de lo que ha hecho conmigo, no quiero darle ni un céntimo.

—Pero ¿qué dicen los médicos de esa herida?—preguntó el padre Marcelo.

Salvador se sonrió melancólicamente, y contestó:

—Afortunadamente, la herida no tiene gravedad, según asegura el médico, y podré dejar el lecho dentro de breves días; por lo tanto, diga usted á don Alejandro y á Teresa que estoy dispuesto á casarme cuándo ellos dispongan.

Y mirando con cierto recelo al sacerdote, añadió:

—Pero la verdad es, padre Marcelo, que convendría darle á mi herida más importancia de la que tiene para que esa fiera, que ha tratado de asesinarme, permanezca más tiempo en la cárcel y la domen allí un poco. De modo que sería conveniente que nos casáramos aquí en esta alcoba, motivándolo la gravedad de mi herida.

—Señor Verdemar, eso sería una comedia, en lo que ni puedo, ni debo, ni quiero tomar parte. Ustedes se casarán en una iglesia tan pronto como usted abandone esa cama, que, por lo que usted acaba de decirme de la herida, podrá ser

dentro de tres ó cuatro días. Así mismo voy á decírselo á Alejandro y á Teresa.

—Pero advierta usted, padre Marcelo, que si salgo á la calle á los tres días de haber recibido el balazo en la cabeza y me caso, la gravedad de la herida desaparece, y dentro de un mes sueltan á Benita.

—Esa es cuestión de los jueces que entienden en la causa.

—Sí, sí, y cuestión mía también. ¡Caramba! Porque Benita es mal enemigo, y conviene tenerla lo más lejos posible. Yo creo que mi proposicion es aceptable. Un periódico puede decir que me hallo muy grave de mi herida, y que deseando cumplirle la palabra de casamiento que le dí á la señorita Teresa de Robledano, un sacerdote bendice nuestra unión, etc., etc., etc.

—Usted puede mandar decir lo que guste en los periódicos, eso es cuestión de conciencia, en lo que yo no me entrometo; pero, repito, que no apadrino una conducta que puede ser perjudicial á una tercera persona.

—Bien, bien, padre Marcelo, haga usted lo que guste,—añadió Salvador suspirando,—y tenga la bondad de decirle á don Alejandro que estoy á sus órdenes.

Y luego, esforzándose para sonreirse, repuso:

—Todo se reduce á vivir alerta, porque, repito, que Benita es mal enemigo. Me compraré un revólver, y no seré tan confiado como lo he sido hasta ahora. ¡Ah! Partícipele usted al señor Robledano que Teresa y yo hemos pensado pasar la luna de miel en alguna provincia marítima de España.

El sacerdote se levantó, y dijo:

—Después de casados, libres son ustedes de sus acciones, y pueden vivir como mejor les acomode. Alejandro también va á emprender un viaje, y probablemente yo le acompañaré.

Y el padre Marcelo, ofreciendo volver al día siguiente, se despidió de Salvador Verdemar.

CAPITULO X.

Preparativos.

Benita fué conducida á la cárcel de mujeres, y como había declarado toda la verdad, se libró de la incomunicación que tanto abruma á las desgraciadas presas.

Entró en la cárcel con el ademán altivo y la sonrisa del desdén en los labios. Sus compañeras de infortunio la hicieron el recibimiento que en las *casas de poco trigo* se hace al valor, cualidad preferente entre los habitantes de las cárceles y presidios.

Benita estaba presa por haberle disparado un tiro á boca de jarro á un amante pérfido y traidor, y esto siempre enaltece á la heroína.

Las mujeres que *matan* tienen generalmente muchos partidarios, muchos panegiristas que celebran su valor; así es que Benita fué simpática á todas las presas, que pronto supieron por qué causa se hallaba entre ellas.

Además, Benita era una joven bien parecida, con unos

ojos hermosos; vestía con decencia, y llevaba en el porta-monedas algunos centines de oro, y en una cartera algunos billetes del Banco.

Cuando después de disparar su revólver le notificaron que quedaba presa, pidió permiso al juez para vestirse y coger alguna ropa, y el juez accedió á esta súplica.

Benita no estaba arrepentida de su conducta, la creía un acto de dignidad... de justicia. Salvador era un miserable, merecía la muerte; así es que cuando poco después supo que la herida no era grave, exclamó en uno de esos arranques que brotan del alma:

—Lo siento, porque cuando salga de esta casa, tendré que empezar de nuevo, y nunca me ha gustado perder el tiempo.

Benita leía todos los periódicos que hablaban de su causa, y como su defensa era de esas que se llaman *bonitas*, muchos abogados jóvenes fueron á ofrecérsele.

Benita eligió á un joven de talento que había brillado mucho en el *Ateneo* por la facilidad de su palabra, y naturalmente le contó, sin ocultarle nada, sus relaciones con Salvador.

—Saldremos triunfantes,—le dijo el abogado;—la causa de usted se defiende sola.

—¿De modo que usted cree que saldré pronto?—le preguntó Benita.

—Creo que saldrá usted absuelta.

—Pues en ese caso,—añadió Benita sonriéndose,—prepárese usted para defenderme segunda vez, porque en cuanto salga á la calle, la primera cosa que voy hacer es com-

prarme un buen puñal, y la segunda introducírselo en el corazón á Salvador.

El joven abogado se quedó mirando con asombro á aquella mujer que le anunciaba un homicidio con la sonrisa en los labios y la serenidad en los ojos; y estos ofrecimientos se cumplen mejor cuando los hace la calma que cuando los hace la ira.

—¡Bah! Lo que usted debe hacer cuando salga de esta casa es borrar de su memoria el recuerdo de ese miserable; figúrese usted que no le ha conocido nunca.

—Yo no puedo figurarme eso, porque le dí palabra de matarle si me engañaba, y se la quiero cnmplir.

—Vamos, Benita, ahora lo importante es salir bien de esta empresa. Luego... allá veremos.

Dos días después, Benita, que se había suscrito á *El Imparcial* y á *El Liberal* con objeto de leer todo lo que se dijera perteneciente á su causa, leyó con asombro el siguiente suelto:

«Esta mañana se ha celebrado en la parroquia de San Ginés el casamiento de don Salvador Verdemar y la señorita doña Teresa de Robledano.

»Los recién casados salen esta tarde en el expreso de Sevilla, en cuya ciudad se proponen pasar la luna de miel.

»El señor Verdemar, aunque algo molestado por la herida que le infirió su criada en un rapto de salvaje ingratitud, no ha querido retardar el proyectado enlace, cumpliendo su palabra á la que hace mucho tiempo había elegido su corazón para compañera de toda su vida.

»Deseamos muchas prosperidades á la feliz pareja.»

Benita leyó con la sonrisa en los labios aquella noticia que mataba todas sus esperanzas.

Luego dobló el periódico y se lo guardó en el bolsillo, diciéndose para sí:

—He aquí la sentencia de muerte de Salvador. En este suelto que acabo de leer, y en el cual reconozco la mano de Salvador, me infiere dos agravios que yo no puedo ni olvidar ni perdonar. Me llama criada, salvaje é ingrata, y él sabe que no poseo ninguna de esas cualidades. Dios querrá que salga pronto de esta casa, y entonces arreglaremos las cuentas.

Aquella misma tarde, cuando fué á visitarla el abogado, que tambien habia leído el suelto, medió entre los dos el siguiente diálogo:

—¿Ha leído usted lo que dice *El Imparcial?*—le preguntó Benita.

—¡Ya lo creo! Y lo he leído con muchísimo gozo, porque es una noticia que me sirve de mucho para la defensa, pues por ella se ve que la herida no tiene la menor importancia.

—Sí, pero me llaman salvaje, ingrata y me califican de criada, cuando yo no he sido nunca criada de Salvador, he sido siempre su querida. Pero en fin, todo eso lo arreglaré yo con él tan pronto como salga de esta casa.

—¿Sigue usted con la idea de vengarse?

—Merece la muerte, y ahora que ya se ha casado, la merece doblemente.

—Desprecie usted á ese hombre.

—No puedo... Quiero matarle, aunque luego me den ga-

rrote. Y ahora le suplico á usted que procure sacarme lo más pronto posible de esta casa.

—Lo que usted piensa es una locura que yo no puedo apadrinar.

—Pues bien, no hablemos más de lo que haré mañana; ocupémonos sólo de lo de hoy. ¿Cuánto tiempo podrá durar mi causa?

—Eso es difícil de decir.

—Ya ve usted que la herida ha sido leve, puesto que á los cuatro días de recibirla se ha curado y emprende un viaje.

—La herida nadie puede poner en duda que es insignificante: un rasguño y nada más.

—Pues entonces...

—Pero los jueces tienen en cuenta la intencion del agresor. Usted disparó el revólver con intención de matarle.

—Naturalmente.

—Pues es un homicidio frustrado.

—Bien, bien. ¿Cuánto tiempo cree usted que permaneceré presa?

—Tal vez seis meses, tal vez un año.

—¡Un año!—exclamó Benita con desesperación.—¡Esto es horrible!... ¡Un año!...

Y Benita, cubriéndose el rostro con las manos, comenzó á llorar desesperadamente.

—No hay motivo para llorar,—añadió el abogado, á quien el carácter enérgico de Benita interesaba vivamente.—Yo le doy á usted mi palabra de honor que saldrá airosa en la empresa.

—¡Sí, pero tardará un año en resolverse!—exclamó Benita con desesperacion.

—¡Y qué remedio! No está en mi mano evitarlo.

Benita se enjugó las lágrimas, y dijo:

—Está bien; esperaré, tendré resignación, pero le suplico que haga todo lo que pueda para sacarme pronto de esta casa. ¡Oh! La libertad... la libertad quince dias, y luego...

El abogado comprendió que á aquella mujer se le había encarnado en el cerebro la idea de la venganza y que sería difícil disuadirle de ella.

Salió de la cárcel verdaderamente preocupado con la tenacidad de Benita, diciéndose para sí:

—Esta vez me será fácil sacarla libre y absuelta, pero la otra será más difícil. *¡Diantre! Le tiene á su antiguo amante un rencor africano.* ¡Bah! ¡Quién sabe si la pobre Benita habrá nacido para ser *racimo de horca*, como dice el vulgo! De todos modos yo la defenderé con valor, porque me intereso vivamente por esa infeliz, que después de servir durante diez años al canalla de Salvador Verdemar, le paga sus servicios arrojándola á la calle. ¡Oh! Para algunos hombres las canalladas son moneda corriente.

. . . .

. . . .

El mismo día que en la parroquia de San Ginés bendijo un sacerdote la unión de Salvador y Teresa, Pancho el mulato puso un parte concebido en estos términos:

«Melchor Tordera.—Grao de Valencia.

»Salgo esta noche correo para esa, á ser padrino de boda de su nieto.—*Alejandro.*»

Aquella misma noche salieron también para Sevilla los recién casados.

Alejandro había sido padrino del casamiento, y al terminar la ceremonia, con una gravedad impropia del caso, les había dicho:

—El padre Marcelo es el encargado de arreglar con ustedes la cuestión del dote. Yo voy también á emprender un viaje, que ignoro el tiempo que durará, y de hoy en adelante su conducta será la reguladora de la mía. No lo olviden ustedes.

—Nos han calumniado, Alejandro,—se atrevió á decir Teresa.

—No, Teresa, no os han calumniado,—añadió Alejandro;—pero aún podéis lavar vuestras culpas siguiendo una conducta ejemplar. Demos tiempo al tiempo, y según os portéis conmigo, así corresponderé yo.

Alejandro subió con Faustino en su coche, y se hizo conducir á su quinta de Carabanchel, adonde debían ir á reunirse con él, para comer y arreglar los últimos preparativos del viaje, sir Arturo Pik y el padre Marcelo.

Teresa, Salvador y el sacerdote subieron en otro coche, que les condujo á la casa de la plaza de la Independencia, en donde debían pasar el día esperando la hora del correo de Andalucía.

Sigamos nosotros á Alejandro y sus dos amigos, que al trote de sus dos poderosos caballos se dirigían á Carabanchel.

Cuando llegaron, Alejandro parecía estar sumamente preocupado.

—La verdad es, señores,—dijo á sus amigos,—que siento

así como una especie de remordimiento que me disgusta, y casi se puede decir que estoy arrepentido de haber casado á Salvador y á Teresa, porque ese matrimonio no puede ser feliz.

—¡Bah!—exclamó Faustino.—Quién es capaz de adivinar lo que ha de suceder mañana.

—Cualquiera que conozca los caracteres y las condiciones morales de los recién casados,—repuso Alejandro,—porque estoy seguro que ni Verdemar quiere á Teresa ni Teresa á Verdemar.

—Yo he conocido—añadió sir Pik—muchos matrimonios que no se amaban y vivían bien.

—Sin embargo, amigo Arturo, vivir eternamente unidos dos seres que no se aman ni creo se hayan amado nunca debe ser un tormento.

—Para usted sí, para otros no. Se resignan y se soportan mutuamente, y algunos llegan á viejos y mueren tranquilos en sus camas; tal vez con más resignación que los que fueron felices.

—Señores,—añadió Alejandro,—ustedes me conocen. Yo no he sido hipócrita nunca, y voy á confesar las razones que me han obligado á casar á Teresa con Salvador, porque uniéndoles, ellos mismos me vengarán de todo el daño que me han hecho. Jamás volveré á sentir hacia ellos los afectos del cariño; pero los protegeré siempre que necesiten mi protección, como todo hombre honrado y rico debe proteger á sus hermanos, aunque sean indignos de compasión; y ahora, amigos míos, dejando á los recién casados, á los que, á pesar de todo lo que ha ocurrido, deseo muchas felicidades, hable-

mos de nuestro viaje; pero hablaremos en el comedor, porque el madrugar abre el apetito.

Sentados los tres amigos alrededor de la mesa, volvió á entablarse el siguiente diálogo:

—Plan de viaje,—añadió Alejandro:—Salimos esta noche para Valencia en el tren correo, en donde la gratitud de media docena de corazones honrados me esperan con los brazos abiertos. Permaneceremos dos días en el Pueblo Nuevo del Mar presenciando la felicidad de la familia de Melchor Tordera. Desde Valencia tomaremos pasaje en el primer vapor que haga escala en Nápoles; y una vez allí, mi amigo Faustino será el embajador de mi felicidad, trasladándose á la isla de Caprera, en donde se halla el tesoro que más ambiciono poseer: Gabriela.

—¿Se permite á los amigos leales hablar con franqueza?—preguntó Arturo.

—No sólo se permite, sino que se les exige que así lo hagan,—contestó Alejandro.

—Pues bien, yo creo que para ese viaje que constituye el hermoso sueño de la vida de Alejandro de Robledano, sobra la personalidad de Arturo Pik.

—¡Cómo! ¿Va usted á dejarme, ó por mejor decir, pretende usted dejarme después de lo convenido?—volvió á preguntar Alejandro.

—Mis palabras necesitan una explicación. Nosotros convenimos hace tiempo una cacería de leones y panteras en los bosques de Guinea, y á esa cacería estoy resuelto á acompañar á usted; pero ¿qué voy á hacerme yo en Nápoles mientras usted dispone su casamiento con Gabriela y se pasa

á su lado todas las horas del día? Convengamos, pues, de que yo sobro; pero que tan pronto como Alejandro de Robledano se case y me ponga un parte concebido en estos términos: «Amigo Pik, le espero á usted para trasladarme á las costas de Guinea», yo cojo mi escopeta y mi maleta, y me uno con Alejandro en el sitio que me indique.

Sobre este tema versó la discusión durante el almuerzo, y convencido por fin Alejandro de que sir Arturo tenía razón en no acompañarle á Nápoles, quedaron convenidos en que se le avisaría para emprender juntos la cacería en África.

Después del almuerzo, mientras Faustino y sir Arturo daban un paseo por el jardín, Alejandro se dirigió á la habitación de Esteban Terreño.

Esteban estaba desconocido. Se había dejado crecer la barba, cuajada de prematuras canas, y por su frente surcaban algunas arrugas producidas, más que por los años, por los pesares que afligían al pobre ciego.

Cuando entró Alejandro, Esteban se hallaba sentado en una butaca, y junto á él su criado José leía en voz alta *El libro de Job,* lectura favorita de Terreño, como si las inconcebibles desgracias del hombre justo de Hus fueran un bálsamo para las suyas.

—Buenos días, Esteban,—le dijo Alejandro acercándose hacia donde se hallaba el ciego.

Terreño hizo un movimiento como para levantarse, pero Alejandro le puso una de sus manos sobre el hombro, diciéndole:

—Quieto. Vengo á despedirme de usted.

—¡Ah! ¿Se marcha usted?... ¿Por fin emprende usted el viaje proyectado?...—preguntó Esteban.

—Sí, amigo mío, me esperan en Nápoles, y como yo creo que en Nápoles se halla mi felicidad, sólo el deber me ha hecho retardar el día de la partida.

—Sí, es justo que usted sea feliz,—contestó Esteban exhalando un suspiro,—y bien sabe Dios que yo lo deseo.

—¿Tiene usted algo que pedirme? ¿Desea usted algo de mí antes de marcharme?

—¿Tengo yo derecho á pedir nada?—preguntó Esteban sonriendo de un modo melancólico.

—El arrepentimiento verdadero es una virtud que enaltece á los pecadores. Yo he borrado de mi memoria el ayer, sólo me ocupo del presente. Si usted, amigo Esteban, se halla á gusto en esta casa, tenga usted la seguridad que en esta casa vivirá, sin carecer de nada, cien años, si cien años se prolonga la existencia de usted.

Dos lágrimas asomaron á los ojos sin luz de Esteban Terreño.

—Puede usted, por lo tanto, vivir tranquilo y sin recelo. Los enemigos que usted tenía han depuesto sus armas, y hoy mismo les he unido al pié del altar.

—¡Ah! ¿Por fin se han casado Teresa y Verdemar?—preguntó Esteban.

—Sí, y esta misma noche salen en el tren correo para Andalucía.

—Tiene usted, señor Robledano, un modo de vengarse muy generoso.

—¡Quién sabe! Tal vez he sido demasiado cruel con ellos.

Dios quiera que algún día no me arrepienta. Pero en fin, ocupémonos de usted. ¿Necesita usted algo?

—Nada absolutamente. Vivo en la mayor abundancia, gracias á la generosidad de mi bienhechor.

—Mi apoderado Pancho tiene el encargo de darle á usted todo lo que le pida.

—Gracias, señor Robledano.

Y Esteban, con un acento tan triste en que demostraba todo el agradecimiento que sentía, repuso:

—Quisiera encontrar palabras con que expresar mi gratitud, porque yo no concibo cómo no me guarda usted rencor después de lo que he hecho.

—El rencor no ha encontrado cabida nunca en mi corazón. Así pues, amigo Esteban, deme usted un abrazo y hasta la vuelta.

Esteban se levantó, y apoderándose de una mano de Alejandro, se la besó respetuosamente, depositando en ella algunas lágrimas.

Robledano entonces, conmovido ante la humildad de aquel hombre que había sido un malvado, le abrazó con ternura, diciéndole en voz baja:

—Hermano Esteban, olvido eterno al pasado.

Después salió de la habitación verdaderamente afectado, y diciendo:

—He ahí un pecador regenerado.

Esteban volvió á sentarse. Durante algunos segundos permaneció en inmóvil actitud y llorando.

Por fin se enjugó los ojos, y dijo:

—José, continúa la lectura de *El libro de Job,* porque

ese gran poema de la desgracia es el único bálsamo que cicatriza las heridas de mi corazón.

José abrió el libro y comenzó á leer con acento pausado esa lamentación sublime que ha sido en todos los tiempos el consuelo de los desgraciados y que seguirá siéndolo mientras el sol vivifique el universo.

LIBRO XVII.

GRATITUD Y AMOR.

CAPITULO PRIMERO.

Valencia.

Yo creo, lector querido, que siendo yo valenciano y obligándome la fábula de la presente novela á llevar á Valencia al protagonista de mi narración, no te enojarás conmigo si le dedico algunas páginas de cariño á esa hermosa ciudad que riega el Turia y recibe las saludables brisas del mar Mediterráneo.

Y ahora, antes de enumerar las bellezas y dones de mi patria nativa, en secreto, y al oído, te diré una debilidad de viejo, que yo espero que tú no reveles á nadie.

Mientras el hombre es joven y vive combatido por las pasiones y corre afanoso detrás de una popularidad que sólo consigue raras veces á costa de su salud y de su vida, suele olvidarse de ese poético rinconcito del mundo en donde nació y vió por primera vez la hermosa luz del cielo.

Pero cuando la vejez platea su cabeza, cuando los años y los achaques encorvan su cuerpo, cuando ve cerca su última

hora, sin hacerse ilusiones, entonces busca con afán el sitio en donde tuvo su cuna, y desea morir todo lo más cerca de la tumba que guarda las cenizas de sus padres.

Esta debilidad humana es lo que cierta noche de triste melancolía me hizo escribir al final de una composición poética estos versos:

> Y hoy que el invierno mi frente inclina,
> recuerdo siempre donde he nacido,
> como recuerda la golondrina
> su amante nido.

Pues bien, yo recuerdo mucho el nido en donde nací y en donde quisiera morir... Pero he recibido tan pocas muestras de cariño de mis paisanos, que aunque yo les quiero con toda el alma, no me atrevo á decirles: «Hacedme un modesto lugar en la casa de vuestros muertos, para que puedan descansar las cenizas de aquel que escribió *El Mártir del Gólgota* y *El Cura de Aldea.* »

Tal vez soy injusto, tal vez para mí no se escribió en el corazón de la humanidad esta famosa parábola de Cristo: *Nadie es profeta en su patria.*

Hablemos un poco de Valencia, pero te prevengo, lector querido, que no he de ofenderme aunque pases por alto sin leer el presente capítulo, pues ya te he dicho que es una debilidad mía, por la cual espero que mis lectores no me guarden rencor.

Los mármoles, los bronces, son páginas del pasado en las que fundan los sabios que se dedicaron al estudio de la numismática toda la lógica de sus apreciaciones. La leyenda

y la fábula tienen tanta poesía como falta de verdad, y los hombres serios no se apoyan nunca en los poéticos sueños, sino en la razón y en la grave y clara filosofía.

Que Valencia fué fundada por un rey español llamado Romo, como dice Annio Viterw; que Hércules de Tebas levantó las ciclopeas murallas de Sagunto, y que sus amigos los Jacintios fundaron á Valencia, como afirma el soñador poeta Lilio y Tábico; que se llamaron en sus primitivos tiempos Tyrsis, como indica el abate Maeden, ó que tuviese como aseguran otros los nombres de *Romi, Romis* ó *Rome,* voz griega que significa *fuerza, valor, poder*, sinónimos de Valencia, es cuestión que no vamos á defender ni á atacar, dejando el asunto en el mismo estado, que es lo más prudente, cuando carecemos de datos claros y precisos para probar el verdadero origen de la hermosa ciudad que levanta con orgullo sus muros en la fértil y productiva vega edetana.

Dejemos, pues, á los celtíberos enterrando sus espadas para que se ponga más duro el hierro enmoheciéndose, á los fenicios abordando las hermosas costas del Mediterráneo, á los intrépidos marinos cartagineses cruzando los pérfidos mares de nuestras costas para hacer el comercio con los pueblos ribereños, y afirmemos solamente, dando crédito al sabio legislador Moisés, que los pobladores de la tierra, que los padres de la humanidad salieron del arca de Noé, y Japhet es seguramente nuestro abuelo, aunque desde entonces hasta ahora ha llovido tanto como en los aciagos días del diluvio.

Aceptemos, pues, que la fundación de Valencia data lo menos del año 1.038 antes de J. C. No quiero detenerme en

referir los grandes hechos de su historia para demostrar el valor indómito de sus hijos. Dejemos las titánicas luchas de Sagunto, las guerras de Sertorio, la fuerza invencible de los soldados hispanos, la derrota de los generales de Roma, las sangrientas batallas de Pompeyo en las orillas del Turia, iluminadas por el resplandor tétrico del rayo y el fragor del trueno.

Olvidemos á los cartagineses, pues razón tienen nuestros infortunados pueblos para ello; pasemos en silencio la paz octaviana y borremos de nuestra memoria las devastadoras contiendas, las sangrientas luchas de los guerreros de Ataulfo, y el imperio vergonzoso de los godos, que puso nuestra España en las manos de las feroces hordas de Muza.

Nada diremos, porque no es nuestro ánimo tampoco describir la historia de Valencia, de la conquista de don Jaime de Aragón, de las victorias del famoso caudillo Cid Rodrigo de Vivar, ni del santo grito de «¡Libertad y Fueros!» que lanzaron contra la tiranía de un rey extranjero los libres y valientes agermanados, cuyo fin trágico fué una hecatombe gloriosa.

Guardemos silencio sobre los brillantes hechos de la guerra de la Independencia, glorioso período que nuestros abuelos legaron á la posteridad sacudiendo el yugo extranjero. Todos los rasgos heróicos del gran poema de nuestra historia escritos están por sabios historiadores que honran nuestra patria, y yo, el más humilde de todos los escritores, el más pequeño en la viña del Señor, poco ó nada podría decir que no estuviese escrito.

Pero mi objeto en esta digresión se reduce á hablar de

mi querida Valencia, de mi patria nativa, de esa hermosa jaula en donde han codiciado albergarse todos los pájaros del mundo, pues según afirma en sus anales el reverendo maestro fray Francisco Diago de la Orden de predicadores, *el reino de Valencia es una cifra y suma de todo lo bueno que se halla derramado en los otros de todo el mundo.*

Y efectivamente, fray Diago tiene razón y lo demuestra en el capítulo octavo de sus Anales al hablarnos de las variadas y ricas producciones de este país, de su lino, de su cáñamo, de su seda, de su hermoso cielo, de sus elevados montes, de sus fecundas vegas, porque Valencia lo produce todo: minas de oro, de plata, de hierro, mármoles, yerbas medicinales, alabastros, preciosas flores en todos tiempos, miel, azúcar, aceite, vino, trigo, mijo, panizo, arroz, saludables fuentes medicinales, islas, puentes, espaciosos estanques en donde abundan las aves acuáticas de pintados colores, de suaves plumas. Justo es por lo tanto que se permita á fray Diago un arranque tal vez de exagerado patriotismo al afirmar bajo la honrada fe de su palabra que el hermoso reino de Valencia lo posee todo y nada tiene de extraño que sus hijos exclamemos con orgullo, dejando asomar á nuestros labios una sonrisa de satisfacción: *Valencia es la millor terreta del mon.*

En cuanto á la importancia que han tenido sus hijos en la historia del progreso humano, sólo diremos que Valencia cuenta nueve santos, tres santas, dos Papas, setenta y cuatro cardenales, arzobispos y obispos, diez y nueve militares ilustres, cincuenta escritores que adquirieron renombre en la república de las letras, y no pocos pintores que brillaron en todos tiempos para honra y prez de su patria.

Quede sentado que Valencia, al menos para los valencianos, es la mejor tierra del mundo; y sin que esta apreciación se tome por un rasgo de inmodestia, diremos que, bajo el risueño y hermoso cielo de Edeta, Dios ha querido que procree todo, hasta las plantas exóticas que allí conducen los agricultores de lejanos climas.

Los campos de Valencia están benditos por la Providencia; su ambiente perfumado, su clima suave, los abundantes ríos que la circundan, sus tierras siempre cubiertas de verdor y lozanía, hicieron exclamar con inefable gozo á los descendientes de Mahoma, cuando pisaron victoriosos nuestras riberas: *Este es el valle de la ilusión, el profeta lo ha creado para nosotros: establezcámonos aquí.*

Valencia es un jardín inmenso que da flores en todas las épocas del año; su benéfico clima, el purísimo azul de su cielo, la fragancia de sus naranjos y limoneros, sus campos de claveles, sus verdes arrozales que parecen esmeraldas sembradas sobre bruñida plata, la convierten en un oásis encantador, en una primavera perpetua que convida á la pereza, al amor. Los árabes fueron los que más profundamente imprimieron sus huellas en el fértil suelo edetano. La sangre mora corre aún en abundancia por las venas de los valencianos; sus costumbres no se han extinguido del todo, á pesar de los años; el traje de los moradores del campo conserva todavía muchas prendas de la raza agarena.

La mujer valenciana ama las perlas y las flores, rinde culto á la hospitalidad, es sultana en su casa, y tiene sus gavelas y sus aprovechamientos, en los que no interviene para nada su marido.

El hombre necesita un caballo y una escopeta, es decir, los dos rayos, el uno que vuela, y el otro que mata.

La mujer necesita perlas con que adornar su hermosa garganta, y flores para rendirlas en tributo á la santa imagen de la Virgen, á quien encomienda su alma, y le pide de rodillas protección en los momentos más aflictivos de su vida.

La valenciana tiene la alegría del cielo que la vió nacer en sus ojos, la limpieza del horizonte en su frente, la frescura de sus campos en sus mejillas, las vivas tintas de la flor del granado en sus labios, y el perfume de sus flores en su aliento.

Raza hermosa, tiene fama en el mundo; su tipo es característico, deslumbra, conmueve el corazón por el amor y por el deseo.

La naturaleza parece que se ha complacido en formar á la valenciana, escogiendo para dotarla las líneas más hermosas, más perfectas, más seductoras de todas las razas que han cruzado su fértil suelo, plantando en él sus tiendas, seducidas por la pureza de su ambiente, la fecundidad de sus campos, el perfume de sus flores y la límpida brillantez de su cielo.

En la mujer valenciana se encuentra la severa y salvaje altivez de las primitivas lusitanas, la pureza de los contornos de las hijas de la loba, el óvalo perfecto y la delicadeza de las líneas de las descendientes de Agar.

La raza mora, como hemos dicho, es la que más profundamente dejó sus huellas en el suelo valenciano; la sangre africana hierve aún en las venas de las modernas hijas del

Cid; las costumbres de los adoradores del profeta se conservan en su mayor parte, á pesar del soplo devastador de los siglos.

La mujer valenciana es el alma de la casa, la alegría del hogar, la flor que lo perfuma todo, la benéfica luz que difunde la felicidad doméstica; la sultana, en fin.

Altiva con el que desprecia, sumisa y obediente con el que adora, el amor es para ella una necesidad, una segunda naturaleza.

Su esposo la consulta en todo, le pide parecer y la escucha; no cambia su caballo sin que ella le dé su consentimiento; no vende su cosecha sin que ella dé el visto bueno; no se compra un traje sin que ella lo elija, se lo pruebe, lo mire por todas partes, y le diga: «éste».

Hormiguita de la casa, es limpia como la plata, cantadora como los ruiseñores, madrugadora como el gorrión y apasionada como la tórtola; blanquea las paredes de su barraca todos los meses, tiene orgullo en que su marido vaya limpio como una paloma y lleve á la cabeza los pañuelos de seda más bonitos, más vistosos, más alegres; no se olvida nunca de colgarle al cuello un escapulario bendito con la imagen de una Virgen estampada en negro y bordada en derredor de lentejuelas de oro y plata.

Cristiana sin hipocresía, cumple con la Iglesia y tiene en su casa en una urna á la Virgen de los Desamparados ó al Cristo de San Salvador, á quienes nunca falta un par de ramos para perfumarles y una lámpara para alumbrarles de continuo.

A ellos, es decir, á sus santos favoritos, es á quienes con-

fía todas sus penas, todas sus amarguras; de ellos lo espera todo: las buenas cosechas, la salud de sus hijos y el amor de su marido.

Cree en Dios y en su infinita misericordia, y en sus horas de dolor fija con dulce arrobamiento sus ojos en el cielo, y ora con verdadera fe, persuadida de que el Sumo Hacedor verá sus lágrimas, mandándole un rayo de su infinita gracia, que aminora sus amarguras.

Como hemos dicho antes, la mujer valenciana tiene sus gavelas, es decir, cría gusanos de seda, lo que le cuesta infinitos desvelos; cultiva flores, es propietaria en absoluto de dos ó tres higueras y un azufaifo, cuyo fruto le pertenece; tiene además sus gallinas en el corral y sus patos y gansos en las orillas de las acequias que cruzan inmediatas á su barraca.

La seda, las flores, las aves y los higos son para la mujer valenciana un feudo que ella misma se cobra, especie de pensión, á la que entre la gente de alto coturno se le da el nombre de *gastos de tocador;* pero este feudo, por otra parte, es muy suave para el hombre, pues no se ocupa de él, y con el cual la mujer aumenta el mobiliario, la ropa blanca y las perlas de su collar, que ella lleva siempre como el mayor adorno de su garganta y con gran orgullo y satisfacción de su marido.

Cuando la mujer valenciana tiene algún dinero ahorrado, pide permiso á su marido para ir á la capital, se viste con la ropa de los días de fiesta: la falda de indiana de grandes flores, su pañuelo de crespón amarillo ó encarnado, su peineta con vivos de oro, su aguja con esmeraldas, sus gran-

des arracadas, su collar de perlas, su cesta al brazo tejida de blancos y finos mimbres, su pañuelo de seda para la cabeza, pero caído sobre la espalda como la capucha de los alquiceles árabes, su delantal de brillantes colores; en fin, hecha una preciosidad pintoresca, con la mano derecha apoyada en la cadera, la frente alta y la sonrisa burlona y provocativa en los labios, penetra en Valencia, desdeñando las codiciosas miradas de los que tienen la fortuna de encontrarla á su paso.

Su primera visita es á la Virgen de los Desamparados, oye misa, deposita en al altar su ofrenda ó su ramo de flores, y se dirige á las platerías, en donde tiene su casa conocida, su joyero de confianza.

Las labradoras son buenas parroquianas.

Ellas enriquecen á los tratantes en perlas, y sabido es que Valencia hace más consumo de perlas que todo el resto de España.

El comerciante en perlas saca su caja sonriéndose, y la labradora, apoyando el codo en el mostrador y la barba en la palma de la mano, se queda contemplando con verdadero éxtasis aquellos cajoncitos llenos de esas lágrimas preciosas del fondo de los mares.

La labradora no aparta los ojos de las perlas; su opaco brillo tiene para ella algo deslumbrador, como los rayos del sol.

¡Qué ¡felicidad ser dueña de todas aquellas perlas, formar un collar de doce vueltas con las más gordas, adornar sus arracadas con las medianas, cubrir el tope de sus agujas con las más pequeñas!...

Pero aquello vale una fortuna, y ella no puede disponer más que de algunos duros, pobres economías, producto de afanes domésticos durante un año.

Después de un regateo minucioso y un tiroteo de palabras pintoresco, sale la labradora de casa del joyero con una perla más en su collar, y satisfecha como Esther después de salvar al pueblo de Israel.

Así pasa la vida la labradora valenciana; así viene la muerte.

Cuando se casan reciben en dote un collar de una vuelta; cuando mueren, muchos collares tienen cuatro, es decir, se ha cuadruplicado el valor. Esto en tesis general, porque á veces reciben al casarse un collar de seis vueltas, y suelen morirse sin collar.

El amor y los celos son las dos pasiones más terribles de la valenciana. Ama con toda su alma, aborrece con todo su corazón.

Ama, porque para ella el amor es una necesidad, una segunda naturaleza.

Durante ese hermoso período de la juventud, cuando el alma y la vida están empeñadas en la agradable representación del poético poema de amar y ser amada, la música le deleita y las flores la embriagan, y como el galán valenciano es músico por naturaleza, los suaves acordes de la guitarra y de la bandurria interrumpen más de una vez el religioso silencio de la noche.

Música, cantares, melodiosas serenatas acompañadas de un ritmo primitivo, melancólico, mezcla extraña que resuena dulcemente en el alma de la mujer que le oye; amor de

raza árabe inspirado por aquellas noches templadas de eterna primavera que no se olvidan nunca cuando se ha disfrutado de ellas.

¡Ah! ¡Las noches de Valencia, cómo olvidarlas si son tan hermosas!...

Su ambiente es tan tibio, tan perfumado; su cielo tan sereno, tan azul; su luna tan clara, que no se concibe vivir sin amor, sin una mujer á quien hacer para siempre depositaria de las impresiones del alma, de los arranques apasionados del corazón, porque el paraíso no se concibe sin una Eva.

Cuando la noche llega; cuando se extingue en el espacio el último eco del toque de oraciones; cuando se cierran todas las puertas de las casas, porque ha sonado la hora del descanso; cuando el ángel del silencio tiende sus invisibles alas sobre las modestas viviendas de los hijos del campo, la gente moza se envuelve en sus mantas como el moro en su alquicel, coge su arma de fuego y su guitarra, y se va á rondar las silenciosas y desiertas calles. Porque la noche es la poesía del amor; ella con sus sombras misteriosas presta á los labios de la pudorosa enamorada palabras llenas de ternura y de inspiración, que no se atrevería á pronunciar ante la luz del sol.

¡Ah! Yo podría aún decir mucho de mi querida Valencia, de ese hermoso paraíso en donde vi por primera vez la luz del cielo; pero oigo el silbido de la potente locomotora que acaba de entrar en agujas, y veo á los viajeros que llegan de Madrid en el tren-correo asomados á las ventanillas de los coches.

El estruendo que produce la llegada de un tren me despierta del hermoso sueño, y me recuerda que mis lectores me reclaman con justo derecho para ello que continúe la interrumpida narración; pero para complacerles creo muy conveniente hacer capítulo aparte.

CAPITULO II.

La llegada del padrino.

En el andén, esperando á los viajeros de Madrid, se hallaba un anciano con los cabellos blancos, el rostro tostado por el sol y el aire de los mares y una pierna de palo. Un joven de veintiocho años, cuyo traje y aspecto demostraban claramente que pertenecía á la marina mercante, se hallaba al lado del anciano.

Nuestros lectores habrán reconocido sin duda en estos dos personajes al capitán Tordera y á su nieto Melchor.

Alejandro, que desde la ventanilla de su coche les había visto, hizo un saludo con la mano, y los honrados marinos se quitaron los sombreros con respeto, porque para ellos Alejandro era la Providencia.

Cuando paró el tren, Alejandro, con la ligereza de la juventud, saltó al andén y abrazó con cariño filial al viejo marino á quien debía la vida.

Desde los brazos del abuelo pasó á los del nieto, diciendo con alegre entonación:

—Ya ven ustedes que vengo á cumplir mi palabra. ¿Pero dónde está la novia y la madre del novio?

—Están en el Grao esperando á nuestro bienhechor, y muy deseosas de mostrarle la profunda gratitud de sus almas,—contestó el joven marino.

—¡Oh, diantre! —añadió Alejandro.—También yo debo gratitud y la debió mi pobre madre á este lobo marino que tiene un corazón de oro.

Y Alejandro colocó familiarmente una mano sobre la espalda del viejo capitán Tordera.

Esta prueba de cariño y confianza enorgulleció al pobre inválido de los mares, y se adivinó el rubor á través de la bronceada piel de su rostro.

—¿Pero no viene el padre Marcelo?—preguntó el viejo Tordera.

—Aquí estoy, capitán, aquí estoy,—contestó el sacerdote asomando por la puerta del coche en compañía de Faustino, cargados los dos con una porción de objetos de mano que habían quedado á su cargo.

El padre Marcelo y el viejo Tordera se abrazaron como dos antiguos camaradas que se ven después de una larga ausencia.

—Mientras yo saco los equipajes,—añadió Melchor,—usted, padre, váyase al ómnibus con los señores.

Melchor había buscado un ómnibus nuevo, uno de esos carruajes alegres, vistosos; porque con dificultad habrá en el universo un pueblo que se divierta más que el valenciano y tenga mejor gusto para sus carruajes de campo, sus fiestas de calle y sus ferias.

Cuatro jacas andaluzas, recriadas en Valencia, de piel fina y lustrosa como el raso, se hallaban uncidas al ómnibus, demostrando su impaciencia.

El día era espléndido, un día valenciano, sin una nube en el cielo, sol radiante, ambiente tibio y perfumado; es verdad que había comenzado el mes de Abril, y las golondrinas revoloteaban sobre Valencia ansiosas de presidir el certamen de las flores.

En Madrid, de algún tiempo á esta parte, la primavera es un soplo, el verano un nombre impropio, el otoño un recuerdo, y el invierno una perpetuidad malhumorada y desapacible que llena los cementerios de cadáveres.

En Valencia, la primavera es una verdad invariable, que se manifiesta en todas partes: en el cielo, en la tierra, en el ambiente que se respira y en los horizontes que abarcan las miradas.

Cuando Melchor se reunió con su abuelo y los tres madrileños en el ómnibus; cuando los mozos de la estación colocaron en la vaca los equipajes, el carruaje emprendió el camino del Pueblo Nuevo del Grao, tomando por la ronda de Ruzafa.

Alejandro no había estado nunca en Valencia, y se quedó encantado viendo aquellas hermosas huertas que se extienden á derecha é izquierda del camino, y aquellas *barracas* blancas como palomas, destacándose en medio de campos de flores y de esmeraldas.

No es posible mirar con indiferencia por la primera vez el camino del *Grao*. Aquellas cuatro hileras de seculares árboles, cuyas enormes copas se juntan, formando un toldo de

verdes y movibles hojas; aquellas huertas-jardines cuidados con tanto esmero como las viñas de las orillas del Rhin, esparcen el ánimo y recrean la vista, y mucho más si se comparan con las áridas inmediaciones de Madrid.

En el interior del ómnibus reinaba una franca alegría, esa alegría que se apodera de los corazones que ven ante los ojos del alma un horizonte de felicidad y bienandanza; porque Melchor, el nieto del capitán Tordera, iba á casarse aquel mismo día con la mujer que amaba, y Alejandro, con el pensamiento fijo en Nápoles, pensaba en Gabriela.

Llegaron por fin, y echaron pié á tierra del ómnibus delante de una de sus limpias casas del Pueblo Nuevo del Mar.

La madre de Melchor y la novia se hallaban sentadas en un sofá, rodeadas de sus parientes y amigos.

Al ver á Alejandro, todas las mujeres se arrodillaron para recibirle como á su Providencia.

Alejandro se apresuró á levantarlas, abrazó á Juana, la hija del viejo marino y dió la mano á todos, diciendo:

—Todo cuanto soy y tengo se lo debo al honrado marino Melchor Tordera. Si él cuando yo era niño no nos hubiera protegido á mi madre y á mí, á estas horas nuestros restos descansarían en el fondo del mar. Melchor nos salvó la vida, Melchor vino á buscarnos á las costas de Guinea, y fué tan bueno para nosotros, que yo soy el que debe mostrarse agradecido y no ustedes. Voy á ser padrino de boda del nieto de Melchor, con más gusto, con más satisfacción que lo sería del nieto de un rey.

Aquella declaración franca y cariñosa produjo gran efecto entre todos los que la escucharon.

Alejandro se captó las simpatías de cuantos le rodeaban, y estas simpatías crecieron de punto cuando el padre Marcelo comenzó á repartir los regalos que traían de Madrid.

Desde la sala pasaron al comedor, en donde les esperaba una *paella* valenciana, unos salmonetes á la marinera, dos capones asados, dos enormes fuentes de focas y un tarro de limoncillos verdes en conserva, hecho por los monjes de Murviedro.

El vino era de Turis y de Alicante.

Alrededor de aquella mesa se veían una docena de personas felices y satisfechas de su suerte.

Después de la comida se sirvió el café, y el padre Marcelo, sacando de una maleta dos cajas de tabacos habanos, los repartió con profusión, diciendo:

—Es preciso que todo el mundo fume los cigarros de boda de Melchor Tordera.

El comedor tenía un gran balcón que daba al mar, y desde el que se veía todo el muelle y el contramuelle.

—Señor don Alejandro,—dijo el viejo Tordera, cogiéndole del brazo y sacándole al balcón,—creo que ya ha llegado la hora de que hablemos un poco del hermoso bergantín que lleva en la popa el nombre de la santa madre de usted.

—¡Ah! Es verdad. ¡Pobre madre mía! ¡Cuánto hubiera gozado presenciando vuestra felicidad! Iremos á ver el bergantín.

—Desde aquí lo estoy viendo yo, y hasta me parece que él me mira y se sonríe,—añadió el viejo marino.—Bien es verdad que yo le veo hasta cuando tengo los ojos cerrados.

—¿Dónde está?—preguntó Alejandro.

—A mano izquierda. Aquel que se destaca entre todos; blanco como una paloma desde flor de agua hasta los topes. No hay más que verle para apostar por sus buenas condiciones marineras. Solo un pobre bergantín, *El Ciervo,* cuyo esqueleto descansa en el fondo del golfo de Guinea, hubiera podido navegar en sus aguas sin quedarse atrás.

Melchor presentó un anteojo de mar á Alejandro, y éste estuvo contemplando el buque durante algunos minutos.

—Le haremos una visita esta tarde,—dijo Robledano, alargándole el anteojo á Faustino, que gozándose en la alegría general, apenas había pronunciado tres palabras.

—¡Hermoso buque!—dijo el ex-tenor.—El color blanco le da cierta elegancia que seduce. Dios le preserve de borrascas y ciclones.

Aquella misma tarde Alejandro, Faustino, Melchor, su nieto y cuatro ó cinco marinos viejos y amigos del capitán Tordera, visitaron el bergantín *Cora,* y todo el mundo declaró que era una preciosidad marítima.

En la popa había un camarote de respeto de honor, que estaba reservado por si Alejandro quería hacer algún viaje.

Allí no se había olvidado ninguna de esas comodidades que pueden reunirse en el pequeño espacio de un camarote.

Enfrente de la puerta de entrada se veía un cuadro al óleo que representaba las costas de Guinea, y cerca de la orilla un grupo de cinco náufragos.

Entre éstos se veía una mujer joven y hermosa que llevaba en brazos á un niño de cuatro años de edad.

Los otros tres personajes eran un grumete y dos marineros viejos.

—¡Oh! ¡Esa es mi madre!—exclamó Alejandro.—¡Ese soy yo! ¿No es verdad, Tordera?

—Sí señor; he querido conservar un recuerdo de aquel día aciago. Busqué un buen pintor en Valencia, y busqué luego durante muchos días á una mujer que se le pareciera á la pobre Cora. Conseguido esto, dí tantas explicaciones y tantos detalles al pintor, que no he quedado descontento de su trabajo.

—El retrato de usted está admirablemente hecho,—añadió Alejandro.

—¡Ah! ¡Diantre! Es que á mí me tenía delante; pero á los demás los pintó por lo que yo le iba diciendo, y eso es muy difícil.

Sobre cubierta, y bajo una elegante toldilla de rizado lienzo azul y blanco, se puso una mesa y dos botellas de verdadero ron verde de Jamaica, y allí Alejandro le suplicó al viejo capitán que refiriera la historia del viaje del bergantín *El Ciervo* á las costas de Guinea.

Durante una hora el capitán Tordera estuvo en el uso de la palabra, y más de una vez se humedecieron sus ojos y los de Alejandro.

Después de esto volvieron á tierra.

Aquella noche le dieron una serenata á Alejandro, porque todos en el Pueblo Nuevo del Grao sabían con más ó menos detalles la historia del viejo marino Melchor Tordera, y por consiguiente, no ignoraban que aquel hermoso bergantín llamado *Cora* era una prueba de la gratitud de aquel niño y aquella madre que salvó milagrosamente en el golfo de Guinea.

A la mañana siguiente, á las seis, los novios, los parientes, los amigos y los padrinos se dirigieron á la iglesia á pié, pues estaba inmediata á la casa, y además el viejo Tordera quería que todo el mundo se enterara de la felicidad de su familia.

La novia vestía un traje de gro negro, cerrado hasta el cuello, y un rico collar de perlas rodeado á la garganta.

Este collar era el regalo del padrino.

La corona de azahar y el velo eran blancos, formando un contraste encantador aquel traje negro, aquella carita de serafín, sonrosada por el rubor, y aquella corona blanca como la nieve.

El novio vestía el traje usual de los capitanes mercantes; es decir, traje negro, pero de americana y sombrero hongo.

La verdad es que formaban una encantadora pareja llena de vida, de juventud, de robusted. El viejo Tordera no se cansaba de mirar á su nieto y á la que iba á ser su nieta, pensando sin duda en los biznietos que le darían como resultado probable de aquella unión.

Desde la iglesia regresaron á la casa del novio á tomar chocolate.

Los dulces y los licores estaban en tal abundancia, que todo el mundo comió y bebió lo que quiso. Aquello tenía algo de las bodas de Camacho, tan magistralmente descritas por Cervantes.

Todos decían:

—De estos padrinos entran pocos en libra. No ha sido poca suerte la de Melchor al tropezar con un caballero tan generoso como don Alejandro. Bien es verdad que, según

dicen, tiene *cien millones de duros.* Ya puede gastar sin miedo á arruinarse.

Alejandro dispuso que un fondista de Valencia se encargara de la comida de boda, y que se sirviera á bordo del bergantín *Cora;* y como nadie gana á los valencianos para adornar una calle y disponer una fiesta en pocas horas, el alcázar de popa del bergantín se convirtió en un jardín caprichoso lleno de flores, de fragancia y de verdura.

A los tripulantes de *Cora* se les dió una mensualidad de su sueldo y una comida extraordinaria, con permiso de emborracharse el que tuviera gusto en ello, pero con la condición que había de ser con buen vino.

Toda la tripulación del bergantín prorrumpió en entusiastas hurras y aclamaciones á su capitán y á don Alejandro de Robledano.

Nunca mejor pudo decirse que se tiraba la casa por la ventana.

Hasta para los chicos, que en confuso tropel se acercaban á vitorear á los novios, hubo cuartos y dulces con bastante abundancia.

En fin, en el Grao quedó memoria de la boda de Melchor Tordera, y por espacio de quince días no se habló de otra cosa.

Habían puesto las camas de Alejandro y de Faustino en una misma alcoba, que era muy grande, y aquella noche, al retirarse á descansar los dos amigos, tuvieron el siguiente diálogo:

—No recuerdo en mi vida haber pasado un día más feliz,—dijo el ex-tenor.—Dichoso usted, amigo Alejandro,

que puede derramar el bien á manos llenas y recoger las bendiciones de la gratitud y del cariño.

—Sí, efectivamente ha sido un día feliz,—contestó Robledano.—Estoy seguro que mi santa madre desde el cielo me bendice por el bien que he hecho á esta honrada familia. ¡Ah! ¡Lástima grande ha sido no poderla colocar un trono á Gabriela en la cubierta del bergantín *Cora* para que presenciase desde él la fiesta!

Y Alejandro, cambiando de entonación, añadió:

—Pero todo lo que uno desea no se puede realizar, aunque se posean los millones de Rothschild, y es preciso resignarse. Así, pues, mañana á Nápoles.

—¿Tan pronto piensa usted dejar á esta honrada familia?

—Ya son felices; justo es que yo lo sea también, y usted sabe que mi felicidad se halla en las orillas de ese golfo que ilumina el Vesubio con sus erupciones.

—¿De modo que partiremos en el primer vapor que salga de este puerto para Italia?—preguntó Faustino.

—Sin perder ni una sola hora.

—¿Sabe usted, amigo Alejandro, que no me disgustaría hacer un viaje á bordo del bergantín *Cora?*

—El bergantín *Cora* nos conducirá á las costas de Guinea para que yo pueda demostrar mi agradecimiento á los buenos amigos que allí dejé; pero no ahora, más adelante, porque ahora me espera en otra parte la felicidad.

—Sí, en el golfo de Nápoles, tal vez en la isla de Caprea.

Poco después los dos amigos dormían profundamente.

CAPITULO III.

La azotea.

El maestro Ferrán, Gabriela y su abuelito don Agustín, después de permanecer en una fonda de Nápoles algunos días, encontraron un hotelito en la isla de Caprea, poética residencia en donde se establecieron, dispuestos á pasar tres ó cuatro meses.

Gabriela salió de España muy triste, muy abatida; en vano el maestro Ferrán y el abuelito procuraban alegrar su espíritu. El sacrificio que había hecho era superior á sus fuerzas, porque no se concibe que una mujer que ama con toda su alma por la primera vez, ceda á una rival el hombre cuyo amor se halla grabado en el corazón.

Por un rasgo de inverosímil generosidad, Gabriela, sin meditarlo, y dejándose llevar por los impulsos de su alma, había cedido la felicidad de toda su vida, y estaba resuelta á sacrificarse por su hermana.

En París, en el hotel del Louvre, recibió las dos primeras

cartas de Alejandro y de Faustino. Aquellas cartas, que eran una protesta de su abnegación, le causaron al mismo tiempo un dolor y un placer; placer, porque Alejandro la amaba á ella sola; dolor, por su pobre y desconsolada hermana.

Sin embargo, aquellas cartas la reanimaron un poco, si bien algunas veces se tachaba ella misma de egoista.

El día que resolvieron abandonar á París y trasladarse á Italia, recibió Gabriela otra carta de la baronesa de Morgal; carta escrita con esa ternura, con ese sentimiento que sólo sabe expresar una mujer que ama sin esperanza.

«Serían inútiles—le decía—todos cuantos sacrificios hicieras por mí. Alejandro no me ama, no me ha amado nunca. Tú aún puedes ser feliz, pues estoy segura que tan pronto como Alejandro se halle restablecido, correrá en tu busca y se arrojará á tus piés para pedirte perdón por todas las lágrimas que has derramado por él.

»Sí, sí, ámale, querida hermana, ámale como se merece. ¿De qué me sirve á mí que tú te sacrifiques, que tú mueras si es preciso consumida por la tristeza, si él no me amará nunca?

»Profunda es la gratitud que para tí guarda mi corazón. Estoy resuelta á retraerme del mundo. Tal vez no me encuentres nunca ante tu paso. Tal vez no me veas jamás.

»Viviré de hoy en adelante bajo el amparo y protección de un hombre que me ha servido de padre desde que quedé huérfana.

»Ruega á Dios por mí, y ama siempre á tu pobre y desgraciada hermana,—*Isabel.*»

Esta carta arrancó muchas lágrimas á Gabriela; pero al

mismo tiempo le quitaba un gran peso del corazón, porque la libraba del compromiso que había contraído con ella, y el que no estaba muy segura de cumplir si se presentaba de improviso Alejandro diciéndole: «Te amo más que nunca.»

De manera que Gabriela salió de París algo más alegre y expansiva que había entrado.

En el hotel de la isla de Caprea, situado á corta distancia de Nápoles, pasaba Gabriela una hora por la mañana y otra á la caída de la tarde sentada en la azotea y contemplando aquel hermoso panorama que se extendía ante sus ojos.

La esperanza había renacido en su sensible corazón, y todas las noches al retirarse á descansar, después de elevarle la oración á la Virgen, cerraba los ojos al sueño, murmurando en voz baja estas palabras:

—¿Vendrá mañana?

¡Oh! ¡Qué hermosa es la esperanza cuando se alberga en un pecho lleno de juventud! ¡Qué hermosa es la esperanza en ese encantador período de la primavera de la vida! Hasta los sueños tienen una realidad encantadora que se transmite al espíritu y lo embellece todo.

Gabriela se hallaba una tarde en la azotea; de pié, junto á su mecedora de mimbre, estaba el maestro Ferrán con unos gemelos reconociendo la poética costa del golfo, y deteniéndose de vez en cuándo en la contemplación de las casas de campo que bordeaban las orillas.

Ninguno de los dos hablaba, como si temieran que el ruido de la voz perturbara sus pensamientos.

Así transcurrió un cuarto de hora, hasta que al fin Ferrán dijo:

—La verdad es, hija mía, que desde esta azotea se disfruta un punto de vista admirable, y lo más asombroso que atrae y absorbe la imaginación, es la variedad constante de este panorama. Cada día las aguas del golfo tienen distinto aspecto: un monte siempre es igual, el mar siempre variado; le basta una nube que cruce el cielo para que cambie de color, un poco de aire para que cambie de aspecto, el mayor ó menor número de lanchas y embarcaciones que crucen el golfo para que se presente bajo una faz distinta. No se cansa uno de admirar esto.

Y como Gabriela continuaba callada, Ferrán, cambiando de entonación, añadió:

—¿No te parece que vamos á pasar aquí un delicioso verano?

—¡Oh! ¡Quién lo duda! Esto es una antesala del paraíso,—contestó Gabriela.

—¿Estás contenta?

—¡Cómo no estarlo viviendo en este edén rodeada de personas que tanto me quieren y me miman?

Ferrán se sonrió, y fijando su mirada en Gabriela, añadió:

—Háblame con franqueza: ¿no te falta aquí nada? ¿No deseas nada?

—Dicen que el deseo es insaciable en la criatura, querido maestro,—contestó Gabriela sonriéndose;—y como nunca he sido hipócrita, diré que tal vez yo deseo algo que no viene, pero que espero resignada, porque el corazón me dice que vendrá.

—Y cuando venga, la felicidad será completa, porque siendo tú feliz aquí lo seremos todos.

Gabriela cogió una de las manos del maestro Ferrán, y se la besó.

—¿Qué haces?

—Besar la mano de mi padre, del hombre mejor del mundo. ¡Ah! No es posible que exista una hija sobre la tierra que le deba al autor de sus días tanto como yo le debo al maestro Ferrán. Cuando vuelvo los ojos al pasado y contemplo mi presente, creo que mi corazón y mi alma son poco para demostrar mi gratitud.

—El agradecimiento, hija mía, es la recompensa más meritoria de los favores que se hacen: no niego que he hecho mucho por tí, he procurado no solamente alimentar tu cuerpo, sino educar tu inteligencia y tu alma; ¿pero crees tú que yo no he recibido también grandes beneficios que me han recompensado con creces de todo lo que he hecho por tí? Pues sí, hija mía, yo estoy orgulloso de mi obra, como lo está el escultor que de un pedazo de mármol hace una estatua que le inmortaliza. Cuando el público te aplaude, mi alma se regocija y se refresca como si me aplaudiera á mí; y esto es algo, tratándose de un pobre músico que se ha pasado tantos años pensando en la gloria.

—Bien, bien; usted empequeñecerá todo cuanto quiera los beneficios, pero mi deber es agradecerlos.

—No me opongo á ello; pero permíteme que yo también me muestre agradecido como el labrador que siembra en buena tierra y coge una cosecha abundante.

Y Ferrán, mirando con ternura á Gabriela, añadió:

—Además, mi obra no ha terminado; me falta lo más importante... tal vez lo más difícil.

—¡Ah! ¿Piensa usted hacer por mí más de lo que ha hecho?

—¡Quién lo duda! Pienso hacer tu felicidad... Pero para conseguir ese deseo, necesito un colaborador, que se llama Alejandro de Robledano.

Gabriela se estremeció, y sonriéndose con triste expresión, dijo:

—¡Vendrá!... ¿Vendrá Alejandro?...

—Ese grito temeroso que se escapa de tu alma demuestra que dudas; pues bien, yo para traquilizarte voy á decirte que Alejandro ha llegado á Nápoles acompañado de nuestro leal amigo Faustino, el cual me ha escrito dos letras anunciándome la visita que nos harán esta tarde.

—¡Ah, querido maestro!—exclamó Gabriela, llenándosele los ojos de lágrimas.—¡Qué crueldad!

—¿Por qué, hija mía?

—Guardar tanto tiempo la noticia de Faustino sin decirme nada.

—Como pensaba decirte, ¿ves aquella lancha que lleva en la popa una bandera española?... Pues allí viene Alejandro, tu prometido esposo.

Y el maestro Ferrán, sacando un pañuelo del bolsillo, comenzó á agitarlo en el aire como si saludara á los tripulantes de una lancha que se acercaba rápidamente hacia la isla.

Gabriela cogió el anteojo, dirigiéndole hacia la ligera embarcación, y lanzando un grito, exclamó:

—¡Es Alejandro! ¡Ah, Dios mío!... ¿Podré aún ser feliz?

—Lo serás, hija mía, porque Alejandro ha demostrado que te ama con toda su alma, y que es digno de que tú le ames.

Gabriela mientras tanto, apoyada en la barandilla de la

azotea, veía con indecible gozo cómo se acercaba la lancha de la bandera española hacia un desembarcadero que se hallaba junto á su hotel.

También Alejandro y Faustino habían visto al maestro Ferrán y á Gabriela, y saludaban con sus sombreros.

—Voy á recibirles,—dijo Ferrán;—y como debemos tratarles como amigos de confianza, les recibiremos aquí en la azotea, contemplando este espléndido panorama iluminado por la luz de la tarde.

Ferrán desapareció por la puerta de la escalera, y Gabriela, sin dejar de mirar á la lancha, y mientras saludaba con la mano derecha con su pañuelo, se apretaba con la izquierda el corazón para contener sus latidos.

—¡Ah! Me parece imposible—se dijo—que pueda albergarse dentro del corazón tanta felicidad!...

Cuando la lancha atracó en el pequeño fondeadero, Ferrán recibió con los brazos abiertos á Alejandro y á Faustino.

Gabriela les contemplaba embriagada de alegría.

Dominando los impulsos de su alma, cuando los vió entrar en el hotel se sentó en una mecedora y fijó los ojos en la puerta que daba paso á la azotea, y por donde debía aparecer Alejandro.

Gabriela estaba pálida, trémula, pero en sus hermosos ojos brillaba la felicidad.

Alejandro fué el primero que asomó por la azotea; Gabriela, al verle, le tendió una mano, y le dijo, sonriéndose y con acento entrecortado:

—Bien venido...

Alejandro cayó de rodillas á los piés de Gabriela, le cogió

aquella mano que le tendía, se la besó respetuosamente, y dijo:

—Vengo á que me perdones y á cumplirte la palabra.

Gabriela miró hacia la puerta; no vió allí ni á Ferrán ni á Faustino; se hallaba sola con Alejandro; era un rasgo de delicadeza que les agradeció con toda el alma, porque en aquel momento los testigos sobraban.

Entonces Gabriela puso una mano sobre la frente de Alejandro, le contempló un momento, y le dijo:

—Jamás te he creído culpable... vienes á cumplirme tu palabra... pues bien, aquí me tienes dispuesta á cumplirte la mía... Yo pensé que sacrificándome podría hacer la felicidad de mi hermana y la tuya... Dios ha dispuesto otra cosa y te envía á mi lado... ¡Bendigamos á Dios!

Después de esta presentación, aquellas dos almas enamoradas permanecieron largo rato contemplándose. Dulce éxtasis del amor en que los labios sonríen y los ojos se lo dicen todo, en que sobra la palabra para expresar lo que se siente.

Mientras tanto, el sol, inclinándose hacia el ocaso, llenaba de rojos reflejos el horizonte de ese hermoso cielo de Nápoles, sin igual en el mundo.

La brisa vespertina, llevada hasta la azotea, los cantares de los pescadores napolitanos que regresaban á la costa, y á lo lejos la ardiente llama del Vesubio comenzaba á cubrir de un rojo subido las transparentes aguas del golfo.

CAPITULO IV.

¡Hosanna!

La llegada de Alejandro se recibió con gran regocijo en el hotel de la isla de Caprea, porque Alejandro constituía la felicidad de Gabriela, y en aquella casa, siendo Gabriela feliz lo era todo el mundo.

Robledano y Faustino se hospedaron en una fonda de Nápoles, situada en la hermosa calle de Toledo.

Mientras un agente se encargó de arreglar todos los papeles para el casamiento de los dos enamorados, se dispusieron varias expediciones, con el objeto de entretener el tiempo lo más agradablemente posible.

Los expedicionarios eran cuatro: Gabriela, Alejandro, Ferrán y Faustino.

El pobre don Agustín no tenía ni edad ni salud para hacer esa vida agitada del viajero que desea verlo todo; así es, que con la dulzura de su carácter, se quedaba en el hotelito de la isla resignado y contento.

Desde el día siguiente de la llegada de Alejandro, en el hermoso semblante de Gabriela aparecieron los colores de la salud y la alegría.

Comenzaron las excursiones por mar y tierra. Visitaron el sepulcro de Virgilio, Herculano, Pompeya. Gabriela, siempre apoyada en el brazo de su futuro, ni siquiera oía los relatos que Ferrán y Faustino hacían de los monumentos que visitaban.

¿Para qué necesitaban saber aquellos dos enamorados, aquellos dos seres felices, la historia de Pompeya ni de Herculano?... Para ellos no existía otra historia más interesante que la de su amor, que les presentaba un porvenir encantador.

Algunas veces el pobre don Agustín, viéndoles salir temprano y cuando le anunciaban que no volverían en todo el día, exclamaba:

—¡Pero, Dios mío! ¿Cuándo terminan vuestras excursiones? Yo no sé cómo tenéis piernas: todo el día corriendo de ceca en meca.

Pero en estos casos, Gabriela le daba un par de besos muy apretados á su abuelito, y el viejo músico se quedaba tan contento, porque nada refresca el alma de un abuelo como ver á su nieto alegre y feliz.

Durante esta temporada, el maestro Ferrán demostró la bondad y la grandeza de su corazón, y solía decir, riéndose:

—Hace dos horas que nos habéis suprimido á Faustino y á mí: os enseñamos las cosas y no las miráis; os leemos la historia pintoresca de un monumento, y no nos oís; y luego cuando en Madrid os pregunten si habéis estado en Nápoles,

diréis que sí, pero á buen seguro que ni Gabriela ni Alejandro podrán dar razón de esta hermosa perla del mar Tirréneo, porque no le habéis visto.

Los prometidos esposos se sonreían y continuaban hablando en voz baja; privilegio de los enamorados, para quienes en el mundo sólo existe su amor.

Así transcurrieron unos veinte días, cuando una tarde se presentó en el hotel de la isla de Caprea el agente encargado de arreglarlo todo.

Le recibió Ferrán.

—¿Tiene usted alguna buena noticia que darme?—le preguntó.

—Todos los documentos están corrientes y entregados en la parroquia y en el registro civil, y vengo á saber qué día eligen ustedes para el casamiento,—dijo el agente.

—Es una buena noticia para los prometidos esposos, y como arguye mal corazón retardar la felicidad de las personas que se aman, pasado mañana á las cinco de la mañana estaremos en San Genaro.

—Allí estaré yo esperando á ustedes,—repuso el agente.

Ferrán subió á la azotea, en donde se hallaba reunida la familia, y les participó tan deseada noticia

Aquella misma noche, cuando Alejandro y Faustino regresaron á Nápoles; cuando el pobre abuelito don Agustín, alegre porque veía alegre y feliz á su nieta, se retiró á su dormitorio, Ferrán le dijo á Gabriela:

—Hija mía, tenemos que hablar, y te suplico que me concedas algunos minutos de atención.

Gabriela miró á su maestro, y notando en su noble y fran-

ca fisonomía una sonrisa de profunda tristeza, contestó sobresaltada:

—¡Pero, Dios mío! ¿Tiene usted que darme alguna mala nueva?

—No, Gabriela, pero ha llegado la hora de que hablemos los dos de intereses, ya que Alejandro es tan generoso que me lo ha prohibido.

—¡De intereses! ¿Es posible hablar de intereses entre nosotros? Nuestros bienes son comunes.

—Lo han sido hasta ahora; pero de hoy en adelante va á empezar para tí una nueva vida. Pasado mañana serás la esposa de Alejandro de Robledano, y yo, como tutor tuyo, debo rendirle cuentas á tu marido.

—¡Cuentas!—exclamó Gabriela, mirando con asombro á su maestro.—Yo ignoraba que tuviera otra fortuna que el cariño de mi noble bienhechor.

—Tienes una fortuna modesta, que has ganado con tu gárganta privilegiada, y que asciende á la suma de noventa mil duros. Esa fortuna está en acciones del Banco de España, y te pertenece legítimamente.

Y Ferrán, sacando un pliego cerrado del bolsillo, se lo alargó á Gabriela, añadiendo:

—Este es el resguardo á tu nombre de las acciones depositadas en el Banco. Es decir, que llevas en dote noventa mil duros.

—¡Bah! ¿Para qué quiero yo eso? Alejandro es bastante rico para admitirme por esposa sin dote.

—No importa. Ese dinero es tuyo, y debes entregárselo á tu esposo.

—Pero si todo lo que soy se lo debo á usted, ¿á qué viene ahora el darme esa fortuna?

—Porque tú la has ganado, porque es justo que te la entregue, y porque quiero que lleves un dote cuando te cases.

—¿Es decir, yo tendré muchos millones y usted será pobre? Eso no está bien.

Ferrán dejó el pliego sobre la mesa, y se sentó junto á Gabriela, en cuyos ojos asomaban las lágrimas.

—Escucha, hija mía,—le dijo cogiéndole una mano,—para tí comenzará en breve una nueva vida; escrito está que por el esposo dejará la mujer á sus padres y sus hermanos. Durante la luna de miel, es decir, el período más encantador de la vida de la mujer, tú y tu marido viajaréis por Italia, por Suiza, por Alemania, por donde se os antoje, pues sois ricos, y podéis permitiros ese lujo.

—¡Viajaré con mi esposo! Pues qué, ¿no vendrá usted con nosotros?

—Imposible, hija mía,—contestó sonriéndose Ferrán.—Si yo os acompañara no sería otra cosa que una nube que empañaría vuestra hermosa luna de miel. Los recién casados deben viajar solos, porque para ellos el mundo se reduce á á esta palabra: amor; y yo, no sólo haría un triste papel á vuestro lado, sino que acabarías por aborrecerme, y yo, como voy siendo viejo, necesito que me améis mucho. Así es, que el mismo día que un sacerdote bendiga vuestra unión, emprenderéis el viaje de recién casados, siguiendo el itinerario que indudablemente os habréis trazado muchas veces en vuestras conversaciones secretas. Don Agustín, Faustino y yo permaneceremos un mes más en esta isla. Yo conclui-

ré, si puedo, mi ópera. Luego nos iremos los tres á España. Don Agustín, hasta tu regreso á Madrid, vivirá conmigo. Luego se trasladará á tu domicilio, porque ese pobre viejecillo necesita verte y recibir tus besos para vivir, como el aire que respira.

Las lágrimas corrían por el hermoso semblante de Gabriela. Ferrán lloraba también, porque el separarse de aquella hija adoptiva, ni aún en sueños se lo había imaginado nunca.

—¡Ah! Jamás creí—exclamó Gabriela—que el casarme con Alejandro había de hacerme derramar tan dolorosas lágrimas. Yo pensaba que nunca nos separaríamos.

—Es indispensable, hija mía; pero tranquilízate, esas lágrimas pasarán pronto, y yo te aseguro que no han de dejar en tu hermoso semblante ninguna huella dolorosa.

Y Ferrán, enjugándose los ojos y dándole á su acento una entonación alegre, añadió:

—Vamos, vamos, Gabriela, no hay motivo para entristecernos, puesto que dentro de algunas horas se realizarán todos nuestros deseos; y cuando os canséis de viajar, cuando los lagos de Suiza y las poéticas orillas del Rhin no tengan para vosotros encantos, y os acordéis de Madrid, en donde está vuestro nido, allí os esperaremos nosotros para recibiros con los brazos abiertos. Este es el mundo, esta es la vida, y no somos nosotros los elegidos para trastornar el orden de las cosas. Ahora dame un abrazo y á dormir, pues ya sabes que tu futuro acostumbra á visitarnos en cuanto el alba asoma, y no conviene hacer esperar al novio la víspera del casamiento.

Gabriela abrazó á su maestro, inclinando la frente para que se la besara, y diciendo al mismo tiempo:

—¿Qué he hecho yo, Dios mío, para ser amada de este modo y verme rodeada de tanta felicidad?

—Has sido buena, dócil, inteligente, agradecida y honrada... y Dios te recompensa á tí y nos recompensa á nosotros.

Aquella noche Gabriela tuvo tantas cosas en que pensar, que le costó mucho tiempo dormirse; pero á pesar de eso, llamó á su doncella un poco antes de amanecer; de modo que cuando el primer rayo de sol se extendió por las transparentes aguas del mar Tirréneo, Gabriela se hallaba en la azotea buscando con el anteojo de larga vista la lancha que desde Nápoles debía llevar á Caprea á su prometido esposo.

Vamos á terminar este capítulo, diciendo que todo lo que había dicho el maestro Ferrán se cumplió al pié de la letra; es decir, Alejandro y Gabriela se casaron, y el mismo día emprendieron el viaje de la luna de miel.

Hubo naturalmente muchas lágrimas y muchos abrazos en el momento do la separación; pero aquello era tan lógico, tan natural, que al quedarse solos Ferrán, don Agustín y Faustino, se confesaron mutuamente, y sin la menor violencia, que había sucedido no solamente lo que debía suceder, sino lo que todos deseaban que sucediese.

El que tardó más en convencerse fué el pobre don Agustín, que con ese egoismo peculiar de los viejos, se lamentaba de que su querida nieta Gabriela le hacía mucha falta para taparle y arreglarle la colcha de la cama al acostarse, y darle por las mañanas el chocolate y un ratito de conversación.

Pero como afortunadamente en este pícaro mundo todo tiene su recompensa, Faustino, para tranquilizar al pobre viejo, le decía:

—Deje usted que se diviertan, que alarguen todo cuanto puedan la luna de miel, que den vueltas por el mundo sin acordarse de que en el globo terráqueo existen otros habitantes que ellos, porque, después de todo, de ese viaje puede resultar que llegue usted á bisabuelo, y entonces le daremos á usted el título de Abraám de la ritmopea.

Este ofrecimiento tranquilizó al pobre abuelito.

LIBRO XVIII.

DOS AÑOS DESPUÉS.

CAPITULO PRIMERO.

Un viaje en derredor de algunos personajes.

Una novela sería interminable si su autor se propusiera contar todo lo que les sucede á los personajes que pone en juego desde que nacen hasta que mueren.

Un libro de esta naturaleza tendría el peor de los defectos, es decir, *se caería de mano*, como vulgarmente se dice.

Por eso nosotros, con permiso de nuestros lectores, daremos un salto de veinticuatro meses, y volveremos á Madrid, precisamente al comenzar la primavera, dos años después de aquel en que Alejandro y Gabriela se casaron en Nápoles, y Salvador Verdemar y Teresa en la parroquia de San Ginés.

Para mayor claridad de nuestros lectores, en esta cuartilla, 3.178 que escribimos, les diremos algo que les ponga al corriente de la situación que ocupan en el mundo los personajes que hemos puesto en juego para el desarrollo de la presente fábula.

Alejandro y Gabriela continúan disfrutando de la dulce

luna de miel, y pasan el invierno en la casa de la plaza de la Independencia, la primavera en la quinta de Carabanchel, y parte del verano viajando por el extranjero; pero como nos hallamos en el mes de Abril, cuando queramos verlos, forzoso será que nos traslademos á Carabanchel.

Don Agustín, que soporta con la alegría en el alma sus ochenta y dos años, vive siempre en la quinta de Carabanchel rodeado de amor, de comodidades y de consideraciones.

El pobre músico se conceptúa el más feliz de todos los viejos; pero cuando su felicidad llega á lo superlativo es cuando le permiten tener sobre sus rodillas á su biznieto Alejandro, niño de catorce meses, que se permitía cogerle la nariz y de los pocos cabellos que le quedaban á su bisabuelo sin respetos á la edad ni pedirle permiso.

En el radiante cielo por donde se expansiaban las almas de Alejandro y Gabriela, solía aparecer de vez en cuándo una nubecilla, y la motivaba el deseo que tenía Alejandro de hacer un viaje á la costa del golfo de Guinea, para ver á sus antiguos amigos de la ciudad de Monrovia, y erigir un monumento á la memoria de su madre en el mismo sitio en donde pasaron la primera noche los pobres náufragos del bergantín *El Ciervo.*

—Me da mucho miedo ese viaje que proyectas con sir Arturo Pik, porque está erizado de peligros,—decía Gabriela.

—En primer lugar, querida mía,—le contestaba Alejandro,—nadie sabe por dónde viene la muerte. De modo que los peligros de morir no están sólo en el mar y la costa de Guinea, sino en todas partes; y en segundo lugar, que yo

debo demostrar mi gratitud á aquellos generosos negros que nos concedieron á mi madre y á mí tan noble y desinteresada hospitalidad.

Estas discusiones concluían siempre por aplazar el viaje, y Gabriela se tranquilizaba.

Pero continuemos, como ofrecimos, describiendo la situación de los personajes de la presente fábula.

Benita, sentenciada á quince meses de arresto mayor en la galera de Alcalá de Henares, se hallaba sufriendo la condena con la resignación de un alma valerosa.

Todas en el penal le tenían consideraciones y la llamaban doña Benita. Algunas presas la miraban como á una heroína, porque, después de todo, estaba allí por haberse vengado del hombre que la había deshonrado y faltado á su palabra, y aquello era lo más natural del mundo, tratándose de una mujer de corazón y dignidad.

Una vieja, que por sus crímenes estaba sentenciada á galera perpetua, solía decir al círculo de *novatas* que la rodeaban con frecuencia para aprender lo que no sabían:

—En el mundo no hay justicia; si la hubiera, á doña Benita, en vez de tenerla en esta casa, le levantarían una estatua en la Puerta del Sol; porque, hijas mías, matar á un hombre que se ha propuesto reirse de las mujeres, es una obra meritoria; pero como los jueces son hombres, está claro, protegen á los de su sexo. ¡Lástima grande que doña Benita no hubiera dejado seco de un tiro en los sesos á su infame amante! Pero todos los pícaros tienen fortuna, y la prueba de ello es que nosotras estamos aquí, y otras se pasean por las calles, mereciéndolo más.

Benita lloró mucho cuando la leyeron la sentencia, pero acabó por enjugarse las lágrimas.

En la galera se portaba con afabilidad con todo el mundo, aunque hablaba poco y pasaba muchas horas paseándose con las manos en los bolsillos del delantal y la mirada en el suelo.

El director, que la trataba con afabilidad, siempre que la encontraba ante su paso, le decía:

—¿Cómo va ese ánimo, doña Benita?

—Bien, señor director,—le contestaba, sonriéndose con tristeza.

—Vamos, ya falta poco... no hay que afligirse.

—Sí: faltan tantos meses, y tantos días... porque voy contando las horas, —contestaba Benita.

Y el director, continuando su camino, pensaba para su capote:

—Mucho me temo que esta mujer cometa una barbaridad cuando se vea libre. En fin, no será la primera que salió para volver á entrar á los pocos días.

Mientras tanto, Salvador Verdemar y Teresa vivían en un cuarto segundo de la calle de Serrano; matrimonio que no aspiraba al premio de la felicidad en el certamen conyugal.

Teresa continuaba siendo una mujer desabrida é indigesta de carácter, poniendo mala cara una semana seguida por la menor contrariedad... y Salvador tragaba bilis, purgando de este modo todas las fechorías que había hecho á sus prójimos durante su vida.

Pero era preciso disimular, porque su cuñado, como él llamaba á Alejandro, olvidando antiguos agravios, le protegía y

ayudaba en algunos negocios, dándole la renta ofrecida todos los meses con gran puntualidad.

Sin Alejandro, Salvador habría roto á los dos meses de casado con su mujer, divorciándose de ella amistosamente, aunque tampoco le hubiese importado el divorciarse judicialmente.

Pero era preciso sufrir, resignarse, tener paciencia y esperar mejores tiempos, pues los negocios iban bastante mal para Salvador Verdemar.

En una palabra, Salvador no era feliz, porque la felicidad estaba reñida con el carácter y las condiciones de Teresa, y por otra parte, no dejaba de acordarse de vez en cuándo de Benita, á quien había hecho todo el daño posible.

Cuando la conciencia acusa, la paz del alma huye del cuerpo, y se vive en perpetua inquietud; los sueños de Salvador eran intranquilos, y algunas veces pronunciaba en voz alta el nombre de Benita.

A la mañana siguiente, cuando entraba en el comedor á desayunarse, Teresa, sonriéndose de un modo frío, le decía:

—Esta noche has tenido un sueño fatigoso... una pesadilla; te oí nombrar varias veces á tu ama de gobierno... Parece que la tienes miedo...

Salvador dirigía una mirada á su mujer, y continuaba tomando el café con leche, que era su desayuno.

Luego, sin despedirse, se marchaba á la calle, y algunas veces ni almorzaba ni comía en su casa, porque las paredes y el techo de su hogar le pesaban como si los llevase suspendidos sobre sus hombros.

La vida de Teresa no era más agradable ni amena que la

de su marido. La lectura era su entretenimiento en las largas horas de soledad que pasaba en su casa, porque Teresa no había tenido nunca una amiga. Su existencia era una reconcentración perpetua, pues tenía la desgracia de no amar á nadie en el mundo.

El corazón de aquella mujer latía por el impulso natural de la sangre, pero no por ningún sentimiento de esos tiernos y apasionados que tanto enaltecen á su sexo.

Con una mujer como Teresa al lado la felicidad no puede existir; era imposible sufrirla; ninguna criada podía permanecer un mes en su casa.

Salvador hablaba lo menos posible con su mujer, porque aquella malhumorada criatura aprovechaba todas las ocasiones para mortificarle; de manera que en su hogar doméstico jamás brillaba el sol de la alegría; era un cementerio, una tumba.

Muchas veces Salvador envidiaba hasta á los que estaban en presidio, y así se lo decía á su mujer, y entonces Teresa, con su fría sonrisa, le decía:

—Pues eso es muy fácil de conseguir: puesto que no puedes soportarme y tengo yo la culpa de lo que te sucede, me clavas un cuchillo en el corazón, y consigues dos cosas: librarte de mí é ir á presidio.

Persuadido Salvador de que era imposible entenderse con aquella desgraciada, acabó por resignarse, como aquel marido de Bretón de los Herreros, que sólo esperaba ó una pulmonía *de ella,* ó un pistoletazo *suyo* para librarse de su mujer.

Continuemos el viaje alrededor de nuestros personajes.

Esteban Terreño no existía. Su vida tuvo un fin trágico, que referiremos en pocas líneas.

Alejandro, antes de emprender su viaje á Nápoles, le había dicho:

—Usted puede vivir todo el tiempo que quiera en esta casa, sin carecer de nada. Si algún día se cansa de vivir aquí y desea trasladarse á otra parte, yo le señalaré una pensión de sesenta duros mensuales.

Esteban agradeció aquella generosidad del hombre á quien había intentado matar dos veces, y que, como un castigo providencial, después de dejarle ciego se convertía en su bienhechor.

Una profunda tristeza se apoderó de Esteban: la tristeza del hombre que pierde la vista á los treinta años.

En vano su leal criado José procuraba distraerle con su conversación y con la lectura de libros amenos. De día en día se iba demacrando el cuerpo de Esteban, y las huellas de una vejez prematura aparecían en su semblante.

Apenas comía, y José, algo inquieto, consultó con el médico y con Pancho el mulato. El médico le dijo:

—En las boticas no existen medicamentos para curar la enfermedad del pobre ciego. El mal está en el alma, en el espíritu. Si no se consigue distraerle, alegrarle, todo será inútil; vivirá poco.

Algunos meses después, es decir, mientras Alejandro y Gabriela, disfrutando de la luna de miel, recorrían las orillas del Rhin, enloquecidos de felicidad, una mañana Esteban, cuando entró José en su dormitorio para vestirle y darle el desayuno, le dijo:

—Mira, José, hoy tengo un capricho que pienso realizar; pero necesito que tú me ayudes.

—¡Gracias á Dios que algún día desea usted algo!—contestó el criado.—Eso es para mí una buena noticia.

—Sí, querido José,—añadió con acento animado el ciego,—esta noche he pensado mucho en la situación mía; quiero distraerme, quiero alegrarme... y, sobre todo, resignarme con mi suerte; así pues, hoy vamos á almorzar adonde tú quieras; pero lejos de esta casa. Por ejemplo, á un merendero del puente de Toledo ó de Vallecas.

José, que estaba muy lejos de sospechar lo que su amo meditaba, se alegró mucho al verle tan animado, porque José, hombre de carácter alegre, comenzaba á aburrirse en la casa de Carabanchel.

Salieron para la expedición proyectada. Esteban, agarrado del brazo de José, y conversando como dos buenos amigos que toman el sol en una mañana hermosa y serena del mes de Diciembre.

Media hora llevaban de paseo, cuando de pronto Esteban se detuvo, y preguntó:

—¿Dónde nos hallamos, José?

—Pues muy cerca de la entrada del puente de Toledo,—contestó el criado.

—Mira, tomemos por el camino de Villaverde, pues recuerdo en otro tiempo, cuando yo tenía vista, un ventorro llamado de *la Sorda*, en donde no se almorzaba mal.

—Pero, señor, el ventorro de *la Sorda* está bastante lejos.

—Mejor; así nos pasearemos y haremos ganas.

Continuaron su paseo otra media hora, cuando de pronto Esteban se detuvo bruscamente, y preguntó:

—¿Dónde estamos, José?...

—En la carretera, cerca del portazgo.

—¿Pasa mucha gente?

—Nadie, señor.

—Pues entonces, no pasamos de aquí.

—Es que no hemos llegado todavía al ventorro de *la Sorda*.

—¡Qué importa! Me siento cansado. Llévame á la cuneta del camino, y siéntame junto á un árbol; y luego irás al ventorro á por el almuerzo.

—Pero, señor, si ya no falta mucho...

—Te digo que estoy cansado, que no paso de aquí, me siento débil, he confiado mucho en mis fuerzas; vete al ventorro, compra lo que quieras, y tráelo; yo te espero sentado junto á un árbol.

José, respetando aquel capricho de su amo, le sentó en la cuneta del camino, y se dirigió á buen paso hacia el ventorro de *la Sorda*.

Esteban permaneció inmóvil durante un cuarto de hora. Luego, exhalando un profundo suspiro, se dijo:

—Ya debe estar lejos... el pobre va á tener un disgusto... pero yo no puedo soportar por más tiempo la penosa carga de la vida... porque esto no es vivir, es vegetar... Acabemos.

Entonces Esteban introdujo la mano derecha en el bolsillo de pecho del gabán, y sacó un pequeño revólver Smit de cinco tiros; exhaló un segundo suspiro, y se puso la boca del cañón sobre la sien derecha.

Una sonrisa asomó á los labios del ciego, y estas palabras se escaparon de su boca:

—Rompamos estas cadenas que me atan á la vida.

Esteban movió por dos veces el disparador con el dedo índice, y sonaron dos detonaciones casi simultáneas.

El cuerpo del infeliz ciego se estremeció inclinándose hacia atrás y quedando recostado sobre el tronco de un secular álamo negro.

Un hilo de sangre comenzó á caer de la herida por el carrillo, perdiéndose por el cuello.

Esteban había dejado de existir.

Una hora después, cuando José regresaba del ventorro de *la Sorda* con una botella de vino, pan, queso y una perdiz escabechada, todo dentro de una cesta, vió desde lejos una pareja de la guardia civil parada junto al árbol en donde se había quedado su amo.

José avivó el paso, llegando á los pocos momentos, y al ver á su amo tendido y con el rostro lleno de sangre, lanzó un grito diciendo:

—¿Quién le ha muerto?

—Suponemos que se ha suicidado,—contestó un guardia. ¿Pero le conoce usted?

—¡Que si le conozco!... pues si es mi amo... si acabo de separarme de él... si le traía el almuerzo del *Ventorro de la Sorda* en esta cesta.

Entonces José, con los ojos llenos de lágrimas, pues le había tomado mucho cariño á Esteban, contó todo lo que había ocurrido desde la salida de la quinta de Carabanchel.

Los guardias se convencieron de que aquél era el len-

guaje de la verdad, y mientras uno de ellos iba á dar parte á la casa de armas del puesto, el otro y José se quedaron guardando el cadáver de Esteban Terreño.

Más tarde, el juez encontró en uno de los bolsillos del gabán del homicida una carta, que decía así:

«No sé si se entenderá mi letra... Soy ciego y escribo con grandes dificultades. No se culpe á nadie mi muerte: me cansa la vida y termino con ella... dejo todo cuanto poseo y me pertenece, á mi leal criado José Benavides... y mi profunda gratitud á don Alejandro de Robledano, que fué mi bienhechor y me recogió en su quinta de Carabanchel cuando me vió ciego y desamparado de todo el mundo.

»Ruego al juez que levante mi cadáver, mande cumplir mi última voluntad y no moleste á nadie.—*Esteban Terreño.*»

Alejandro supo por Pancho y el padre Marcelo el desastroso fin de Esteban.

Ahora, para continuar en busca del desenlace, pues todo en este mundo tiene fin, diremos que Faustino, con la protección de Alejandro, había establecido una agencia teatral en Madrid, y no le iba mal en su negocio.

En cuanto á la baronesa de Morgal y á su padre adoptivo el poeta Amadeo Nasón, se ignoraba en absoluto lo que había sido de ellos.

Quizá nosotros les encontremos en las últimas páginas de la presente historia.

CAPITULO II.

En libertad.

El dia 20 de Abril, Benita se hallaba paseando por uno de los patios de la galera de Alcalá de Henares, ensimismada como siempre en sus pensamientos, cuando una calabocera se le acercó con la sonrisa en los labios, como el que va á dar una buena noticia, y le dijo:

—Doña Benita, alegre usted ese semblante, y vaya á la dirección, pues según creo, el señor director tiene que darle una buena noticia.

Benita levantó la frente, miró á su interlocutora, hizo un esfuerzo para sonreirse, y dijo:

—Sí; lo estaba esperando.

—¡Ah! Luego usted sabía...

—Voy contando los días y las horas, y ayer venció mi condena; pero voy á ver al señor director, con el permiso de usted.

Benita, sin precipitar su paso, salió del patio, cruzó un pasillo y llegó á la puerta de la dirección.

—¿Da usted su permiso, señor director?

—Adelante, Benita, adelante,—contestó una voz varonil.

Benita entró en la dirección.

El jefe la recibió con una sonrisa amable, y extendiendo la mano, cogió un pliego de encima de la mesa y dijo:

—Ya tenemos aquí la tan deseada orden de libertad. De modo que ya es usted libre. Las puertas de este local se hallan abiertas para usted. Aquí tiene usted extendido el documento que acredita que ha cumplido la condena en la galera de Alcalá, con la nota, honrosa para usted, de que su conducta ha sido irreprochable.

Benita hizo un movimiento con los hombros como para manifestar que aquella nota le era insignificante, y luego dijo:

—Muchas gracias, señor director. Yo me he portado en este penal como quien soy, y para eso no he tenido que hacerme la menor violencia. Salgo agradecida á las consideraciones que todo el mundo me ha tenido; pero la mancha de haber estado en presidio nadie me la quita.

Benita se enjugó las lágrimas que asomaban á sus ojos.

El director, compadecido é interesado por aquella mujer, le dijo:

—Sí, hija mía, es una desgracia muy grande haber estado en presidio. La vida en estas casas es vergonzosa y triste; no lo olvide usted, y borrando de la memoria antiguos rencores, procure de hoy en adelante no dar motivo á la justicia para que fije en usted sus miradas.

—Muchas gracias, señor director, por su consejo; pero yo soy ya una mujer perdida. ¿Adónde iré que me reciban

con confianza después de haber estado en presidio? Si busco una colocación de doncella, tan pronto como se enteren de que he querido matar á un hombre, me cerrarán la puerta.

Y acentuando un poco más su sonrisa, añadió:

—Créame usted, señor director, estas casas echan sobre el desgraciado que las habita por orden de los jueces, un sambenito, una mancha que no se limpia nunca.

—Conviene no ver las cosas por el lado más feo, hija mía,—contestó el director.—Usted aún es joven, y aún pueden brillar para usted días serenos.

—En fin, allá veremos. Tengo en mi favor que la conciencia no me acusa por lo que hice, porque el miserable que me engañó merecía la muerte.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Por lo pronto ir á Madrid.

—¿Tiene usted dinero para el billete del tren?

Benita volvió á sonreirse, y dijo:

—Sí señor. Como para usted no tengo secretos, le diré que casi casi soy rica.

—¡Hola! Eso es una ventaja en todas las ocasiones de la vida.

—Sí, el dinero es una necesidad... Pero estoy entreteniendo á usted de sus ocupaciones.

—Y además tiene usted ganas de verse libre, ¿no es verdad?

—Sí señor.

—Pues bien, Benita, ya es usted libre de salir cuando quiera de este establecimiento; pero voy á darle un consejo. Si encuentra usted ante su paso al hombre que fué la causa

de su desgracia, siga usted su camino, mirándole con indiferencia.

Benita fijó sus ojos de un modo expresivo en el director, y dijo:

—Eso me parece un poco difícil; pero en fin, allá veremos.

Poco después Benita, con un pequeño lío de ropa en la mano, salía del penal de Alcalá, dirigiéndose con tranquilo paso hacia la estación del ferrocarril de Madrid.

El director, que la vió alejarse desde la puerta, se dijo hablando consigo mismo:

—Esa infeliz indudablemente lleva la idea de la venganza encarnada en el corazón. Milagro será que no venga á hacernos otra visita de más larga duración que la que hoy ha terminado.

Benita llegó á la estación y preguntó á un mozo la hora del tren de viajeros para Madrid.

El mozo le dijo que aún tardaría dos horas.

Entonces dirigió una mirada en derredor suyo como buscando un sitio solitario en donde esperar, y se fijó en la tapia de una huerta situada á doscientos metros de la estación.

Se encaminó allí y se sentó.

No se veía á nadie; el día estaba hermoso; un día de últimos del mes de Abril. La primavera se sonreía por todas partes.

Benita respiró con fuerza, y dijo:

—¡Qué hermosa es la libertad! ¡Qué horribles horas he pasado en esa cárcel!

Benita inclinó la frente sobre el pecho y se quedó inmóvil.

Así transcurrió media hora. Luego volvió á suspirar, levantó la frente, miró al cielo, y prosiguió:

—Por más que hago no puedo desechar esta idea; cada día que transcurre se aferra más en mi cerebro; pero suceda lo que suceda, estoy resuelta á no volver á esa horrible casa donde tanto he sufrido.

El sitio en donde se hallaba era solitario. Benita dirigió en derredor suyo una mirada recelosa. No se veía á nadie.

Entonces sacó unas pequeñas tijeras del bolsillo del delantal, se desabrochó el cuerpo del vestido, luego la chambra, y comenzó á descoser un pedazo de tela del corsé, sacando unos billetes del Banco de España y algunas monedas de oro.

—He aquí mi fortuna,—se dijo hablando consigo misma y mirando el papel-moneda y el oro.—Ocho mil reales en billetes y cuatrocientos en oro.

Y sonriéndose de un modo amargo, añadió:

—Poco capital es para vivir de mis rentas, pero lo bastante para no verme obligada á pedir limosna. ¡Ah! Qué bien hice en guardar estos billetes y estos cuatro centines de oro cosidos á la tela de mi corsé el día que concebí la idea de vengarme del infame Salvador. Con este dinero podré establecerme modestamente, y luego... luego quién sabe.

Benita guardó en el pecho toda su fortuna, exceptuando una moneda de cien reales que se metió en el bolsillo del delantal, con la que pensaba comprar el billete del ferrocarril, y comer en Madrid, tan pronto como llegara, en cualquier fonda.

Dos horas pasó Benita sentada junto á aquella tapia, entregada á sus reflexiones, hasta que oyó la campana de la

estación que anunciaba que se abría el despacho de billetes.

Se dirigió á la estación y tomó un billete de segunda.

No tardó en oirse el silbido de la locomotora. El tren se detuvo, y Benita subió á su coche.

Durante el camino, ni Benita se ocupó de los siete ú ocho viajeros que iban en el coche, ni los viajeros de ella. Bien es verdad que Benita cerró los ojos fingiendo que dormía.

Llegó á Madrid á las ocho y media de la noche y subió en un ómnibus que la llevó hasta la Puerta del Sol.

Al bajar, se quedó un momento pensativa, sin fijarse en la animación que la rodeaba.

De pronto comenzó á andar hacia la calle del Arenal, diciendo entre dientes:

—Si la encuentro en su casa... eso es mejor... siempre me ha demostrado gran cariño... yo también siempre me he portado bien con ella.

Benita cruzó la Puerta del Sol, entró en la calle del Arenal, llegando con ligero paso á la de las Hileras, y entrando en un portal modesto, le preguntó á la portera:

—¿Está en su cuarto la señora Agapita?

—Sí señora, no hace mucho que ha entrado.

—Entonces, con el permiso de usted subiré á verla.

—Ya sabe usted... sotabanco del centro.

—Sí, sí; he estado otras veces...

Benita subió sin fatiga los noventa y seis escalones, llamando en la puerta que enfrentaba con la escalera.

La puerta se abrió, como se abren las puertas de los pobres, sin el menor recelo.

Una mujer de cuarenta años de edad, con traje de percal

y pañuelo de seda al cuello, se quedó parada delante de Benita, como cerrándole el paso.

—¡Válgame Dios, Agapita, qué pronto te has olvidado de mis facciones, cuando no me conoces!

Agapita retrocedió un paso. Como la claridad era dudosa, se la vió vacilar, hasta que por fin dijo:

—Pero, Dios mío... ¿es usted, doña Benita?

—La misma, que viene á pedirte hospitalidad por esta noche...

—¿Pero está usted ya libre?—volvió á preguntarle Agapita.

—Sí, ayer cumplí mi condena, y hoy me han abierto las puertas de aquella horrible casa. Estoy en libertad.

—¡Ah! ¡Bendito sea Dios! Entre usted, señorita, y disponga usted de mi persona y de mi casa como guste y le convenga.

Agapita cerró la puerta y condujo á su huéspeda hasta la pequeña y modesta sala, en donde había un quinqué encendido sobre la cómoda.

Benita se sentó en un sofá de Vitoria, y la dueña de la casa á su lado.

Agapita era una peinadora que tenía muy buena parroquia en Madrid, y por espacio de muchos años había peinado á doña Benita, recibiendo de ella algunos favores, sobre todo en una temporada que estuvo enferma.

—¡Ah! ¡Pobre señorita, y qué malos ratos habrá usted pasado en la galera!—exclamó la peinadora.

—Muchos, Agapita, he pasado días horribles... noches de mortal angustia... y sin embargo, confieso que he tenido

suerte, porque desde el director hasta la última de las presas me han guardado grandes consideraciones... Dios se lo pague.

—¡Bah! Usted no estaba allí por nada malo,—añadió Agapita.

Benita se sonrió con tristeza, y añadió:

—¿Te parece bueno el haber intentado matar á un hombre?

—Cuando el hombre es un pícaro, merece la muerte.

—Sí, pero los jueces no ven así las cosas.

—En fin, ya está usted libre, que es lo principal.

—Mira, Agapita, hasta que yo piense y resuelva lo que he de hacer, me convendría que me dieras hospitalidad en tu casa.

—Todo el tiempo que usted quiera.

—Pero como tú eres pobre, te pagaré un diario por la manutención y la cama.

—¡Bah! No hablemos de eso; de lo que yo tenga comeremos las dos, que yo no me olvido de los favores que usted me hizo durante mi enfermedad.

Benita dejó sobre la cómoda dos monedas de á cien reales, y añadió:

—Aquí tienes para diez días; como supongo que no tienes más cama que la tuya, esta noche dormiré aunque sea en el sofá, y mañana alquilarás una cama para mí.

—No, no, esta noche dormirá usted en mi cama, porque le hace más falta que á mí; yo me arreglaré como pueda.

Y cambiando de entonación, añadió:

—¿Cómo estamos de apetito?

—No falta, porque desde esta mañana que me desayuné en la galera, no he comido nada.

—Pues yo tengo un guisado de patatas con carne y escarola para postre. Pero voy en un momento á subir un poco de jamón, y verá usted qué cena arreglo á lo príncipe.

Y Agapita, sin esperar más, salió de la sala, dejando sola á Benita.

CAPITULO III.

Ponerse al corriente.

Una hora después, la peinadora y su huéspeda cenaban tranquilamente en la salita del sotabanco.

Naturalmente, la conversación recayó sobre el tiempo pasado; pero como Benita deseaba saber algo del presente de Salvador Verdemar, á quien profesaba un odio mortal, que mantenía vivo el deseo de la venganza en su corazón, buscando un rodeo llegó á esta pregunta:

—¿Y qué se ha hecho ese canalla de Verdemar? Estoy segura que ya está cansado de su mujer.

—Pues una amiga mía peina á doña Teresa, y por ella sé que no son muy felices,—contestó Agapita.

—Si era de esperar; así acaban todos los matrimonios que se hacen por dinero.

—La verdad es que yo no sé de qué se enamoró don Salvador.

—Pues del dote de la novia... porque los hombres como Salvador no tienen más Dios que el oro.

—Anda, que según me ha dicho mi amiga,—añadió la peinadora,—en el pecado lleva la penitencia; porque parece que doña Teresa es la mujer más indigesta que come pan; pero hay hombres que tienen unas tragaderas que ya ya.

—Esos matrimonios que hace el diablo por divertirse—añadió Benita—siempre acaban mal.

—¡Bah! Lo que debe usted es no acordarse de semejante hombre. Bastantes disgustos le ha dado á usted en este mundo.

—No solamente disgustos, sino que ha sido causa de mi perdición; porque ya ves... ¿qué voy á hacer ahora?

—Pues buscar por ahí un modo de vivir... aún es usted joven y guapa...—añadió la peinadora, que no era muy escrupulosa en materia de ganar dinero.

—Para lo único que sirvo es para lo que he sido toda mi vida: es decir, para doncella de una señora de casa grande, ó para ama de gobierno... ¿Quién me admite á mí, cuando se enteren que vengo del correccional de Alcalá por haber intentado matar al que pasaba por mi amo?...

—Es que don Salvador no era el amo de usted, sino algo más.

—Era un amante, un prometido esposo para él y para mí; pero para el mundo era yo su ama de gobierno. Créeme, Agapita, mi posición es bastante comprometida.

—¡Quién sabe! No hay que desesperar. Suceden tantos casos impensados en el mundo... Pero permítame usted que le diga que fué usted muy tonta en no aprovecharse durante la larga temporada que tuvo el gobierno de la casa de don Salvador en sus manos.

—Yo no podría creerme nunca que el que tantas veces me había prometido ser mi esposo me jugara una partida tan serrana.

—Con los hombres siempre conviene vivir alerta, y tener una en el corazón y otra en la boca; aun así y todo, sale una la mayor parte de las veces con las manos en la cabeza.

—Es tarde ya para enmendar mi excesiva buena fe.

—Se me ocurre una cosa, y puesto que estamos solas, y nos hallamos en el terreno de las confianzas, voy á decirla.

—Di lo que quieras; porque lo que es yo te aseguro que tengo en la cabeza una olla de grillos, que no sé por dónde tirar.

—Por mi amiga sé que cada lunes y cada martes don Salvador y su mujer se tiran los muebles á la cabeza; es decir, que el infierno se ha trasladado á su casa. No es adulación, pero usted vale cincuenta millones de veces más que doña Teresa. Es imposible que don Salvador no las compare á ustedes y se acuerde del tiempo pasado... Yo creo, que si ustedes se vieran, no sería difícil una reconciliación, aunque rabiase doña Teresa y se la llevaran todos los demonios.

Benita se sonrió ante aquella expansión de la peinadora.

—Eso es muy difícil,—dijo.

—¿Y por qué?—le preguntó Agapita.

—Porque yo no quiero reconciliarme con ese canalla.

—Pero si él le señala á usted una buena pensión...

Benita se encogió de hombros, contestando lacónicamente:

—No, no, no,

—Entonces, á buscarse la vida por otra parte... pero sin perder las esperanzas de conseguir lo que se desea.

—No hablemos de eso. Mañana necesito que llames á una modista, para que me haga un traje negro. No tengo más ropa que la puesta y cuatro pingos que van atados en ese pañuelo.

—Pero usted tenía muy buena ropa.

—Todo lo perdí cuando mi causa.

—A propósito de modista; en el sotabanco de al lado vive una joven muy habilidosa, que es la primera oficiala de una modista francesa; la hablaré mañana temprano, y si ella puede encargarse, siempre lo hará más barato.

—Yo quiero un traje modesto.

—Sí; ya le explicará usted á ella lo que quiere... La veremos antes que se marche á su obrador.

La peinadora, comprendiendo que Benita estaba cansada y no le vendría mal la cama, le propuso que se acostara.

Poco después el silencio del sueño reinaba en el sotabanco de Agapita; pero indudablemente, el ama de gobierno de Salvador Verdemar no dormía; porque no hay nada que quite tanto el sueño como un pensamiento fijo que se graba en el cerebro.

Agapita se había acostado en el sofá vestida, y como tenía la buena costumbre de madrugar, en cuanto vió alguna claridad por los intersticios de la ventana se puso en pié, y se quedó sentada sin atreverse á trajinar por la casa, temiendo interrumpir el sueño de su huéspeda.

—Estoy despierta; puedes abrir la ventana y hacer lo que quieras.

—Pues entonces, bajaré por leche y haré chocolate,—contestó Agapita.

Y asomándose á la puerta de la alcoba, añadió:

—¿Cómo se ha pasado la noche?

—Admirablemente. Solo que como me había acostumbrado al duro petate del penal, tu cama me ha parecido demasiado blanda, y me costó un poco de dormirme.

—Pues bien, no se levante usted. El sueño de la mañana es el más dulce de todos.

Agapita se echó un manto, cogió la cesta y bajó á la calle á comprar lo que le hacía falta.

Cuando volvió, Benita estaba levantada y había hecho la cama.

—¿Por qué se ha incomodado usted?—le preguntó.

—Levantar la cama es una costumbre que he adquirido en la galera,—contestó Benita sonriéndose.

—Pero aquí no está usted en la galera, sino en su casa; yo tengo mucho gusto en servirla.

Mientras tomaban el chocolate, entró la modista y Benita le encargó el traje, diciéndole:

—Le suplico á usted que me lo haga lo más pronto posible, pues no tengo más que lo puesto.

Cuando Benita y la peinadora se quedaron solas, se entabló el siguiente diálogo:

—¿Qué tal se ha pasado la noche?—preguntó Agapita.

—He dormido poco; pero en cambio, he pensado mucho sobre mi situación, que aunque no es muy ventajosa, en cambio no es tampoco desesperada.

—¡Qué ha de ser! La mujer joven, bien parecida y sana no debe nunca perder la esperanza. ¡Quién sabe lo que puede suceder mañana!

—Además, cuento con recursos para vivir un año.

—¡Hola!... Pues mire usted, pocas personas pueden decir lo mismo. La mayoría de las que se pasean por Madrid viven al día. Yo conozco á muchas que se levantan por la mañana sin saber dónde comerán... pero el caso es que comen.

—Lo que tú me dijiste anoche de Salvador y Teresa ha hecho que cambiara de plan. Alquilaré un cuarto modesto. Compraré los muebles más necesarios para una mujer sola, y tendré una entrevista con Verdemar. Esto me violenta un poco, pero es preciso. Si Salvador admite las proposiciones que pienso hacerle, aún podremos olvidar lo pasado. Si las rechaza, entonces Dios sólo sabe lo que sucederá.

—Yo estoy segura que cuando don Salvador la vea á usted y la compare con su indigesta esposa, accederá á todo lo que usted le proponga. Qué diantre, no se olvida tan fácilmente una mujer con la que se han tenido diez años de relaciones íntimas... Además, yo sé que Verdemar está hasta encima de los pelos de su mujer; y que la quiere tanto como á un dolor de tripas.

Y Agapita, sonriéndose maliciosamente, añadió:

—Y ahora que la veo á usted en tan buen camino, voy á decirle que si yo me encontrara en el pellejo de usted, me tomaría el empeño como una cuestión de *honra*, de desbancar á esa doña Teresita, que no sirve ni para besar donde usted pisa... Sí señora, haría los imposibles para envolver en mis redes á Salvador, solo para darle á su mujer en la cabeza y que tascara el freno y reventara de una rabieta... Porque, después de todo, ella tiene la culpa de lo que á usted le ha sucedido. Si hubiera sido una mujer decente, al saber que us-

ted tenía relaciones con Verdemar, le hubiera dicho: sigue con Benita. Pero se conoce que estaba rabiando por atrapar marido, y se fué á Roma por todo.

Benita escuchaba sonriéndose el discurso de la peinadora, tan en armonía con la última resolución que había tomado la noche anterior; porque á Benita le había sucedido lo que les sucede á la mayor parte de los penados cuando cumplen su condena y respiran el aire libre.

En presidio, bajo aquella atmósfera falta de oxígeno, sufriendo la rudeza de un trato humillante, con el continuo roce de aquel pequeño mundo de criminales desalmados, la idea de la venganza se infiltra en el corazón, se encona y crece.

Sólo se piensa en dos cosas: verse libres, perder de vista aquellas negras paredes, y vengarse de los que han tenido ó se cree que tuvieron la culpa de su condena.

Cuando la vara del cómitre cae sobre el cuerpo de un penado, cuando el roce de la cadena abre una llaga dolorosa, cuando se castiga una falta con el calabozo ó con un excesivo trabajo, estallan dentro del pecho sordos rugidos de odio, y suele decirse:

—En cuanto salga de aquí me vengaré...

Pero llega el día codiciado, se oye la voz que grita desde la puerta de un patio: *Fulano de tal*, *con lo que tenga;* y el infeliz presidiario que ha pasado cuatro, ocho, veinte años en el presidio, exhala un grito de alegría, con el cual se escapan muchos odios, muchos rencores.

Al verse libre, cuando se persuade de que puede ir por todas partes sin que nadie se oponga, cuando se ve dueño ab-

soluto de su persona, entonces el orden de sus ideas cambia por completo y medita sobre su situación.

La venganza puede conducirle segunda vez por el camino de presidio ó del patíbulo, y el presidio ha dejado en su espíritu y en su cuerpo huellas tan terribles, que no es posible que se borren jamás mientras viva.

¡Se sufre tanto en los penales, que aquel que no ha tenido la desgracia de *visitarlos* no lo conoce!

Cuando se quiere exagerar un mal trato, una existencia fatigosa, una vida de penalidades, se dice: Eso es peor que estar en presidio.

El cumplido de presidio piensa todas estas cosas mientras se dirige al punto de su residencia, y de donde salió atado codo con codo y formando parte de una cuerda de presos, y muchas veces acaba por borrar de su corazón el deseo de venganza, y se persuade de que lo más fácil, lo menos expuesto y más provechoso es llevar una vida honrada.

Benita, durante su permanencia en la galera de Alcalá, sólo pensaba en vengarse de Salvador.

Muchas veces se decía en el fondo de su alma:

—En cuanto cumpla la condena, cuando salga de esta horrible casa, iré á Madrid y mataré á Salvador donde quiera que le halle, de día ó de noche; nada me detendrá; y luego de satisfecha mi venganza todo lo demás me importa poco.

Esto, que había sido su pensamiento invariable durante todas las noches que había pasado en la cárcel de mujeres de Madrid y en la galera de Alcalá de Henares, comenzó á desvanecerse la primera noche que durmió en el modesto sotabanco de la peinadora.

Lo que le había dicho Agapita de Salvador y Teresa le hizo concebir esta idea: ¿No me quitó Teresa á Salvador? ¿Por qué no he de imitarla yo?... Después de todo, la razón está de mi parte, y ésta es una venganza más propia de una mujer que clavarle un puñal en el corazón.

Desde el momento que brotó esta idea en el cerebro de Benita, comenzó á acariciarla y fué tomando grandes proporciones, y bien puede decirse que al nacer el día estaba resuelta á vengarse, empleando en vez del puñal las redes del amor.

Cuatro días después, Benita se hallaba instalada en un pequeño sotabanco de la calle de Goya.

El cuarto le costaba cinco duros al mes; los muebles se reducían á una cama modesta, un sofá, seis sillas de Vitoria, una consola, un velador y algunos enseres de cocina, pues pensaba guisarse ella misma.

Una vez establecida en su nueva habitación, Benita contó su fortuna: le quedaban seis mil trescientos reales.

—Tengo para un año viviendo económicamente,—se dijo,—y ahora vamos á comenzar la batalla del amor. La mujer puede vengarse de muchos modos. Allá veremos.

CAPITULO IV.

Reconciliación.

Una mañana Salvador Verdemar se hallaba desayunánse solo en su despacho, cuando la criada le entró una carta del correo interior.

Rompió el sobre, y al fijar los ojos en la carta, se estremeció; pero al ver la firma se puso pálido como un muerto, y un temblor general se apoderó de todo su cuerpo.

Afortunadamente se hallaba solo, porque como mantenía una batalla diaria con su mujer, con el pretexto del trabajo se desayunaba en el despacho, tomando café con leche y tostada con manteca.

Salvador se frotó los ojos como el que cree tener algo que le impide ver. Toda aquella emoción que había experimentado no era por el contenido de la carta, pues no la había leído, era por la letra y por la firma, que conocía de sobra.

—¡Benita! ¡Benita en Madrid!—se dijo hablando consigo

mismo.—¿Se habrá fugado de la galera?... Pero no, no; es que ha cumplido su condena; pero, ¿por qué me escribe? ¿Qué tengo yo que ver con ella? Entre nosotros todo ha concluído... Quiso matarme... y quién sabe si ahora...

Salvador pensaba todo esto sin leer la carta, temiendo sin duda, encontrar en ella insultos y amenazas de muerte.

—¡Sólo esto me faltaba! ¡Como si no tuviera bastante para ser el más desgraciado de los hombres con el genio de Teresa,—añadió,—se presenta Benita, que estoy seguro que me perseguirá por todas partes con un rencor africano.

Salvador exhaló un ruidoso suspiro, añadiendo:

—En cuanto Teresa se entere de que Benita está en Madrid, será imposible vivir en esta casa.

Al llegar aquí, Salvador se acordó que no había leído la carta, y acabó por donde debía comenzar: por leerla.

Decía así:

«Querido Salvador: Ayer se cumplió mi condena y me pusieron en libertad. Difícil me sería encontrar palabras con que expresarte las penas, las amarguras que he pasado viviendo quince meses en el penal de Alcalá.

»Mucho he llorado, mucho me he arrepentido de lo que hice contigo en un momento de locura, de vértigo.

»Cada vez que pienso que pude matarte y terminar mis días en un patíbulo, me estremezco de horror. Los celos me cegaron porque te amaba con toda mi alma, y al verme abandonada, burlada, despreciada, una ola de sangre me turbó la razón y cometí un acto reprobado por la justicia, por los hombres y por Dios.

»Acabo de llegar á Madrid; vivo en un modesto sotaban-

co de la calle de Goya. No sé qué va á ser de mí en cuanto se me concluyan los pocos recursos que tengo.

»Diez años viviendo á tu lado me tenían acostumbrada á ser el ama de tu casa, y te confieso, querido Salvador, que me será muy penoso ponerme á servir.

»¡Ah! ¡Si tú fueras tan bueno que me perdonaras! ¡Si tú, olvidando aquella malhadada hora en que estuve á punto de matarte, vinieras á verme y me perdonaras, aún creo que podrían brillar para mí días serenos y tranquilos.

»Yo sé que las circunstancias han cambiado mucho desde aquel tiempo que me amabas y me tenías todo género de consideraciones; pero te pido por lo más sagrado que reflexiones, que sólo el amor armó mi mano; pues si no te hubiera amado, si me hubieras sido indiferente, en vez de intentar matarte, te hubiera explotado, riéndome luego de tí.

»Ven, Salvador, ven á ver á esta desgraciada, que necesita de tu perdón y de tu amparo.

»Sé que no eres feliz. Sé que sufres. ¡Dichosa yo si puedo proporcionarte algún consuelo en tu amargura!—*Benita.*»

Salvador, á manera que iba leyendo la carta, se iba tranquilizando.

Si era verdad todo lo que le escribía Benita, había cambiado mucho; pero este cambio tenía una explicación lógica, porque los sufrimientos de quince meses de presidio dominan los caracteres más enérgicos.

Salvador permaneció con la frente inclinada sobre el pecho y meditando el contenido de la carta.

La leyó tres veces, y parecía como que una duda le quedaba en el fondo de su corazón.

¿Sería aquello una emboscada? ¿Sería el lenguaje de un alma verdaderamente arrepentida?

Por otra parte, en el corazón de Verdemar quedaba un resto de amor hacia Benita; y no pocas veces, en sus horas de amarga soledad, al compararla con Teresa se había dicho que su ama de gobierno valía cien veces más que su mujer.

Porque Benita era lo que se llama en el lenguaje familiar una buena moza, una de esas mujeres que excitan el apetito, mientras que Teresa pasaba desapercibida en el mundo de los deseos.

De pronto Salvador se acordó que tenía muchas cosas que hacer, y guardándose la carta en el bolsillo de pecho del gabán, cogió el sombrero y salió de casa, sin darle los buenos días á su mujer.

Durante toda la tarde estuvo verdaderamente preocupado, y solía decirse:

—Si efectivamente Benita estuviera arrepentida; si quisiera hacer de verdad las paces conmigo y se contentara con vivir modestamente, para mí sería un gran consuelo pasar con ella algunas horas, olvidándome á la indigesta é insoportable mujer que me ha tocado en suerte.

Este pensamiento inmoral era el más á propósito para olvidar rencores del tiempo pasado y acortar la distancia que separaba á los dos amantes.

Durante la noche continuó Salvador los comentarios de la carta, y, cosa rara, aunque suele suceder muchas veces en la vida real, á manera que transcurría el tiempo la voluntad del agente de negocios se iba inclinando hacia Benita, encontrando tan lógica como conveniente la reconciliación.

Sin embargo, algún recelo le quedaba en el alma, puesto que no se decidía á tomar el camino de la calle de Goya y subir los noventa escalones del sotabanco de Benita.

Por la mañana del día siguiente, al levantarse de la cama Salvador, recordó que era un caballero, y que todo caballero está obligado á contestar á las señoras que se tomen el trabajo de escribirle.

Cogió pluma y papel, y le escribió lo siguiente, después de meditarlo mucho.

«Si fuera cierto lo que me dices en tu carta, si entre los dos pudiese efectuarse una reconciliación verdad y un olvido del pasado... aún podrían brillar para nosotros días serenos.

»Todos los sufrimientos, todas las amarguras no se hallan encerradas en las tristes paredes de las cárceles. Existen hombres que parecen libres, y arrastran una pesada cadena, mucho más fatigosa que la de los penados de Ceuta. Hay casas particulares que son más sombrías para sus inquilinos que los presidios para los penados.

»¡Ah! ¡Si yo pudiera persuadirme de que tu carta está escrita con el corazón!—*Salvador.*»

Benita recibió la patética carta de su antiguo amante, y le parecieron naturales y lógicos los recelos que en ella le demostraba; pero al mismo tiempo comprendió que no sería difícil una reconciliación, si ella era un poco perseverante.

Volvió á escribirle, asegurándole con frases cariñosas y recuerdos del pasado, que estaba regenerada y arrepentida.

De esta correspondencia en que los dos demostraban grandes predisposiciones para la reconciliación, nació una cita en la calle, es decir, se encontraron en la plaza de la Indepen-

dencia, esquina de la calle de Don Alfonso XII; Benita se cogió del brazo de Salvador y pasearon por la carretera de las Ventas del Espíritu Santo y hablaron todo lo que tenían que hablar.

Benita le contó sus penas y fatigas en la galera; Salvador le contó el tormento que sufría viviendo con una mujer de las condiciones de Teresa, y por fin, compadecidos el uno del otro, convinieron en volver á ser lo que habían sido antes del conato de homicidio.

Al día siguiente Salvador visitó por la noche á Benita, y aquel modesto y casi pobre sotabanco de la calle de Goya tuvo desde entonces para los dos amantes algo del paraíso terrenal que tanto ambicionan los mortales en este pícaro mundo.

Pocos días después Salvador pagaba un recibo de inquilinato de doscientas pesetas por el mes adelantado y el mes de fianza de un cuarto segundo en la calle de Ferraz, es decir, en el extremo opuesto de la calle de Goya, y aquel recibo estaba á nombre de Benita.

También pagó á un tapicero quinientas pesetas por los muebles de una sala y un comedor, y Benita, gracias á la generosidad de su amante, se encontró con un modesto nido lleno de luz y de comodidades, y desde cuyos balcones se veia la casa de Campo y los cerros del Escorial.

Como Salvador no tenía comida buena en la casa de la calle de Serrano, donde vivía Teresa, con frecuencia se iba á cenar á la calle de Ferraz, donde vivía Benita; y aunque Benita era una excelente cocinera y repostera, tuvo que tomar una criada sin pretensiones, de cuarenta reales al mes, para

los trabajos pesados de la casa, como barrer, fregar, ir á los recados y encender el fuego.

En una palabra, cuando Salvador se cansaba de las impertinencias de su indigesta, de su insoportable mujer, tomaba el tranvía y se iba á respirar un aire más puro á la calle de Ferraz, en donde Benita tenía buen cuidado de hacerle olvidar los sinsabores de su desgraciado matrimonio.

Estos maridos que se ahogan en la casa propia, que siempre están serios y malhumorados en su hogar doméstico, y que van á la casa de su querida á respirar, y allí se tornan amables, expresivos y alegres, abundan por desgracia, y la mayor parte de las veces su conducta no tiene una explicación concreta.

Algunos de ellos son doblemente culpables, porque á veces sus mujeres valen cien veces más que sus queridas, y no tienen otra razón para disculpar su conducta que aquella célebre frase que se atribuye á Fernando VII: *Siempre perdices, cansan.*

Pero Salvador no estaba afortunadamente en este caso, porque Benita valía mucho más por todos conceptos que Teresa, y persuadido de esta verdad no le remordía la conciencia.

Como es muy difícil á los maridos que se *distraen fuera de su casa* no cometer alguna imprudencia, y que á lo mejor el diablo tira de la manta, resultó que tres meses después de la reconciliación de Benita y Salvador, un día Teresa se encontró en el cesto de los papeles un volante, en donde, con lápiz y letra de su marido, se hallaban escritas estas notas reunidas: «Bolsín cupones. — Sastre. — Talón del

Banco.—Almoneda.—Prast.—Coche.—Modista Benita.—Parte Cádiz.—Renta perpetua.—Casero.»

Teresa, como si estas palabras «Modista Benita» estuvieran escritas con letras encarnadas, fijó en ellas sus ojos, y al mismo tiempo sintió eso que llaman las mujeres que el corazón le daba un vuelco.

Sabido es que cuando el corazón se permite hacer una de esas evoluciones que se traducen por un grito de alerta, se pone uno en guardia y espera con impaciencia lo desconocido.

Teresa, encerrada en la soledad de su casa, tenía tiempo de pensar muchas cosas; pero desde que había leído aquel volante de notas, sólo pensaba en estas palabras: «Modista Benita.»

¿Conocería su marido á alguna modista que se llamaba Benita, ó sería esta Benita la que había querido matarle, que necesitaba una modista?

Con un carácter tan retraído, taciturno y reservado como el de Teresa, no era fácil que le preguntara á su marido qué quería decir aquella nota; pero en cambio una sospecha se le aferró en su cerebro; tuvo empeño en saber la verdad.

Desde este día Teresa fué el Argos de su marido. Siempre que podía le registraba los bolsillos y leía los papeles que hallaba al alcance de su mano, y poco á poco adquirió la seguridad de que Salvador tenía una querida, y que esta querida se llamaba Benita.

Un hombre en el transcurso de su vida puede tener dos, y aun tres queridas, que por casualidad lleven el mismo nombre; pero lo que no concebía, lo que no se explicaba Teresa,

era que la Benita, que por quererle matar habia ido á presidio, fuera la misma Benita cuyos gastos pagaba en calidad de amante.

Teresa no conocía á la Benita primitiva personalmente; así es que aunque la viese, no podría decir: ésta es aquélla; pero una voz secreta le decía: la de hoy es la misma de ayer; tu marido se lo ha perdonado todo, y la mantiene á cuerpo de rey con tu propia renta.

Desde este instante sintió, no celos, porque no amaba á su marido, pero sí el deseo de venganza... porque le aborrecía.

Un pensamiento maquiavélico cruzó por su mente: envenenar á Salvador.

—Si la justicia encuentra las huellas del veneno,—se dijo,—me importa poco; porque yo denunciaré como autora del crimen á Benita, que por él estuvo en presidio, y que ya quiso matarle otra vez para vengar los agravios que le había hecho.

Una noche Teresa le dijo á Salvador cuando se levantaba de la mesa, terminada la comida:

—¿Supongo que irás á la calle de Ferraz, á ver á Benita?

Salvador dió un salto sobre la silla, y se quedó mirando á su mujer con asombro.

Teresa se sonrió y dijo:

—Dale memorias de mi parte, y dile que me alegro que haya salido de la galera, y que sea tan poco rencorosa contigo.

—Pero ¿qué estás diciendo?—contestó con insegura voz Salvador.

—En este mundo todo se sabe tarde ó temprano. No ten-

drás motivo para tratarme de precipitada; hace dos meses que sé tus nuevos amores con Benita; ya ves si he tenido paciencia, que no te he dicho nada hasta hoy.

—¡Bah! Tú estás loca ó quieres volverme á mí.

Teresa se encogió de hombros, y salió del comedor.

Salvador salió poco después de su casa, pero muy preocupado, y tomó no pocas precauciones para visitar aquella noche á Benita, á quien no le dijo nada de lo que había pasado entre él y su mujer.

CAPITULO V.

Donde se prueba que no siempre va el culpable á la cárcel.

Benita, que era una mujer de corazón impresionable y buenos sentimientos, había olvidado antiguos resentimientos y casi se creía feliz amando y siendo amada por Verdemar.

Bien es verdad que Salvador jamás había sido tan atento y cariñoso con ella, porque encontraba en su casa un gran consuelo á sus penas.

Salvador iba todas las noches á pasar dos ó tres horas en casa de su querida.

Una noche Salvador y Benita se hallaban sentados en dos butacas junto á la chimenea lamentándose de las precauciones que se veían precisados á tomar desde que Teresa se había mostrado recelosa, cuando de pronto Verdemar se sintió malo.

—Indudablemente me ha hecho daño la comida,—dijo Salvador.—Siento una gran angustia en el estómago y desvanecimiento en la cabeza.

—Voy á hacerte una taza de té con unas gotas de anisado,—repuso Teresa.

—Sí; tal vez me siente bien.

Salvador, desde la butaca, fué á echarse en el sofá, y Benita le puso dos almohadas para que estuviera más cómodo.

Tomó una taza de té, y luego, á los pocos minutos, otra; pero el malestar iba en aumento, y un sudor frío se extendió por todo su cuerpo.

—¿Has tenido algún disgusto mientras comías?—le preguntó Benita.

—¡Ah! Teniendo al lado aquella fiera, ¿cómo no tenerlos? Desde que me casé con ella no he tenido comida buena.

De pronto Salvador sintió un brusco estremecimiento en todo el cuerpo, le zumbaron los oídos y se le crisparon las manos.

—Me siento muy malo, Benita... Invade mi cuerpo un frío desconsolador... Parece como que pierdo hasta la vista... sí, sí, la pierdo... pues ya no te veo... todo son tinieblas en derredor mío... no me dejes... no te apartes de mí...

Y Salvador se abrazó á Benita con la fuerza y la desesperación del náufrago que busca un apoyo para hundirse en el fondo del mar.

—¿Quieres que llame á un médico de la casa de socorro?—dijo Benita.—Eso es que se te ha sentado la digestión. Mira, voy á ponerte una manta y añadir leña á la chimenea.

Salvador continuaba estremeciéndose, temblando como si se helara la sangre de sus venas.

—¡Benita! ¡Benita!—dijo con tembloroso acento.—No te

veo... me he quedado ciego, y siento un peso mortal en el corazón... ¡Ah! Yo creo que esa infame de Teresa me ha envenenado... Sí, me ha envenenado, porque el veneno ha sido siempre su idea fija; quiso envenenar á su tío, á su primo, á Esteban Terreño, á todo el mundo, y ahora esa miserable me ha envenenado á mí...

Benita lanzó un grito, y quiso separarse de los brazos de Salvador para correr en busca de un médico; pero Salvador la tenía sujeta y tan fuertemente estrechada por el cuello, que le fué imposible desprenderse de sus brazos.

—Déjame, Salvador, déjame que vaya á buscar á un médico.

—No, no quiero que te vayas, no quiero que me dejes solo... tengo miedo á la muerte... y me muero, Benita, me muero... no hay remedio para mí... ¡Ah! Si en vez de ser tú, á quien tanto amo, fueras Teresa, así te estrangulaba.

Y Salvador, en las ansias de la muerte, cogió el cuello de su querida y le apretó con fuerza.

Benita lanzó un grito, y entonces Salvador soltó su presa, rodando desde el sofá al suelo.

Benita retrocedió espantada: luego se acercó, se arrodilló junto al cuerpo de Salvador y le llamó muchas veces, sin que le contestara.

Entonces, presa de una agitación nerviosa, cogió una luz y la acercó al rostro de Verdemar.

Tenía los ojos inmensamente abiertos, la boca contraída y el rostro lleno de manchas amarillentas.

—¡Pero, Dios mío, si creo que está muerto!—exclamó Benita aterrada.

Benita había despedido por la mañana á la criada: se hallaba sola.

En estos casos el aturdimiento es natural: comenzó á dar voces y á pedir socorro.

Nada alarma tanto á los vecinos pacíficos como oir en el silencio de la noche gritos intempestivos de alarma. El fuego y los ladrones son dos peligros dispuestos siempre á turbar la paz de las familias. Pueden presentarse á cualquier hora.

Las voces de socorro que daba Benita alarmaron á los vecinos. El portero llamó á la pareja de orden público, y comenzaron á llamar á la puerta.

Benita se acordó entonces que para que le prestaran auxilio era preciso abrir la puerta, y así lo hizo, entrando en tropel algunos vecinos, la pareja de orden público y el portero.

Todo el mundo preguntaba la causa de aquella alarma; pero al penetrar en la sala y ver un hombre tendido y al parecer muerto, formaron un corro en derredor.

Entonces Benita, con el traje descompuesto, los ojos llenos de lágrimas y el acento agitado, contó lo que había sucedido.

Se dió parte al juez de guardia, que acudió con el médico y reconoció el cadáver.

—Este hombre ha muerto con todos los síntomas de un envenenamiento,—dijo el facultativo.

Se dispuso el traslado al hospital para hacerle la autopsia.

El juez, que había oído la declaración de Benita y que no cesaba de mirarla, advirtió en su cuello ciertas señales que le llamaron la atención.

—¿Cómo se ha hecho usted esos cardenales del cuello?—le preguntó.

—No he sido yo, señor juez, ha sido Salvador, que al sentirse morir se abrazó á mí, suplicándome que no le abandonara, y por poco me estrangula,—contestó Benita.

—¿No es usted la misma Benita Requena que en otra época disparó un revólver sobre su amo Salvador Verdemar?

—Sí señor,—contestó Benita estremeciéndose,—pues comprendía la transcendencia de la pregunta.

—¿No salió usted sentenciada por conato de homicidio á quince meses de cárcel en el penal de mujeres de Alcalá?

—Sí señor, hace tres meses cumplí la condena.

El juez se acercó á la mesa y firmó la orden de prisión de Benita, y dándosela á los agentes de orden público, añadió:

—Conduzcan ustedes á Benita Requena á la cárcel de mujeres, donde permanecerá incomunicada hasta nueva orden.

Benita se llevó las manos á la cabeza, retrocedió un paso y dijo con asombro:

—¡Presa! ¡Yo presa é incomunicada!... ¿Pues qué he hecho yo?

El juez guardó silencio.

Uno de los agentes, el que llevaba la orden, le dijo á Benita:

—Vamos, señora, es preciso cumplir la orden del juez.

Benita prorrumpió en un estrepitoso lloro, y arrodillándose á los piés del juez, exclamó:

—Señor, soy inocente. Si Salvador ha muerto envenenado, cuando entró en mi casa ya lo traía en el cuerpo.

El juez mandó que recogieran con mucho cuidado la tetera, la botella del aguardiente anisado y las tazas que se hallaban sobre una mesa; mandó asimismo cerrar y sellar la casa, y mientras los agentes conducían á la cárcel á Benita en un coche, él se dirigía á la calle de Goya á casa de la viuda de Salvador Verdemar.

Teresa recibió al juez y los que le acompañaban, demostrando el asombro que le causaba su inesperada visita.

Cuando le dijeron lo que había ocurrido, lanzó un grito y cayó desvanecida en una butaca.

La comedia del asombro, de la desesperación, de la pena, estuvo tan bien representada, que todos se interesaron por aquel gran dolor, y procuraron consolarla.

—Sí, sí,—exclamó Teresa,—ha sucedido lo que yo me temía. Esa mujer fatal trató ya otra vez de matar á mi pobre Salvador, y ahora se ha vengado de un modo terrible.

El juez le dirigió algunas preguntas, y salieron de la casa compadeciendo á la pobre viuda.

Cuando el envenenamiento del agente de negocios don Salvader Verdemar pasó al dominio público relatado por los periódicos, la opinión se puso de parte de la viuda, achacando el crimen á la infeliz Benita, que encerrada en un calabozo, comprendía lo grave y triste de su situación.

Mientras tanto Teresa, aquella alma fría y rencorosa, se gozaba en el rincón de su hogar, pensando que de un solo golpe se había vengado de Salvador y de Benita, captándose al mismo tiempo las simpatías de la opinión.

Escribió una carta llena de patéticos conceptos al padre Marcelo, dándole cuenta de lo que ella llamaba una desgra—

cia, que temía y esperaba desde que supo que Benita había salido del penal de Alcalá de Henares.

Lógicamente, la opinión achacaba á Benita la muerte de su amante. Aquélla era una venganza premeditada bajo los sombríos techos de un presidio; pero la vida real es muchas veces tan absurda, que los acontecimientos están reñidos con la verdad.

Benita, al verse en el calabozo incomunicada, pensó en su situación y tuvo miedo.

¿Cómo podría vindicarse á los ojos de los jueces? ¿cómo probar su inocencia?... ¿No había ella disparado á boca de jarro su revólver para matar á Salvador? ¿No había jurado cien veces durante su causa y su permanencia en el penal, vengarse de aquel hombre que la había deshonrado y abandonado? ¿No habían encontrado el cadáver de Verdemar en su casa? ¿Ella misma no tenía señales en el cuello de la lucha que indudablemente había mantenido con su amante? Todos estos actos de su vida pasada se amontonaban en su cerebro, y una voz interior le decía: estás perdida... siendo inocente, todos te creerán culpable, porque las apariencias te acusan; es el castigo de las que, como tú, se han colocado fuera de la ley y sufrieron una condena impuesta por los jueces: pero esta vez, el tribunal que te juzgue será inexorable, inflexible, contigo, porque el que reincide en un nuevo crimen, el que es perseverante en la culpa, el impenitente, no es digno de compasión.

La infeliz Benita comprendía su angustiosa situación, y pasó la noche sin cerrar los ojos al sueño.

Cuando la calabocera entró por la mañana, se alarmó,

porque la incomunicada tenía una fiebre muy alta, y dió parte al director.

El médico la visitó en el calabozo, y dijo que era preciso sacarla de allí inmediatamente, y se solicitó en el acto la orden del juez.

Benita fué trasladada á la enfermería con una fiebre de 39,8 décimas de temperatura.

Por la tarde subió la calentura á cuarenta grados.

La vida de aquella infeliz corría peligro si no se conseguía rebajar el excesivo calor de la sangre.

Benita, con voz fatigosa y apagada, dijo al médico y á la enfermera:

—Me siento muy mal... Quiero confesarme... Pero ha de ser con un sacerdote, que se llama el padre Marcelo y vive en la plaza de la Independencia... ¡Ah! Por caridad... Que se le llame... Porque mi confesión tal vez evite á otros morir envenenados, como ha muerto el pobre Salvador Verdemar... Yo soy inocente de esa muerte... tan inocente como el sol... Pero comprendo que las apariencias me acusan...

El juez accedió á los deseos de la enferma, y á las ocho de la noche el padre Marcelo entraba en la enfermería de la cárcel de mujeres.

CAPITULO VI.

Confesión.

Benita, con los ojos inmensamente abiertos, el cabello en desorden, la frente sudorosa y una vaga sonrisa en los abrasados y secos labios, vió acercarse la venerable figura del padre Marcelo hacia su cama.

El sacerdote, antes de hablar, la contempló un instante, y luego se sentó junto á la cabecera.

—Gracias, padre mío,—dijo Benita, apoderándose de una mano del sacerdote y besándosela con veneración;—me encuentro muy mala... y tengo el presentimiento que mi muerte se acerca.

—Sólo Dios, hija mía, sabe cuándo ha de sonar nuestra última hora; pero me han dicho que deseaba usted confesarse conmigo, y vengo, cumpliendo con mi deber, á sentarme junto á la cabecera de esta cama.

—Sí, padre mío... quiero hacerle á usted una revelación, porque sé que usted me creerá,—añadió Benita.—Usted sabe

el desastroso fin del pobre Salvador; le encontraron cadáver en mi casa, y al declarar los médicos que había muerto envenenado, me señalaron á mí como autora de tan horrible crimen, y sin embargo, padre Marcelo, soy inocente; lo juro por la memoria sagrada de mis padres, por la salvación de mi alma. Si yo le hubiera suministrado la pócima que le arrancó la vida, lo habría dicho, como lo dije cuando hace dos años traté de matarle.

—¿Si usted no ha cometido el crimen de que se la acusa, sospecha usted quién puede ser el envenenador?—preguntó el sacerdote.

—Sí: más diré... lo sé, porque Salvador me lo dijo.

—¿Quién es?

—Una mujer.

—¿Tiene usted inconveniente en decirme su nombre?

—Ninguno, pues precisamente para eso me he tomado la libertad de llamar á usted.

—¿Conozco yo á la que, según usted afirma, ha envenenado á Verdemar?

—Sí señor; se llama Teresa de Robledano.

El padre Marcelo no demostró el menor asombro al oir ese nombre.

—La acusación que usted acaba de hacer sobre Teresa es muy grave.

—Lo sé; pero sé también que he dicho la verdad. Salvador vivía siempre receloso, porque antes de casarse, cien veces le había aconsejado Teresa que empleara el veneno para librarse de todos aquellos que le estorbaban para apoderarse de la fortuna de su difunto tío. Salvador rechazaba siempre

horrorizado esas proposiciones, y entonces Teresa le llamaba cobarde, riéndose de la pobreza de su espíritu.

Benita se detuvo un instante, y como el padre Marcelo guardaba silencio, volvió á decir:

—Hace escasamente un mes, Salvador vino á verme una noche. Yo noté que estaba inquieto, sobresaltado, y al preguntarle la causa de su malestar, me dijo: «Me parece que Teresa sospecha nuestras relaciones, y me da miedo, porque la creo capaz hasta de un crimen. Es preciso, por lo tanto, vivir muy alerta, y no te extrañes si alguna noche dejo de venir á verte. Pocos días después me dijo que había tenido un gran altercado con Teresa, y que ya no tenía duda de que sabía que yo era su querida.

—Estoy resuelto á proponerle que nos separemos,—me dijo Salvador.—No puedo vivir así; la mirada sombría de esa mujer me quita el sueño; su silencio sepulcral me hiela la sangre. Cuando la pregunto algo me contesta empleando monosílabos; cuando estoy en casa, cuando la veo á mi lado, me ahogo. ¡Qué horrible tormento vivir siempre bajo el mismo techo que esa mujer!... ¡Oh! Si antes de casarme, cuando codiciaba la fortuna de su primo yo la hubiera creído y seguido sus consejos, á estas horas ó habíamos terminado nuestra vida en un patíbulo, ó estaríamos en presidio.

Benita se detuvo: su voz fatigada necesitaba un momento de descanso para continuar su relato.

El padre Marcelo guardaba silencio.

—Anoche—añadió Benita—vino á verme Salvador como de costumbre á las nueve. Acababa de comer en su casa. De pronto se sintió malo; yo le hice una taza de té con unas gotas

de anisado, creyendo que sería una indisposición del estómago. Pero su malestar fué en aumento y con gran rapidez. Terribles convulsiones agitaban su cuerpo, sus ojos parecían salirse de las órbitas. Yo estaba aturdida, me hallaba sola, pues por la mañana había despedido á la criada. Volví á darle una taza de té, y le dije que iría á buscar á un médico de la casa de socorro. Entonces Salvador, abrazándose á mi cuello, me estrechó con fuerza contra su pecho, y me dijo:

—No me dejes... ¡Me muero, Benita, me muero!... Estoy seguro que esa infame de Teresa me ha envenenado... porque envenenar á todos ha sido el pensamiento fijo de esa fiera... Primero quiso envenenar á su tío, luego á sus primos... y ahora á mí... sí, á mí, porque me siento morir y me arden las entrañas!...

¡Ah, padre Marcelo!—añadió Benita exhalando un suspiro.—Aquello fué horrible: el pobre Salvador lanzó un grito y cayó al suelo, arrastrándome en pos de él y cogiéndome del cuello con tal fuerza, que sus dedos quedaron impresos en mi garganta.

Poco después lanzaba el último aliento y yo pedía socorro, aunque ya era demasiado tarde por desgracia.

Cuando acudió la justicia; cuando encontraron el cadáver aún caliente en mi casa; cuando vieron mi traje y mis cabellos descompuestos, como si hubiera luchado con Verdemar; cuando recordaron que yo había estado en la galera quince meses por haber intentado matar á mi amante, es indudable que el juez me creyó autora de aquel envenenamiento, pues decretó en el acto mi prisión y que se me tuviera incomunicada.

Y Benita, con una voz apagada por la calentura y la emoción, añadió:

—Todas las apariencias me acusan, pero juro á usted, padre Marcelo, que soy inocente, y que la que ha envenenado á Salvador Verdemar es su esposa Teresa de Robledano.

—Piense usted que esa acusación es grave,—repuso el sacerdote.

—En la hora de la muerte, al pié de un altar besando la santa imagen de Cristo, repetiría lo mismo: Teresa de Robledano es la envenenadora de Salvador Verdemar.

Desde este momento Benita ya no habló más palabra con hilación: comenzó el delirio, mezclando las palabras incoherentes con gritos y lamentaciones.

El padre Marcelo tenía que sujetarla para que no se levantara de la cama.

A las preguntas que le dirigía le respondía con un desacuerdo desconsolador.

Cansado de esta lucha y viendo que la fiebre no cedía, llamó á una enfermera para que se avisara al médico.

El doctor, después de pulsarla y ponerle el termómetro, dijo:

—Tiene cuarenta grados y tres décimas de temperatura. Si continúa así, temo por su vida; pueden ser unas calenturas malignas.

—Doctor, voy á retirarme, porque de nada puedo servir en el estado grave de la enferma; pero estoy dispuesto á prestarle los auxilios de la religión á cualquier hora del día ó de la noche que me llame. Vivo en la plaza de la Independencia: aquí están las señas de mi domicilio.

El padre Marcelo, desde la cárcel de mujeres, vivamente impresionado, se dirigió á la calle de Goya, donde vivía Teresa, encargando al cochero que avivara el trote de los caballos.

Teresa, desde que se había casado, desde que había perdido la esperanza de heredar á su primo, trataba con cierta sequedad al padre Marcelo y á Alejandro.

Era un alma desagradecida, dispuesta siempre á morder la mano que la protegía.

Recibió al padre Marcelo en su gabinete, pálida y rígida como una muerta.

—Vengo de ver á Benita,—le dijo el sacerdote.

—¿Y cuándo ahorcan á esa infame?—preguntó, dejando asomar á sus delgados y descoloridos labios una sonrisa fría y desabrida.

El padre Marcelo, al oir esta pregunta, frunció el entrecejo, y dijo:

—¿Cree usted, Teresa, que efectivamente deben dar garrote á la infeliz Benita?

—¿Quién lo duda? Todo el mundo que la conozca y sepa su historia pensará lo mismo que yo. Hace dos años descargó á boca de jarro un revólver sobre la cabeza de Salvador. No le mató por un milagro, pero ella puso de su parte todo lo posible para matarle; y ayer se encontraron á mi marido muerto, envenenado en su casa... Creo que la justicia tendrá en cuenta todos estos antecedentes, sentenciándola á muerte.

—¿Y no cree usted que aunque las apariencias la acusan,—añadió el sacerdote mirando fijamente á Teresa,—que Benita pueda ser inocente?

—No; creo que ella es la que ha envenenado á Salvador.

—¿Y lo juraría usted con una mano puesta sobre los Evangelios y la otra sobre el corazón?

La voz del sacerdote era tan severa, su mirada tan imponente, que Teresa se estremeció.

El padre Marcelo sacó un pequeño libro de oraciones y una cruz de bronce con el Cristo enclavado, y colocando delante de los ojos de Teresa aquellos dos objetos sagrados, le dijo con voz solemne:

—Teresa, ¿juras por los Evangelios y con los labios puestos en este crucifijo que no has sido tú la envenenadora de tu marido?

Una palidez mortal se extendió por el rostro de aquella mujer, é involuntariamente, y obedeciendo á un impulso de la sangre, se levantó de la butaca y retrocedió algunos pasos.

—Desgraciada de tí si por un crimen que tú has cometido va un inocente al patíbulo...—exclamó el padre Marcelo con voz vibrante y amenazadora.—Desgraciada de tí si llega un día en que la voz acusadora de la conciencia te pide cuenta de la vida de Salvador y de Benita. Las amenazadoras sombras de tus víctimas amargarán todas las horas de tu existencia; tu cuerpo, atormentado por el remordimiento, se revolcará durante las noches sobre tu lecho, sin encontrar un minuto de tregua, ni un segundo de descanso; porque tu lecho arderá para tí con las llamas del infierno. Adonde quiera que dirijas tus ojos, encontrarás la pálida imagen de tu esposo y de Benita, que te gritarán ¡Asesino! y esa voz, penetrando hasta la médula de tus huesos, convertirá tu vida en una agonía lenta y dolorosa como la de Prometeo.

Al llegar aquí, Teresa, aterrada, cayó de rodillas y estas palabras acusadoras se escaparon de su alma:

—¡Perdón! ¡perdón! Yo he sido la que he envenenado á Salvador... le aborrecía, y él me aborrecía... nuestra vida era un infierno... me he vengado... denúncieme usted si quiere... diré la verdad...

Y Teresa, cubriéndose el rostro con las manos, comenzó á llorar amargamente.

Aquella mujer tenía seco el corazón; había llorado pocas veces, y éstas de rabia, nunca de ternura; pero la emoción, la venerable figura y la voz imponente del padre Marcelo, le habían causado una impresión desconocida para ella, y faltándole valor para mentir y serenidad para jurar en falso, se denunciaba sin saber lo que se hacía.

El padre Marcelo la contempló un instante, y luego, cogiéndole por un brazo, la sentó en una butaca.

—Escuche usted, señora, lo que voy á decirle. Por el buen nombre de su primo de usted Alejandro, de ese protector generoso que usted no se merece, guardaré el secreto de ese crimen que mi voz ha arrancado á una conciencia perturbada... pero advierto á usted al mismo tiempo, que yo pondré de mi parte todo cuanto pueda para salvar á Benita del crimen que le imputan, porque es inocente. Ruegue usted á Dios que yo no vea á esa mujer inocente camino del patíbulo, porque entonces obedecería lo que me dictara la conciencia.

Y el padre Marcelo, grave y profundamente afectado, salió del gabinete de Teresa.

CAPITULO VII.

Carta de Africa.

El padre Marcelo tuvo aquella misma noche una conferencia privada con Alejandro, que disgustado con la dramática muerte de Salvador, le había propuesto á Gabriela hacer un viaje á París.

Gabriela accedía siempre á todos los deseos de Alejandro menos á uno: es decir, al viaje á las costas de Guinea.

—Sin embargo, querida,—le decía Alejandro,—ese viaje tengo que efectuarlo tarde ó temprano; primero, para demostrarles mi gratitud á los monroyanos; segundo, para dejar un recuerdo de mi adorada madre en el mismo sitio donde pisamos tierra después del naufragio; y tercero, por mi amigo Pik, á quien le he ofrecido una cacería de panteras y leones.

A Gabriela le asustaba este viaje, porque le veía erizado de peligros, y el viaje se iba acercando insensiblemente.

El padre Marcelo y Alejandro se encerraron en una habitación, y allí, sin oídos inoportunos que les molestaran, y con

la mayor reserva, el sacerdote le refirió á Robledano las entrevistas que había tenido con Benita y Teresa.

—Sí, hijo mío,—añadió el padre Marcelo;—atormentada por la voz de la conciencia ha caído á mis piés confesándome su crimen. Benita es inocente, y nuestro deber nos manda salvarla.

—Pero para salvar á Benita es preciso perder á Teresa,—exclamó Alejandro,—y Teresa lleva mi apellido.

—Dios nos iluminará en este trance aflictivo; pero antes de permitir que la justicia de los hombres, empujada por las apariencias y la opinión conduzcan al patíbulo á una inocente, preciso será decir la verdad.

Alejandro, abrumado ante aquella revelación, dejó caer la cabeza sobre el pecho y exhaló un suspiro, murmurando en voz baja:

—¿Qué hacer? Sería una gran vergüenza para mí y un gran dolor para Gabriela que Teresa expiara sus crímenes sobre el infamante tablado de un patíbulo.

—Por lo pronto te aconsejo que tranquilices tu espíritu, que recobres la serenidad y que no digas nada de cuanto acabo de revelarte á Gabriela. ¿Para qué proporciona ese gran disgusto?

—¡Ah, infame, infame!... Yo no quería creer las acusaciones que me hizo Esteban Terreño, porque jamás he comprendido la infamia.

—Hijo mío, triste es decirlo, pero Teresa más de una vez ha concebido el pensamiento de emplear el veneno para librarse de tí y de todos los herederos de su tío. Es preciso, por lo tanto, que viva siempre separada de vosotros, y si la

salvas de la justicia de los hombres, imponerle un castigo que purifique en parte sus crímenes.

—No, no quiero saber nada de ella; á usted se la confío. Yo partiré mañana con Gabriela á pasar una temporada en París, porque me moriría de vergüenza si la viese en una cárcel acusada de envenenadora.

—Querido Alejandro, á tu honra en nada puede afectar lo que esa desgraciada ha hecho. Te aconsejo que permanezcas en Madrid. Déjame á mí este asunto, y confiemos en Dios.

—Sí, sí, padre Marcelo, haga usted lo que quiera, pero es preciso salvar á Benita, porque es inocente, y á Teresa porque es hija de la hermana de mi padre. Disponga usted como guste de mi fortuna.

Después de esta escena, Alejandro fué á reunirse con Gabriela, y el padre Marcelo se encerró en su habitación, y arrodillándose en un reclinatorio, cuyo testero era un Cristo enclavado en la cruz, se puso á rezar pidiéndole á Dios que le amparara é iluminara en tan aflictivo trance.

Una hora permaneció entregado á la oración, luego se acostó, durmiéndose al poco rato.

El padre Marcelo se levantaba en todo tiempo al despertar la aurora. Costumbre adquirida desde niño.

Después de sus rezos, salió á pié de casa y se dirigió á la cárcel de mujeres.

Entró hasta la enfermería y le preguntó á un practicante:

—¿Cómo sigue doña Benita?

—Muy mal, padre; la elevada temperatura de la fiebre que le acometió ayer se ha resuelto en unas calenturas per-

niciosas, que probablemente, según la opinión del profesor facultativo, tendrán un resultado funesto. No cesa el delirio, y dos mujeres se hallan junto á su cama sujetándola para que no se levante, porque todo su afán consiste en abandonar su cama.

—¿Puedo entrar á verla?—preguntó el padre Marcelo.

—Sí, señor; no se nos ha dado ninguna orden en contrario, y como usted la confesó ayer...

El padre Marcelo saludó al practicante, y entró en la enfermería.

Benita deliraba en voz alta.

Una de las enfermeras se levantó de la silla que ocupaba junto á la cama, y le suplicó al sacerdote que se sentara.

—¿Con que sigue tan mal esta desgraciada?—preguntó el padre Marcelo.

—No cesa el delirio desde las cinco de la mañana,—contestó una enfermera.—Nos tiene rendidas. Su único afán es levantarse, tirarse al suelo. Dice que quiere estrangular á una tal Teresa, y qué me se yo las tonterías. Se conoce que á la pobre le ha hecho mucho efecto el verse presa; y sin embargo, ya debería estar acostumbrada, porque no es la primera vez que viene por aquí.

Mientras tanto, Benita miraba con los ojos inmensamente abiertos al sacerdote, como si quisiera recordar su fisonomía.

—El médico le ha dado un medicamento para que se le rebaje la calentura,—añadió la enfermera,—pero se conoce que nò le ha hecho efecto.

Benita exhaló un largo suspiro y cerró los ojos, pero pronto los volvió á abrir, gritando:

—Soy inocente... dejadme levantar de esta cama; quiero probar á los jueces que no soy yo la que le ha envenenado... la que ha de subir al patíbulo no soy yo, es Teresa.

—Y dale con Teresa,—añadió la enfermera sonriéndose.

—Hijas mías, ruego á ustedes que me dejen solo con esta desgraciada,—dijo el padre Marcelo.

—¿Y si la vuelve á dar la locura de tirarse de la cama?

—Yo la sujetaré; y si no puedo conseguirlo las llamaré á ustedes.

—Pues bien, estaremos junto á la puerta, desde allí usted nos verá á nosotras y nosotras á usted.

Cuando el padre Marcelo se quedó solo con la enferma, se acercó un poco á la cabecera de la cama, y dijo:

—Benita, ¿no me conoce usted hija mia? Soy el padre Marcelo... ánimo...

Benita extendió una mano como si quisiera coger algo, y dijo:

—¡Ah! ¡sí!... El padre Marcelo... es un buen sacerdote... de los que hay pocos... él sabe que no soy yo la que ha envenenado á Salvador... sí, él lo sabe... pero qué importa, los jueces ni le creerán á él ni á mí.

—¿Y por qué no han de creernos, hija mia? La inocencia siempre sale triunfante.

—La inocencia... buena inocencia, una mujer que ha estado en presidio... no, no me creerán... y sin embargo, yo no le he envenenado.

—Lo importante es que usted se ponga bien. Dios vendrá luego en nuestro auxilio.

—Ya se lo decia á Salvador,—añadió Benita sin ocupar-

se de lo que le decía el sacerdote—esa mujer te perderá... porque tú eres ambicioso y ella lo es más que tú... tiene mala cara... no mira nunca frente á frente; déjala, déjala... ¡Ah! ¡Qué ciegos son algunos hombres!

El padre Marcelo, comprendiendo que mientras el cerebro de Benita estuviera bajo la ardiente impresión de la calentura sería inútil dirigirle la palabra, guardó silencio, rezando en voz baja por aquella infeliz.

Dos horas permaneció junto á la cabecera del lecho de la enferma, sin conseguir una palabra amoldada á la razón.

El sacerdote salió de la cárcel, ofreciendo volver á la caída de la tarde á enterarse del estado de la enferma.

Cuando llegó á su casa, Pancho le dijo:

—Don Alejandro me ha encargado que le dijera á usted cuando viniera que le esperaba en su despacho.

El padre Marcelo entró en el despacho de Alejandro, que se hallaba leyendo los periódicos.

—¿Ha visto usted á esa desgraciada?—le preguntó.

—Vengo de la cárcel.

—¿Y cómo sigue?

—Bastante mal; tiene calenturas malignas, y los médicos desconfían de salvarla.

—Pero ¿habló usted con ella?

—Me fué imposible, porque no la deja ni un solo momento el delirio,—añadió el sacerdote.

—¿Y á Teresa, la ha visto usted?—preguntó Alejandro.

—No; la veré esta tarde...

—¿Y qué es lo que usted ha pensado que hagamos de esa infame?

—Hijo mío, con una mujer de las condiciones morales de Teresa, es bastante difícil conseguir nada de provecho. Yo la vi caer de rodillas á mis piés pidiéndome perdón por su crimen. En aquel momento la voz de la conciencia la acusaba, é indudablemente se hallaba dispuesta al arrepentimiento y á la contrición; pero ¿quién sabe cómo pensará ahora? Su carácter reservado, su mala índole, me tienen intranquilo.

—Es preciso que esa miserable purgue su crimen haciendo una vida ejemplar. Es preciso que, avergonzada de sí misma, llegue con el arrepentimiento á borrar su culpa. Mientras tanto, las puertas de mi casa estarán cerradas para ella. No quiero verla, porque mientras no se purifique á mis ojos, su contacto mancha, deshonra. Ahora creo que hubiera hecho conmigo lo que hizo con su esposo. Padre Marcelo, á usted le encomiendo esa desgraciada; pero al mismo tiempo, le aconsejo que no violente usted su conciencia por salvarla del rigor de la justicia. Aunque lleve mi apellido, cumpla usted con su deber si peligra la vida de Benita, que es inocente.

—Hoy mismo veré á Teresa. Hoy mismo le propondré condiciones, y tendrá que aceptarlas, si quiere seguir recibiendo los beneficios de usted.

—Ahora, padre mío, hablemos de otra cosa; pues solo el nombre de Teresa me ataca á los nervios.

Y Alejandro, cogiendo un papel de encima de la mesa, añadió:

—He recibido una carta que me ha llenado de gozo; carta que me obliga á emprender lo más pronto posible el viaje á las costas de Guinea.

—Veo, hijo mio, que no desistes de esa expedición peligrosa, que tanto disgusta á Gabriela.

—¡Oh! Yo estoy seguro que Gabriela acabará al fin por darme su consentimiento, y lo que es más, por acompañarme.

—¿Crees tú eso?

—Sí; y esta carta, que ella no conoce, la inclinará, terminando sus vacilaciones.

—Pero ¿de quién es esa carta?

—De dos ancianos venerables que fueron en otro tiempo, no sólo mis bienhechores, sino mis padres; de dos hombres honrados y justos, que fueron para mi pobre madre y para mí la Providencia; del general negro Samuel Hustton, y del venerable pastor Jorge Dikson.

—¿Viven aún?—volvió á preguntar con asombro el padre Marcelo.

—Sí, viven, y gozan afortunadamente de buena salud, á pesar de que el padre Dikson tiene noventa años, y el general Hustton ochenta y seis; pero oiga usted la carta, que no tiene otra contestación que mi presencia en la ciudad de Monrovia.

Y Alejandro empezó á leer en voz alta lo que sigue:

«Costas de Guinea.—Monrovia 1.° de Enero de 1880.

»A nuestro amado hijo adoptivo Alejandro de Robledano.—España.—Madrid.

»Querido Alejandro: Con inmensa alegría y profundo dolor á la vez, hemos recibido tu carta, en la que nos refieres detalladamente todo lo que te ha ocurrido desde que abandonaste estas costas en compañía de tu santa madre, dejándonos con el alma triste y el espíritu conturbado.

»Tu carta, hijo amado, nos llenó de dolor, pues en ella nos auunciabas la muerte de tu buena madre; y de alegría, porque al fin encontraste á tu padre y heredaste una gran fortuna, que estamos seguros emplearás bien, pues conocemos las bellezas y bondades de tu corazón.

»Nos causa también un placer infinito lo que nos dices de venir á hacernos una visita á estas lejanas costas. Si estos dos viejos que tanto te quieren y que tan pocos días les quedan de vida lograran abrazarte antes de morir, terminarían llenos de dicha una existencia honrada y puesta siempre al servicio de sus semejantes.

»Ven, pues, querido Alejandro, á contemplar la ancianidad de dos hombres que se precian de justos y honrados. Ven á dar un abrazo al pastor Dikson, que cuenta noventa años de edad, y al soldado Hustton, que ha cumplido las ochenta y seis navidades.

»Y no creas por esto que hemos perdido la esperanza de vivir algunos años sin las molestias y achaques propios de la vejez, porque en nuestra República de Liberia tenemos tres negros, dos varones y una hembra, que pasan de cien años; y donde llega un hombre puede llegar otro.

»Si tú vinieras, sería un verdadero regocijo para la honrada ciudad de Monrovia; y no creas que ibas á encontrar en nosotros dos viejos caducos é inútiles, no, hijo amado, porque el pastor Dikson aún regenta su cátedra y lee la *Biblia* en los bosques los días festivos, y el general Hustton monta á caballo y mata leones y panteras cuando los encuentra á su paso.

»Ven, ven, amado hijo, pues aquí te recibiremos como

recibieron en Roma á Mario y en Constantinopla á Belisario. Ven, ven, querido Alejandro, pues los hombres libres de Monrovia, por cuya independencia tantas veces te has batido, te esperan con los brazos abiertos.

»Tus padres adoptivos,—*Dikson y Hustton*.»

CAPITULO VIII.

Arrepentimiento.

Al terminar la carta, Alejandro tenía los ojos humedecidos.

—Ya ve usted que me veo obligado á hacer el viaje á Guinea,—dijo Robledano después de una pausa.

—¿No ha leído esa carta Gabriela?—preguntó el sacerdote.

—No.

—¿Qué piensas hacer?

—Leérsela hoy mismo.

—De seguro que le costará muchas lágrimas su lectura.

—Pero es que ella se ofusca y ve muchos peligros en ese viaje.

—Lógicamente pensando, hay muchos más en la travesía desde Madrid á Monrovia, que desde Madrid á París ó Florencia.

—Pero los peligros están en todas partes; nos amenazan de muerte desde el mismo instante que nacemos.

—Sí, hijo mío, sí, eso es cierto; sólo Dios sabe por dónde viene la muerte; pero tu mujer, que te ama con toda su alma, recuerda que el bergantín *El Ciervo* naufragó en las aguas de Guinea, que en los bosques hay leones y panteras, y francamente, tiene miedo de que te suceda una desgracia, y no quiere que vayas.

—No, no es eso; ella quiere que vaya, le parece justo que pague la deuda de gratitud que tengo con los honrados habitantes de Monrovia; pero quiere venir conmigo, quiere acompañarme.

—Y está en su derecho. La mujer debe seguir al marido.

—Es un viaje demasiado molesto para Gabriela.

—El hombre vive siempre en perpetuo error. Suele aconsejar el bien y seguir el camino del mal. Se cree más fuerte, y es más débil que la mujer. Alejandro, si Gabriela se empeña en acompañarte al golfo de Guinea, accede á sus deseos, porque padecerá más durante tu ausencia, que arrostrando las penalidades que pueda sufrir acompañándote.

—No, no, padre Marcelo. Gabriela debe quedarse en Madrid; sería una imprudencia.

—¿Luego tú crees que hay riesgo en recorrer los bosques de Guinea?

—Indudablemente hay algún peligro más que en recorrer las orillas del Rhin.

—Entonces, no debes ir tú tampoco, y tu esposa hará bien en oponerse á ese viaje.

—Pero es que yo, después de la carta que acabo de leer

á usted, no puedo negarme á las súplicas de esos dos venerables ancianos á quienes tanto debo, y que me esperan con los brazos abiertos.

—Pues bien, iremos todos; es decir, tú, Gabriela, sir Pik, un médico y yo; haremos la travesía á bordo del bergantín *Cora*, y Dios querrá que regresemos á España sanos y salvos, después de cumplir con nuestro deber.

Alejandro vaciló un momento antes de acceder á la proposición del padre Marcelo.

—Creo que es una locura exponer á Gabriela á las penalidades de ese viaje; pero hoy mismo escribiré á Melchor Tordera para que lo disponga todo y nos espere con el buque anclado en el puerto de Cádiz. Usted, mientras tanto, padre mío, arreglará el enojoso asunto de Teresa y de Benita.

—Hoy mismo veré á Teresa; tengo un plan, y espero que lo aceptará resignada.

. . . .

Aquella misma tarde Teresa se hallaba encerrada en su gabinete, cuando su doncella entró á anunciarle que el padre Marcelo quería verla.

El padre Marcelo, desde que le había arrancado á su conciencia el grito acusador de su crimen, le inspiraba miedo.

Conocía la rectitud de aquel venerable sacerdote, y temía que la denunciara á los jueces como la envenenadora de su marido.

Teresa estaba pálida como una muerta; la mirada de sus adormecidos ojos era más sombría. En su antipático rostro se notaban esas melancólicas huellas que imprimen los padecimientos morales.

El padre Marcelo entró en el gabinete, cerró la puerta, y se quedó de pié, mirando con severidad á Teresa, que no pudiendo soportar aquella mirada, inclinó la frente sobre el pecho.

Hubo una pausa angustiosa para aquella desgraciada, que no se atrevía á mirar frente á frente al venerable sacerdote.

—Vengo, Teresa, á imponer condiciones, y espero que usted no las rechace; porque si así sucediera, en vez del padre Marcelo, ministro de paz, de perdón y de tolerancia, vería usted entrar por esa puerta al juez y sus agentes en busca de la envenenadora de Salvador Verdemar.

Teresa se cubrió el rostro con las manos y exhaló un ahogado sollozo.

—Cuando una esposa—volvió á decir el sacerdote con reposado acento—medita en el fondo de su sombría alma matar á su marido, al hombre con quien debe compartir los goces y las penalidades de la vida, cuando llega á realizar tan espantoso crimen, merece la muerte. Usted, Teresa, está destinada á expiar su crimen en un cadalso; y si el grito de su conciencia no la denunciase á usted, yo la denunciaría antes que consentir que pague una inocente el crimen que usted ha cometido. Ni de Alejandro, ni de mí ni de nadie espere usted clemencia; la hora de la justicia sonará, y la inocencia saldrá triunfante.

—Pero ¿va usted á denunciarme?—preguntó con espanto Teresa.

—De usted depende la conducta que hemos de seguir. He dicho que vengo á imponer condiciones; si usted las re-

chaza, hoy mismo irá á ocupar un calabozo en la cárcel de mujeres; y allí, incomunicada y atormentada por los gritos de la conciencia, esperará la envenenadora el fallo de los jueces, que indudablemente será una sentencia de muerte.

—Pero ¿qué condiciones son las que usted viene á imponerme?—preguntó Teresa con acobardado acento, y mirando al sacerdote.

—En Italia, en los escabrosos montes de Calabria, existe un monasterio destinado á la penitencia; lo fundó hace muchos años una opulenta dama, gran pecadora, que, acosada por los remordimientos, apartó los ojos de la tierra para fijarlos en el cielo. La regla de aquellas desterradas voluntarias es severa: pagan un dote á la entrada, y terminan allí sus días, sacrificando el cuerpo y purificando el alma del lodo con que se manchó en el mundo. Allí es preciso ir, y allí irá usted, Teresa, acompañada por mí, á no ser que prefiera usted terminar su vida en un patíbulo. Nada, pues, le queda á usted que esperar de los hombres, todo de Dios, fuente inagotable de bondad. Medite usted bien su situación: si usted rechaza lo que acabo de proponerle, sólo le espera la miseria y el castigo de la justicia. Salve usted el alma, sacrificando la materia. La pensión que le pasaba á usted Alejandro queda retirada. La miseria y el oprobio en Madrid, la paz y el camino del cielo en los montes de Calabria. Elija usted.

Las palabras del sacerdote resonaban de un modo doloroso en el corazón de aquella pecadora, que cayó arrodillada á sus piés.

—Padre Marcelo, yo siento algo dentro de mi sér que me atormenta; jamás hubiera creído que pudieran causarme tan-

to efecto las palabras de un hombre. Mi corazón va á hablar como hablaría á las puertas de la muerte. He pasado la vida reconcentrando el odio en el fondo de mi pecho... aborreciendo á todos los que me rodeaban... oía siempre una voz secreta que me decía: «Odia, mata, ya que la naturaleza te ha negado sus favores.» Yo anhelaba ser rica, inmensamente rica, y tenía el pensamiento fijo en la fortuna de mi tío: pero vino Alejandro, y mató todas mis esperanzas. Entonces me uní con un hombre, á quien no amaba ni él me amaba á mí, pero le creía bastante infame para secundar mis deseos. Ese hombre ha muerto; yo lo he envenenado, lo confieso... Merecía la muerte, pero eso no me libra del castigo de los jueces. Nada espero en el mundo... Dispuesta estoy á apartar los ojos de la tierra y á fijarlos en el cielo. Iré á Italia á buscar en la penitencia el perdón de mis culpas. Obedeceré, padre mío; necesito la soledad, necesito pensar en Dios, quiero salvar mi alma.

El padre Marcelo puso una mano sobre la cabeza de la pecadora, que arrodillada á sus piés y con los ojos llenos de lágrimas se hallaba verdaderamente impresionada.

Para Teresa había llegado la hora del arrepentimiento.

—Está bien, hija mía; partiremos mañana. Voy á dar á tu primo Alejandro la buena nueva de que aceptas resignada la expiación que te he impuesto por tu crimen. Dispón tu equipaje, pero un equipaje modesto, como el que corresponde á la pecadora que huye del mundo y se arroja en brazos de la penitencia.

Teresa se apoderó de una de las manos del sacerdote, y besándosela, exclamó:

—Padre, bendígame usted, porque yo sólo pienso en la salvación de mi alma.

—No puedo bendecirte aún, pero te ofrezco hacerlo cuando lleguemos á la puerta del piadoso asilo de las arrepentidas de Calabria.

CAPITULO IX.

La muerte.

El padre Marcelo salió satisfecho del arrepentimiento que acababa de demostrarle Teresa.

Desde la calle de Goya se dirigió á la cárcel de mujeres. Entró en la enfermería. La pobre Benita se hallaba agonizando.

Como si la aproximación de la muerte derramara un rayo de luz en su cerebro, la enferma reconoció al padre Marcelo, y le dijo con débil acento:

—Gracias, padre mío. Me muero, y me alegro de verle á usted junto á la cabecera de mi cama, para que con piadosa mano cierre usted mis ojos.

—Ánimo, hija mía. ¡Quien sabe aún lo que Dios puede decidir de esa vida que lucha con la muerte!

—No, padre, no; me muero,—añadió Benita con desfallecido acento,—y bien sabe Dios que me alegro que así suceda... He tenido un sueño... yo me he visto muerta á mí

misma... ¿Qué porvenir era el mío?... El presidio por toda la vida, tal vez el patíbulo. ¡Ah! Es preferible morir en esta cama y pronto. Así terminarán todas mis amarguras, todas mis angustias.

Benita, que se había apoderado de una de las manos del sacerdote, la besó y dijo:

—Yo soy inocente del crimen que me imputan. Pero mi inocencia me será muy difícil probarla... Salvador murió en mi casa... en su cuerpo se encontraron las huellas del veneno que le había quitado la vida... Mis antecedentes me acusan... Yo no puedo borrar el pasado... debo morir, porque la muerte lo borra todo. Me basta con que usted esté persuadido de mi inocencia y pida á Dios por la salvación de mi alma.

Benita se ahogaba; su respiración bronca, su mirada vaga, preludiaban la agonía.

De pronto se cerraron sus ojos y quedó aletargada.

El padre Marcelo la llamó dos veces, sin que le contestara. Entonces hizo una seña con la mano á una de las enfermeras.

—Desde esta mañana le sobrecogen esos desvanecimientos con bastante frecuencia,—dijo la enfermera.—Está muy malita.

—Pero el médico habrá dejado alguna medicina para estos casos,—preguntó el sacerdote.

—Sí señor, ésa que está en ese vaso: una cucharada.

El padre Marcelo levantó con paternal solicitud la cabeza de Benita, y la enfermera le dió una cucharada del medicamento.

La enferma respiró con más facilidad y abrió los cerrados

párpados; pero sus ojos, velados y tristes, parecían mirar sin ver.

—Ánimo, hija mía, ánimo,—le dijo el padre Marcelo,—la juventud es un gran auxiliar para combatir la muerte. Usted es joven.

Benita exhaló un suspiro y se sonrió de un modo triste, como si no quisiera dar cabida á la esperanza en su corazón.

El día comenzaba á declinar. Un rayo de sol poniente penetraba á través de los cristales de una ventana de la enfermería.

Se había establecido un silencio sepulcral.

El padre Marcelo rezaba en voz baja.

De pronto Benita dijo:

—Padre... ese sol es el último de mi vida... Mis ojos no verán el de mañana... La muerte se cierne sobre mi lecho... y en esta hora sublime repito que soy inocente... ¡Ah! ¡Si usted pasara la noche junto á mi lecho!

—Pues bien, hija mía, enviaré un recado á mi casa para que no me esperen, y me quedaré junto á la cabecera de tu cama; pero no creo que estés tan grave.

Benita exhaló un suspiro y cerró los ojos.

Aprovechando este momento de calma, el padre Marcelo pidió papel y tintero á una de las enfermeras, y escribió á Alejandro la siguiente carta:

«Benita se halla grave... tan grave, que probablemente dejará de existir muy en breve.

»No me esperéis esta noche, pues le he ofrecido pasarla junto á su cabecera y cerrar sus ojos cuando exhale el último aliento.

»El asunto de Teresa está arreglado. Mañana, á lo más tardar pasado mañana, saldré con ella de Madrid para Italia, pues la he convencido á que pase el resto de su vida en el piadoso asilo de las arrepentidas de Calabria.

»El dote que se exige á las acogidas calabresas es de cinco mil libras. Teresa, arrepentida, irá á buscar en aquel piadoso retiro la paz de su alma y el camino del cielo.

»Yo la acompañaré, pues así se lo he ofrecido.

»Así pues, querido Alejandro, nos separaremos por algún tiempo, el tiempo preciso para cumplir la piadosa comisión que me has encomendado.

»Si mientras yo me dirijo á Calabria quieres tú emprender el camino del golfo de Guinea, entonces no podrá acompañarte tu padre adoptivo.—*Marcelo de la Cruz.*»

El sacerdote envió la carta con un demandadero.

Hasta las once de la noche Benita permaneció aletargada; á esa hora pareció despejarse un poco.

El padre Marcelo aprovechó este momento para suministrarle la unción.

Luego el sacerdote entregó á la moribunda un Cristo de marfil, que besó repetidas veces, y comenzó á hablarle de la otra vida.

Benita le escuchaba con verdadera reconcentración, besando de vez en cuándo con fervor cristiano la imagen del Crucificado.

—Tu alma, hija mía, se elevará al cielo en compañía de un coro de ángeles que intercederán por ella en las puertas del Paraíso, porque tu arrepentimiento es verdadero. Para tí van á terminar pronto las angustias y penalidades de la ma-

teria. Para tí va á comenzar pronto una nueva vida más eterna, más imperecedera que la que, como una carga penosa, se nos concede en este valle de lágrimas.

Benita continuaba besando el crucifijo, sin interrumpir las dulces palabras del agonizante, que le hacían entrever el Paraíso.

—La vida, hija mía, es una pesada carga, un tránsito doloroso por este valle de lágrimas y penalidades. Se teme á la muerte, porque se desconfía de la eternidad, porque se duda de la recompensa; pero el justo confía en una felicidad imperecedera que comienza más allá de la vida, cuando el alma se desprende del frágil barro donde se encierra; mientras late el corazón, respiran los pulmones y la sangre circula por nuestras venas, se eleva á las regiones purísimas del cielo, para gozar de una bienandanza infinita.

—Padre mío,—murmuraba Benita con voz apagada,—yo creo en Dios, y de su infinita bondad lo espero todo, todo. Yo me arrepiento de todas mis culpas, y espero la muerte resignada.

Así iban pasando las horas. Cuando el reloj de la enfermería marcó la media noche, la pobre Benita se agravó hasta el punto de que ya sus labios murmuraban palabras sin hilación ni sentido.

A las tres de la mañana, exhaló un bronco suspiro, y dijo:

—¿Por qué se han apagado las luces?... Por caridad, encendedlas otra vez... Es tan triste la sombra.. Teresa... Teresa es la envenenadora... Ella sola... ella... ¡Pobre Salvador!... Yo se lo decía... yo se lo decía...

Un brusco estremecimiento que siguió á una inmovilidad completa, dió á entender al padre Marcelo que Benita habia muerto.

Entonces el piadoso sacerdote le cerró los párpados, que habían quedado abiertos, y luego, arrodillándose á los piés de la cama, comenzó á rezar la oración de los difuntos.

CAPITULO X.

En la costa de Guinea.

Cuatro meses después de los acontecimientos que hemos narrado en el anterior capítulo, el bergantín *Cora* echó las anclas en el pequeño pero seguro puerto de Monrovia, situado en las costas del golfo de Guinea.

El día era espléndido; el cielo sin una nube ostentaba un purísimo azul, por donde extendía el sol sus rayos de fuego.

Sobre el alcázar de popa del bergantín se hallaban conversando cinco ó seis hombres vestidos con blusas blancas, pantalones de lienzo y sombreros de paja, mientras unos marineros botaban una lancha al agua.

Nombraremos á la gente que se hallaba en el alcázar de popa; eran los siguientes: Alejandro, sir Pik, Faustino, el maestro Ferrán y el capitán del buque, Melchor Tordera, nieto del otro Melchor de la pierna de palo.

—Pensando en el viaje feliz que hemos tenido y viendo estos grandiosos panoramas que se extienden ante nuestros

ojos,—dijo Alejandro,—siento no haber traído á Gabriela.

—¡Bah! Bien está en Madrid Gabriela con sus hijos, su abuelito y el padre Marcelo,—contestó Ferrán.

—Sí, sí; convencerla á que se quedara ha sido lo más prudente,—repuso sir Arturo.

—Señores, desde que vi la costa del golfo de Guinea—añadió Faustino—y sus bosques impenetrables, sólo pienso en los leones y las panteras. Pero prevengo á ustedes que yo no soy cazador ni lo he sido nunca; por consiguiente, me permitirán tener un poquito de miedo y de no separarme de don Alejandro cuando llegue el día de la batida.

—¡Capitán! Cuando su mercé quiera; la lancha está dispuesta,—gritó un marinero desde la escalerilla de babor.

—Entonces, señores, me ausento por algunas horas. Voy á ver á mis amigos y á pedirles que nos permitan matar un león y una pantera en los bosques de Liberia.

—Pero ¿va usted solo?—preguntó Pik.

—Pues es claro. En esta república no se permite tan fácilmente la entrada á los blancos, porque con justa razón nos tienen por mala gente.

Un criado presentó una hermosa escopeta de dos cañones y la canana repleta de cartuchos á Alejandro, y éste bajó á la lancha con la ligereza de la juventud.

Desde la lancha les saludó con el sombrero.

Poco después la lancha atracaba en el desembarcadero, y Alejandro saltaba sobre tierra firme.

El capitán del puerto, que era un negro con los cabellos y la barba cana, le salió al encuentro; pero como Alejandro era hijo adoptivo de la república de Monrovia, se dió pronto

á conocer, y aquel pobre viejo abrazó á Robledano con la alegría de un padre que ve á su hijo después de muchos años de ausencia.

Para avisar al pastor Dikson y al general Hustton la llegada de Alejandro, el capitán del puerto mandó á un negro joven, que tomó á la carrera la cuesta que conducía á la ciudad de Monrovia.

Alejandro se despidió del capitán negro, y después de abrazarle, se dirigió con tranquilo paso por la orilla del río en busca del sitio en donde su pobre madre, en compañía de los náufragos del bergantín *El Ciervo*, habían pasado la primera noche en el suelo africano.

Después de un cuarto de hora de marcha se detuvo, dirigió una mirada investigadora en derredor suyo, y dijo:

—Aquí es.

Alejandro se arrodilló y se quitó el sombrero junto á los restos de una antigua choza, la misma que veintiocho años antes había servido de albergue durante algunos días á los náufragos del bergantín *El Ciervo*.

—Madre mía,—dijo Alejandro,—sobre este fértil suelo de Africa derramaste abundantes lágrimas, y aquí, en donde se imprimieron tus huellas, yo levantaré un recuerdo imperecedero durante muchos siglos, que eternice tu nombre y la gratitud de tu hijo.

Después de este ofrecimiento se levantó, se puso el sombrero, y metiendo dos cartuchos de bala en la escopeta, tomó por la selva en busca del camino de Monrovia.

Alejandro iba entregado á esa vida de los recuerdos, cuando de pronto oyó sobre su cabeza el estridento graznido

de una de esas potentes águilas de mar que en aquellas costas se enseñorean como reinas del espacio.

Levantó los ojos al cielo. El águila se cernía, acechando sin duda la presa que codiciaba.

De pronto plegó sus enormes alas y descendió sobre unos espesos carrizales con la velocidad del rayo.

Entonces se oyó un grito desgarrador, grito de una mujer que pedía auxilio.

Alejandro penetró con rapidez en la espesura, á tiempo que el águila, graznando mal humorada, volvía á elevarse.

Robledano, como buen cazador, apuntó al águila é hizo fuego.

La ladrona de los aires cayó hecha un trapo á cincuenta pasos de distancia del cazador.

En aquel momento oyó un ruído en la espesura; se entreabrieron la ramas, y una mujer negra que llevaba un niño de pocos meses del mismo color que ella, cayó de rodillas, y le dijo en inglés:

—Bendito sea usted, señor, que ha salvado á mi pobre hijo. Ese águila nos venía cazando hace un rato sin hacer caso de mis gritos, pero creo la ha muerto usted. Bendito sea usted.

—Me alegro, hermana mía,—le dijo Alejandro,—de haber llegado con tanta oportunidad; pero no me lo agradezcas, pues yo he muerto el águila obedeciendo á ese instinto de cazador y sin pensar que podría serte útil mi buena puntería.

Y Alejandro, dándole algunas monedas de plata á la negra, continuó su camino, mientras aquella infeliz madre le



Lit. de Palacios Arena, 27 Madrid

—Bendito sea usted, señor.

enviaba las muestras de su gratitud con toda la fuerza de sus pulmones.

Poco después Alejandro llegó á la cumbre del monte donde se halla sentada la ciudad de Monrovia.

La noticia de su llegada se había propagado, y muchos negros y negras se iban reuniendo en la puerta de la ciudad.

Algunos recordaban á Alejandro por haber hecho la guerra con él á las tribus salvajes y á las fieras.

Todos le rodeaban estrechando su mano y dándole la bienvenida. La alegría era general; pero cuando creció de punto fué al ver por una calle inmediata avanzar, rodeados de una gran multitud de negros, al pastor Dikson y al general Hustton, venerables ancianos, honrados por todos los habitantes de la República de Liberia.

Alejandro se arrodilló y besó las manos de aquellos dos padres adoptivos, que se apresuraron á levantarle y estrecharle entre sus brazos.

—Bien venido seas, hijo Alejandro,—le dijo el pastor.—Aquí no te hemos olvidado ni un solo día, desde aquél en que con gran pena de nuestro corazón nos abandonaste. Tu carta, en la que nos referías la muerte de tu buena madre, el encuentro de tu padre, y la gran fortuna que habías heredado, nos llenó á todos de regocijo, porque se leyó un domingo en el bosque antes de predicar la oración de los días de fiesta.

—Sí, hijo mío... Bien venido seas,—añadió el general Hustton.—Aunque las vicisitudes de la vida te han llevado lejos de nosotros, aquí siempre te dedicaremos un recuerdo de amor y fraternidad. Dichosos nosotros si pudieras es-

tablecerte en nuestra querida ciudad de Monrovia, serías siempre nuestro hijo adoptivo.

Alejandro, afectado ante aquel cariñoso recibimiento, les contestó:

—Yo tampoco, mis venerables bienhechores, me he olvidado ni un solo día de ustedes. Tengo en España una familia, y terminada la misión que me trae á las costas de Guinea, iré á reunirme con ella. Tengo esposa y dos hijos; y allí donde ellos viven, allí debo vivir yo, por más que sienta no vivir en la ciudad de Monrovia, que me amparó cuando era un niño, y acogió con cariñosa solicitud á mi santa madre. ¿Qué éramos entonces? Pobres náufragos á quienes salvó de la muerte la generosa hospitalidad de los monroyanos. Estos favores escritos están en el corazón, y no se olvidan nunca. Por eso yo quiero dejar un recuerdo de mi gratitud.

Y Alejandro, tendiendo el brazo hacia el mar, añadió:

—¿Véis aquel buque blanco como la nieve, anclado en medio del puerto de Monrovia, y en cuyos palos flotan la bandera y los gallardetes de España? Pues ese buque se llama el bergantín *Cora*. Lleva el nombre de mi madre, el nombre más querido de mi alma. A bordo de ese buque vienen quinientas carabinas Menchester norte-americanas de quince tiros y doce cajones de cartuchos. Viene un rico material de escuelas, y cuatrocientos volúmenes de obras útiles para la educación de los hombres libres de Monrovia. Viene también un monumento de hierro fundido, que recordará á las generaciones venideras de la República de Liberia el sitio en donde pasaron la primera noche los náufragos de el bergantín *El Ciervo*. Todo esto os traigo como un recuerdo de la gratitud de mi

madre; yo espero que lo aceptéis en nombre de la pobre Cora.

Todos los negros comenzaron á vitorear á Alejandro, mientras los dos ancianos le abrazaban derramando lágrimas.

En aquel momento, Robledano recordó á Gabriela y se dijo:

—¡Cuánto hubiera gozado presenciando la alegría y el amor de estos sencillos negros!

Cuando el entusiasmo se fué templando un poco, y Alejandro pudo tomar de nuevo la palabra, les dijo:

—Tengo que pediros un favor, que yo espero me concedáis.

Un movimiento de cabeza de los dos ancianos le indicó que podía hablar.

—Yo sé que vuestra constitución cierra las puertas de la República de Liberia á los blancos,—añadió Alejandro.—Yo sé que un europeo no puede honrarse con el noble título de ciudadano de Monrovia; pero á bordo de mi buque vienen tres europeos, que han tenido grande empeño en acompañarme en esta expedición, sin otro objeto que el de conocer á mi bienhechor, al pastor Dikson y al general Hustton y estrecharles las manos; pues los conocen, los admiran, y los respetan por lo que yo he dicho de ellos.

—Nada podemos contestarte en el acto, hijo mío,—añadió el pastor Dikson.—Tú eres un hijo adoptivo de la República de Liberia; y sin embargo, ya ves que te recibimos en las puertas de la ciudad de Monrovia; pero esta tarde reuniremos el concejo, y el venerable general Hustton y yo intercederemos para que se te conceda lo que deseas.

—También me atrevo á suplicar á mis venerables bien-

hechores—repuso Alejandro—que se me permitirá una cacería de leones y panteras en las orillas del río Sestor, gracia y favor que pido en nombre de los tres europeos que me acompañan.

—A manera que las tribus salvajes van conociendo los beneficios de nuestra República,—dijo el general negro;—á manera que la civilización de los hombres libres de Monrovia se extiende por los bosques, las fieras van desapareciendo de sus antiguas guaridas. Sin embargo, si el concejo os concede lo que pedís, el viejo Hustton os acompañará en la expedición de caza, pues aún tiene la vista bastante clara y el pulso bastante sereno á pesar de sus ochenta y cuatro años.

—Vuelvo á mi buque, con la esperanza de que ustedes conseguirán del honorable concejo de Monrovia lo que les pide su hijo adoptivo Alejandro de Robledano.

Los ancianos abrazaron de nuevo á Alejandro, ofreciéndole aquella misma tarde participarle la resolución del concejo.

Algunos negros acompañaron al europeo hasta el puerto, en donde le esperaba la lancha del bergantín *Cora* para conducirle á bordo.

CAPITULO XI.

Concedido.

El concejo de Monrovia accedió á la solicitud de Alejandro de Robledano, el hijo de Cora Mork.

Una comisión bajó al puerto, y fué conducida á bordo del bergantín *Cora*.

Se les hizo entrega de los donativos que Alejandro les traía, y se desembarcaron en el acto.

La comisión le entregó un escrito en que el concejo le daba las gracias por su donativo, y le autorizaba para recorrer el territorio de Liberia, acompañado de seis hombres blancos.

Jamás se había concedido á ningún hombre blanco semejante privilegio.

Alejandro les dió las gracias en nombre de los amigos que le acompañaban.

Ferrán, Pik y Faustino presenciaron la entrevista que tuvo lugar en el alcázar de popa del bergantín *Cora*.

Aquellos negros vestidos á la europea, que se expresaban tan bien en inglés, les llamaron grandemente la atención.

Sobre cubierta se improvisó una mesa, y se sirvieron conservas en dulce, café y licores. Se repartieron los tabacos de la Habana con profusión, y Alejandro regaló algunas armas de mérito á los cinco individuos del concejo.

A la caída de la tarde fueron conducidos á tierra, y Alejandro les ofreció ir con sus amigos al día siguiente á visitarles á la ciudad de Monrovia.

A la mañana siguiente, al romper el día, se desembarcó la columna de hierro que debía conmemorar el sitio en donde pasaron la primera noche los náufragos del bergantín *El Ciervo*.

Todos los tripulantes del bergantín *Cora*, y veinte operarios que había mandado el pastor Dikson, comenzaron con verdadero entusiasmo á colocar aquella mole de hierro.

El pastor Dikson y el general Hustton, con algunos ancianos del concejo, bajaron de la ciudad, y Alejandro les presentó á sus amigos.

—Soy el único hombre blanco que existe en la República,—dijo el pastor Dikson.—Cuando yo muera, que será pronto, pues tengo noventa años, todos los hombres libres de Liberia serán de color; pero estoy seguro que quedará un buen recuerdo de mí, pues he contribuído á su independencia y á su ilustración con todas mis fuerzas durante sesenta años, día por día, hora por hora.

Cuando la columna se hubo elevado el pastor Dikson dijo:

—Hijos míos, arrodillémonos delante de este recuerdo de

hierro que levanta la gratitud, y elevemos una oración por nuestra hija adoptiva Cora Mork, cuya alma está en el cielo.

Todos se arrodillaron.

Los ojos de Alejandro se llenaron de lágrimas, y un ¡madre mía! se escapó del fondo de su corazón.

He aquí la inscripción que se leía en aquel recuerdo levantado por un hijo á la memoria de su madre:

«*Cora Mork, su hijo Alejandro, el capitán Tordera, un grumete y un marinero, náufragos del bergantín* El Ciervo, *arribaron á esta playa el dia* 4 *de Octubre de* 1858.

La gratitud eleva este recuerdo á la hospitalidad monroyana, como una muestra de respeto y veneración.»

Todos los habitantes de la ciudad bajaron á ver aquel monumento que les enaltecía.

Se celebró una gran comida alrededor de aquella columna de hierro, y se dispuso la cacería para el día siguiente.

El plan para la expedición era el siguiente: tres lanchas bajarían por el río Sestor conduciendo dos de ellas á los cazadores, y la otra las provisiones de boca. Como las fieras se habían retirado tierra adentro de la costa, se calculó que la expedición podría durar cuatro ó cinco días.

El general Hustton había enviado emisarios á todos los colonos de la frontera de Liberia, avisándoles la excursión venatoria que iba á hacer con los europeos.

Con frecuencia les salían correos al encuentro durante la navegación por el río, á darles noticias de los puntos en donde se habían visto algunas fieras.

Al segundo día de navegación plantaron las tiendas á la entrada de un bosque.

Ferrán, Pik y Faustino estaban encantados de aquel viaje pintoresco, soportando con gran alegría las molestias del calor y de los mosquitos, que en algunos puntos les daban mucha guerra.

Pero esta novela toca á su fin, y no creemos correcto prolongarla describiendo los dos días de cacería, porque, dadas las aficiones del autor á la escopeta, sería una imprudencia que dejara correr la pluma, porque entonces la presente narración se haría interminable.

Diremos, pues, que en los dos días de batida que se dieron á las fieras, siendo directores ó monteros mayores de la expedición Alejandro de Robledano y el general negro Samuel Hustton, cazaron cinco leones y tres panteras.

Faustino no se separó ni un solo momento de Alejandro, y Ferrán de Hustton.

Al regresar al puerto de Monrovia, cuando se hallaron á bordo del bergantín *Cora,* Faustino exhaló un profundo suspiro, y dijo:

—Señores, confieso que he pasado un miedo superlativo, y juro ante Dios y ante ustedes que no volveré en mi vida á dedicarme á cazar leones y tigres, si bien no me remuerde la conciencia de haber matado ninguno.

—Pues yo no quiero ser menos franco que mi amigo Faustino,—añadió Ferrán.—También he pasado mucho miedo, y les autorizo á ustedes para que lo digan en Madrid á todo el mundo.

Sir Pik, por el contrario, estaba muy satisfecho de haber matado á un león y una pantera, y confesaba que de buena gana pasaría un mes dedicado á la cacería de fieras en los

bosques de Guinea y viajando por los caudalosos rios Pissos y Sestor, apesar del calor y de los mosquitos.

Todos hablaban con gran entusiasmo del viejo general negro Samuel Hustton, director de la cacería. Aquel anciano era un prodigio de la naturaleza; sereno, infatigable, valiente ante el peligro, marchaba siempre delante con Alejandro y cinco negros exploradores.

Nunca se le notó el cansancio, y la práctica, la serenidad y la prudencia se veían en todas sus órdenes.

Sir Pik decía á sus amigos:

—Mal enemigo han tenido las fieras de estos bosques con el general Hustton, porque por lo que hace á los ochenta y seis años puede adivinarse lo que haría á los treinta. Posee todas las condiciones que pueden exigirse á un cazador para exterminarlas. El día que Hustton muera, si lo saben los leones y las panteras de las orillas del Sestor, y del Pissos entonarán un concierto de alegría y se darán mutuamente la enhorabuena.

Terminada la cacería y de regreso á bordo del bergantín *Cora*, una comisión del concejo de Monrovia invitó á los europeos á que visitaran su ciudad.

Monrovia es una ciudad pequeña fortificada, que encierra una población de dos mil almas, y situada en la cresta de un monte, en cuya base se halla el puerto.

Sus calles, tiradas á cordel, tienen treinta metros de ancho; entre sus casas hay muchas de elegante y pintoresca arquitectura. Tiene dos edificios consagrados al culto protestante, una audiencia, varias escuelas públicas un periódico semanal y ninguna taberna.

Ferrán, Pik y Faustino estaban admirados.

—¡Ah!—exclamó Faustino.—Si yo no hubiera tenido la desgracia de perder la voz, si yo sirviera para algo útil á estos honrados monroyanos, les pediría de rodillas que me concedieran carta de naturaleza para pasar el resto de mis días entre ellos.

—Y los monroyanos—añadió Alejandro riéndose—le negarían á usted esa carta de naturaleza, porque como usted está viendo, á excepción hecha del agente general de la colonia, que es el pastor Jorge Dikson, todos los habitantes y empleados son negros, y está prohibido á los blancos que se establezcan en ella, sea que quieran dedicarse al comercio, sea que pretendan ejercer un arte ó una industria cualquiera, porque el objeto de la institución de Liberia consiste exclusivamente en favorecer á los hombres de color.

—Yo creo que estos honrados ciudadanos hacen perfectamente bien en cerrar las puertas de su república á los blancos,—añadió Ferrán.—El día que las abran y les permitan libremente establecerse en las orillas de los ríos Pissos y Sestor, puede asegurarse que terminará la paz octaviana que ahora disfrutan, y habrá más tabernas y menos escuelas que tienen ahora.

—Mala opinión tiene usted formada de la gente blanca,—repuso sir Pik.

—Qué quiere usted, me han dado muchos disgustos en esta vida,—añadió Ferrán,—mientras que los negros no me han dado ninguno.

Altamente complacidos, regresaron los extranjeros á bordo de su buque, y Alejandro invitó á todo el concejo de

Monrovia á un banquete de despedida para el día siguiente.

La mesa donde debía celebrarse aquella fraternal comida se dispuso junto á la columna de hierro recordativa del naufragio de *El Ciervo*.

Dos árboles del Pan, dos de esos árboles que no se conocen ni conciben en Europa, llenaban de sombra un espacio de cuatrocientos metros cuadrados.

Podían, pues, comer sin sentir las molestias de los ardientes rayos del sol de aquel clima exagerado.

El cocinero del bergantín *Cora*, un inglés contratado puramente para aquel viaje y cinco cocineros negros de la ciudad de Monrovia se pusieron de acuerdo para disponerlo todo.

Alejandro dispuso que sirvieran á la mesa seis marineros de la tripulación del bergantín *Cora*.

—Os pido este favor,—les dijo,—para demostrar á esos honrados ciudadanos que les consideramos como hombres libres, que han luchado por su independencia y establecido una República modelo, patriarcal. Los hombres honrados y justos deben combatir con todas sus fuerzas la esclavitud. Sirvámosles hoy, en recompensa de los siglos que ellos nos sirvieron y prosternaron su dignidad sin otra razón que el negro color de su piel. Un negro, amigos míos, es un hombre sensible á los efectos del dolor y del placer, como el blanco. Cuando los europeos desembarcan en estas costas, no debe ser la esclavitud lo que les conduzca á ellos, sino la civilización y la fraternidad; seamos desde hoy hermanos de estos honrados monroyanos.

—Señores,—dijo Faustino,—yo tendría sumo placer, y hasta cierto orgullo, en servir á estos negros, que admiro des-

de que he pisado estas costas. Yo ignoraba, y creo que por allá por nuestras civilizadas regiones lo ignoran muchos, que aquí existiera este pequeño pueblo modelo de sensatez, de civilización y de modestia evangélica; porque la mayoría de los blancos tenemos la mala costumbre de mirar á los negros, no como á prójimos, sino como *cosas* que se mueven y obedecen á nuestra voluntad. Juro, pues, que de hoy en adelante trataré á todos los negros que halle ante mi paso como á hermanos, pues ellos no tienen la culpa de que la naturaleza oscurezca la piel de su cuerpo.

—La educación—añadió Alejandro—es la segunda naturaleza de la criatura. Ella nos forma, suavizando nuestras costumbres y nuestro carácter. Cuando con el tiempo, la hermosa luz de la civilización penetre y se extienda por las incultas selvas de África, cuando una constitución política, tolerante y protectora, cuando una religión basada en la caridad y el amor al prójimo, como la del Nazareno, proteja á los negros, las tribus salvajes, que aún se despedazan, los antropófagos, que aún gozan comiendo carne humana, perderán sus feroces costumbres y se avergonzarán de su pasado. La República de Liberia es una muestra irrecusable de lo que con el tiempo será toda el África. El hombre se renueva; pero la tendencia de todas las generaciones marcha hacia adelante, porque no es lógico marchar hacia atrás. Basta fijarse en el pié del hombre, para comprender que su misión es avanzar. La palabra «adelante» quiere decir: vigor, energía, esperanza. El tiempo realizará los grandes problemas que hoy preocupan á los sabios, á los filósofos.

—Estoy seguro, señores,—dijo á su vez Ferrán,—que

cuando en Madrid contemos á nuestros amigos el estado de prosperidad y de ilustración de esta pequeña colonia de hombres libres, nos dirán que nuestro relato es un cuento de *Las mil y una noches.*

—En ese caso, tanto peor para ellos,—repuso Pik,—pues yo me ofrezco á mí mismo volver por estas costas á la primera ocasión que se me presente, porque si alguna pena siento en este instante, es regresar á Europa.

CAPITULO XII.

Donde el bergantín «Cora» vuelve la proa hacia España.

Desde muy temprano comenzaron los preparativos del banquete de despedida.

Se dispuso una mesa para cien cubiertos á la sombra de los enormes árboles del Pan, que crecen y se desarrollan al contacto de las brisas marítimas.

De antemano se había convenido que la comida fuera condimentada con comestibles del país. Sólo que el cocinero de á bordo indicó que como primer plato sería conveniente una sopa de rabo de buey á la inglesa, y que los vinos de España no serían del desagrado de aquellos honrados monroyanos; porque con una buena sopa, nn buen asado de vaca, un caldero de pescado á la marinera, postres abundantes, y exquisitos vinos de España, nadie se queda con hambre.

Los convidados no tenían muchas exigencias; la mayor parte de ellos eran hombres de la naturaleza acostumbrados á la comida frugal de los bosques, y por consiguiente, des-

conocían esos grandes banquetes que acostumbran á tener los políticos en sus excursiones de propaganda, en los que se gastan algunos miles de duros, y luego, cuando llega la hora de los brindis, hartos y repletos, con la copa del champagne en la mano, se lamentan del hambre que sufren en el país los jornaleros, por el abandono en que los tiene el gobierno constituído.

Estas jeremiadas ridículas que están ahora en moda entre los políticos, estos oradores filántropos con el estómago repleto de trufas y chochas en *salmi*, afortunadamente no se conocen en la República de Liberia, cuya fraternidad es admirada por todos cuantos extranjeros la visitan, porque en Monrovia todo el mundo está obligado á servir á su patria de balde, y darle la vida y la hacienda si es necesario.

Se dispuso, pues, la mesa oficial, digámoslo así, para los del concejo y los europeos del bergantín *Cora,* á la sombra de los enormes árboles del Pan; pero como la población en masa quería presenciar el banquete, cada uno se arregló como pudo, porque el bosque era bastante ancho para que cupieran todos.

A las once se hallaba todo el mundo reunido en el bosque, y en verdad que presentaba un punto de vista pintoresco, porque en rededor de la mesa grande se veía un centenar de pequeñas mesas colocadas á la sombra de los árboles, en donde flotaban cien banderas y gallardetes norte-americanos y españoles.

La alegría era universal; todo el mundo respiraba fraternidad, se abrazaban y estrechaban las manos, y los gritos de viva España y viva Liberia menudeaban.

Las negras y los negros danzaban al són de sus bárbaros instrumentos, y en todos los semblantes se veía pintado el gozo de aquellas almas sencillas y honradas.

A las doce en punto el pastor Jorge Dikson levantó el brazo indicándoles que iba á hablar, y ayudado por Alejandro y Ferrán, subió á una mesa, y desde aquel púlpito improvisado, habló de este modo:

—Hijos míos, vuestra alegría, vuestro regocijo, rejuvenecen mi alma en estos momentos; vuestra hospitalidad inflama con el purísimo fuego de la gratitud el corazón de nuestro hijo adoptivo Alejandro de Robledano, que, cruzando los mares, ha venido de remotas tierras á dejarnos un recuerdo de su amor.

Dios, al crear á los hombres, quiso que todos fuéramos hermanos. Nosotros, que seguimos las inspiraciones de Dios, hermanos somos, y vemos con inmenso gozo crecer de día en día nuestra colonia, con gran admiración de los extranjeros.

Muy pronto se cerrarán mis ojos para no abrirse jamás... muy pronto mi alma abandonará esta frágil envoltura que la aprisiona. Pero Dios hará que sigáis adelante en vuestra obra de civilización y libertad.

No olvidéis nunca este día: amaos como á verdaderos hermanos, y vivid siempre rindiendo tributo á la justicia y á la conciencia.

El venerable pastor terminó su pequeño y sencillo discurso con un viva á sus nobles huéspedes y otro á la República de Liberia, que fué contestado con entusiasmo por todos.

Luego bajó de la mesa, bendijo los manjares, y comenzó el banquete con religioso silencio.

Aquellos ciudadanos libres tenían la costumbre de comer sin hablar; y otra costumbre aún mejor de no pronunciar discursos ni brindis á los postres, porque no estando las cabezas muy seguras, temían cometer alguna imprudencia indigna de un pueblo civilizado.

Cuando terminó la comida, cuando saborearon el café, el ron y los tabacos habanos, comenzó una conversación animada en voz baja, que poco á poco se fué extendiendo por todas las mesas.

Cada cual hablaba con el que tenía al lado, celebrando con el lenguaje de la verdad aquel acontecimiento nunca visto en Monrovia.

Por fin se levantó el pastor Dikson, y quitándose el sombrero, dió gracias á Dios, que universal protector de la criatura, cuida de su diario alimento.

Terminada la oración, comenzaron de nuevo las danzas de los negros y la alegría.

Pero á qué continuar narrando esta fiesta campestre celebrada en un bosque de las costas de Guinea. La República de Liberia bien vale la pena de que se escriba un libro sobre ella, pero no es á nosotros ni en este sitio á quien toca llevar á cabo ese trabajo literario.

En honor de Monroe, el famoso norteamericano, se estableció una colonia de hombres libres en el trozo de terreno que separa los ríos Sestor y Pissos.

Fué esto el año 1825. La fe, la perseverancia, el valor y la honradez de estos negros, alentados y dirigidos por un hombre blanco lleno de amor hacia su prójimo, ha hecho que en cincuenta años se extiendan sus dominios y su civilización.

Nosotros dedicamos aquí un recuerdo, una página de respeto á la República de Liberia.

Al oscurecer, Alejandro se despidió de sus padres adoptivos, y abrazó al pastor Dikson y al general Hustton con los ojos llenos de lágrimas.

—Adiós para siempre, padres míos,—les dijo;—probablemente no volveremos á vernos más. Yo conozco que había nacido para ser un hombre libre de los bosques de Liberia, pero mis hijos y mi esposa me llaman desde España. Adiós, adiós.

Alejandro y sus amigos saltaron sobre la lancha que debía conducirles á bordo, mientras los monroyanos desde la orilla le enviaban sus bendiciones mezcladas con vivas y palabras de cariño.

—Buen viaje, hijo mío,—le gritó el anciano Dikson,—yo te bendigo y te deseo toda clase de prosperidades.

El general Hustton, conmovido, le dijo:

—Mi corazón va contigo; sé feliz sobre la tierra, porque mereces serlo.

Cuando llegaron á bordo, se sentaron en el alcázar de popa Alejandro y sus amigos.

Durante algunos instantes reinó el más profundo silencio.

Por fin Faustino dijo:

—Señores, confieso que la despedida de esos honrados negros me ha conmovido; pero qué diantre, esta vida no es otra cosa que una continuación de afectos encontrados, y por eso tan pronto reímos como lloramos.

—Capitán Tordera,—dijo Alejandro,—dispóngalo usted todo, y en cuanto se levante la brisa de tierra, elevar anclas

y poner la proa hacia las costas de España, porque aquí ya no nos queda nada que hacer, y en Madrid nos esperan con impaciencia.

. . . .

. . . .

Al amanecer del día siguiente, el pastor Jorge Dikson, apoyada la mano derecha en su báculo y llevando un anteojo de larga vista en la izquierda, subió á la azotea.

Una vez allí, comenzó á mirar á través de los cristales de aumento hacia el pequeño puerto de Monrovia.

Aquel venerable anciano buscaba al bergantín *Cora*, pero el bergantín *Cora* se había hecho á la vela.

Un profundo suspiro se escapó de su pecho, y estas palabras de su boca:

—¡Partió!... ¡Ya no volveré á verle más!...

Dikson permaneció inmóvil largo rato y profundamente abismado, hasta que sintió una mano que se apoyaba en su espalda; volvió la cabeza, y se encontró frente á frente con el general Hustton.

—Sí, el bergantín *Cora* salió del puerto á las doce de la noche; ya no se le distingue. Dios le guíe en los procelosos mares que tiene que cruzar. Dios proteja á nuestro hijo adoptivo.

Y los dos ancianos, descubriéndose, rezaron en voz baja una oración para que Dios concediera buen viaje á Alejandro de Robledano y los amigos que le acompañaban.

. . . .

. . . .

Puesto que los viajes que hacemos con la imaginación son

los más cómodos, los menos peligrosos y los más baratos que se conocen, traslademonos de las costas de Guinea á la quinta de Carabanchel, que ya conocen nuestros lectores, pues la han visitado muchas veces en el trascurso de la presente narración.

Comenzaba el mes de Junio.

Gabriela, con sus dos hijos y su abuelito, se hallaban instalados en la quinta de Carabanchel desde que Alejandro, Ferrán, Faustino y Pik habían emprendido el viaje á África, es decir, desde el mes de Abril.

Gabriela había recibido una carta de Alejandro, fechada en el pequeño puerto de Monrovia, y como habían pasado muchos días sin tener noticias de los expedicionarios, estaba inquieta y disgustada.

Bien es verdad que aunque hubiera recibido una carta diaria no por eso se hubiera tranquilizado, porque para aquella esposa enamorada de su marido, el no verle á su lado era una inquietud constante.

Serían las diez de la mañana: Gabriela, después de dar su paseo por el jardín, subía á su cuarto de estudio y empleaba una hora en tocar el piano, teniendo en la misma habitación á sus hijos y á su abuelito.

Como los dos hijos de Gabriela eran pequeños, pues el mayor apenas contaba dos años y el segundo diez meses, no podían darle mucha ni poca conversación; pero en cambio don Agustín hablaba por sus biznietos, porque el pobre viejo era verdaderamente feliz.

—Hace algunos días, querida Gabriela, que te encuentro triste, apenas me diriges la palabra, besas con frenesí á tus

hijos y lloras, aunque procuras ocultarme tus lágrimas,—le dijo el abuelito.

—Hace cerca de un mes que no tengo carta de Alejandro,—contestó Gabriela,—y estoy inquieta.

—¡Bah! Dios es bueno: ya verás como el día menos pensado nos lo devolverá.

Gabriela exhaló un suspiro y continuó tocando el piano.

Durante algunos minutos don Agustín estuvo hablando con su biznieto el mayor, que tenía á caballo sobre sus rodillas.

—La verdad es, querida Gabriela,—dijo el abuelito,—que tienes dos hijos preciosos; pero también es verdad que la hermosura de mis biznietos es lógica y natural, porque tú eres hermosa... la más hermosa de todas las mujeres que he conocido en mi vida, y Alejandro es todo un buen mozo.

—Pero qué tonterías tiene usted, abuelito,—añadió Gabriela.

—¡Pues qué! ¿Habría alguno tan injusto que me negara la verdad que acabo de decir?

Gabriela creyó conveniente no contestar, y siguió dejando caer sus dedos sobre el teclado del piano.

Aquí llegaba esta escena de familia, cuando el padre Marcelo se presentó en la puerta de la habitación sonriéndose y con un papel en la mano.

—¿Permiten ustedes la entrada á un portador de buenas noticias?—dijo sin avanzar.

Gabriela se levantó como movida por un resorte, y corrió hacia el sacerdote.

—¿Me trae usted carta de Alejandro?—exclamó Gabriela.

—Traigo algo más que una carta,—añadió el padre Marcelo;—traigo un parte telegráfico de Alejandro fechado en Cádiz.

Gabriela lanzó un grito de gozo, y se abrazó al cuello del sacerdote.

—Está bueno, como todos los compañeros de expedición,—añadió el padre Marcelo.—Oye lo que me dice.

Y el sacerdote, desdoblando el parte que llevaba en la mano, se puso á leer en voz alta:

«Llegamos á Cádiz sin novedad. Salimos hoy en el expreso de Madrid. Dígale usted á mi querida Gabriela que no venga á la estación á esperarme. Abrazo á todos.—*Alejandro.*»

Gabriela cayó de rodillas, y comenzó á llorar.

—Pero ¡tonta! ¿A qué vienen esas lágrimas?—le preguntó don Agustín, enjugándose al mismo tiempo los ojos.

—¡Ah! Estas son lágrimas dulces, consoladoras. Son lágrimas de felicidad, de alegría.

Aunque Alejandro encargaba en su parte telegráfico que no saliera Gabriela á la estación á recibirle, Gabriela tuvo por conveniente desobedecerle, y á las nueve de la mañana se hallaba esperándole con sus hijos, la nodriza y su doncella, que llevaba al menor en brazos.

Excusamos describir el recibimiento que Gabriela le hizo á su marido. Cuando le vió bajar del coche bueno y sano, se arrojó á su cuello, y le dijo:

—¡Ah! Mi querido Alejandro, de hoy en adelante no volveremos á separarnos más, y allá adonde tú quieras ir, me llevarás contigo, si no quieres que me muera de pena; por-

que como dice San Pablo, la mujer debe seguir siempre á su marido.

Y efectivamente, cuentan las crónicas del hogar doméstico, que Alejandro y Gabriela no volvieron á separarse más, y fueron muy felices.

¿No es verdad, queridas lectoras, que merecían serlo?

EPÍLOGO.

LAS ARREPENTIDAS.

I

Cinco años después, la vizcondesa Irene, que persuadida de que sir Arturo Pik no se casaría con ella nunca, se había casado con un mejicano muy rico y bastante viejo, se hallaba con su marido viajando por Italia.

Irene tenía grandes deseos de recorrer la Calabria, esa hermosa provincia de los Estados de Nápoles, que bañan con sus aguas el golfo de Tarento y el mar Jónico.

Quería recorrer como verdadera *turista* las faldas y las crestas del Apenino Meridional, y admirar la prodigiosa feracidad de sus bosques.

Además de este deseo natural de una mujer rica y á la moda, le habían dicho que en la parte meridional de los montes Apeninos existía un santo hospital y una abadía famosa, en donde iban á refugiarse muchas pecadoras en busca de ese camino de la penitencia y el arrepentimiento que conduce al cielo.

Esta curiosidad era natural en una mujer que había cometido algunos pecadillos y había conocido muchas pecadoras.

Como el marido de Irene no tenía más voluntad que la de su esposa, aceptó el viaje á Calabria sin la menor protesta, porque Irene tenía bastantes encantos personales para fascinar á un hombre como don Baltasar Mendieta, que éste era el nombre del rico mejicano.

Por eso vamos á encontrarles nosotros en la falda de los Apeninos á la vizcondesa Irene y á su marido don Baltasar, trepando á lomos de dos jacas vistosamente enjaezadas, y llevando por delante un guía calabrés, con su tradicional sombrero adornado de cintas de colores.

La abadía de las Arrepentidas se hallaba situada en la cumbre del monte, y el hospital de pobres viajeros al extremo de la ancha meseta.

El punto de vista que se disfrutaba en aquella elevada sierra, era admirable. Los viñedos, formando anfiteatro, parecían trepar hacia la cima cargados de dorados racimos.

—¡Ah! Verdaderamente esto es muy pintoresco, querido Baltasar,—dijo Irene dirigiendo la palabra á su marido.

—Sí, hija mía, muy bonito,—contestó el señor de Mendieta;—pero es también muy molesto viajar de este modo y exponerse á morir despeñado al primer tropezón de la caballería.

—¡Bah! Estas jacas son muy seguras. Figúrate tú que no hacen otra cosa toda la vida que subir y bajar á estos montes. Saben el camino de memoria.

—Sí; pero lo que ellas no saben, á pesar de su experien-

cia, es adónde les deparará la casualidad un tropezón, y ése es el peligro.

—Pues yo, querido mío, ante el grandioso panorama que se presenta delante de mis ojos, no pienso más que en admirarle. Es un espectáculo sorprendente; el mar á lo lejos cierra el cuadro, acabando la obra asombrosa de la naturaleza.

Y la vizcondesa, riéndose, añadió:

—Lo que es las arrepentidas que viven en esa abadía, bien pueden decir que tienen buen gusto. Con dificultad se encontrará otro punto más pintoresco en el mundo.

—En cuanto á eso, perdona, querida,—añadió don Baltasar;—en Méjico tenemos los jardines flotantes, que le dan ciento y raya á la abadía de las Arrepentidas de Calabria.

—Sí; pero como yo no he visto aquello, celebro esto.

—Puedes verlo cuando gustes. Hoy se va á Méjico con la misma facilidad que á París.

—¡Ah! Querido, desde España á Méjico hay necesidad de cruzar mucha agua, y yo tengo gran miedo á embarcarme.

—¿Crees tú que hay más peligro viajando por mar que por tierra?

—Infinitamente más.

—Pues yo te digo que no. Un tren que se despeña desde un punto, es lo mismo que un buque que se va á pique.

—Pero en el buque no se salva nadie.

—Ni en el tren tampoco. La muerte es una en todas partes.

—Pues bien, yo quiero morir en tierra firme, y que me den sepultura en sagrado, y no servir de alimento á los tiburones; con que no me hables más de viajar por mar.

Con esto llegaron á la puerta de la abadía, y echaron pié á tierra.

La hermana encargada de la portería se acercó á saludar á los viajeros, pero sin pasar el dintel de la puerta.

—Deseamos ver este piadoso asilo, del que tantos elogios nos han hecho en Nápoles,—dijo Irene, mirando con fijeza á la portera, cuyo hábito gris y toca negra le daban un aspecto triste y enfermizo.

La vizcondesa, distraidamente, la había dirigido la palabra en castellano, y la portera le contestó en el mismo idioma.

—Pueden ustedes pasar al vestíbulo mientras yo voy á anunciar á la superiora la llegada de ustedes.

—¡Calla! ¿Es usted española?—preguntó Irene.

—Soy una hija de la caridad, señora,—contestó la portera saludando.

La vizcondesa sospechó que la pregunta tal vez había sido imprudente, porque tratándose de mujeres arrepentidas, que iban allí á salvar su alma, lo natural era que olvidasen su pasado.

Transcurrieron algunos minutos y volvió á presentarse la portera.

—La superiora—dijo—permite á usted la entrada, pero este caballero no puede pasar, porque en este piadoso asilo no entran hombres. Sin embargo, en el hospital se les dará á ustedes albergue, si es que desean pasar la noche, porque hay habitaciones para hospedar á los viajeros.

—Querido Baltasar,—dijo Irene,—ya lo ves, te prohiben la entrada estas señoras; forzoso será que me esperes un

momento, pues tengo gran curiosidad de ver esta abadía.

Otra hermana esperaba detrás de una cancela de cristales: la portera le hizo una seña, y la vizcondesa la siguió por un claustro, deteniéndose en la última puerta, donde dió tres golpes con los nudillos de la mano.

—Adelante,—dijo una voz, que llamó la atención de Irene, porque también hablaba en español.

La hermana empujó la puerta, dejando el paso libre á la vizcondesa.

Una mujer joven y hermosa, aunque con el semblante envejecido, sin duda por la penitencia, se hallaba sentada en un sillón de vaqueta.

Vestía el hábito gris y la toquilla negra, resaltando la extremada palidez de su rostro.

La vizcondesa, al verla, retrocedió un paso y esta exclamación se escapó de su boca:

—¡Usted! ¿usted aquí, baronesa?

La monja se estremeció ligeramente, pero se repuso pronto, y mirando á la viajera, dijo con pausado acento:

—No soy baronesa, señora; soy solamente una mujer pecadora que espera la muerte lejos del mundo y procurando borrar con la penitencia las huellas de su pasado.

—No, no, usted es la baronesa de Morgal,—añadió Irene;—yo tenía mis sospechas de que usted había venido á este convento, y he querido visitarle. El poeta Amadeo Nasón se lo dijo á sir Pik, momentos antes de morir, y sir Pik me lo reveló á mí.

—Pues bien, señora; yo, superiora de esta abadía, le digo á usted que dejé toda mi fortuna para los pobres del piadoso

hospital que se halla inmediato; también le digo á usted que la baronesa de Morgal ha muerto, y le ruego por último á usted que no me pida más explicaciones, porque no debo ni puedo dárselas.

La vizcondesa Irene, verdaderamente conmovida ante la actitud severa y palidez mortal de la monja, no se atrevió á insistir, y pidió que la permitieran ver por dentro el piadoso asilo.

La superiora tocó un timbre, y dijo á una hermana en italiano:

—Que venga la hermana portera sor Teresa, que como española, podrá enseñar á esta señora mejor que nadie nuestra casa.

La hermana hizo una reverencia, y se retiró.

II

Una hora después la vizcondesa Irene y su marido volvían á montar en sus jacas y se alejaban de la abadía de las Arrepentidas.

Mientras tanto, la hermana portera entraba en la celda de la superiora.

—Ya se han marchado, sor Isabel.

—Supongo, sor Teresa, que le habrán dirigido á usted algunas preguntas sobre mí.

—Sí, sor.

—Y usted...

—Yo no he contestado á ninguna de las preguntas de la vizcondesa Irene.

—Sí, hermana,—repuso la superiora;—nosotras no per-

tenecemos al mundo, y es preciso que borremos de la memoria cuanto ha pasado.

—Es verdad,—añadió la portera, exhalando un prolongado suspiro.

—Teresa de Robledano y la baronesa de Morgal han muerto... Que Dios reciba sus almas purificadas por la penitencia.

—Así sea.

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE.

LIBRO X.

Exposición de cuadros.

LIBRO XI.

Una aventura de carnaval.

LIBRO XII.

Tender las redes.

LIBRO XIII.

Trampa adelante.

LIBRO XIV.

En busca de la verdad.

LIBRO XI.

En el monte.

LIBRO XII.

Un drama de familia.

LIBRO XIII.

Los dos rivales.

LIBRO XIV.

Los dos hermanos.

LIBRO XV.

Convalecencia.

LIBRO XVI.

De Herodes á Pilatos.

LIBRO XVII.

Gratitud y amor.

LIBRO XVIII.

Dos años después.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

